

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Contemporánea



TESIS DOCTORAL

**La conquista de la modernidad: Madrid, 1880-1936
Un estudio aplicado al sector suroeste del casco antiguo**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Luis Díaz Simón

Director

Luis Enrique Otero Carvajal

Madrid, 2017

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Contemporánea



TESIS DOCTORAL

La conquista de la modernidad: Madrid, 1880-1936 Un estudio aplicado al sector suroeste del casco antiguo

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Luis Díaz Simón

Bajo la dirección del Doctor
Luis Enrique Otero Carvajal

Madrid, 2015

Agradecimientos

Me gustaría expresar mi reconocimiento y gratitud hacia todas las personas que, tanto en lo académico como en lo personal, me han ofrecido su ayuda a lo largo del tiempo que he dedicado a la realización de esta investigación.

Quiero agradecer en primer lugar al colectivo de profesores del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, de quienes tanto aprendí durante los años en que cursé mis estudios de licenciatura y máster.

A mis compañeros del Grupo de Investigación Historia de Madrid en la Edad Contemporánea, especialmente a Borja Carballo, que siempre que fue necesario me prestó su ayuda con la mayor amabilidad, a Santiago de Miguel, con quien me une un sinfín de horas de trabajo en los archivos, y al profesor Rubén Pallol, cuyos sabios consejos fueron para mí de un valor excepcional.

A mi director de tesis, el profesor Luis Enrique Otero Carvajal. Su admirable capacidad docente y su rigor intelectual lograron transmitirme una verdadera pasión por la historia urbana, y la atención que ha tenido para conmigo a lo largo de estos años merece mi más sincera gratitud.

A mis compañeros de la Oulun Yliopisto, Julien Duval, Samantha Hixson, Linda Izadi y Mathieu Mouhat, con quienes viví momentos inolvidables en Escandinavia y en otras latitudes.

A Javier Aguilera, María Barandiarán, Ricardo Cuevas, James Newman, Cyndi May y Jesse Metzger, amigos incomparables.

A mis hermanas Virginia y Lara, por su cariño y apoyo.

Mi mayor agradecimiento es para mi padre, José María, y mi madre, Consuelo. A ellos les debo todo lo que soy y a ellos está dedicada esta tesis doctoral.

Índice

Lista de figuras y tablas	I
Resumen	1
<i>Abstract</i>	3
Introducción	5
<i>Introduction</i>	29

Parte I. La lucha por la salud pública

Capítulo 1. La ciudad enferma: epidemias y morbosidad en el Madrid finisecular	53
1.1. Alerta sanitaria en los barrios bajos	53
1.2. Del Ganges al Manzanares: la epidemia colérica de 1885	56
1.2.1. El otro cólera: la protesta de los comerciantes y el motín de las banderas negras	67
1.2.2. El <i>terror azul</i>	75
1.2.3. <i>Si vis pacem, para bellum</i> . El plan de defensa contra el cólera	81
1.2.4. “¡Nos quieren matar con polvos como a las chinches!”. La resistencia del vecindario a la desinfección	85
1.2.5. El balance de la epidemia	93
1.3. Una plaga monstruosa: la epidemia de viruela de 1890-91	99
1.3.1. Las dificultades del combate antivarioloso	104
1.3.2. El pavor social y el negocio de la enfermedad	109
1.3.3. La campaña por la vacunación	117
1.4. ¿Los miasmas, el terreno o las nuevas costumbres? Los gurús de la higiene ante el problema morbosos	126
Capítulo 2. El precio de la desigualdad: enfermar y morir como cuestión social	141
2.1. El trasfondo social de la sobremortalidad madrileña	141
2.2. Ataúdes blancos: la preocupante realidad de la mortalidad infantil	153
2.2.1. Las causas directas de la mortalidad de los niños	158

2.3. El cruel embate de la tuberculosis	172
2.4. Curanderismo y medicina clandestina	184

Capítulo 3. Salud para todos 203

3.1. La campaña por la salud de la infancia	204
3.1.1. La lucha contra la diarrea infantil	204
3.1.2. El consultorio de niños de pecho del doctor Ulecia y Cardona	206
3.1.3. La Institución Municipal de Puericultura	209
3.1.4. Los resultados de la acción médico-social contra la mortalidad causada por diarrea infantil	219
3.1.5. La lucha contra la difteria	225
3.1.6. El Instituto Municipal de Seroterapia	228
3.1.7. Un horizonte optimista para la salud de la infancia	234
3.2. La campaña contra la tuberculosis	244
3.2.1. La escupidera pública como instrumento de profilaxis antituberculosa	244
3.2.2. Los dispensarios antituberculosos municipales	248
3.2.3. El Real Sanatorio de Guadarrama	256
3.2.4. Los sanatorios antituberculosos populares	261
3.2.5. Resultados de la lucha antituberculosa	269

Parte II. La transformación del mercado de trabajo

Capítulo 4. El desplome del artesanado madrileño 277

4.1. La edad de oro de las obras públicas	277
4.1.1. La traída de aguas	278
4.1.2. La llegada del ferrocarril	281
4.1.3. La expansión urbana	286
4.2. La depreciación del estatus artesanal	292
4.2.1. Las causas del declive del artesanado	300
4.2.2. Los últimos vestigios del artesanado y el aumento de la descualificación laboral	309

Capítulo 5. Jornaleros y sirvientas: el rostro de la precariedad laboral 319

5.1. De artesanos a jornaleros	319
5.2. El hundimiento del Tercer Depósito: catástrofe laboral y protesta social	333
5.2.1. El hundimiento	337
5.2.2. La protesta popular y la represión policial	342

5.3. Migración femenina y servicio doméstico	351
5.3.1. La composición del flujo migratorio de sirvientas a Madrid y las características del servicio doméstico madrileño	356
Capítulo 6. Un nuevo mercado laboral	367
6.1. El trabajo manual en la nueva economía urbana	367
6.2. Los trabajadores de cuello blanco y la expansión del sector servicios	382
6.3. La irrupción de las empleadas de oficina	391
Conclusiones	399
<i>Conclusion</i>	413
Bibliografía y fuentes documentales	425

Lista de figuras y tablas

Figuras

Fig. 1.1 Callejón del Mellizo, en el barrio de la Arganzuela. Fotografía. c. 1909.	57
Fig. 1.2 Interior de la casa núm. 14 de la Ronda de Toledo. Fotografía. c. 1909.	61
Fig. 1.3 Invasiones coléricas registradas en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid durante la epidemia de cólera asiático de 1885.	64
Fig. 1.4 Evolución de las defunciones coléricas acaecidas en Madrid durante la epidemia de cólera asiático de 1885.	65
Fig. 1.5 Invasiones y defunciones coléricas ocurridas en Madrid durante la epidemia de cólera asiático de 1885.	65
Fig. 1.6 Fachada, planta y cámara de desinfección del edificio central de la Casa especial de Socorro de Vallehermoso. Dibujo. 1885.	66
Fig. 1.7 Verduleras en un puesto callejero frente al Mercado de la Cebada. Fotografía. c. 1905.	70
Fig. 1.8 Ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. Fotografía. c. 1890.	73
Fig. 1.9 Joven veneciana, de 23 años de edad, retratada antes y después de contraer el cólera asiático. Grabado coloreado. c. 1850.	77
Fig. 1.10 Retrato de un colérico y detalle de la cianosis y la demacración producida por la enfermedad en las cuencas de los ojos y en las falanges de los dedos de la mano. Dibujo a color. 1831.	80
Fig. 1.11 Operario del Servicio de Desinfección Municipal de Madrid. Fotografía. c. 1900.	82
Fig. 1.12 Estufa esterilizadora utilizada por dicha institución. Fotografía. c. 1900.	82
Fig. 1.13 Operarios del Servicio de Desinfección Municipal de Madrid con uno de los sacos empleados para la recogida de enseres domésticos contaminados. Fotografía. c. 1900.	87
Fig. 1.14 Anuncio publicitario de un producto desinfectante contra el cólera. Impreso en periódico. 1885.	91
Fig. 1.15 Defunciones coléricas acaecidas en las cuatro epidemias de cólera asiático que sufrió Madrid durante el siglo XIX.	94
Fig. 1.16 Evolución de la cifra de nacimientos producidos en Madrid durante los años 1880-1892.	96
Fig. 1.17 Defunciones coléricas por cada 100 habitantes producidas en los diez distritos de Madrid durante la epidemia de cólera asiático de 1885.	97

Fig. 1.18	Porcentaje de calles invadidas por el cólera en Madrid y en sus diez distritos durante la epidemia de cólera asiático de 1885.	97
Fig. 1.19	Número de defunciones coléricas por cada 100 habitantes producidas en las provincias españolas, en la ciudad de Madrid y en los diez distritos de ésta durante la epidemia de cólera asiático de 1885.	98
Fig. 1.20	Evolución de las defunciones variolosas acaecidas en Madrid desde el 1 de julio hasta el 15 de diciembre de 1890.	102
Fig. 1.21	Edades de los fallecidos a consecuencia de viruela durante el mes de octubre de 1890 en Madrid.	103
Fig. 1.22	Número de defunciones causadas por la viruela en Madrid durante los años 1880-1901.	103
Fig. 1.23	Variolosos de ambos sexos asistidos o fallecidos en el Hospital Provincial desde el 1 de agosto al 31 de diciembre de 1890, distinguiéndose la clase de viruela que motivó su ingreso o fallecimiento.	108
Fig. 1.24	Edades de los variolosos de ambos sexos asistidos o fallecidos en el Hospital Provincial desde el 1 de agosto al 31 de diciembre de 1890.	108
Fig. 1.25	Espalda de una mujer atacada de viruela. Fotografía. c. 1905.	112
Fig. 1.26	Anuncio de la pomada Cold-Cream Virginal. Impreso en periódico. 1890.	113
Fig. 1.27	Hombre atacado de viruela, retratado durante la primera fase de la enfermedad. Fotografía coloreada a mano. c. 1900.	116
Fig. 1.28	Mujer atacada de viruela, retratada durante la primera fase de la enfermedad. Fotografía coloreada a mano. c. 1900	116
Fig. 1.29	Hombre atacado de viruela con su hijo. Fotografía. c. 1910.	117
Fig. 1.30	Vacunación directa de la ternera en el Instituto del Estado como preservativo contra la actual epidemia variolosa. Grabado. 1890.	119
Fig. 1.31	Centro de Vacunación. Óleo sobre lienzo. c. 1900.	123
Fig. 1.32	Promedio anual de muertes por cada 1.000 habitantes en Madrid y en varias ciudades europeas durante el trienio 1880-1882.	127
Fig. 1.33	Defunciones producidas por las principales enfermedades infecciosas en Madrid durante los años 1880-1900.	129
Fig. 1.34	Cifras absolutas de natalidad y mortalidad de Madrid durante los años 1880-1892 y 1896-1900.	131
Fig. 1.35	Epidemia colérica de 1885. Médicos que, pese al riesgo de contagio, se ofrecieron espontáneamente a combatirla. Fotografía. 1885.	139
Fig. 2.1	Tasa de mortalidad general de Madrid y de varias ciudades europeas, 1905.	142

Fig. 2.2 Distribución por barrios de la mortalidad general en Madrid, 1905.	148
Fig. 2.3 Distribución por barrios de las viviendas de alquiler muy bajo en Madrid, 1915.	150
Fig. 2.4 Distribución de la mortalidad general y de las viviendas de alquiler muy bajo en los barrios del sector suroeste del casco antiguo, 1905.	152
Fig. 2.5 Distribución por barrios de la mortalidad infantil en Madrid, 1905.	154
Fig. 2.6 Proporción de las defunciones de niños menores de 5 años de edad, con relación al total de éstas, en los cien barrios de Madrid, 1905.	155
Fig. 2.7 Proporción de la mortalidad de niños menores de 5 años de edad con relación a la mortalidad general en Madrid, comparada con las capitales de provincia españolas, 1900.	156
Fig. 2.8 Proporción de muertes de ambos sexos registradas en Madrid, según grupo de edad, 1900-1905.	157
Fig. 2.9 Distribución por barrios de la mortalidad por diarrea infantil en Madrid, 1905.	160
Fig. 2.10 Hoja declaratoria núm. 10.5317 del empadronamiento de Madrid de 1905, en la que se indica la muerte de los tres hijos de corta edad del matrimonio formado por Antonio Fernández y Constancia Menéndez.	163
Fig. 2.11 Número de niños menores de 2 años de edad fallecidos por diarrea en Madrid, según mes, 1905.	165
Fig. 2.12 Causas de defunción de los fallecidos de 0 a 11 meses y de 1 a 5 años de edad en Madrid, 1905.	166
Fig. 2.13 Proporción de nacimientos ilegítimos, con relación al total de éstos, en los cien barrios de Madrid, 1905.	167
Fig. 2.14 Galerías de párvulos en la Necrópolis del Este. Fototipia. c. 1915.	170
Fig. 2.15 Proporción de la mortalidad causada por tuberculosis pulmonar por cada 100 fallecimientos en Madrid y en varias ciudades europeas y americanas, 1906.	173
Fig. 2.16 Distribución por barrios de la mortalidad tuberculosa en Madrid, 1905.	176
Fig. 2.17 Número de tuberculosos de ambos sexos atendidos en el Real Dispensario Antituberculoso María Cristina, según la ocupación que desempeñaban, en 1908-1910.	177
Fig. 2.18 Enfermo de tuberculosis pulmonar en estado avanzado. Fotografía. c. 1900.	180
Fig. 2.19 Sánchez, Alfonso. Trasmisión de pensamiento, Madrid. Fotografía. c. 1915.	191

Fig. 2.20	Moya Idígoras, Juan. Charlatán subido a un entarimado en la Plaza de Santa Cruz, 6, con vuelta a la calle San Cristóbal. Fotografía. 1890.	192
Fig. 2.21	Rivero. Las famosas saludadoras chinas, que ayer tarde fueron detenidas por ejercicio ilegal de la medicina. Fotografía. 1912.	194
Fig. 2.22	Anuncio de una partera. Impreso en revista. 1919.	198
Fig. 3.1	Consultorio de niños de pecho del doctor Ulecia y Cardona en la calle de San Bernardo. Fotografía. 1904.	208
Fig. 3.2	Pesa-talla bebés de la Institución Municipal de Puericultura de Madrid. Fotografía. c. 1915.	211
Fig. 3.3	Mujeres con sus hijos en la Sección de Puericultura de la Junta Provincial de Protección de Menores. Fotografía. 1933.	214
Fig. 3.4	El doctor Munera reconociendo a los niños para establecer a cada uno su ficha médico escolar. Fotografía. 1935.	218
Fig. 3.5	Proporción de defunciones causadas por diarrea y enteritis entre niños menores de dos años por cada 1.000 niños de dichas edades en Madrid, 1905-1929.	221
Fig. 3.6	Distribución por barrios de la mortalidad por diarrea infantil en Madrid, 1915.	222
Fig. 3.7	Distribución por barrios de la mortalidad por diarrea infantil en Madrid, 1929.	223
Fig. 3.8	El médico puericultor reconoce detenidamente a un niño, presuntamente enfermo. Fotografía. 1934.	228
Fig. 3.9	Reconocimiento de un niño diftérico en el Instituto Municipal de Seroterapia. Fotografía. 1929.	231
Fig. 3.10	Ambulancia del Instituto Municipal de Seroterapia. Fotografía. 1917.	232
Fig. 3.11	Defunciones causadas por difteria en menores de cinco años de edad en Madrid, 1905-1929.	234
Fig. 3.12	Evolución de la tasa de mortalidad infantil (defunciones de menores de un año por cada 1.000 nacidos vivos) en Madrid, 1900-1936.	236
Fig. 3.13	Distribución por barrios de la mortalidad infantil en Madrid, 1915.	238
Fig. 3.14	Distribución por barrios de la mortalidad infantil en Madrid, 1929.	239
Fig. 3.15	Proporción de las defunciones de niños menores de 5 años de edad, con relación al total de éstas, en los cien barrios de Madrid, 1915.	240

Fig. 3.16	Proporción de las defunciones de niños menores de 5 años de edad, con relación al total de éstas, en los cien barrios de Madrid, 1929.	241
Fig. 3.17	Proporción de nacimientos ilegítimos, con relación al total de éstos, en los cien barrios de Madrid, 1915.	242
Fig. 3.18	Proporción de nacimientos ilegítimos, con relación al total de éstos, en los cien barrios de Madrid, 1929.	243
Fig. 3.19	Modelo de escupidera de pie. Fotograbado. 1907.	246
Fig. 3.20	Cartel de propaganda antituberculosa destinado a colocarse en los portales de las casas visitadas por el servicio de desinfección del Laboratorio Municipal. Impreso. 1905.	248
Fig. 3.21	Perspectiva exterior del Dispensario Antituberculoso de la Universidad. Fotografía. 1934.	250
Fig. 3.22	Médicos especializados reconocen atentamente a los presuntos enfermos en las salas del Dispensario Antituberculoso de la Universidad. Fotografía. 1934.	251
Fig. 3.23	Investigaciones de laboratorio en el Dispensario Antituberculoso de la Universidad. Fotografía. 1934.	254
Fig. 3.24	Evolución del número de pacientes atendidos en los dispensarios antituberculosos madrileños, 1928-1931.	256
Fig. 3.25	Publicidad del Real Sanatorio del Guadarrama. Impreso en revista. 1917.	259
Fig. 3.26	El doctor Codina pasando visita en la galería de enfermos. Fotografía. 1919.	263
Fig. 3.27	El doctor Codina pasando visita en la galería de enfermas. Fotografía. 1919.	264
Fig. 3.28	Distribución por barrios de la mortalidad tuberculosa en Madrid, 1915.	270
Fig. 3.29	Distribución por barrios de la mortalidad tuberculosa en Madrid, 1929.	271
Fig. 3.30	Distribución por barrios de la mortalidad general en Madrid, 1915.	272
Fig. 4.1	Detalle de los trabajadores que aparecen retratados en: Clifford, Charles. Canal del Lozoya - Sifón del Bodonal. Fotografía. 1855.	279
Fig. 4.2	Clifford, Charles. Construcción del Puente de los Franceses sobre el río Manzanares en la línea norte. Fotografía. 1859.	282
Fig. 4.3	Martorell, Guillermo. Vista general de Madrid, tomada desde la Casa de campo. Regalo a los señores suscritores de <i>La Ilustración Española y Americana</i> . Dibujo. 1873.	289

Fig. 4.4 Origen de los jornaleros y peones sin oficio del suroeste del casco antiguo, distinguiendo su sexo, 1880.	292
Fig. 4.5 Estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, comparando la distribución de los trabajadores nativos e inmigrantes, 1880.	297
Fig. 4.6 Estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, comparando la distribución de los trabajadores nativos e inmigrantes, 1880.	297
Fig. 4.7 Localización de los artesanos residentes en sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880.	311
Fig. 4.8 Localización de los artesanos residentes en sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905	312
Fig. 4.9 Estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880.	313
Fig. 4.10 Estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880.	313
Fig. 4.11 Principales subgrupos de la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880.	314
Fig. 4.12 Principales subgrupos de la estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880.	314
Fig. 4.13 Oficios del trabajo manual que concentran más de 50 trabajadores, 1880.	315
Fig. 4.14 Ocupaciones del trabajo de las mujeres que concentran más de 50 trabajadoras, 1880.	315
Fig. 5.1. Estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905.	322
Fig. 5.2. Principales subgrupos de la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905.	322
Fig. 5.3. Estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905.	323
Fig. 5.4. Principales subgrupos de la estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905.	323
Fig. 5.5. Localización de los jornaleros residentes en el sector suroeste del casco antiguo, 1880.	324
Fig. 5.6. Localización de los jornaleros residentes en el sector suroeste del casco antiguo, 1905.	325
Fig. 5.7. Chusseau-Flaviens, Charles. Jornaleros descansando frente a una obra. Madrid. Fotografía. c. 1905.	327
Fig. 5.8. Sánchez García, Alfonso. <i>Mozo de cuerda. Madrid.</i> Fotografía. c. 1905.	328
Fig. 5.9. Provincias de origen de los jornaleros inmigrantes, 1880.	330
Fig. 5.10. Provincias de origen de los jornaleros inmigrantes, 1905.	331
Fig. 5.11. Sánchez García, Alfonso. <i>Mercado de la plaza de la Cebada.</i> Fotografía. c. 1905.	332

Fig. 5.12. Retrato de José Eugenio Ribera, 1905.	335
Fig. 5.13. Aspecto del Tercer Depósito, 1905.	338
Fig. 5.14. Aspecto del Tercer Depósito, 1905.	338
Fig. 5.15. Rescate de un obrero muerto en el hundimiento, 1905.	339
Fig. 5.16. Aspecto del recinto del Tercer Depósito, 1905.	340
Fig. 5.17. Representación de la manifestación obrera, 1905.	346
Fig. 5.18. Aspecto de la calle de Bravo Murillo, 1905.	349
Fig. 5.19. Origen de las trabajadoras del servicio doméstico, 1880 y 1905.	352
Fig. 5.20. Origen de las trabajadoras del servicio doméstico, 1880 y 1905.	352
Fig. 5.21. Provincias de origen de las sirvientas, 1880.	354
Fig. 5.22. Provincias de origen de las sirvientas, 1905.	355
Fig. 5.23. Estructura por sexo de los trabajadores del servicio doméstico, 1905 y 1930.	357
Fig. 5.24 y 5.25. Chusseau-Flaviens, Charles. Sirvienta (izquierda) y amas de cría (derecha) en la calle de Alcalá. Fotografía. c. 1905.	359
Fig. 5.26. Edades de las trabajadoras del servicio doméstico, 1905 y 1930.	360
Fig. 5.27. Ponting, Herbert George. <i>Street scene. Puerta del Sol. Madrid.</i> Fotografía. 1906.	361
Fig. 5.28. Localización de las sirvientas internas en el suroeste del casco antiguo, 1880.	362
Fig. 5.29. Localización de las sirvientas internas en el suroeste del casco antiguo, 1905.	363
Fig. 6.1. Evolución de la proporción de los jornaleros y peones sin oficio (subgrupo HISCO 99) en la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo, 1880-1930.	363
Fig. 6.2. Ocupaciones manuales que más ven aumentar su proporción entre los trabajadores del suroeste del casco antiguo, 1905-1930.	372
Fig. 6.3. Anónimo. Obreros instaladores de la Compañía Telefónica en Madrid. Fotografía. c. 1930.	376
Fig. 6.4. Moreno Díaz, Vicente. Operarios de ambos sexos trabajando en un taller de aparatos eléctricos en Madrid. Fotografía. c. 1925.	376
Fig. 6.5. Estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1930.	380
Fig. 6.6. Principales subgrupos de la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1930.	380

Fig. 6.7. Estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1930.	381
Fig. 6.8. Principales subgrupos de la estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1930.	381
Fig. 6.9. Evolución de la proporción de los empleados de oficina (subgrupo HISCO 33) en la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo, 1880-1930.	383
Fig. 6.10. Evolución de la proporción de los empleados de oficina (Gran Grupo HISCO 3) en la estructura ocupacional masculina de los ocho barrios del suroeste del casco antiguo, 1905-1930.	385
Fig. 6.11. Localización de los empleados residentes en el sector suroeste del casco antiguo, 1905.	386
Fig. 6.12. Localización de los empleados residentes en el sector suroeste del casco antiguo, 1930.	387
Fig. 6.13. Distribución numérica de los empleados de oficina del suroeste del casco antiguo, según lugar de trabajo, 1880-1930.	389
Fig. 6.14. Media salarial anual de los empleados de oficina del suroeste del casco antiguo, distinguiendo sexo y grupos de edad, 1930.	389
Fig. 6.15. Sánchez García, Alfonso. Empleados del Banco de España en el Centro de operación de cambio. Fotografía. c. 1925.	390
Fig. 6.16. Evolución de la proporción de las empleadas de oficina (subgrupo HISCO 33) en la estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo, 1880-1930.	391
Fig. 6.17. Anónimo. <i>Mecanógrafas en la sede madrileña de la agencia multinacional de publicidad Publicitas</i> . Fotografía. 1933.	392
Fig. 6.18. Comparación del salario medio anual percibido por los empleados de oficina del suroeste del casco antiguo, distinguiendo su sexo, 1880-1930.	393
Fig. 6.19. Estado civil de los empleados de oficina del suroeste del casco antiguo, distinguiendo sexo y grupos de edad, 1930.	394

Tablas

Tabla 2.1 Barrios de mortalidad máxima en Madrid, 1905.	144
Tabla 2.2 Barrios de mortalidad mínima en Madrid, 1905.	144
Tabla 3.1 Número de niños asistidos en el Consultorio de niños pobres (1893-1913) y en la Institución Municipal de Puericultura de Madrid (1914-1924).	216

Tabla 4.1. Descenso del número de artesanos, distinguiendo la actividad artesanal, en la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo, 1880-1905.	318
Tabla 4.2. Oficios artesanales declarados por los trabajadores del suroeste del casco antiguo en el empadronamiento de 1880, que no vuelven a registrarse entre dicho vecindario en los empadronamientos de 1905 y 1930.	318
Tabla 6.1. Profesiones manuales cuya proporción más aumenta en la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo, 1905-1930.	373
Tabla 6.2 Ocupaciones pertenecientes al trabajo manual declaradas por los trabajadores del suroeste del casco antiguo en el empadronamiento de 1930, que no fueron registradas entre dicho vecindario en los empadronamientos de 1905 ni 1880.	375
Tabla 6.3. Ocupaciones pertenecientes al trabajo manual declaradas por las trabajadoras del suroeste del casco antiguo en el empadronamiento de 1930, que no fueron registradas entre dicho vecindario en los empadronamientos de 1905 ni 1880.	375

Resumen

La presente tesis doctoral tiene como objetivo el estudio de la transformación de Madrid en una metrópoli moderna durante el periodo 1880-1936. El espacio concreto sobre el que se desarrolla el análisis empírico es el suroeste del casco antiguo, sector que comprende la zona delimitada por la calle de Toledo, Ronda de Segovia, Cuesta de la Vega, calle Mayor y calle de Ciudad Rodrigo hasta su desembocadura en la Plaza Mayor. En esta parte del plano urbano se enclavaban los denominados barrios bajos, lugar tradicional de residencia de las clases populares. El componente sociológico de esta parte de la población resulta idóneo para examinar el modo en que el proceso de modernización afectó al escalafón más humilde de la sociedad madrileña, razón que ha determinado su elección como objeto de estudio.

El marco cronológico que comprende esta tesis constituye una fase determinante en la evolución histórica de Madrid. A lo largo de ella, la urbe madrileña vio crecer su población hasta alcanzar el millón de habitantes, cambió drásticamente su estructura económica y ocupacional y sentó las bases para el desarrollo de un sistema de asistencia sanitaria después de haber vivido durante largo tiempo bajo unas tasas de mortalidad abrumadoras y la repetición cíclica de embates epidémicos.

Este conjunto de cambios son analizados en las páginas del presente trabajo a partir de la utilización de diversas fuentes documentales. La recogida sistemática de la información contenida en el Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880, 1905 y 1930, ha permitido formar una base de datos con todas las variables contempladas en las hojas de empadronamiento de un total de 142.478 moradores del suroeste del casco antiguo. Una vastísima información que ha sido utilizada de forma entrecruzada con otras fuentes documentales, tales como la estadística sanitaria municipal de 1905, 1915

y 1929, la documentación de las secciones de Policía Urbana y Beneficencia e Higiene del Archivo de Villa de Madrid y los expedientes judiciales del Juzgado de Primera Instancia del Distrito de La Latina depositados en el Archivo General de la Administración. Del mismo modo, la investigación se sustenta en la exploración de diversas fuentes hemerográficas y literarias, así como de varios archivos fotográficos.

A partir de la muestra padronal recogida se desarrolla el estudio de caso que ha permitido caracterizar y evaluar los principales movimientos registrados en el mercado laboral madrileño durante el periodo indicado. Asimismo, mediante el empleo integral del expresado corpus documental se reconstruyen las epidemias de cólera y viruela registradas en Madrid a finales del siglo XIX y los motines callejeros desatados durante su transcurso, la distribución de la muerte y la enfermedad en el mapa urbano, las prácticas relacionadas con el ejercicio ilegal de la medicina y la evolución del estado sociosanitario en la urbe madrileña.

Los resultados de este estudio revelan hasta qué punto se aceleró el *tempo* histórico durante el periodo analizado y el alcance de los cambios urbanos y sociales que a lo largo de él se produjeron, los cuales provocaron que Madrid dejara de ser una población sin gran relevancia, para pasar a erigirse como una metrópoli cosmopolita y moderna plenamente insertada en el sistema urbano internacional.

Abstract

This thesis aims to study the transformation of Madrid into a large modern city during the period of 1880 to 1936. The empirical analysis is based on an area that includes the southwest of Madrid's old town amidst Calle de Toledo, Ronda de Segovia, Cuesta de la Vega, Calle Mayor, Calle de Ciudad Rodrigo, and Plaza Mayor. Within this part of the city map existed the so-called *barrios bajos*, the slums where lower classes traditionally used to live. The sociological component of this part of the city is ideal for examining how the modernization process affected the poorest ranks of Madrid society.

The time frame comprising this thesis constitutes a decisive stage in the historical evolution of Madrid. Over this period, the Spanish capital city saw its population reach one million inhabitants, changed its economic and occupational structure, and developed a health care system that helped improve urban sanitary conditions after a long time of overwhelming mortality rates and a cyclical repetition of epidemics.

Using a variety of historical sources, this set of changes are discussed in the pages of this thesis. The systematic collection of information contained in the Census of Madrid City for the years 1880, 1905, and 1930 has allowed to create a database with a total of 142,478 inhabitants living in the southwest of Madrid's old town. This information has been supplemented with other sources, such as the city sanitary statistics of 1905, 1915, and 1929, the documentation from the sections of Policía Urbana and Beneficencia e Higiene of the Archivo de Villa de Madrid, and court records from the Court of First Instance of the District of La Latina found in the Archivo General de la Administración. At the same time, the research is based on the

exploration of several newspaper and literary sources, as well as photographic and film archives.

The sample from the census as a case study has allowed to characterize and assess the main changes that happened in the labor market of Madrid during the period under study. Likewise, through the use of the mentioned sources it has been possible to analyze the epidemics of cholera and smallpox that occurred in Madrid in the late nineteenth century, as well as the street riots that followed the health crisis, the distribution of death and illness on the urban map, the illegal practice of medicine, and the evolution of Madrid's social-health panorama.

The results of this study reveal how much the historical tempo accelerated over the period, as well as the scope of urban and social transformation. This set of changes propelled Madrid to move from a town with no special relevance into a large modern city fully inserted in the international stage.

Introducción

El archivo de la Filmoteca Española custodia dos antiguos documentos cinematográficos rodados en las calles de Madrid. El primero de ellos lleva por título *Madrid hacia 1910*. Es una filmación breve, de poco más de cuatro minutos de duración, que muestra el aspecto de algunos de los lugares más emblemáticos de la ciudad, como la Puerta del Sol, la carrera de San Jerónimo o la calle de Alcalá, en torno al año 1910. El segundo documento, titulado *Madrid. Años 30*, consiste en una grabación similar, en la que puede verse a lo largo de sus tres minutos de metraje el aspecto de los principales puntos de la urbe madrileña en una fecha inmediatamente previa al estallido de la guerra de España. Apenas un cuarto de siglo media entre ambas películas desde el punto de vista cronológico. Sin embargo, la distancia histórica que las separa es inmensa¹.

No hay exageración en estas palabras. El Madrid que se contempla en el primer filme se corresponde con una ciudad aún sumida en la atmósfera urbana decimonónica, donde el paso tranquilo de los peatones solo es superado por el de los coches de caballos, los carros y los tranvías eléctricos que recorren las principales rúas, mientras los viandantes caminan indistintamente por la calzada y las aceras, sin que sea posible distinguir donde termina una y empiezan las otras. En la vestimenta de la población domina la blusa jornalera, advirtiéndose por la indumentaria de los moradores que espontáneamente aparecen en escena las pronunciadas diferencias de clase que les separan. Al rodar una secuencia desde el Puente de Segovia, en la que se muestra el Palacio Real y los lavaderos del Manzanares, la cámara se detiene sobre un primer plano de un grupo de niños apiñado en torno a una de las bolas del puente. Dos de ellos,

¹ Los filmes se encuentran disponibles en el archivo audiovisual de la Filmoteca Española, alojado en el sitio web de RTVE: <http://www.rtve.es/filmoteca>

de unos diez años de edad, portan consigo algunos útiles y tienen el aspecto de llevar varios años trabajando. Solo en la Puerta del Sol, centro neurálgico de la vida madrileña, se percibe un ambiente y un ritmo de actividad verdaderamente intenso, algo que deja entrever que, por debajo de lo perceptible a simple vista, el Madrid de 1910 se hallaba inmerso en un profundo proceso de cambio, el cual se aceleraría a partir de entonces.

Esta afirmación queda constatada al visionar el segundo filme. Tomado en torno a 1935, la primera novedad que se percibe con relación al anterior es la intensificación del tránsito rodado en las calles de la ciudad. Una vorágine de automóviles, camionetas y autobuses de dos plantas se ha apoderado de la circulación viaria. El número de tranvías ha aumentado de forma asombrosa, circulando éstos a una velocidad muy superior, con grandes letreros de publicidad colocados en sus techos y atiborrados de viajeros. Los vehículos de tracción animal han pasado a ser un elemento residual, contemplándose únicamente a lo largo de la grabación un coche de punto pasando por la Puerta del Sol, convertida en un hormiguero de gente, y un carro que, ahogado por un mar de automóviles, sube a duras penas por la calle de Alcalá. Algunos obreros van andando en bicicleta y, en mitad del denso tránsito de vehículos motorizados, se distinguen varios semáforos en las intersecciones principales, así como los característicos sombreros semiesféricos de color blanco de los guardias de circulación, que dirigen ésta con los rápidos movimientos de sus brazos. Los kioscos abiertos al aire exponen un sinfín de periódicos a la venta, del mismo modo que los grandes escaparates comerciales muestran al público las últimas novedades en todo género de artículos. Las bocas del metropolitano que se han abierto en las calles y una escena espectacular, rodada desde una avioneta que surca los cielos de Madrid, nos recuerdan que ese jaleo de tráfico también se produce bajo tierra y por el aire. En esta última escena pueden contemplarse los rascacielos existentes en la Gran Vía, erigiéndose majestuosos entre el caserío del Madrid antiguo, el cual ofrece más signos de pervivencia en la arquitectura que en la vida de sus calles. Ésta se corresponde con la de una ciudad moderna y cosmopolita, donde las camisas de cuello duro, las corbatas y los sombreros flexibles se han convertido en el vestuario habitual de la masa de los varones, mientras que las mujeres lucen vestidos hasta la media pierna y van peinadas como las actrices de cine de la época.

Estos dos documentos cinematográficos ponen de manifiesto el desarrollo asombroso de la actividad urbana y la profunda transformación de la sociedad madrileña durante un lapso de tiempo que representa la fase final del proceso de modernización de Madrid, el cual se inició a mediados del siglo XIX y fue violentamente interrumpido por el drama en tres actos que supuso la rebelión militar del 17-18 de julio de 1936, el desencadenamiento de la guerra civil y la instauración de la dictadura militar del general Franco.

La pronunciada sensación de aceleración del *tempo* histórico que se desprende del análisis de los citados filmes constituye la característica más destacada del periodo que comprende la presente tesis doctoral. Esta aceleración comenzó a desatarse en las décadas centrales del ochocientos, con la puesta en marcha de las grandes obras públicas que ejercerían un influjo decisivo en el devenir de la capital. Desde que las aguas del Lozoya llegaran a la urbe madrileña por medio de la construcción del Canal de Isabel II y el ferrocarril arribara a las puertas de la ciudad en la década de 1850, el despegue de Madrid como gran ciudad se hizo imparable. A ello también contribuyó en grado sumo el derribo de la cerca fiscal que desde 1625 circundaba el perímetro de la población, así como la puesta en marcha del Plan de Ensanche, que permitió que la urbe se expandiera más allá de sus límites históricos, transformando para siempre la tradicional fisonomía matritense.

Al contar con un sistema abastecimiento de agua potable que garantizaba su suministro en abundancia para el uso doméstico y productivo, con un medio de transporte que permitía el acceso directo y rápido a los principales puertos y centros fabriles y con la posibilidad de expandirse sobre el terreno sin estorbo alguno, Madrid pudo llevar a término la ambiciosa idea de convertirse en una metrópoli moderna. Los inconvenientes de orden geográfico que tradicionalmente habían afectado a la capital española, enclavada en una meseta rodeada de cadenas montañosas y sin acceso a ríos navegables, puertos marítimos o fuentes de materias primas que favoreciesen su desarrollo económico, desaparecieron con la expansión del ferrocarril y el telégrafo. Más aún, el modelo radial adoptado para trazar los caminos de hierro y las líneas telegráficas en la península erigió a Madrid en el eje vertebral de la red comunicacional².

² Bahamonde Magro, Ángel, Martínez Llorente, Gaspar y Otero Carvajal, Luis Enrique. *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*. Madrid: Correos y Telégrafos, 2002.

Como centro nodal de las comunicaciones españolas, la urbe madrileña adquirió una nueva dimensión. A ello se sumó la victoria definitiva del liberalismo y la consolidación del Estado liberal, cuya necesidad de disponer de un centro de poder desde donde ejercer con eficacia la administración pública, llevó a dotar a la ciudad de las grandes instituciones estatales y financieras de la nación. Como consecuencia de ello, Madrid se atrajo hacia sí una pléyade de altos funcionarios y hombres de negocios procedentes de las provincias peninsulares y ultramarinas, deseosos de situarse bajo la orbita del nuevo poder político y la influencia de la clase gobernante. Pero no solo fueron los provincianos con poder económico y político quienes comenzaron a desplazarse en gran número a Madrid. La intensificación de los flujos migratorios internos desde mediados del siglo XIX provocó la llegada constante a la capital de ingentes contingentes de hombres y mujeres jóvenes provenientes de los distritos rurales. Hasta tal punto fue así que la inmigración se convirtió en el primer factor de crecimiento demográfico de la ciudad hasta bien entrado el siglo XX³.

Las gentes del agro que arribaban a la urbe madrileña lo hacían en busca de subsistencia y empleo. En un primer momento, los campesinos acudían a la capital atraídos por la llamada de las grandes obras públicas, las cuales demandaban el trabajo de miles de braceros para poder llevarse a cabo (la necesidad de mano de obra en la construcción del Canal del Lozoya llevó a las autoridades a sacar de las cárceles a cerca de dos millares de presidiarios para someterles a trabajos forzados⁴). Posteriormente, el auge que adquirió la construcción con las obras de reforma acometidas en el interior del casco urbano, como el ensanchamiento de la Puerta del Sol, y, sobre todo, con la urbanización de los terrenos extramuros tras la aprobación del Plan Castro, no dejó de ofrecer a los inmigrantes rurales la posibilidad de obtener un jornal trabajando en los tajos, con lo que la llegada de éstos a las calles de Madrid fue *in crescendo*. Por su parte, la población femenina tuvo un papel protagonista en los movimientos migratorios del campo a la ciudad. Año tras año, miles de mujeres, jóvenes y solteras en la mayoría de los casos, eran arrastradas hasta Madrid desde sus pueblos natales para buscar trabajo

³ Fernández García, Antonio. “La población madrileña entre 1876 y 1931: el cambio de modelo demográfico”. Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*. 2 vols. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 1, pp. 29-76.

⁴ Martínez Vázquez de Parga, Rosario. “Historia del Canal”. *Revista de Obras Públicas* 3414 (2001): 17-28.

primordialmente en el servicio doméstico, sector que se feminizó en el transcurso del siglo XIX y que empleaba un número ingente de trabajadoras⁵.

La irrupción masiva de esta mano de obra descualificada como consecuencia de las oleadas migratorias del campo a la capital, agravó el proceso de descomposición del artesanado y alteró de arriba abajo la estructura profesional de la urbe. El mundo de los oficios, que se hallaba en crisis en Madrid desde finales del siglo XVIII⁶, terminó por derrumbarse en las décadas finales del ochocientos, naciendo de entre sus ruinas la clase jornalera. Los artesanos se vieron eclipsados por la figura dominante del jornalero, invirtiéndose las proporciones de unos y otros entre 1860 y 1880, y terminando por quedar reducidos a una cifra minúscula a comienzos del novecientos.

Mientras esta serie de transformaciones en la economía y la estructura ocupacional urbanas tenían lugar, Madrid se adentraba en el siglo XX. El crecimiento poblacional continuaba en ascenso y, a la altura de 1900, la ciudad había sobrepasado el medio millón de habitantes. La jornalerización de la fuerza de trabajo y la pauperización de los artesanos se tradujo en la expansión de la miseria en la sociedad madrileña y la formación de una bolsa de pobreza que acentuó la desigualdad social. El aumento del pauperismo, que alcanzó unas proporciones alarmantes, se hacía patente a través del estado sanitario y la tasa de defunciones. Tan elevada era la mortalidad de la población (28 fallecimientos por cada mil habitantes en 1905, una de las más altas de toda Europa) que a Madrid se la empezó a conocer con el fúnebre epíteto de *ciudad de la muerte*. Mas la distribución de la mortalidad en el mapa urbano dejaba entrever que ésta no obedecía a factores climáticos o telúricos, sino sociales, pues no se repartía por igual en todas las zonas de la ciudad: aquellos barrios donde residía la parte más empobrecida y abandonada del vecindario registraban unas tasas de mortalidad abrumadoramente superiores a las de aquellos donde vivían las familias acaudaladas.

Sin embargo, este panorama de tintes sombríos cambiaría drásticamente tras el estallido de la Gran Guerra. La coyuntura internacional abierta en 1914 por la contienda mundial favoreció el desarrollo de la economía española, en tanto que el nivel de exportaciones fabriles y agrícolas aumentó notablemente ante la demanda de las potencias beligerantes, obligadas a subordinar su producción a las exigencias bélicas. La

⁵ Sarasúa García, Carmen. *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid: Siglo XXI, 1994.

⁶ Nieto Sánchez, José A. *Artesanos y mercaderes, una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*. Madrid: Fundamentos, 2006.

urbe madrileña se benefició enormemente de esta ola de prosperidad que cundió en la economía nacional, y como capital de la neutralidad, se convirtió en el centro urbano más importante de Europa para los negocios financieros y empresariales⁷.

El ambiente de bonanza en la actividad comercial y financiera favoreció el incipiente proceso de industrialización que se estaba desarrollando en Madrid desde los años del cambio de siglo. La llegada de la electricidad ofreció a la ciudad del Manzanares la oportunidad de desarrollarse industrialmente, algo que no logró durante los años de la primera Revolución Industrial debido a la dificultad para obtener carbón y acero, elementos básicos de aquella primera oleada industrializadora. Las chimeneas fabriles y los grandes talleres empezaron a distinguirse en la línea del paisaje urbano madrileño, perfilándose la zona sur de la ciudad como un espacio totalmente industrializado⁸.

Este conjunto de novedades afectó decisivamente a la composición de la estructura ocupacional madrileña. Si en la segunda mitad del siglo XIX Madrid asistió a su jornalerización, debido a la pauperización de los artesanos y a las oleadas migratorias que inundaron el mercado laboral de mano de obra descualificada y barata, las décadas anteriores a la guerra de España conocieron un profundo y acelerado proceso de terciarización, que cambió drásticamente la estructura económica y el panorama profesional de Madrid.

Hasta aquel momento, el peso del trabajo oficinesco en la estructura ocupacional madrileña no era muy grande y se hallaba dominado por los empleados funcionariales que desarrollaban su actividad en la Administración pública. Pero desde la década de 1910, la proliferación de compañías que abrieron sus sedes en la capital llevó a que la demanda de trabajadores de oficina se disparara, apareciendo un nuevo tipo de empleado vinculado a la empresa privada que iba a convivir con el clásico funcionario. Hasta tal punto fue así que, a la altura de 1930, el número de unos y otros llegó a equipararse. Por otro lado, la creación de nuevos empleos en el mundo de las oficinas permitió a las mujeres acceder en masa a puestos de trabajo en los que su presencia hasta entonces había sido anecdótica, cuando no inexistente por considerarse dichos puestos propios de varones. Un sinnúmero de mujeres oficinistas, mecanógrafas,

⁷ De Madariaga, Salvador. *España. Ensayo de historia contemporánea*. Madrid: Espasa Calpe, 1979, p. 259.

⁸ González Yanci, María Pilar. *Los accesos ferroviarios a Madrid: su impacto en la geografía urbana de la ciudad*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1977.

secretarias, taquígrafas, contables, telefonistas, etc., irrumpió en el mercado laboral de Madrid, y su proporción en la estructura profesional femenina adquirió un tamaño muy significativo.

Con todo, la expansión del trabajo de cuello blanco no conllevó en absoluto la desaparición de los jornaleros, que en los barrios populares de la capital continuaron siendo la mayoría de la fuerza de trabajo. Ahora bien, aquellos jornaleros de 1930 guardaban poca similitud con los de 1905 o 1880. Su número en el mercado de trabajo descendió notablemente a lo largo del primer tercio del siglo XX, comenzando a perder el protagonismo adquirido desde finales del ochocientos, y, gracias al aumento generalizado de los niveles salariales, sus condiciones de vida mejoraron de forma notoria. Del mismo modo, el número de trabajadores manuales especializados (electricistas, instaladores, mecánicos, fontaneros, ajustadores, etc.), creció notablemente durante este periodo como consecuencia de los cambios introducidos en la economía urbana.

Todo ello dio pie a que las clases trabajadoras experimentaran una mejora de su posición social y económica y la miseria antes reinante entre ellas se redujera drásticamente, como ponía de manifiesto el hecho de que, a la altura de 1930, las abrumadoras diferencias sociosanitarias que se daban a comienzos del siglo XX se hubieran diluido de forma evidente. En aquel año, solo un reducido número de barrios presentaba unos índices de mortalidad general e infantil extremos, mientras que la inmensa mayoría de éstos compartían entre sí unas proporciones de fallecimientos similares. La homogeneización de las tasas de mortalidad de los distintos barrios y la mejora de la salud pública, consecuencia directa del avance logrado en la reducción de los niveles de pobreza y desigualdad, era, en último término, reflejo del progreso excepcional que durante este periodo conoció la sociedad madrileña.

La historiografía del Madrid contemporáneo se ha ocupado del estudio de este conjunto de cambios desde hace décadas. A decir verdad, los motivos que hicieron que la urbe madrileña captase la atención de la investigación histórica obedecieron tanto a su dimensión de capital político-administrativa del Estado como a su faceta de gran ciudad. Esta dualidad de Madrid como ciudad-capital ha generado cierta confusión a la hora de aproximarse al conocimiento de su historia, ya que tradicionalmente se ha tendido a sobredimensionar el papel capitalino en detrimento del análisis de la ciudad

como entidad social, económica, política y cultural con vida propia e independiente de la dimensión estatal, aunque sin duda influenciada por ésta⁹.

Pero no fue éste el único escollo que afectó al estudio histórico del Madrid contemporáneo. La influencia ejercida por la literatura costumbrista propició la formación de una serie de clichés casticistas en el imaginario colectivo, los cuales extendieron una visión distorsionada de la realidad histórico-social madrileña. A ello se unieron los vicios ideológicos de la historiografía franquista, que en su afán por encontrar justificaciones a la sublevación militar de 1936 y a la implantación del Nuevo Estado tras aniquilar a la República española en los campos de batalla, extendió la idea de fracaso del largo siglo XIX y la condena de la experiencia republicana, infravalorando y relegando al olvido la profunda transformación que conoció la España urbana, y en particular su capital, durante el periodo anterior a la guerra civil¹⁰.

En este sentido, los trabajos que comenzaron a publicarse desde mediados de la década de 1970 y, sobre todo, la celebración de los Coloquios de Historia Madrileña en la segunda mitad de la década de 1980, representan un antes y un después en el desarrollo de la historiografía del Madrid contemporáneo¹¹. En aquellos encuentros se rompió definitivamente con los viejos moldes que habían regido la historiografía matritense, se pusieron en común las investigaciones de distinta índole que tenían como objeto de estudio la sociedad madrileña y se abrieron nuevas líneas de investigación, culminando esta actividad científico-académica en las principales obras de síntesis publicadas en las décadas de 1990 y 2000, que en la actualidad son de consulta obligada¹².

⁹ Sobre el papel dual de Madrid como ciudad y capital, véase: Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana". Fusi Aizpúrua, Juan Pablo (coord.). *España, autonomías*. Madrid: Espasa Calpe, 1989, pp. 517-616; Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. "Quietud y Cambio en el Madrid de la Restauración". Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña...*, op. cit., vol. 1, 1989, pp. 21-26.

¹⁰ Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. "Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización". *Papeles de Economía Española* 18 (1999): 18-30; Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. "Madrid, de territorio fronterizo...", op. cit.

¹¹ Las actas de los Coloquios en: Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. 2 vols. Madrid: Consejería de Cultura, 1986.; Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña...*, op. cit.

¹² Alvar Ezquerro, Alfredo et al. (coords.). *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*. Madrid: Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, 1991; Fernández García, Antonio (dir.). *Historia de Madrid*. Madrid: Editorial Complutense, 1993; Juiá Díaz, Santos,

Aquellos trabajos pioneros de la nueva historia de Madrid que se dieron a la imprenta en los años setenta y ochenta del siglo XX, se centraron en una variedad de cuestiones, como el surgimiento de la burguesía¹³, las relaciones sociales durante el liberalismo¹⁴, la sociología electoral¹⁵, el papel de la milicia en la consolidación de la revolución burguesa¹⁶, los estallidos revolucionarios decimonónicos¹⁷, la desamortización eclesiástica y su influencia en el mercado inmobiliario¹⁸, el movimiento obrero y asociativo¹⁹, la conflictividad social²⁰, la dimensión de Madrid como centro financiero nacional²¹, la estructura económica y el mercado laboral²², la vida cotidiana del

Ringrose, David y Segura, Cristina. *Madrid, historia de una capital*. Madrid: Alianza Editorial, 1994; Pinto Crespó, Virgilio (dir.). *Madrid: Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 2001.

¹³ Bahamonde Magro, Ángel. *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1981.

¹⁴ Bahamonde Magro, Ángel y Toro Mérida, Julián. *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1978.

¹⁵ Tusell Gómez, Javier. *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*. Madrid: Edicusa, 1969.

¹⁶ Pérez Garzón, Juan Sisinio y Espadas Burgos, Manuel. *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño: 1808-1874*. Madrid: CSIC, 1978.

¹⁷ Urquijo y Goitia, José Ramón. *La revolución de 1854 en Madrid*. Madrid: CSIC, 1984.

¹⁸ Simón Segura, Francisco. "La desamortización de Mendizábal en Madrid". *Información Comercial Española* 2 (1967): 69-79; Bahamonde Magro, Ángel y Martínez Martín, Jesús A. "La desamortización y el mercado inmueble madrileño (1836- 1868)". *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*. Madrid: UCM, 1982, vol. 2, pp. 939-956; Martínez Martín, Jesús A. "La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid durante el trienio constitucional". *Desamortización y Hacienda Pública*. 2 vols. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1986, vol. 2, pp. 357-376.

¹⁹ Álvarez Junco, José y Pérez Ledesma, Manuel. "Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?". *Revista de Occidente* 12 (1982): 19-41; Castillo, Santiago. "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores". *Estudios de historia social* 26-27 (1983): 19-255; Castillo, Santiago. "Organización y acción política del PSOE hasta 1900". Juiá Díaz, Santos (coord.). *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 1986, pp. 9-33; Elorza, Antonio y Ralle, Michel. *La formación del PSOE*. Barcelona: Crítica, 1989; Nielfa Cristóbal, Gloria. "El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931". *Mélanges de la Casa de Velázquez* 22 (1986): 373-400.

²⁰ Juliá Díaz, Santos. *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*. Madrid: Siglo XXI, 1984.

²¹ Sanz García, José María. *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1975; Torrente Fortuño, José Antonio. *Historia de la Bolsa de Madrid*. 2 vols. Madrid: Colegio de Agentes de Cambio y Bolsa, 1976.

²² Bahamonde Magro, Ángel. "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)". *Estudios de Historia Social* 15 (1980): 143-175; Nielfa Cristóbal, Gloria. *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985; Nielfa Cristóbal, Gloria. "La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX". *Cuadernos de historia moderna y contemporánea* 4 (1983): 119-139; Quirós Linares, Francisco. "Oficios y profesiones de los inmigrantes de Cangas de Narcea en Madrid

vecindario²³, la evolución demográfica²⁴ y la salud pública y las condiciones de vida de la población²⁵.

Ya en la década de 1990 se publicaron varios trabajos monográficos, tesis doctorales y artículos de gran calidad académica, que abordaron nuevos temas de la historia social de Madrid, destacando el análisis de la vivienda y el urbanismo²⁶, las élites sociales²⁷, el servicio doméstico²⁸, el mundo de los profesionales y los trabajadores manuales²⁹, el problema de la sobremortalidad³⁰, los movimientos de protesta

antes de la Guerra Civil". *Archivum: Revista de la Facultad de Filología* 21 (1971): 5-11; Simón Palmer, María del Carmen: "Faroleros y serenos (notas para su historia)". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 22 (1976): 1-22.

²³ Folguera Crespo, Pilar. *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*. Madrid: CAM, 1987.

²⁴ Carbajo Isla, María Fernanda. *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1987.

²⁵ Fernández García, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Barcelona: Vicens Vives, 1985; Urquijo Goitia, José Ramón. "Condiciones de vida y cólera: la epidemia de 1854-56 en Madrid". *Estudios de Historia Social* 15 (1980): 63-142; Puerto, Francisco Javier y San Juan, Carlos. "La epidemia de cólera de 1834 en Madrid. Aspectos sanitarios y socioeconómicos". *Estudios de Historia Social* 15 (1980): 9-61; Vidal Galache, Florentina. "La epidemia de cólera de 1834 en Madrid: Asistencia y represión a las clases populares". *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea* (1989): 271-280; Gómez Redondo, Rosa. "El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970". *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas* 32 (1985): 101-140. Otero, Gloria: "Las corralas madrileñas: historia y submundo". *Tiempo de Historia* 9 (1975): 70-83; Díaz Palacios, Julio: "Las corralas de Madrid". *Boden* 13 (1977): 28-49.

²⁶ Barreiro Pereira, Paloma. *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*. Madrid: COAM, 1992; Sambricio, Carlos. *Madrid, vivienda y urbanismo (1900-1960)*. Madrid: Akal, 2004; Maure Rubio, Miguel Ángel. *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*. Madrid: COAM, 1991; Diéguez Patao, Sofía. *La generación del 25. Primera arquitectura moderna en Madrid*. Madrid: Cátedra, 1997.

²⁷ Bahamonde Magro, Ángel y Cayuela, José. *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*. Madrid: Alianza, 1992; Cruz, Jesús. *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*. Madrid: Alianza, 2000.

²⁸ Sarasúa, Carmen. *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid: Siglo XXI, 1994.

²⁹ Cayón García, Francisco. *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*. Madrid: Fundación Empresa Pública, 1997; Candela Soto, Paloma. *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*. Madrid: Tecnos, 1997; Candela Soto, Paloma. "El trabajo doblemente invisible. Mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX". *Historia Social* 45 (2003): 139-159; Sarasúa, Carmen. "El oficio más molesto, más duro. El trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII-XX". *Historia Social* 45 (2003): 53-77.

³⁰ Porras Gallo, María Isabel. *Una ciudad en crisis: la epidemia de gripe de 1918-19 en Madrid*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1994; Vidal Galache, Florentina y Vidal Galache, Benicia. *Bordes y bastardos: una historia de la Inclusa de Madrid*. Madrid: Compañía Literaria, 1995.

vinculados al obrerismo³¹, la inmigración vasca³², la instrucción pública y la alfabetización³³, el análisis social de la lectura, los lectores y la edición³⁴, la socialización de la política³⁵ y la visión de la ciudad a través de las fuentes literarias³⁶.

A esta intensa actividad investigadora en torno al Madrid contemporáneo se sumaron los trabajos en clave histórica procedentes de otras disciplinas académicas, principalmente de la geografía urbana, la historia del arte, la arquitectura y el urbanismo. Estas obras resultaron de gran valor para explorar aspectos tales como la expansión espacial de la ciudad a partir de la puesta en marcha del Ensanche³⁷, las operaciones de transformación urbanística en el casco antiguo³⁸, el negocio del suelo urbano y la actividad de los propietarios³⁹, la importancia del transporte ferroviario en la organización de la urbe⁴⁰ y las relaciones entre desigualdad social y arquitectura⁴¹.

El impulso que vivió la investigación en torno a la historia del Madrid contemporáneo durante este periodo, constatado por la variedad de temas abordados y los numerosos trabajos publicados, se inserta dentro del interés despertado en el seno de

³¹ Sánchez Pérez, Francisco. *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*. Madrid: Cinca, 2005.

³² Ruiz de Azúa, Estíbaliz. *Los vascos en Madrid a mediados del siglo XIX*. Madrid: Delegación en Corte, Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, 1995.

³³ Ferrer, Alejandro Tiana. *Maestros, misioneros y militantes: la educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*. Madrid: Ministerio de Educación, 1992.

³⁴ Martínez Martín, Jesús A. *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: CSIC, 1991; Martínez Martín, Jesús A. (dir.) *Historia de la edición en España, 1836-1936*. Madrid: Marcial Pons, 2001.

³⁵ Pérez Roldán, María del Carmen. *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1998.

³⁶ Del Moral Ruiz, Carmen. *El Madrid de Baroja*. Madrid: Sílex, 2001. En esta misma línea también cabe citar algunos trabajos previos: Del Moral Ruiz, Carmen. *La sociedad madrileña de fin de siglo y Baroja*, Madrid: Turner, 1974; Boring, Phillys Zatlin: "The streets of Madrid as a structuring device in Fortunata y Jacinta". *Anales galdosianos* 23 (1978): 14-23; Seco Serrano, Carlos. *Mesonero Romanos, el escritor y su medio social*. Madrid: Biblioteca de autores españoles, 1967.

³⁷ Bonet Correa, Antonio (ed.). *Plan Castro*. Madrid: COAM, 1978.

³⁸ Ruiz Palomeque, María Eulalia. *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1976; Ruiz Palomeque, María Eulalia. *La Urbanización de la Gran Vía*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 1985; Ruiz Palomeque, María Eulalia: "Límites del barrio de Argüelles". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 9 (1973): 427-436; Navascués palacios, Pedro: "Proyectos del siglo XIX para la reforma urbana de la Puerta del Sol". *Villa de Madrid* 25 (1968): 64-81.

³⁹ Mas Hernández, Rafael. *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.

⁴⁰ González Yanci, María Pilar. *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1977.

⁴¹ Díez de Baldeón, Clementina. *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1986; Brandis García, María Dolores. *El paisaje residencial en Madrid*. Madrid: MOPU, 1983.

la historiografía española por aproximarse al proceso de urbanización y al papel de las ciudades en la historia contemporánea de España. La introducción de un marco teórico interdisciplinar y la aplicación de nuevas herramientas metodológicas a finales de la década de 1980, permitió avanzar a pasos agigantados en el conocimiento de los flujos migratorios rurales-urbanos⁴², las estrategias familiares en el amplio contexto socio-económico⁴³, las relaciones entre política y espacio urbano⁴⁴, la formación del mercado de trabajo⁴⁵ y la relevancia de las ciudades en el proceso de modernización⁴⁶. A ello se sumó la aparición de una serie de trabajos centrados en el análisis histórico de ciudades de tamaño medio y pequeño⁴⁷, impulsados por el protagonismo que adquirió la vida regional y local tras la formación del Estado autonómico⁴⁸. Lejos de caer en los peligros del “color local”, la historia de raigambre local que se desarrolló en este periodo se dotó

⁴² González Portilla, Manuel y Zárraga Sangróniz, Karmele (eds.). *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 1996; Mikelarena Peña, Fernando. “Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias”. *Cuadernos aragoneses de economía* 2 (1993): 213-240; García Abad, Rocío. *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao: UPV-EHU, 2005.

⁴³ Reher, David S. *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*. Madrid: Siglo XXI, 1988.

⁴⁴ Sánchez Suárez, Alejandro (dir.). *Barcelona, 1888-1929: modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*. Madrid: Alianza, 1992; Griful, Eulalia, Maldonado, José y Oyón, José Luis. *Barcelona 1930: un atlas social*. Barcelona: Edicions UPC, 2001; Gallardo Romero, Juan José y Oyón, José Luis. *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*. Barcelona: Carena, 2005. Oyón, José Luis. *La quiebra de la ciudad popular*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2008.

⁴⁵ Camps, Enriqueta. *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995.

⁴⁶ García Delgado, José Luis (ed.). *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. Madrid: Siglo XXI, 1992.

⁴⁷ Serna, Justo y Pons, Anacleto. *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del siglo XIX*. Valencia: Diputación de Valencia, 1992; Esteban de Vega, Mariano, Redero San Román, Mariano y González Gómez, Santiago. *Salamanca, 1900-1936: La transformación limitada de una ciudad*. Salamanca: Diputación de Salamanca, 1992; González Portilla, Manuel. *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*. Bilbao: Fundación BBVA, 1995; González Portilla, Manuel (dir.). *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*. 2 vols. Bilbao: Fundación BBVA, 2001; Mendiola Gonzalo, Fernando. *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2002; Castells Arteche, Luis. “La Bella Easo: 1864-1936”. Artola, Miguel. *Historia de Donostia, San Sebastián*. San Sebastián: Nerea, 2000; Otero Carvajal, Luis Enrique, Carmona Pascual, Pablo y Gómez Bravo, Gutmaro. *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Alcalá de Henares: Fundación Colegio del Rey, 2003; Pérez Fuentes, Pilar. *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*. Bilbao: UPV-EHU, 1993.

⁴⁸ Fusi Aizpúrua, Juan Pablo. *España. Autonomías..., op. cit*; Otero Carvajal, Luis Enrique. “Las ciudades en la España...”, *op. cit*.

de contenido teórico y de instrumental metodológico, convirtiéndose en una valiosa área temática abierta al análisis de las grandes cuestiones de la historia contemporánea⁴⁹.

La historia urbana pasaba así a presentarse como un campo de estudio específico claramente reconocible dentro de la historiografía española. Sin embargo, al situar su desarrollo y consolidación en el contexto académico internacional, se pone de manifiesto la demora con que ello se produjo.

Los primeros trabajos centrados en el proceso de urbanización y en fenómenos sociales producidos en torno a la ciudad, como las corrientes migratorias rurales-urbanas, la movilidad social o la influencia de la tecnología en los usos y costumbres de la población, aparecieron en los Estados Unidos a partir de la década de 1930. Fue pionera en este sentido la obra de Arthur Meier Schlesinger *The rise of the city, 1878-1898*, en la que su autor sostenía la entonces innovadora interpretación de que los grandes cambios acontecidos en la sociedad estadounidense durante las décadas finales del siglo XIX habían estado dirigidos esencialmente por las ciudades, las cuales habían pasado a convertirse en las verdaderas protagonistas de la historia⁵⁰. Esta línea interpretativa fue seguida en los años cincuenta del siglo XX por autores como Richard Clement Wade, que abordó la Tesis de la Frontera de Frederick Jackson Turner desde el punto de vista de la historia social de la ciudad⁵¹.

Pero sería a partir de 1960 cuando la historia urbana se convertiría en uno de los ámbitos más fecundos de la ciencia histórica. La publicación en 1961 de *Victorian Suburb: A Study of the Growth of Camberwell*, de Harold James Dyos, y de *Victorian Cities*, de Asa Briggs, dos de los padres de la historia urbana británica, supuso un importante paso en este sentido, así como la serie de conferencias pronunciadas en 1961 y 1966 en distintas universidades inglesas y estadounidenses, que condujeron a la publicación de una obra fundamental en esta etapa fundacional, *The Historian and the*

⁴⁹ Díez Cano, Santiago “Los estudios sobre el poder local: los planteamientos y tendencias de la investigación reciente”. *Hispania* 201 (1999): 25-45; Peiró Martín, Ignacio y Rújula López, Pedro (coords.). *La historia local en la España contemporánea. Reflexiones desde Aragón*. Barcelona: Dpto. Historia Moderna y Contemporánea, 1999; Forcadell Álvarez, Carlos y Sabio Alcutén, Alberto (coords.). *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2005; Ruiz Carnicer, Miguel Ángel y Frías Corredor, Carmen. *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001.

⁵⁰ Schlesinger, Arthur M. *The Rise of the City, 1878-1898*. Nueva York: Macmillan Press, 1933. Véase también: Schlesinger, Arthur M. “The City in American History”. *The Mississippi Valley Historical Review* 27 (1940): 43-66.

⁵¹ Wade, Richard C. *The Urban Frontier: The Rise of Western Cities, 1790-1830*. Cambridge, Mass: Harvard University Press. 1959.

City, editada por Oscar Handlin y John Ely Burchard⁵².

Otro de los hitos de la historia urbana en este periodo fue la aparición en 1964 de *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth Century City*, trabajo del historiador estadounidense Stephan Thernstrom, que sentó las bases para aproximarse a la historia de la ciudad empleando la abundante información estadística contenida en los censos de población⁵³. Ya en la década de 1970, se publicarían dos obras que ejercerían una influencia importante sobre los historiadores urbanos: *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*, de Michael Anderson, y *Class and Community: The Industrial Revolution in Lynn*, de Alan Dawley. En ellas se abordaba de forma novedosa la influencia de la industrialización en aspectos tales como la estructura familiar, la formación de nuevas relaciones sociales o la división sexual del trabajo, empleando como objeto de estudio el caso de núcleos urbanos específicos⁵⁴.

El progreso de la historia urbana a partir de entonces se vería culminado con la publicación en 1984 de *European Urbanization, 1500-1984*, de Jan de Vries⁵⁵. Este estudio presentaba la novedad de introducir un marco interpretativo que permitía contemplar en clave comparativa y a gran escala el modo en que se desarrolló el proceso de urbanización en Europa durante un extenso periodo de tiempo. Un año después de su aparición, Paul M. Hohenberg y Lynn Hollen Lees publicaron *The Making of Urban Europe, 1000-1950*, trabajo en la línea del realizado por De Vries, en el que primaba el análisis comparativo del proceso de urbanización a nivel internacional⁵⁶.

La vitalidad con la que la historia urbana llegó al siglo XXI queda avalada por el amplio abanico de publicaciones de reciente aparición disponibles en la bibliografía

⁵² Briggs, Asa. *Victorian Cities*. Berkeley: University of California Press, 1965; Dyos, Harold J. *Victorian Suburb: A Study of the Growth of Camberwell*. Leicester: Leicester University Press, 1961; Handlin, Oscar, Burchard, John E. *The Historian and the City*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1963.

⁵³ Thernstrom, Stephan. *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth Century City*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1964.

⁵⁴ Anderson, Michael. *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*. Cambridge: Cambridge University Press, 1971; Dawley, Alan. *Class and Community: The Industrial Revolution in Lynn*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1976.

⁵⁵ De Vries, Jan. *European Urbanization, 1500-1984*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1984 (la versión en español: *La urbanización de Europa, 1500-1800*. Barcelona: Crítica, 1987). El único trabajo de estas características que se conocía hasta entonces era el de Adna Ferrin Weber *The Growth of Cities in the Nineteenth Century: A Study in Statistics*, publicado en 1898.

⁵⁶ Hohenberg, Paul M. y Lees, Lynn H. *The Making of Urban Europe, 1000-1950*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1985.

internacional, que abordan el estudio de centros urbanos de las más diversas regiones del mundo y se adentran en nuevas líneas de análisis⁵⁷. En el caso de la historiografía del Madrid contemporáneo, los trabajos publicados a lo largo de los últimos tiempos han ampliado enormemente nuestro conocimiento en torno a aspectos tales como la movilización política⁵⁸, el ocio y las prácticas culturales vinculadas a la sociedad de masas⁵⁹, la mortalidad infantil y los expósitos⁶⁰, los medios de transporte público⁶¹ o el trabajo femenino⁶².

Mención aparte merece la creación del grupo de investigación complutense Historia de Madrid en la Edad Contemporánea, dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal. La labor investigadora que desde hace una década viene desarrollando este grupo de historiadores, del cual forma parte el autor de la presente tesis doctoral, ha dado lugar a una extensa producción científico-académica en forma de comunicaciones, artículos, libros y cinco tesis doctorales, que han supuesto un importante avance en el conocimiento histórico del Madrid contemporáneo⁶³.

⁵⁷ Véase, por ejemplo: Esherick, Joseph W. (ed.) *Remaking the Chinese City: Modernity and National Identity, 1900-1950*. Honolulu: University of Hawaii Press, 2000; Peixoto-Mehrtens, Cristina. *Urban Space and National Identity in Early Twentieth Century São Paulo, Brazil: Crafting Modernity*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010; Yoshikuni, Tsuneo. *African Urban Experiences in Colonial Zimbabwe: A social history of Harare before 1925*. Harare: Weaver Press, 2007; Sluglett, Peter (ed.). *The Urban Social History of the Middle East, 1750-1950*. Syracuse: Syracuse University Press, 2008.

⁵⁸ Souto Kustrín, Sandra. “Y Madrid ¿qué hace Madrid?”. *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*. Madrid: Siglo XXI, 2004.

⁵⁹ Baker, Edward. *Madrid Cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*. Madrid: Marcial Pons, 2009; Baez Pérez de Tudela, José María. *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*. Madrid: Alianza, 2012; Rodríguez Martín, Nuria. *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015; Cebollada, Pascual y Santa Eulalia, Mary G. *Madrid y el cine: panorama filmográfico de cien años de historia*. Madrid: Comunidad de Madrid: 2002; Del Moral, Carmen. *El género chico: ocio y teatro en Madrid (1880-1910)*. Madrid: Alianza, 2004; Paz, María Antonia. “Cine para la historia urbana: Madrid, 1896-1936”. *Historia Contemporánea* 22 (2001): 179-213; Zozaya Montes, María. *Del ocio al negocio. Redes y capital social en el Casino de Madrid, 1836-1901*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2008.

⁶⁰ Revuelta Eugercios, Bárbara. *Los usos de la inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2011.

⁶¹ Leralta, Javier. *Historia del Taxi de Madrid*. Madrid: Sílex, 2003; Gutiérrez Gómez, Diego. *Aquellos tranvías de Madrid*. Madrid: La Librería, 2001.

⁶² Candela Soto, Paloma: “El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”. *Historia Social* 45 (2003): 139-159.

⁶³ Carballo Barral, Borja, Pallol Trigueros, Rubén y Vicente Albarrán, Fernando. *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid: Editorial Complutense, 2008; Carballo, Borja. *El Madrid burgués. El Ensanche Este de la capital*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2014; De Miguel Salanova, Santiago. *Madrid, los retos de la*

Ello ha obedecido principalmente a la aplicación de un nuevo planteamiento metodológico. Los importantes logros alcanzados por la historiografía matritense desde mediados de la década de 1970 no impidieron que, debido a sus dimensiones ingentes, la utilización del Padrón Municipal de Habitantes de Madrid –una fuente documental de primer orden para explorar en toda su complejidad la sociedad madrileña del pasado– quedara reducida a pequeños ejercicios de investigación, sin llegar a ser abordada de forma sistemática⁶⁴. La riqueza que contiene esta fuente documental estuvo condenada durante largo tiempo a permanecer dormida en las entrañas de los archivos, debido esencialmente a las dificultades que conllevaba su tratamiento intensivo. El volumen de trabajo que implicaba la recopilación de los millones de datos escritos en las hojas de empadronamiento, así como la necesidad de disponer de los programas informáticos que permitieran su almacenaje y análisis estadístico, condicionó decisivamente el empleo de esta documentación con fines historiográficos. Este vacío quedó cubierto cuando, hace algo más de una década, el profesor Otero Carvajal concibió el ambicioso proyecto de recoger, barrio por barrio, calle por calle y hasta vecino por vecino, toda la información padronal disponible en el Archivo de Villa de Madrid, con el fin de formar una base de datos con todos y cada uno de los habitantes registrados en el empadronamiento municipal de cuatro momentos clave en la evolución histórica de la urbe madrileña: 1860, 1880, 1905 y 1930.

La vastísima información contenida en los padrones llevó a desplegar una estrategia que hiciera viable su vaciado y posterior tratamiento analítico. Fue así como se decidió seleccionar espacios concretos de la urbe y recoger, una a una, toda la información contenida en las hojas de empadronamiento de dichos espacios. El esfuerzo que ello implicaba era extraordinario, pero la certeza de sus resultados se hacía palpable

modernidad. Transformación urbana y cambio social (1860-1931). Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2015; Pallol Trigueros, Rubén. *El Ensanche Norte. Chamberí, 1860-1931. Un Madrid moderno*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2015; Rodríguez Martín, Nuria, *La capital de un sueño..., op. cit.*; Vicente Albarrán, Fernando. *El Ensanche Sur. Arganzuela, 1860-1931. Los barrios negros*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2015; González Palacios, Daniel. *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo. Madrid: Universidad Complutense de Madrid 2008; González López, Javier. *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*. Trabajo fin de Máster. Madrid: Universidad Complutense de Madrid 2010; Díaz Simón, Luis. *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*. Trabajo fin de Máster. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2010.

⁶⁴ Uno de trabajos más tempranos basados en la utilización del padrón de habitantes para analizar el perfil urbano y social de un espacio concreto de la capital: De Terán, Manuel. “Dos calles madrileñas: las de Alcalá y Toledo”. *Estudios Geográficos* 84-85 (1961): 375-476.

al reducir por completo los riesgos que se corren mediante la realización de simples catas estadísticas. La delimitación y selección de los espacios a analizar se llevó a cabo tomando como referencia la composición sociológica del vecindario y las características específicas del espacio urbano, si bien la extensión y el volumen de población de los sectores seleccionados eran lo suficientemente amplios como para permitir extraer de su estudio resultados representativos de las tendencias generales del conjunto de la ciudad.

Se procedió entonces al análisis de las tres zonas del Ensanche –Norte, Este y Sur–, para posteriormente hacer lo propio con el interior de Madrid. Las posibilidades de esta estrategia, enmarcada dentro del enfoque metodológico basado en la reducción de escala⁶⁵, se pusieron inmediatamente de manifiesto ante el altísimo nivel de detalle que permitía el trabajo con bases de datos ingentes a la hora de explorar diversos aspectos de la sociedad madrileña, como la composición de los flujos migratorios del campo a la ciudad, la creación de redes de paisaje entre los inmigrantes rurales, la segregación socioespacial, la mutación de la estructura ocupacional o la socialización de la política. Asimismo, la aproximación a núcleos urbanos enclavados en el *hinterland* madrileño sobre la base del mismo marco teórico-metodológico, permitió realizar análisis de mayor alcance sobre la función de la capital en el entramado urbano inmediato y las relaciones entre la gran ciudad y las poblaciones urbanas de tamaño reducido en torno a ella⁶⁶.

La presente tesis doctoral se inserta dentro de esta amplia línea de investigación. El objetivo esencial que persigue es analizar el desarrollo del cambio social y la transformación urbana de Madrid durante el periodo 1880-1936. Constituye éste una fase crucial en el proceso de modernización de la capital española iniciado en las décadas centrales del siglo XIX. 1880 representa un año bisagra que permite, de un lado, evaluar los efectos que causó en la sociedad madrileña el conjunto de cambios desatados con la llegada del ferrocarril, la construcción de las grandes obras públicas y la puesta en marcha del Ensanche, y de otro, analizar su evolución acelerada hasta cristalizar, ya a finales del primer tercio del siglo XX, en la metrópoli moderna y cosmopolita que era el Madrid de los años previos a la guerra de España.

⁶⁵ Otero Carvajal, Luis Enrique: “La reducción de escala y la narrativa histórica”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* n.º extraordinario (2007): 245-264.

⁶⁶ De la Fuente, Rubén. *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; San Andrés Corral, Javier. *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007.

El espacio escogido para realizar el análisis empírico ha sido el suroeste del casco antiguo, sector comprendido en la zona delimitada por la calle de Toledo, Ronda de Segovia, Cuesta de la Vega, calle Mayor y calle de Ciudad Rodrigo hasta su desembocadura en la Plaza Mayor. Los motivos que han llevado a tomar dicha elección son fundamentalmente dos. En primer lugar, al insertarse esta investigación dentro de un proyecto global de reconstrucción de la realidad histórico-social del Madrid contemporáneo, se ha buscado el tratamiento de una zona inexplorada y complementaria a aquellas que ya han sido objeto de estudio en investigaciones previas (Ensanche y mitad norte del casco antiguo). El segundo motivo que ha determinado la elección es el componente sociológico de esta parte del casco urbano. El hecho de que en él se enclavaran los barrios bajos, así llamados tanto por su localización topográfica como por su paisaje social, pues era el lugar tradicional de residencia de las clases populares, lo convierte en un espacio idóneo para examinar las condiciones de vida, trabajo e higiene del Madrid menesteroso, así como el modo en que los distintos procesos vinculados a la modernización afectaron al escalafón más humilde de la sociedad madrileña.

Una vez delimitada la zona sobre la que realizar el estudio de caso, se procedió a la elaboración de una base de datos informatizada con todas las variables contempladas en las hojas de empadronamiento de 1880, 1905 y 1930 correspondientes a dicha zona. De esta forma, se ha recogido la información vital de un total de 142.649 habitantes (44.571 en 1880, 48.118 en 1905 y 49.780 en 1930) residentes en el suroeste del casco antiguo. La expresada información era consignada y firmada al pie del documento directamente por los propios vecinos o, en los casos en que éstos eran analfabetos, por los empleados municipales encargados de distribuir las hojas declaratorias entre el vecindario. Cada hoja se corresponde con una vivienda, un establecimiento comercial o industrial o una institución (desde iglesias y conventos hasta cárceles y cuarteles). En ellas figuran, por un lado, los datos relativos a la dirección exacta de cada cuarto, el precio de su alquiler y la actividad comercial o industrial que se ejercía en él, y por otro, unas veinte casillas (la cifra varía en función del modelo de padrón de cada año) en las que se indican los datos personales de todos los moradores residentes en dichas viviendas, establecimientos o instituciones. Tales datos se refieren al nombre y apellidos de los habitantes, la relación que guardaban entre sí con el cabeza de familia de cada hogar, su fecha y lugar de nacimiento, estado civil, ocupación, lugar donde ejercían su

ocupación, jornal o salario que percibían, contribución territorial o industrial que satisfacían anualmente, si sabían leer o escribir y el tiempo de residencia en Madrid en caso de que fueran inmigrantes.

Tras crear este cuerpo empírico, el siguiente paso consistió en someterlo a diversas operaciones de orden estadístico. Para ello se utilizó el *software* de analítica predictiva SPSS. Con la aplicación de este potente programa informático ha sido posible desarrollar una serie de análisis estadísticos multivariados que incluyen todos los datos recogidos en la fuente padronal. Los resultados obtenidos mediante este procedimiento han permitido caracterizar, evaluar e interpretar el modo en que se desarrollaron los distintos procesos de cambio y la evolución acelerada que conoció la sociedad madrileña durante el periodo estudiado.

Con el fin de clasificar y agrupar de forma sistemática los cientos de títulos ocupacionales consignados por la población, se ha empleado la Clasificación Histórica Internacional Uniforme de Ocupaciones (Historical International Standard Classification of Occupations o HISCO, por sus siglas en inglés)⁶⁷. Es éste un sistema clasificatorio desarrollado a finales de la década de 1990 por un grupo de investigadores interesados en el estudio del mercado laboral y la movilidad social, que perseguían crear una herramienta con la que realizar análisis comparativos de distintas regiones del mundo y de diferentes periodos históricos. Para ello, el expresado grupo de investigadores tomó como base la Clasificación Internacional Uniforme de Ocupaciones elaborada por la OIT, concretamente la versión de 1968, realizando sobre ella algunas modificaciones secundarias con el fin de ajustarla a los requerimientos de la investigación histórica⁶⁸. De este modo, el funcionamiento de HISCO sigue las mismas pautas que la clasificación internacional de la OIT. A partir de la numeración decimal de cada ocupación y la estructura escalonada que presenta el sistema, pueden distinguirse cuatro niveles de agrupación en él, cuyo grado de detalle permite identificar desde un título ocupacional concreto hasta el grupo primario, el subgrupo y el gran grupo al que dicho título pertenece. Las posibilidades que ofrece esta herramienta clasificatoria para el estudio estadístico del mercado de trabajo son inmensas, y de ello

⁶⁷ Van Leeuwen, Marco H.D., Maas, Ineke y Miles, Andrew. *HISCO: Historical International Standard Classification of Occupations*. Leuven: Leuven University Press, 2002.

⁶⁸ Van Leeuwen, Marco HD, Maas, Ineke y Miles, Andrew. "Creating a Historical International Standard Classification of Occupations. An exercise in multinational interdisciplinary cooperation". *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History* 37.4 (2004): 186-197, p. 186.

se ha beneficiado en grado sumo la presente tesis doctoral.

Por otro lado, el uso de una fuente documental como el padrón de habitantes, que proporciona una información eminentemente de tipo cuantitativa –sin menosprecio de su utilidad para una aproximación cualitativa–, ha llevado a prestar especial atención a la representación gráfica de dicha información. La adecuada visualización de los grandes datos estadísticos a través de la elaboración de gráficos, tablas y, muy especialmente, del diseño de una cartografía específica para representar el espacio sobre el que se desarrolla el estudio empírico, ha potenciado la capacidad de análisis e interpretación de los procesos de cambio en la sociedad madrileña que se hallan reflejados en la masa documental manejada.

La voluminosa información obtenida mediante la explotación intensiva del empadronamiento municipal ha sido utilizada de forma entrecruzada con otras fuentes, como la estadística demográfica municipal de 1905, 1915 y 1929. Dicha fuente posee un valor incalculable para conocer el estado sanitario de la ciudad en las primeras década del novecientos. Consiste en una memoria publicada por el Ayuntamiento de Madrid al menos desde 1900⁶⁹, donde se consignan con gran detalle todos los datos estadísticos referentes al movimiento demográfico y a la población de Madrid. El interés por conocer las causas sociales del mal estado de la salud pública y la sobremortalidad que afligía a la capital española a comienzos del siglo XX llevó a los técnicos encargados de elaborar el modelo de la memoria a exponer de forma pormenorizada aspectos tales como la distribución de los índices de muerte por barrios, distinguiendo sus causas, la profesión que ejercían los fallecidos a consecuencia de enfermedades infecciosas o la tasa de ilegitimidad de las distintas zonas de la ciudad. También se ha utilizado para explorar la esfera medico-social la documentación de las secciones de Beneficencia e Higiene y Policía Urbana del Archivo de Villa de Madrid, así como un gran número de monografías y estudios contemporáneos centrados en el análisis de cuestiones sociosanitarias, entre los que cabe destacar los trabajos de Philip Hauser, César Chicote, Ricardo Revenga, Alberto Bosch o José Jimeno Agius.

La consulta intensiva de los expedientes judiciales del Juzgado de Primera Instancia del Distrito de La Latina, depositados en el Archivo General de la

⁶⁹ Desafortunadamente la fuente se encuentra incompleta y dispersa en distintas instituciones, con lo que es difícil establecer a ciencia exacta cuándo se inició su publicación y con qué periodicidad se hacía. El boletín más antiguo que hemos localizado, de 1900, se encuentra en la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid, donde también se custodian los ejemplares de 1905, 1915 y 1929 que hemos empleado en el curso de nuestra investigación.

Administración, constituye otro de los pilares sobre los que se ha desarrollado la presente investigación. Aun cuando esta fuente documental se encuentra incompleta⁷⁰, los sumarios judiciales conservados son abundantes y encierran una información excepcional para conocer algunos de los asuntos más ocultos de la historia social del Madrid contemporáneo. Tanto los testimonios de las personas implicadas en los procesos judiciales recogidos en los expedientes como las declaraciones, informes elaborados por la autoridad judicial o policial competente y documentos probatorios adjuntos, ofrecen descripciones únicas para indagar en las condiciones de vida y trabajo de las clases menesterosas, así como en las mentalidades y las prácticas culturales de los sectores sociales cuyo paso por la historia deja menos huella documental.

Por último, esta tesis doctoral se sustenta en la exploración de diversas fuentes hemerográficas y literarias, así como de varios archivos fotográficos y audiovisuales. La investigación de la historia en la Era Digital cuenta con una serie de ventajas antaño inexistentes, como el rápido acceso a través de la Red a fondos hemerográficos, fotográficos y fílmicos digitalizados o la disponibilidad de herramientas interactivas que permiten realizar búsquedas selectivas por palabras clave, título, autor, etc., en los referidos fondos documentales. De esta forma, además de consultar un amplio abanico de cabeceras de periódicos, boletines, memorias, revistas y demás publicaciones microfilmadas disponibles en la Hemeroteca Municipal de Madrid y la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de España (BNE), se han examinado los fondos de las hemerotecas digitales de la BNE, del diario *ABC* y de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. También se ha acudido a la literatura producida en torno al Madrid del periodo estudiado, lo que ha permitido recoger el testimonio y la interpretación del cambio social que ofrecen autores tan brillantes como Benito Pérez Galdós, Pío Baroja, Vicente Blasco Ibáñez, Arturo Barea o Rafael Cansinos Assens, entre muchos otros. En cuanto a las fuentes fotográficas y cinematográficas, se han reunido miles de imágenes procedentes de los siguientes fondos: Estudio Fotográfico Alfonso (depositado en el Archivo General de la Administración), Archivo Santos Yubero (digitalizado en el Archivo Regional de la Comunidad de Madrid), Archivo Fotográfico de la Fundación Telefónica, Fototeca del Instituto del Patrimonio Cultural de España, Chusseau-Flaviens

⁷⁰ El número de sumarios judiciales custodiados en el Fondo Justicia del Archivo General de la Administración va *in crescendo* conforme se avanza en el tiempo, de manera que los correspondientes a las últimas décadas del siglo XIX representan un número mucho menor que los conservados de las décadas de 1920 y 1930.

Collection (digitalizado en George Eastman House, International Museum of Photography and Film), Archivo digital de la Filmoteca Española, Archivo Fotográfico de la Comunidad de Madrid y Banco de Imágenes de la Real Academia Nacional de Medicina.

La estructuración de la investigación que se expone en esta tesis doctoral se desarrolla sobre la base de dos grandes ejes. El primero consiste en el estudio de la evolución sociosanitaria de Madrid durante el periodo objeto de estudio, mientras que el segundo hace lo propio con la estructura ocupacional y el mercado de trabajo. Estos ámbitos de análisis se ajustan de forma precisa a los objetivos del presente estudio en tanto que permiten aproximarse desde dos perspectivas distintas, pero en gran medida entrelazadas, a un mismo fenómeno: el modo en que se gestó y desarrolló la transformación urbano-social de Madrid vinculada al proceso de modernización.

El primer capítulo está dedicado a los embates epidémicos que asolaron al Madrid finisecular, a las tensiones sociales que éstos desataron y a la movilización de recursos con el fin de contener el avance de las enfermedades epidémicas, cuya movilización supuso el primer paso en firme para desarrollar un sistema de asistencia sanitaria en la urbe madrileña. El enfoque desde el que se aborda el problema de la salud pública presta una atención especial a la influencia de los factores sociales sobre el estado sanitario de la población, demostrando que la primera causa del avance de las epidemias se hallaba en las deplorables condiciones de vida bajo las que se hallaban los barrios deprimidos de la ciudad. También se aborda la crisis social que desencadenaron los distintos morbos epidémicos en las décadas finales del siglo XIX, dando lugar al estallido de motines populares y protestas organizadas por distintos grupos, así como el pavor social que las epidemias generaron en la sociedad madrileña, especialmente entre las familias acaudaladas. Este recorrido es completado con el análisis de las teorías que los higienistas y escritores sociales contemporáneos desarrollaron con el fin de encontrar una explicación coherente a la sobremortalidad endémica de Madrid y a sus causas.

Este último problema es contemplado en el segundo capítulo. En él se examinan los elevados índices de mortalidad y morbilidad que presentaba la urbe madrileña a comienzos del novecientos y su distribución en el mapa urbano, poniéndose de relieve hasta qué punto la excesiva tasa de defunciones que presentaba la capital española obedecía a razones de orden social. La cartografía de la muerte y la morbilidad

madrileña que se presenta en este capítulo permite contemplar con el mayor detalle posible la enorme disparidad existente entre los cien barrios de Madrid, reflejo de la desigualdad reinante en la sociedad madrileña. La tragedia que ello representaba ofrecía su lado más atroz en la mortalidad de la infancia. El hecho de nacer en una familia con recursos y en un barrio saneado ofrecía unas probabilidades de llegar a cumplir el primer año de vida enormemente superiores a las que se tenían al nacer en un barrio pobre y en una familia sin medios de fortuna. Por otro lado, la presencia constante del morbo y la muerte en la vida cotidiana de la población, así como la carencia de servicios sanitarios adecuados, favorecía la presencia del curanderismo y el recurso a la medicina clandestina por parte de las clases desheredadas. Esta cuestión es examinada desde el punto de vista de la influencia que ejercía la inmigración rural en la importación a la ciudad de creencias supersticiosas y métodos terapéuticos propios la curandería, los cuales también son objeto de análisis.

El tercer capítulo se ocupa del avance que experimentó la salud pública en Madrid durante los tres primeros decenios del siglo XX. La combinación de una mejora generalizada de las condiciones de vida de la población, especialmente de los segmentos más desfavorecidos de la sociedad, y de la puesta en marcha de una infraestructura sanitaria destinada a cuidar de la salud de la población, fue decisiva para que los niveles de mortalidad y morbilidad de redujeran drásticamente durante el indicado periodo. Más aún, la homogeneización de dichos niveles entre los distintos barrios de la ciudad ponía en evidencia el retroceso de la miseria y la reducción de la desigualdad social, algo perceptible con gran detalle a través de la cartografía sanitaria que se ofrece. Asimismo, en este apartado se explora la creación y el desarrollo de las principales instituciones sanitarias especializadas en el tratamiento y la prevención de los morbos que más víctimas causaban entre la población infantil y adulta, como la diarrea, la difteria o la tuberculosis.

Los efectos directos e indirectos sobre el mercado de trabajo madrileño derivados de la construcción de las grandes obras públicas ejecutadas en las décadas centrales del siglo XIX, son estudiados en el capítulo cuarto. Las oleadas migratorias que desde mediados del ochocientos arrastraron hasta la capital un número ingente de campesinos a la urbe madrileña, atraídos por el trabajo que demandaba la construcción, aceleraron la descomposición del artesanado y transformaron radicalmente la estructura profesional urbana. A partir de este punto, se analiza el modo en que los artesanos, que

antes habían constituido el sector ocupacional que más brazos absorbía entre los trabajadores de Madrid, vieron descender su número hasta representar una minoría en el mercado laboral. Mientras esto sucedía, los jornaleros se convertían en el núcleo principal de la fuerza de trabajo madrileña, y lo hacían a un ritmo cada vez más intenso.

De esta aceleración del proceso de jornalización durante las décadas finales del siglo XIX se ocupa el capítulo quinto, pasando en el posterior a analizar las transformaciones acontecidas en la estructura profesional madrileña a raíz de las novedades registradas en la economía nacional tras el estallido de la Primera Guerra Mundial. A partir del estudio de caso se analiza el aumento de la demanda de empleados de oficina vinculado a la terciarización de la economía urbana. Se pone de relieve cómo la irrupción de los empleados estuvo impulsada por la creciente actividad desarrollada por la empresa privada, y de qué manera amplios sectores de la sociedad se beneficiaron del acceso a unos puestos de trabajo alejados de la precariedad propia del trabajo jornalero y bien valorados en términos sociales. En este sentido, se presta especial interés a las oportunidades laborales que se presentaron para las mujeres en el mundo de las oficinas. Por otro lado, la irrupción de los trabajadores de cuello blanco estuvo acompañada por un importante aumento del número de trabajadores manuales cualificados. Este movimiento, que constituye la otra gran transformación registrada en el mercado laboral madrileño durante los decenios anteriores al estallido de la guerra civil, es abordado en este capítulo, apreciándose el modo en que la reconversión del trabajo manual estuvo directamente vinculada a las demandas de la nueva economía. Ambos cambios, terciarización y reconversión del trabajo manual, conllevaron una notable mejora de las condiciones de vida de las clases trabajadoras, y abrieron, en último término, un nuevo horizonte en la sociedad madrileña.

Introduction

The archives of the Spanish Cinemathèque hold two old films shot in the streets of Madrid. The first one is entitled *Madrid hacia 1910*. It is a short film that is over four minutes long, showing the appearance of some of the most emblematic spots of the city, such as Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo or Calle de Alcalá, around the year 1910. The second document, entitled *Madrid. Años 30*, is similar to the previous. Throughout its three minutes of footage, it showcases the main points of Madrid on a date immediately prior to the outbreak of the War of Spain. Just a quarter of a century separates the two films from a chronological point of view. However, the historical distance between them is immense¹.

There is no exaggeration in these words. The version of Madrid contemplated in the first film corresponds to a still mired in nineteenth-century urban atmosphere, where quiet pedestrian traffic is only surpassed by that of the carriages and electric trams that run on major streets, while pedestrians walk indifferently down driveways and sidewalks, without it being possible to distinguish where one ends and the other begins. The dress of the population is dominated by the labor blouse, and the clothing of the dwellers who spontaneously appear on the scene reveals huge class differences among them. By shooting a sequence from the Puente de Segovia, where the Royal Palace and the public washing-places on the Manzanares River are shown, the camera lingers on a close up of a group of children huddled around one of the bridge's struts. Two of them, about ten years old, carry with them some tools, and give the appearance that they have been working for several years. Only at Puerta del Sol, the heart of Madrid life, real intense activity can be noticed, suggesting that beneath the perception

¹ The films are available on the Spanish Cinemathèque digital archives, which can be accessed on the Spanish Radio and Television Corporation website: <http://www.rtve.es/filmoteca>

of the naked eye, the Madrid of 1910 was immersed in a profound process of change, which would accelerate furthermore.

This statement is proven when watching the second film. Taken around 1935, the first difference noted in relation to the above is the intensification of road traffic in the streets of the city. An upheaval of cars, trucks, and double-decker buses have taken over the road traffic. The number of trams have increased dramatically, circulating at much higher speeds with large advertisements placed on their roofs. Animal-drawn vehicles have become a residual sight alongside the recording. Just a hansom cab crossing Puerta del Sol, turned into an anthill of people, and a carriage, drowned in a sea of cars, driving up Calle de Alcalá, can be seen in the film. Some workers go biking and, in the middle of heavy traffic, several traffic lights are distinguished at major intersections as well as the typical white hemispherical hats of the traffic controllers, who direct the traffic with the rapid movements of their arms. The Metro entrances and a spectacular view of the city from an airplane flying over the skies of Madrid, remind us that the fuss of traffic also occurs underground and by air. In this last scene, the skyscrapers of Gran Vía can be seen, rising majestically amongst the houses of the old Madrid. The newsstands expose to the public countless newspapers for sale, just as the large shopfronts display the latest developments. The streets are extremely lively and full of business, giving the impression of a modern and cosmopolitan city, where stiff collar shirts, ties, and floppy hats have become the usual clothing for the majority of men, while women wear below knee-length dresses and hairstyles akin to that of the actresses from the movies.

These two films show the amazing development of urban activity and profound transformation of Madrid society over a period of time that represents the final phase of the modernization of Madrid, which began in the mid-nineteenth century and was violently interrupted by the drama of the coup d'etat of July 17-18, 1936, the outbreak of the Spanish Civil War, and the establishment of the military dictatorship of General Franco.

The sharp sense of acceleration of historical tempo that emerges from the analysis of these two films is the most prominent feature of the period studied by this thesis. This acceleration began to unravel in the central decades of the nineteenth century, with the implementation of large public works that would exert a decisive influence on the future of the Spanish capital. Upon the waters of the Lozoya River reaching Madrid after the construction of the Canal de Isabel II, and the railroad arrival

at the gates of the city in the 1850s, the launch of Madrid as a large city became unstoppable. Further contributions, including the demolition of the city wall, that surrounded the urban perimeter since 1625, and the start up of the Ensanche, which allowed the city to expand beyond its historical boundaries, transformed forever the traditional appearance of the Spanish capital.

With a guaranteed water supply and a means of transport that enabled direct and fast access to major ports and industrial centres, Madrid was allowed the possibility of expansion without limitation and to carry out the ambitious idea of becoming a large modern city. All the geographical disadvantages that had traditionally affected the Spanish capital –its location on a plateau surrounded by mountain ranges and without access to navigable rivers, seaports or sources of raw materials to help its economic development– disappeared with the expansion of rail and telegraph. Additionally, the radial model adopted to trace the railroads and telegraph lines in Spain, transformed Madrid as the backbone of the communications network due to its central position².

As the hub of Spanish communications, Madrid acquired a new dimension. To this was added the ultimate victory of liberalism and the formation of the Liberal State, whose need for a power centre to effectively exercise governance, led to the city providing the main political and financial institutions in the nation. As a result, Madrid drew to her streets a plethora of senior officials and businessmen from the Peninsula provinces and overseas, eager to be placed under the orbit of the new political power and the influence of the ruling class.

But it was not only the provincials with economic and political power who began to move in large numbers to Madrid. The intensification of internal migration since the mid-nineteenth century led to the steady arrival of huge contingents of young men and women from the rural districts of the country to the capital. Immigration was so immense that it became the first factor of population growth of the city until the beginning of the twentieth century³.

The people from the rural areas who arrived to Madrid were looking for subsistence and employment. At first, the peasants flocked to the capital attracted by the

² Bahamonde Magro, Ángel, Martínez Llorente, Gaspar y Otero Carvajal, Luis Enrique. *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*. Madrid: Correos y Telégrafos, 2002.

³ Fernández García, Antonio. “La población madrileña entre 1876 y 1931: el cambio de modelo demográfico”. Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*. 2 vols. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 1, pp. 29-76.

call of the huge Public Works that were to be carried out, demanding the labor force of thousands of workers (the need for labor in the construction of the Canal del Lozoya provoked the authorities to take about 2,000 prison inmates and to subject them to forced labor⁴). Subsequently, the construction boom that took place after the works of reform in the city, such as the widening of the Puerta del Sol, and above all, with the urbanization of the outskirts after the approval of the Plan Castro (the city extension plan), continued offering the rural immigrants the opportunity to obtain a wage in construction, so their arrival to the streets of Madrid did not stop. In addition, the female population had a starring role in the migration flows from the countryside to the city. Year after year, thousands of women, young and single in most cases, were dragged to Madrid from their hometowns to find work mainly in the domestic services, since this activity experienced a strong feminisation in the course of the nineteenth century, and employed a high number of female workers⁵.

The massive eruption of this unskilled labor force as a result of the waves of migration from the countryside to the Spanish capital, aggravated the native craftsmen crisis and altered the occupational structure of the city. The world of crafts, which was in crisis in Madrid since the late eighteenth century⁶, eventually collapsed in the final decades of the nineteenth century with the emergence of the *jornaleros*, the day-labourers. Craftsmen were overshadowed by the dominant figure of the day-labourer, reversing their proportions between 1860 and 1880, and eventually being reduced to a tiny figure in the early twentieth century.

While these series of transformations in the economy and urban employment structure took place, Madrid was bulging in the twentieth century. The population growth never stopped rising, and by 1900 the city had more than half a million inhabitants. The impoverishment of craftsmen and the growth of labourers resulted in an expansion of misery in Madrid society and the formation of a pocket of poverty that made social inequality rise. The increase of pauperism, which reached catastrophic proportions, was evident through the health condition and death rates. The mortality of the population was so high (28 deaths per thousand in 1905, one of the highest in

⁴ Martínez Vázquez de Parga, Rosario. "Historia del Canal". *Revista de Obras Públicas* 3414 (2001): 17-28.

⁵ Sarasúa García, Carmen. *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid: Siglo XXI, 1994.

⁶ Nieto Sánchez, José A. *Artesanos y mercaderes, una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*. Madrid: Fundamentos, 2006.

Europe) that Madrid began to be known by the dark epithet of “the city of death”. Nonetheless, the distribution of mortality in the urban map pointed out that this problem was not due to telluric factors, but social factors, as death did not distributed equally in all areas of the city: the rates of the neighborhoods where the impoverished and abandoned lived were overwhelmingly higher than those of the wealthy.

However, this gloomy picture changed dramatically after the outbreak of the First World War. Consequence of the global conflict in 1914 translated into the development of the Spanish economy due to its neutrality in the conflict. Thus, the level of manufacturing and agricultural exports increased remarkably thanks to the demand of the belligerent powers who had been forced to subordinate their production in favour of military requirements. Madrid benefited greatly from this wave of prosperity that flooded the national economy, and as the capital of neutrality, became the most important urban center in Europe for financial and enterprise business⁷.

The atmosphere of prosperity in trade and financial activity favoured the industrialisation process of Madrid that started by the turn of the century. The arrival of electricity offered to the city the opportunity to develop industrially, something that failed during the years of the First Industrial Revolution due to the difficulty in obtaining coal and steel. The factory chimneys and large workshops began to be distinguished in the skyline of Madrid, shaping up the southern area of the city as a fully industrialised space⁸.

This set of developments decisively affected the composition of the occupational structure. If in the second half of the nineteenth century Madrid registered the impoverishment of the artisans and the emergence of day-labourers due to the migratory waves that flooded the labour market with unskilled and cheap labour force, during the previous decades to the Spanish Civil War white-collar workers became numerically predominant. It was the result of a tertiarization process that took place during the Great War, causing a huge change in the economic structure and the professional landscape of Madrid.

Until then, the weight of clerical work in Madrid's occupational structure was not very big and was dominated by civil service employees who developed their activity in Public Administration. But since the 1910s, the proliferation of companies that

⁷ De Madariaga, Salvador. *España. Ensayo de historia contemporánea*. Madrid: Espasa Calpe, 1979, p. 259.

⁸ González Yanci, María Pilar. *Los accesos ferroviarios a Madrid: su impacto en la geografía urbana de la ciudad*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1977.

opened their offices in the Spanish capital led to the demand for more office workers, creating a new type of employee linked to the private company that would coexist with the classic official of the Public Administration. By 1930, the numbers of both became equated. On the other hand, the creation of new jobs in offices allowed women to have increased access to certain jobs where their presence had been traditionally anecdotal, if not nonexistent. Countless female clerks, typists, secretaries, stenographers, accountants, telephonists, etc., burst into the labor market of Madrid, and its proportion amongst female workers in general acquired a significant size.

However, the expansion of white collar work did not result in the disappearance of labourers. In the popular neighborhoods they still made up the majority of the workforce. But the labourers from 1930 bore little resemblance to those of 1905 or 1880. Their proportion in the labour market fell markedly during the first third of the twentieth century, beginning to lose gained prominence from the end of the nineteenth century, and thanks to the increase of salary levels, their living conditions improved markedly. Similarly, the number of skilled manual workers (electricians, fitters, mechanics, plumbers, fitters, etc.) grew notably during this period as a result of changes in the urban economy.

All this was translated in the improvement of the social and economic position of the working classes, something that is reflected in the reduction of socio-spatial differences in death rates. In 1930, only a small number of neighborhoods had extreme rates of general and infant death, while the vast majority of these shared similar mortality proportions. The homogenization of mortality rates between different neighbourhoods and the improvement of public health was, ultimately, the reflection of the progress achieved in Madrid society.

The historiography on contemporary Madrid has addressed the study of these set of changes for decades. In fact, the reasons that made the city of Madrid interesting to the eyes of historical research were due to both its dimension of political and administrative capital and its facet of big city. This duality of Madrid as capital and city has created some confusion when approaching the knowledge of its history. Traditionally, its role as a capital has been overestimated to the detriment of the dimension of the city as an independent entity⁹.

⁹ Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana". Fusi Aizpúrua, Juan Pablo (coord.). *España, autonomías*. Madrid: Espasa Calpe, 1989, pp. 517-616; Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique.

But it was not the only obstacle that affected the historical study of contemporary Madrid. The influence of folkloric literature led to the formation of a series of traditional clichés in the collective imagination, which spread a distorted view of the historical-social reality of Madrid. In addition to this, the ideological vices of Francoist historians, who in their eagerness to find justifications for the military rebellion of 1936 and the implementation of the dictatorship after annihilating the Spanish Republic in the battlefields, extended the idea of failure during the long nineteenth century in Spain and the condemnation of the republican experience, undervalued and relegated to oblivion the profound transformation that met urban Spain, and particularly its capital, during the decades prior to the Spanish Civil War¹⁰.

In this sense, the Works published from the mid-1970s and, especially, the hold of the Colloquia on History of Madrid in the second half of the 1980s, represent a turning point in the development of historiography of contemporary Madrid¹¹. In those meetings the old patterns that had dominated the historiography on Madrid were broken. Also, several researchers from different fields but interested in Madrid society, were able to share their points of view, and new research lines were created, culminating this scientific and academic activity in the large books of synthesis published in the 1990s and 2000s, which nowadays are the main reference books in this subject¹².

The pioneering works of the new history of Madrid that were given to the press in the seventies and eighties of the twentieth century, focused on a variety of issues,

“Quietud y Cambio en el Madrid de la Restauración”. Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*. 2 vols. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, 1989, pp. 21-26.

¹⁰ Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización”. *Papeles de Economía Española* 18 (1999): 18-30; Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. “Madrid, de territorio fronterizo...”, *op. cit.*

¹¹ The colloquia were published in: Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. 2 vols. Madrid: Consejería de Cultura, 1986.; Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña...*, *op. cit.*

¹² Alvar Ezquerro, Alfredo *et al.* (coords.). *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*. Madrid: Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, 1991; Fernández García, Antonio (dir.). *Historia de Madrid*. Madrid: Editorial Complutense, 1993; Juiá Díaz, Santos, Ringrose, David y Segura, Cristina. *Madrid, historia de una capital*. Madrid: Alianza Editorial, 1994; Pinto Crespo, Virgilio (dir.). *Madrid: Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 2001.

including the rise of the bourgeoisie¹³, social relations under liberalism¹⁴, political elections¹⁵, the role of the military in the consolidation of the bourgeois revolution¹⁶, the nineteenth-century revolutionary outbreaks¹⁷, the ecclesiastical confiscation and its influence on the real estate market¹⁸, the labor movement¹⁹, the social unrest²⁰, the importance of Madrid as a national financial centre²¹, the urban labour market²², the daily life of the people²³, demographic trends²⁴, and public health and living conditions

¹³ Bahamonde Magro, Ángel. *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1981.

¹⁴ Bahamonde Magro, Ángel y Toro Mérida, Julián. *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1978.

¹⁵ Tusell Gómez, Javier. *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*. Madrid: Edicusa, 1969.

¹⁶ Pérez Garzón, Juan Sisinio y Espadas Burgos, Manuel. *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño: 1808-1874*. Madrid: CSIC, 1978.

¹⁷ Urquijo y Goitia, José Ramón. *La revolución de 1854 en Madrid*. Madrid: CSIC, 1984.

¹⁸ Simón Segura, Francisco. "La desamortización de Mendizábal en Madrid". *Información Comercial Española* 2 (1967): 69-79; Bahamonde Magro, Ángel y Martínez Martín, Jesús A. "La desamortización y el mercado inmueble madrileño (1836- 1868)". *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*. Madrid: UCM, 1982, vol. 2, pp. 939-956; Martínez Martín, Jesús A. "La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid durante el trienio constitucional". *Desamortización y Hacienda Pública*. 2 vols. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1986, vol. 2 pp. 357-376.

¹⁹ Álvarez Junco, José y Pérez Ledesma, Manuel. "Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?". *Revista de Occidente* 12 (1982): 19-41; Castillo, Santiago. "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores". *Estudios de historia social* 26-27 (1983): 19-255; Castillo, Santiago. "Organización y acción política del PSOE hasta 1900". Juliá Díaz, Santos (coord.). *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 1986, pp. 9-33; Elorza, Antonio y Ralle, Michel. *La formación del PSOE*. Barcelona: Crítica, 1989; Nielfa Cristóbal, Gloria. "El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931". *Mélanges de la Casa de Velázquez* 22 (1986): 373-400.

²⁰ Juliá Díaz, Santos. *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*. Madrid: Siglo XXI, 1984.

²¹ Sanz García, José María. *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1975; Torrente Fortuño, José Antonio. *Historia de la Bolsa de Madrid*. 2 vols. Madrid: Colegio de Agentes de Cambio y Bolsa, 1976.

²² Bahamonde Magro, Ángel. "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)". *Estudios de Historia Social* 15 (1980): 143-175; Nielfa Cristóbal, Gloria. *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985; Nielfa Cristóbal, Gloria. "La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX". *Cuadernos de historia moderna y contemporánea* 4 (1983): 119-139; Quirós Linares, Francisco. "Oficios y profesiones de los inmigrantes de Cangas de Narcea en Madrid antes de la Guerra Civil". *Archivum: Revista de la Facultad de Filología* 21 (1971): 5-11; Simón Palmer, María del Carmen. "Faroleros y serenos (notas para su historia)". *Anales del Instituto de Estudios Madrileño* 22 (1976): 1-22.

²³ Folguera Crespo, Pilar. *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*. Madrid: CAM, 1987.

²⁴ Carbajo Isla, María Fernanda. *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1987.

of the population²⁵.

In the 1990s several monographs, dissertations, and articles of great academic quality addressed new issues of Madrid's social history, such as the analysis of housing and urban planning²⁶, the social elites²⁷, the domestic service²⁸, the world of professionals and manual workers²⁹, the problem of mortality³⁰, protest movements related to unionism³¹, Basque migration to Madrid³², public education and literacy³³, social analysis of reading³⁴, the socialization of politics³⁵, and the vision of the city

²⁵ Fernández García, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Barcelona: Vicens Vives, 1985; Urquijo Goitia, José Ramón. "Condiciones de vida y cólera: la epidemia de 1854-56 en Madrid". *Estudios de Historia Social* 15 (1980): 63-142; Puerto, Francisco Javier y San Juan, Carlos. "La epidemia de cólera de 1834 en Madrid. Aspectos sanitarios y socioeconómicos". *Estudios de Historia Social* 15 (1980): 9-61; Vidal Galache, Florentina. "La epidemia de cólera de 1834 en Madrid: Asistencia y represión a las clases populares". *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea* (1989): 271-280; Gómez Redondo, Rosa. "El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970". *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas* 32 (1985): 101-140. Otero, Gloria: "Las corralas madrileñas: historia y submundo". *Tiempo de Historia* 9 (1975): 70-83; Díaz Palacios, Julio: "Las corralas de Madrid". *Boden* 13 (1977): 28-49.

²⁶ Barreiro Pereira, Paloma. *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*. Madrid: COAM, 1992; Sambricio, Carlos. *Madrid, vivienda y urbanismo (1900-1960)*. Madrid: Akal, 2004; Maure Rubio, Miguel Ángel. *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*. Madrid: COAM, 1991; Diéguez Patao, Sofía. *La generación del 25. Primera arquitectura moderna en Madrid*. Madrid: Cátedra, 1997.

²⁷ Bahamonde Magro, Ángel y Cayuela, José. *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*. Madrid: Alianza, 1992; Cruz, Jesús. *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*. Madrid: Alianza, 2000.

²⁸ Sarasúa, Carmen. *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid: Siglo XXI, 1994.

²⁹ Cayón García, Francisco. *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*. Madrid: Fundación Empresa Pública, 1997; Candela Soto, Paloma. *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*. Madrid: Tecnos, 1997; Candela Soto, Paloma. "El trabajo doblemente invisible. Mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX". *Historia Social* 45 (2003): 139-159; Sarasúa, Carmen. "El oficio más molesto, más duro. El trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII-XX". *Historia Social* 45 (2003): 53-77.

³⁰ Porras Gallo, María Isabel. *Una ciudad en crisis: la epidemia de gripe de 1918-19 en Madrid*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1994; Vidal Galache, Florentina y Vidal Galache, Benicia. *Bordes y bastardos: una historia de la Inclusa de Madrid*. Madrid: Compañía Literaria, 1995.

³¹ Sánchez Pérez, Francisco. *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*. Madrid: Cinca, 2005.

³² Ruiz de Azúa, Estíbaliz. *Los vascos en Madrid a mediados del siglo XIX*. Madrid: Delegación en Corte, Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, 1995.

³³ Ferrer, Alejandro Tiana. *Maestros, misioneros y militantes: la educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*. Madrid: Ministerio de Educación, 1992.

³⁴ Martínez Martín, Jesús A. *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: CSIC, 1991; Martínez Martín, Jesús A. (dir.) *Historia de la edición en España, 1836-1936*. Madrid: Marcial Pons, 2001.

through literary sources³⁶.

In addition to this intense research activity on contemporary Madrid was the works produced by other academic disciplines, such as urban geography, art history, architecture, and urbanism. These works were of great value to explore aspects such as the spatial expansion of the city from the implementation of the Ensanche³⁷, the operations of urban transformation in the old town³⁸, the business of urban land³⁹, the importance of railway in the organization of the city⁴⁰, and the relationship between social inequality and architecture⁴¹.

This research on the history of contemporary Madrid during this period was part of the awakened interest within the Spanish historiography on urbanization and the role of cities in the contemporary history of Spain. The introduction of an interdisciplinary theoretical framework and the application of new methodological tools in the late 1980s led to progress on the knowledge of rural-urban migration⁴², family strategies in the broader socio-economic context⁴³, the relationship between politics and urban space⁴⁴,

³⁵ Pérez Roldán, María del Carmen. *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1998.

³⁶ Del Moral Ruiz, Carmen. *El Madrid de Baroja*. Madrid: Sílex, 2001.

³⁷ Bonet Correa, Antonio (ed.). *Plan Castro*. Madrid: COAM, 1978.

³⁸ Ruiz Palomeque, María Eulalia. *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1976; Ruiz Palomeque, María Eulalia. *La Urbanización de la Gran Vía*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 1985; Ruiz Palomeque, María Eulalia: "Límites del barrio de Argüelles". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 9 (1973): 427-436; Navascués palacios, Pedro: "Proyectos del siglo XIX para la reforma urbana de la Puerta del Sol". *Villa de Madrid* 25 (1968): 64-81.

³⁹ Mas Hernández, Rafael. *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.

⁴⁰ González Yanci, María Pilar. *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1977.

⁴¹ Díez de Baldeón, Clementina. *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1986; Brandis García, María Dolores. *El paisaje residencial en Madrid*. Madrid: MOPU, 1983.

⁴² González Portilla, Manuel y Zárraga Sangróniz, Karmele (eds.). *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 1996; Mikelarena peña, Fernando. "Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias". *Cuadernos aragoneses de economía* 2 (1993): 213-240; García Abad, Rocío. *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao: UPV-EHU, 2005.

⁴³ Reher, David S. *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*. Madrid: Siglo XXI, 1988.

⁴⁴ Sánchez Suárez, Alejandro (dir.). *Barcelona, 1888-1929: modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*. Madrid: Alianza, 1992; Griful, Eulàlia, Maldonado, José y Oyón, José Luis. *Barcelona 1930: un atlas social*. Barcelona: Edicions UPC, 2001; Gallardo Romero, Juan José y Oyón, José Luis. *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia*

the formation of the labor market⁴⁵, and the role of cities in the process of modernization⁴⁶. Additionally, with the appearance of several academic works focusing on the historical analysis of medium and small cities⁴⁷, driven by the prominence that acquired regional and local life after the formation of the regional state⁴⁸. Far from falling into the dangers of “local color”, local history that developed in this period was provided with theoretical content and methodological instruments, making it a valuable subject area open to the analysis of the major issues of contemporary history⁴⁹.

As a result, urban history was set as a specific field of study clearly recognizable in the Spanish historiography. However, by placing their development and consolidation in the international academic context, it can be noticed that this happened with a considerable delay.

The first works focusing on the process of urbanization and social phenomena linked to the city, such as rural-urban migration flows, social mobility, or the influence of technology in the habits of the population, appeared in the United States in the 1930s.

de Barcelona (1918-1939). Barcelona: Carena, 2005. Oyón, José Luis. *La quiebra de la ciudad popular*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2008.

⁴⁵ Camps, Enriqueta. *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995.

⁴⁶ García Delgado, José Luis (ed.). *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. Madrid: Siglo XXI, 1992.

⁴⁷ Serna, Justo y Pons, Anacleto. *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del siglo XIX*. Valencia: Diputación de Valencia, 1992; Esteban de Vega, Mariano, Redero San Román, Mariano y González Gómez, Santiago. *Salamanca, 1900-1936: La transformación limitada de una ciudad*. Salamanca: Diputación de Salamanca, 1992; González Portilla, Manuel. *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*. Bilbao: Fundación BBVA, 1995; González Portilla, Manuel (dir.). *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*. 2 vols. Bilbao: Fundación BBVA, 2001; Mendiola Gonzalo, Fernando. *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2002; Castells Arteché, Luis. “La Bella Easo: 1864-1936”. Artola, Miguel. *Historia de Donostia, San Sebastián*. San Sebastián: Nerea, 2000; Otero Carvajal, Luis Enrique, Carmona Pascual, Pablo y Gómez Bravo, Gutmaro. *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Alcalá de Henares: Fundación Colegio del Rey, 2003; Pérez Fuentes, Pilar. *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*. Bilbao: UPV-EHU, 1993.

⁴⁸ Fusi Aizpúrua, Juan Pablo. *España. Autonomías...*, *op. cit.*; Otero Carvajal, Luis Enrique. “Las ciudades en la España...” “, *op. cit.*

⁴⁹ Díez Cano, Santiago “Los estudios sobre el poder local: los planteamientos y tendencias de la investigación reciente”. *Hispania* 201 (1999): 25-45; Peiró Martín, Ignacio y Rújula López, Pedro (coords.). *La historia local en la España contemporánea. Reflexiones desde Aragón*. Barcelona: Dpto. Historia Moderna y Contemporánea, 1999; Forcadell Álvarez, Carlos y Sabio Alcutén, Alberto (coords.). *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2005; Ruiz Carnicer, Miguel Ángel y Frías Corredor, Carmen. *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001.

In this sense, a pioneer study was conducted in Arthur M. Schlesinger's *The Rise of the City, from 1878 to 1898*. Its author held the innovative interpretation that the great changes in American society during the final decades of the nineteenth century had been led by the cities, which happened to become the real protagonists of history⁵⁰. This interpretive line was followed in the fifties of the twentieth century by authors such as Richard C. Wade, who studied the Frontier Thesis of Frederick Jackson Turner from the point of view of the social history of the city⁵¹.

But it was not until 1960 that urban history became one of the most fruitful areas of historical science. The publication in 1961 of *Victorian Suburb: A Study of the Growth of Camberwell*, by Harold J. Dyos, and *Victorian cities*, by Asa Briggs, two of the fathers of British urban history, marked an important step in this direction, as well as a series of lectures given in 1961 and 1966 in various British and American universities, which led to the publication of a seminal work in its founding years, *The Historian and the City*, edited by Oscar Handlin and John E. Burchard⁵².

Another milestone of urban history in this period was the appearance in 1964 of *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth Century City*, a work by the American historian Stephan Thernstrom which laid the foundation to approach the history of the city using the abundant statistical information contained in the population census⁵³. *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*, by Michael Anderson, and *Class and Community: The Industrial Revolution in Lynn*, by Alan Dawley. Already, published in the 1970s, were two other works that exerted a major influence on urban historians. They interpreted in a new way the influence of industrialization in scopes such as family structure, the formation of new social relations based on class, or sexual division of labor, using examples of specific towns as case studies⁵⁴.

⁵⁰ Schlesinger, Arthur M. *The Rise of the City, 1878-1898*. Nueva York: Macmillan Press, 1933; Schlesinger, Arthur M. "The City in American History". *The Mississippi Valley Historical Review* 27 (1940): 43-66.

⁵¹ Wade, Richard C. *The Urban Frontier: The Rise of Western Cities, 1790-1830*. Cambridge, Mass: Harvard University Press. 1959.

⁵² Briggs, Asa. *Victorian Cities*. Berkeley: University of California Press, 1965; Dyos, Harold J. *Victorian suburb: a study of the growth of Camberwell*. Leicester: Leicester University Press, 1961; Handlin, Oscar, Burchard, John E. *The Historian and the City*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1963.

⁵³ Thernstrom, Stephan. *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth Century City*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1964.

⁵⁴ Anderson, Michael. *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*. Cambridge: Cambridge University Press, 1971; Dawley, Alan. *Class and community: The industrial revolution in Lynn*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1976.

The progress of urban history from then on would be completed with the publication in 1984 of *European Urbanization, from 1500 to 1984*, by Jan de Vries⁵⁵. This study had the novelty of introducing an interpretive framework that allowed the contemplation of large-scale comparative analysis of the urbanization process over an extended period of time. A year after its appearance, Paul M. Hohenberg and Lynn Hollen Lees published *The Making of Urban Europe, 1000-1950*, a work similar to the study carried out by De Vries, in which prevailed the comparative analysis of urbanization worldwide⁵⁶.

The vitality of urban history in the twenty-first century is confirmed by the wide range of publications available in the international bibliography, dealing with the study of urban centres from the most various regions of the world, and exploring new lines of analysis⁵⁷. In the case of historiography of contemporary Madrid, works published over recent times have greatly expanded our knowledge on aspects such as political mobilization⁵⁸, leisure and cultural practices linked to the social masses⁵⁹, infant mortality⁶⁰, means of public transport⁶¹, or women's work⁶².

⁵⁵ De Vries, Jan. *European Urbanization, 1500-1984*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1984.

⁵⁶ Hohenberg, Paul M. y Lees, Lynn H. *The Making of Urban Europe, 1000-1950*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1985.

⁵⁷ See, as an example: Esherick, Joseph W. (ed.) *Remaking the Chinese City: Modernity and National Identity, 1900-1950*. Honolulu: University of Hawaii Press, 2000; Peixoto-Mehrtens, Cristina. *Urban Space and National Identity in Early Twentieth Century São Paulo, Brazil: Crafting Modernity*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010; Yoshikuni, Tsuneo. *African Urban Experiences in Colonial Zimbabwe: A social history of Harare before 1925*. Harare: Weaver Press, 2007; Sluglett, Peter (ed.) *The Urban Social History of the Middle East, 1750-1950*. Siracusa: Syracuse University Press, 2008.

⁵⁸ Souto Kustrín, Sandra. “Y Madrid ¿qué hace Madrid?”. *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*. Madrid: Siglo XXI, 2004.

⁵⁹ Baker, Edward. *Madrid Cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*. Madrid: Marcial Pons, 2009; Baez Pérez de Tudela, José María. *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*. Madrid: Alianza, 2012; Rodríguez Martín, Nuria. *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015; Cebollada, Pascual y Santa Eulalia, Mary G. *Madrid y el cine: panorama filmográfico de cien años de historia*. Madrid: Comunidad de Madrid, 2002; Del Moral, Carmen. *El género chico: ocio y teatro en Madrid (1880-1910)*. Madrid: Alianza, 2004; Paz, María Antonia. “Cine para la historia urbana: Madrid, 1896-1936”. *Historia Contemporánea* 22 (2001): 179-213; Zozaya Montes, María. *Del ocio al negocio. Redes y capital social en el Casino de Madrid, 1836-1901*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2008.

⁶⁰ Revuelta Eugercios, Bárbara. *Los usos de la inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2011.

⁶¹ Leralta, Javier. *Historia del Taxi de Madrid*. Madrid: Sílex, 2003; Gutiérrez Gómez, Diego. *Aquellos tranvías de Madrid*. Madrid: La Librería, 2001.

⁶² Candela Soto, Paloma. “El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del

Special mention must be made to the contribution of the research group History of Madrid in the Contemporary Age, directed by Luis Enrique Otero Carvajal, from the Complutense University of Madrid. The research carried out for a decade by this group of historians, to which the author of this thesis is part of, has led to a wide scientific and academic production in the form of communications, articles, books, and five doctoral theses which have caused a major advance in the historical knowledge of contemporary Madrid⁶³.

The main innovation carried out by this research group was mainly due to the application of a new methodological approach. The important achievements of the historiography of Madrid since the mid-1970s did not prevent, due to its enormous size, the use of the City Census of Madrid. Despite it being a major documentary source to explore, in all its complexity of detail, the social and urban changes of Madrid, the use of the city census was reduced to small research exercises, and never was systematically worked out⁶⁴. The wealth that is contained in this source was doomed to remain unexplored in the dark bowels of archives, mainly due to the difficulties in their intensive treatment. The volume of work involved in collecting millions of data written in the registration sheets, and the need for software that would allow proper storage and analyse of the information, decisively conditioned the use of this source. This gap was covered when, over a decade ago, professor Otero Carvajal conceived the ambitious project to collect, neighborhood by neighborhood, street by street, and even dweller by dweller, all the information from the census available in the archives of Madrid city, in order to create a database with every single man and woman registered in the municipal

primer tercio del siglo XX". *Historia Social* 45 (2003): 139-159.

⁶³ Carballo Barral, Borja, Pallol Trigueros, Rubén y Vicente Albarrán, Fernando. *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid: Editorial Complutense, 2008; Carballo, Borja. *El Madrid burgués. El Ensanche Este de la capital*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2014; De Miguel Salanova, Santiago. *Madrid, los retos de la modernidad. Transformación urbana y cambio social (1860-1931)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2015; Pallol Trigueros, Rubén. *El Ensanche Norte. Chamberí, 1860-1931. Un Madrid moderno*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2015; Rodríguez Martín, Nuria, *La capital de un sueño..., op. cit.*; Vicente Albarrán, Fernando. *El Ensanche Sur. Arganzuela, 1860-1931. Los barrios negros*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2015; González Palacios, Daniel. *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo. Madrid: Universidad Complutense de Madrid 2008; González López, Javier. *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*. Trabajo fin de Máster. Madrid: Universidad Complutense de Madrid 2010; Díaz Simón, Luis. *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*. Trabajo fin de Máster. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2010.

⁶⁴ One of the first historical works using the Madrid census records: De Terán, Manuel. "Dos calles madrileñas: las de Alcalá y Toledo". *Estudios Geográficos* 84-85 (1961): 375-476.

census of four key moments in the history of Madrid: 1860, 1880, 1905, and 1930.

The vast information contained in the records led to the establishment of a workable method to make its collection and statistical analysis possible. That was how it was decided to select specific areas of the city and pick, one by one, all the information contained in the registration sheets. The effort it involved was outstanding, but the certainty of its results was palpable since it completely reduce the risks incurred by making simple statistical tastings. The delimitation and selection of the areas to be analyzed was made according to the sociological composition of the neighborhood and the specific characteristics of urban space, although the extent and size of the population of the selected sectors were big enough to allow results of general trends of the whole city.

Having said that, the next step was to analyze the three areas of the Ensanche - North, East, and South-, and later doing the same with Madrid's old town. The opportunities of this strategy, framed within the methodological approach based on historical downscaling⁶⁵, were soon realized, since the work with its huge data base, allowed detailed exploration of various aspects of Madrid society, such as the composition of migration flows from the countryside to the city, the creation of networks between rural immigrants, socio-spatial segregation, the mutation of the occupational structure, or the socialization of politics. Also, the approach to urban enclaves located in the hinterland of Madrid based on the same theoretical and methodological framework, allowed a broader analysis of the role of the Spanish capital as a large city and its relations with the small and medium urban populations around it⁶⁶.

This thesis is inserted into this broad research project. Its essential aim is to analyze the social and urban change of Madrid during the period 1880-1936. This is a crucial phase in the process of modernization of the capital which started in the middle decades of the nineteenth century. 1880 is a pivotal year that allows, on one hand, to evaluate the effects caused in Madrid society after the changes that followed the arrival

⁶⁵ Otero Carvajal, Luis Enrique: "La reducción de escala y la narratividad histórica". *Cuadernos de Historia Contemporánea* n.º extraordinario (2007): 245-264.

⁶⁶ De la Fuente, Rubén. *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; San Andrés Corral, Javier. *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007.

of the railroad, the construction of large public Works, and the start up of the Ensanche, and on the other hand, to analyze its accelerated evolution at the end of the first third of the twentieth century, into the modern and cosmopolitan metropolis Madrid was in the years prior to the War of Spain.

The area chosen for the empirical analysis has been the southwest of Madrid's old town, comprising the space bounded by Calle de Toledo, Ronda de Segovia, Cuesta de la Vega, Calle Mayor, and Calle de Ciudad Rodrigo, finishing at Plaza Mayor. The reasons that led to take this choice were essentially two. First, since this work is inserted within a global project of reconstruction of the social-historical reality of contemporary Madrid, the attention was directed towards an unexplored area and complementary to those that had already been studied in previous research works (Ensanche and northern half of the old town). The second reason that determined the choice was the sociological component of this part of town. Within this part of the city map existed the so-called *barrios bajos*, the slums where lower classes traditionally used to live. The sociological component of this part of the city was ideal for examining how the modernization process affected the humblest ranks layers of Madrid society, and to examine the living conditions, work, and hygiene of the humblest layers of Madrid society.

Once the area on which to perform the case study was bounded, the next step was to collect the data and to create a computerized database with all the variables listed in the registration sheets of three historical moments: 1880, 1905, and 1930. In this sense, the vital information of 142,649 people (44,571 in 1880, 48,118 in 1905, and 49,780 in 1930) has been collected. This information was recorded and signed at the bottom of the document directly by the residents themselves or, if they were illiterate, by municipal employees. Each sheet corresponds to a home, a shop, a workshop, or an institution (from churches and convents, to prisons and military barracks). They include the data on the exact address of each tenement, the rent price, and the kind of activity (commercial or industrial) that was done. Also, it includes about twenty sections (the number varies according to the census model of each year) in which the personal data of all the dwellers is written. This data refers to the name and surname of the residents, the relationship they kept with the head of family of each household, their date and place of birth, marital status, occupation, the place where they exercised their occupation, wage or salary they received, territorial or industrial contribution that they paid per year, if they were able to read or write, and the years of residence in Madrid if they were migrants.

After creating this empirical body, the next step was to make several statistical operations. For this purpose, SPSS software was used. By applying this powerful predictive analytics software it has been possible to develop a series of multivariate statistical analysis including all the data collected in the census. The results obtained by this method have allowed to characterize, evaluate, and interpret the different processes of change and the rapid evolution of Madrid society during the period under study.

Furthermore, in order to classify systematically the hundreds of occupational titles collected, the Historical International Standard Classification of Occupations (HISCO) was used⁶⁷. This is a classification system developed in the late 1990s by a group of researchers interested in the study of labor market and social mobility, that were striving to create an analytical tool to develop comparative analyzes of different regions of the world and different historical periods. These researchers decided to use the International Standard Classification of Occupations created by the International Labour Organization (ILO), specifically the 1968 version, making some minor modifications on it in order to fit the requirements of historical research⁶⁸. Thus, HISCO follows the same pattern of the ILO classification. Each occupation is coded by five numbers, each allowing the possibility to distinguish four levels of grouping. The degree of detail allows to identify from a particular occupational title to the primary group, the minor group, and the major group to which each occupational title belongs. The possibilities offered by this tool for the statistical study of the labor market are immense, something that has benefited this thesis.

In addition, the use of a documentary source as the population census, which eminently provides quantitative information -without contempt of its usefulness for a qualitatively approach- has led to pay particular attention to the graphical representation of the information. Adequate visualization of large statistical data through the creation of graphics, tables, and, particularly, the design of specific mapping to represent the spot on which the empirical analysis is done, has enhanced the capacity of analysis and interpretation of the processes of change in Madrid society that are reflected in the mass of documents.

⁶⁷ Van Leeuwen, Marco H.D., Maas, Ineke y Miles, Andrew. *HISCO: Historical International Standard Classification of Occupations*. Leuven: Leuven University Press, 2002.

⁶⁸ Van Leeuwen, Marco HD, Maas, Ineke y Miles, Andrew. "Creating a Historical International Standard Classification of Occupations. An exercise in multinational interdisciplinary cooperation". *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History* 37.4 (2004): 186-197, p. 186.

The vast information obtained through the intensive exploitation of the municipal census has been used in a crisscross way with other documentary sources, such as health population statistics of 1905, 1915, and 1929. This source is extremely useful to know the health situation of Madrid in the first decades of the twentieth century. It is a report published by Madrid City Hall from at least 1900, in which is found all the detailed information relating to the population movement of the city. The interest to know the social causes of bad public health and high mortality rates that afflicted the Spanish capital in the early twentieth century, led to the technicians responsible for developing the health statistics to expose, in detail, aspects such as the distribution of death rates by neighborhood, distinguishing its causes, the profession exercised by the deceased as a result of infectious diseases, or the rate of illegitimacy of the different areas of the capital. In order to explore the medical and social dimension, the documentation from the sections of Policía Urbana and Beneficencia e Higiene of the Archivo de Villa de Madrid has been used, as well as a large number of contemporary studies focused on the analysis of social-health issues, including the works by Philip Hauser, César Chicote, Ricardo Revenga, Alberto Bosch, or José Jimeno Agius.

Intensive consultation of case files of the Court of First Instance of the District of La Latina deposited in the Archivo General de la Administración, has been another pillar on which this research has been woven. Although this documentary source is incomplete, the preserved summaries contain exceptional information to discover some of the most hidden affairs of the Madrid's social history. Both testimonies of those involved in the court proceedings contained in the files, and attached statements and reports prepared by the judicial or police authority, offer unique descriptions on the work and living conditions of the poorer classes, as well as cultural attitudes and practices of those sectors of society whose passage through history leave a lighter footprint on documentary sources.

Finally, this thesis is based on the exploration of various newspaper and literary sources, as well as various photographic and audiovisual archives. The study of history in the Digital Age has a number of advantages previously unavailable such as quick access via Internet to digitized newspaper, photographic, and film funds, or the availability of interactive tools that allow selective searches to be made by keywords, title, author, etc., in the collections. Thus, in addition to consulting a wide range of newspaper titles, newsletters, reports, magazines, and other publications available in the

Municipal Newspaper Library of Madrid and the archive of the National Library of Spain, it was examined the digital archives of the National Library of Spain, the Spanish newspaper *ABC*, and the Library of Congress. The literature produced in Madrid during the studied period has also been consulted, allowing to collect the testimony and interpretation of social change offered by authors like Benito Pérez Galdós, Pío Baroja, Vicente Blasco Ibáñez, Arturo Barea, or Rafael Cansinos Assens, among many others. Thousands of images have been collected from the following photographic and cinematographic archives: Estudio Fotográfico Alfonso (deposited in the Archivo General de la Administración), Archivo Santos Yubero (deposited in the Regional Archives of the Community of Madrid), Archivo Fotográfico de la Fundación Telefónica, Fototeca del Instituto del Patrimonio Cultural de España, Chusseau-Flavian Collection (at the George Eastman House International Museum of Photography and Film), Archivo Digital de la Filmoteca Española, Archivo Fotográfico de la Comunidad de Madrid, and the Real Academia Nacional de Medicina.

The structure of the research presented in this thesis includes two main points. The first is the analysis of the evolution of the social-sanitarian situation in Madrid during the period under study, while the second does the same with the occupational structure and labour market. These levels of analysis are adjusted precisely to the objectives of this study, allowing an approach from two perspectives, different but interrelated, to the urban-social transformation of Madrid directly linked to the process of modernization.

The first chapter is devoted to the epidemic attacks that hit Madrid at the end of the nineteenth century, the social tensions that erupted during the epidemic time, and the implementation of a health plan to contain the spread of epidemic diseases, which marked the first solid step to develop a health system in the city. The approach to the public health problem pays special attention to the influence of social factors of the health of the population, showing that the first cause of progress of epidemics was the deplorable living conditions under which the depressed areas of the city were. The social crisis that broke out with the coming of the epidemic is also addressed, analyzing the outbreak of popular riots and protests by different groups, and the expansion of fear in Madrid society. This is completed with the theories developed by contemporary social writers and hygienists, trying to find a coherent explanation for the excess of mortality in Madrid and the causes that produced it.

This problem is discussed in the second chapter, where representation of the distribution in the urban map of the high rates of mortality and morbidity of Madrid city at the beginning of the twentieth-century can be seen. The mapping of death and morbidity in Madrid presented in this chapter allows us to contemplate with the greatest detail possible the huge disparity between the hundred neighborhoods of Madrid. The biggest tragedy of this social-health inequality in Madrid society was that those who were born into a family with resources and a healthy neighborhood had a chance to reach their first year of life vastly superior to those who were born in a poor neighborhood and into a family without means of fortune. On the other hand, the constant presence of disease and death in the daily life of the population and the lack of adequate sanitation, favoured the presence of quackery and illegal practice of medicine among the underprivileged classes. This issue is examined from the point of view of the influence that rural migration had in importing superstitious beliefs and quackery therapeutic methods to the city, which are also analysed.

The third chapter deals with the progress that public health experienced in Madrid during the first three decades of the twentieth century. The combination of a general improvement of the living conditions of the population, especially the most disadvantaged segments of society, and the implementation of health infrastructure to take care of the health of the population, was key to drastically reducing the mortality and morbidity during those years. Moreover, the standardization of the levels of mortality and morbidity between the poor and rich neighbourhoods of the city was evidence of the tide of poverty and reduction of social inequality, something perceptible in great detail through the cartographical representation that are displayed. Also, this chapter explores the creation and development of major health institutions specialized in the treatment and prevention of the illnesses that caused the majority of deaths among children and adults, such as infant diarrhea, diphtheria, and tuberculosis.

The direct and indirect effects on Madrid labor market derived from the construction of large public works executed in the middle decades of the nineteenth century, are studied in the fourth and fifth chapter. The waves of rural migration to the city since the mid-nineteenth century, that dragged huge numbers of peasants attracted by construction work, translated in the acceleration of the destruction of tradesmen, and radically transformed the urban professional structure. It is also shown how the tradesmen, who had previously been the main occupational sector among male workers, saw their numbers reduce to represent a minority in the labour market, while labourers

became the core of the work force in Madrid, and did so at an increasingly rapid pace.

The acceleration of this process during the final decades of the nineteenth century are discussed in the sixth chapter, as well as the transformations occurring in the professional structure of Madrid as a result of developments in the national economy after the outbreak of the First World War. From the case study, it is analyzed how the demand for white-collar workers increased as a phenomena linked to the outsourcing of the urban economy. It is also discussed how the emergence of white-collar workers was driven by the activity of private companies, and how this change in economy allowed large segments of the society to access to certain jobs which were socially valued and far better from the precariousness of the labourer. Special attention is given to job opportunities that appeared for women in the world of office work. Additionally, in this chapter it is analyzed how the emergence of white-collar workers was accompanied by an increase of the proportions of skilled manual workers during the decades prior to the outbreak of the Spanish Civil War, a phenomenon linked to the demands of the new economy that allowed large segments of the working class to experience significant improvements in their living conditions.

Parte I

La lucha por la salud pública

Capítulo 1. La ciudad enferma: epidemias y morbosidad en el Madrid finisecular

“Hace algún tiempo que a los hombres más distinguidos por su ciencia preocupa la falta de salud y mortalidad consiguiente que aflige a la población de Madrid. Hoy ha llegado el mal a un punto verdaderamente aterrador; las estadísticas son desconsoladoras, y si con menos causa en otras naciones se ha concedido a la higiene pública una importancia suprema, ¿qué debemos hacer nosotros, cuyo registro fúnebre excede, según declaraciones oficiales, al de casi todos los grandes pueblos de Europa y América?”.

Chaulié, Dionisio. “Madrid en peligro”. *Revista Contemporánea*, septiembre de 1882, pp. 313-339, p. 314.

1. 1. Alerta sanitaria en los barrios bajos

A las diez de la noche del 4 de junio de 1891, el alcalde del barrio de la Arganzuela envió una comunicación con carácter urgente a la Tenencia de Alcaldía del distrito de La Latina. En la casa número seis de la calle de la Chopa habían muerto algunos vecinos a consecuencia de fiebres tifoideas; otros inquilinos del mismo inmueble se encontraban ingresados en el Hospital Provincial, presentando síntomas de haber sido atacados por idéntica enfermedad¹.

La llegada de la noticia a las dependencias municipales hizo saltar las alarmas. El temor de que una epidemia de tifus se desatara en los barrios bajos excitó a la Junta Municipal de Sanidad a desplegar un plan de defensa para hacer frente a lo que podía ser el chispazo de una nueva catástrofe sanitaria en la ciudad.

La primera orden que dieron los técnicos sanitarios fue dirigida al jefe del Laboratorio Municipal: se le oficiaba a disponer la desinfección de todas las casas y solares de la calle de la Chopa donde hubiera habido casos confirmados o sospechosos de tifoidea. Asimismo, la Junta decretó el nombramiento de una comisión para investigar las causas que

¹ AVM, Beneficencia, Legajo 540-5-35: *Expediente instruido con motivo de haber ocurrido varios casos de fiebre tifoidea en la casa núm. 6 de la calle de la Chopa*.

habían provocado ese estado de salud en el barrio de la Arganzuela, aunque sobre este punto ya se había pronunciado el alcalde del barrio en el escrito que hizo llegar a la Tenencia de Alcaldía. Según exponía el alcalde, los informes por él adquiridos indicaban que el motivo de que se hubiera desarrollado la enfermedad en este lugar era “el mal estado de limpieza” de la finca donde brotó el foco infeccioso y de las colindantes a ella².

La brigada de desinfección del Laboratorio Municipal llegó a la calle de la Chopa al anochecer del 9 de junio. Después de aparcar en la inmediata calle del Peñón el furgón tirado por dos caballos en el que se trasladaron para realizar la operación, los desinfectores entraron en la casa número seis, una de las más miserables de cuantas formaban aquella popular rúa. A los chiquillos de la vecindad que se encontraban despreocupados jugando en el portal, les causó gran impresión la figura de los desinfectores. Vestían los ropajes especiales para su trabajo, con gorros, máscaras y capas impermeables, y llevaban unas pesadas pulverizadoras a la espalda que les daba un inusitado aspecto de hombres-máquina.

Una por una, los obreros desinfectores fueron saneando las viviendas sobre las que tenían orden de actuar. El procedimiento que siguieron fue el habitual: sirviéndose de los aparatos pulverizadores, rociaron las paredes, el suelo y el techo de los cuartos con una solución acuosa antiséptica a base de ácido fénico; las ropas, mantas, jergones y demás enseres de los hogares susceptibles de transmitir el contagio fueron introducidos en unos sacos numerados, para después ser trasladados en el furgón de la brigada hasta la estación de desinfección municipal, donde serían esterilizados mediante la utilización de una estufa a vapor bajo presión. Mientras realizaban estas operaciones, pequeñas columnas de humo procedentes de las cazuelas con azufre ardiendo que los fumigadores habían dejado en el suelo de los patios de vecindad subían por el interior de los edificios³.

Pocos días después de que la cuadrilla de desinfección hubiera terminado su servicio, los enviados de la comisión nombrada por la Junta de Sanidad se personaron en la calle de la Chopa, con el fin de reconocer las casas y solares de esa vía y de las adyacentes del Peñón y Mira el Río Alta que habían sido señaladas como insalubres y generadoras del tifus que tantos estragos estaba causando en el barrio. Los comisionados recorrieron las calles, se

² *Ibíd.*

³ Sobre la ejecución de los trabajos de desinfección, así como la indumentaria y los materiales empleados por los fumigadores del Laboratorio Municipal, véase: Chicote y González, Juan. *Guía práctica de higiene y de desinfección con las precauciones que deben tomarse en el caso de una invasión colérica*. Madrid: Escuela tipográfica del Hospicio, 1884; Bosch, Alberto. *Memoria de las medidas adoptadas para contener la invasión del cólera en 1885*. Madrid: Imprenta y Litografía Municipal, 1885; Chicote, Cesar. *El servicio municipal de la desinfección en Madrid*. Madrid: T. Osácar, 1901.

introdujeron en el interior de las viviendas atacadas, examinaron el aspecto de los solares vallados y sin vallar e interrogaron a algunos vecinos acerca de diversas cuestiones relacionadas con el estado de salud del sector, tomando notas de todo cuanto observaban en los blocs que llevaban consigo. Realizado el reconocimiento, el 16 de junio la comisión elevó a la Alcaldía-Presidencia el correspondiente informe para dar cuenta de sus hallazgos. Dicho informe decía como sigue:

“La comisión que suscribe, en cumplimiento del decreto del Excmo. Sr. Alcalde, ha reconocido la calle de la Chopa y los locales que se citan, quedando dolorosamente impresionada al ver que existen en la capital de la Nación y corte de la Monarquía, sitios que, como el presente, lejos de hallarse extramuros, está en un barrio populoso, con las peores condiciones higiénicas, por su estrechez, suciedad y abandono en que se encuentra.

Los solares mencionados en dicho decreto están llenos de inmundicias y habitados por aves de corral. La medianería de la casa número siete se halla en estado de ruina inminente, y por un boquete en ella abierto, se pasa a un local constituido en basurero; las casas citadas son viejas y sucias.

La número seis, donde parece ocurrieron los casos de tifus, tiene un patio muy sucio, y la número ocho, abandonada desde la última epidemia colérica, tiene abiertas sus ventanas, por las que se ve un interior lleno de toda clase de basuras.

Únase a esto la estrechez de la calle, el recodo que la misma forma impidiendo la circulación del aire y la clase de habitantes femeninos que casi por completo constituyen su vecindario, y todo obligará a pensar seriamente en que allí se impone con urgencia una radical reforma y medidas extraordinarias para evitar que siga siendo un foco de infección, temible siempre, y mucho más en el caso desgraciado de una epidemia.

La Junta de Sanidad se cree en el deber de llamar la atención del Excmo. Sr. Alcalde sobre un asunto de tan gran interés para la salubridad de la villa, sin permitirse proponer los medios para sanear esta parte y otras análogas de Madrid, porque además de que no necesita esta indicación la digna

autoridad antes expresada, dichos medios dependen de varias circunstancias que no es posible precisar a priori”⁴.

El escrito de los enviados saca a relucir tres aspectos centrales en relación con la situación higiénico-sanitaria del Madrid finisecular. En primer término, se pone de relieve que la insalubridad extrema no era un problema exclusivo del extrarradio urbano: las barriadas del interior de la ciudad que se encontraban habitadas en su mayor parte por familias trabajadoras de cortos recursos, sufrían las mismas condiciones antihigiénicas que aquellas situadas en la periferia de la urbe. La segunda cuestión que se plantea es el evidente vínculo entre insalubridad y morbilidad. La dolorosa impresión que causó a los miembros de la comisión sanitaria las condiciones deplorables en que se encontraban aquellas casas sórdidas, miserables, sucias y viejas del barrio de la Arganzuela que inspeccionaron en su visita, unido a la existencia en dicho barrio de solares que habían sido transformados en corrales inmundos y en repugnantes muladares, se presentaba ante los enviados como la causa principal de que este espacio se hubiera convertido en un peligroso foco de infección y de que las fiebres tifoideas hubieran provocado varias víctimas mortales entre su humilde vecindario. Por último, los comisionados, al instar a la autoridad municipal a adoptar medidas para sanear este sector de Madrid, no solo aludían a la necesidad de hacerlo por el exclusivo bien de sus habitantes, sino para preservar el estado sanitario del conjunto de la población. Si el tifus, que ya había producido la muerte de algunos vecinos de la calle de la Chopa, continuaba propagándose y tomaba carácter epidémico, toda la ciudad podría ser invadida por esta temible enfermedad, algo que ya había sucedido anteriormente en situaciones análogas.

1. 2. Del Ganges al Manzanares: la epidemia colérica de 1885

El recuerdo de la epidemia de cólera que azotó Madrid seis años antes de que el tifus se presentara en la calle de la Chopa aún permanecía fresco en la memoria de la población, tal como permite apreciar el hecho de que, cuando los comisionados de la Junta de Sanidad se trasladaron al barrio de la Arganzuela para realizar la inspección del mismo, éstos apuntaron en su informe que la casa número ocho de la calle atacada por el tifus se encontra-

⁴ AVM, Beneficencia, Legajo 540-5-35.



Fig. 1.1 Anónimo. *Callejón del Mellizo, en el barrio de la Arganzuela*. Fotografía. c. 1909.

Fuente: Chicote, César. *La vivienda insalubre en Madrid*. Madrid: Imprenta municipal, 1914.

Nota: Los clichés que se reproducen en la citada obra ya fueron publicados en: Chicote, César. *Laboratorio. Resumen de los trabajos efectuados durante el año de 1909*. Madrid: Imprenta municipal, 1910. La fecha en que se tomaron estas fotografías no puede ser, por tanto, posterior a 1910.

ba deshabitada y en completo estado de abandono desde que el cólera asiático la invadiera en el verano de 1885.

No solo la ciudad de Madrid sufrió los estragos que provocó ese año el *huésped del Ganges* –así bautizó Pérez Galdós a esta temible enfermedad–, sino que se trató de una pandemia colérica que se expandió por diversos países de la cuenca del Mediterráneo y llegó a poner en guardia a toda Europa⁵.

Los primeros vibriones coléricos que entraron en España lo hicieron a través del puerto de Alicante en el otoño de 1884. Fueron transportados por un vapor mercante

⁵ Briggs, Asa. "Cholera and Society in the Nineteenth Century". *Past and Present* 19 (1961): 76-96. En América también se temió la posible llegada del cólera. Los Estados Unidos, que habían conocido la desolación causada por esta enfermedad durante las tres epidemias acontecidas en 1832, 1849 y 1866, ordenaron a sus consulados que informaran puntualmente sobre el avance del cólera asiático en el Viejo Continente. Los despachos de los cónsules fueron publicados posteriormente en un tomo que constituye una valiosa fuente para estudiar el origen y la propagación de la epidemia en Europa. Véase: United States Consular Reports. *Cholera in Europe in 1884. Reports from Consuls of the United States*. Washington: Government Printing Office, 1885. Sobre las epidemias de cólera morbo en los Estados Unidos durante el siglo XIX, véase: Rosenberg, Charles E. *The Cholera Years: The United States in 1832, 1849, and 1866*. Chicago: The University of Chicago Press, 1992 (ed. or. 1962).

llamado –paradojas del destino– Buenaventura, procedente de Marsella, donde el cólera ya había causado numerosas muertes. Desde finales del citado año hasta la primavera de 1885, el cólera morbo se fue propagando por las provincias del Levante y del interior de la península. La enfermedad llegó a Madrid importada por los segadores valencianos, quienes “después de haber terminado sus faenas agrícolas en su propia provincia, donde la cosecha es más avanzada que en ninguna otra parte de España, van a otras provincias más atrasadas. Así ocurrió que la invasión se extendió a casi toda España desde el principio de junio hasta fin de agosto, causando más de 120.000 víctimas”⁶.

Antes de que el cólera hiciera su aparición en la urbe madrileña, y en vista de los alarmantes telegramas que desde las provincias invadidas llegaban a la capital, la Junta Provincial de Sanidad ordenó imprimir un folleto informativo para divulgarlo entre la población, titulado *Nociones, preceptos y medios que deben conocer las familias para prevenir el desarrollo del Cólera Morbo Asiático y combatir sus primeros síntomas en el caso aún no probable de que invada nuestro territorio*. En sus páginas se informaba acerca de las características que presentaba la enfermedad y se ofrecían una serie de medidas higiénicas para prevenir su desarrollo, así como instrucciones sobre los auxilios que debían ofrecerse a los invadidos:

“El cólera morbo asiático –explicaba el folleto– es una enfermedad epidémica que se reconoce por los siguientes síntomas: malestar general, debilidad suma, dolores contusos en los miembros del estómago, ruidos de tripas, vómitos y diarrea de color blanquecino que apenas mancha la ropa, supresión de orina, apagamiento de la voz, descomposición del semblante, color azulado de la piel, rápido enflaquecimiento, frío y calambres. [...] El que combata los primeros síntomas, el que guarde con esmero los preceptos de la higiene, el que se proponga por estos medios librarse de la enfermedad, tiene mucho adelantado para conseguirlo. Por el contrario, el que desprecia los consejos de la ciencia, el que vive en el desorden, el que abusa de la bebida y de la Venus, el que no

⁶ Hauser y Klover, Felipe. *Memorias autobiográficas de un médico después de haber cumplido 66 años de ejercicio profesional*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1990, p. 57. La cifra oficial de víctimas de la epidemia cólerica de 1885 en España, publicada por la estadística de la Dirección General de Beneficencia y Sanidad, fue de 120.473; el número total de atacados según la misma fuente fue de 338.685. Es decir, en España se produjeron 7,2 fallecidos por cada 1.000 habitantes. Véase: Jimeno Agius, José. *El Cólera en España durante el año 1885*. Madrid: Establecimiento Tip. de El Correo, 1886, p. 8; Fernández, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Barcelona: Vicens Vives, 1985.

ordena su alimentación ni concede al cuerpo el necesario reposo, ése está más expuesto a ser presa de la enfermedad”⁷.

El primer caso de cólera en Madrid se registró el 20 de mayo de 1885 en la casa número 31 de la calle del Caballero de Gracia; el día 26 ocurrió otro caso en la calle de Juanelo, número 18; el 27 se presentaron dos casos más en la casa número 19 de la calle de las Dos Hermanas. No se observaron más invasiones hasta el 3 de junio, fecha en que una vecina de la calle de los Abades expiró poco después de haber sido atacada. Veinticuatro horas más tarde, una parienta de la víctima anterior, residente en la casa número 10 de la calle Imperial, fue invadida y murió fulminantemente. También ese día se presentó la enfermedad en las calles del Duque de Alba y Martín de Vargas, provocando el fallecimiento de dos mujeres, dos niños y la madre y la abuela de éstos, las cuales habían estado auxiliando a los enfermitos⁸.

A partir de este momento las invasiones coléricas se multiplicaron. El número de atacados comenzó a tomar las proporciones propias de una situación de epidemia al expandirse la enfermedad por las barriadas pobres del sur de la ciudad, ensañándose “particularmente en las calles habitadas por la clase obrera y con numerosas casas de vecindad, donde son completamente desconocidas las reglas más elementales de la higiene moderna”⁹.

El foco colérico más mortífero se formó en la calle del Amparo, donde se registraron ocho invasiones en la segunda quincena de julio en seis inmuebles diferentes, y treinta y una más durante el mes de agosto en otros dieciocho edificios¹⁰. Las condiciones de hacinamiento e insalubridad que existían en las numerosas casas de vecindad existentes en el sur del casco antiguo madrileño constituían un terreno fértil para que el cólera se apoderase de ellas una vez que atacaba a alguno de sus habitantes. En su *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, Philip Hauser se refería a una casa de vecindad de la Ronda de Toledo que tenía “trescientos cuartos, habitados por dos familias cada uno; otra en el número siete triplicado de la Ronda de Segovia, donde ciento cincuenta cuartos estaban también ocupados

⁷ *Nociones, preceptos y medios que deben conocer las familias para prevenir el desarrollo del Cólera Morbo Asiático y combatir sus primeros síntomas en el caso aún no probable de que invada nuestro territorio*. Madrid: Imprenta y Litografía municipal, 1884, pp. 7-8.

⁸ Bosch, Alberto. *Op. cit.*, pp. 31-32; *El Imparcial*, 18 de junio de 1885.

⁹ Hauser, Philip. *Madrid bajo el punto de vista médico-social*. 2 vols. Madrid: Est. Tip. “Sucesores de Rivadeneyra”, 1902, vol. 2, pp. 312-313.

¹⁰ Bosch, Alberto: *Op. cit.*, pp. 31-32.

cada uno por dos familias; en idéntica situación se encontraban las casas número 22 y 24 de la misma Ronda”¹¹.

El periodista Julio Vargas, autor de un librito publicado por la imprenta del diario *El Liberal* el mismo año en que tuvo lugar la epidemia, en el que se recogían los artículos que escribió acerca de la propagación de la *enfermedad azul* en Madrid, describió con mano maestra la situación que presentaban las calles de los barrios bajos y la facilidad con que las familias trabajadoras que habitaban las miserables casas de vecindad allí existentes iban sucumbiendo ante el cólera. Vargas situó el epicentro de la epidemia colérica en el conjunto de calles, callejones y plazuelas que se encontraban en torno a la Ronda de Segovia y la Puerta de Toledo. Resulta particularmente estremecedora la descripción que el periodista hizo de la casa número siete, triplicado, de la expresada Ronda, a la que también se refería Hauser en su estudio:

“En este edificio, formado por cuatro o cinco cuerpos distintos y superpuestos, que aprovechan en su construcción los accidentes del mismo talud que separa a la Ronda de la Cuesta de las Descargas, se albergaban hasta hace pocos días cerca de noventa vecinos, es decir, una población poco más o menos de trescientos setenta habitantes. [...] Cuáles serían las condiciones de vida que allí tenían aquellas familias puede presumirse con decir que las autoridades han hecho desalojar cuarenta de las habitaciones ocupadas, a fin de evitar, hasta cierto punto, el hacinamiento e impedir en lo posible que el cólera continúe haciendo presa en aquel montón de carne humana”¹².

La información que proporciona el empadronamiento de 1880 sobre los moradores del expresado inmueble permite caracterizar con precisión la parte del vecindario que más afectada se vio por la epidemia colérica. Los cuartos de la casa número siete, al igual que el resto de viviendas existentes en este sector de la ciudad, estaban ocupados en su mayor parte por familias jornaleras. Los únicos habitantes que figuraban en el padrón como cabezas de familia y no se identificaban como jornaleros, lo hacían como “encuadernador cesante”, “jornalero de imprenta”, “lavandera”, “asistenta” y “labrador” (este último era un anciano de setenta y cuatro años que llegó a Madrid en 1839, procedente de una aldea de Lugo. Residía

¹¹ Hauser, Philip. *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, p. 313.

¹² Vargas, Julio. *Madrid ante el cólera*. Madrid: Imprenta de “El Liberal”, 1885, pp. 63-64.



Fig. 1.2 Anónimo. *Interior de la casa n.º 14 de la Ronda de Toledo*. Fotografía. c. 1909.

Fuente: Chicote, César. *La vivienda insalubre en Madrid*. Madrid: Imprenta municipal, 1914.

en un piso bajo de la casa junto con su esposa, una lavandera cuarenta años más joven que él. Los dos eran analfabetos). Tan solo tres jefes de familia escapaban al perfil general del vecindario. Se trataba de un empleado del ferrocarril, un guardia alabardero y el propietario de una tahona existente en los bajos del mismo inmueble. No dejando de ser todos ellos gentes humildes, las profesiones que desempeñaban les permitían disfrutar de unos recursos y una posición más favorable que la del resto del vecindario.

El alquiler más caro de la casa (25 pesetas mensuales) lo pagaba el empleado del ferrocarril, que residía en un modestísimo principal. En el resto de cuartos, los inquilinos satisfacían un alquiler que variaba entre las 10 y las 15 pesetas mensuales¹³. Tan bajas cantidades no permitían más que alojarse en tabucos miserables, donde la pobreza, el hacinamiento y la insalubridad eran la nota dominante. Casas como ésta fueron catalogadas por Hauser como “verdaderos antros de pauperismo por lo negras, sucias y bajas de techo,

¹³ AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880, casos n.º 7955-7981.

con las vistas a patios lóbregos fríos, húmedos y saturados de los malos olores exhalados de los sumideros y letrinas”¹⁴.

Este era el panorama existente a lo largo de la línea derecha de la Ronda de Segovia, “cubierta por edificios viejos y de pobre aspecto en general”, así como de las calles del sur del casco que desembocaban en la Ronda. Dos de estas vías eran especialmente insalubres: la de las Amazonas y la del Peñón. “Situadas dentro de un populoso barrio –escribía Hauser–, se hallan convertidas en triperías o mondonguerías [...]. A ellas se llevan los despojos de las reses degolladas en el Matadero público, y se vacían los intestinos, dejándolos secar a fuerza de tiempo, e infectando la atmósfera del vecindario”¹⁵.

Calles insalubres, cuartos miserables y una población viviendo bajo los límites de la subsistencia. Tales eran los elementos que requería una enfermedad como el cólera para poder reinar en forma de epidemia. A propósito de esto último, otro célebre periodista, José Nakens, hacía el siguiente comentario:

“Aquí los pobres –me circunscribiré a Madrid–, carne de todas las epidemias, abundan. [...] Almacenados en oscuros e inmundos nichos, aparentan vivir como el reo que va al cadalso aparenta valor: por cuestión de amor propio. Careciendo de trabajo, solo se cuidan de ver cómo echan algún lastre a su estómago. [...] ¡Oh cólera! ¿Qué víctimas te agradan más? ¿Los niños raquíticos, las mujeres anémicas o los hombres extenuados? Responde con franqueza: tu gusto será medido en este festín de la muerte”¹⁶.

A medida que avanzaba el fatídico mes de junio, comenzaron a presentarse más casos de invadidos por los distintos distritos de la ciudad, si bien éstos fueron considerados

¹⁴ Hauser, Philip. *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 280-281.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 281. Los barrios situados en torno al río Manzanares ofrecían unas condiciones sociales y urbanísticas para el desarrollo del cólera asiático que nada tenían que envidiar a los asentamientos de la cuenca del Ganges y sus afluentes, región de donde procedía la enfermedad y donde ésta tenía carácter endémico a lo largo de todo el año. James Jameson, cirujano y secretario de la Junta Médica de la Administración colonial británica en India, en su informe sobre la epidemia de cólera de 1817-1819 en dicho subcontinente, se refería a la insalubridad y al hacinamiento como dos de las causas fundamentales por las que el cólera se pudo propagar en Calcuta con la facilidad que lo hizo: “Much of the sickness of Calcutta was no doubt owing to the general overcrowded state of its population [...] and filth of every sort in many of its most central parts”. Véase: Jameson, James. *Report on the Epidemick [sic] Cholera Morbus as it visited the territories subjecte to the presidency of Bengal in the years 1817, 1818, and 1819*. Calcuta: Government Gazette Press, 1820, p. 108.

¹⁶ Nakens, José. *Cuadros de miseria copiados del natural*. Madrid: Imprenta de Domingo Blanco, 1907, pp. 165-166. (La cita es de un artículo escrito durante la epidemia colérica de 1885 que aparece recogido en la obra de referencia).

aislados, pues toda la fuerza de la epidemia quedó concentrada en los barrios bajos (ver fig. 1.3). Después de causar grandes estragos en el Ensanche sur, siendo sus efectos especialmente devastadores en el barrio de las Peñuelas, el cólera fue extendiéndose de forma tentacular desde las Rondas de Toledo y Segovia a las populares calles de la Paloma, del Amparo, de Mira el Río y de Toledo, ya en el interior de la urbe, donde se generaron focos infecciosos en diversas casas. Con rapidez explosiva, la epidemia se generalizó por toda la zona sur del casco, donde el cólera tomó carta de naturaleza, fijándose en torno a las calles de Segovia y de la Concepción Jerónima la frontera entre la parte de la ciudad más gravemente atacada por la enfermedad y la que lo fue en menor grado.

Los vecinos de los barrios pobres que cayeron enfermos comenzaron a ser trasladados al Hospital Provincial para recibir asistencia. Madrid, a diferencia de otras capitales europeas, no contaba en aquel momento con un hospital exclusivo para coléricos, y, para salir del paso y atender a los invadidos por la epidemia, fue necesario habilitar algunas salas de dicho centro destinadas al tratamiento de dolencias comunes¹⁷. Dado que la concentración en el Hospital Provincial de un gran número de atacados provocó que se formaran algunos focos coléricos en torno a este punto de la urbe¹⁸, el Ayuntamiento se vio obligado a edificar apresuradamente un lazareto para albergar y asistir a los coléricos. Éste se estableció en la zona llamada de Vallehermoso, situada al norte de la población, y recibió el nombre de Casa especial de Socorro de Vallehermoso.

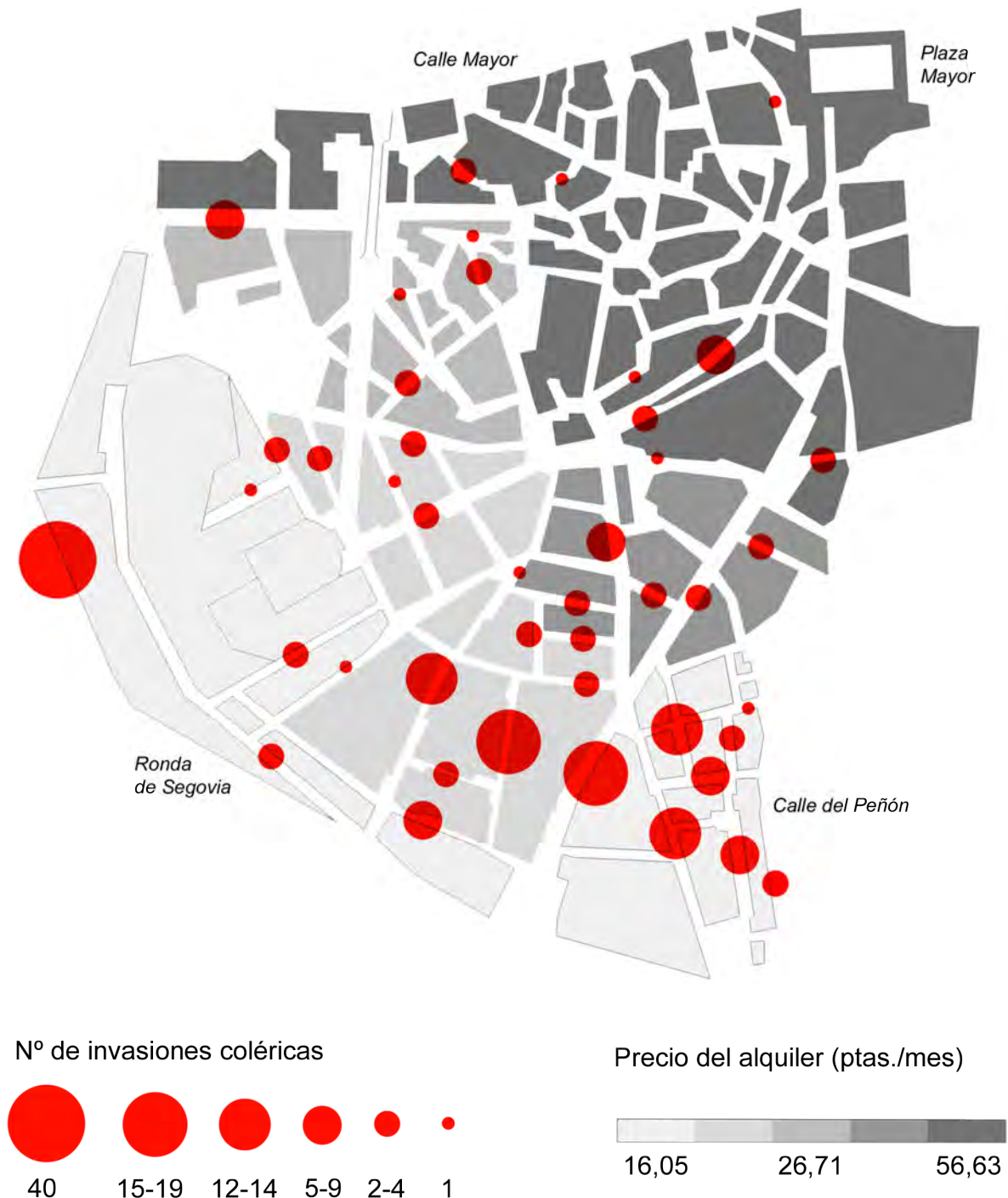
El motivo por el que la Corporación municipal decidió utilizar el título “casa de socorro” en lugar de “hospital” para denominar al nuevo nosocomio, obedecía a que el último vocablo espantaba a la gente común, pues los hospitales, más que como centros de salud, eran percibidos como lugares tétricos por los que uno pasaba antes de ser sepultado en el cementerio. La estrategia pareció tener éxito. Alberto Bosch, alcalde de Madrid en el año del cólera, comentaba en la memoria que redactó acerca de los efectos de la epidemia en la capital: “Con frecuencia he oído que los pobres llaman cariñosamente *hospitalillo* al hospital de Vallehermoso”¹⁹.

¹⁷ La experiencia de la epidemia de cólera morbo que sufrió París en 1832 llevó a establecer en la ciudad del Sena hospitales exclusivos para coléricos, demostrando esta medida sanitaria ser de gran utilidad para detener el progreso de la enfermedad. Véase: Sendrail, Marcel. *Historia cultural de la enfermedad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1983, p. 373; Torrencilla, Victoriano. *Historia de la epidemia del cólera-morbo de París en 1832 y consideraciones generales sobre esta enfermedad*. Madrid: Ibarra Impresor, 1833, p. 114.

¹⁸ Hauser, Philip: *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 312-313.

¹⁹ Bosch, Alberto: *Op. cit.*, p. 37.

Fig. 1.3 Invasiones coléricas registradas en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid durante la epidemia de cólera asiático de 1885*



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Bosch, Alberto. *Memoria de las medidas adoptadas para contener la invasión del cólera en 1885*. Madrid: Imprenta y Litografía Municipal, 1885; AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

* Nota: Esta representación cartográfica ha sido realizada a partir del plano de Madrid de 1906, disponible en: González e Iribas, Álvaro. *Plano de conjunto de la "Guía practica de Madrid"*. Madrid: Lit. Méndez, 1906.

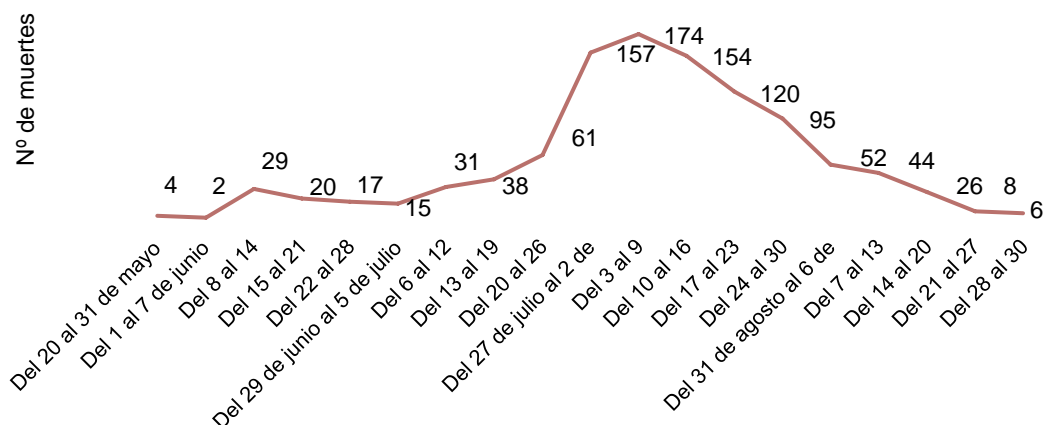


Fig. 1.4 Evolución de las defunciones coléricas acaecidas en Madrid durante la epidemia de cólera asiático de 1885.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Hauser, Philip. *Madrid bajo el punto de vista médico-social*. 2 vols. Madrid: Est. Tip. “Sucesores de Rivadeneyra”, 1902, vol. 2.

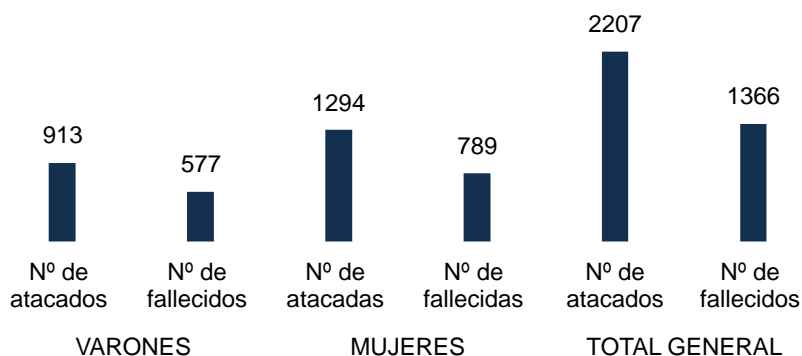


Fig. 1.5 Invasiones y defunciones coléricas ocurridas en Madrid durante la epidemia de cólera asiático de 1885.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Bosch, Alberto. *Memoria de las medidas adoptadas para contener la invasión del cólera en 1885*. Madrid: Imprenta y Litografía Municipal, 1885.

Con la apertura de este establecimiento el 7 de agosto de 1885, Madrid pasó a contar con un hospital destinado al tratamiento de enfermedades infecciosas, cuya existencia tanto se había reclamado hasta entonces²⁰. Pero un único centro hospitalario para coléricos no era

²⁰ El doctor Gaspar Gordillo advertía del grave peligro que suponía la falta de hospitales adecuados para asistir a los epidemizados en Madrid. Apenas un año antes de que el cólera estallase, el citado facultativo escribía lo siguiente: “Hace tiempo que vengo clamando por la necesidad de construir hospitales para epidemias y nadie hace caso. Es una vergüenza lo que ocurre en la capital de España. Si el cólera se declarara, lo que Dios no quiera, ¿a dónde serían conducidos los enfermos que no pudieran estar en sus casas? Donde siempre: a las mazmorras del Hospital Provincial o, cuando más, al Hospital de la

suficiente para atender al creciente numero de invadidos que cada día se declaraban con motivo de la epidemia, ante lo cual, hubieron de establecerse con carácter provisional otras tres casas especiales de socorro en los sectores sur, este y oeste de la ciudad con idéntico fin²¹.

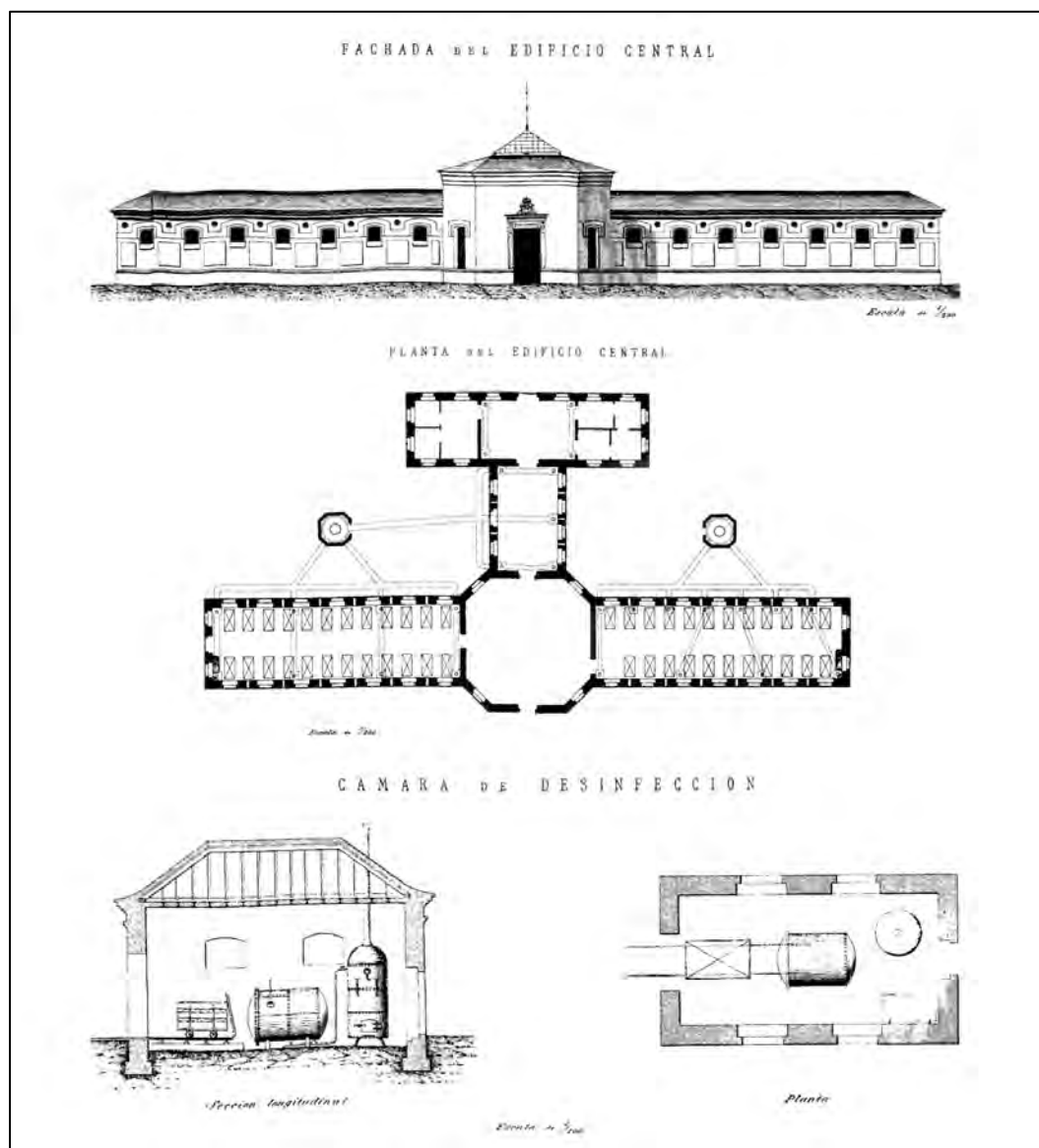


Fig. 1.6 Anónimo. Fachada (arriba), planta (centro) y cámara de desinfección (abajo) del edificio central de la Casa especial de Socorro de Vallehermoso. Dibujo. 1885.

Fuente: Bosch, Alberto. *Memoria de las medidas adoptadas para contener la invasión del cólera en 1885*. Madrid: Imprenta y Litografía Municipal, 1885.

Princesa, para convertir esos edificios en dos focos de infección”. Véase: Gordillo Lozano, Gaspar. *Distracciones anticólericas*. Madrid: Imprenta de E. Saco y Brey, 1884, p. 25.

²¹ *El Imparcial*, 15 de junio de 1885.

1. 2. 1. El otro cólera: la protesta de los comerciantes y el motín de las banderas negras

Aunque los periódicos venían dando cuenta de las invasiones y defunciones coléricas que estaban ocurriendo en la capital desde el primer momento en que se tuvo constancia de las mismas, la declaración oficial de la existencia del cólera en Madrid no se produjo hasta el día 16 de junio de 1885, cuando la *Gaceta de Madrid* publicó una Real orden en la que se anunciaba “como un hecho cierto y oficial la aparición del cólera morbo asiático en la capital”²².

Comerciantes, industriales y propietarios percibieron la declaración oficial del cólera como un atropello contra sus intereses. La experiencia que tenían de situaciones anteriores confirmaba que la declaración de una epidemia por parte de las autoridades se traducían en la inmediata disminución de la actividad comercial e industrial y en la interrupción de los negocios, pues la población, ante el temor de ser atacada por la enfermedad, tendía a abandonar la vida social para recluírse en sus viviendas, cuando no a emprender la huida de la ciudad invadida. Además, el hecho de que la declaración de la epidemia se produjera en junio –uno de los meses en los que más concurrido estaba Madrid, a causa de la llegada de numerosas familias ricas de las provincias del Mediodía de España, particularmente de las andaluzas, que acostumbraban a pasar unos días de esparcimiento en la capital antes de dirigirse a los balnearios y las playas del Cantábrico, con el consiguiente desembolso de importantes cantidades de dinero en los hoteles y en las tiendas de la capital–, suponía un doble perjuicio para los comerciantes e industriales, pues no cabía duda que los visitantes sureños evitarían hacer parada en la urbe epidemiada²³.

Los comerciantes madrileños decidieron entonces emprender una dura campaña de protesta contra la declaración oficial del cólera. Comenzaron a difundir la idea de que dicha declaración era imprudente y carecía de fundamento, puesto que en Valencia el cólera llevaba varios meses causando graves estragos y no se había emitido declaración oficial alguna. Afirmaban también que no estaba claro si los invadidos lo eran de cólera asiático o del llamado *cólico madrileño* (un tipo de acceso intestinal caracterizado por presentar síntomas coleriformes y ser curable), calificando la declaración como un acto de “terrorismo

²² *La Iberia*, 16 de junio de 1885. Se reproduce en portada el contenido de la R. O. publicada en la *Gaceta de Madrid* de la misma fecha.

²³ En un artículo sobre esta cuestión publicado en *El Liberal* del 11 de junio de 1885, se mencionaba que catorce viajeros hospedados en una fonda de la Puerta del Sol salieron precipitadamente de Madrid nada más notar los olores del cloruro de cal que se aplicaba como medida de desinfección contra la propagación del cólera asiático.

epidémico”, pues, según expresaban, ésta no serviría más que para provocar explosiones de miedo en la opinión pública y perjudicar la vida comercial de la ciudad²⁴.

Un día después de que el anuncio oficial del cólera apareciera en la prensa, el Círculo de la Unión Mercantil convocó a sus socios a una junta general extraordinaria para tratar el asunto. A pesar de la celeridad de la convocatoria, la concurrencia fue multitudinaria. El gran salón de la Unión Mercantil, donde acostumbraban a celebrarse las juntas generales de dicha asociación, se hallaba abarrotado, y no existiendo espacio suficiente en él para albergar a todos los socios que acudieron, un buen número de éstos tuvo que seguir el desarrollo de la asamblea apiñado en las salas contiguas. Una vez el presidente de la Sociedad abrió el debate, tomó la palabra el señor Sanz, socio dirigente. Éste pronunció un enérgico discurso para censurar la medida dictada por el Gobierno, que era, según sus palabras, “arbitraria, caprichosa, perjudicial, atentatoria a los más sagrados intereses y hasta inhumana, porque con ella se ha llevado la zozobra al ánimo de gran número de gentes de aquí y de fuera de aquí, las cuales no se hallan en el caso de apreciar la falta de seriedad del Gobierno ni el exceso de miedo de alguno de los ministros”²⁵.

El discurso del señor Sainz fue acogido con entusiastas aplausos por parte del público asistente y la junta decidió, por unanimidad, que el 20 de junio, como muestra de aflicción y rechazo del comercio madrileño, cerrarían todos los establecimientos y tiendas de la capital, conservando media puerta abierta los considerados de primera necesidad. Al mismo tiempo, la Liga de Contribuyentes también convocó a sus miembros a una junta general, llegando éstos al acuerdo de protestar en forma legal contra la decisión de las autoridades²⁶.

Por su parte, los vendedores humildes, en especial los de verduras, hortalizas y frutas de los mercados y puestos callejeros, se mostraron visiblemente disgustados desde el primer instante en que se hizo pública la declaración oficial de la epidemia. La presencia de frutas y verduras en las mesas de los hogares madrileños pasó a reducirse notablemente ante el temor a contraer la enfermedad colérica por su consumo, pues tanto los folletos divulgativos que circulaban entre la población como los sesudos tratados epidemiológicos existentes acerca del cólera asiático, advertían de la facilidad con que los alimentos del reino vegetal podían ser contaminados por el vibrión colérico y transmitir la enfermedad a quien los tomara:

²⁴ *El Liberal*, 17 de junio de 1885.

²⁵ *El Globo*, 18 de junio de 1885.

²⁶ *El Globo*, 20 de junio de 1885.

“Desde el momento que amenaza la invasión colérica y durante su permanencia –decía una guía informativa sobre el cólera publicada en Madrid el mismo año de la epidemia–, se procura que la alimentación sea de buena calidad y proporcionada la cantidad a las necesidades del individuo. [...] Es muy expuesto en época de epidemia comer carnes saladas, legumbres y ensaladas crudas; frutas verdes o pasadas, particularmente las ácidas; melón, sandía, higos, tomates, pimientos, cebollas y calabaza”²⁷.

Los trabajadores cuyo medio de vida dependía del comercio de esta clase de víveres considerados peligrosos se vieron afectados en sumo grado por la declaración oficial de la epidemia, notando rápidamente cómo mermaron las ventas de los vegetales frescos que despachaban²⁸. La situación amenazaba con la ruina de los humildes vendedores, y el malestar generado fue creciendo hasta estallar en manifestaciones y tumultos callejeros el 19 de junio, un día antes de la fecha prevista por los comerciantes para declararse en huelga, desencadenándose un serio conflicto social.

La calle de Toledo se convirtió en el teatro principal de la protesta. Todas las tiendas de esta popular rúa amanecieron el día 19 con crespones negros en sus puertas como señal de duelo, con el fin de preparar el estado de ánimo para la huelga del comercio convocada al día siguiente. Algunos comerciantes dibujaron calaveras en los crespones y escribieron expresivos lemas contra la declaración del cólera en papelones oscuros que colgaron a lo largo de las paredes de la vía. Contemplada desde el Arco de Cofreros, el aspecto de la calle era fúnebre: las telas negras y las bandas de merino que cubrían los escaparates y las entradas a los establecimientos habían conseguido eliminar toda muestra de color que pudiera ser apreciada, envolviendo toda la atmósfera de una lúgubre impresión.

²⁷ De Aquino Jiménez, Tomás. *El Infalible. Método práctico para conocer los síntomas del cólera-morbo asiático y su curación*. Madrid: Celestino Apaolaza Impresor, 1885, p. 25.

²⁸ La alteración del consumo de alimentos frescos en aquellas poblaciones en las que el cólera estallaba en forma de epidemia fue una constante a lo largo del siglo XIX. François Delaporte observó este fenómeno en el caso de la epidemia de cólera de 1832 en París, donde los médicos advertían contra el consumo de frutas, verduras y hortalizas, y las autoridades llegaron a ordenar el cierre de los mercados en los que se despachaban estos productos. Véase: Delaporte, François. *Disease and Civilization: The Cholera in Paris, 1832*. Cambridge, MA: MIT Press, 1989, pp. 67-68. Antonio Fernández, en su trabajo sobre la epidemia de cólera de 1855 en Madrid, también se refiere al rechazo por parte de los consumidores a los populares víveres de la huerta, que pasaron a ser considerados nocivos tan pronto como se declaró la epidemia. Véase: Fernández, Antonio: *Epidemias y sociedad...*, *Op. cit.*



Fig. 1.7 Chusseau-Flaviens, Charles. Verduleras en un puesto callejero frente al Mercado de la Cebada. Fotografía. c. 1905.

Fuente: Archivo fotográfico Ch. Chusseau-Flaviens.

A las diez de la mañana, la calle presentaba un panorama inusual. El tráfico se encontraba medio interrumpido, corrillos de curiosos habían invadido las aceras y la gente iba y venía comentando la acción de los comerciantes y discutiendo en voz alta si había motivo o no para fumigar las habitaciones de los pobres. Entre tanto, en la plaza de la Cebada, las verduleras del mercado allí existente salieron a recorrer las calles aledañas al mercado en son de protesta. Al pasar ante un comercio de tejidos de la calle de Toledo, la marcha de las verduleras se detuvo. Decidieron comprar un paño negro para emplearlo como estandarte, improvisando en el acto una colecta de cinco céntimos por persona para afrontar el pago, a la que se sumó el propio dueño de la tienda rebajando algo el precio de la tela. Media hora después, las verduleras, mostrando lazos negros en el corpiño, avanzaban en bloque por el centro de la calle de Toledo, enarbolando un pendón negro al que habían enganchado un letrero que decía “Espárragos, lechugas y alcachofas contra el cólera”. Del asta del estandarte también colgaron una calavera recortada en papel y algunas verduras, que se tambaleaban burlescamente al paso que seguían las vendedoras.

En ese momento, la espontánea manifestación había crecido bastante, al agregarse a ella la muchedumbre que pululaba por la zona. Las fuerzas policiales del Gobierno Civil se acercaron hasta los manifestantes cuando éstos se encontraban a la altura de la plaza Mayor y les impelieron a disolverse y regresar a sus ocupaciones. Las verduleras, al frente de la marcha, se negaron. Los guardias de orden público respondieron desenvainando los sables y arrebatando a viva fuerza el pendón que lideraba la protesta, provocando a continuación carreras entre la muchedumbre, que acabó por despejar la zona.

Cuando se consiguió restaurar algo la calma, se presentó en el lugar de los hechos el gobernador civil junto con el teniente de alcalde del distrito de La Latina, y, escoltados por algunos oficiales de orden público, recorrieron a pie el primer trecho de la calle de Toledo. Los vecinos y los comerciantes recibieron a las autoridades con fuertes silbidos y gritos de desprecio. Desde una de las tiendas de la calle de San Millán fue arrojado con violencia un cacharro que muy cerca estuvo de alcanzar a la improvisada comitiva, y una verdulera lanzó desde la distancia una lechuga que manchó el traje al teniente de alcalde.

La manifestación volvió a tomar forma al agruparse las verduleras y el resto de personas que se sumaron a ellas por las calles adyacentes a la de Toledo. Después de la represión policial, los ánimos de los protestantes se habían agitado aún más. “¡No hay cólera, que hay hambre!”, gritaba la muchedumbre mientras avanzaba por las calles del casco. Aprovechando la existencia de adoquines sueltos en la calle de Postas con motivo de las obras de empedrado que en ese lugar se estaban realizando, las verduleras, junto con los demás manifestantes, intentaron formar una barricada. Los comerciantes de esa calle echaron el cierre a sus tiendas y varios retenes de orden público se trasladaron hasta allí para impedir que los amotinados consiguieran su objetivo, efectuándose varios arrestos en ese punto.

Un grupo se separó de la multitud en el transcurso de la protesta y se dirigió a la calle Imperial, donde se encontraban las dependencias del Laboratorio Municipal. Al llegar a las puertas de este establecimiento, la turba amenazó con entrar a él y destrozar los frascos de las fumigaciones empleados por el servicio de desinfección que allí se custodiaban, lo que fue impedido por la resistencia que ofrecieron los empleados del Laboratorio que se encontraban dentro y los agentes de vigilancia que rápidamente acudieron al lugar para ahuyentar a los amotinados²⁹.

²⁹ *El Globo*, 20 de junio de 1885.

Poco a poco, la protesta se fue disipando y la circulación volvió a tomar el acostumbrado ritmo, recobrando la zona su vida ordinaria. Sin embargo, la presencia de las fuerzas policiales se mantuvo a lo largo de todo el día, con un piquete formado por treinta guardias civiles enclavado en la plaza de la Cebada y oficiales de orden público en distintos puntos de la calle de Toledo. El balance del motín se saldó con dieciocho detenciones (trece hombres y cinco mujeres). Entre los detenidos había comerciantes, dependientes de comercio, estudiantes, albañiles, trabajadores de distintos oficios y verduleras³⁰.

Al día siguiente se produjo el cierre de comercios que anunció la junta general del Círculo de la Unión Mercantil. La protesta de los comerciantes fue unánime y causó gran impresión entre la población. El comentario que más se escuchaba en las calles era que Madrid sin tiendas parecía un cementerio:

“Inútilmente trataríamos de expresar a quien no haya recorrido ayer las calles de Madrid –decía *El Imparcial*–, el efecto de tristeza que producía ver sustituidos los brillantes escaparates de la industria por los tablones de las puertas. Todo el Madrid que ocupa las plantas bajas de los edificios había así como desaparecido. En los pisos altos donde el resto de los madrileños vive, podían continuar reinando la actividad, la dicha, la alegría; pero allí donde el comercio tiene sus agentes y sus operarios, [...] sólo había duelo, silencio severo e imponente mutismo”³¹.

Caída la tarde, cuando el cielo comenzaba a cubrirse de arreboles, volvieron a producirse manifestaciones públicas y altercados callejeros, pero en esta ocasión la represión contra los que protestaban se efectuó con mayor violencia. Hubo cargas de caballería para despejar a la muchedumbre que se hallaba frente a la fachada principal del Ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol, y las calles contiguas a este punto fueron tomadas por la Guardia Civil, siguiendo la misma táctica que solía emplearse cuando se advertían grandes desordenes³².

Corrió la sangre. Las casas de socorro tuvieron que atender a numerosos heridos de arma de fuego, sablazos y contusiones, varios de ellos de gravedad, y dos jóvenes artesanos

³⁰ Reconstrucción de los acontecimientos a partir de los artículos de prensa publicados en: *El Imparcial*, 20 de junio de 1885; *El Resumen*, 20 de junio de 1885; *El Día*, 20 de junio de 1885; *El Globo*, 20 de junio de 1885; *La Época*, 20 de junio de 1885.

³¹ *El Imparcial*, 21 de junio de 1885.

³² *La República*, 21 de junio de 1885.



Fig. 1.8 Anónimo. Ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. Fotografía. c. 1890.

Fuente: Sección de fotografías de Madrid del portal web Urbanity. En esta imagen puede distinguirse una compañía de caballería avanzando por la calzada.

murieron a consecuencia de las balas que disparó la guarnición. Los cadáveres quedaron tendidos sobre las losas de la calle de Tetuán y el director del Depósito de Cadáveres, que casualmente pasaba por allí, hizo el reconocimiento de los mismos³³.

La opinión pública censuró duramente la respuesta que las autoridades políticas dieron a la manifestación. Los órganos de prensa alineados con el Gobierno conservador pasaron de puntillas sobre los trágicos acontecimientos, mientras que los periódicos liberales de la oposición no dudaron en afirmar que lo sucedido fue una verdadera tropelía:

“Con las medidas de anoche –se leía en *El Día* en su número de la jornada posterior a los hechos–, con las descargas que se ordenaron a la fuerza pública, con la ocupación militar de los puntos estratégicos por las tropas de guarnición,

³³ *La Época*, 21 de junio de 1885; *El Día*, 21 de junio de 1885.

parecía que se trataba de combatir un gravísimo movimiento revolucionario, cuando lo más que hubo fue un insignificante alboroto”³⁴.

Resulta interesante observar que, aun cuando la protesta contra la decisión del Gobierno de declarar la epidemia colérica en Madrid fue promovida por los comerciantes, no fueron solo éstos los que se manifestaron durante las jornadas del 19 y del 20 de junio. A pesar de que el ala anarquista del movimiento obrero madrileño no simpatizó con la protesta del comercio, recibéndola con indiferencia y tachándola de “conducta egoísta”, por entender que los comerciantes solo se movilizaban en aquellos momentos en los que “como ahora, se ataca directamente a su bolsillo”³⁵, la masa de la protesta callejera no la constituyeron los comerciantes, sino las clases populares. Así lo demuestra el hecho de que solo una minoría de los heridos y detenidos que se produjeron durante los tumultos pertenecieran al comercio³⁶.

La acción promovida por los comerciantes contra una decisión oficial que, aparentemente, solo dañaba los intereses de éstos, sirvió para movilizar a un amplio y heterogéneo sector de la sociedad madrileña. En este sentido, cabría distinguir dos movimientos distintos en las jornadas de protesta: por un lado, el cierre de tiendas como muestra de disconformidad y oposición de los comerciantes ante una decisión tomada por las autoridades que les perjudicaba de un modo directo; por otro lado, el levantamiento popular, que ponía de relieve la existencia de un malestar previo entre los gobernados, el cual afloró ante la coyuntura que abrió el estallido de la epidemia. Una crisis política parecía abrirse en el horizonte; mientras tanto, el cólera continuaba su avance, sembrando de cadáveres la ciudad³⁷.

³⁴ *El Día*, 21 de junio de 1885. Un relato detallado de los acontecimientos del 20 de junio puede leerse en: Fernández Sanz, Juan José. *El cólera de 1885 en España*. Madrid: UCM, 1989, p. 39 y ss.

³⁵ *Bandera Social. Semanario anárquico-colectivista*, 21 de junio de 1885.

³⁶ La relación de heridos que ingresaron en las casas de socorro de los distritos del Centro y de la Audiencia y en el Hospital Provincial, fue la siguiente: un cadáver sin identificar (se trataba de un joven que vestía blusa); José Rey Pérez, herido de sable en la parte posterior derecha, jornalero; Juan Bautista Amador, herido de un balazo, mozo de billar; Teodoro Santo Domingo, herido de arma de fuego en la pierna izquierda, panadero; Ignacio Villaciervo Fernández, herido de arma de fuego en el cuello, cabritero; Baldomero Córdoba, herido de arma de fuego en la pierna, empleado; Manuel Fernández, contusiones en la cabeza y hombros, cerrajero. Véase: *El Día*, 21 de junio de 1885.

³⁷ Sobre los efectos políticos de la protesta de los comerciantes, véase: Fernández, Antonio. *Op. cit.*, pp. 197-206.

1. 2. 2. El terror azul

Durante los primeros días de julio se produjeron varias invasiones en el barrio de la Prosperidad y en los alrededores del Hipódromo, donde el cólera produjo algunas víctimas entre las familias adineradas que allí residían³⁸. Aunque estos casos podían considerarse anecdóticos frente al elevado número de muertes registradas a diario en los distritos proletarios de la población, la propagación del pánico adquirió mayor intensidad aún que la de la propia enfermedad, y las clases pudientes, amedrentadas por la posibilidad de sucumbir ante el cólera, pusieron pies en polvorosa tan pronto como pudieron. “Para toda esta semana –informaba el diario *El Globo* en un artículo dedicado a lo que aún se calificaba de “enfermedad sospechosa”– están tomadas las berlinas y *sleeping cars* del expreso del Norte, y los trenes-correos y coches a los pueblos de la sierra salen todos los días completamente llenos”³⁹.

No se trataba de la tradicional emigración veraniega que las familias pudientes realizaban cada año para pasar la estación de los calores en París, en las playas norteñas o – las fortunas de menor rango– en las pintorescas pedanías de la Sierra del Guadarrama: la gente rica huía atemorizada de Madrid ante el avance del cólera. El director del diario *El Imparcial*, José Ortega y Munilla, se refirió al terror que la epidemia colérica producía a la sociedad en los términos siguientes:

“El cólera es una epidemia para el cuerpo y para el alma. Mata y aterra. Más allá del límite de sus estragos llega el pavor que produce, y a las poblaciones infestadas les rodea una fúnebre aureola”⁴⁰.

³⁸ Hauser, Philip. *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, p. 313.

³⁹ *El Globo*, 13 de junio de 1885. La huida de las clases adineradas de los centros urbanos atacados por el cólera fue un fenómeno que se repitió a lo largo de todo el siglo XIX. En 1832, durante la epidemia colérica que afectó al Reino Unido, se registraron numerosos casos de familias pudientes escapando de las poblaciones más afectadas por la enfermedad, como Bliston, en el norte de Inglaterra, y Dumfries, en Escocia. Véase: Watts, Sheldon. *Epidemics and History: Disease, Power and Imperialism*. New Haven, CT: Yale University Press, 1997, p. 173. Lo mismo sucedió en América durante la epidemia de cólera que asedió varias ciudades de la Costa Este en 1832. A finales de junio de dicho año, prácticamente todo aquel que disponía de medios de fortuna había abandonado Nueva York. Véase: Rosenberg, Charles E. *The Cholera Years...*, *op. cit.*, p. 28.

⁴⁰ *El Imparcial*, 6 de julio de 1885. En *El Liberal* del 11 de junio de 1885 se daba cuenta de una solicitud de la Compañía del Ferrocarril del Norte pidiendo que se permitiera a dicha empresa establecer otros dos expresos diarios (además de los que operaban regularmente), sin duda por el aumento de la demanda de billetes para escapar de Madrid.

No era de extrañar que el cólera desatara el pánico entre la población. La *enfermedad azul* –así llamada por la característica cianosis que el cólera asiático provocaba en los invadidos– podía matar a una persona en cuestión de horas, habiéndose registrado casos de atacados en plena calle que habían sucumbido *ipso facto* ante el horror de los transeúntes que contemplaban la escena⁴¹; los relatos que circulaban sobre las anteriores ocasiones en que la ciudad había sido invadida por la epidemia eran tremendos y, aun cuando existía una considerable probabilidad de sobrevivir a la invasión (el cólera mataba aproximadamente al 60 % de los invadidos⁴²), el cuadro sintomatológico que presentaba la enfermedad resultaba aterrador.

Así se desprende del relato de Tomás de Aquino y Jiménez, un madrileño que fue víctima del cólera en cuatro ocasiones diferentes a lo largo de su vida y autor de uno de los muchos folletos informativos sobre el cólera morbo asiático que se publicaron en la capital con ocasión de la epidemia de 1885. En dicha publicación De Aquino y Jiménez explicaba con gran detalle, basándose en su propia experiencia, el proceso que seguía la enfermedad una vez atacaba a un individuo. Después de referir los primeros síntomas característicos del cólera –calor repentino en la cabeza, molestias estomacales, calambres dolorosos en la espalda, supresión de la orina y, sobre todo, vómitos y diarrea con copos blanquecinos–, el autor pasaba a describir el momento de plenitud de la enfermedad:

“[Hasta ese momento] se conservan las facultades intelectuales sin perturbación alguna; pero cuando el enfermo se encuentra en el periodo álgido, se dibuja en el semblante la gravedad de su estado. La cara aparece alargada y lívida, los ojos hundidos con un círculo azul oscuro más pronunciado que al empezar la enfermedad, disminuye la vista, se apaga la voz, la nariz se pone afilada, la lengua seca y fría, se siente una sed abrasadora, se contrae el sistema muscular y la piel de todo el cuerpo se pone azulada, más notablemente en las extremidades; amenazando detenerse la circulación de la sangre, las mandíbulas se desencajan algunas veces”⁴³.

⁴¹ *El Liberal* del 11 de junio de 1885 daba cuenta de un suceso estremecedor: un infeliz anciano que bajaba por la calle de Carretas, cayó desvanecido en mitad de la acera. Tan pronto como se apercibieron del hecho los transeúntes, se alejaron de él rápidamente y emprendieron la huida “con el mismo temor que de Vico en *La Peste de Otranto*”, pues sospechaban que el desfallecimiento hubiera sido causado por el cólera.

⁴² En Madrid, durante la epidemia de 1885, fallecieron el 61,89 % de los atacados. Véase: Bosch, Alberto. *Op. cit.*, p. 82.

⁴³ De Aquino Jiménez, Tomás. *Op. cit.*, pp. 14-15.



Fig. 1.9 Anónimo. *Joven veneciana, de 23 años de edad, retratada antes y después de contraer el cólera asiático*. Grabado coloreado. c. 1850.

Fuente: Wellcome Library, London Iconographic Collections. N.º de ref.: ICV nº 10741.

Añadía el superviviente que, la primera vez que padeció el cólera morbo, “éste se desarrolló con tanta rapidez que a las ocho horas había pasado al periodo álgido”⁴⁴.

El terror social que generaba el cólera dejó su huella en el lenguaje. La prensa y los escritores acuñaron un sinnúmero de epítetos, a cual más espeluznante, para designar la enfermedad colérica, si bien el propio nombre con que la ciencia médica había bautizado dicho mal no era menos pavoroso. *Azote del Ganges, mal del Ganges, monstruo del Ganges, huésped del Ganges, exterminador del Ganges, terrible azote, mortal azote, espantoso huésped, cruel visita, gran muerte negra...* Tales eran los términos creados a lo largo del siglo del cólera, con los que la población acostumbraba a referirse a esta catastrófica enfermedad. El doctor Gaspar Gordillo, en un libro que publicó cuando la epidemia empezaba a causar estragos en el Mediodía de Francia e Italia, sin que se hubiera desatado aún en Madrid, hacía la siguiente reflexión en torno a este hecho:

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 30.

“El miedo que infundió a las gentes ese lenguaje metafórico, hizo un destrozo horrible en aquella generación supersticiosa, y ejerce todavía una presión bien marcada sobre la presente. Yo estoy seguro que nuestros sucesores han de reírse grandemente de nosotros, cuando se aperciban del miedo cerval que tuvimos al cólera, como se estarán riendo los asiáticos que residan en Europa y estén acostumbrados a ver coléricos en su país”⁴⁵.

El miedo que provocaba el cólera indiano se convirtió en el principal tema de conversación en Madrid durante el verano de 1885. La gente consultaba los periódicos en busca de información acerca del avance de la epidemia y sobre las precauciones que habían de tomarse para precaverse del mal. Pero lo cierto es que poco podía decirse sobre una enfermedad cuya etiología era desconocida para la ciencia⁴⁶. Aunque las investigaciones basadas en el microscopio y en el cultivo de microorganismos aislados, realizadas por Filippo Pacini en 1854⁴⁷ y por Robert Koch en 1883-84⁴⁸, ya habían conseguido identificar el vibrión colérico como la bacteria causante de la enfermedad, aún no se había establecido un consenso científico en torno a este problema y existían tantas opiniones acerca del origen y desarrollo de esta aflicción como expertos en la materia. Sobre todo, lo que no existía era un sistema curativo del cólera y medios enteramente eficaces para evitar su propagación. Esta incertidumbre contribuía en buena medida a aumentar el pánico general que producía la enfermedad. “Pregúntesele a cualquiera –decía Gaspar Gordillo– por qué tiene miedo, y no sabrá decirlo. [...] La enfermedad más terrible no es el cólera, es el miedo. A medida que el

⁴⁵ Gordillo Lozano, Gaspar. *Op. cit.*, p. 7.

⁴⁶ El desconocimiento existente acerca del cólera alentó la publicación de un sinnúmero de obras de vulgarización acerca de esta enfermedad durante el transcurso de la epidemia en la capital española, las cuales, sin embargo, no esclarecían nada. Una publicación humorística madrileña se refería a este fenómeno de la siguiente manera: “¡Cuidado que han salido teorías y folletos parlantes para explicar a las personas profanas las causas del cólera y la manera de combatirlo! [...] «¿Qué es el cólera? —pregunta un caballero particular en el prefacio de un folleto. El cólera —se contesta él mismo— es una epidemia cuyo origen es desconocido. ¿Cuáles son las causas? —y se contesta— Varias. ¿Cuál fue su pasado; cuál es su presente; cuál será su porvenir? En esta parte —continúa— nada podemos decir, nada sabemos; todas son tinieblas. Se observa en las enfermedades contagiosas cierta propensión extraña a propagarse». [...] Y el que esto dice ó escribe, se queda tan fresco, después de lanzar al mundo tan importante revelación”. Véase: *Madrid Cómico*, 22 de agosto de 1885, p. 3.

⁴⁷ Bentivoglio, Marina y Pacini, Paolo. “Flippo Pacini: A Determined Observer”. *Brain Research Bulletin* 38.2 (1995):161-165.

⁴⁸ Howard-Jones, Norman. “Robert Koch and the Cholera Vibrio: A Centenary”. *British Medical Journal* 288 (1984): 379-381.

miedo va desapareciendo de Europa, el cólera va siendo menos temible”⁴⁹.

Por fortuna, la gravedad de la epidemia en Madrid fue mucho menor que en el resto de las provincias españolas sobre las que el cólera desplegó sus negras alas, y la primera reacción de huida de la ciudad fue seguida por el efecto opuesto: la capital se convirtió en centro de refugio de la emigración procedente de los puntos fuertemente epidemiados. A medida que la epidemia se iba propagando por el territorio peninsular, el número de desplazados que arribaban a Madrid aumentaba. Comenzaron a llegar así, primero, evacuados de las localidades invadidas de la cuenca del Segura y del Turia; más tarde, de la región de Murcia y de los pueblos cercanos a Madrid, sobre todo de Ciempozuelos y Aranjuez; y, finalmente, de Zaragoza, en cuya provincia el cólera se mostró especialmente mortífero, presentando, junto con Teruel y Valencia, la tasa de mortalidad epidémica más alta de España⁵⁰.

La causa de que el cólera atacara la zona norte de Madrid se debió justamente a la llegada de un nuevo y nutrido contingente de segadores levantinos a las inmediaciones de la población. Conociendo los antecedentes existentes, la Alcaldía-Presidencia ordenó a los guardias de consumos que vigilaran las lindes de la ciudad e impidieran la entrada de los segadores en el casco urbano, disponiéndose que éstos fueran concentrados en campamentos fuera del término municipal, en un espacio que se estableció al nordeste de la urbe, cercano a Tetuán de las Victorias. Pero de nada sirvieron las disposiciones dictadas por las autoridades municipales: a los pocos días, los referidos barrios del norte de Madrid ya mostraban síntomas de haber sido atacados por el cólera⁵¹.

⁴⁹ Gordillo Lozano, Gaspar. *Op. cit.*, p. 5. El fenómeno de la psicosis colectiva desatada por el cólera y la huida de Madrid de los aristócratas y las familias adineradas en general, fue estudiado por Juan José Fernández Sanz en su tesis doctoral, en la que se dedican unas páginas al análisis de esta cuestión. Véase: Fernández Sanz, Juan José. *Op. cit.*, p. 297 y ss.

⁵⁰ *El Imparcial*, 23 de julio de 1885. José Jimeno Agius también se refirió en su estudio de 1886 a la llegada a Madrid de fugitivos de las poblaciones epidemiadas. Después de comentar el fenómeno de huida que suele producirse en las ciudades atacadas por el cólera, observaba que “en algunas [ciudades] ocurre precisamente lo contrario, como sucedió en Madrid, en donde se refugiaron el año pasado numerosas familias procedentes de todas las provincias invadidas”. Véase: Jimeno Agius, José. *Op. cit.*, p. 47. Algunos de los que huyeron de Madrid al comienzo de la epidemia, regresaron al poco tiempo a la capital por el mismo motivo: “Las personas escogidas comienzan a regresar a la corte, porque han visto que el cólera no respeta ni aun aquellas localidades donde se habían refugiado nuestros elegantes de ambos sexos”. Véase: *Madrid Cómico*, 22 de agosto de 1885, p. 2.

⁵¹ Hauser, Philip. *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, p. 313.

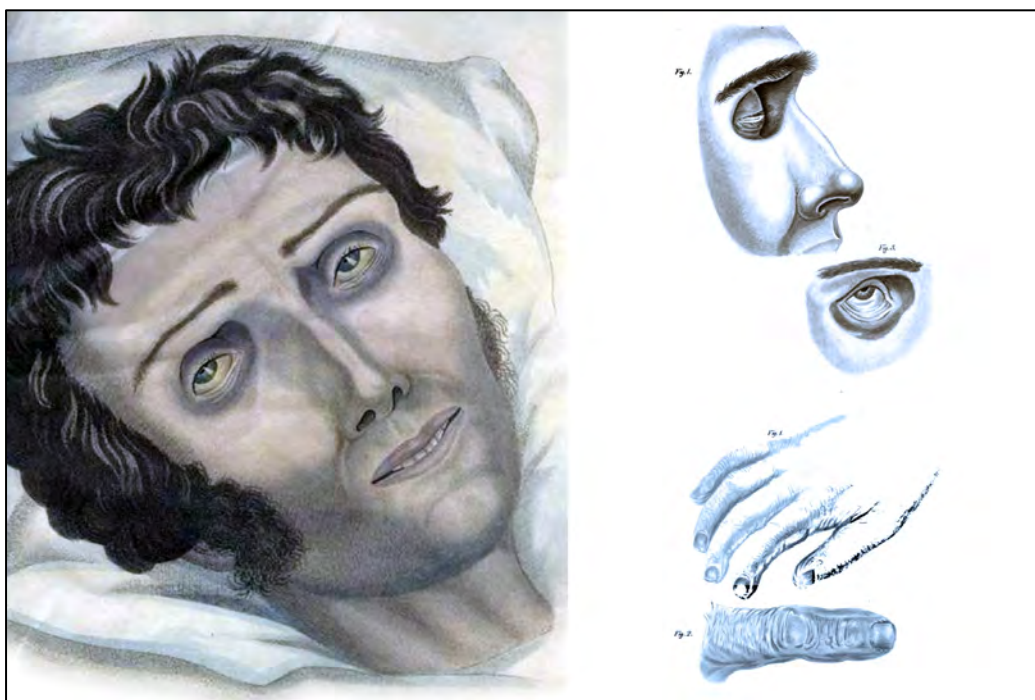


Fig. 1.10 Anónimo. Retrato de un colérico (izquierda) y detalle de la cianosis y la demacración producida por la enfermedad en las cuencas de los ojos y en las falanges de los dedos de la mano (derecha). Dibujo a color. 1831.

Fuente: Froriep, Robert Friedrich. *Die Symptome der asiatischen Cholera, im Nov. und Dec. 1831 zu Berlin abgebildet und beschrieben*. Weimar: Im Verlage des Landes-Industrie Comptoirs, 1832.

A pesar de que el mes de julio presentó unas condiciones climáticas favorables al desarrollo del contagio y a la expansión del cólera –tormentas frecuentes, lluvia abundante, grandes calores–, la epidemia no llegó a revestir toda la gravedad que se temía. El número de invasiones que se produjeron por término medio durante las tres primeras semanas de julio se situó alrededor de diez, salvo un día excepcional que llegó a diecinueve⁵². Sin embargo, a partir de los últimos días del citado mes, la epidemia experimentó un fuerte recrudecimiento y, durante el mes de agosto, el número de óbitos fue casi cinco veces superior al de julio (ver fig. 1.4). En cualquier caso, la mortandad causada por el cólera en Madrid durante esta fase continuó siendo inferior con relación a la que presentaron las provincias españolas más afligidas.

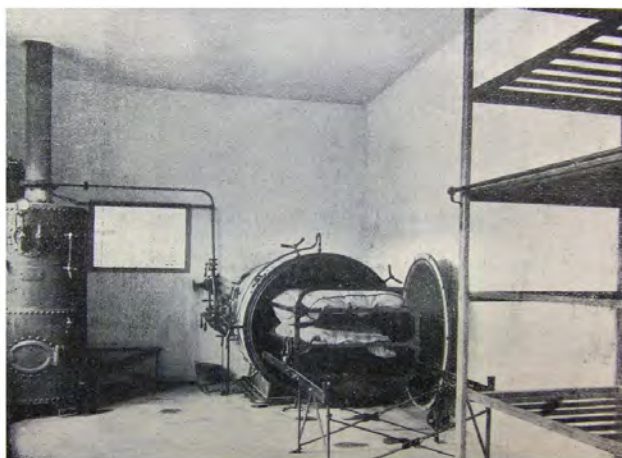
⁵² *El Imparcial*, 23 de julio de 1885. El artículo en que se ofrecen las cifras alude a la posible ocultación de invasiones que, según denunciaban algunos, se estaba produciendo en Madrid. Frente a la posibilidad de que dicha ocultación se tradujera en la reducción del número de coléricos, el citado artículo decía lo siguiente: “Hay un dato sobre el cual no caben ocultaciones de ningún género, y es la cifra de los enterramientos, porque a los cadáveres no se los puede hacer desaparecer. Y comparada la estadística de los sepelios de este año con las anteriores, en los mismos meses, se advierte un aumento de cinco a seis, por término medio, en las veinticuatro horas”.

1. 2. 3. *Si vis pacem, para bellum*. El plan de defensa contra el cólera

El conjunto de medidas preventivas, recursos movilizados e infraestructuras sanitarias que el municipio puso en marcha para luchar contra la epidemia de cólera de 1885 supuso un importante paso hacia la creación de un sistema de salud en Madrid. El retorno del cólera a la capital, donde no se había conocido una invasión a causa de este mal desde 1865, y la tragedia que generó, tanto por el número de víctimas como por el pánico desencadenado, estimuló a la clase médica, a los publicistas de la higiene, a las autoridades políticas y a la sociedad civil en general –si bien se mostraron ciertas resistencias por parte de algunos sectores ante la adopción de determinadas medidas higiénicas, como veremos más adelante– a establecer un verdadero sistema sanitario en la ciudad, que permitiera proporcionar los servicios médicos necesarios a la población y hacer frente con eficacia a las crisis epidémicas que pudieran suceder en el porvenir.

Dentro de la campaña contra la epidemia colérica que desplegaron las autoridades sanitarias, cabe destacar la movilización del cuerpo de médicos para realizar visitas de reconocimiento a los coléricos pobres e indigentes. El objetivo de dicha medida no se reducía a auxiliar y proporcionar tratamiento terapéutico a los invadidos sin recursos, sino también a vigilar los cuartos en los que éstos vivían para dar orden a la autoridad municipal de desalojarlos cuando fuere preciso, evitando de este modo que la enfermedad se propagase por el resto de las casas y se formaran nuevos focos epidémicos. Esta estrategia de doble inspección fue concebida por las autoridades sanitarias como una idea genial, “cuyos beneficios han de ser de notoria evidencia –decía un escrito de la comisión sanitaria nombrada por la Diputación Provincial–, no solo por lo que se refiere a prevenir los efectos de la epidemia que nos ocupa, sino también como preliminar para sentar las bases de un sistema general de higiene, tan necesario en nuestro país”⁵³.

⁵³ *Dictamen de la comisión especial nombrada por la Excma. Diputación Provincial de Madrid en sesión extraordinaria de 28 de julio de 1884 para proponer la adopción de medidas sanitarias a fin de precaver o aminorar los efectos de una invasión colérica*. Madrid: Escuela Tipográfica del Hospicio, 1884, p. 4. Segismundo Moret publicó en *El Imparcial* un interesantísimo trabajo sobre el cólera en Madrid bajo el título *Historia de tres epidemias*, en el que defendía con entusiasmo este sistema de inspección sanitario-administrativa como un medio eficaz para combatir la propagación de la epidemia: “No basta desinfectar la casa de un colérico, quemar su lecho y sus pobres ropas, arrojar ingredientes químicos por las alcantarillas y llenar las escaleras y patios del acre olor del cloruro y del ácido fénico. Esto es bueno; esto es necesario y merece completo aplauso, pero no basta. [...] Hay, ante todo, que hacer visitar los barrios y las casas por los médicos, como se hace en Londres constantemente, como se hizo en París el año pasado y como principia a practicarse, aun sin temor a epidemias, en muchos estados de Alemania. El médico es el consejo, la advertencia, la previsión y además el inteligente inspector de la autoridad para ponerla en guardia contra lo que



Figs. 1.11 y 1.12 Anónimo. Operario del Servicio de Desinfección Municipal de Madrid (izquierda) y estufa esterilizadora utilizada por dicha institución (derecha). Fotografía. c. 1900.

Fuente: Chicote, César. *El servicio municipal de la desinfección en Madrid*. Madrid: T. Osácar, 1901.

Todas las casas de los barrios pobres del casco antiguo y del Ensanche sur en las que se produjeron defunciones de carácter sospechoso fueron desalojadas tras la orden facultativa pertinente, para ser picadas y blanqueadas con una mezcla de ácido mercúrico, desde las buhardillas hasta los sótanos, y, en casos extremos, cerradas permanentemente⁵⁴.

Junto con la implantación del programa de inspección médico-administrativa, el Ayuntamiento creó a finales de 1884, como parte de las medidas de precaución adoptadas por la autoridad municipal antes de que el cólera estallara en Madrid, un servicio de desinfección, que operó a gran escala en la capital durante los meses que duró la invasión colérica. La organización de dicho servicio fue encomendada al Laboratorio Químico y Micrográfico Municipal, una institución sanitaria de reciente creación –su fundación tuvo

principia a indicarse, el centinela que le permite acudir rápidamente a los sitios donde se inicia o se reproduce el ataque”. Véase: Moret, Segismundo. “Historia de tres epidemias”. *El Imparcial*, 28 de junio de 1885.

⁵⁴ *El Imparcial*, 12 de junio de 1885. Ese fue, sin duda, el caso de la casa número ocho de la calle de la Chopa recogido en el informe de la comisión de la Junta de Sanidad de 1891 que citábamos arriba.

lugar en 1877⁵⁵–, la cual, si bien ya había realizado algunas operaciones puntuales de desinfección, como la campaña de antisepsia de los cementerios de 1882⁵⁶, tuvo que crear una estructura de nueva planta para poner en práctica la desinfección masiva de todas las zonas infectadas. El Laboratorio Municipal se convirtió así en una de las primeras instituciones de su clase en establecer un servicio público de desinfección urbana en Europa, puesto que el de Berlín data de 1885 y el de París de 1888, siendo con el de Madrid los más antiguos del continente⁵⁷.

La desinfección por medio de agentes físicos y químicos era considerada por la ciencia higienista de finales del siglo XIX como el método más eficaz para prevenir y combatir las enfermedades epidémicas. El farmacéutico Fausto Garagarza, director del Laboratorio Municipal desde 1880 hasta 1896, en la memoria que elevó a la Alcaldía-Presidencia para dar cuenta de la actividad del servicio de desinfección en Madrid durante la epidemia colérica, recogía el dictamen de un congreso médico celebrado en agosto de 1885 en Amberes, el cual establecía que:

“La desinfección metódica destruye los focos infecciosos e impide la propagación de los gérmenes por las acciones telúricas”, recomendando la práctica de la desinfección general a todas las poblaciones que se vieran en peligro de ser atacadas por el cólera o por cualquier mal de carácter epidémico como método de profilaxis y contención de su propagación⁵⁸.

Los recursos con que contaba el servicio de desinfección en sus primeros tiempos de existencia eran muy primitivos. Para atender las solicitudes de fumigación que realizaba el vecindario, se formaron brigadas de desinfección con los mangueros de la villa y los operarios del servicio de limpieza y del ramo de arbolados, y se instaló en las dependencias

⁵⁵ Cobo Cobo, Josefa y Puerto Sarmiento, Francisco Javier. “El Laboratorio Municipal de Madrid en el último tercio del siglo XIX”. *Dynamis: Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque. Historiam Illustrandam* 3 (1983): 149-172, p. 152.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 158.

⁵⁷ Chicote, Cesar. *El servicio municipal de la desinfección...*, *op. cit.*, p. 7. En los Estados Unidos, la desinfección como medio profiláctico para luchar contra las enfermedades epidémicas llevaba ya tiempo funcionando. La ciudad de Nueva York creó un servicio de desinfección municipal en 1866, con motivo de la epidemia de cólera que estalló ese año. Véase: Rosenberg, Charles E.: “Cholera in Nineteenth-century Europe: A Tool for Social and Economic Analysis”. *Comparative Studies in Society and History* 8.4 (1966): 452-463, p. 462.

⁵⁸ Informe sobre las operaciones de desinfección elevado a la Alcaldía-Presidencia por Fausto Garagarza, director del Laboratorio Municipal. Recogido en: Bosch, Alberto. *Op. cit.*, p. 35.

del hospitalillo de Vallehermoso una estufa a vapor bajo presión, sistema Le Blanc, destinada a la esterilización de ropas, sábanas, colchones y demás enseres pertenecientes a los invadidos. El material utilizado por los desinfectores consistía en cubetas para transportar las soluciones desinfectantes, regaderas, aparatos pulverizadores, cepillos de baldeo, cilindros de palastro para la inmersión de ropas en soluciones de bicloruro de mercurio y cazuelas para quemar azufre⁵⁹.

Tales eran los medios con que contaba el servicio de desinfección del Laboratorio Municipal para hacer frente a la epidemia de cólera cuando ésta se desató en el verano de 1885. Fue necesario entonces sacar el máximo partido de tan rudimentarios elementos para la lucha anticolérica. Las autoridades sanitarias ordenaron establecer estaciones desinfectantes en puntos estratégicos de la ciudad y aumentar el personal destinado a las cuadrillas de desinfección para poder dar servicio a la creciente demanda. Todas las casas de socorro (a excepción de las de los distritos del Centro y de Audiencia, que quedaron sujetas al propio Laboratorio por su proximidad), Tenencias de Alcaldía y puestos de bomberos de Madrid se dotaron de depósitos de desinfectantes en cantidad suficiente para atender las peticiones y se asignaron cuadrillas de desinfectores a su servicio, las cuales estaban formadas por un capataz mangüero y dos o tres barrenderos, preparadas para actuar tanto durante el día como durante la noche. Unos quinientos operarios, todos ellos capataces, mangüeros y jornaleros del servicio de limpiezas, llegaron a emplearse en los trabajos de desinfección durante el tiempo que duró la epidemia⁶⁰. Esta organización permitió crear una red de desinfección capaz de prestar servicio a todos los barrios, calles e inmuebles atacados por el cólera, además de ejecutar el saneamiento del alcantarillado, los urinarios públicos, las letrinas, las atarjeas y los pozos negros cuya desinfección fue ordenada por las autoridades municipales tan pronto como se hizo oficial la declaración del cólera.

El procedimiento empleado por el servicio de desinfección para atender las solicitudes de esterilización que recibía era el siguiente: cada vez que las autoridades, la prensa o los vecinos de alguna casa daban aviso de la aparición de un foco colérico o insalubre en algún punto de la ciudad, la brigada sanitaria que tuviese asignada la zona donde se hubiera presentado dicho foco se desplazaba hasta él para iniciar la operación de desinfección. Las piezas ocupadas por los coléricos eran fumigadas, primero, con ácido sulfuroso, con cloro y, en ocasiones, con vapores nitrosos, para pasar a continuación a irrigar las paredes, el techo y el suelo de los cuartos con cloruro mercurio. El resto de espacios de

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 30.

⁶⁰ *Ibíd.*

las viviendas atacadas eran fumigadas con ácido fénico y saneadas mediante la emanación lenta de cloro por medio de la lechada de hipoclorito y de vapores rojos producidos por ácido nítrico y cobre.

En cuanto a las desinfecciones masivas de los barrios invadidos, éstas se llevaban a cabo de noche. Un grupo de desinfectores, compuesto por seis brigadas sanitarias (unos dieciocho operarios en total), se trasladaba hasta la zona atacada transportando el material de desinfección en galeras. Una vez allí, recorrían todas las calles, las cloacas y los patios de las casas en que hubiera existido algún foco infeccioso, limpiando con ácido clorhídrico e hipoclorito de cal y haciendo hogueras en varios puntos de la zona afectada para quemar flor de azufre y nitro, cuya combustión permitía llenar la atmósfera de vapores de gas sulfuroso.

La buena disposición de las estaciones de desinfección, situadas en enclaves estratégicos del plano urbano, permitía acudir al sitio donde se reclamaban los trabajos de antisepsia en cuestión de minutos. De acuerdo con los datos ofrecidos por Fausto Garagarza, a lo largo de los meses que duró la epidemia llegaron a practicarse en Madrid cerca de 30.000 operaciones de desinfección⁶¹.

1. 2. 4. “¿Nos quieren matar con polvos como a las chinches!”. La resistencia del vecindario a la desinfección

Los desinfectores municipales recorrían las calles, los centros de recreo, las casas particulares, los establecimientos públicos y la red de alcantarillado urbano fumigando con pulverizadoras cargadas de soluciones químicas y quemando azufre y nitro. Tales procedimientos y materiales empleados para la esterilización no podían sino resultar incómodos al vecindario, sobre todo a la parte de éste que más sufría los estragos de la epidemia y que, en consecuencia, más expuesta estaba a recibir las visitas de las cuadrillas de fumigadores. Las molestias provocadas por la ejecución de los trabajos de antisepsia, que dejaban en las casas y en las calles desinfectadas un desagradable olor a sulfuro, cloro y ácido fénico, el cual podía permanecer en el ambiente durante varias semanas, se tradujeron

⁶¹ *Ibíd.* *El Imparcial* informaba en su edición del 15 de junio de 1885 de la realización de cincuenta y siete operaciones de desinfección en un solo día. Teniendo en cuenta que en esa fecha todavía no se había declarado oficialmente la existencia del cólera en Madrid y que el número de invasiones y defunciones no era aún especialmente elevado, no parece que la cifra ofrecida por el señor Garagarza sea inexacta.

en la ocultación de las invasiones coléricas a los inspectores sanitarios, intentando evitar con ello las contrariedades que conllevaba la desinfección:

“A pesar de los consejos de las autoridades –decía Fausto Garagarza en su citado informe–, ha sido difícil vencer las preocupaciones de algunos que, obstinados en rechazar todo auxilio facultativo, permanecieron en el más lamentable silencio, pereciendo víctimas de su abandono, siendo además causa de la aparición de nuevos focos que rápidamente tomaron proporciones alarmantes. El temor al aislamiento y la necesidad imperiosa de evacuar habitaciones insalubres por el hacinamiento de las gentes ha sido otra de las causas de la ocultación de invasiones entre los menesterosos”⁶².

Los habitantes de las barriadas populares sometidas a la fumigación masiva no veían esta práctica con buenos ojos. Philip Hauser observaba con aire jocoso que, tras la actuación de las brigadas sanitarias, a los vecinos de los barrios afectados les daba la impresión de que las operaciones de antisepsia no servían más que para transformar el olor del ambiente, que pasaba de ser el habitual de letrinas y basura al extraño perfume de los materiales químicos utilizados por los desinfectores⁶³.

Es fácil comprender el malestar que estas operaciones causaban entre el vecindario de los sectores más atacados por el cólera, cuyo malestar no tardó en traducirse en una hostilidad abierta hacia las brigadas sanitarias, llegando a producirse varios alborotos y enfrentamientos violentos contra los operarios del servicio de desinfección y los agentes de vigilancia que les acompañaban en sus misiones:

“Va haciéndose cada vez más difícil –se leía en las páginas de *El Siglo Futuro*– la desinfección que están llevando a cabo las autoridades gubernativas de esta corte. Los habitantes de los barrios bajos se oponen a que se rocíen sus viviendas con cloruro de cal y demás desinfectantes, y apenas ven acercarse a sus moradas los carros cargados de estos ingredientes, los acogen con silbas y protestas y dicen que no quieren *polvos* ni que se les *apeste* con ellos”⁶⁴.

⁶² Bosch, Alberto. *Op. cit.*, p. 28.

⁶³ Hauser, Philip. *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, p. 317.

⁶⁴ *El Siglo Futuro*, 18 de junio de 1885.



Fig. 1.13 Anónimo. Operarios del Servicio de Desinfección Municipal de Madrid con uno de los sacos empleados para la recogida de enseres domésticos contaminados. Fotografía. c. 1900.

Fuente: Chicote, Cesar: *El servicio municipal de la desinfección en Madrid* Madrid, T. Osácar, 1901.

Cuando en la tarde del 11 de junio de 1885 las cuadrillas de desinfectores llegaron al barrio de las Peñuelas con la misión de desinfectar, casa por casa y cuarto por cuarto, el barrio entero, se encontraron con la tenaz oposición del vecindario, que amenazó con amotinarse para impedir que la brigada sanitaria realizase la operación. Los vecinos acabaron por abandonar su tenaz oposición para permitir la entrada de las cuadrillas, y de ocho a diez de la noche “se encendieron hogueras de azufre en todas las calles y patios de las casas”, siendo todos los cuartos existentes en la barriada fumigados por completo. Mas mientras esto sucedía, “los habitantes de las Peñuelas no dejaban de protestar contra los desinfectores”, expresando su radical oposición a la fumigación⁶⁵.

Pocos días después se produjo una situación parecida en la Ronda de Segovia. El Laboratorio Municipal recibió noticia de la existencia de un enfermo sospechoso en la casa número siete de dicha Ronda y una de sus brigadas se desplazó hasta allí, con el fin de

⁶⁵ *El Imparcial*, 12 de junio de 1885.

proceder a la fumigación del inmueble. Ante el temor de que volvieran a producirse incidentes por la resistencia del vecindario a la desinfección, las autoridades dispusieron que la cuadrilla del Laboratorio fuera acompañada por algunos agentes de policía. Tan pronto como el equipo hizo aparición en el lugar, los vecinos del inmueble se amotinaron e impidieron que los fumigadores accedieran a él. Comenzó entonces un gran alboroto, que terminó con un fumigador herido por una pedrada y la retirada de los desinfectores y los guardias ante la imposibilidad de efectuar los trabajos de desinfección⁶⁶. Dos días después, dieciséis vecinos de la casa fueron detenidos por el inspector de policía del distrito, siendo trasladados posteriormente a las dependencias policiales⁶⁷.

Pero el incidente más destacable de cuantos se produjeron a causa de la oposición a la desinfección por parte de las clases populares tuvo lugar en el mercado enclavado en la plazuela de San Ildefonso, en la jornada del 17 de junio de 1885. Un día antes, el Gobierno había hecho pública la declaración oficial de la epidemia de cólera en Madrid y el ambiente estaba cargado de tensión, a causa de la oposición a dicha declaración por parte de los comerciantes y los vendedores. Fue en los mercados donde más se notó la excitación, pues tras emitir las autoridades la declaración oficial del cólera, el precio de la arroba de carne subió nueve reales y algunos artículos de primera necesidad no llegaron a las plazas de mercado⁶⁸.

De este asunto se estaba discutiendo en el mercado de San Ildefonso, cuando, hacia la una de la tarde, algunos vendedores observaron que por una calle inmediata a la plazuela subía una brigada de desinfectores con un carro cargado de sacos de material desinfectante, bombonas de ácido fénico y varios aparatos pulverizadores. Tan pronto como la cuadrilla llegó a la puerta del mercado, las verduleras dejaron de anunciar los víveres de la huerta que vendían en sus cajones, para pasar a exclamar a grandes voces: “¡El cólera, el cólera! ¿Quién quiere el cólera?”⁶⁹. Todo el mercado se concentró a la entrada del mismo, y la gente que pululaba por los alrededores, alertada ante el tumulto que empezaba a formarse, se acercó expectante al lugar. El capataz de los fumigadores quiso explicar que tenían la orden de desinfectar el mercado, pero los gritos de las verduleras le impedían hacerse oír. “¡Que se lo echen al gobernador!”; “¡Eso es para matar a los pobres!”; “¡Nos quieren matar con polvos

⁶⁶ *El Liberal*, 20 de junio de 1885.

⁶⁷ *El Día*, 22 de junio de 1885.

⁶⁸ *El Siglo Futuro*, 18 de junio de 1885.

⁶⁹ *Ibíd.*

como a las chinches!"; "¡Aquí no entran!", gritaba la muchedumbre a coro y cada vez más enfurecida.

Los vendedores comenzaron a cerrar los puestos y los desinfectores, al verse apabullados y aislados, hubieron de huir en busca del respaldo de los agentes de vigilancia. A los pocos minutos se presentó un retén de orden público en la plazuela de San Ildefonso para apoyar a la cuadrilla, pero unos y otros fueron nuevamente rechazados por los vendedores sublevados, que cerraron todas las puertas del mercado y se encerraron dentro, dispuestos a impedir la fumigación a toda costa. Desde fuera, a través de las rendijas de los portones del edificio, se podía distinguir a los vendedores de ambos sexos en estado de alerta, preparándose para la defensa.

Los guardias dieron aviso a la comisaría del distrito y el inspector jefe de la misma se desplazó hasta el lugar del motín. En cuanto notaron su presencia, los vendedores le dieron la bienvenida con una silba espantosa. Después de varios intentos para lograr conversar con el administrador del mercado, el inspector jefe logró transmitir a éste que el Gobierno Civil había ordenado la desinfección del recinto y era necesario realizar la operación. El administrador respondió que ya se habían tomado medidas higiénicas destinadas a proteger aquel espacio y que los vendedores se oponían a las fumigaciones durante las horas dedicadas a la venta, puesto que algunas personas se retraían de concurrir a comprar por las molestias que causaban los trabajos de esterilización. El inspector jefe ordenó finalmente aplazar la desinfección y que la brigada sanitaria se retirase del lugar. Cuando el carro de la cuadrilla se puso en movimiento, los vendedores salieron de su encierro para reanudar la actividad, despidiendo a los fumigadores y a los guardias con una ruidosa cencerrada. A última hora de la tarde, cuando el mercado se hallaba casi desierto, regresó el carro con los desinfectores, y, escoltados por varios agentes, procedieron a fumigar la instalación⁷⁰.

El creciente descontento entre las clases humildes comenzó a extenderse por todos los rincones de la urbe. Desinfectar las casas de los pobres para que siguieran viviendo en ellas bajo las mismas condiciones de insalubridad y desnudez, más que una medida de higiene, parecía una broma de mal género. La protesta contra las medidas de desinfección revelaba de este modo el malestar social existente entre las clases menesterosas por la escasez de recursos que padecían. En uno de los numerosos conatos de motín que se generaron durante los días que duró la epidemia, concretamente en el ocurrido en el parador

⁷⁰ Reconstrucción de los acontecimientos a partir de los artículos de prensa publicados en: *La Época*, 18 de junio de 1885; *El Liberal*, 18 de junio de 1885; *El Imparcial*, 18 de junio de 1885; *El Siglo Futuro*, 18 de junio de 1885.

de Santa Casilda, establecido en las afueras de la población, la multitud se opuso enérgicamente a los trabajos de desinfección que las autoridades sanitarias había dispuesto practicar, al grito de “¡queremos pan!”⁷¹. Acerca de este asunto se publicó un artículo en el periódico *La Iberia*, en el que se leía:

“La verdadera epidemia de Madrid es el hambre. [...] La relación detallada de los atacados demuestra que esos casos sospechosos no los padecen sino los que comen mal o no comen. [...] Pensar que esas pobres gentes pueden vivir, cuando si comen algo son hortalizas lacias y frutas verdes o podridas, es una crueldad. No hacen falta epidemias, ni cólera, ni enfermedades de ninguna clase para matar a esas pobres gentes: para matarlas basta la miseria que padecen y el hambre que sufren”⁷².

Por su parte, algunos médicos se pusieron del lado de las clases populares en su oposición a la desinfección, cuestionando la verdadera eficacia de este método para combatir el bacilo colérico y advirtiendo de los peligros que los productos antipestilentes podían acarrear para la salud del vecindario. El ilustrado médico Gaspar Gordillo Lozano explicaba en uno de sus trabajos que:

“De no manejar [los desinfectantes volátiles] con cuidado y precauciones, no solo son capaces de matar los microbios, sino también los *macrobios* que se pongan a su alcance. Por otro lado, ¿quién es capaz de responder que estos gases llenen todos los rincones y escondrijos que pueda haber en una habitación donde se oculten los microbios? Fumíguese cuanto se quiera en una habitación infestada de chinches con estos gases, y no será posible acabar con los gérmenes de estos animalitos; ¿y se quiere acabar con los otros que no se ven? Lo dudo”⁷³.

El doctor Gordillo defendía como método preventivo contra el desencadenamiento de la epidemia colérica la aplicación de un plan a medio plazo para mejorar las condiciones de vida de las clases populares:

⁷¹ *El Imparcial*, 17 de junio de 1885.

⁷² *La Iberia*, 15 de junio de 1885.

⁷³ Gordillo Lozano, Gaspar. *Op. cit.*, p. 27.

“Demostrado como está que el 50 por 100 de las víctimas causadas por el cólera pertenecen a la clase menesterosa, cuya alimentación suele ser insuficiente y sus habitaciones faltas de espacio, de luz y de ventilación, debe la sociedad (en la cual incluyo a Gobierno y gobernados) tratar por todos los medios de remediar esos inconvenientes”⁷⁴.



Fig. 1.14 Anuncio publicitario de un producto desinfectante contra el cólera. Impreso en periódico. 1885.

Fuente: *El Imparcial*, 7 de agosto de 1885.

La actitud hacia la desinfección fue diferente por parte de unos sectores de la población y otros. Las clases medias y privilegiadas, además de mostrarse receptivas a las operaciones de desinfección, compraban productos antisépticos caseros para emplearlos en sus hogares como medio de profilaxis contra el cólera. En un artículo publicado en *El Imparcial* del 18 de junio de 1885, se observaba que “en los barrios altos de Madrid, no solo reclaman del Ayuntamiento los desinfectantes, sino que los mismos vecinos los adquieren para sanear sus habitaciones”.

Si lo que se perseguía era combatir el morbo colérico y las epidemias que periódicamente provocaba, era necesario actuar, no solo en el ámbito científico, sino sobre todo en el terreno social, donde se encontraban enraizadas las condiciones que permitían que la enfermedad se desarrollara con total libertad. Según defendía Gordillo Lozano, era crucial tomar una serie de medidas encaminadas a mejorar las condiciones generales de vida de la población, tales como eliminar el impuesto de consumos para que bajara el precio del pan – principal alimento de las familias trabajadoras –, impedir la adulteración de los comestibles, aumentar la cuantía de los jornales, derribar las habitaciones insalubres para sustituirlas por viviendas con buena ventilación e iluminación, mantener las calles en óptimas condiciones de salubridad, etc. De esta manera, “habrá quedado el cólera reducido a la condición de una enfermedad ordinaria, que en ocasiones atacará a muchos individuos a la vez, no lo dudo ni lo niego, pero que matará a pocos”⁷⁵.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 30.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 35.

Mas las medidas que proponía el doctor Gordillo no fueron contempladas por la Corporación municipal en su estrategia para combatir la epidemia, y las autoridades centraron toda la fuerza de la campaña anticolérica en las operaciones de fumigación. A pesar de los recelos que mostraban algunos higienistas acerca de la eficacia que podía tener esta forma de desinfección como medio para eliminar el vibrión colérico, y de las grandes protestas que su aplicación levantó en los barrios populares, las operaciones de desinfección química continuaron realizándose sistemáticamente durante los meses que duró la epidemia.

Resulta interesante observar que el análisis comparativo de las ciudades que sufrieron catástrofes epidémicas durante el siglo XIX demuestra que la aparición de tensiones sociales y motines populares, lejos de representar un fenómeno excepcional, constituye la norma general: toda crisis epidémica antecede la aparición de un cataclismo social. Encontramos así las matanzas de frailes culpados por la muchedumbre de envenenar el agua de Madrid durante la epidemia colérica de 1834⁷⁶; la conmoción producida por la creencia de las clases populares parisinas de que la epidemia de cólera asiático que estalló en dicha ciudad en 1832 atendía a un plan criminal desarrollado por el Gobierno para exterminar a los obreros parados⁷⁷; los graves disturbios producidos en Liverpool durante la epidemia de cólera de 1832, al acusar la población a los médicos de estar trasladando a los coléricos pobres al hospital para asesinarlos y utilizar sus cuerpos como modelos con los que practicar la disección anatómica⁷⁸; o el linchamiento de oficiales sanitarios y policías en el suburbio hamburgués de Sankt Pauli, cuando éstos se disponían a ejecutar labores de desinfección contra la propagación del cólera en 1893⁷⁹.

La similitud y repetición de esta clase de acontecimientos en épocas y regiones diferentes, indica que el cóctel de desconcierto, malestar y pavor que las epidemias causaban entre la población se traducían en una necesidad irresistible de identificar a un culpable. La frustración generada por lo infructuoso de dicha búsqueda no podía sino originar levantamientos, tensiones políticas y desmanes de toda clase, además de provocar la aparición de un estado de pánico colectivo, por el cual podían explicarse determinados comportamientos, como las revueltas callejeras sin objetivos claros ni definidos o la huida

⁷⁶ Fernández, Antonio. *Epidemias y sociedad... op. cit.*, p. 30.

⁷⁷ Delaporte, François. *Op. cit.*, p. 48.

⁷⁸ Burrell, Sean y Gill, Geoffrey. "The Liverpool Cholera Epidemic of 1832 and Anatomical Dissection: Medical Mistrust and Civil Unrest". *Journal of the History of Medicine & Allied Sciences*, vol. 60, nº 4, 2005, pp. 478-498; Evans, Richard J. "Epidemics and Revolutions: Cholera in Nineteenth-century Europe". *Past and Present*, nº 120, 1988, pp. 123-146.

⁷⁹ "Cholera Riot in Hamburg. Sanitary Officers Again Attacked by a Mob". *The New York Times*, 11 de octubre de 1893.

en masa de las familias adineradas de la ciudad por el miedo a la infección, que no cabrían en una situación normal socialmente hablando.

1. 2. 5. El balance de la epidemia

De las cuatro invasiones coléricas que sufrió Madrid a lo largo del siglo XIX, la del verano de 1885 fue la menos destructora: se prolongó durante 133 días, desde el 20 de mayo hasta el 30 de septiembre, y causó un total de 1.366 defunciones (0,34 muertes por cada 100 habitantes)⁸⁰. Las anteriores epidemias de 1834, 1855 y 1865, provocaron 4.939, 3.707 y 2.875 muertes respectivamente⁸¹. Es decir, el embate de 1885 solo causó el 10,5 % de las muertes producidas por cólera morbo asiático en Madrid durante el siglo XIX, mostrándose la curva de mortalidad colérica durante dicho siglo claramente decreciente (ver fig. 1.15).

Para algunos higienistas como Philip Hauser, la causa principal de la relativa benignidad de la epidemia de 1885 se encontraba en la mejora que experimentó el sistema de saneamiento de Madrid desde la década de 1850. La construcción del Canal del Lozoya hizo posible, no solo el abastecimiento de aguas a una población que no dejaba de crecer, sino la construcción de una red de alcantarillado en la urbe, que pronto demostró ser un elemento crucial para el mantenimiento del buen estado de la higiene urbana. El mejoramiento del sistema de pavimento de las calles y el derribo de las tapias que cercaban Madrid, junto con la construcción del Ensanche, supuso también un progreso importante en el terreno de la salubridad pública con relación a la situación que presentaba la ciudad en momentos anteriores⁸².

⁸⁰ Bosch, Alberto. *Op. cit.*, p. 82. La cifra de defunciones coléricas producidas en Madrid que figura en el informe publicado por la Dirección General de Beneficencia, es de 1.054. Véase: Dirección General de Beneficencia y Sanidad. *Resumen general de las invasiones y defunciones por causa de cólera ocurridas en España durante el año de 1885*. Madrid: Imprenta Nacional, 1886, p. 27. La disparidad de cifras se debe a que el informe del alcalde-presidente Alberto Bosch incluye, en el número total de defunciones, las muertes sospechosas de ser coléricas que ocurrieron en la capital durante los meses que duró la epidemia; y también a que en el informe de la Dirección General de Beneficencia se toma como fecha de inicio de la epidemia el 4 de junio, en lugar del 20 de mayo, por lo que las muertes coléricas ocurridas en esos días no son contabilizadas en la estadística.

⁸¹ Hauser, Philip. *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, p. 319.

⁸² *Ibíd.*, p. 323.

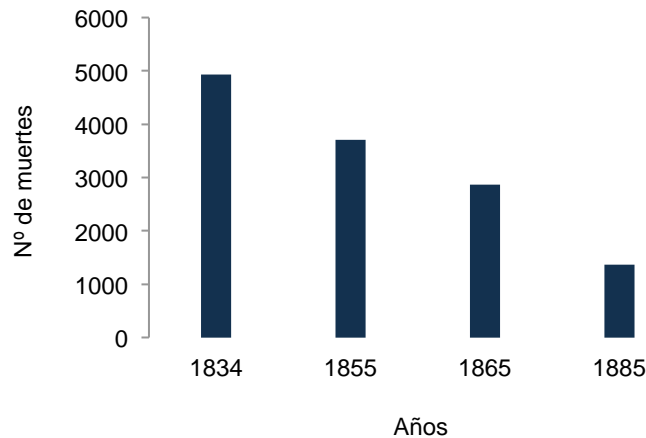


Fig. 1.15 Defunciones coléricas acaecidas en las cuatro epidemias de cólera asiático que sufrió Madrid durante el siglo XIX.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Hauser, Philip. *Madrid bajo el punto de vista médico-social*. 2 vols. Madrid: Est. Tip. “Sucesores de Rivadeneyra”, 1902, vol. 2.

A estas causas de índole ambiental, cabría añadir otras de tipo biológico para explicar el descenso de la mortalidad colérica durante el siglo XIX, como el desarrollo de un cierto grado de inmunidad entre la población después de las tres experiencias coléricas anteriores y la posibilidad de que la epidemia de 1885 hubiera sido producida por un biotipo de *Vibrio Cholerae* menos agresivo. Este conjunto de elementos ayudaría a comprender por qué la invasión de 1885 fue la menos mortífera de todas las que sufrió Madrid en el siglo del cólera.

Si comparamos las cifras de mortalidad colérica de Madrid con las del resto de poblaciones españolas que se vieron invadidas por el cólera asiático de 1885, observamos igualmente que el paso de la epidemia por la capital no fue tan devastador como lo fue en otros puntos del país. La provincia de Madrid alcanzó un índice de mortalidad epidémica del 5,98 por cada 1.000 habitantes (las provincias más castigadas, como Zaragoza, Valencia o Teruel, presentaron índices del 31,92 ‰, 31,82 ‰ y 28,74 ‰, respectivamente), y de las 3.559 defunciones a causa del cólera producidas en toda la provincia, tan solo el 38,38 % de éstas tuvieron lugar en la ciudad de Madrid, cuya tasa global de mortalidad epidémica fue del 3,40 ‰. Se pone así de relieve que el cólera causaba un mayor número de muertes en el mundo rural que en el urbano, ya que en Madrid, una población de varios centenares de miles de habitantes, este morbo produjo poco más de un tercio del total de la mortalidad colérica producida en toda su provincia. Algunos expertos explicaban este fenómeno por la mayor higiene de los habitantes de la ciudad frente a los del campo, por los mejores medios

sanitarios existentes en el medio urbano y por la mayor información sobre la prevención anticolérica que circulaba entre sus habitantes⁸³.

Ahora bien, si analizamos la mortalidad colérica por distritos, encontramos una fuerte disparidad entre ellos. Los que más sufrieron los estragos de la epidemia (La Latina e Inclusa), obtuvieron unos índices similares a los que presentaron las zonas de España más afligidas por el cólera asiático, mientras que aquellos distritos en los que la epidemia no se desató con tanta violencia alcanzaron unos porcentajes moderados, semejantes en algún caso a los de las provincias del Noroeste de la península donde la epidemia apenas se hizo notar (ver fig. 1.19). En último término, estas cifras revelan la desigualdad socioeconómica existente entre los distintos barrios de Madrid. No era casualidad que el cólera se cebara en los espacios más degradados, compuestos por un vecindario mayoritariamente pobre, pues allí la epidemia no hacía sino exacerbar las elevadas cifras de mortalidad y morbilidad que se registraban habitualmente. Del mismo modo, en los barrios acomodados, donde se disfrutaba de una mejor situación socio-sanitaria, el cólera causó menos estragos.

Por otro lado, la epidemia de cólera asiático también tuvo graves efectos sobre la cifra de nacimientos que se registraron en Madrid durante el año epidémico. La curva de la natalidad experimentó un notable bajón en 1885-86, debido sin duda al impacto de la invasión colérica. Mientras que en el bienio 1883-84 nacieron 32.401 niños de ambos sexos, en 1885-86 nacieron 31.283, y el número anual de nacimientos no rebasó los 16.000, no retornando a una tasa de natalidad similar a la existente con anterioridad a la epidemia hasta 1888. En otras palabras, la epidemia de cólera provocó que dejaran de nacer 1.118 criaturas que, en un año regular, habrían visto la luz. Pero si seguimos el rastro de la línea de natalidad y atendemos a lo que sucede a partir de 1886, vemos que en 1890 vuelve a descender bruscamente el número de nacimientos, como consecuencia de otras dos epidemias de gripe y de viruela, al igual que había sucedido en los años 1880 y 1881 por el recrudecimiento de la morbilidad durante ese bienio (ver fig. 1.16).

Salta a la vista el carácter cíclico de las epidemias en el Madrid de finales del siglo XIX, cuyo impacto sobre la mortalidad y sobre la natalidad operaba como un dique de contención que impedía el crecimiento demográfico de la ciudad mediante sus propios recursos, quedando dicho crecimiento condicionado a la llegada de los efectivos aportados por la inmigración procedente de las provincias rurales.

⁸³ Jimeno Agius, José. *Op. cit.*, p. 48.

No cabía duda de que Madrid aún tenía un largo camino por recorrer en la lucha contra la insalubridad, la enfermedad y la mortalidad. El cólera no volvió a presentarse en forma de epidemia después del verano de 1885, pero la capital no dejó de sufrir embates epidémicos causados por otros morbos no menos crueles, y las condiciones de vida, así como la tasa de morbilidad y mortalidad, no conocerían una mejora palpable hasta pasados varios decenios.

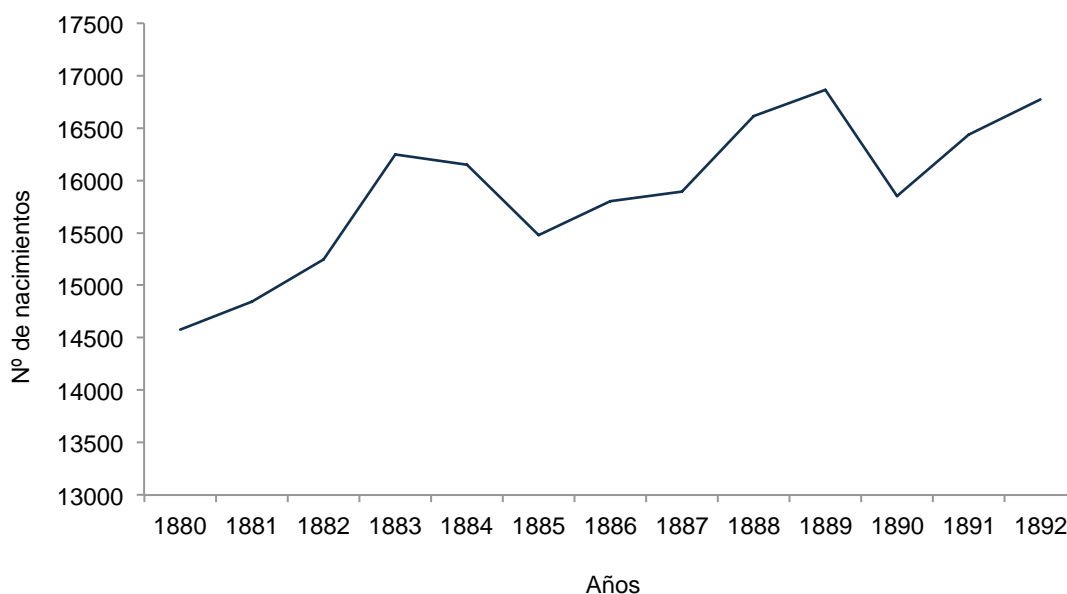
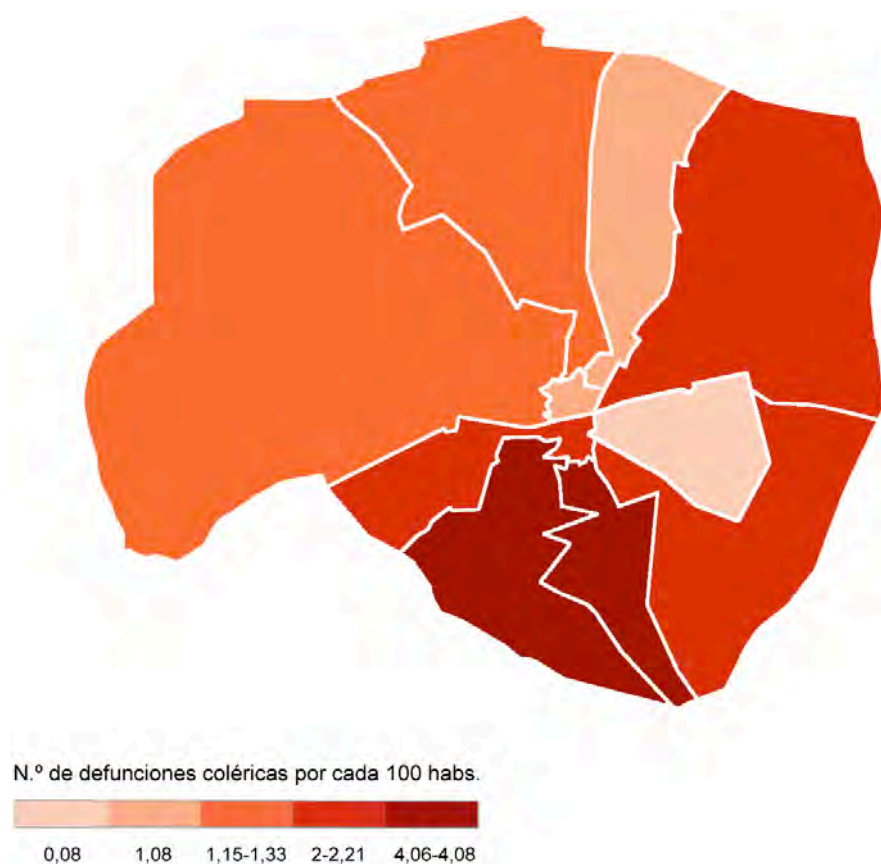


Fig. 1.16 Evolución de la cifra de nacimientos producidos en Madrid durante los años 1880-1892.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: para los años 1880-1885: Jiménez López, Julio. *Demografía sanitaria. Madrid-España. Movimiento de población en nacimiento y defunciones*. Madrid: Est. Tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”, 1889; para los años 1886-1892: Instituto Geográfico y Estadístico. *Movimiento de la población de España. Septenio de 1886-92*. Madrid: Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1895.

Fig. 1.17 Defunciones coléricas por cada 100 habitantes producidas en los diez distritos de Madrid durante la epidemia de cólera asiático de 1885*



* *Nota:* Esta representación cartográfica ha sido realizada con arreglo a la división administrativa de Madrid de 1863, en vigor hasta 1902.

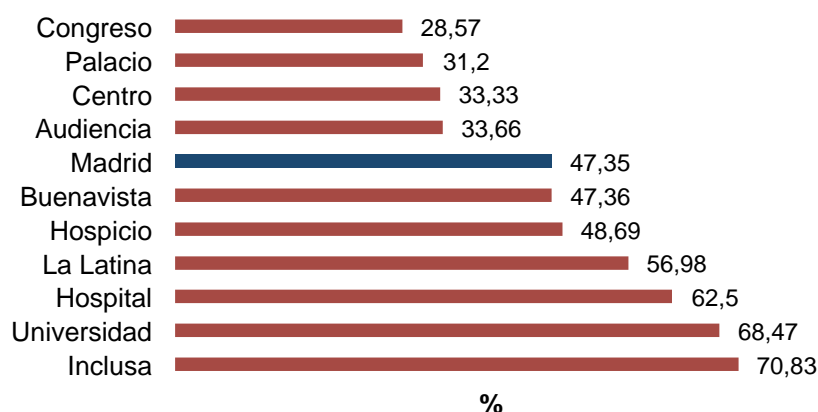


Fig. 1.18 Porcentaje de calles invadidas por el cólera en Madrid y en sus diez distritos durante la epidemia de cólera asiático de 1885.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Bosch, Alberto. *Memoria de las medidas adoptadas para contener la invasión del cólera en 1885*. Madrid: Imprenta y Litografía Municipal, 1885.

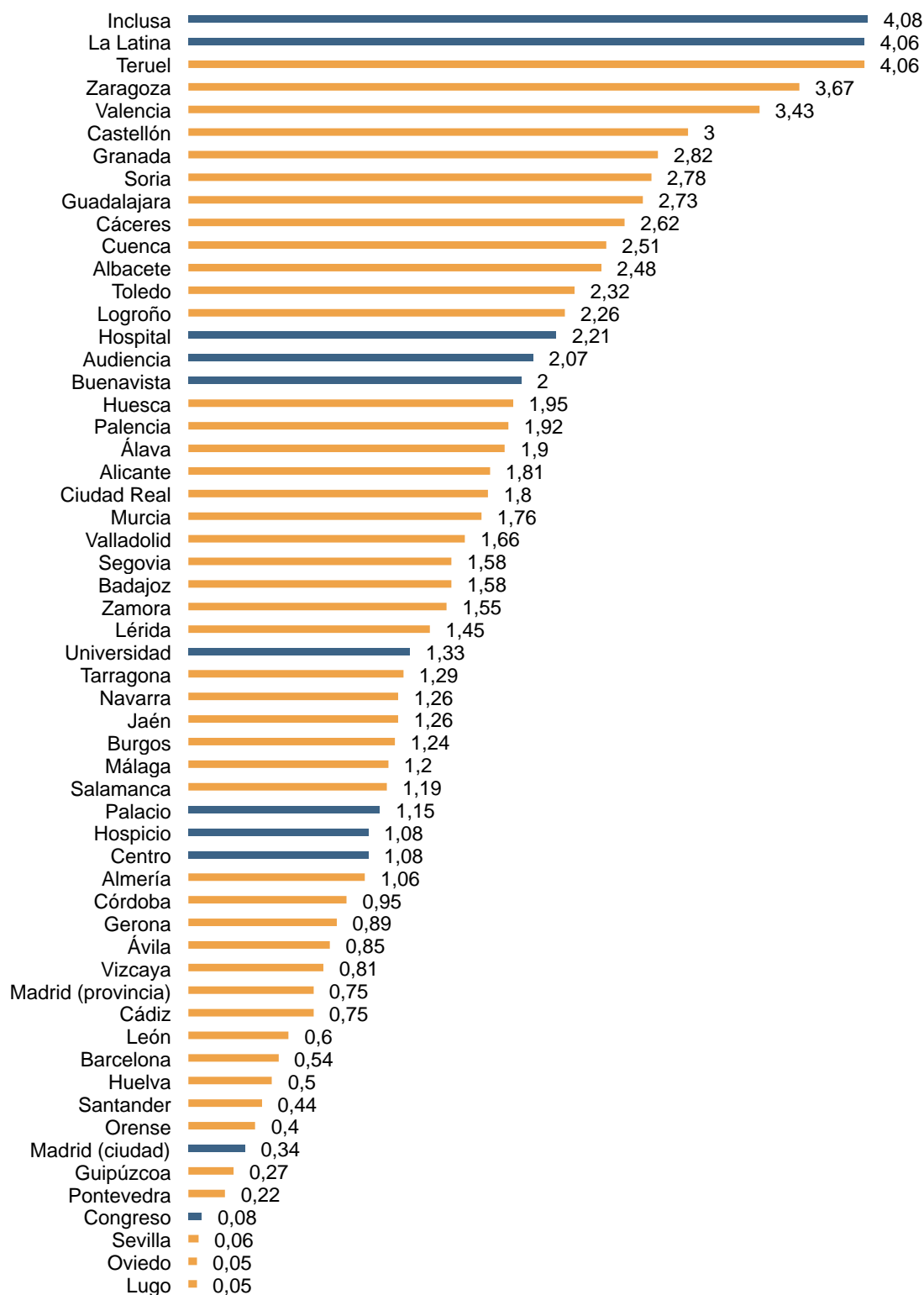


Fig. 1.19 Número de defunciones coléricas por cada 100 habitantes producidas en las provincias españolas, en la ciudad de Madrid y en los diez distritos de ésta durante la epidemia de cólera asiático de 1885.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Jimeno Agius, José. *El Cólera en España durante el año 1885*. Madrid: Est. Tip. de El Correo, 1886; y Bosch, Alberto. *Memoria de las medidas adoptadas para contener la invasión del cólera en 1885*. Madrid: Imprenta y Litografía Municipal, 1885.

1. 3. Una plaga monstruosa: la epidemia de viruela de 1890-91

La invasión colérica de 1885 no fue sino la primera de la serie de graves epidemias que asediaron al Madrid finisecular. Apenas habían pasado cuatro años desde que el *huésped del Ganges* fuera exterminado –si bien su amenazadora sombra se mantuvo tendida sobre la ciudad durante largo tiempo, sobrecogiendo a todo el vecindario cada vez que se producía un cólico sospechoso en algún barrio–, cuando, en el invierno de 1889, se desató una epidemia de gripe que segó las vidas de muchos habitantes⁸⁴. La viruela tomó el relevo a la gripe y, en agosto de 1890, se propagó una nueva epidemia a causa de este mal. De todas las epidemias sufridas durante este corto espacio de tiempo, ninguna como la de viruela de 1890-91 causó tan horribles estragos entre la población.

Hasta bien entrado el siglo XX, la viruela fue un mal endémico en Madrid. El cruel ataque de esta enfermedad se dejaba sentir todos los meses del año, aunque era en las estaciones de otoño e invierno cuando causaba mayor número de víctimas, buena parte de ellas mortales. José Monmeneu, célebre higienista madrileño, en un estudio que publicó en 1894 acerca de las condiciones sanitarias y la incidencia de las enfermedades infecciosas en la capital durante el decenio 1884-94, se refería en los términos siguientes a la incidencia de la enfermedad variolosa en Madrid durante las décadas finales del siglo XIX:

“La imprevisión y la ignorancia mantienen en Madrid una enfermedad gravísima y repugnante, que arrebató cerca de 1.000 personas cada año, y cuyo paso por el organismo humano se marca con huellas indelebles. No necesito decir que me refiero a la viruela”⁸⁵.

No era extraño que el acostumbrado ataque anual de la viruela experimentase un recrudecimiento durante determinados periodos y llegara a provocar una situación de verdadera epidemia. Eso es lo que sucedió en 1890, cuando, en plena canícula veraniega, el número de individuos atacados por viruela comenzó a multiplicarse, desatando una de las más feroces epidemias variolosas que conoció la ciudad de Madrid.

Los primeros focos epidémicos se presentaron en la primera decena de agosto de 1890. A partir de este momento, se registraron invasiones variolosas de gravedad a diario

⁸⁴ Monmeneu, José. *Las enfermedades infecciosas en Madrid: estudio clínico-terapéutico*. Madrid: Administración de la Revista de Medicina y Cirugía Prácticas, 1894, p. 7.

⁸⁵ *Ibíd.*, p. 74.

por todos los distritos de la ciudad. El clímax epidémico se alcanzó durante los meses de noviembre y diciembre, empezando a descender el número de víctimas a fines de este último mes, si bien la epidemia continuó activa hasta marzo del año siguiente, cuando la plaga fue dada por extinguida (ver fig. 1.20). La epidemia de viruela duró, por tanto, siete meses, y en todo ese tiempo causó un total de 3.050 víctimas mortales⁸⁶. Por desgracia no existen datos acerca de la cifra de invadidos que se produjeron durante esta crisis epidémica, pero no cabe duda que debió ser muy superior al de muertes. Utilizando la documentación del Hospital Provincial, donde fueron asistidos 2.070 atacados durante los cuatro primeros meses de la epidemia, el doctor Monmeneu calculó en un 29,6 % la mortalidad de los atacados por la viruela: 1.364 de los enfermos atendidos en esa institución benéfica curaron, fallecieron 568 y aún quedaban ingresados 138 pacientes con fecha de primero de enero de 1891⁸⁷. Por su parte, Jerónimo Balaguer, médico especialista en la profilaxis de esta enfermedad, calculaba que la mortalidad de los invadidos de viruela era “de un 15 % cuando la enfermedad es esporádica, elevándose a un 30 % o más cuando es epidémica”⁸⁸. Tomando los porcentajes señalados por los citados facultativos, cabría situar en torno a 10.100 el número de invadidos durante la epidemia variolosa de 1890-91. De todos modos, la aterradora cifra de 3.050 defunciones constituye el caso de mortalidad causada por una epidemia de viruela más elevada que se hubo registrado en ninguna ciudad de Europa desde que se descubrió la vacuna antivariolosa como medida profiláctica contra esta terrible enfermedad⁸⁹.

Aunque algunos periódicos acusaron a las autoridades de no haber actuado con la rapidez necesaria para impedir la propagación de la epidemia una vez se presentaron los primeros focos variolosos⁹⁰, lo cierto es que, al margen de la posible falta de celeridad en el despliegue de una campaña antivariolosa para frenar el avance de la enfermedad, la población de Madrid reunía la principal condición necesaria para que la viruela pudiera reinar en forma de epidemia: no estaba vacunada.

⁸⁶ *Ibíd.*

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 75.

⁸⁸ Balaguer y Balgañón, Gerónimo [sic]: *Viruela, inoculación, vacuna*. Madrid: Est. Tip. de Ramón Angulo, 1885, p. 28.

⁸⁹ *La Unión Católica*, 22 de diciembre de 1890.

⁹⁰ En *El Liberal* del 13 de agosto de 1890, se leía lo siguiente: “Fíjense en lo que ha sucedido con la viruela que, atacada en sus primeros focos, podía haber quedado fácilmente extinguida, y hoy produce víctimas en todos los distritos de Madrid. Hora es ya de que nuestras autoridades salgan de su letargo y se dediquen de verdad y directa y personalmente al desarrollo de un plan sanitario contra la enfermedad que acabamos de citar, y contra el cólera si se presentase”.

A pesar de que la existencia de la vacuna antivariolosa era bien conocida desde el descubrimiento de Jenner⁹¹, a la altura de 1890 la vacunación aún no era una práctica extendida en Madrid. El 49 % de los 2.070 atacados que ingresaron en el Hospital Provincial durante los cuatro primeros meses de la epidemia para ser asistidos en este centro benéfico, “donde no suele acudir más que la clase proletaria de la ciudad”⁹², no habían sido vacunados, dando como resultado que el 29,6 % de los ingresados (un total de 568 variolosos) fallecieran en las camas de dicho hospital (ver figs. 23 y 24)⁹³:

“Y se comprende –escribía el doctor Monmeneu–. Pensar que familias jornaleras, sin el menor grado de ilustración, nada cuidadosas de su salud, indolentes por su educación y temperamento, iban a perder tres o cuatro horas de trabajo y parte de su jornal esperando que les llegara el turno en los centros de vacunación, es desconocer su manera de vivir. Esas familias se preocupan de la enfermedad cuando la padecen, no cuando solo corren un riesgo posible; desconfían de la acción profiláctica de la vacuna, a la cual atribuyen si acaso grandes maleficios; viven mientras sanos, en la imprevisión, y después que la enfermedad los visita, se espera de las inútiles fumigaciones oficiales el ansiado restablecimiento de su salud”⁹⁴.

⁹¹ Aunque el origen de la inoculación con fines profilácticos data de tiempo inmemorial, y diversos pueblos llevaban practicando esta técnica desde hacía siglos, fue Edward Jenner (1749-1823), un modesto médico de aldea inglés, quien descubrió la vacuna contra la viruela en 1796, tras varios años de estudio experimental. Después de inocular el virus que producía la llamada viruela de las vacas (*cow-pox*), una variante de la enfermedad, a un niño sano de ocho años llamado James Phipps, comprobó que la inoculación había producido la inmunidad del infante a la enfermedad. El procedimiento de Jenner se difundió a nivel mundial tan pronto como se demostró su eficacia. Véase: Hopkins, Donald R. *The Greatest Killer: Smallpox in History*. Chicago: University of Chicago Press, 2002. En España, la vacuna fue introducida por el médico catalán Francisco Piguiel, quien llevó a cabo las primeras inoculaciones con tres niños de Puigcerdá en diciembre de 1800. Véase: Miró y Borrás, Oleguer. *Bibliografía del Dr. Francisco Piguiel y Verdacer, introductor y apóstol de la vacuna en España, y bibliografía española de las inoculaciones profilácticas de la viruela*. Gerona: Tip. de Masó, 1917. A partir de entonces, salvo la excepción de la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna auspiciada por la Corona en 1803, la propagación de la vacuna en España se debió esencialmente a la iniciativa y la actividad puntual de filántropos y de instituciones privadas y gubernativas. No sería hasta 1871 cuando, con la creación del Instituto de Vacunación del Estado, se creara por primera vez un organismo estatal encargado de cultivar, difundir y controlar la vacuna contra la viruela en España. Véase: Campos Marín, Ricardo. “El difícil proceso de creación del Instituto de Vacunación del Estado (1871-1877)”. *Asclepio*, 56.1 (2004): 79-109.

⁹² *El Imparcial*, 16 de enero de 1891.

⁹³ Monmeneu, José. *Op. cit.*, p. 75.

⁹⁴ *Ibíd.*, p. 82.



Fig. 1.20 Evolución de las defunciones variolosas acaecidas en Madrid desde el 1 de julio hasta el 15 de diciembre de 1890.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: para el mes de julio: *La Unión Católica*, 22 de diciembre de 1890; para el mes de agosto: *El Siglo Médico*, 15 de octubre de 1890; para los meses de septiembre, octubre y la 1ª quincena de noviembre: *La Época*, 9 y 17 de noviembre de 1890; para la 2ª quincena de noviembre y la 1ª quincena de diciembre: *La Unión Católica*, 22 de diciembre de 1890.

Nota: al no disponer de las cifras de defunciones variolosas posteriores al 15 de diciembre de 1890, no ha resultado posible mostrar en el gráfico la fase de terminación de la epidemia. No obstante, conociéndose que ésta alcanzó su clímax en el mes de diciembre, no es arriesgado afirmar que la mayor parte del resto de víctimas se produjeron durante la segunda quincena de diciembre, descendiendo el número de muertes por viruela a partir de enero y volviendo a retomar la estadística en marzo niveles similares a los de julio de 1890.

Para los higienistas, extinguir el virus causante de la viruela era cosa, no solo posible, sino sencilla: bastaría con vacunar a todos los niños en sus primeros meses de vida y revacunarlos cuando alcanzaran la edad de siete años para extinguir la viruela en un corto espacio de tiempo. Ponían como ejemplo de los beneficios reportados por la vacuna antivariolosa la experiencia practicada en los ejércitos europeos: antes de que se ordenara vacunar y revacunar a los soldados cuando éstos eran llamados a filas, la guarnición suministraba uno de los mayores contingentes de variolosos, pues una vez que la viruela entraba en los cuarteles, se propagaba con gran facilidad. Bastó con dictar la obligatoriedad de la vacunación a todas las tropas para que la enfermedad variolosa quedara reducida a unos pocos casos anecdóticos.

Tan pronto como la viruela comenzó a tomar carácter epidémico en Madrid en agosto de 1890, la Dirección General de Sanidad Militar dispuso que se llevara a efecto la vacunación y revacunación de todos los soldados que componían el cantón militar de la capital, cuyo contingente en ese año era aproximadamente de 16.000 soldados⁹⁵. Los resulta-

⁹⁵ *El Correo Militar*, 9 de septiembre de 1890.

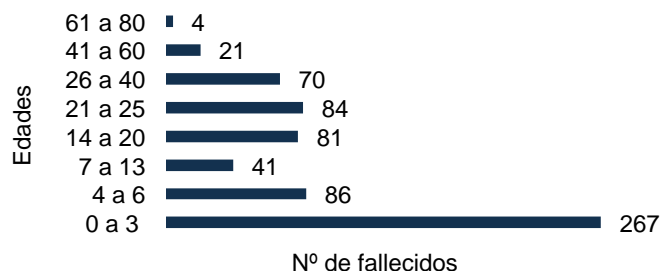


Fig. 1.21 Edades de los fallecidos a consecuencia de viruela durante el mes de octubre de 1890 en Madrid.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: *La Época*, 16 de diciembre de 1890.

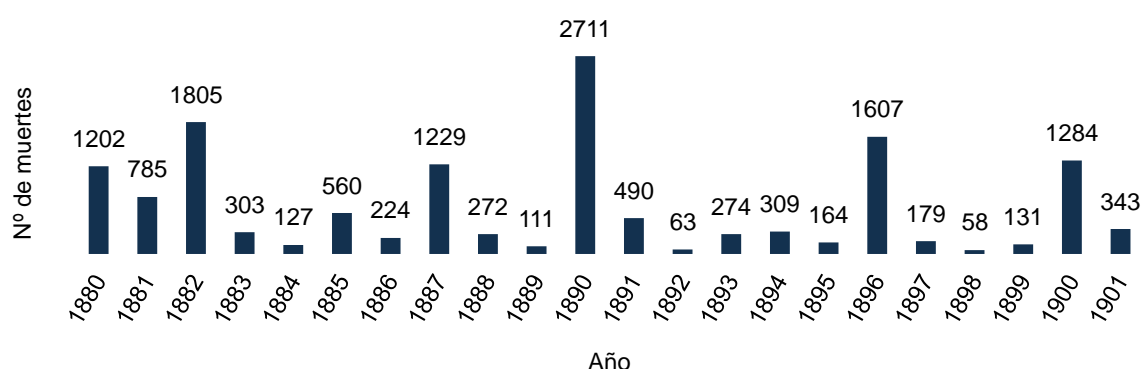


Fig. 1.22 Número de defunciones causadas por la viruela en Madrid durante los años 1880-1901.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Monmeneu, José. *La epidemia de viruela en 1903-4. Informe presentado a la Excma. Junta Provincial de Sanidad de Madrid*. Madrid: Imprenta y Librería de Nicolás Moya, 1904.

dos comenzaron a hacerse notar con prontitud: a principios del mes de septiembre de 1890, cuando la epidemia se extendía con violencia por toda la ciudad, tan solo se conocía un caso de esta enfermedad en un recluta de la guarnición madrileña que, “burlando la vigilancia estrechísima de sus jefes, evitó que se le vacunara”⁹⁶. En diciembre de 1890, después de cinco meses de crudísima epidemia, se habían registrado en el Hospital Militar 59 casos de viruela, de los que únicamente cinco fueron seguidos de muerte⁹⁷. Es decir, entre la población militar la epidemia variolosa produjo un 0,36 % de atacados y un 8,47 % de

⁹⁶ *Ibíd.*

⁹⁷ *El Imparcial*, 16 de enero de 1891. La vacunación masiva de soldados en los Ejércitos europeos era una estrategia práctica desde las guerras napoleónicas. El satisfactorio resultado obtenido en la inmunización de las tropas contra la viruela, llevó a países como Alemania a extender la inoculación al conjunto de la población, tratando de detener por este medio la expansión de la enfermedad. Véase: McNeill, William Hardy. *Plagues and Peoples*. Nueva York: Anchor Books, 1998 (ed. or. 1976), p. 258.

fallecidos con relación al total de atacados, frente al 30 % estimado de muertes que la enfermedad provocaba entre los invadidos de la población civil, “a pesar –advertía *El Imparcial*– de la mísera vida que nuestro bravo soldado lleva”⁹⁸.

No cabía duda de que el remedio profiláctico de la vacunación daba unos resultados extraordinarios en la lucha antivariolosa. Su implantación en la guarnición militar estaba logrando que la viruela comenzara a ser una enfermedad desconocida en las filas del Ejército, y tan exitosos resultados no podían sino estimular la puesta en marcha de un plan sanitario para suministrar la vacunación al conjunto de la sociedad. Pero el clamor de los médicos higienistas era un grito en el desierto. Sus aspiraciones chocaban con la realidad de una masa que vivía bajo la más despiadada pobreza, desprovista de recursos y de información en materia sanitaria, y que, en consecuencia, no prestaba el cuidado necesario a su estado de salud, siendo pasto de todas las enfermedades y sucumbiendo en proporciones espantosas cuando éstas revestían carácter epidémico.

1. 3. 1. Las dificultades del combate antivarioloso

El rápido incremento que comenzó a detectarse en el número de invadidos durante las primeras semanas de agosto, llevó al gobernador civil de Madrid a convocar una reunión con la Junta Provincial de Sanidad, con objeto de establecer las medidas encaminadas a frenar el incremento de la viruela y evitar el desencadenamiento de la epidemia que comenzaba a anunciarse. Las autoridades sanitarias desarrollaron un plan de defensa contra la enfermedad, que se centró fundamentalmente en dos puntos: por un lado, la incentivación de la vacunación, para lo cual se dispuso que el Instituto de Vacunación del Estado, que hasta ese momento solo prestaba servicio una vez cada quincena, permaneciera abierto durante todos los días de la semana, con el fin de facilitar la inoculación a todas aquellas personas que lo solicitasen; por otro, el aumento de la frecuencia con que se realizaban las inspecciones de los mataderos y las casas de vacas, establecimientos cuyas condiciones de higiene, así como las del ganado que albergaban, se consideraba que podían estar vinculadas con la propagación de la epidemia. Estas disposiciones fueron reforzadas con otras medidas que ya se habían practicado en las recientes ocasiones de alarma sanitaria, como la desinfección de las viviendas de los variolosos y la esterilización o destrucción de las ropas

⁹⁸ *El Imparcial*, 16 de enero de 1891.

y enseres de los hogares de los infectados para impedir la difusión del mal⁹⁹.

Las vaquerías y cabrerías de Madrid, así como el ganado estabulado y los rebaños existentes en los alrededores de la ciudad que suministraban la leche destinada al consumo de la población madrileña, fueron puestos en el punto de mira desde un primer momento debido a su potencial para difundir la viruela. Un lector de *El Imparcial*, en una carta que dirigió al director de dicho periódico, denunció ante la opinión pública que durante el mes de julio previo al comienzo de la epidemia, el ganado lanar de Alcalá de Henares y de otras localidades cercanas a la capital había sufrido “una terrible epidemia variolosa, y las leches de estos rebaños se utilizaron en Madrid sin reconocimiento alguno”¹⁰⁰. Añadía el lector en su escrito que era claro que “la leche en sí no llevaba ningún germen infeccioso; pero como en las cabras brotaban las viruelas, pudo mezclarse perfectamente la linfa de éstas con la leche y producir la infección”¹⁰¹.

El temor a que el contagio se propagara desde las casas de vacas y los mataderos, llevó a las autoridades sanitarias a poner mayor empeño en la inspección higiénica de estos sitios, para que se cumpliera estrictamente el reglamento al que estaban sometidos y localizar y clausurar los mataderos clandestinos que las mencionadas autoridades sospechaban que existían en la periferia de la urbe¹⁰². Acordó también la Junta de Sanidad que las escuelas municipales no fueran abiertas hasta el primer día de octubre, y que las particulares prorrogaran la apertura del curso escolar hasta la misma fecha¹⁰³. Asimismo, a medida que la cifra de muertes provocadas por la viruela aumentaba, y ante la falta de rapidez en el enterramiento de los cadáveres de los variolosos, que iban acumulándose en los depósitos de los cementerios esperando recibir sepultura, la Junta de Sanidad pidió al alcalde-presidente que dictara un bando para que no fuera permitida la tradicional visita anual a los camposantos que tenía lugar durante los días primero y segundo de noviembre, para impedir así un posible aumento de las invasiones¹⁰⁴.

Sin embargo, todas estas medidas resultaron infructuosas. La epidemia terminó por desatarse, expandiéndose la viruela por todo Madrid, y, a la altura del mes de octubre, el

⁹⁹ *La Época*, 18 de agosto de 1890.

¹⁰⁰ *El Imparcial*, 18 de octubre de 1890.

¹⁰¹ *Ibíd.*

¹⁰² *La Iberia*, 20 de agosto de 1890. Algunos medios hicieron campaña también para que las autoridades prohibieran la introducción en Madrid de carnes muertas procedentes de animales sacrificados en otro matadero que no fuera el municipal de Madrid. Véase: *La época*, 31 de octubre de 1890.

¹⁰³ *El Día*, 30 de agosto de 1890.

¹⁰⁴ *El imparcial*, 11 de octubre de 1890.

número de focos infecciosos y de invadidos ya se contaba por cientos. Buena parte de estos últimos eran trasladados al Hospital Provincial para obtener asistencia médica. En pocos días, el viejo nosocomio se vio desbordado por la llegada masiva de variolosos, lo que dio lugar a una peligrosa situación de hacinamiento y provocó el contagio de la enfermedad al resto de los enfermos comunes que yacían en aquellas instalaciones. Un suelto de prensa publicado esos días recogía la situación extrema que se estaba viviendo en este centro hospitalario como consecuencia de la aglomeración de enfermos en sus dependencias:

“Ayer existían en el Hospital General 383 enfermos de viruela. La enfermedad se ha propagado a las salas de enfermedades comunes. Ya no hay sitio, ni camas, ni medios de asistir más enfermos. Los médicos de guardia se ven en la precisión de no admitir enfermos de dolencias comunes que en otras circunstancias admitirían, y, según parece, la cuestión reviste ya proporciones tales, que el respetable decano del cuerpo médico-farmacéutico se ha dirigido a la Diputación Provincial de Madrid, protestando de lo que estaba ocurriendo en este hospital con la aglomeración de enfermos de viruela”¹⁰⁵.

El amontonamiento de cerca de cuatrocientos enfermos de viruela en el Hospital Provincial excedía con mucho la capacidad de atención del centro, poniendo al mismo tiempo en evidencia la falta de previsión de las autoridades sanitarias para dar una respuesta eficaz a la epidemia. Éstas se limitaron a enviar al hospital de la calle de Atocha a todos los variolosos, sin atender al número que dichos enfermos iban sumando. Sin duda, el desarrollo de la epidemia de viruela no fue gestionado con acierto. A diferencia de la estrategia basada en la habilitación de hospitales para coléricos que se dispuso en ese mismo año de 1890, para contener el posible avance del cólera que amenazó con entrar de nuevo en la capital, las autoridades sanitarias no ordenaron debidamente la separación de variolosos y enfermos comunes en los centros hospitalarios para evitar la expansión de la epidemia.

De este modo, al no existir instalaciones específicas para el tratamiento de variolosos en Madrid, el Hospital Provincial se convirtió en el principal centro asistencial de las víctimas de la epidemia carentes de medios de fortuna. La falta de recursos suficientes en

¹⁰⁵ *El Día*, 12 de octubre de 1890. Nótese que aunque el nombre oficial del indicado centro sanitario era el de “Hospital Provincial de Madrid”, las denominaciones “Hospital General” (de “Hospital General y de la Pasión”, nombre primitivo de este establecimiento) y “Hospital Provincial” eran utilizadas indistintamente a finales del siglo XIX para referirse al hospital de la calle de Atocha.

este establecimiento y el hacinamiento cada día mayor de variolosos, cuyos cuerpos ya se mostraban cubiertos de pústulas infecciosas sobre las camas que ocupaban, provocó una situación de desbarajuste sanitario sin precedentes. Las salas de enfermos comunes se contaminaron de viruela y el personal facultativo pronto se vio saturado ante el ingreso masivo y constante de variolosos. “Hasta las Hermanas de la Caridad –informaba *El Imparcial*– no saben que hacer, y ya no hay apenas locales que habilitar ni elementos para ello”¹⁰⁶.

Algunos pacientes atacados de viruela que se encontraban en el Hospital Provincial comenzaron a ser trasladados a la clínica de San Carlos. La decisión fue desastrosa: poco después de su entrada, aparecieron dos casos de variolosos entre los enfermos comunes que estaban siendo asistidos en este centro sanitario. Se ordenó entonces acondicionar las salas 24 y 16 del Hospital Provincial, dedicadas al tratamiento de enfermedades propias de mujeres, para que fueran ocupadas por los variolosos. Un nuevo problema surgió en ese momento: el hospital no tenía espacio para trasladar a las pacientes que ocupaban las camas de dichas salas, “porque las señaladas con los números 11 y 12, que son las únicas disponibles al efecto, están completamente llenas y hasta con crujías, es decir, sobrecargadas de camas”¹⁰⁷.

En vista de la gravedad del caso, los médicos del Hospital Provincial convocaron una reunión para dar solución a la aglomeración de enfermos en sus instalaciones. Los facultativos convinieron en la necesidad de construir barracones sanitarios en distintos puntos de Madrid, donde los variolosos pudieran ser atendidos, pues el hacinamiento de esta clase de enfermos en un establecimiento que, al no poseer las condiciones necesarias para albergar epidemiados, “había provocado el contagio de los enfermos de dolencias comunes y la contaminación de todo el edificio”¹⁰⁸, era altamente peligroso para la salud pública.

¹⁰⁶ *El Imparcial*, 12 de octubre de 1890.

¹⁰⁷ *El Imparcial*, 14 de octubre de 1890.

¹⁰⁸ *El Imparcial*, 18 de octubre de 1890. Pocos días antes de que dicha reunión fuera convocada, un médico anónimo dirigió una carta al director del *El Imparcial*, en la que exponía la necesidad de que las autoridades gubernativas levantaran barracones sanitarios provisionales, donde pudieran ser trasladados los variolosos, con el fin de no mezclarlos con los enfermos comunes y aislarlos del resto de la población sana para evitar la propagación de la enfermedad. La carta fue publicada en el citado periódico en su edición del 15 de octubre de 1890, y terminaba diciendo: “Cuánto más lógico no sería llevar los variolosos a otro sitio cualquiera aunque haya, no digo dos sino diez focos, pues estos no transmitirían al exterior (máxime no estando enclavados en el punto más populoso de la población) su influencia deletérea, o se tomasen todas las medidas que la ciencia aconseja; además, repetimos que en Madrid no hay, por desgracia, uno ni dos focos, *sino tantos como enfermos diseminados hay en la población*. No sabemos las determinaciones que la autoridad gubernativa tomará en vista de la gravedad e importancia del asunto, pero aconsejamos que oiga el parecer del

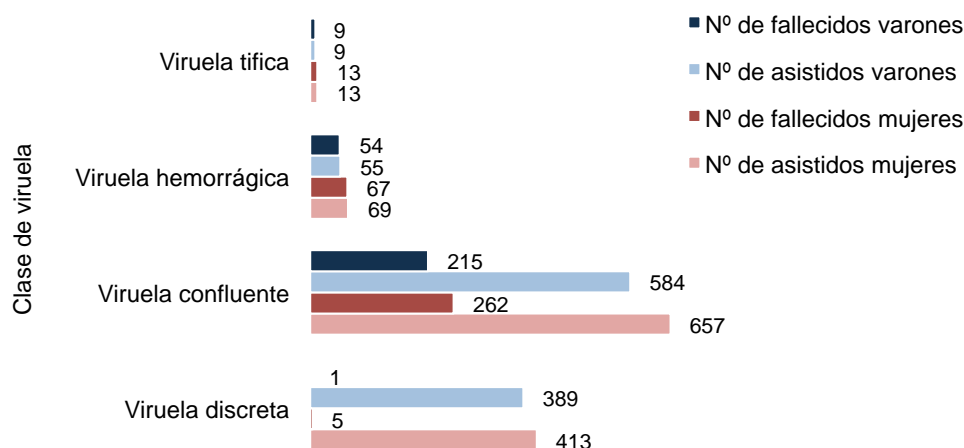


Fig. 1.23 Variolosos de ambos sexos asistidos o fallecidos en el Hospital Provincial desde el 1 de agosto al 31 de diciembre de 1890, distinguiéndose la clase de viruela que motivó su ingreso o fallecimiento.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: *El Imparcial*, 16 de enero de 1891.

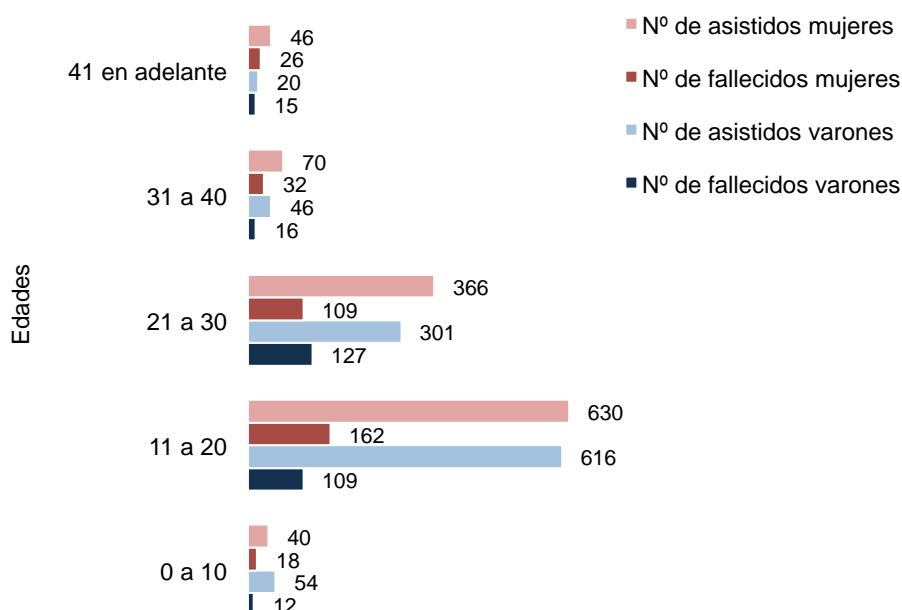


Fig. 1.24 Edades de los variolosos de ambos sexos asistidos o fallecidos en el Hospital Provincial desde el 1 de agosto al 31 de diciembre de 1890.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: *El Imparcial*, 16 de enero de 1891

El Hospital Provincial estaba convirtiéndose en un templo de la muerte, al que los

docto cuerpo médico del Hospital General y se inspire en sanas fuentes si quiere evitarse el lamentar grandes males de que si Dios no lo remedia estamos amenazados”.

variolosos parecían acudir nada más que para ser sacrificados. Solo en el mes de septiembre ocurrieron en sus instalaciones 110 defunciones por viruela¹⁰⁹.

1. 3. 2. El pavor social y el negocio de la enfermedad

Las informaciones que aparecían en la prensa acerca del estado en que se hallaba el Hospital Provincial, atestado de enfermos y desprovisto de recursos, provocó algunos estallidos de pánico en la sociedad madrileña y manifestaciones de censura hacia el Gobierno y las autoridades políticas encargadas de custodiar la salud pública, por su escandalosa falta de previsión. En medio de las alarmantes noticias que publicaba la prensa y del miedo que iba expandiéndose por toda la ciudad, el día 23 de octubre algunos alumnos del Instituto de San Isidro se pusieron de acuerdo para no entrar en las aulas y pedir la suspensión de las clases. Los muchachos consideraban que, dada la aglomeración existente en las aulas, su asistencia a clase no reunía las condiciones higiénicas necesarias para evitar el contagio de la viruela. Los estudiantes formaron un grupo a la puerta del instituto y recorrieron, sin perturbar el orden civil, las calles cercanas a la de Toledo, donde se encontraba situado el referido centro docente, disolviéndose poco más tarde y yéndose a presenciar las carreras de caballos¹¹⁰.

Tres semanas después se produjo otro episodio similar, protagonizado en esta ocasión por los estudiantes de la Universidad Central. Tras unos días en que se venía notando cierta agitación en las aulas de la mencionada institución académica de la calle Ancha de San Bernardo, debido a las malas condiciones higiénicas que allí existían, en la mañana del sábado 15 de noviembre se reunieron algunos estudiantes de distintas facultades en la puerta de la Universidad para dirigirse en manifestación desde ese punto hasta el Ministerio de Fomento, con el fin de entregar al ministro una carta en la que solicitaban a esa autoridad el cierre temporal de la Universidad por la epidemia variolosa que reinaba en Madrid¹¹¹. Antes de iniciar la manifestación, uno de los estudiantes leyó en voz alta la exposición que habían de entregar al ministro, en la que se enunciaban los siguientes puntos:

¹⁰⁹ *El País*, 14 de octubre de 1890.

¹¹⁰ *La República*, 24 de octubre de 1890.

¹¹¹ *El Liberal*, 5 de noviembre de 1890; *El Día*, 15 de noviembre de 1890.

“1.º Que la Universidad no reúne las condiciones higiénicas que son de necesidad.

2.º Que tiene aulas tan reducidas que los que a ellas asisten tienen que estar en contacto inmediato con individuos variolosos, y hay algunas, como por ejemplo, la del número 11, donde no caben todos los alumnos; en la clase de Derecho natural sucede que tienen que salirse todos los días algunos estudiantes por no haber suficiente sitio.

3.º Que las casas de huéspedes son foco infeccioso por tener hacinados a los estudiantes, y en algunas existen atacados de dicha enfermedad.

4.º Que el contacto que existe entre unos estudiantes y otros que han pasado dicha enfermedad constituye una grave cuestión, y no puede ser menos por la pequeñez de las aulas; por consiguiente, existe necesidad del cierre de clases”¹¹².

Leída la exposición, los estudiantes se dirigieron en manifestación al Ministerio de Fomento. Cuando se encontraban avanzando por la calle de la Luna, un teniente de orden público les cortó el paso, advirtiéndoles a los jóvenes que si querían partir en manifestación, tenían que solicitar antes el permiso necesario al gobernador civil. Los estudiantes marcharon entonces en busca de la autorización reclamada por la policía y, una vez la obtuvieron, volvió a arrancar la manifestación, a la que se unieron algunos obreros sin trabajo que se encontraban en las inmediaciones de la plaza de la Villa¹¹³. Al llegar la marcha al Ministerio de Fomento, una comisión de estudiantes, en la que estaban representadas todas las facultades, conferenció con Santos Isasa, a la sazón ministro de Fomento, a quien expusieron sus reclamaciones de viva voz y entregaron la carta que antes habían leído a la puerta de la Universidad. El señor Isasa les respondió con sequedad que las quejas que tuvieran habían de dirigírselas al rector, pues era él quien poseía la potestad para llevar a efecto sus deseos¹¹⁴.

Al salir la comitiva a la calle y dar cuenta al resto de estudiantes de la negativa del ministro, la decepción se advirtió rápidamente en los rostros de los jóvenes. Acto seguido se disolvieron por la calle de Atocha, no sin antes acordar que al día siguiente acudirían a la Estación del Mediodía para vitorear en masa al señor Sagasta, jefe del Partido Fusionista, cuyo regreso a la capital tras el viaje que emprendió a Zaragoza y Barcelona, para intervenir

¹¹² *La Época*, 15 de noviembre de 1890.

¹¹³ *El Liberal*, 16 de noviembre de 1890.

¹¹⁴ *Ibíd.*

en los actos organizados por los comités fusionistas de esas ciudades, se venía anunciando en los papeles desde días atrás¹¹⁵. En la tarde de esa misma jornada aparecieron en algunas facultades unos letreros con un mensaje misterioso: “Recordad la fecha del 19 de noviembre”¹¹⁶.

De entre los distintos temores que la viruela despertaba entre la población, no era el alto número de víctimas que la enfermedad provocaba el más devastador de todos. Había otro miedo vinculado a este mal que causaba, si cabe, mayor horror que la cifra de defunciones que arrojaba la estadística: las espeluznantes marcas y mutilaciones con que quedaban señaladas las carnes de aquellos que sufrían la enfermedad, causadas por la gran cantidad de pústulas que brotaban en los cuerpos de los atacados durante el transcurso de la misma. El médico Manuel Corral, en una conferencia que pronunció en 1890, se refería a este asunto en los términos siguientes:

“Por desdicha impera la viruela en Madrid con carácter epidémico; no es de extrañar, por tanto, que el miedo y la zozobra se apodere de nuestros ánimos, del bello sexo sobre todo, que se ve en peligro de adquirir, por contagio, tan desastrosa y traidora dolencia, que, cuando no mata, deja en los rostros indelebles huellas en su existencia, anublando de paso todas las bellezas y atractivos más sublimes y encantadores”¹¹⁷.

¹¹⁵ *El Heraldo*, 15 de noviembre de 1890.

¹¹⁶ *El Día*, 15 de noviembre de 1890. Lo que se anunciaba era la conmemoración de los trágicos sucesos del 19 de noviembre de 1884, día en que los estudiantes de la Universidad Central se organizaron para manifestarse en defensa de Miguel Morayta, catedrático de Historia en el mencionado centro académico, quien, en el discurso que pronunció con motivo de la apertura del año universitario de 1884-85, hizo una entusiasta proclama en favor de la libertad de cátedra y expuso varias teorías materialistas, racionalistas y anárquicas. El discurso fue profusamente divulgado por la prensa y el alto clero católico se apresuró a censurar sus palabras, proclamándose en todas las iglesias de Madrid la condenación de las “blasfemias y herejías” del catedrático. La manifestación de los estudiantes contra las represalias dirigidas contra el profesor, muy numerosa (la declaración de protesta fue firmada por 1.033 estudiantes), fue sofocada por las fuerzas policíacas con gran violencia, produciéndose entre los manifestantes varios detenidos y contusos. Véase: *Archivo Diplomático de España*, año II, nº 77, 21 de noviembre de 1884, pp. 329-330; *El Imparcial*, 19 de noviembre de 1884; *El Imparcial*, 20 de noviembre de 1884.

La conmemoración de los hechos del día de Santa Isabel en 1890 desembocó en una protesta política contra los conservadores, que dio lugar a altercados callejeros y a duros enfrentamientos entre los estudiantes y los agentes de orden público. Véase: *El País*, 20 de noviembre de 1890; *La Correspondencia de España*, 20 de noviembre de 1890; *El Imparcial*, 20 de noviembre de 1890.

¹¹⁷ *La Última Moda*, 12 de octubre de 1890, nº 145, pp. 6-7.



Fig. 1.25 Anónimo. Espalda de una mujer atacada de viruela. Fotografía. c. 1905.

Fuente: Ricketts, Thomas Frank. *The diagnosis of smallpox*. Londres: London Cassell, 1908.

Aconsejaba el doctor Corral vacunarse y revacunarse a los que aún no lo habían hecho para evitar ser invadidos, así como desinfectar las habitaciones y el mobiliario de las casas, los vestidos y todos los objetos que pudieran transmitir el contagio de la enfermedad, recomendando emplear una disolución microbicida a base de bicloruro de mercurio o de sublimado corrosivo, que podría ser fácilmente aplicable mediante la utilización de un frasco pulverizador sistema Richardson¹¹⁸.

Los abultamientos y las pústulas que aparecían en el rostro y en el cuerpo de los infectados eran motivo de estigmatización entre las clases pudientes, por lo que la reclusión de los enfermos mientras padecían la dolencia era una estrategia extendida y habitual entre las familias distinguidas de la capital:

“La mayor parte de los variolosos –observaba el escritor Luis Taboada en un artículo publicado en el periódico semanal *Madrid Cómic*– pasan la enfermedad en el mayor secreto, porque creen que es humillante eso de tener la cara llena de garbanzos. [...] Nadie quiere declarar ser varioloso públicamente, como si tuviera algo de particular que a un hombre le salgan erupciones. [...]

¹¹⁸ *Ibíd.*

Los granos sencillos no alarman a nadie; pero la viruela ya es cosa que preocupa al paciente y le pone de mal humor”¹¹⁹.

En la prensa se anunciaban diferentes productos destinados a reparar el daño que causaba “la enfermedad destructora de la belleza”, como apostrofaba el doctor Corral. Los fabricantes de la pomada Cold-Cream Virginal, un ungüento inocente que se anunciaba como reparador del cutis y dirigía su publicidad a las señoras que querían conservar “la frescura de la juventud en sus rostros”, vieron en la epidemia variolosa una oportunidad de oro para ampliar sus ventas. Los lemas empleados habitualmente como reclamo publicitario por la compañía productora del Cold-Cream Virginal, enfatizaban sus cualidades como preservativo de la piel ante la erosión producida por las inclemencias del tiempo y el paso de la edad. Pero tan pronto como la cifra de invadidos comenzó a aumentar y se declaró la epidemia, los anunciantes cambiaron de estrategia publicitaria y pasaron a dirigir su mensaje a los variolosos. Aseguraban a éstos que el empleo prolongado de la pomada durante el tiempo que duraba la enfermedad, cuando todavía no se habían desprendido de la piel las escaras que aparecían en el curso de la misma, conseguía que las cicatrices fueran menos profundas y desapareciesen por completo las manchas que solían quedar a los atacados¹²⁰.



Fig. 1.26 Anuncio de la pomada *Cold-Cream Virginal*. Impreso en periódico. 1890.
Fuente: *El Imparcial*, 23 de octubre de 1890.

Ni que decir tiene que este tipo de productos eran inaccesibles a los enfermos de las clases populares, que carecían en absoluto de recursos para adquirir cosméticos e incluso medicamentos. Si sobrevivían a la enfermedad, sus caras quedaban picadas por la viruela hasta el día de su muerte. Aquellos que salían peor parados sufrían también lesiones en las

¹¹⁹ *Madrid Cómico*, 6 de septiembre de 1890, p. 2.

¹²⁰ *El Imparcial*, 23 de octubre de 1890; *El Día*, 5 de noviembre de 1890.

partes interiores del cuerpo, e incluso algunos terminaban sordos o ciegos¹²¹. José Nakens recogió en uno de los artículos que escribió acerca de la epidemia variolosa de 1890-91 y su incidencia entre las clases humildes madrileñas, el caso de varias casas de la calle Imperial, donde la viruela se ensañó con especial violencia. El teniente alcalde del distrito de La Latina, al enterarse de la noticia, decidió desplazarse, acompañado del inspector de policía del distrito y de un médico forense, hasta el lugar de los hechos, para conocer personalmente la gravedad de la situación:

“Y vieron: en el piso cuarto interior, número 14, a un hombre, Críspulo Gaitán, casado y con cuatro hijos, tres con viruela, tirados sobre un camastro, careciendo de medicinas y de alimentación desde hacía cuatro días; otro niño, de once, había fallecido y su cadáver estaba en el suelo, próximo a sus hermanitos. La madre, que amamantaba al pequeño, padecía la misma enfermedad.

En el segundo interior, número 5, encontraron a Manuel Fernández, casado, vendedor de periódicos, con dos hijos también con viruela.

En el quinto, número 20, a Felipe Sánchez, casado, sin ocupación, con un hijo y una sobrina gravemente enfermos de la misma epidemia.

¹²¹ El doctor Jerónimo Balaguer recogía en un trabajo que publicó en 1885 la detallada descripción realizada por el célebre historiador árabe Avicena del cuadro sintomatológico de la viruela y los efectos que esta dolencia provocaba, cuya precisión y belleza de estilo son incomparables: “Los que son atacados por la enfermedad pasan repentinamente, y sin causa a qué atribuirlo, de la salud más completa a un frío intensísimo que dura, con frecuencia, algunas horas, y al cual sigue el calor de la fiebre. Sufren primero un ardor extraordinario en la cabeza, los ojos se hinchan y la lengua y el paladar toman un color completamente rojo; toda clase de alimento les repugna y se quejan de rigidez en la nuca y de grandes dolores en el estómago, la cabeza, los riñones y la espalda; estos últimos tan agudos, que apenas les permiten moverse en el lecho. También les atormentan frecuentes vértigos y una gran dificultad de tragar. [...] Los sufrimientos crecen a medida que una gran hinchazón se propaga por todo el individuo, especialmente en la cara, las manos y los pies. El cuarto día brotan en todo el cuerpo, empezando por la cara, unas manchas rojas que en las primeras veinticuatro horas se convierten en vejigas, cuyo contenido, al principio acuoso, se transforma después en pus, y se hunde el centro de las vejiguillas o pústulas. [...] Una gran diarrea, que deja casi agotadas sus fuerzas, aumenta considerablemente los sufrimientos de muchos atacados. Al sétimo día la fiebre es menos intensa y parece que ya ha pasado el mayor peligro; pero al octavo se presenta un nuevo recargo, las pústulas se ensanchan y el pus que contienen se seca y forma una costra espesa que se pega a la piel. Terrible y espantoso es entonces el aspecto del enfermo; ciego, atormentado por la fiebre y los dolores más agudos, con todo el cuerpo cubierto de costras y pus, inflamado hasta el extremo de quedar completamente desconocido e inficionando la atmósfera que le rodea, ya no es más que una masa informe, una imagen del sufrimiento, ante la cual, las personas más queridas retroceden horrorizadas y el amor más acendrado se convierte en repugnancia y terror. [...] Los que no sucumben a la enfermedad, maldicen mil veces la vida. Ninguno se libra de quedar desfigurado; las mujeres más hermosas ven trasformada su belleza en la más espantosa fealdad; muchos quedan ciegos o sordos; otros se encuentran en un estado de extrema postración y pasan el resto de su vida sujetos a enfermedades incurables”. Véase: Balaguer y Balgañón, Gerónimo [sic]: *Op. cit.*, pp. 9-11.

El gobernador envió al enterarse un furgón. Únicamente se llevaron el cadáver del niño”¹²².

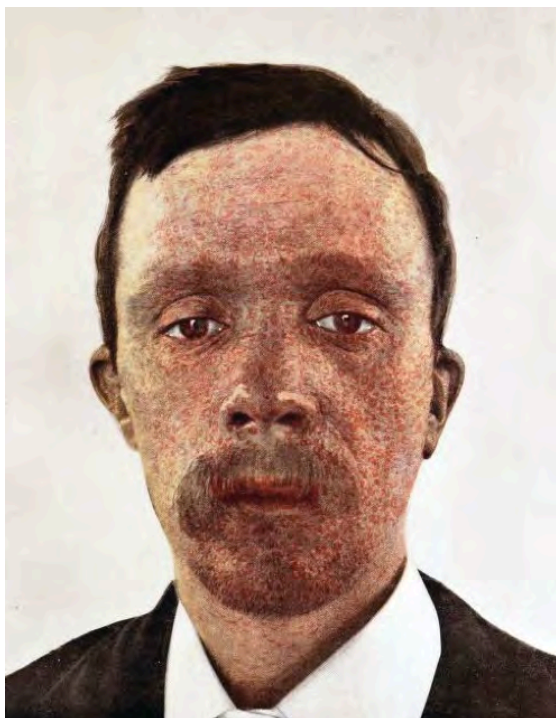
Hay algo que no aparece en el relato Nakens: el olor de la viruela. Los testimonios de los médicos que a lo largo de su carrera se vieron en la tesitura de asistir variolosos, coinciden en la dificultad de describir la peste que desprendían los cuerpos vejigosos de los enfermos; un hedor que recordaba a la fetidez exhalada por los animales muertos¹²³. Tan fuerte y particular era, que la presencia de atacados en una casa podía sentirse solo por el acre olor que emanaba de ella, sin necesidad de entrar en las alcobas donde, abrasados por la fiebre y retorcidos por los dolores, yacían los invadidos en sus miserables jergones. Las condiciones de los cuartos en los que se hacinaban las familias sin recursos –carentes de salubridad, de reducidas dimensiones, faltos de luz y de ventilación–, unido a la general conturbación que causaba la enfermedad allí donde se presentaba, hacía que las moradas de los enfermos menesterosos se convirtieran, durante el transcurso de la dolencia, en lugares infernales.

Pero no terminaba ahí la tragedia de los variolosos pobres. Cuando se detectaba un caso de enfermedad en alguna casa, la primera medida que se seguía después de trasladar al invadido al hospital y aislar a su familia, consistía en desinfectar las ropas y los colchones del cuarto en el que residía el atacado, para lo cual, los bienes solían ser enviados a las estufas esterilizadoras utilizadas para ese fin, establecidas en las dependencias del servicio de desinfección municipal. Mas cuando el traslado de los enseres contaminados no resultaba posible por cualesquiera motivos, las brigadas sanitarias procedían a la cremación de las posesiones de los invadidos, sin darles otras ropas ni otros colchones en su lugar. Careciendo éstos, por ser pobres, de los medios necesarios para comprar otros nuevos, si no encontraban amparo en la caridad pública o privada, los convalecientes tenían que vestirse de deshechos y dormir en el suelo.

Ese fue el caso de una humilde familia trabajadora, formada por un matrimonio y seis hijos, que habitaba en una buhardilla de la casa número diez de la calle de Ayala. El menor de los hijos, de dos años de edad, enfermó. Presentaba síntomas coleriformes y los médicos

¹²² Nakens, José: *Op. cit.*, pp. 186-187.

¹²³ Foege, William H. *House on Fire: The Fight to Eradicate Smallpox*. Berkeley: University of California Press, 2011, p. 3.



Figs. 1.27 y 1.28 Anónimo. Hombre y mujer atacados de viruela, retratados durante la primera fase de la enfermedad. Fotografía coloreada a mano. c. 1900.

Fuente: Fox, George Henry *et. al.* *A Practical Treatise on Smallpox. Illustrated by colored photographs from life.* Filadelfia: J. B. Lippincott & Co, 1902.

diagnosticaron el caso como sospechoso de cólera¹²⁴, muriendo la desdichada criatura al poco tiempo. Toda la familia fue aislada y se ordenó que las ropas, jergones, sábanas, mantas y demás enseres de su pertenencia fueran arrojados al fuego. Así se hizo. Los padres del niño muerto y sus cinco hermanos tuvieron que dormir entonces “sobre montones de virutas, añadiéndose así los tormentos físicos al dolor producido en aquellos infelices por la muerte del niño”¹²⁵.

La epidemia atacaba despiadadamente a la población, especialmente a los sectores más desfavorecidos, y el número de invadidos no dejaba de crecer. Solo un arma podía empuñarse para hacer frente a la terrible viruela: la vacunación.

¹²⁴ Durante los últimos meses de 1890, mientras la epidemia variolosa se expandía por Madrid, el cólera, que había vuelto a presentarse con carácter epidémico en algunas provincias españolas, amenazó con entrar de nuevo en la capital. Aunque se produjeron algunos casos sospechosos entre la población (el del niño fallecido que aquí se recoge fue uno de ellos), finalmente el cólera asiático no llegó a desatarse en Madrid, si bien mantuvo en guardia a las autoridades sanitarias y atemorizada a la población.

¹²⁵ *El Imparcial*, 13 de octubre de 1890.



Fig. 1.29 Anónimo. Hombre atacado de viruela con su hijo. Fotografía. c. 1910.

Fuente: Schamberg, Jay F. *Smallpox and Vaccination*. Chicago: Press of American Medical Association, 1914.

Nótese que el niño muestra en su brazo derecho la señal de haber sido vacunado, probable razón por la que se vio libre del contagio de la viruela que destruyó a su desgraciado padre.

1.3. 3. La campaña por la vacunación

Al no existir tratamiento específico contra el virus de la viruela, la campaña desplegada por las autoridades sanitarias para detener la plaga variolosa se centró en la ampliación del servicio de vacunación. En vista de la ferocidad que tomó la enfermedad durante la fase de invasión de la epidemia, la Junta Provincial de Sanidad convino la necesidad de que la vacunación no se hiciera únicamente en el Instituto de Vacunación sostenido por el Estado, tal como se acordó en un principio, sino que las casas de socorro de los diez distritos de Madrid ofrecieran este servicio gratuitamente a toda la población como medida profiláctica, para lo cual se dispuso el envío de material inmunizante y personal sanitario a todas las casas de socorro y se fijó un calendario de vacunaciones para cada

distrito¹²⁶.

Con el inicio de la campaña de vacunación antivariolosa, que arrancó oficialmente el 20 de agosto de 1890, la ciudad de Madrid conoció, por primera vez, el intento de extender de forma general la vacuna a toda su población. Hasta ese momento, la vacunación se practicaba en Madrid de forma muy irregular, y la parroquia que acudía a los establecimientos de vacunación estaba compuesta fundamentalmente por miembros de las clases acomodadas, si bien, desde 1874, se suministraba la vacuna esporádicamente en las casas de socorro, por cuenta del Ayuntamiento, a las familias pobres¹²⁷. En 1887 tuvo lugar la creación del Servicio de Vacunación Directa de la Ternera, el cual supuso un importante paso hacia el establecimiento de una infraestructura vacunadora permanente en la ciudad. El Ayuntamiento nombró como director de dicho servicio a Jerónimo Balaguer y Balgañón, médico propietario del instituto de vacunación particular de su nombre, sito en la calle de las Hileras. Con este servicio se ensayó masivamente en Madrid el procedimiento de vacunación directa de la ternera (el doctor Balaguer ya lo estaba aplicando desde 1883 en su centro), que vino a sustituir la vacunación llamada *jenneriana* o de brazo practicada hasta entonces¹²⁸. Fue este un avance que llegó algo tarde, pues desde 1864, tras la disputa que tuvo lugar en el Congreso Médico de Lyon de dicho año, la ciencia médica concluyó que la vacunación brazo a brazo implicaba un serio riesgo de transmitir enfermedades infecciosas, especialmente la sífilis, recomendando a las naciones su sustitución por la vacunación directa del animal¹²⁹.

La epidemia variolosa de 1890-91 puso a prueba el servicio de vacunación dirigido por el doctor Balaguer, ya que sobre él recayó el peso de organizar una red de vacunación municipal cuyo objetivo era la profilaxia de toda la urbe. Lo primero que había que

¹²⁶ *La Iberia*, 20 de agosto de 1890.

¹²⁷ Moral Roncal, Antonio. "Los comienzos de la vacunación en Madrid, 1875-1903". *Torre de los Lujanes* 19 (1992): 92-104, p. 96. Aunque el referido servicio de vacunación que se prestaba en las casas de socorro era gratuito para los pobres, no parecía que la gratuidad supusiera un incentivo para que la población acudiera más o menos masivamente a vacunarse. La estadística de las vacunaciones y revacunaciones verificadas en el primer trimestre de 1884 en los distritos de La Latina e Inclusa era de cuatro vacunados en cada uno de ellos, siendo así los sectores habitados por las clases populares aquellos en los que menos vacunaciones se practicaban. Véase: *La Higiene. Semanario científico popular*, 1884, nº 76, p. 136. En cuanto a la vacunación directa de la ternera suministrada en el Instituto del Sr. Balaguer, la estadística arroja una cifra de 647 inoculaciones desde el 1 de septiembre de 1883 al 30 de septiembre de 1884, y de 801 inoculaciones desde el 1 de septiembre de 1884 al 30 de septiembre de 1885. Véase: Balaguer y Balgañón, Gerónimo [sic]: *Op. cit.*, pp. 93-94.

¹²⁸ Campos Marín, Ricardo. "La vacunación antivariólica en Madrid en el último tercio del siglo XIX. Entre el especialismo médico y el mercantilismo". *Medicina e Historia* 4 (2001): 1-15, p. 5.

¹²⁹ Fenner, Frank *et al.* *Smallpox and its eradication*. Ginebra: World Health Organization, 1988, p. 266.

conseguir era informar a la población de la puesta en marcha de la campaña gratuita de vacunación. Para ello, las autoridades ordenaron que las fechas y las casas de socorro en que se prestaba el servicio fueran publicadas en el *Diario Oficial de Avisos*, de donde tomarían la noticia los periódicos madrileños para que la información fuese oportunamente conocida por el vecindario, al que, a su vez, la prensa alentaba a acudir a los centros hospitalarios para vacunarse y revacunarse. Las sociedades obreras también se sumaron a la campaña en pro de la vacunación, y en algunas instituciones proletarias se instaló un servicio de inoculación antivariolosa. Tal fue el caso del Centro Instructivo del Obrero, establecido en la calle de Silva, donde se vacunaba directamente de la ternera, todos los días de la semana, a los asociados y a sus familias gratuitamente, y al resto del público por el asequible precio de 50 céntimos de peseta¹³⁰.



Fig. 1.30 Anónimo. *Vacunación directa de la ternera en el Instituto del Estado como preservativo contra la actual epidemia variolosa*. Grabado. 1890.

Fuente: *La Ilustración Española y Americana*, 22 de octubre de 1890.

En el centro de la imagen se muestra, atada sobre el tablero, a la ternera con pústulas que los vacunadores utilizaban para mantener vivo el virus con el que se realizaban las inoculaciones. Una escena similar puede verse en la figura 19.

¹³⁰ *El Imparcial*, 20 de octubre de 1890.

La medida de vacunación obligatoria de todos los destacamentos militares acuartelados en Madrid, a la que nos referíamos arriba, se extendió a los niños asilados que se encontraban recogidos en el Hospicio, en la Inclusa y en el Asilo de las Mercedes. El éxito de dicha medida no tardó en hacerse notar: a finales de septiembre de 1890, cuando la epidemia variolosa tomaba verdadera fuerza, no se había presentado ni un solo caso entre los menores albergados, cuya cifra ascendía aproximadamente a 2.500¹³¹; tres meses después, en diciembre del mismo año, tan solo se habían producido siete invasiones en el Hospicio, todas de forma discreta y sin suceder ningún fallecimiento, otras tres invasiones en la Inclusa, de las que un solo caso fue seguido de muerte, y ninguna invasión ni defunción variolosa en el Asilo de las Mercedes, donde la población acogida alcanzaba una cifra de más de 700 niños¹³². También los empleados del Ministerio de Marina fueron obligados a vacunarse, al tiempo que se les invitaba a que llevaran a los demás miembros de sus familias a inmunizarse con ellos¹³³.

La experiencia que proporcionaban hechos como los anteriores demostraba sin dejar lugar a dudas que el único medio eficaz para impedir la propagación de la epidemia era la vacunación del conjunto de la población. Algunas voces apuntaban más alto y señalaban la posibilidad de que, mediante la vacunación, algún día se lograría erradicar enteramente la viruela de entre las enfermedades infecciosas que tantas muertes sumaban a la estadística municipal. Los sectores de la prensa madrileña que más se implicaron en la lucha antivariolosa llegaron a reclamar incluso el establecimiento de un centro permanente de vacunación en cada casa de socorro, en lugar de ofrecer el servicio en fechas puntuales, tal como se realizaba en aquellos momentos con motivo de la epidemia que reinaba en Madrid, arguyendo que de esta manera sería más fácil que la población acudiera a vacunarse *motu proprio*. El doctor Balaguer, como encargado del servicio de vacunación municipal, escribió una carta al diario *El Imparcial* para responder a esta petición, la cual consideraba muy cara y sin resultados efectivos:

“Cada ternera vacunada –expresaba el médico– cuesta al público veintiocho duros; haciendo al Municipio una colosal rebaja, podría costarle a quince duros. Como son diez las casas de socorro, habría necesidad de diez terneras diarias, es decir, que solo este detalle le costaría al pueblo de Madrid tres mil reales diarios,

¹³¹ *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 20 de septiembre de 1890.

¹³² *El Imparcial*, 16 de enero de 1891.

¹³³ *La Iberia*, 21 de octubre de 1890.

que se darían por bien empleados si después de todo resultara práctico, pero por desgracia no es así; apenas concurren a vacunarse en los turnos de cada casa de socorro de veinte a treinta personas diarias (como puedo justificar), muchas de ellas de distritos diferentes, de modo que para vacunar seis u ocho personas al día en cada casa de socorro, resultaría un gasto de 750 pesetas diarias, o sea treinta y siete reales próximamente cada inoculación, esto sin contar otras necesidades”¹³⁴.

En la carta del doctor Balaguer se pone de manifiesto el gran obstáculo que encontró la campaña por la vacunación en Madrid. Si dicha campaña, que se llevó a cabo desde el 20 de agosto de 1890, cuando la epidemia estaba aún en su fase de invasión, hasta el 7 de diciembre del mismo año, cuando la epidemia se encontraba en su momento álgido, no reportaba los resultados que se esperaba, no dejando de aumentar el número de invadidos y fallecidos a lo largo de los meses que duró el desastre, ello no se debía a la falta de recursos, pues tanto el Instituto de Vacunación del Estado como las casas de socorro, amén de los centros particulares y las sociedades e instituciones que se dotaron de un servicio de vacunación, disponían del material necesario para vacunar en abundancia, así como de personal preparado para llevarlo a cabo. Además, la vacuna era gratuita y no se exigía la presentación de ningún documento para ser vacunado. Sin embargo, a pesar de reunirse condiciones tan favorables, el grueso de la población, sobre todo las capas populares, que eran las que más expuestas estaban a enfermar por las condiciones de abandono e insalubridad en que vivían, permanecía sin vacunarse.

La causa de esta situación se debía esencialmente a dos factores. Por una parte, para las familias jornaleras suponía un serio perjuicio tener que desplazarse hasta los centros de vacunación para recibir la vacuna, ya que las horas de trabajo perdidas significaban la

¹³⁴ *El Imparcial*, 15 de octubre de 1890. Aunque la posibilidad de establecer un servicio permanente de vacunación en las casas de socorro fue desechada por las razones apuntadas por el doctor Balaguer, sin embargo, las autoridades sanitarias decidieron intensificar el servicio temporalmente cuando la epidemia no ofrecía signos de remitir: “Desde ayer [23 de octubre] hasta el 25 de noviembre próximo se vacuna y revacuna gratis todos los días, de once a tres de la tarde, en las diez casas de socorro de Madrid, a toda persona que lo desee. Prestarán el servicio, directamente de la ternera, profesores pertenecientes al Instituto del Estado, y no se exigirá la presentación de ningún documento”. Véase: *La República*, 24 de octubre de 1890. A esta medida hay que añadir la creación de nuevos puntos de vacunación en los Hospitales de la Princesa e Incurables, en los Colegios de la Unión y de Santa Catalina, establecidos en Vista Alegre, en el Manicomio de Leganés, en los cuarteles de la Guardia Civil y en diversas instituciones y centros particulares que lo solicitaron. A todos estos lugares se enviaron terneras con pústulas y personal para suministrar la vacuna desde mediados de octubre. Véase: *La Época*, 7 de noviembre de 1890

merma de un jornal que ya de por sí era muy reducido. A esto se unía la ignorancia en que vivían las gentes humildes, que les llevaba a desatender el cuidado de su salud y a creer que la vacuna, además de resultar inocua como medida de protección contra la viruela, era nociva para el organismo. Toda una serie de creencias falsas, rumores absurdos y supersticiones de toda clase en torno a la vacuna se desarrollaron en el imaginario popular, provocando que las familias menesterosas huyeran de la vacuna por considerarla un instrumento corruptor de la salud.

Los higienistas se desesperaban en su intento por desmentir los grandes males que el vulgo atribuía a la vacunación y demostrar, con argumentos, cifras y razonamientos lógicos, el valor profiláctico de esta práctica y su eficacia para combatir la mortífera viruela. Ángel Pulido, uno de los más célebres médicos del Madrid decimonónico, publicó en el periódico *El Liberal* un artículo a propósito de esta cuestión, en el que invocaba los casos de Prusia y de Holanda como ejemplos de países en los que, después de establecerse mediante leyes severas la vacunación forzosa de la población, el número de invasiones de viruela, así como la mortalidad a causa de esa enfermedad registrada en las estadísticas, llegó a ser casi inexistente. El doctor Pulido concluía el citado artículo diciendo:

“Es deplorable que las gentes no acudan a los institutos apropiados y que se conserven sin revacunar las siete u ocho partes de la población. [...] Los que crean que la vacunación produce la viruela, deben observar que siendo ambas enfermedades distintas, es tan imposible que la una produzca la otra, como lo es que sembrando trigo salga maíz. [...] Nosotros podemos hacer una afirmación: hemos revacunado a centenares de individuos en colegios y casas particulares y todavía no hemos visto un solo caso que declare contra la vacunación”¹³⁵.

La vacunación se mostraba fácil en la teoría, pero difícil en la práctica. Eran muy pocos los niños a los que sus padres llevaban a vacunar, y la revacunación, tan necesaria para que la inmunidad que confería la vacuna antivariolosa permaneciese activa, apenas se practicaba. Las cifras que ofrecían las autoridades sanitarias eran desoladoras: hasta el día 7 de diciembre de 1890, durante los más de cien días consecutivos que por cuenta del Ayuntamiento se prestó el servicio de vacunación en las casas de socorro de todos los

¹³⁵ *El Liberal*, 16 de diciembre de 1890.

distritos de Madrid, tan solo acudieron a vacunarse 3.049 personas¹³⁶, una cifra minúscula en relación al total de la población de Madrid, que en 1890 se acercaba al medio millón de habitantes.



Fig. 1.31 González Santos, Manuel. *Centro de Vacunación*. Óleo sobre lienzo. c. 1900.

Fuente: Museo Nacional del Prado, Madrid (depósito en el Ministerio de Sanidad). N.º de ref.: P7693.

En vista de los pésimos resultados cosechados durante la campaña de vacunación, algunos médicos higienistas levantaron la voz para que los legisladores establecieran la obligatoriedad de que toda la población fuese vacunada. Si se conseguía extender al común de la gente las medidas que se tomaron en los cuarteles y en los asilos infantiles, las cuales habían logrado que en dichos lugares el embate de la viruela quedara reducido a un puñado

¹³⁶ *El Imparcial*, 16 de enero de 1891. La cifra se ofrece en un artículo titulado “La última epidemia de viruela”, escrito por un médico anónimo. A esta cifra cabría sumar el número de vacunaciones efectuadas a los pobres de la capital en centros de vacunación privados, como el Instituto de Vacunación de la calle de Valverde, en cuyo centro se suministró vacuna a 2.617 vecinos en el año 1890. Véase: González Araco, Gorgonio. *La vacunación antivariolótica*. Madrid: Imprenta de los Hijos de J. M. Ducazal, 1898, p. 27 En cualquier caso, incluso añadiendo el número de inoculaciones practicadas por caridad en los centros de vacunación particulares, la cifra total de vacunados seguiría sin pasar de unos pocos miles con respecto al total de la población, representando un porcentaje minúsculo.

de invasiones y defunciones en el curso de una epidemia que se había llevado más de tres mil vidas en toda la ciudad, la viruela dejaría de ser en el porvenir la amenaza sanitaria que constituía entonces. Los higienistas, y en general los estamentos ilustrados de la sociedad, consideraban que si se disponía de la vacuna, es decir, del medio necesario para detener y hacer desaparecer una enfermedad tan grave y siniestra como la viruela, cuya persistencia solo podía explicarse por la ignorancia y la incuria dominantes, era un deber histórico propagarla y aplicarla para erradicar la enfermedad; de lo contrario, su generación no habría estado a la altura de las circunstancias.

Los escritos dirigidos a los principales órganos de prensa por parte de los facultativos comprometidos con la causa de la divulgación de la vacuna, referían con toda su crudeza la gravedad que conllevaba el padecimiento de la viruela y la imperiosa necesidad de vacunarse como remedio para evitar este mal, al tiempo que excitaban el celo de las autoridades para que tomaran en serio el asunto y actuaran consecuentemente:

“La viruela ataca despiadadamente –escribía un médico anónimo en *El Liberal*– con pocas esperanzas de curación y dejando horribles señales, hasta con pérdida de algunas facciones, a los que no están vacunados; ataca más débilmente, con escaso peligro de muerte y rarísima vez dejando huellas a los vacunados y menos a los revacunados. [...] La administración tiene el deber de obligar a vacunarse a todo ciudadano a la fuerza, haciendo lo que otras naciones en que no se permite acción alguna de la vida civil sin presentar la papeleta de vacunación, y aun enviando tropas a los pueblos para obligar a la vacunación, como se hizo en Lombardía”¹³⁷.

Si las masas no acudían a vacunarse, la vacuna tendría que ser llevada a las masas, aunque fuera forzosamente. Algunos higienistas proponían que, del mismo modo que se enviaban cuadrillas de desinfectores a las casas epidemiadas, las autoridades enviaran brigadas de vacunadores a aquellos barrios cuya población se encontraba mayoritariamente sin vacunar, así como imponer multas a todos los ciudadanos que se negaran a recibir la vacuna y exigir la presentación de un certificado de vacunación para poder trabajar en los círculos oficiales. Planteaban también la necesidad de identificar los focos infecciosos y darlos a conocer al vecindario mediante la colocación de carteles de aviso en las puertas de

¹³⁷ *El Liberal*, 15 de octubre de 1890.

los inmuebles donde existieran casos de infectados:

“Esta medida –argumentaba el doctor Castillo Piñeyro– se dirige muy principalmente contra las casas donde existen pequeñas industrias, comercios permanentes o puestos de venta, sobre todo de sustancias alimenticias, fruterías, panaderías, lecherías, etc., etc. Ocurre con frecuencia que la persona que se halla al lado de la cama de un niño atacado de difteria, de un varioloso o de otro enfermo de este género es la misma que acude a despachar frutas, legumbres, carnes, leche, pan y otros efectos, sin que para ello tome siquiera la precaución de lavarse con ácido fénico”¹³⁸.

Pero de nada servían todas las propuestas y leyes que se pudieran dictar, cuando el recelo popular hacia la vacuna se encontraba tan arraigado y la costumbre de revacunarse era prácticamente inexistente. “Publícanse artículos –decía *La Iberia*–, léense informes, discútese larga, cachazuda, enfadosamente sobre medidas higiénicas y sobre el saneamiento de la capital; se presentan planes para la higiene del porvenir, se traen ejemplos de Inglaterra, de Francia, de Bélgica; todo muy bueno. Pero entretanto que se planea y predica, la viruela se propaga más y más”¹³⁹.

Aún sería necesario que pasaran varias décadas hasta que la práctica de la vacunación comenzara a extenderse entre la población y la viruela dejara de ser el mortal enemigo que durante largo tiempo fue para la ciudad de Madrid. Hasta que ese momento llegó, este morbo continuó provocando numerosas muertes año tras año, tomando carácter epidémico en varias ocasiones más. Sin embargo, el esfuerzo realizado durante la invasión epidémica de 1890 para suministrar la vacuna al conjunto de la población no fue en vano, pues abrió la senda que posteriormente habría de seguirse para lograr la inmunización de la población contra la viruela y la definitiva erradicación de tan desoladora enfermedad.

¹³⁸ *La Época*, 23 de octubre de 1890.

¹³⁹ *La Iberia*, 21 de octubre de 1890.

1. 4. ¿Los miasmas, el terreno o las nuevas costumbres? Los gurús de la higiene ante el problema morboso

La trágica sucesión de epidemias que azotaban periódicamente al vecindario madrileño no hacía sino poner de manifiesto las pésimas condiciones sanitarias y el mal estado de salud en que se encontraba Madrid a finales del siglo XIX. Este asunto captó la atención de numerosos médicos, higienistas y pensadores sociales de la época, que dedicaron un importante número de tratados, artículos de prensa, conferencias y debates públicos a la exploración de las causas que producían la espantosa tasa de defunciones que la estadística municipal arrojaba periódicamente:

“En Madrid –escribía Enrique Serrano Fatigati en 1883– mueren, por término medio, unas dieciocho mil personas cada año, dando esta cifra la proporción del 40 por 1.000. En Londres, población envuelta por las nieblas que retienen el polvo de carbón y otros productos ácidos de sus fábricas; ciudad que tiene fama de malsana y de peores condiciones naturales que la capital española, fallecen comúnmente el 20 por 1.000 en igual periodo”¹⁴⁰.

La capital española despuntaba en el panorama urbano europeo como una de las urbes más insalubres y con una de las mayores tasas de mortalidad que se conocían. En algún momento de aquellos años terribles, alguien tuvo la ocurrencia de utilizar un epíteto fúnebre para calificar a Madrid: la *ciudad de la muerte*¹⁴¹. Esta macabra expresión comenzó a circular en los medios de prensa y acabó por penetrar en el lenguaje popular y académico, permaneciendo en el imaginario colectivo durante decenios y siendo ampliamente utilizada por la historiografía para referirse a toda una etapa de la historia de la ciudad, que abarca,

¹⁴⁰ Serrano Fatigati, Enrique. *Alimentos adulterados y defunciones. Apuntes para el estudio de la vida obrera en España*. Madrid: Imprenta de El Día, 1883, p. 104

¹⁴¹ Una de las más antiguas referencias a esta expresión que hemos hallado aparece en un artículo publicado en *El Imparcial* del 6 de agosto de 1891. En dicho artículo, redactado a guisa de discurso de una sesión del Ayuntamiento de Madrid, se emplea el epíteto en la forma que sigue: “¿Que los servicios públicos están abandonados? ¿Que Madrid necesita concejales poco teóricos y muy prácticos? ¿Que urge sanear esta ciudad de la muerte?”. En otra referencia algo posterior, la expresión es utilizada de una forma más explícita. Se trata de una carta del concejal Rafael Ginard de la Rosa dirigida a los electores de su distrito y reproducida por el diario *El País* el 3 de septiembre de 1894, en la cual se afirma: “Es Madrid la ciudad de la muerte. Mueren al año el 41 por 1.000 de sus habitantes [...], en Europa no hay capital que supere a la nuestra en esa fúnebre cifra”.

grosso modo, las décadas finales del siglo XIX y las primeras del siglo XX, hasta la gran epidemia de gripe de 1918-19.

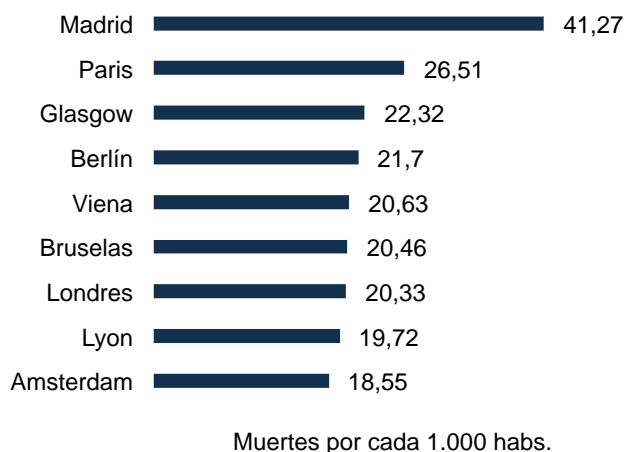


Fig. 1.32 Promedio anual de muertes por cada 1.000 habitantes en Madrid y en varias ciudades europeas durante el trienio 1880-1882.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Rebolledo Palma, Juan Antonio. “Ventilación de los edificios”. *La Ilustración Católica*, 15 de octubre de 1883, pp. 556-557.

Aunque los estudiosos contemporáneos pusieron en entredicho la fiabilidad de la estadística madrileña, y no fue hasta entrado el siglo XX cuando comenzó a considerarse que por fin se disponía de un buen registro para conocer las tasas de natalidad, mortalidad y morbilidad de la capital, así como su distribución por distritos y barrios¹⁴², lo cierto es que, incluso concediendo un amplio margen de error a los guarismos estadísticos, el análisis comparativo de la mortalidad de Madrid con la del resto de grandes poblaciones de Europa occidental la distinguía como la más mortífera de todas: en el trienio 1880-1882, la tasa de

¹⁴² Los tratadistas manifestaban que los datos que proporcionaba la Estadística demográfico-sanitaria publicada por el Ministerio de la Gobernación no eran dignos de merecer su confianza, y criticaban, sobre todo, la presentación que se hacía de los mismos. Al no ofrecerse más que la cifra definitiva referente a la natalidad, la mortalidad y la morbilidad del conjunto de Madrid, no podían estudiarse estas variables con detalle, para conocer así las verdaderas causas de la elevada mortalidad en la capital. Mariano Belmás, arquitecto del Ministerio de Fomento y autor de varios trabajos sobre la higiene de las construcciones económicas, en una obra sobre la mortalidad de Madrid, publicada en 1882, se refería a este problema en los términos siguientes: “Si después de nuestras predicaciones nos preguntaran en qué datos fijos y auténticos fundábamos los asertos, sólo podríamos responder que en la cifra total de mortalidad; porque ¿sabemos, por ventura, cuántas personas han fallecido en cada cuarto, en cada casa y en cada barrio? ¿Sabemos cuáles eran las condiciones de esos cuartos, de esas casas, de esos barrios [...] y otra variedad de datos necesarios para formar concepto? No. Nada de esto sabemos”. Véase: Belmás, Mariano. *Discusión acerca de la mortalidad de Madrid*. Madrid: Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneya, 1882, p. 21.

mortalidad que ofrecía Madrid se situaba en un 41,27 por 1.000 habitantes, es decir, en torno al doble de la cifra que presentaban capitales como Londres (20,23 ‰), Berlín (21,70 ‰), Viena (20,64 ‰), París (26,51 ‰) o Ámsterdam (18,56 ‰). Madrid era un verdadero foco de muerte, cuya tasa de defunciones solo podía compararse con la que ofrecían algunas de las urbes más antihigiénicas y deletéreas que se conocían a nivel internacional, como Calcuta (41,40 ‰), San Petersburgo (41,20 ‰) o Río de Janeiro (44 ‰) ¹⁴³.

Para los higienistas de la época que se dedicaron al estudio de las causas de la excesiva mortalidad de Madrid, la explicación de ella radicaba esencialmente en el abandono en que se tenían todos los asuntos relacionados con la salud pública en España. “En Madrid principalmente raya en lo criminal ese abandono”, se leía en un artículo publicado en 1884 en *La Higiene*, uno de los órganos de la prensa médica que más se destacó en la década de 1880 por la campaña que hizo en pro de la mejora de las condiciones sanitarias de la urbe madrileña. Ese mismo artículo decía:

“El aire que se respira [en Madrid] resulta envenenado por los miasmas de los cementerios y las alcantarillas; las habitaciones son incapaces para la vida de una sola familia por las malas condiciones que poseen, y si a esto se añade que en la mayor parte de ellas viven hacinados los individuos de dos y hasta tres o cuatro familias, se comprenderá fácilmente lo angustiosa que debe ser su situación” ¹⁴⁴.

Todos los expertos decimonónicos versados en materia sanitaria coincidían en que la impureza del aire, continuamente cargado de vapores mefíticos, que se respiraba en las calles de la ciudad y en las habitaciones insalubres donde se hacinaban las clases menesterosas, constituía uno de los principales factores que explicaban la facilidad con que se enfermaba y se moría en Madrid. La teoría miasmática de la enfermedad, aceptada tanto en los círculos científicos como en los periodísticos y a nivel popular, era complementada con la teoría telúrica a la hora de ofrecer una explicación coherente de las causas de la altísima mortalidad urbana. Según sostenían los galenos del momento, la abundancia de miasmas pestilentes concentrados en el aire respirado por los madrileños encontraban un

¹⁴³ Soria, Arturo. “Las ciudades más notables por sus condiciones higiénicas y el matadero de Madrid”. *El Progreso*, 14 de mayo de 1883. Para el estudio histórico de la mortalidad en perspectiva comparativa, véase: Reher, David S., Schofield, Roger S. y Bideau, Alain (eds.). *The decline of mortality in Europe*. Oxford: Clarendon Press, 1991.

¹⁴⁴ *La Higiene. Semanario científico popular* 81 (1884): 172.

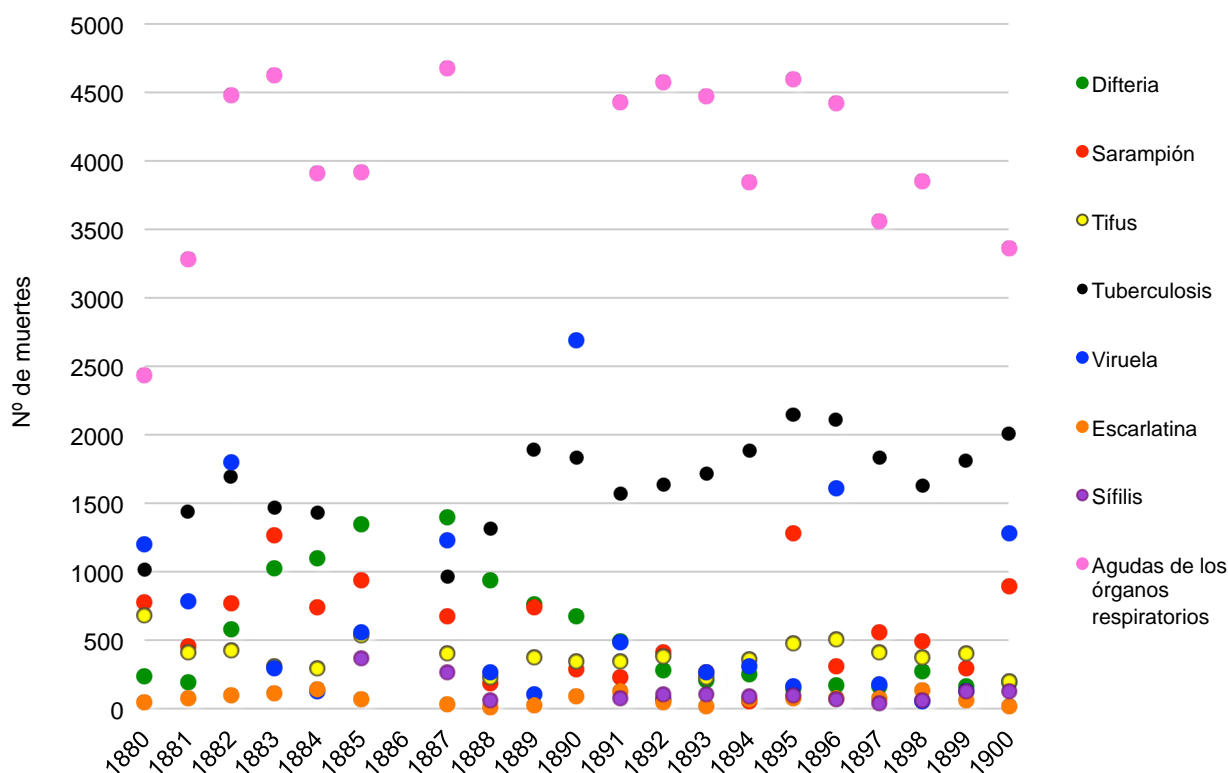


Fig. 1.33 Defunciones producidas por las principales enfermedades infecciosas en Madrid durante los años 1880-1900.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Jiménez López, Julio. *Demografía sanitaria: Madrid-España. Movimiento de población en nacimiento y defunciones*. Madrid: Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra", 1889; Hauser, Philip. *Madrid bajo el punto de vista médico-social*. Madrid: Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra", 1902, vol. 2.

Nota: Quedan sin consignar las muertes del año 1886, así como las causadas por tuberculosis en 1885, por las dolencias agudas de los órganos respiratorios en 1888-90 y 1899 y por sífilis en 1880-84, 1889 y 1890, debido a que dichas cifras no figuran en la documentación consultada.

aliado excepcional para propagar la muerte en las condiciones del terreno sobre el que se levantaba la ciudad.

Este enfoque lo encontramos en la mayor parte de los trabajos consagrados al problema de la mortalidad de Madrid publicados durante el último tercio del siglo XIX. Para Mariano Belmás, arquitecto del Ministerio de Fomento, las causas más notables de la elevada mortalidad madrileña se sintetizaban en tres puntos capitales, a saber: la permeabilidad del pavimento de las calles, que permitía la filtración de los deshechos al terreno; la mala disposición de las casas, que daba por resultado la existencia de cuartos faltos de luz y de ventilación; y la falta de aislamiento entre los retretes de los edificios y las alcantarillas, cuyas emanaciones nocivas entraban en el interior de las habitaciones por la

continuidad existente entre las cloacas y las viviendas¹⁴⁵. Un farmacéutico del Cuerpo de Sanidad Militar, José Úbeda y Corral, en un estudio que realizó en 1900 acerca del problema de la mortalidad en Madrid y de los medios para atajarla, afirmaba que:

“En nuestra población, los vientos y el sistema de limpieza y regado de sus calles que se sigue, mezclan con el aire, sobre todo en los meses secos y en los de verano, cantidades verdaderamente enormes de polvo, procedente, en su mayor parte, del detestable sistema de afirmado y revestido de la vía pública que predomina en la población; de lo mal cuidadas que se encuentran sus calles, plazas y paseos, y de las deplorables costumbres del vecindario que [...] considera la calle como el vertedero común de todos los residuos de la limpieza de las casas, tiendas y establecimientos de todas clases, y en ella sacude las ropas, esteras, alfombras, cortinas, etc., de sus cuartos, sin ocuparse de hora ni ocasión; en ella descarga las sustancias o productos en que comercia, y hasta en ella verifica, con deplorable frecuencia y grave detrimento del ornato público y de la vista, y aun del olfato del transeúnte pacífico, actos fisiológicos, para ejecutar los cuales todas las casas tienen un sitio reservado”¹⁴⁶.

Úbeda y Corral también se refería en su trabajo a la naturaleza del suelo que servía de asiento a Madrid como un factor importante del estado higiénico de la urbe, afirmando al respecto que la permeabilidad y la porosidad que presentaba el terreno favorecía la penetración de las impurezas y materias orgánicas de la superficie a la profundidad del mismo, constituyendo un elemento muy desfavorable a la salubridad de la urbe¹⁴⁷. El farmacéutico ponía como ejemplo el aumento repentino de fiebres infecciosas de tipo tífico que se registró durante la primavera de 1898 en el barrio de Salamanca, coincidiendo dicho aumento con la remoción del suelo de las calles de dicho barrio, realizada con motivo del cambio del empedrado y de la instalación de la conducción subterránea de cables para el alumbrado eléctrico en aquel sector¹⁴⁸.

¹⁴⁵ Belmás, Mariano: *Op. cit.*, p. 8.

¹⁴⁶ Úbeda y Corral, José. *Medios de disminuir la mortalidad en Madrid*. Madrid: Imprenta del Cuerpo de Administración Militar, 1900, p. 14.

¹⁴⁷ *Ibíd.*, p. 44.

¹⁴⁸ *Ibíd.*, pp. 33-34.

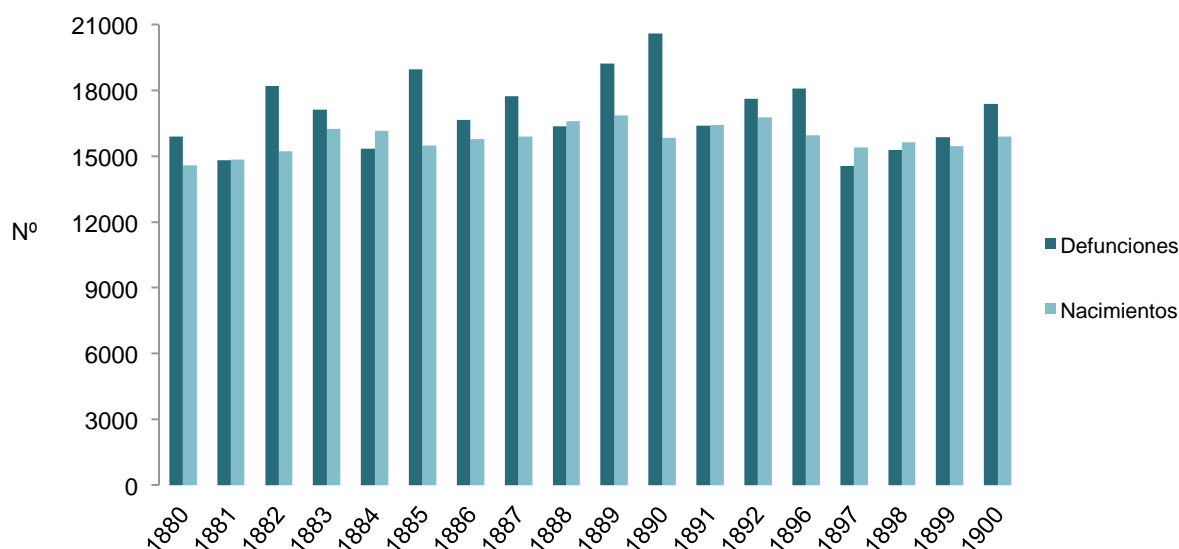


Fig. 1.34 Cifras absolutas de natalidad y mortalidad de Madrid durante los años 1880-1892 y 1896-1900.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Jiménez López, Julio: *Demografía sanitaria. Madrid-España. Movimiento de población en nacimiento y defunciones*, Madrid, Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra", 1889; Instituto Geográfico y Estadístico. *Movimiento de la población de España. Septenio de 1886-92*. Madrid: Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1895; García del Real, Eduardo. *¿Debe emplearse en la lactancia artificial la leche esterilizada o la cruda? Juicio crítico de las ventajas é inconvenientes de una y otra*. Madrid: Est. Tip. de los hijos de Tello, 1911.

Estrechamente relacionado con la calidad del aire y las condiciones del suelo, algunos expertos apuntaban la influencia que ejercía sobre la salud de la población el arbolado, o mejor dicho, la ausencia de árboles en el espacio urbano y, sobre todo, en los alrededores de la urbe. Hallábase muy extendida la idea de que los campos cercanos a la capital, los cuales, según contaban las crónicas, siglos atrás se encontraban poblados de frondosos bosques, pero que a la altura de 1880 no eran sino páramos yermos desprovistos de vegetación, “con aspecto de llanura de la Mancha o de estepa asiática”, contribuían en buena medida al aumento de la cifra de defunciones, por no ofrecer obstáculo alguno a la entrada de los gélidos vientos procedentes de la cordillera Carpetana¹⁴⁹. El doctor Méndez Álvaro añadía a la ausencia de una barrera de protección levantada por la naturaleza contra las corrientes de aire frío que tantas afecciones del aparato respiratorio provocaban (ver fig. 1.34), el derribo de la cerca de la ciudad en 1869:

¹⁴⁹ Rodrigáñez, Celedonio. *El arbolado de Madrid*. Madrid: Imprenta y litografía municipal, 1889, pp. 7-9.

“Aun las míseras tapias –escribía el distinguido médico– que ceñían a guisa de murallas el casco de la población hasta hace quince años, derribadas con la mira, entre otras, de facilitar una ventilación más amplia, prestaban quizás alguna defensa y resguardo”¹⁵⁰.

Los higienistas sostenían que la tala indiscriminada de los montes que circundaban el entorno de Madrid había desprovisto a la ciudad de una defensa natural contra los peligrosos vientos del Guadarrama. La consecuencia que se derivaba de este hecho era que el clima apacible del que otrora disfrutara la capital, se hubiera tornado áspero y proclive a la propagación de enfermedades, pues los deletéreos miasmas circulaban con mayor libertad por no existir la vegetación que impidiera su expansión. La solución que proponían los higienistas para poner fin a este serio problema era repoblar de bosques los terrenos estériles de las cercanías de Madrid, especialmente de la parte norte, por donde entraban los fríos vientos de la sierra. Algunos defendían que si se sembraba de coníferas un perímetro de dos kilómetros en torno a la población, se conseguiría formar, en unos pocos años, un cinturón verde en forma de espeso arbolado, que libraría a la capital de la dañina acometida de las corrientes de aire serrano¹⁵¹.

Otros investigadores de la cuestión sanitaria encontraban las causas del mal estado sanitario de la ciudad y del aumento de la morbilidad y la mortalidad, no en los elementos medioambientales, sino en los factores sociales. Para estos autores, el hecho de que la mortalidad por enfermedades infectocontagiosas mostrase sus niveles más elevados en las barriadas donde predominaba el vecindario menestral y jornalero encerraba la clave de este problema. Las condiciones de vida de las familias trabajadoras, que representaban el grueso de la población, constituían un elemento ineludible para explicar la morbosidad de Madrid. Así lo afirmaba Enrique Serrano Fatigati. Después de examinar quinientas viviendas de los barrios bajos marcadas en la estadística como focos de enfermedad y muerte, el profesor Serrano Fatigati exponía en el informe que presentó a la Comisión de Reformas Sociales:

¹⁵⁰ Méndez Álvaro, Francisco. *Resumen de la discusión sobre la mortalidad de Madrid*. Madrid: Imprenta de Enrique y Teodoro, 1882, p. 11.

¹⁵¹ Esta propuesta aparece en numerosos estudios y artículos de prensa dedicados al problema del arbolado urbano. Véase: *La Correspondencia de España*, 20 de abril de 1885; Rodríguez, Celedonio. *Op. cit.*, p. 12 y ss.; Ruiz de Salazar y Usátegui, José Manuel. *Lo que debe ser Madrid*. Madrid: Gregorio Juste, 1892, pp. 12-13; Úbeda y Corral, José: *Op. cit.*, pp. 54-55.

“La mortalidad de las masas obreras es superior a la de las demás clases sociales. [...] En algunas calles habitadas casi completamente o completamente por jornaleros y desvalidos (Amparo, Chopá, etc.), la cifra relativa de mortalidad está representada casi por el doble de la cifra media de Madrid, según se deduce de los datos consignados en el Registro Civil, pudiendo calcularse, por lo tanto, que es el doble o algo más de la de las otras clases sociales”¹⁵².

La mala dieta que observaban las clases populares, la falta de salubridad en el interior de sus viviendas y la carencia de precauciones higiénicas en sus lugares de trabajo constituían una combinación fatal, que predisponía a contraer toda suerte de enfermedades y a tener una muerte prematura. La hipótesis de que los factores de naturaleza social jugaban un papel determinante en el estado de salud de la población madrileña, quedaba claramente confirmada en el hecho que aquellos sectores de la ciudad donde predominaban las clases medias y privilegiadas registraban unas cifras de morbilidad muy inferiores a las de los barrios pobres. De esta observación, el profesor Serrano Fatigati concluía que el único medio para mejorar las condiciones sanitarias del conjunto de la urbe era clausurar las viviendas insalubres, demoler los suburbios degradados para levantar en su lugar barrios higiénicos y elevar la cuantía de los jornales, cuya escasez condenaba a los trabajadores a una existencia miserable¹⁵³.

Estrechamente relacionado con este último punto, algunos urbanistas, como Arturo Soria y Mata, veían en la propia estructura de la ciudad un factor que contribuía en grado sumo al mal estado de la salud pública de Madrid. Con arreglo a este criterio, la capital española necesitaba urgentemente ser sometida a una operación de cirugía *haussmanniana*, para abrir grandes vías en su interior, que permitieran sanear la población y eliminar los barrios de la muerte en los que malvivía una multitud abigarrada. Asimismo, era necesario edificar, con arreglo a un sistema de construcción racional, nuevos espacios residenciales en la periferia, donde las calles espaciosas, escoltadas por largas filas de árboles por las que corriera el aire y entrara la luz solar, constituirían la nota dominante. Tales medidas

¹⁵² *Reformas Sociales. Tomo II. Información escrita practicada en virtud de la Real orden de 5 de Diciembre de 1883*. Madrid: Manuel Minuesa de los Ríos, 1890, p. 69.

¹⁵³ *Ibíd.* p. 72.

permitirían poner freno al incremento de la enfermedad y lograr un descenso de la espantosa tasa de morbilidad y mortalidad madrileña¹⁵⁴.

Pero aún había otra causa que algunos publicistas de la higiene apuntaban como principal a la hora de explicar las alarmantes cifras que ofrecía la estadística mortuoria de la capital: el cambio de costumbres vinculado a la vida moderna que se había operado a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Para algunos autores, la mortalidad de Madrid no obedecía tanto a las razones anteriormente apuntadas como a la transformación que había experimentado la vida social en las últimas generaciones.

El tipógrafo, periodista y escritor Dionisio Chaulié, en un artículo que publicó en 1882 bajo el título *Madrid en peligro*, se refería a la paradoja que representaba el hecho de que las reglas de higiene y la policía urbana hubieran mejorado notablemente desde mediados del siglo XIX, pero que, al mismo tiempo, la mortalidad no dejase de aumentar, alcanzando ésta extremos hasta entonces desconocidos. La explicación de este fenómeno residía, según Chaulié, en “el cambio de costumbres que se observa desde hace algunos años en la vida pública y privada de los habitantes de la Corte”¹⁵⁵.

Para el autor de *Cosas de Madrid*, no era casualidad que el excesivo número de defunciones que se observaba en la capital española fuese parejo con la variación en el género de vida, pues las costumbres modernas eran contrarias a los más elementales preceptos que habían de seguirse para mantener en buen estado la salud y evitar la enfermedad. De entre aquellas costumbres modernas que tanto influían en el mal estado de salud de la población, Dionisio Chaulié subrayaba la moda que había surgido entre las clases medias y adineradas de pasar las noches en ciertos establecimientos consagrados al ocio:

“Pernicioso al extremo es el uso establecido de hacer de la noche día y del día noche. [...] Pero no es tan solo perjudicial la vigilia en sí misma, sino que, por lo común, toda o gran parte de ella se pasa en cafés y teatros, donde la mucha concurrencia, las luces y el humo del tabaco hacen el aire irrespirable. [...] En estos centros de aire viciado es donde se debilita el sistema respiratorio, predisponiéndole a las pulmonías del invierno”¹⁵⁶.

¹⁵⁴ Soria y Mata, Arturo. *Conferencia dada en El Fomento de las Artes por don Arturo Soria y Mata, el día 13 de enero de 1894, acerca de su sistema de urbanización*. Madrid: Imp. de Juan Cayetano García, 1894, p. 10.

¹⁵⁵ Chaulié, Dionisio. “Madrid en peligro”. *Revista Contemporánea*, septiembre de 1882, pp. 313-339, p. 314.

¹⁵⁶ *Ibíd.*, p. 323.

Nuestro polifacético autor no se quedaba solo en su denuncia contra el ocio nocturno de los tiempos modernos. Diversos higienistas alertaban de las nefastas consecuencias que las nuevas costumbres que estaban implantándose tenían sobre la salud pública. Según manifestaban los entendidos, someter al organismo a las bruscas variaciones de temperatura que se producían al permanecer durante horas en un lugar caldeado, como un teatro o un café, y salir repentinamente a la calle, donde los termómetros podían dar en invierno temperaturas bajo cero, era motivo bastante para provocar una enfermedad aguda en el aparato respiratorio. Esto explicaba por qué las afecciones de dicho aparato eran tan frecuentes entre los madrileños y la capacidad que poseían para entregar año tras año enormes contingentes de infelices a la Parca. “Hay un detalle que confirma esta idea –decía el farmacéutico Ubeda y Corral–, y es el de que, por regla general, la pulmonía en Madrid, durante los inviernos, ataca de preferencia a las personas bien acomodadas, que son las más expuestas por razón de los lugares que frecuentan y de las comodidades de que se rodean”¹⁵⁷.

Philip Hauser también se refería a la nueva costumbre de salir a alternar tras la caída de la noche como una de las causas sociales cuya influencia morbífica se dejaba sentir en la frecuencia con que ocurrían las enfermedades de las vías respiratorias entre la población:

“Madrid es casi la única ciudad donde la vida social en el invierno no existe más que durante la noche. Entre las clases acomodadas de la sociedad no se cena antes de las ocho o nueve de la noche, y después de levantarse de la mesa van a frecuentar los teatros u otros círculos de sociedad. Los teatros no concluyen nunca antes de la una de la mañana, y algunas veces más tarde, y muchas personas, a su salida del teatro, no vuelven en seguida a sus casas, sino que van primero al café, al restaurant o al club. Resulta que se acuestan tarde, a las tres y a las cuatro de la mañana, y por consiguiente, se levantan tarde también a la mañana siguiente. Se almuerza a las horas avanzadas del día, y por las tardes se da un paseo en coche cerrado”¹⁵⁸.

Algunos medios de prensa se sumaron a los higienistas en su crítica al ocio nocturno y promovieron una campaña para solicitar que las funciones teatrales terminaran a medianoche. A ella se agregaron varios médicos respetables, convencidos de que la mala

¹⁵⁷ Ubeda y Corral, José. *Op. cit.*, p. 18.

¹⁵⁸ Hauser, Philip: *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 128-129.

vida que se hacía en Madrid tenía tanto peso en el desarrollo de enfermedades y en la excesiva mortalidad como la combinación de factores de tipo miasmático, climático o telúrico¹⁵⁹. Quienes denunciaban esta moda de la febril vida noctámbula, añoraban los tiempos en que, en vez de ir al café para formar tertulia, las reuniones en sociedad tenían lugar en la trastienda o en la casa del maestro artesano, y las meriendas y bailes se hacían al aire libre, antes de que se pusiera el sol. “[Pero] todo esto ha concluido –escribía Chaulié–. Los bailes al aire libre, las meriendas y días de campo [...] se han reemplazado por otros a deshora, donde se respira un aire infecto, que aumenta la fatiga de una vigilia pasada en danzas exóticas”¹⁶⁰.

No solo los individuos de las clases medias y adineradas que gustaban de ir al teatro y entregarse al bullicio de los elegantes cafés y los lujosos restaurantes se enrolaron en las filas del ejercito de noherniegos que pululaba por el Madrid de fin de siglo, siguiendo el son que la vida moderna marcaba. Las clases populares también participaban de la vida nocturna que los publicistas e higienistas denunciaban con vehemencia por lo perniciosa que resultaba para la salud. Hauser observaba que:

“[Existe] una parte de la clase obrera que pasa las noches en los cafés o en las tabernas, con el doble fin de calentarse y tomar alimento de poco coste, aunque no sea siempre suficiente en calidad y en cantidad para suplir las fuerzas gastadas en el trabajo durante el día. Es sabido que en estos sitios de reunión la calefacción se verifica por medio de la estufa. Añádase a esto el número de personas que se juntan en ellos, de las cuales la mayor parte fuman un tabaco malo, y se comprenderá hasta qué grado se encuentra viciado el aire; por lo tanto, no extrañará a nadie que estas personas mal alimentadas, después de haber respirado un aire saturado de emanaciones humanas, cuando llegan a sus casas se encuentren con falta de aptitud para luchar contra las condiciones de sus dormitorios fríos, mal ventilados y algunas veces húmedos, como son los pisos bajos y también algunas guardillas, constituyendo así un terreno de cultivo favorable para el microbio de la pulmonía”¹⁶¹.

¹⁵⁹ *La Correspondencia de España*, 20 de abril de 1885.

¹⁶⁰ Chaulié, Dionisio. *Op. cit.*, p. 335.

¹⁶¹ Hauser, Philip. *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, p. 129.

El consumo abusivo de café era otro de los hábitos de nuevo cuño que algunos autores percibían como causante de desarreglos en la salud de la población. Si bien la toma de café era una costumbre popular arraigada en Madrid desde antiguo, a Dionisio Chaulié le llamaba la atención que cada vez se bebiese más café y, sobre todo, que se ingiriese a todas horas. Con ello no se perseguía saborear los aromas de esta bebida, sino “generar una energía ficticia, que puede compararse a la rotación acelerada de una máquina construida para un movimiento regular y acompasado”¹⁶². Ya no se tomaba café por el simple gusto de hacerlo, sino para obtener una energía extra que permitiera realizar las actividades cotidianas y laborales con mayor vigor.

Esta nueva práctica se encontraba en estrecha conexión con “la intranquilidad de espíritu en que vive la sociedad moderna –continuaba Chaulié–. Siempre inquietos y agitados, ansiosos de goces y persiguiendo esperanzas que no se realizarán jamás, nos revolvemos sin punto de reposo por satisfacer necesidades ficticias, que por lo común no están a nuestro alcance. De ahí tantas decepciones, origen de males sin cuento que atacan nuestros principales órganos”¹⁶³. El nuevo modo de vivir, cada vez más vertiginoso, repercutía en la salud de la población causando numerosos trastornos, y así era percibido por los escritores sociales. Éstos defendían que el cambio de costumbres operado en la sociedad madrileña desde mediados del siglo XIX había provocado la aceleración del ritmo de vida de la población, y para poder seguir dicho ritmo, era necesario efectuar un desgaste extraordinario de fuerza física y mental, lo que se traducía en la debilitación del organismo y en la aparición de diversas enfermedades que conducían a la descomposición del estado de salud general de Madrid y a la excesiva mortalidad que cada año se registraba en la urbe. Para los mencionados escritores, no cabía duda de que los formidables avances que se dejaban sentir en todos los órdenes de la vida moderna provocaban efectos secundarios indeseables:

“Es indudable que en comodidades, brillo real o aparente, abundancia de distracciones efímeras, hemos ganado mucho, mas pagándolo bien caro. [...] El cambio de costumbres ha conducido a un mal derrotero. La corrupción social ha terminado las virtudes austeras. Los hombres se abandonan a ese afán de goces que pone en peligro la existencia de la población de Madrid”¹⁶⁴

¹⁶² Chaulié, Dionisio. *Op. cit.*, p. 323.

¹⁶³ *Ibíd.*, p. 335.

¹⁶⁴ *Ibíd.*, pp. 338-339.

Más allá de la elaboración de teorías explicativas del por qué de la nefasta situación sanitaria en que había caído la urbe madrileña, la necesidad de pasar a la acción era imperiosa: había que tomar medidas efectivas para disminuir las altísimas cifras de mortalidad y morbilidad que arrojaba la estadística municipal desde que se tenía conocimiento de su existencia. Este objetivo llevó a un grupo de médicos higienistas, liderado por algunas de las figuras más brillantes de la medicina española decimonónica, como los doctores Méndez Álvaro y Carlos María Cortezo, a emprender una campaña contra la insalubridad y en pro de la higiene urbana, que terminaría cristalizando en la fundación de la Sociedad Española de Higiene en 1881.

La fundación de esta asociación tuvo lugar en el gabinete de la casa del doctor Méndez Álvaro, donde se reunió amistosamente un grupo de médicos formado por los doctores Ibáñez de Aldecoa, Montejo, Hernández Iglesias y el citado Cortezo, para conferenciar acerca de la necesidad de organizar la acción contra la morbosidad y la mortalidad excesiva de la población española. Siguió a esta primera entrevista otra más numerosa, a la cual se agregaron los reputados doctores Torres Muñoz y Luna, Téllez, Díaz Benito, Sanz Bombín, Letamendi, Álvarez Capra, Belmás y Adaro, que redactaron y aprobaron los estatutos de la Sociedad:

“Tratábase de la implantación en nuestro país –decía el doctor Cortezo en el discurso que pronunció en la inauguración de la Sociedad – de una Sociedad con que cuentan ya todos los pueblos civilizados, para en ella prestar culto al estudio y a ayudar a la generalización de la ciencia de la Higiene. [...] Vivir más y vivir bien; acrecentar el bienestar físico; ayudar al desarrollo de las facultades individuales; velar por la protección del débil; acudir al que comienza a vivir; aconsejar al ignorante; atraer la atención de las colectividades y la actividad del Estado. Estos y otros muchos problemas se imponían con el carácter de cuestiones de interesante estudio”¹⁶⁵.

¹⁶⁵ Cortezo, Carlos María y Méndez Álvaro, Francisco. *Discursos pronunciados en la solemne inauguración de la Sociedad Española de Higiene*. Madrid: Imprenta de Enrique y Teodoro, 1882, pp. 4-5.



Fig. 1.35 García Ayola, José. *Epidemia colérica de 1885. Médicos que, pese al riesgo de contagio, se ofrecieron espontáneamente a combatirla.* Fotografía. 1885.

Fuente: Banco de imágenes de la Real Academia Nacional de Medicina.

La Sociedad Española de Higiene aspiraba a ser una institución catalizadora de las esperanzas que albergaban los higienistas españoles de librar a las masas desheredadas de los infinitos males morbosos que les afligían. Desde su fundación, la Sociedad emprendió una ardua labor de propaganda, organizando conferencias públicas sobre los problemas de la insalubridad en Madrid y en España en general, para promover el estudio científico en torno a esta cuestión, y difundiendo, a través de la prensa popular, los principios de la higiene, mostrándose especialmente activa su campaña de información y prevención durante los distintos periodos de exacerbación epidémica que sufrió la capital.

No deja de sorprender que, a pesar de que el estado de la salud pública madrileña en el último tercio del siglo XIX era funesto, la visión que mostraban los higienistas no era en absoluto pesimista. Ello se debía en buena medida a que aún estaba candente el recuerdo de la calamitosa situación sanitaria existente apenas medio siglo atrás, la cual había mejorado notablemente gracias a la aplicación de los más elementales preceptos de la higiene y a los descubrimientos que había hecho la ciencia médica. Enfermedades tan terribles como el llamado fuego de San Antonio, la lepra o la peste, que durante siglos habían diezmando a los pueblos, ya no constituían una amenaza significativa para la salud de los pueblos, quedando

reducida su letalidad a pequeños focos controlados. Otras tan siniestras como el carbunco o la pelagra apenas causaban un porcentaje minúsculo de la cifra total de defunciones. La propagación de la viruela, aun cuando continuaba causando terribles estragos, podía llegar a ser controlada mediante la vacunación, albergándose la esperanza de que algún día esta repugnante enfermedad fuera enteramente erradicada. Los estudios clínicos sobre la etiología de otros males extendidos, como la sífilis, el tifus y el escorbuto, estaban dando resultados positivos hacia el avance en su profilaxis y la eficacia de su tratamiento¹⁶⁶. Todo ello ofrecía en su conjunto una visión optimista que alentaba la creencia en el progreso médico y en la mejora del estado sanitario. La fuerza que transmitía esta creencia servía a los higienistas como punto de apoyo para continuar, con el mayor empeño, su combate contra la insalubridad, la enfermedad y la muerte prematura¹⁶⁷.

¹⁶⁶ *Ibíd.*, pp. 15-17.

¹⁶⁷ Sobre el papel de los factores científico-médicos en el descenso de la mortalidad desde 1885, véase: Bernabeu Mestre, Josep. “Transición sanitaria y evolución de la medicina (diagnóstico, profilaxis y terapéutica), 1885-1942”. *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica* 16.21 (1998): 15-38.

Capítulo 2. El precio de la desigualdad: enfermar y morir como cuestión social

“Hasta la saciedad han demostrado las investigaciones estadísticas que la mortalidad de las clases pobres es mayor que la de las acomodadas. No es en verdad tarea muy fatigosa la de hallar las causas que expliquen este hecho. Permite la riqueza mejor y más sana alimentación, habitación más espaciosa y más cómodo y mejor vestido, y si a esto se añade la ociosidad o un trabajo moderado, realizado en condiciones higiénicas, queda hallada la explicación”.

Revenga, Ricardo. *La jornada de ocho horas*. Madrid: Lib. Ed. de Bailly-Baillière e Hijos, 1903, p. 78.

2. 1. El trasfondo social de la sobremortalidad madrileña

La excesiva mortalidad de la población de Madrid constituyó el principal problema al que hubo de enfrentarse la capital durante los primeros lustros del novecientos. Políticos, higienistas, sociólogos y, en general, todos aquellos especialistas interesados en el estudio de la demografía y del estado sanitario urbano, se mostraban escandalizados ante las abrumadoras cifras de defunciones que periódicamente arrojaba la estadística municipal. La comparación del número de óbitos que cada año se producían en Madrid con el de las demás ciudades de Europa, no hacía sino resaltar el carácter mortífero de la urbe madrileña, que a comienzos del siglo XX se distinguía por ser una de las poblaciones que registraban la mortalidad más elevada de todo el continente. Así, mientras que la tasa de mortalidad de la mayor parte de las ciudades de Europa Occidental en 1905 se encontraba entre 15 y 20 fallecidos por cada mil habitantes, en Madrid dicha tasa era de 28 por 1.000 (ver fig. 2.1).

La consideración de Madrid como *ciudad de la muerte* estaba sustentada, como bien puede comprobarse, en la trágica situación que reflejaba la estadística fúnebre. Sin

embargo, las grandes diferencias que se daban en la mortalidad registrada en los distintos distritos de la ciudad, unido al hecho de que dicha mortalidad hubiera descendido más de diez puntos durante las dos últimas décadas del siglo XIX, debido en buena medida a las tímidas mejoras sanitarias introducidas en la población tras los cataclismos epidémicos finiseculares, ponía de relieve que el exceso de muertes en Madrid obedecía, en último término, a causas de orden social, de manera que, tal como afirmaban los estudiosos dedicados a la cuestión de la sobremortalidad madrileña, si se identificaban esas causas y se actuaba sobre ellas, sería posible hacer descender la enorme cifra de muertes hasta conseguir unos niveles tolerables. No se trataba de que Madrid fuese una fábrica de cadáveres, que careciera por su ubicación geográfica y sus condiciones naturales de los elementos necesarios para permitir a sus habitantes disfrutar de una vida larga y saludable; lo que sucedía era que las condiciones de vida de las capas más desfavorecidas de la población enviaban prematuramente al cementerio a un elevado contingente del vecindario de los barrios pobres e insalubres, los cuales representaban una parte importante del panorama urbano madrileño.

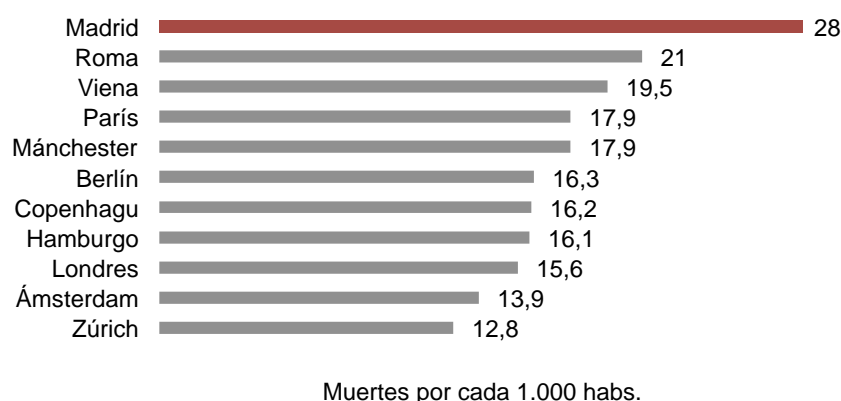


Fig. 2.1 Tasa de mortalidad general de Madrid y de varias ciudades europeas, 1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos disponibles en: Lasbennes, Luis. *Mortalidad de Madrid comparada con la de las demás capitales de Europa: sus causas y reformas administrativas que podrían contribuir a su disminución*. Madrid: Imp. Municipal, 1912.

La percepción de la mortalidad excesiva como una cuestión de naturaleza eminentemente social se encuentra presente en las reflexiones de todos los pensadores de la época que se consagraron al estudio sistemático de este problema. Ricardo Revenga, oficial de la Sección de Estadística del Ministerio de Obras Públicas y autor

de una serie de trabajos sobre diversas cuestiones sociales y demográficas, en un estudio dedicado a la muerte en Madrid, publicado en 1901, no dudaba en atribuir a la miseria la gran mortalidad que año tras año afligía a la capital y que tantas vidas segaba con funesta antelación. La combinación de una alimentación insuficiente, el hacinamiento humano en habitaciones insanas y la ignorancia de los preceptos más elementales de la higiene que caracterizaba la vida en las barriadas proletarias, se traducían en una cifra obituarial tan elevada como espeluznante. Según expresaba el citado autor:

“El número mayor de defunciones ocurre en la Inclusa, Universidad y La Latina, que son los distritos habitados por las clases pobres, y en los que las gentes viven en peores condiciones, privados de aire y luz por la construcción antigua de las viviendas y por el abandono y la falta de limpieza en las habitaciones y en las personas”¹.

Todas las evidencias estadísticas disponibles remitían, en último término, a la estrecha relación entre pobreza y mortalidad. No era casualidad que aquellas zonas de la ciudad habitadas por familias trabajadoras de escasos recursos, coincidieran con los espacios en los que la tasa de defunciones llegaba a alcanzar cifras monstruosas, y que, a su vez, los sectores acomodados de la población ofreciesen una mortalidad baja, existiendo una diferencia abismal entre los barrios cuya mayoría de vecinos disfrutaba de una buena posición social y aquellos que pasaban sus días bajo el yugo de la miseria.

Para los higienistas que se encontraban en la vanguardia de la lucha contra la mortalidad urbana, esta desigualdad escondía un lado optimista. Si la tasa de muertes en un grupo de barrios de Madrid se situaba por debajo de 14 defunciones por cada mil habitantes, siendo similar e incluso inferior a la que registraban ciudades europeas como Zúrich o Ámsterdam, que se distinguían por figurar entre las más salubres del continente, Madrid no estaba condenada a ser la necrópolis colosal que algunos percibían, puesto que en ella podían darse –y de hecho se daban en determinadas áreas del territorio municipal– las condiciones higiénicas necesarias para que la población no sucumbiera ante las garras de la muerte en las tremendas proporciones que lo hacía.

¹ Revenga, Ricardo. *La muerte en Madrid. Estudio demográfico*. Madrid: Imp. de Enrique Teodoro y Alonso, 1901, pp. 17-18.

Barrio	Población	Nº de defunciones	Tasa de mortalidad (‰)	Alquiler medio de la vivienda (pts./mes)
Doctor Fourquet*	6.367	443	69,58	No disponible
Santa María de la Cabeza	5.687	317	55,74	19,13
Cardenal Cisneros	4.058	178	48,86	31,18
Bellas Vistas	5.936	280	47,17	10,01
Huerta del Bayo	4.885	226	46,26	No disponible
Balmes	6.249	288	46,09	19,92
Aguas	5.497	241	44,65	24,3
Humilladero	4.099	181	44,15	31,29
Calatrava	5.924	255	43,05	24,93

Tabla 2.1 Barrios de mortalidad máxima en Madrid, 1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos disponibles en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906; y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 (formularios correspondientes a los barrios indicados).

* *Nota:* la cifra excesiva que ofrece el barrio del Doctor Fourquet se debe a que en dicho barrio se encontraba el Hospital Provincial, y parte de las muertes ocurridas en este establecimiento (personas sin domicilio conocido, etc.) eran sumadas a las de los vecinos del barrio, produciéndose un desfase que resulta imposible de corregir.

Barrio	Población	Nº de defunciones	Tasa de mortalidad (‰)	Alquiler medio de la vivienda (pts./mes)
Almirante	7.355	69	9,39	No disponible
Conde Duque	4.881	57	11,68	No disponible
Biblioteca	5.742	74	12,89	155,02
Floridablanca	5.667	76	13,41	208,87
Apodaca	5.752	79	13,74	No disponible
Guindalera	8.210	114	13,89	No disponible
Pacífico	5.889	82	13,92	23,81
Campoamor	6.670	94	14,09	No disponible
Monasterio	6.676	95	14,23	103,19
Hernán Cortés	6.114	90	14,72	No disponible

Tabla 2.2 Barrios de mortalidad mínima en Madrid, 1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos disponibles en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906; y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 (formularios correspondientes a los barrios indicados).

Nota: causa extrañeza que el barrio del Pacífico, con un alquiler medio de la vivienda tan bajo, tuviera una mortalidad de 13,92 ‰. Sin embargo, la estadística no deja lugar a dudas en cuanto a la cifra de defunciones de dicho barrio y a la proporción de éstas con respecto al total de habitantes. A no ser que exista una errata, estaríamos ante la excepción del grupo.

Según manifestaban estos expertos, conseguir la disminución de la cifra de óbitos de Madrid sería una tarea posible si se lograba extender al conjunto de la ciudad las condiciones generales de salubridad que existían en aquellos barrios de mortalidad baja. Así lo defendía César Chicote, director del Laboratorio Municipal desde 1898, quien, refiriéndose a esta cuestión en un informe sobre la actividad desarrollada por la expresada institución sanitaria durante el año 1906, sentenciaba:

“No; Madrid no es la *ciudad de la muerte*: Madrid es un pueblo que tiene condiciones naturales para ser a muy poca costa uno de los más sanos de Europa. [...] Sería bien fácil reducir la mortalidad a los límites aceptables que ofrecen los distritos de Buenavista, del Centro y del Hospicio”².

Basándose en los datos que ofrecía la estadística sanitaria autóctona, Chicote señalaba como primera causa de la elevada mortalidad de Madrid la existencia de una serie de espacios urbanos que constituían, por sí mismos, verdaderos focos de muerte. Estos lugares se presentaban en forma de islotes dispersos por la geografía de la urbe o de áreas más o menos extensas que resultaban fácilmente identificables por el número de muertes que, de manera constante, se registraban en ellas. En estas zonas de insalubridad y de enfermedad perpetua se hallaba la clave para explicar por qué la tasa de mortalidad de la capital era tan elevada:

“Echando una ojeada sobre el plano de Madrid –escribía Philip Hauser en su *Madrid bajo el punto de vista médico-social*–, sorprende ver que casi todos los barrios de mortalidad máxima constituyen una ancha zona que forma una especie de cinturón alrededor del centro de la antigua ciudad. En otros términos, unos son los barrios más bajos de la villa, situados a corta distancia del río, y los otros son [...] los situados al norte de Madrid”³.

En efecto, si localizamos en la geografía madrileña aquellos barrios que en 1905 presentaban las tasas de mortalidad más elevadas, observamos que constituyen dos bloques más o menos uniformes situados alrededor de la zona central de la urbe: por una parte, las barriadas situadas en el sur del casco antiguo y en el Ensanche Sur; por otra,

² *Boletín del Laboratorio Municipal de Madrid* 10 (1907): 313.

³ Hauser, Philip. *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, p. 84.

los barrios más desfavorecidos del Ensanche Norte y los arrabales del Extrarradio. En ambos sectores se localizaban nueve barrios cuya tasa de mortalidad era igual o superior a 43 defunciones por cada mil habitantes, y otros doce con unas tasas situadas entre el 36 y el 42 por 1.000.

“Si examinamos ahora –continuaba Hauser– la zona de los barrios con mortalidad mínima, encontramos que están situados casi todos en el centro de la ciudad, ocupando una extensión que tiene su núcleo central en la Puerta del Sol, y los radios de su periferia en los paseos que rodean la ciudad vieja”⁴.

Tan solo diez barrios de los cien en que se dividía Madrid en 1905 podían ser considerados, con unas tasas de mortalidad establecidas entre el 9 y el 14 por 1.000, como barrios de mortalidad mínima; se localizaban todos ellos en el centro de la población y en el Ensanche Este. En ese mismo espacio se encontraban otros veintidós barrios de mortalidad moderada, con unas tasas enmarcadas entre el 15 y el 21 por 1.000 (ver fig. 2.2).

Al superponer en el plano de la ciudad la localización de las barriadas de mortalidad extrema y el emplazamiento de las que concentraban un mayor número de viviendas de renta ínfima (aquellas cuyo precio de alquiler se situaba por debajo de 15 pesetas mensuales), en las que se alojaban las capas más desfavorecidas del vecindario, puede comprobarse la correlación existente entre ambas variables (ver fig. 2.3). Tomando como referencia para establecer la comparativa la información que ofrece acerca del precio del alquiler de la vivienda el padrón municipal formado en 1915, observamos que en nueve de los diez barrios que en 1905 registraban unas tasas de mortalidad mínima (entre 7 y 14 muertes por cada mil habitantes), la proporción de viviendas de renta miserable con relación al número total de viviendas existentes en dichos barrios era inferior al 10 %. Por el contrario, en ocho de los nueve barrios de mortalidad máxima (43 o más muertes por cada mil habitantes), la proporción de cuartos de alquiler muy bajo se hallaba por encima de la franja del 21 al 30 %⁵.

⁴ Ibíd.

⁵ Ayuntamiento de Madrid. *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de Diciembre de 1915*. Madrid: Imp. Municipal, 1917. A pesar de que la distancia de diez años que separan los datos censales de 1915 y los de la estadística de mortalidad de 1905 supone un

Resulta sorprendente comprobar que en los barrios del Extrarradio, donde la tasa de defunciones era elevadísima, la correlación entre mortalidad excesiva y alquileres miserables no se advierte con la claridad que cabría esperar, cosa que no ocurre en los barrios del interior del casco urbano, donde dicha relación es evidente. Esto se debe a que una parte importante de las viviendas de aquellos suburbios consistía en chozas y casetas levantadas por sus moradores en mitad de los arrabales, no figurando esta clase de improvisados hogares en la documentación oficial por no acudir a ellos los oficiales encargados de efectuar el empadronamiento municipal, que limitaban su radio de acción a los domicilios legalmente establecidos. Con todo, los reportajes aparecidos en la prensa médica dan buena idea de la insalubridad y la miseria existente en las barriadas extremas de la población, dejándose entrever a la vez las causas que producían la sobremortalidad registrada en aquellos lugares:

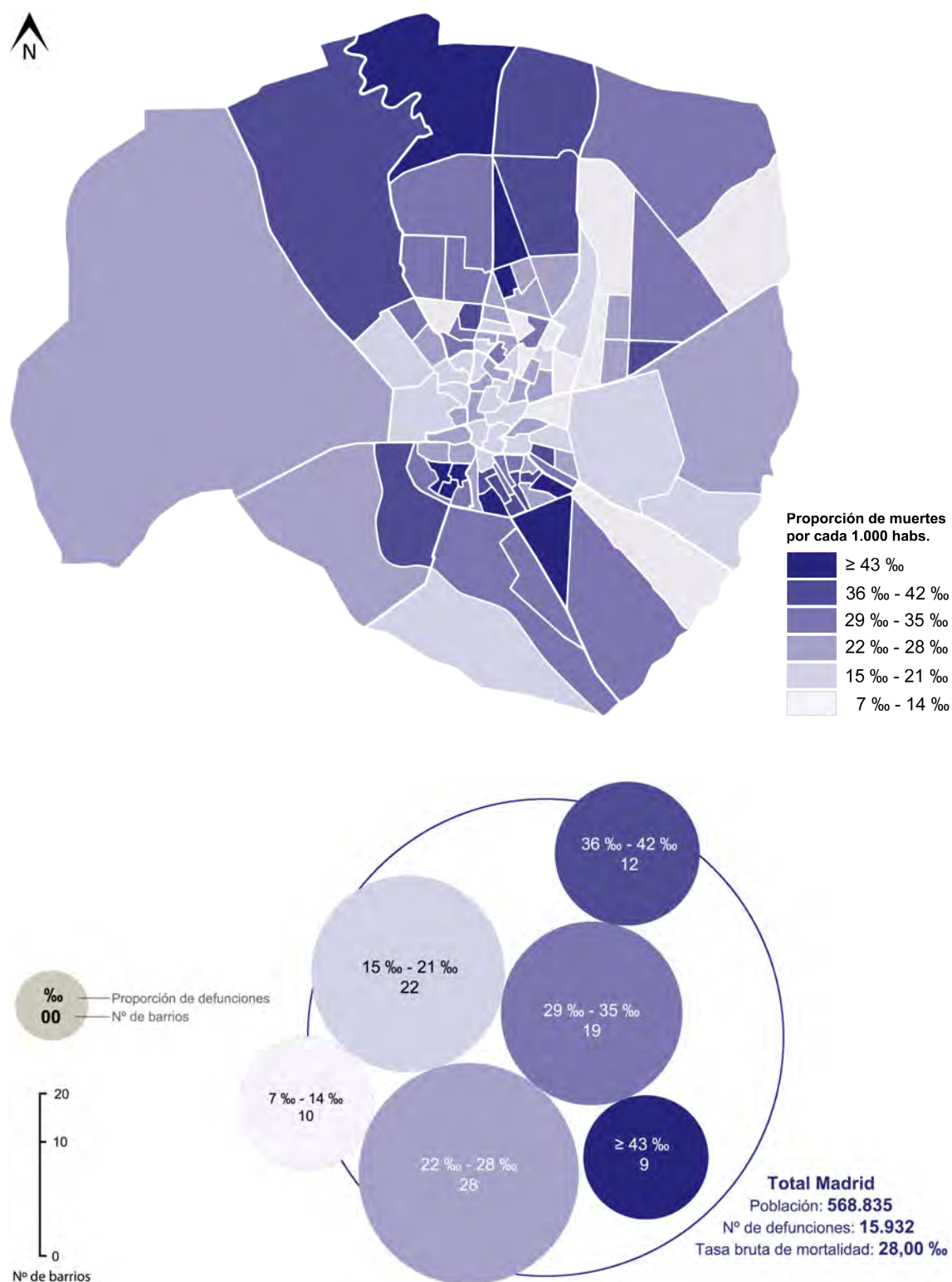
“Escapa a toda descripción escrita la espantosa miseria que palpita en los barrios apartados de la capital de España, y esto que pudiera parecer tan solo un problema económico, eslo, y en gran manera, de higiene pública. Rodea a Madrid un círculo de miseria, de hambre, de suciedad y abandono, que avergüenza y entristece; avergüenza porque constituye un baldón, no solo evidenciando desigualdades y diferencias sociales, sino descuido de las más rudimentarias prácticas sanitarias. [...] Esas barriadas que semejan los más pobres aduares morunos, son espectáculo lamentable de miseria, albergue de pobrezas y degradaciones orgánicas y peligro constante para la salud pública”⁶.

Aunque en los arrabales del Extrarradio la pobreza y las condiciones antisaneitarias se mostraban en su mayor grado de crudeza, lo cierto es que este cuadro de oscuras pinceladas no solo servía para retratar los suburbios de la periferia. Descripciones similares a la anterior pueden leerse también sobre los barrios pobres del interior de la

escollo para exponer con la mayor exactitud posible la situación de la vivienda madrileña en 1905, ello no impide efectuar la comparación, pues, si bien es cierto que las nuevas construcciones que se realizaron durante esa década modificaron el plano urbano, especialmente en el Ensanche y en el Extrarradio, y pudieron alterar de este modo la proporción de cuartos de renta muy baja con relación al total de éstos en cada barrio, el precio de la vivienda en alquiler no sufrió grandes alteraciones a lo largo de dicha década, siendo posible obtener así una imagen aproximada a la situación de 1905.

⁶ “La miseria en Madrid”. *España Médica*, 10 de febrero de 1914.

Fig. 2.2 Distribución por barrios de la mortalidad general en Madrid, 1905*



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906.

* *Nota:* Esta representación cartográfica y las siguientes (salvo en los casos que se indique lo contrario) han sido realizadas con arreglo a la división administrativa de Madrid de 1898-1902, en vigor hasta 1955.

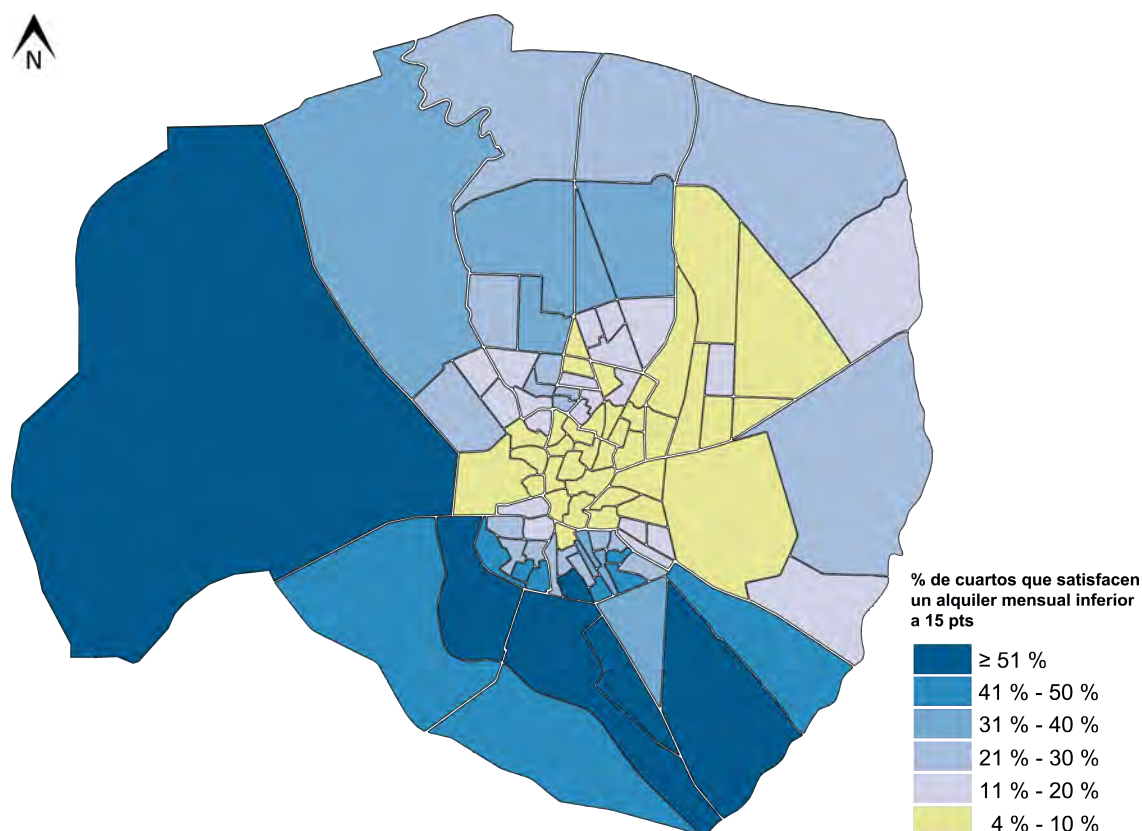
urbe, cuya situación de insalubridad y abandono se encontraba detrás de la elevadísima mortalidad que se producía en ellos⁷. Pero, a diferencia del Extrarradio, donde el paisaje social dominado por la miseria era más o menos homogéneo, en el casco antiguo de la población el contraste existente entre el Madrid acomodado y salubre y el Madrid pobre y malsano era tremendo. La clasificación según su mortalidad de los barrios del interior de Madrid a comienzos del siglo XX refleja fielmente este hecho. La disparidad existente entre unos barrios cuya tasa de mortalidad se situaba por debajo de 14 por 1.000 y otros que alcanzaban unas proporciones superiores a 43 por 1.000, ponía de manifiesto realidades sociosanitarias muy diferentes dentro de la misma ciudad, lo cual generaba un estado de desigualdad ante la muerte determinado esencialmente por la posición social del individuo y por el barrio donde se habitara.

Uno de los sectores donde más palpable resultaba la desigualdad era el suroeste del casco antiguo. Al contemplar el mapa de la mortalidad de Madrid de 1905, observamos cómo, a medida que se descende hacia las barriadas situadas al sur, el tono con que cada barrio está coloreado con arreglo a la tasa de mortalidad en él registrada se va oscureciendo de manera progresiva, indicando un aumento notable del número de defunciones en dichos lugares. Los barrios de Ayuntamiento, Alfonso VI y Cava, que tanto desde el punto de vista topográfico como de la composición socioprofesional de su vecindario se localizaban en la zona más elevada del sector, registraban una tasa bruta de mortalidad de 23'77 ‰, 27'43 ‰ y 26'42 ‰ respectivamente. Aun siendo estas cifras algo elevadas si tomamos como referencia la estadística urbana europea, se situaban por debajo de la tasa de defunciones media anual del conjunto de la capital (28 ‰) y resultaban ser casi la mitad de la que registraban los contiguos barrios de Aguas (44,65 ‰), Humilladero (44,15 ‰) y Calatrava (43,05 ‰), cuyas proporciones de mortalidad eran abrumadoras.

Como puede apreciarse, el desequilibrio existente entre unos barrios y otros, aun encerrándose todos ellos dentro de un mismo distrito de la ciudad, era gigantesco. Este

⁷ Sirva como ejemplo el párrafo extraído de un artículo publicado en una revista madrileña a propósito este asunto, el cual transcribimos a continuación: “Hay en ese Madrid que tan bullicioso y tan alegre se presenta en algunos aspectos de su vida, en sus teatros, sus paseos, en sus calles lujosas de Sevilla, de Alcalá, de San Jerónimo, etc., hediondas casas de vecindad donde, sus moradores –gentes pobres, gentes trabajadoras–, viven en montón, sin luz, sin medios de limpieza; donde albergan en un mismo recinto personas y hortalizas; donde habitan niños sanos y niños atacados de viruela o convalecientes del tifus; casas con retretes de vecindad y fuentes junto al retrete; con habitaciones inaccesibles, en las que es imposible entrar por el tufo que de ellas se desprende, debido a la falta de agua y de limpieza. Esto ocurre en la calle de la Ventosa, en el centro de Madrid”. *La Ciudad Lineal*, 30 de septiembre de 1909.

Fig. 2.3 Distribución por barrios de las viviendas de alquiler muy bajo en Madrid, 1915



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de diciembre de 1915*. Madrid: Imprenta Municipal, 1917.

fenómeno solo puede explicarse desde una perspectiva sociológica, pues los factores que determinaban las distintas proporciones de mortalidad que se alcanzaban en estos barrios vecinos eran esencialmente de índole social. Si atendemos a la información proporcionada por el padrón municipal, comprobamos que entre el vecindario de los barrios altos del sector suroeste del casco antiguo había un mayor número de familias de clase media –pequeños propietarios, rentistas, comerciantes, artesanos bien situados, funcionarios modestos, profesionales libres, etc.– que en los barrios bajos, y la proporción de calles y viviendas que gozaban de unas condiciones higiénicas aceptables era mayor que en dichos barrios bajos. En éstos, predominaban las familias jornaleras, cuyos miembros se veían forzados a sobrevivir con la escasa remuneración que percibían por realizar toda suerte de trabajos de poca monta, y el hacinamiento del vecindario era un fenómeno extendido por la abundancia de casas de vecindad

existentes, en las cuales vivían amontonados, en pésimas condiciones de higiene, cientos de individuos.

El caso del suroeste del casco antiguo sirve de ejemplo para ilustrar el cuadro general de la mortalidad de Madrid a comienzos del siglo XX. Las grandes diferencias sociosanitarias que se daban entre los distintos espacios de la ciudad se veían reflejadas en la desigual tasa de defunciones que presentaban unos barrios y otros. Si establecemos una clasificación sanitaria de los cien barrios en que estaba dividido Madrid en 1905, tan solo diez de éstos reunían unas condiciones de higiene óptimas; veintidós más podían ser calificados como barrios de mortalidad moderada; y sesenta y ocho barrios, es decir, casi dos tercios del total, se hallaban bajo un estado higiénico absolutamente deplorable.

El mapa urbano de Madrid estaba caracterizado por la dualidad que resultaba de una población social y residencialmente segregada, que lejos de comportarse de manera uniforme ante la morbilidad y la mortalidad, ofrecía una fuerte divergencia ante estas variables demográficas. Las zonas deprimidas de la urbe resultaban de esta manera fácilmente identificables en la cartografía madrileña por la sobremortalidad que las afligía de forma perpetua, al igual que las áreas acomodadas también lo eran por la baja tasa de defunciones que se registraba en ellas.

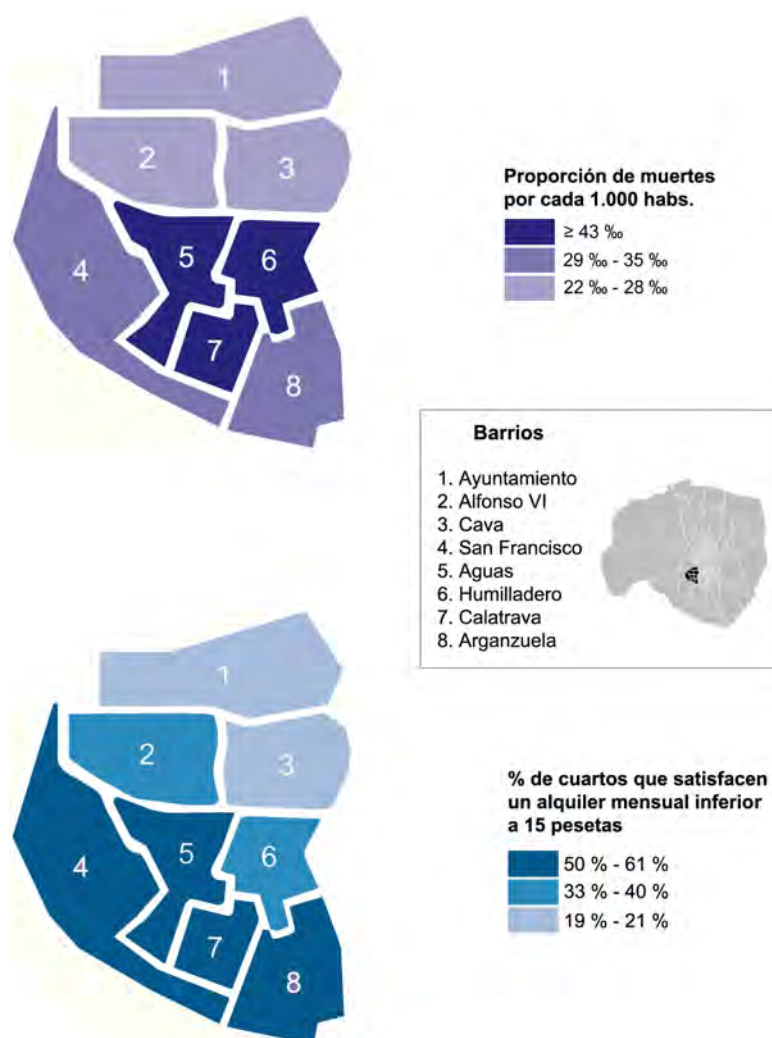
En este sentido, y como ha señalado Antonio Fernández, cabe hablar de la convivencia de varios modelos demográficos correspondientes a los diferentes espacios urbanos⁸. La elevada mortalidad general que presentaba la población madrileña a comienzos del novecientos se explica así por el predominio de la población residente en las barriadas populares, donde la pobreza y la insalubridad, que se hallaban generalizadas, condicionaban en gran medida el estado de salud de sus habitantes y les predisponían a una muerte prematura, frente al menor peso que representaba el sector acomodado del vecindario que habitaba en barrios salubres y dotados de unas infraestructuras y unos servicios sanitarios que garantizaban su habitabilidad y el buen estado de la salud pública.

El gran desafío al que hubieron de enfrentarse los higienistas y los reformistas sociales que emprendieron la batalla contra la enfermedad y la muerte en Madrid durante las primeras décadas del siglo XX, consistió justamente en extender al conjunto de los ciudadanos las condiciones de vida saludables que a la altura de 1905 constituían

⁸ Fernández García, Antonio. "Modelo demográfico y problemas sanitarios". *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura* n.º 666, vol. 169 (2001): 323-342, p. 339.

un verdadero privilegio solo al alcance de una parte minoritaria de la población. Cuando su obra tomó fuerza y comenzó a dar resultados, la abrupta diferencia en las tasas de muerte de unos barrios y otros empezó a esfumarse y la mortalidad madrileña descendió a pasos agigantados.

Fig. 2.4 Distribución de la mortalidad general y de las viviendas de alquiler muy bajo en los barrios del sector suroeste del casco antiguo, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906 y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 (formularios correspondientes a los barrios indicados).

2. 2. Ataúdes blancos: la preocupante realidad de la mortalidad infantil

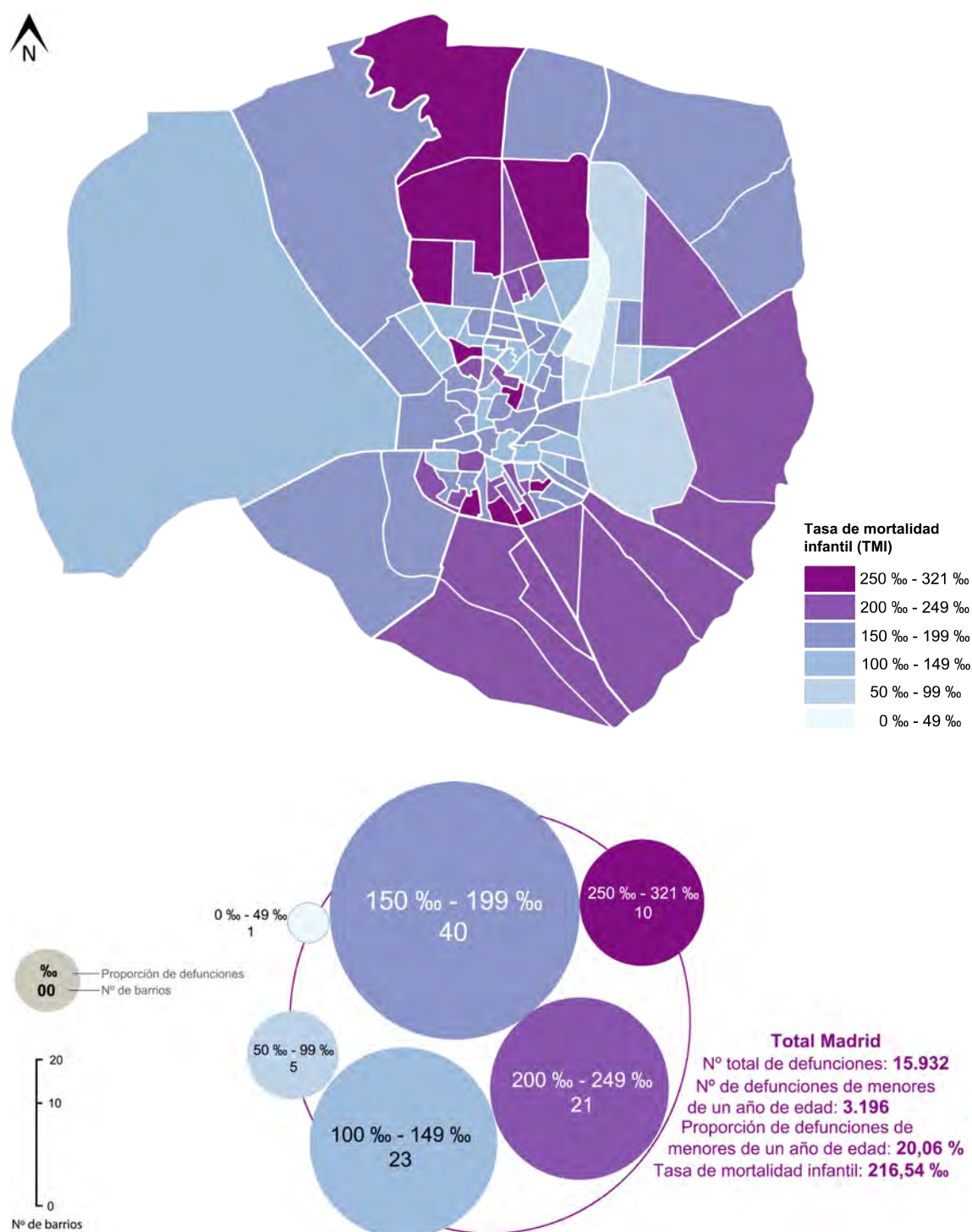
Las principales víctimas de la mortalidad excesiva que presentaba Madrid a comienzos del siglo XX eran los niños menores de cinco años. La parte más indefensa de la población sucumbía en proporciones abrumadoras y el alto número de criaturas que fallecían antes de cumplir el quinto año de vida refluía notablemente sobre la mortalidad general de la capital, constituyendo el principal factor por el cual ésta se mantenía tan crecida año tras año (ver fig. 2.8.). El problema de la mortalidad de la primera infancia revestía caracteres de gravedad extraordinaria, y así lo reflejaba la estadística madrileña: 6.223 niños de ambos sexos menores de cinco años fallecieron en Madrid en 1905, representando el 39'05 % del total de defunciones ocurridas en dicho año (15.932). Más de la mitad de los párvulos fallecidos (3.196) eran bebés que aún no habían cumplido el primer año de sus vidas, elevándose la tasa de mortalidad infantil (TMI) a la pavorosa cifra de 216'54 por 1.000, es decir, 216'54 muertes de menores de un año de edad por cada mil nacidos vivos ese año⁹.

Desdoblando el fenómeno de la mortalidad infantil por barrios, puede comprobarse que su distribución es similar a la de la mortalidad general, con lo que su análisis conduce a conclusiones similares a las apuntadas a propósito de aquélla. Ahora bien, la mortalidad de los niños presenta una serie de particularidades que conviene ser contempladas, tanto para conocer las causas que determinaban los elevados índices de defunciones infantiles como para obtener nuevos elementos de juicio que permitan caracterizar con mayor precisión la dinámica de la mortalidad madrileña durante el periodo estudiado.

Teniendo en cuenta el número de habitantes existente en cada barrio y el promedio anual de nacimientos y defunciones ocurridos en cada uno de éstos, distinguiendo de esta última variable los fallecimientos de menores de cinco años de edad, queda establecida una relación directa entre la mortalidad general excesiva y la mortalidad de la primera infancia. En otras palabras, si la tasa de mortalidad de Madrid a comienzos del siglo XX era extraordinariamente elevada, esto se debía al enorme

⁹ Los cálculos expresados han sido realizados a partir de los datos disponibles en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906. Para un estudio exhaustivo de los índices de la mortalidad infantil madrileña en este periodo, véase: Revuelta Eugercios, Bárbara A. *Los usos de la Inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2011.

Fig. 2.5 Distribución por barrios de la mortalidad infantil* en Madrid, 1905

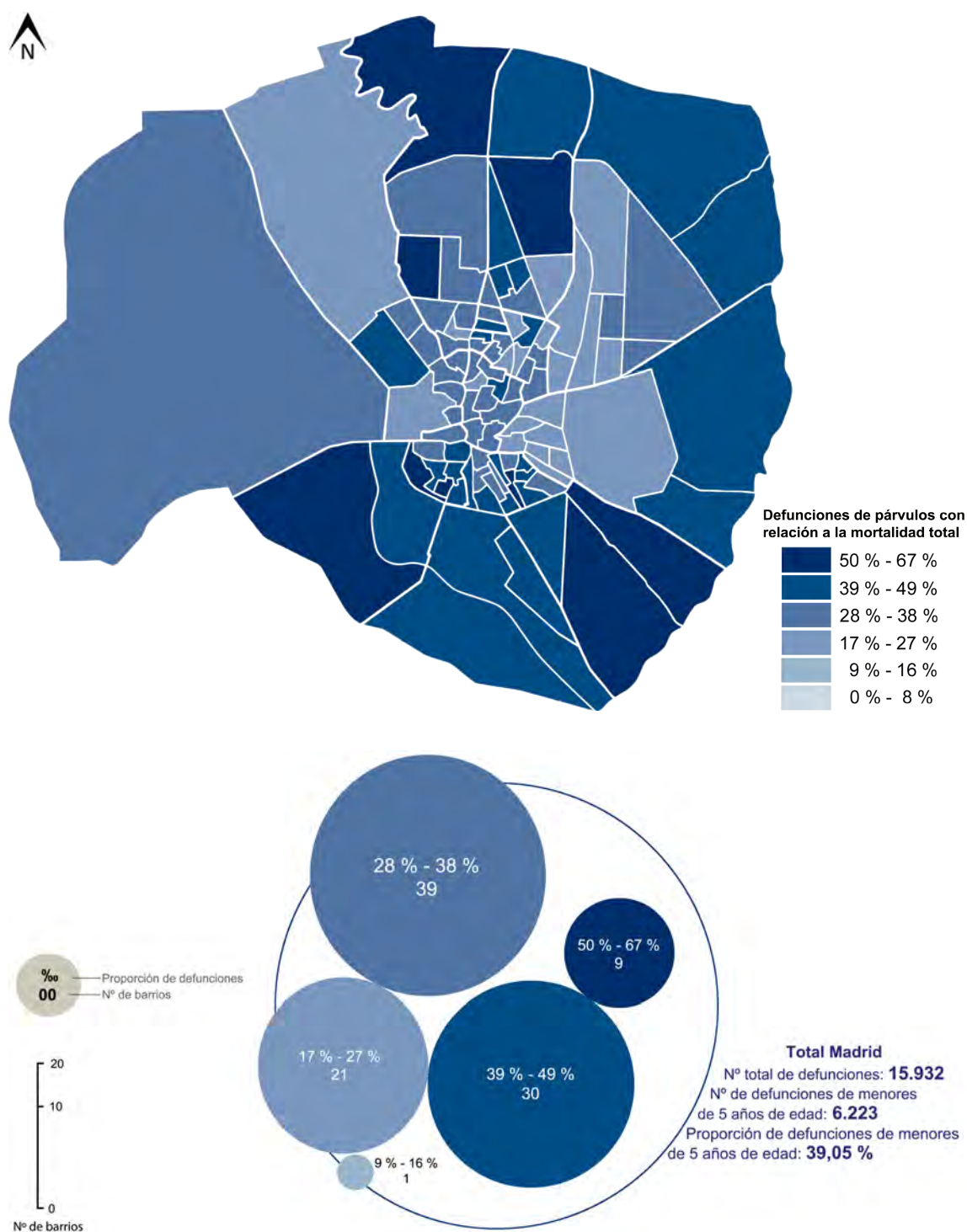


Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906.

* *Nota:* fallecidos menores de un año de edad por cada mil nacidos vivos en el año indicado.

***Nota:* por estar asilados en la Inclusa, quedan sin consignar en el barrio de Cabestreros las defunciones de 479 niños menores de un año.

Fig. 2.6 Proporción de las defunciones de niños menores de 5 años de edad, con relación al total de éstas, en los cien barrios de Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906.

**Nota:* por estar asilados en la Inclusa, quedan sin consignar en el barrio de Cabestreros las defunciones de 506 niños menores de cinco años.

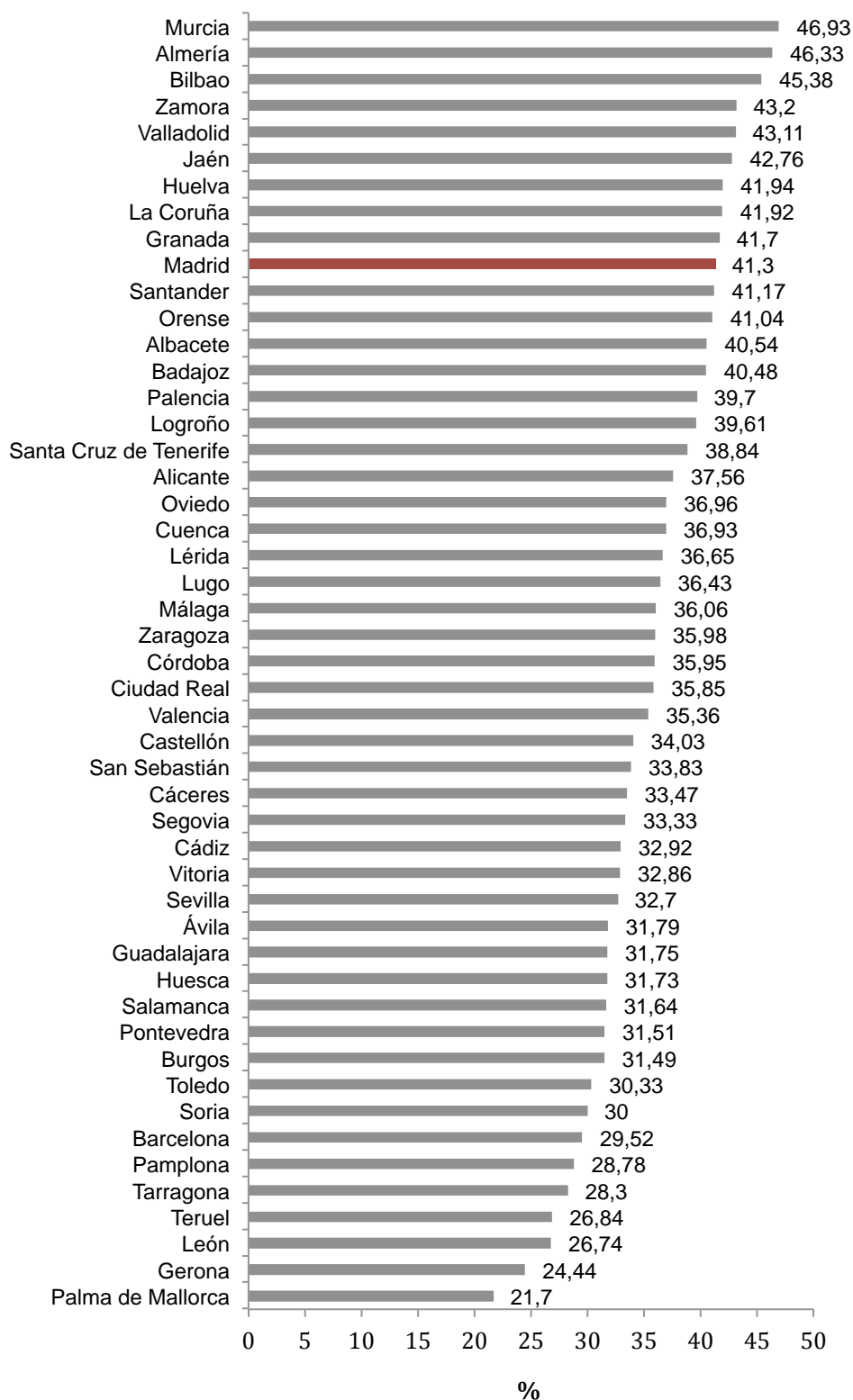


Fig. 2.7 Proporción de la mortalidad de niños menores de 5 años de edad con relación a la mortalidad general en Madrid, comparada con las capitales de provincia españolas, 1900.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: García del Real, Eduardo. *¿Debe emplearse en la lactancia artificial la leche esterilizada o la cruda? Juicio crítico de las ventajas é inconvenientes de una y otra*. Madrid: Est. Tip. de los hijos de Tello, 1911.

número de niños que fallecían a consecuencia de afecciones de carácter leve perfectamente evitables, pero que resultaban fatales en la mayoría de los casos por las condiciones perniciosas en que se desarrollaba la vida de los pequeños.

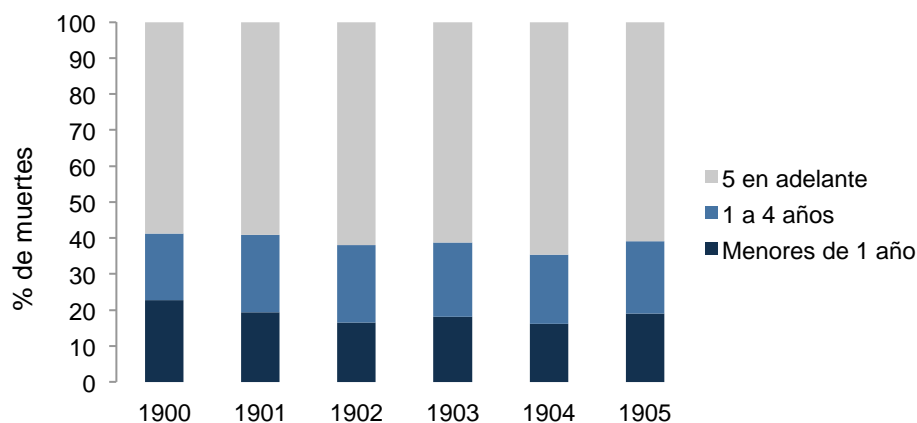


Fig. 2.8 Proporción de muertes de ambos sexos registradas en Madrid, según grupo de edad, 1900-1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906.

La íntima relación entre la alta mortalidad general y el elevado número de muertes infantiles se pone de manifiesto al comprobar cómo, en 1905, los barrios de Madrid de mortalidad general extrema eran los mismos donde la mortalidad infantil alcanzaba las cotas más altas de toda la ciudad, siendo la TMI en todos estos barrios superior a 150 por 1.000 y situándose la proporción de muertes de menores de cinco años de edad con respecto al total de difuntos de todas las edades entre el 39 y el 67 % (ver figs. 2.5 y 2.6).

Por el contrario, las tasas de mortalidad infantil más bajas se registraban en aquellos barrios cuya mortalidad general era mínima o moderada, al tiempo que la proporción de los fallecimientos de párvulos con relación al total de defunciones en dichos barrios salubres se encontraba entre el 17 y el 38 %. Estas evidencias estadísticas llevan a la conclusión de que la composición social del vecindario y el perfil sanitario urbano influían decisivamente en la tasa de mortalidad infantil de los distintos espacios de la ciudad. Ahora bien, no se puede pasar por alto que en varios barrios de mortalidad general mínima y moderada también se registraban unas tasas de mortalidad infantil muy altas, superiores a 150 por 1.000. Aun teniendo en cuenta que la segregación socio-

residencial en 1905 no era completa, puesto que en los barrios opulentos de Madrid también residían familias humildes y viceversa, los elevados índices de defunciones infantiles registrados en zonas consideradas acomodadas indican que la muerte prematura de los niños era un problema estructural que afectaba al conjunto de la población.

2. 2. 1. Las causas directas de la mortalidad de los niños

Indagando en las causas que contribuían a la mortalidad de los menores de cinco años, destacan, por el enorme número de víctimas que se cobraban, las enfermedades agudas gastrointestinales que sobrevenían a las criaturas como consecuencia de una alimentación inadecuada. En concreto, la diarrea infantil era una auténtica peste que atacaba sin piedad a los lactantes, constituyendo la primera causa de muerte de los menores de un año de edad. Así lo expresaba un prestigioso pediatra madrileño, el doctor Ulecia y Cardona:

“Madrid ha perdido desde 1896 a 1902 nada menos que ¡44.831 niños de 0 a cuatro años! Pues bien, esta horrible hecatombe reconoce por causa principalísima la diarrea, porque el número de niños que la padece es inmenso, sucumbiendo a ella la mayoría. En cuatro años (1900 a 1903), fallecieron de esta enfermedad ¡3.811 de 0 a 4 años! [...] La diarrea es vuestro mayor enemigo: es el verdadero *Herodes* de los niños”¹⁰.

La diarrea infantil preocupaba a los médicos de la infancia, y con razón, por ser la más mortífera de cuantas enfermedades afectaban a los lactantes. Las afecciones gastrointestinales segaban en flor la vida de un considerable número de niños de pecho, y aquellos que sobrevivían quedaban en tal estado de desnutrición que se mostraban fácilmente propensos a perecer víctimas de otras enfermedades evitables por su falta de resistencia orgánica; un simple catarro podía resultar mortal en estas criaturas indefensas.

¹⁰ Ulecia Cardona, Rafael. *El verdadero Herodes*. Madrid: Imprenta de Nicolás Moya, 1904, pp. 4-5.

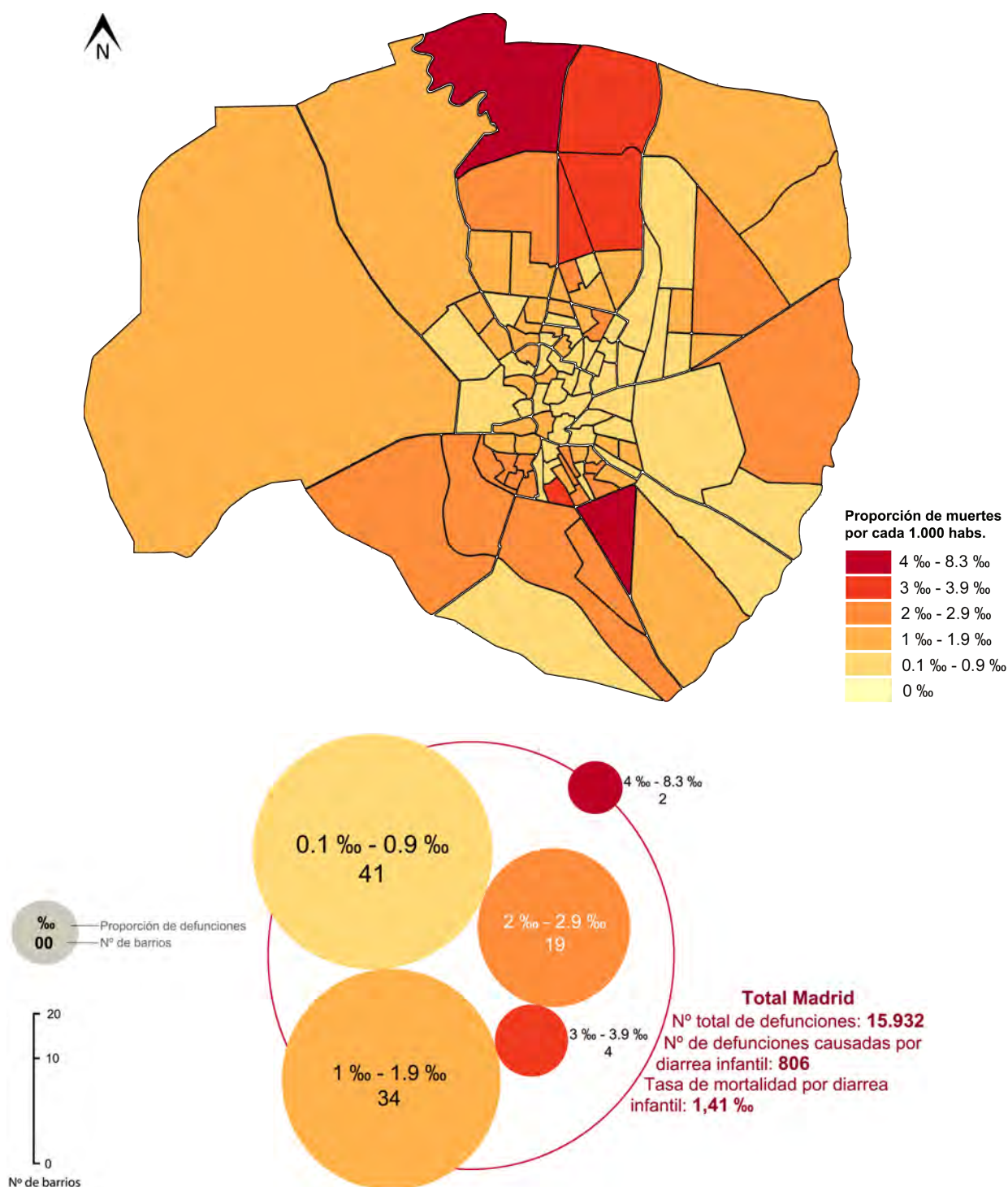
A juicio de los pediatras de la época, tres eran las principales causas que provocaban las mortales diarreas en los pequeños: las deficiencias en la lactancia, la alimentación prematura y las infracciones en el régimen alimenticio que habían de seguir los niños de corta edad¹¹. Los trastornos ocasionados en el aparato digestivo de los niños, que en los primeros meses de su existencia carece de las condiciones necesarias para asimilar otra clase de alimentación que no sea la leche suministrada en cantidades proporcionadas, se saldaban con un resultado fatal. La alimentación prematura y la sobrealimentación se encontraban en el origen de la serie de afecciones –indigestiones, diarrea y convulsiones– que llevaban a la muerte a tantos desdichados en sus primeros meses de vida, contribuyendo como ningún otro factor a mantener elevadísima la tasa de mortalidad infantil madrileña:

“Lo corriente –observaba otro eminente especialista en las enfermedades de la primera infancia, el doctor Luis Fatás y Montes–, lo que en Madrid se ve a diario, lo que constituye regla general, no es tener al niño con el régimen de alimentación que pudiera aconsejar un higienista algo tolerante; es lo común observar que dentro del primer semestre de la vida se les administre ya sendos platos de papillas, que en el segundo se les dé chocolate, café, patatas, judías, garbanzos y otras legumbres, carne y vino, y que en el tercero no se considere ya impropio ningún alimento”¹².

¹¹ Ulecia Cardona, Rafael. *Informe acerca de la mortalidad infantil de Madrid; sus principales causas y medios de combatirla*. Madrid: Imp. Municipal, 1903, pp. 21-22; Manglano, Alberto. *De la mortalidad infantil. Cartilla elemental para uso de las madres y para enseñanza de los niños en las escuelas*. Madrid: Imprenta de los Sucesores de Hernando, 1904, p. 9; Sarabia y Pardo, Jesús. *Datos estadísticos de la mortalidad infantil (de 0 a 1 año de edad) en España*. Madrid: Administración de la Revista de Medicina y Cirugía Prácticas, 1907, p. 3. Sobre esta cuestión, véase también los diversos estudios realizados en el campo de la demografía histórica, entre los que cabe mencionar: Pérez Moreda, Vicente. *Las crisis de mortalidad en la España interior. Siglos XVI-XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1980; Gómez Redondo, Rosa. *La mortalidad infantil española en el siglo XX*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas - Siglo XXI, 1992; Reher, David S., Pérez Moreda, Vicente y Bernabeu Mestre, Josep. “Mortalidad infantil y juvenil en Madrid, Castilla-La Mancha y país Valenciano: resultados provisionales de un proyecto de investigación”. Instituto de Demografía, CSIC, Documento de Trabajo n.º 13, 1994; Sanz Gimeno, Alberto y Ramiro Fariñas, Diego. “Estructuras internas de la mortalidad de la infancia (0-4 años) en la España del siglo XX”. *Política y sociedad* 26 (1997): 125-142.

¹² Fatás y Montes, Luis. *La mortalidad de niños en Madrid. Causas y remedio*. Madrid: Est. Tip. de E. Teodoro, 1903, p. 67.

Fig. 2.9 Distribución por barrios de la mortalidad por diarrea infantil* en Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906.

***Nota:** fallecidos menores de dos años de edad.

****Nota:** por estar asilados en la Inclusa, quedan sin consignar en el barrio de Cabestreros 328 niños menores de dos años que fallecieron a causa de diarrea.

Ahora bien, ¿por qué las familias de los pequeños se anticipaban en el momento de proceder a alimentarles y hasta los sobrealimentaban, llegando a matarlos con estas desacertadas prácticas? Rafael Ulecia y Cardona respondía a esta pregunta del siguiente modo:

“Unas veces por completa ignorancia de los padres, que realmente desconocen los grandes peligros que encierra el dar a sus hijos cantidades exageradas y alimentarles antes de tiempo; y otras son a ello forzados por la carestía de la leche de vaca, cuyo precio en Madrid (80 céntimos el litro), no está al alcance de los pobres (ni aun de muchos de la clase media), y, por consiguiente, no pueden hacer de ella el consumo conveniente, viéndose obligados, por imperiosa necesidad, a emplear la *malhadada papilla* y otras clases de alimentos, impropios a la tierna edad de sus hijos.”

La relación entre la falta de recursos de las familias y la exagerada mortalidad de la primera infancia era manifiesta. La ignorancia de las reglas higiénicas y la incuria derivada de ella, así como la situación de miseria en la que vivían las familias de las clases menesterosas encargadas de cuidar y dirigir la vida de los niños, se traducían con frecuencia en la irrupción de la enfermedad y en la muerte de las criaturas durante los primeros tiempos de su existencia, ya fuera durante la fase que comprende desde el nacimiento al destete, en la que sucumbía aproximadamente la mitad del total de niños fallecidos anualmente, o en el periodo que comprende los doce meses a los cinco años de edad, que constituía “el verdadero *Rubicón* que tiene que pasar el niño”¹³. El doctor Fatás y Montes se refería, en un estudio a propósito de las causas de la elevadísima tasa de defunciones de niños en Madrid, al considerable porcentaje de éstos que se veían continuamente privados de los cuidados exigidos en tan tierna edad y de la lactancia regular “por tener que atender sus madres a ganarse la vida”. Señalaba Fatás y Montes que:

“Solo en el distrito de la Inclusa hemos contado 390 mujeres que tienen que permanecer alejadas casi todo el día de los hijos a quienes amamantan. Estas 390 criaturas, cuyo régimen alimenticio puede resumirse diciendo

¹³ Ulecia Cardona, Rafael. *Mortalidad de la primera infancia*. Madrid: Administración de la Revista de medicina y cirugía prácticas, 1903, pp. 28-29.

que sufren de hambre por el día y de hartura por la noche, están encomendadas durante el tiempo que dure el trabajo de la madre, ya a los cuidados de otras personas de la familia, ya a los de las mujeres que tienen por oficio cuidar niños”¹⁴.

El estado de necesidad crónica bajo el que se encontraban las familias sin recursos, impelía a las madres a tener que trabajar fuera del hogar, habiendo de dejar a sus pequeños bajo la custodia de parientes, vecinos o cuidadoras mercenarias. Esta clase de niños que se veían privados de la leche materna eran nutridos, desde el primer momento, por el biberón, y “como es el medio de crianza a que recurren las clases sociales más necesitadas, y por lo tanto más ignorantes, debemos suponer que la limpieza de los biberones no será tan escrupulosa como es de necesidad; que las raciones no se administrarán en la cantidad e intervalos convenientes; que la temperatura de la leche será la del ambiente; y que la miseria de los padres escatimará la reposición de la leche, que no será tampoco de la mejor calidad”¹⁵.

El médico e historiador Eduardo García del Real, en un estudio acerca de la lactancia artificial de los niños, presentado en forma de memoria a la Academia de Medicina en 1910, se refería al biberón como un instrumento enemigo de la infancia, cuyo uso contribuía más que ninguna otra cosa al mantenimiento de la elevadísima mortalidad infantil existente en Madrid y en España en general. “El biberón ha matado más niños que la pólvora adultos”, escribía el doctor García del Real, que se refería al avance que había experimentado la lactancia artificial desde las últimas décadas del siglo XIX como “un mal moderno, desconocido por los pueblos antiguos”, el cual obedecía a causas de naturaleza social. Entre éstas, el autor destacaba como principal “la necesidad creciente en las clases humildes y obreras de que la mujer trabaje para aumentar en parte los mezquinos ingresos del padre, que casi nunca son bastantes a subvenir las necesidades de una familia”¹⁶.

Observaba también el doctor García del Real que la insuficiente alimentación y las defectuosas condiciones de vida bajo las que se hallaban las mujeres de las clases populares, daban lugar a que las madres se vieran con frecuencia imposibilitadas de

¹⁴ Fatás y Montes, Luis. *Op. cit.*, p. 65.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 66.

¹⁶ García del Real, Eduardo. *¿Debe emplearse en la lactancia artificial la leche esterilizada o la cruda? Juicio crítico de las ventajas é inconvenientes de una y otra*. Madrid: Est. Tip. de los hijos de Tello, 1911, p. 5.

poder lactar a sus hijos por carecer de leche, añadiendo que aunque las madres se hallaran sanas y en condiciones óptimas de amamantar a sus pequeños, no podrían hacerlo, pues “¿cómo le ha de ser posible a la mujer artesana, a la mujer obrera, atender de un modo conveniente a la lactancia, si ha de entregarse al trabajo de la fábrica o del taller?”¹⁷. La lactancia artificial, con todos los inconvenientes y peligros vinculados a ella, se convertía así en el recurso habitual al que acudían las mujeres trabajadoras, pues la contratación de una nodriza para criar a sus hijos era impensable en absoluto por la falta de medios económicos para ello.

José González Campo, médico de la beneficencia municipal y profesor de gastropatología, también identificó la utilización de leche de vacas y de cabras para la alimentación de los lactantes, suministrada mediante biberones carentes de las debidas medidas higiénicas, como la principal causa que se encontraba detrás del enorme tributo

Diciembre de 1905. (Artículos 17, 18 y 20 de la ley Municipal).

SE RECOMIENDA MUY ESPECIALMENTE LA LECTURA DE LA INSTRUCCIÓN QUE VA A LA VUELTA

HOJA DECLARATORIA NÚM. 105317

(1) Denominación ó destino del edificio, si fuera público: Industria ó comercio que se ejerce en la habitación
 Inquilino cabeza de familia D. Antonio Fernández y Menéndez
 Alquiler mensual de la habitación veinte pesetas 00 céntimos.

NOMBRE	APELLIDO PATERNO	APELLIDO MATERNO	FECHA Y LUGAR DEL NACIMIENTO	EDAD	PROFESIÓN	OFICINA	ESTADO CIVIL	SITUACIÓN	TIEMPO	OBSERVACIONES
Antonio	Fernández	Menéndez	14 Septiembre 1870	35 años	Industria	Industria	Casado	Propietario	10 años	
Constancia	Menéndez	Salas	10 Agosto 1870	35 años	Industria	Industria	Casada	Propietaria	10 años	
Fernando	Fernández	Fernández	10 Agosto 1870	35 años	Industria	Industria	Casado	Propietario	10 años	
Manuel	Fernández	Menéndez	10 Agosto 1870	35 años	Industria	Industria	Casado	Propietario	10 años	
Luis	id	id	id	id	id	id	Casado	Propietario	10 años	
María	id	id	id	id	id	id	Casada	Propietaria	10 años	
Hijo de H. María 1905 falleció H. Antonio Fernández 14 de Septiembre 1905 Hija de H. María 1905 falleció H. Constanza Menéndez 10 de Agosto 1905 Hijo de H. María 1905 falleció H. Manuel Menéndez 10 de Agosto 1905 Hija de H. María 1905 falleció H. Constancia Menéndez 10 de Agosto 1905										

(1) Calle, plaza, paseo, traviesa, etc.

Fig. 2.10 Hoja declaratoria núm. 10.5317 del empadronamiento de Madrid de 1905, en la que se indica la muerte de los tres hijos de corta edad del matrimonio formado por Antonio Fernández y Constanza Menéndez.

Fuente: AVM. Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905.

Nota: El corte que se advierte en la parte superior del documento no es producto de nuestra manipulación, sino del estado en que lo presentaba el microfilme del cual tomamos dicho documento.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 8.

que pagaban los niños pobres a la morbimortalidad por enfermedades digestivas, “lo cual ya no nos choca, por lo acostumbrado que estamos a ello”. En un estudio publicado en 1903 sobre la alimentación de las clases populares madrileñas, el gastroenterólogo escribía:

“Intensa pena, acompañada de algo como invencible repugnancia, nos produce la contemplación, tantas veces repetida, de niños de aspecto famélico colgados de un biberón de limpieza dudosa, medio lleno de un líquido blancuzco que quiere ser leche, que se rellena sin otros cuidados de tarde en tarde, y del que chupan elementos de enfermedad en lugar de los vivificantes a que tienen perfecto e indiscutible derecho. [...] ¿Qué tiene, pues, de extraño que estas criaturitas, venidas en mal hora al mundo, conozcan las enfermedades digestivas antes que los encantos de la existencia?”¹⁸.

Durante los meses de verano, las enfermedades gastrointestinales aumentaban su potencia, y, consecuentemente, la mayor cantidad de defunciones causadas por diarrea infantil se registraba entre junio y septiembre (ver fig. 2.11). Este fenómeno se correspondía con la denuncia que los pediatras hacían acerca de la alimentación inadecuada de los niños por medio del biberón. Con el aumento de la temperatura durante la estación de los calores, la leche de vacas y cabras que se suministraba a los pequeños que no podían ser amamantados por sus madres se convertía en un excelente campo de cultivo de todo género de agentes microbianos causantes de indigestiones y diarreas, que resultaban mortales para los débiles organismos de los bebés.

El aumento de la letalidad de la diarrea infantil vinculado a la alimentación artificial por medio del biberón durante la estación veraniega constituía un hecho extendido por toda la geografía urbana internacional. Sara Josephine Baker, directora del Departamento de Higiene Infantil de la ciudad de Nueva York desde 1908, recordaba en su autobiografía que, si ya de por sí el sofocante verano neoyorkino era difícil de soportar por la inmundicia que afloraba debido al calor excesivo, en el barrio

¹⁸ González Campo, José. *La alimentación de las clases pobres de Madrid como factor etiológico de enfermedades gástricas e intestinales*. Madrid: Est. Tip. de Idamor Moreno, 1903, p. 18.

conocido como Hell's Kitchen –la zona situada en el Lado Oeste de Manhattan, considerada como la más pobre e insalubre de toda la urbe–, donde ella trabajaba como médico inspectora, era indescritiblemente atroz. Y lo era, entre otras razones, por el alto número de niños que fallecían durante aquellos días ante su absoluta impotencia. “Difícilmente podía pasearse por una manzana cualquiera del distrito, sin toparse con el «funeral blanco» de un pequeño”, escribía en sus memorias la doctora Baker¹⁹.

Por su parte, R. M. Woodbury, en su clásico estudio de 1925 sobre las causas de la mortalidad de los niños menores de un año en las ciudades de los Estados Unidos, determinó que los picos más elevados de la estadística de defunciones a causa de enfermedades gastrointestinales en el periodo 1911-1916, eran alcanzados, todos los años, en el mes de agosto²⁰.

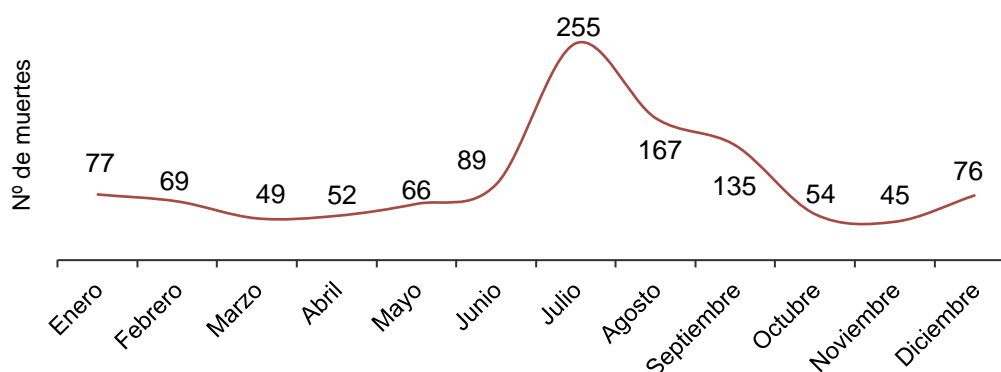


Fig. 2.11 Número de niños menores de 2 años de edad fallecidos por diarrea en Madrid, según mes, 1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Estadística demográfica del año de 1905*, Madrid, Imp. Municipal, 1906.

En Alemania, una fuerte ola de calor que asoló al país en el verano de 1911 provocó, en todas las poblaciones, un aumento monstruoso de las tasas de mortalidad

¹⁹ Baker, Sara Josephine. *Fighting for Life*. Nueva York: Macmillan, 1939, p. 58.

²⁰ Woodbury, Robert M. *Infant mortality and its causes, with an appendix on the trend of maternal mortality rates in the United States*. Baltimore: Williams & Wilkins Co., 1926, p. 26. Sobre el problema de la mortalidad de los lactantes y la evolución de las teorías y las prácticas de la alimentación infantil desde finales del siglo XIX, véase: Apple, Rima D. *Mothers and Medicine: A Social History of Infant Feeding, 1890-1950*. Madison: University of Wisconsin Press, 1987; Fildes, Valerie A. *Breast, bottles and babies. A history of infant feeding*. Edimburgo: Edinburgh University Press, 1986.

infantil, generándose una situación de verdadera catástrofe²¹. Asimismo, las informaciones recogidas en el padrón municipal de Berlín acerca de la alimentación de los pequeños a comienzos del siglo XX, revelaban que la exagerada cifra de defunciones de menores de un año a causa del calor en la citada capital afectaba principalmente a las criaturas alimentadas artificialmente por medio del biberón, mientras que aquellos niños que eran amamantados por sus madres se hallaban más protegidos y sucumbían en menor número. Esto llevó a las autoridades sanitarias a establecer de modo concluyente que la lactancia artificial de los pequeños y el aumento de la temperatura ambiente constituían factores decisivos en el agravamiento de la morbilidad infantil²².

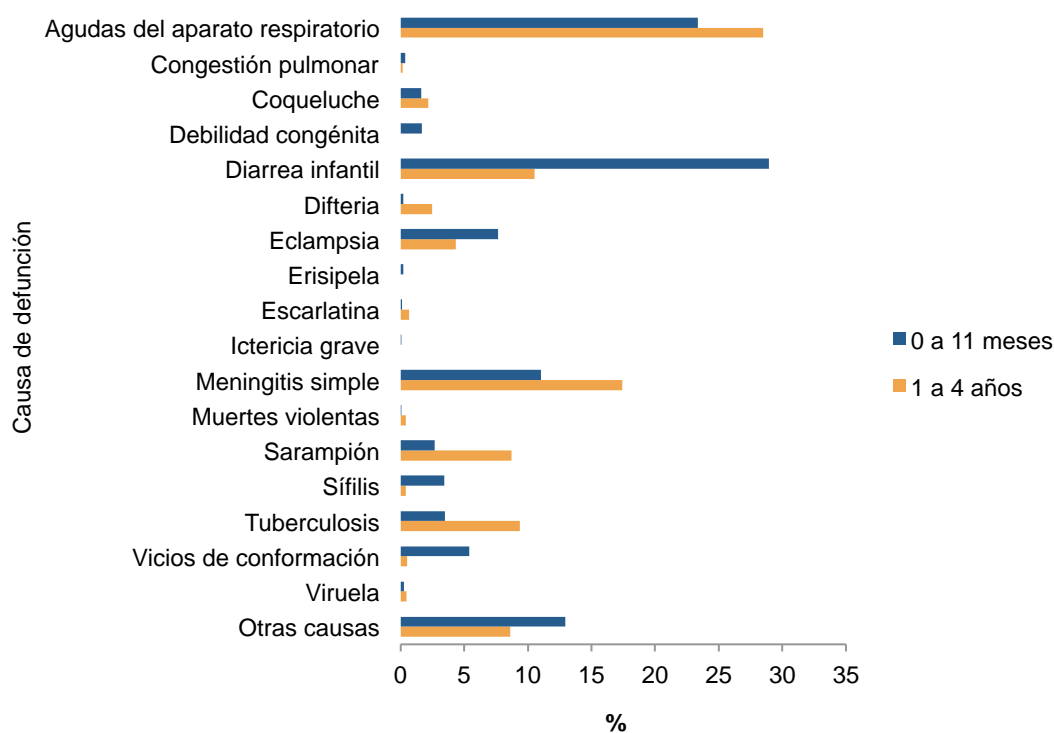


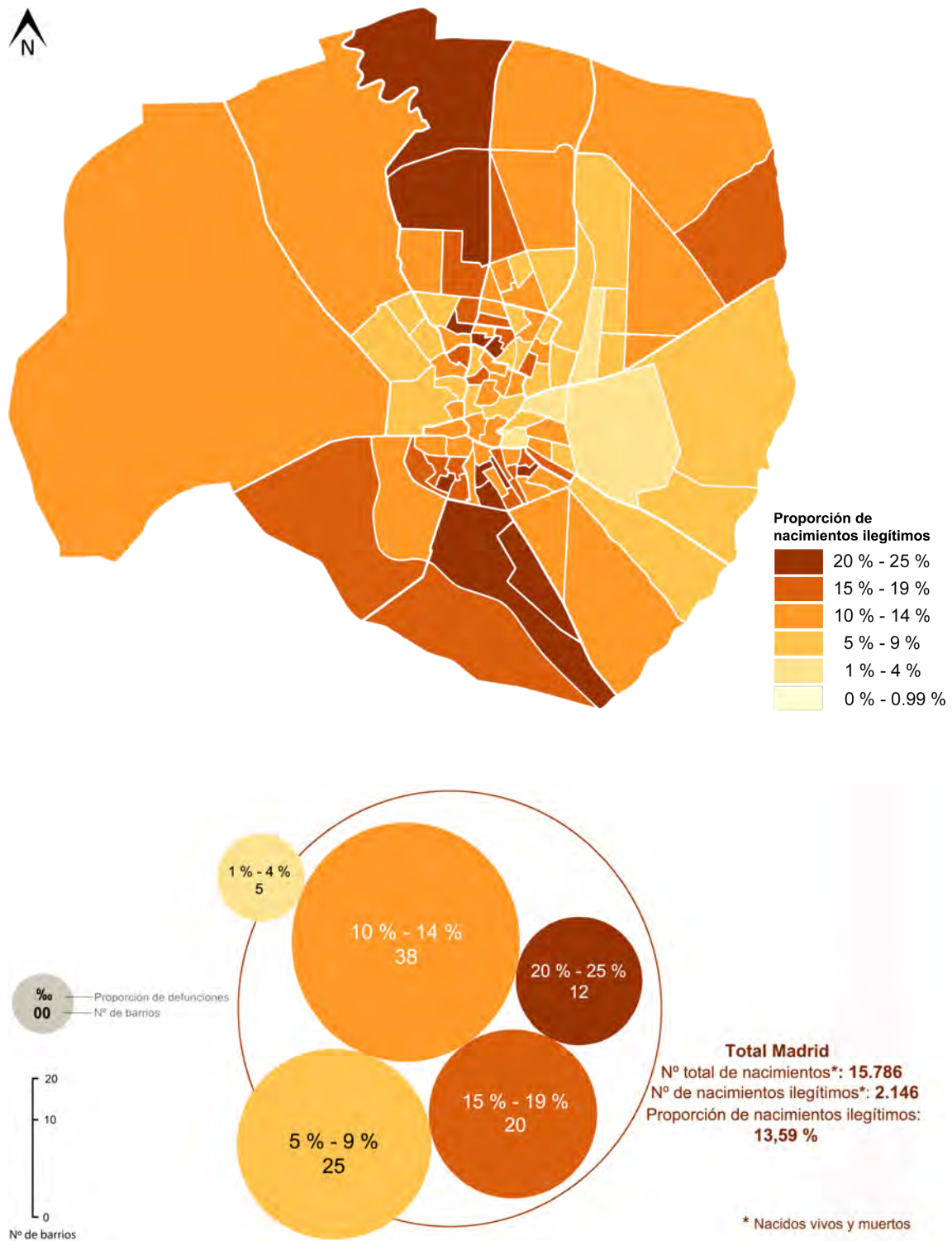
Fig. 2.12 Causas de defunción de los fallecidos de 0 a 11 meses y de 1 a 5 años de edad en Madrid, 1905.

Fuente: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906.

²¹ Vögele, Jörg P. “«Has all that has been done lately for infants failed?» 1911, Infant Mortality and Infant Welfare in Early Twentieth-Century Germany”. *Annales de démographie historique* 2 (2010): 131-146, p. 135.

²² *Ibíd.*, p. 140.

Fig. 2.13 Proporción de nacimientos ilegítimos, con relación al total de éstos, en los cien barrios de Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906.

Entre los niños de uno a cinco años de edad, no era la diarrea el morbo más mortífero, sino las enfermedades asfixiantes. Las afecciones agudas del aparato respiratorio y las complicaciones relacionadas con éste de otras enfermedades infantiles eran la primera causa de muerte en este grupo de edad (ver fig. 2.12). Un sencillo catarro bronquial, que sobrellevado bajo unas condiciones de vida óptimas no habría de pasar de ser una afección trivial, solía degenerar entre los enfermitos de las familias humildes en una bronconeumonía mortal.

Los diversos casos de muerte de niños enfermos que aparecen recogidos en los sumarios judiciales instruidos por el Juzgado de la Latina durante las primeras décadas del siglo XX, reflejan la tragedia que suponía el fallecimiento de los menores a causa de enfermedades comunes que, siendo médicamente evitables, resultaban letales a consecuencia de las deplorables condiciones bajo las que vivían los niños pobres.

El relato más llamativo, por su crudeza, de cuantos hemos podido leer entre los expresados sumarios judiciales, es el caso de una familia sin recursos que habitaba en una choza construida en uno de los ojos del Puente de Toledo. La cabeza de familia era Pilar López, una asistenta de 39 años de edad que vivía en unión de su madre, Jacinta Yepes, y de su hija, un bebé de nueve meses llamada María de los Dolores. El padre de la criatura había abandonado a la familia tiempo atrás, y nada se sabía de él desde entonces. En una fría madrugada de enero, la niña María de los Dolores se vio atacada de una afección gripal, que comenzó a agravarse rápidamente a consecuencia de la falta de combustible para calentar su miserable morada. Desesperada, la madre se dispuso a trasladar a toda prisa a la pequeña a la casa de socorro más cercana, pero de nada sirvió el esfuerzo. María de los Dolores falleció en los brazos de su madre antes de llegar al centro benéfico, “donde ingresó ya muerta”, según consta en la certificación que acompaña al expediente judicial²³.

La tragedia se agravó al día siguiente, cuando la abuela de la niña muerta ingresó en la morgue municipal. Doña Jacinta falleció, de acuerdo con lo indicado en su autopsia, “por inanición, junto al marasmo dependiente de la senilidad marcada”. La descripción de la choza donde vivía esta infeliz familia, realizada por el personal auxiliar del Juzgado de La Latina que acompañó al juez a levantar el cadáver de la anciana, saca a relucir la extrema indigencia bajo la que se hallaban sus moradores: allí

²³ AGA, Juzgado de Primera Instancia e Instrucción del Distrito de La Latina, sección penal, caja 6.680, sumario n.º 25, incoado sobre la muerte de la niña María, 10 de enero de 1923.

no había “ni colchones, ni ropas, ni mueble alguno, durmiendo sus habitantes en el suelo”²⁴.

Otro aspecto a considerar al abordar la cuestión de la mortalidad infantil es la influencia que ejercía la ilegitimidad de los nacidos. Todos los estudiosos de la época coincidían en la estrecha relación que se daba entre estas dos variables, pues la mortalidad de los hijos habidos en buena guerra era notablemente superior a la de los legítimos. Esto se debía a que la ilegitimidad de la procedencia estigmatizaba a los recién nacidos, situándolos en unas condiciones de abandono por parte de quienes habían de encargarse de prodigarles las atenciones necesarias, que solían saldarse con la muerte²⁵. El doctor Fatás y Montes lo explicaba así:

“La circunstancia de que el ser concebido sea de procedencia legítima o ilegítima es elemento que influye mucho en la vitalidad y desarrollo del feto, así como en su sanidad ulterior cuando ya ha salido al mundo. Muchos de los hijos ilegítimos lo son de padres sífilíticos, alcohólicos, etc. [...] Por otra parte, las mujeres que por su estado civil tratan de ocultar su embarazo, no dejan de utilizar cuantos medios de disimulo están a su alcance y aun para provocar el aborto. Se concibe perfectamente que las compresiones abdominales con fajas o corsés demasiado ceñidos influyen sobre el regular desenvolvimiento de la matriz y su contenido”²⁶.

Los nacimientos ilegítimos representaban el 13'59 % del total de los nacidos en Madrid en 1905, existiendo grandes diferencias entre las proporciones que ofrecían los distintos espacios de la ciudad²⁷. Estas diferencias se hacen evidentes al desagregar los datos de la natalidad ilegítima por barrios, cuya comparación con la distribución de la mortalidad infantil permite distinguir varios aspectos de interés que conviene subrayar.

Lo primero que llama la atención al examinar el mapa de la natalidad ilegítima madrileña es el fuerte contraste existente entre los barrios donde ésta podía calificarse

²⁴ *Ibíd.*

²⁵ Revuelta Eugercios, Bárbara A. “Abandoned and illegitimate, a double mortality penalty? Mortality of illegitimate infants in the foundling hospital of Madrid, La Inclusa (1890–1935)”. *The History of the Family* 18.1 (2013): 44-67.

²⁶ Fatás y Montes, Luis. *Op. cit.*, p. 56.

²⁷ Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906; Revuelta Eugercios, Bárbara A. *Los usos de la Inclusa...*, *Op. cit.*

de mínima y moderada (por debajo del 5 % del total de nacimientos), con la de una serie de barrios donde la ilegitimidad de los nacidos no solo se hallaba por encima de la media de Madrid, sino que la excedía hasta representar hasta el 25 % de los nacimientos allí registrados. En segundo lugar, los índices más altos de natalidad ilegítima se localizaban en aquellos barrios donde la mortalidad infantil alcanzaba a su vez las cifras más elevadas de toda la ciudad, confirmándose así la relación que advertían los higienistas de la época entre el exceso de defunciones de la primera infancia y la procedencia ilegítima de los nacidos. Por último, se observa que es en aquellos barrios donde residía el sector del vecindario más pobre donde la ilegitimidad de los nacimientos era mayor; por el contrario, los barrios que conocían las proporciones de natalidad ilegítima más bajas, pertenecían a la categoría de privilegiados si se atiende a su composición social (ver fig 2.13).



Figura 2.14 Anónimo. *Galerías de párvulos en la Necrópolis del Este*. Fototipia. c. 1915.

Fuente: Ayuntamiento de Madrid. *La necrópolis*, Madrid: Imp. Municipal, 1916.

Un caso sobrecogedor de muerte de un recién nacido fruto de una relación ilegítima lo encontramos en un sumario incoado por infanticidio en abril de 1912. Sucedió que un albañil que pasaba por la calle de los Invencibles “sintió la necesidad de

hacer aguas mayores”, para lo cual se acercó a un recoveco de dicha calle con el fin de evacuar, y, “al tirar de un papel que en el suelo había para utilizarlo –leemos en las diligencias judiciales–, vio que entre el mismo se hallaba el cadáver de un feto”. Instantes después, el albañil dio conocimiento del hecho a una pareja de guardias de orden público y se tramitó la denuncia.

La investigación que se puso en marcha para averiguar quién fue la persona que se deshizo del feto en aquel lugar, terminó apuntando a Juliana Muñoz, una vecina de la calle del General Ricardos, de 31 años de edad. Al ser interrogada por la policía, Juliana confesó todo. Manifestó ante los agentes que quedó encinta y llevó oculto su embarazo durante todo su desarrollo, lo cual no despertó la extrañeza de sus allegados porque siempre fue de constitución gruesa. Cuando sintió síntomas de alumbramiento, Juliana no dio cuenta a nadie de la novedad “para que no se conociera su deshonra”. Aprovechando la ausencia del hogar de su padre, que se encontraba trabajando, y de su hermana, que había salido a la compra, “ella misma, a solas, alumbró y envolvió el feto, que no lloraba, en una sabana, y lo escondió en el patio de la casa hasta la mañana posterior, cuando lo abandonó en el sitio en que fue hallado con el fin de que fuese recogido y enterrado”. Tras el alumbramiento, Juliana permaneció en cama, “diciendo a su padre y a su hermana que estaba acatarrada”. La procesada fue condenada por infanticidio, teniendo que cumplir una sentencia de tres años, seis meses y veintidós días de prisión²⁸.

La infeliz criatura que alumbró Juliana pasó a engrosar la estadística de niños muertos instantes después de haber visto la luz. De haber sobrevivido al aparatoso parto que su madre relató en las dependencias policiales, es probable que no hubiera llegado a celebrar su primer cumpleaños, pues así solía suceder entre los pequeños que tenían la desgracia de nacer en el barrio en que él lo hizo, donde, al igual que en el resto de barrios pobres madrileños, las defunciones de vecinos menores de un año de edad se producían con dolorosa frecuencia.

El enorme tributo que los pequeños de las familias menesterosas pagaban a la muerte, además de constituir una tragedia incomparable, reflejaba mejor que nada la situación de desigualdad social ante la muerte que caracterizaba al Madrid de principios del siglo XX. No hacía falta indagar demasiado para concluir que la hecatombe de niños obedecía a las deplorables condiciones de vida bajo las que vivían amplias capas de la

²⁸ AGA, Juzgado de Primera Instancia e Instrucción del Distrito de La Latina, sección penal, caja 6626, sumario n.º 27, incoado por infanticidio, 28 de abril de 1912.

población. El problema de la mortalidad infantil solo podía ser atajado mediante una estrategia médico-social dirigida a erradicar las causas que lo propiciaban. Así lo advirtió el grupo de facultativos y reformadores sociales que, sin grandes recursos, pero confiados en la importancia de su labor, se entregarían en cuerpo y alma a la elevada misión de combatir la lacra de la mortalidad infantil madrileña.

2. 3. El cruel embate de la tuberculosis

Desde finales del siglo XIX, la tuberculosis se convirtió en la principal preocupación de la ciencia médica en todos los países del mundo. Ninguna otra enfermedad causaba, por sí misma, la terrible mortalidad que el morbo tuberculoso provocaba anualmente, estando catalogado durante varios decenios como el enemigo número uno de la salud pública²⁹. Al encontrar sus víctimas, sobre todo, entre los elementos jóvenes y productivos de la sociedad, la tuberculosis constituyó una grave cuestión social que llevó tanto a médicos como a sociólogos a dar la voz de alarma ante la amenaza que la llamada peste blanca suponía para el próspero porvenir de la sociedad:

“La peste y el cólera –escribía Ricardo Revenga en 1904– fueron en otros tiempos azotes que de cuando en cuando pasaban por Europa, sembrando a su paso el espanto y la muerte. Aquellas epidemias, con todos sus estragos, no causaban los estragos irreparables que causa la tuberculosis. [...] Su acción es constante y casi tan intensa como la de aquellas epidemias; no muestra preferencia por los viejos ni por los niños, sino que ataca principalmente a los individuos de 15 a 39 años, periodo de más vigor de la vida, y así no solo daña al individuo, sino a la raza”³⁰.

²⁹ Bates, Barbara. *Bargaining for Life: A Social History of Tuberculosis, 1876-1938*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1992, p. 1. Sobre la tuberculosis como problema público en el mundo contemporáneo, véase: Bynum, Helen. *Spitting Blood: The History of Tuberculosis*. Oxford: Oxford University Press, 2012; Daniel, Thomas M. *Captain of Death: The Story of Tuberculosis*. Rochester: University of Rochester Press, 1997; Dubos, René y Dubos, Jean. *The White Plague: Tuberculosis, Man, and Society*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1987; Dormandy, Thomas. *The white death: A history of tuberculosis*, Londres: Hambledon Press, 1999; Teller, Michael E. *The Tuberculosis Movement. A Public Health Campaign in the Progressive Era*. Nueva York: Greenwood Press, 1988.

³⁰ Revenga, Ricardo. *La muerte en España. Estudio estadístico sobre la mortalidad*. Madrid: Imprenta de la “Prensa de Madrid”, 1904, p. 135.

En Madrid, al igual que en el resto del panorama urbano nacional e internacional, la tuberculosis fue durante los decenios iniciales del siglo XX la dolencia más temible de cuantas afligían a las masas. La mortalidad que la llamada peste blanca producía entre la población adulta era elevadísima, haciéndose notar su virulencia en todas las estaciones del año. Para hacerse una idea de la letalidad de este azote, basta señalar que en el decenio 1900-1909 la mortalidad tuberculosa ascendió en Madrid a 18.004 óbitos, de los cuales 10.525 eran varones y 7.479 mujeres, resultando un promedio anual de 1.800,4 fallecimientos a causa de esta enfermedad³¹.

Los efectos de la tuberculosis, tanto a nivel clínico como social, resultaban demoledores. No había órgano del cuerpo humano que no fuera susceptible de sufrir la agresión del bacilo de Koch, y, teniendo en cuenta que la medicina aún no había logrado desarrollar remedios y tratamientos realmente efectivos para contrarrestar la infección tuberculosa, las probabilidades de morir una vez contraída la enfermedad eran bastante altas, especialmente entre las clases menesterosas, que por sus condiciones de vida estaban más expuestas a enfermar y a perecer a causa de este mal.

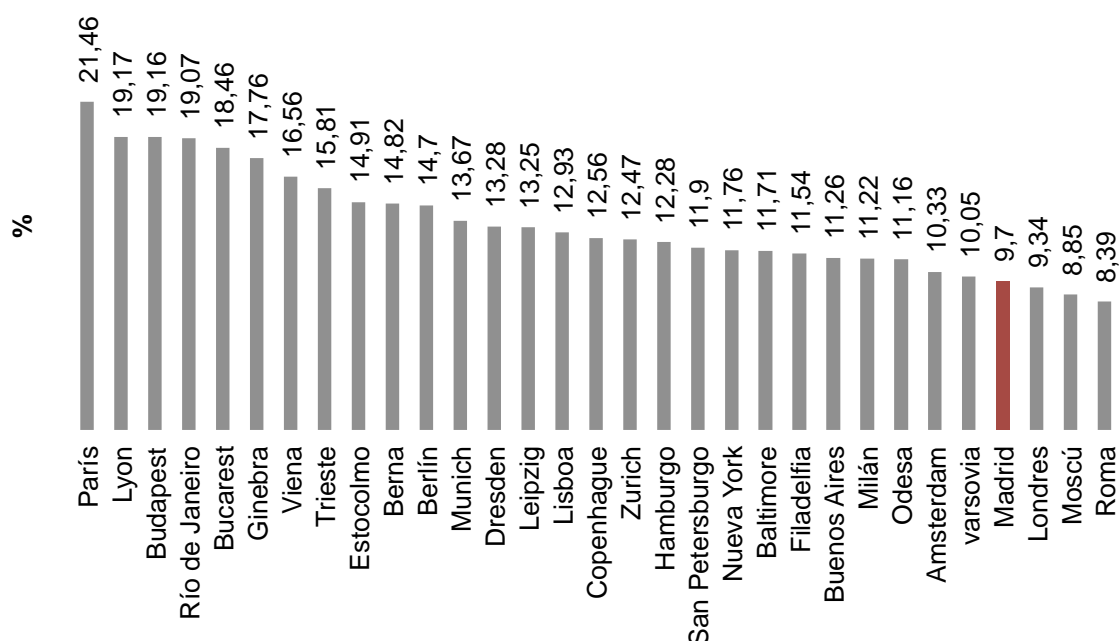


Fig. 2.15 Proporción de la mortalidad causada por tuberculosis pulmonar por cada 100 fallecimientos en Madrid y en varias ciudades europeas y americanas, 1906.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Sierra Zafra, Fernando. *La tuberculosis en Madrid durante el primer decenio de este siglo y la lucha social antituberculosa*. Madrid: Imp. y Enc. de V. Tordesillas, 1912.

³¹ Sierra Zafra, Fernando. *La tuberculosis en Madrid durante el primer decenio de este siglo y la lucha social antituberculosa*. Madrid: Imp. y Enc. de V. Tordesillas, 1912, p. 5.

El doctor Velázquez Isobo, autor de un folleto informativo sobre la tuberculosis, publicado en 1911, logró expresar con gran precisión la gravedad y la crudeza con que el morbo tuberculoso se apoderaba de los desdichados:

“¿Queréis ver sus efectos? Penetrad en un hospital y recorred sus salas abarrotadas de esta clase de enfermos. Éstos, cuyas extremidades están deformadas, cuyas articulaciones están cubiertas por una piel acribillada de orificios sanguinolentos, por los que rebosan fangosidades que ya no caben en la coyuntura y de donde mana constante pus que agota y envenena al organismo, son tuberculosos. Ved otros cuya columna vertebral no puede soportar el peso de sus hombros y cabeza, y se encorva cual si buscaran el sitio donde han de reposar eternamente; también son desgraciados tuberculosos. También lo son estos otros, pálidos y ojerosos, de mejillas hundidas y pómulos salientes, de cuello largo y pecho estrecho, consumidos por la fiebre y la expectoración, abatidos por la tos y el insomnio”³².

El análisis de la distribución de la mortalidad causada por tuberculosis en Madrid a principios del siglo XX pone de relieve, al igual que sucedía con el examen de la mortalidad general e infantil, la existencia de grandes diferencias entre los distintos barrios de la ciudad. Un tercio de los cien barrios madrileños excedía la tasa de mortalidad tuberculosa media de la capital, que en 1905 era de 3,54 por cada mil habitantes, encontrándose entre éstos un grupo de nueve barrios cuyas tasas eran iguales o superiores a 6,2 ‰, es decir, casi doblaban –y de hecho doblaban en algunos casos– la media de la urbe madrileña. De igual modo, encontramos un total de seis barriadas donde el embate de la tuberculosis se hacía notar con menor intensidad, registrando unas tasas de mortalidad tuberculosa inferiores a 1,3 fallecimientos por 1.000 (ver fig. 2.16).

Las enormes diferencias en la morbimortalidad tuberculosa que presentaban entre sí los diferentes barrios de Madrid, revelan el carácter social que tenía este morbo. La incidencia que determinados factores de índole social, como la vivienda, la alimentación y las condiciones de vida y trabajo, tenían sobre el desarrollo de la

³² Velázquez Isobo, Zacarías. *El alcoholismo y la tuberculosis*. Ávila: Imprenta católica de Emiliano G. Rovina, 1911, p. 11.

tuberculosis, fue resaltada en diversas investigaciones médicas de la época. Ya en 1895, el doctor Hergueta y Martín, al comparar a escala de barrio las diferentes tasas de mortalidad a causa de dolencias del pecho que arrojaba la estadística madrileña, concluyó que los índices más altos de muerte se localizaban en aquellos lugares donde el hacinamiento de la población y la falta de recursos económicos de los moradores tenían carta de naturaleza³³. Algunos años después, en 1904, el doctor Fatás y Montes no dudó en señalar la “incuestionable evidencia” de que la peste blanca atacaba más a las capas desfavorecidas de la sociedad que a las acomodadas, apuntando directamente a la clase social a la que pertenecían los individuos como un factor decisivo a la hora de sufrir el contagio de la enfermedad tuberculosa³⁴.

Más adelante, Vicente Álvarez Villamil, médico y concejal delegado del Ayuntamiento de Madrid, en la memoria que presentó al Tercer Congreso Español de la Tuberculosis, celebrado en San Sebastián en 1912, volvió a incidir en la influencia que jugaba el medio social en el desarrollo de la enfermedad, y, apoyándose en los datos que ofrecía la estadística municipal, señalaba que:

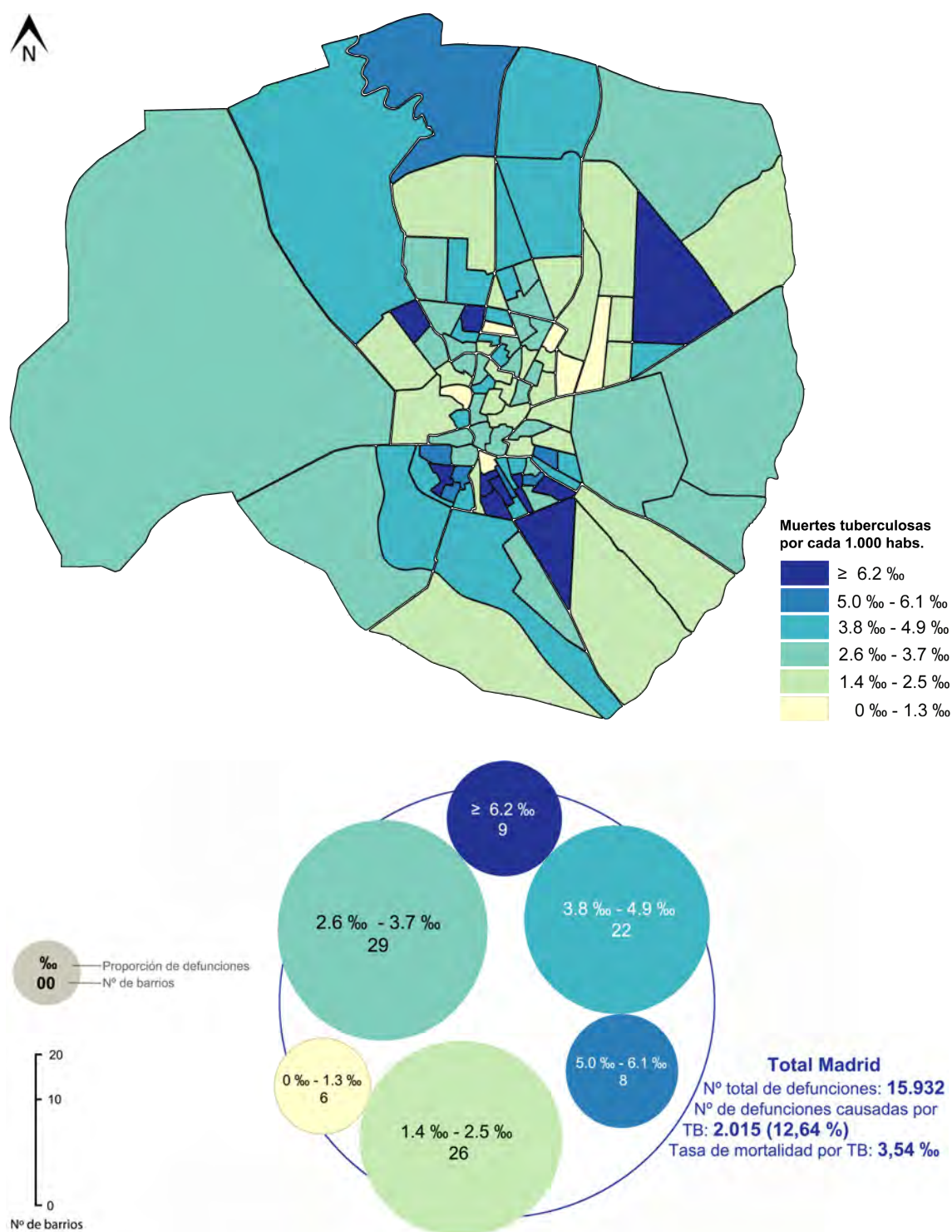
“Cada distrito [*de Madrid*] disfruta de una autonomía biológica especial conforme a sus condiciones económicas e higiénicas respectivas. [...] En otros términos, los distritos que se hallan habitados por la clase más acomodada y cuyas casas tienen mejores condiciones de higiene y son más soleadas y ventiladas, presentan una tasa de mortalidad mucho más inferior que aquéllos que se encuentran habitados por la clase menesterosa, donde existe verdadero hacinamiento y cuyas casas carecen de las condiciones de salubridad, faltándoles luz y aire. [...] Esto demuestra que es la aglomeración, la falta de higiene, de luz y alimentos lo que ocasiona el número de bajas producido por la tuberculosis”³⁵

³³ Hergueta y Martín, Simón. *Circunstancias que favorecen el desarrollo de las enfermedades de pecho en Madrid*. Madrid: Tip. del Hospicio, 1895, p. 70.

³⁴ Fatás y Montes, Luis. *Defensa contra la tuberculosis. Conferencia dada en el Círculo Democrático el 3 de diciembre de 1904, precedida de una carta al Sr. D. José Canalejas*. Madrid: Imp. Bailly-Baillière, 1905, pp. 39-40.

³⁵ Álvarez Villamil, Vicente. *Madrid y la tuberculosis*. Madrid: Imprenta Municipal, 1912, p. 24.

Fig. 2.16 Distribución por barrios de la mortalidad tuberculosa* en Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906.

* *Nota:* Se consigna la mortalidad causada por tuberculosis de todas las clases.

Al igual que sucedía con otras enfermedades sociales, como la diarrea infantil, la tuberculosis ponía al descubierto las miserables condiciones de vida de las clases populares y la insalubridad que presentaban los barrios pobres de Madrid. Todos los elementos que contribuían decisivamente a la propagación de este temible morbo se encontraban en ellos, empezando por la situación de escasez bajo la que vivían las familias trabajadoras como consecuencia de los reducidos salarios con los que habían de sostenerse.



Fig. 2.17 Número de tuberculosos de ambos sexos atendidos en el Real Dispensario Antituberculoso María Cristina, según la ocupación que desempeñaban, en 1908-1910.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Verdes Montenegro, José. “Seis mil casos de tuberculosis”. *Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas* 10 (1910): 281-290.

Nota: la fuente no distingue el sexo de los enfermos, por lo que no es posible presentar los datos desagregados conforme a esta variable y averiguar el número de varones y mujeres que se clasificaban bajo las distintas ocupaciones, salvo en aquellos casos en que lo especifica el propio título ocupacional.

Un reputado tisiólogo madrileño, el doctor Verdes Montenegro, en un estudio que elaboró a partir del examen de seis mil casos de tuberculosis tratados en Real Dispensario Antituberculoso María Cristina en los años 1908-1910, demostraba que el mayor contingente de tuberculosos en Madrid lo ofrecían “los jornaleros [...] y las mujeres de los obreros, que permanecen en el hogar al cuidado de la familia, en una casa deficiente, insalubre, probablemente infestada de tuberculosis durante muchos años por sus habitantes anteriores”³⁶. Cabe añadir que las referidas mujeres de los obreros, que figuraban como dedicadas a las faenas domésticas en la estadística manejada por el doctor Verdes Montenegro, además de dedicarse a dichas faenas, probablemente también se dedicarían a realizar en sus hogares alguna clase de trabajo remunerado, como la costura y confección de prendas de ropa para talleres textiles; de ahí que el quinto grupo profesional que encabezaba la estadística tuberculosa fuese el de las costureras. Antes que éstas, aparecían las sirvientas, “a quienes se destinan en las casas, por una tradición poco piadosa, las habitaciones más lóbregas y menos ventiladas; revolviendo, por necesidades de su oficio, todos los detritus del hogar”, y los dependientes de comercio, “que pasan todo el día en locales generalmente sin higiene, y duermen muchos en habitaciones sucias y oscuras”. En definitiva, la mayor parte de los enfermos de tuberculosis se ganaban la vida dedicándose a ocupaciones de baja remuneración, sobreviviendo “en condiciones que a veces hasta la dignidad humana rechaza”³⁷ (ver fig. 2.17).

La escasez de unos jornales que no permitían más que la mera supervivencia, constituía la causa principal de la “deficiente e inapropiada alimentación” de las clases populares³⁸. Las carencias en la dieta de los trabajadores pobres conducían al debilitamiento orgánico, y éste, a su vez, facilitaba el contagio de la enfermedad, motivo por el cual varios especialistas vieron en la carencia nutricional crónica bajo la que se

³⁶ Verdes Montenegro, José. “Seis mil casos de tuberculosis”. *Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas* 10 (1910): 281-290, pp. 286-287.

³⁷ *Ibíd.*

³⁸ Codina Castellví, José. *El problema social de la tuberculosis en Madrid. Discurso leído en la solemne sesión inaugural del año 1916 en la Real Academia de Medicina*. Madrid: Imp. Enrique Teodoro, 1916, p. 176. Esta denuncia aparece constantemente en la literatura médico-social de la época dedicada a la cuestión alimentaria. Véase: González Campo, José. *Op. cit.*; Luis y Yagüe, Ramón. *Bromatología popular urbana. I. La alimentación del proletariado en Madrid. II. Del abastecimiento alimenticio de Madrid*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Idamor Moreno, 1903; Hauser, Philip. *Madrid...*, *op. cit.*; Úbeda y Corral, José. *El presupuesto de una familia obrera*. Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro y Alonso, 1902; Francos Rodríguez, José. *Las subsistencias. La salud en Madrid*. Madrid: Tipografía artística, 1916; Garrido Juaristi, Luis. *El problema del pan*. Madrid: Imp. R. Velasco, 1920.

hallaban los desheredados de la sociedad, uno de los principales factores en la etiología de la tuberculosis. Álvarez Villamil, en la memoria que citábamos arriba, observaba que, teniendo en cuenta el precio de las subsistencias y la cuantía del jornal medio en Madrid, establecido para 1912 en once reales (2'75 pesetas), los individuos de la clase jornalera y de la media poco acomodada no podían gastar en alimentos una cantidad superior a las dos pesetas al día, con lo que lograban obtener, en el mejor de los casos, 2.503 calorías. Esta cantidad suponía un déficit diario de 975 calorías, ya que la fisiología, tomando como punto de partida el desgaste físico producido por el trabajo corporal, había fijado el aporte energético que un obrero necesitaba para conservar la salud en 3.478 calorías por día:

“Esta inanición permanente –concluía Álvarez Villamil– deja desprovisto al organismo de toda clase de defensas, y es especialmente favorable a la expansión de la tuberculosis, para la que ha instituido la ciencia médica, como método curativo, la sobrealimentación”³⁹.

Los tisiólogos también apuntaban al problema de la vivienda insalubre, combinado con el hacinamiento, como otro de los factores decisivos que explicaban el desarrollo de la tuberculosis entre las clases pobres de la población. La lacra de los cuartos insanos, que siempre fue una realidad en Madrid, vino a agravarse con el rápido crecimiento demográfico, propiciado por la intensificación de los flujos migratorios desde mediados del siglo XIX. Este crecimiento poblacional acelerado dio como resultado “el hambre de espacio”, que provocó la aglomeración de buena parte del vecindario en las barriadas miserables, donde más barato resultaba el albergue⁴⁰. Los cuartos de alquiler reducido, todos ellos antihigiénicos, se multiplicaron ante el incremento de la demanda de esta clase de viviendas por parte de los trabajadores inmigrantes, y el resultado final, en términos sanitarios, fue la conversión de los sectores pobres de la ciudad en auténticos campos de cultivo de la tuberculosis.

³⁹ Álvarez Villamil, Vicente. *Op. cit.*, pp. 41-42. Las cifras que ofrece el citado autor no están reñidas con los criterios de consumo calórico de la actualidad, pues aunque se considera que para hacer vida normal un individuo debe consumir en torno a las 2.500 calorías por día, cuando se realizan trabajos que requieren gran esfuerzo físico durante un prolongado espacio de tiempo, los expertos nutricionistas recomiendan un consumo de hasta 5.000 calorías por día.

⁴⁰ Cabello y Lapiedra, Luis María. “La habitación y la tuberculosis”. *La Construcción Moderna*, 30 de octubre de 1912.



Fig. 2.18 Anónimo. Enfermo de tuberculosis pulmonar en estado avanzado. Fotografía. c. 1900.

Fuente: Sánchez Herrero, Abdón. *Tratamiento curativo de la tuberculosis pulmonar. Cuatro años de experimentación clínica*. Madrid: Administración en casa del autor, 1903.

La relación entre la vivienda insana y la peste blanca era evidente. El inspector de sanidad Carlos Ferrand, que conocía con todo detalle, por las periódicas visitas que efectuaba con motivo de su ocupación, las condiciones de las moradas de las familias desfavorecidas y el estado sanitario en que se hallaban las barriadas pauperizadas de Madrid, no dudaba en afirmar que:

“La casa insalubre, lóbrega y mezquina ejerce poderoso influjo en la depauperación de sus inquilinos y en el desarrollo y difusión de las más variadas enfermedades infecto-contagiosas. [...] De todos los factores sociales, la casa malsana y contaminada es la causa más directa, activa y patente de la transmisión tuberculosa, y de ahí que el contagio se cebe en los barrios pobres, debido a su mayor densidad de población y residir en viviendas lóbregas, siendo proporcional la mortalidad por tuberculosis a la densidad de los alojamientos”.

Así era que las mayores tasas de defunciones tuberculosas se registraban entre los vecinos de las calles más deprimidas de la ciudad, siendo posible señalar en el plano de la urbe dónde se encontraban los focos de contagio que, de forma persistente a lo largo de los años, consumían sin compasión a sus habitantes e irradiaban el mal al resto de la población. Para los expertos no había duda alguna de que la insalubridad de la vivienda era la principal causa social por la cual la tuberculosis se hallaba tan arraigada en Madrid. Las casas en las que residían las clases menesterosas –según Álvarez Villamil, “verdaderos antros de pauperismo, faltas de lo más indispensable para la vida, que es luz, aire y agua, con vistas a patios lóbregos, fríos y húmedos, saturados de malos olores, exhalados de los sumideros y letrinas”⁴¹–, eran responsables de la propensión a la tuberculosis que mostraban sus inquilinos, puesto que las deplorables condiciones higiénicas en que se hallaban y lo reducido de su espacio favorecían la transmisión de la enfermedad entre sus moradores una vez que ésta se apoderaba de alguno de ellos.

José Codina y Castellví, tisiólogo de gran categoría y autor de *El problema social de la tuberculosis en Madrid* –probablemente la investigación de la época más relevante acerca del impacto de esta enfermedad entre la población madrileña–, observaba poéticamente que, al igual que la peste blanca se hallaba extendida por las cinco partes del mundo, también se encontraba diseminada por toda la ciudad de Madrid. Ahora bien, el doctor Codina distinguía los casos que se producían en determinados puntos de la urbe de forma más o menos aislada, de aquellos espacios donde la estadística autóctona registraba, año tras año, los mayores niveles de morbilidad tuberculosa. Esta diferenciación resultaba capital para avanzar en la profilaxis antituberculosa, pues permitía reconocer los sectores en los que la enfermedad se había asentado y desde donde se propagaba libremente por el resto de la ciudad, “cual hoguera ambulante que reparte ciegamente las chispas por donde pasa”⁴².

El doctor Codina se propuso entonces elaborar un padrón sanitario con el fin de conocer los puntos exactos donde vivían los tuberculosos en Madrid, para cuya misión se dedicó a recoger las señas de todos los enfermos que habían sido atendidos en los tres dispensarios antituberculosos municipales durante el cuatrienio 1911-1914, y de todos los fallecidos a causa de tuberculosis en la capital durante el mismo periodo. Toda esta información ofrecía la posibilidad de obtener una radiografía que mostrase con precisión la distribución de la tuberculosis en Madrid, puesto que los tuberculosos con

⁴¹ Álvarez Villamil, Vicente. *Op. cit.*, p. 31.

⁴² Codina Castellví, José. *El problema social... op. cit.*, p. 11.

recursos, que no aparecían en los ficheros de los dispensarios por no admitirse en estos centros más que a los enfermos pobres, sí figuraban en el registro de defunciones tuberculosas, pudiéndose complementar por esta vía el vacío existente en los archivos de los dispensarios.

El resultado del trabajo del doctor Codina fue excepcional. Consiguió compilar y exponer de forma ordenada todas las casas donde habían residido o fallecido tuberculosos y el número de éstos que se había albergado en cada casa, significando la proporción que representaban estas cifras respecto al número total de casas y de vecinos existentes en las calles donde se habían registrado casos de tuberculosis. Tal conocimiento permitía distinguir con todo detalle dónde habían vivido y muerto 11.415 tuberculosos madrileños desde 1911 hasta 1914. Las conclusiones a las que llegó el doctor Codina eran alarmantes: en el 79 % de las 1.300 calles de la capital habían residido o fallecido enfermos tuberculosos, y, de las 14.041 casas de Madrid, el 41 % de éstas había contado entre sus vecinos con alguna víctima de la peste blanca⁴³. En una lista paralela, el doctor Codina hizo una selección de 52 casas en las que habían convivido, en un mismo momento, de 10 a 31 enfermos tuberculosos, una cantidad verdaderamente exorbitante⁴⁴.

El examen de los datos globales de la investigación del doctor Codina demostraba, por una parte, que los bacilos de la tuberculosis pululaban por toda la ciudad, pues apenas el 20 % de las calles de Madrid se hallaban libres de la consunción; por otra, la preferencia que mostraba la tuberculosis por atacar unos espacios de la ciudad sobre otros, ensañándose con ellos hasta convertirlos en poderosos focos de contagio. En aquellos lugares infecciosos vivían “los tuberculosos de la clase proletaria y desheredada de la fortuna, los verdaderamente pobres”⁴⁵. La información recogida por los dispensarios acerca de las condiciones de vida de los pacientes tratados en estos centros, que sumaba un total de 1.994 hojas de inspección domiciliaria, demostraba, en palabras del doctor Codina, que:

“El tuberculoso pobre de Madrid tiene un hogar tan miserable por lo reducido y tan exiguo por lo miserable, que bien pudiera decirse, sin

⁴³ *Ibíd.*, pp. 95-97.

⁴⁴ *Ibíd.*, pp. 99-100.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 101.

hipérbole de ningún género, que los tuberculosos que acuden a nuestro dispensario carecen por completo de hogar”⁴⁶.

El tisiólogo refería casos espantosos de enfermos que convivían, en el mismo cuarto, con nueve personas más, haciendo notar que las 1.994 viviendas visitadas por el servicio de inspección de los dispensarios antituberculosos contenían un total de 7.381 piezas y albergaban 9.303 personas⁴⁷, es decir, que los enfermos pobres no podían disponer de su propia habitación y, hallándose en un estado lamentable, se veían obligados a hacer vida común con el resto de personas con las que habitaban. Esta trágica situación se agravaba si las familias de los tuberculosos se procuraban huéspedes para dormir, estrategia bastante extendida entre las gentes de los barrios humildes. Si ya de por sí las reducidas dimensiones de los hogares proletarios invitaban al amontonamiento de sus habitantes, la recepción de nuevos inquilinos generaba siempre una peligrosa situación de hacinamiento en las viviendas de los enfermos tuberculosos:

“No hay que forzar la argumentación –escribía el doctor Codina– para comprender cómo influirá tal hacinamiento en el organismo del tuberculoso, en los de la familia y en los de los huéspedes, y cómo estará la atmósfera de aquella habitación cerrada, sin ventilación directa, con los residuos de la expectoración de un tuberculoso, con las emanaciones mal olientes de ropas y tegumentos cutáneos incrustados por la suciedad y el desaseo y con las exhalaciones de ácido carbónico, cuyo acumulo es capaz de intoxicar a todos los allí albergados”⁴⁸.

Parecía quedar claro que la mortalidad a causa de tuberculosis no se hallaba en relación con la mayor o menor densidad de población de los distritos de Madrid, sino que estaba estrechamente ligada al hacinamiento humano y a la insalubridad de la vivienda, factores ambos de naturaleza esencialmente social, al igual que el déficit alimentario de las masas sin recursos, que también contribuía en alto grado al desarrollo de la peste blanca. El problema de la tuberculosis constituía, ante todo, un problema social. Aun cuando el riesgo de contraer la enfermedad afectaba al conjunto de la

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 112.

⁴⁷ *Ibíd.*

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 117.

sociedad, eran los sectores más desfavorecidos los que padecían en proporciones incomparables el embate de la consunción. El alto número de tuberculosos que residían en determinadas calles y casas de los barrios pobres de la ciudad había provocado que dichos espacios se transformaran en perpetuos focos de contagio, cuya extinción se planteaba como una necesidad apremiante para hacer descender los niveles de contagio y mortalidad tuberculosa en la población. La conquista de ese objetivo exigía la puesta en marcha de un plan dirigido a ofrecer a los enfermos el tratamiento que necesitaban y a contener el avance de la enfermedad. Ello requería la creación de una organización eficaz y una infraestructura sanitaria adecuada, basada en la atención a los pacientes, en la prevención a través de la instrucción de las masas y en la salubridad de la vivienda, de los lugares de trabajo y de la ciudad entera, para que ésta –sobre todo los barrios deprimidos– se dotara de las armas necesarias para vencer la batalla contra la peste blanca.

2. 4. Curanderismo y medicina clandestina

La desesperación que producía vivir en un ambiente dominado por la constante amenaza de la enfermedad y la muerte, en viviendas carentes de higiene y en barrios asolados por el pauperismo, alimentaba las creencias supersticiosas y favorecía la expansión del curanderismo. Siendo ésta una práctica de origen y naturaleza esencialmente rural, pues era en los distritos rurales del país donde la curandería tenía verdadera fuerza y donde se hallaba generalizada la creencia supersticiosa del vulgo en la influencia de las fuerzas sobrenaturales sobre la salud y en el poder milagroso de los saludadores, la presencia del curanderismo en Madrid durante los decenios interseculares constituyó un fenómeno extendido. A ello hubo de contribuir la constante llegada a la capital de inmigrantes procedentes del agro español que abandonaban su tierra para buscar trabajo en la gran ciudad, pero no abandonaban las poderosas creencias con las que habían crecido, llevándolas consigo y poniéndolas en práctica en sus nuevas moradas. El curanderismo madrileño experimentó así un desarrollo importante durante este periodo, favorecido por el rápido crecimiento de la población a consecuencia de la inmigración rural y por el consiguiente aumento de la demanda de los servicios ofrecidos por los sanadores esotéricos en una sociedad atosigada por el morbo y la parca.

Los testimonios ofrecidos por médicos, escritores y sociólogos de la época a propósito de la curandería, resultan de gran valor para conocer las creencias populares en torno a la enfermedad y las prácticas terapéuticas de los curanderos. En este sentido, es de gran interés un estudio publicado en 1905 por el sociólogo Rafael Salillas, en el que documentó con detalle, valiéndose de las comunicaciones que le proporcionaron diversos informantes distribuidos por toda la geografía nacional, la creencia en la fascinación en España y los remedios empleados para sacudirse de los maleficios, un campo de observación que no había sido objeto de estudio metódico por parte de ninguna disciplina hasta entonces.

A través de las páginas de este trabajo puede comprobarse hasta qué punto estaba arraigada en aquella época la creencia en el aojamiento, que se encontraba presente en todas las regiones españolas, manifestándose con mayor intensidad entre los campesinos de Galicia, Asturias, León, Castilla la Nueva, Extremadura, Murcia y algunas provincias andaluzas. “En Madrid –escribía Salillas– algunos creen que la persona que ha hecho alabanzas al recién nacido, le ha hecho mal de ojo si el niño bosteza o lagrimea”⁴⁹. Esta creencia era idéntica en Guadalajara y varios pueblos de la provincia de Toledo, donde las madres colgaban en el cuello de los recién nacidos una bolsita con recortes de los Evangelios a modo de amuleto protector contra el aojo⁵⁰. También en la población de Cogolludo (Guadalajara), los naturales acostumbraban a dejar secar durante tres días el rabo de una lagartija para luego ponerlo en una bolsita que colgaban del cuello de las criaturas para evitar los efectos del mal de ojo, realizándose prácticas análogas a éstas en Tarazona de la Mancha (Albacete) y en Tordesillas (Valladolid), donde se colocaban a los niños de corta edad “varias reliquias o amuletos para evitar el mal de ojo”⁵¹.

La costumbre de poner amuletos a los niños para protegerles de la mirada infecciosa de aquellos que, según la creencia popular, podían provocarles toda clase de dolencias, así como para ayudarles a resarcirse de la enfermedad rápidamente, estaba

⁴⁹ Salillas, Rafael. *La fascinación en España*. Madrid: Eduardo Arias, 1905, p. 12.

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 12. Otra referencia a esta práctica la encontramos en una carta, fechada en 1904, que dirigió Miguel de Unamuno a José Ripoll, pastor evangélico español residente en Cuba. El ilustre intelectual escribía en la misiva: “Es preciso que desaparezca esa vergüenza de que en un país que se dice cristiano, y donde los 9.999 por cada 10.000 no han leído el Evangelio, sirva éste todavía para que lo recorten en pedacitos –el texto latino–, los cierren en unas bolsitas bordadas por monjas y llenas de lentejuelas y las cuelguen del cuello de los niños a guisa de amuleto”. Véase: De Unamuno, Miguel. *Epistolario americano (1890-1936)*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1996, p. 203.

⁵¹ Salillas, Rafael. *Op. cit.*, p. 11.

igualmente extendida en Madrid. Aunque desconocemos si se trataba de una práctica autóctona o fue importada a la capital por las gentes del campo, lo cierto es que, a finales del siglo XIX, era habitual ver a los pequeños de las barriadas obreras madrileñas portando amuletos para alejar el mal de ellos o mostrando emplastos y otros preparados para recobrar las fuerzas arrebatadas por alguna enfermedad. El doctor Gaspar Gordillo, conocido médico de la capital, observaba lo siguiente al respecto:

“Raro es el niño que tiene tos que no lleve al pecho colocado un parche fétido y asqueroso, que por lo menos habrá servido muchas veces para perder un tiempo precioso. A otros les han puesto, por consejo de la *señá* Casilda, muy entendida en achaques de niños porque ha criado dieciocho, un reparo al vientre o un cataplasma de verbena, para corregir el asiento o el empacho. A otro le han puesto un pichón negro recién sacrificado al costado, porque, según ha dicho la comadre, tiene una pulmonía, y es remedio probado contra ella. A otro desgraciado le han introducido en la extremidad inferior del tubo digestivo unas raíces de perejil, para que *obre*”⁵².

El recurso al auxilio de los curanderos por parte de las familias de las clases populares cuyos hijos caían en la desgracia de alguna enfermedad infantil, era bastante frecuente. Solo las familias con recursos podían hacer frente a los honorarios que cobraban los médicos por visita, que, hacia 1900, oscilaban entre las diez pesetas que cobraban los más eminentes doctores a las casas ricas, y las dos pesetas con cincuenta céntimos que solían cobrar a los pacientes de la clase media, cantidad a la que solía sumarse algún obsequio ofrecido por la clientela, como una porción de bizcocho o un cigarro puro⁵³. Las familias pobres, que no contaban con más recursos que el escaso jornal que ganaban con penosa irregularidad, no disponían más que del auxilio facultativo que pudieran recibir en la beneficencia municipal. Esta situación, combinada con el influjo de las creencias supersticiosas, daba como resultado que, en no pocas ocasiones, los consejos del curandero se mostrasen más convincentes que las

⁵² Gordillo Lozano, Gaspar. *La mortalidad de Madrid. Colección de artículos publicados sobre dicho tema*. Madrid: Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1885, p. 21.

⁵³ Álvarez Sierra, José. *Historia de la medicina madrileña*. Madrid: Editorial Universitaria Europea, 1968, p 139.

prescripciones dadas por los médicos titulados, dejando toda la terapia de la enfermedad en manos de la influencia milagrosa de algún amuleto, en los remedios a base de cocimientos de dudosa procedencia o en los efectos curativos de la canción entonada por algún mendigo saludador a la puerta del cuarto donde se hallaba el lecho del enfermo⁵⁴.

Luis Fatás y Montes, médico y autor de varios estudios en torno al problema de la morbilidad de Madrid, se refería a este asunto en una conferencia que pronunció en el Círculo Democrático de Madrid en 1904:

“Nuestro proletariado, indocto, supersticioso y rebelde, busca por tradición en intervenciones sobrenaturales el remedio para los males de la tierra, y prefiere a la profilaxis el exvoto, a la terapéutica el amuleto, y al consejo prudente del médico, que en ocasiones contra su voluntad lo sana, las ridículas contorsiones del zahorí, que explota sin conciencia sus credulidades infantiles”⁵⁵.

Los procedimientos empleados por los curanderos para sanar la enfermedad fruto del aojamiento eran de lo más variado. En algunos casos, los saludadores actuaban valiéndose de remedios pseudoreligiosos, tales como esparcir agua bendita sobre los enfermos, leerles a viva voz los Evangelios o poner las ropas de los afectados debajo del mantel que cubría el altar de una iglesia donde se había de celebrar una misa⁵⁶. En otras ocasiones, los curanderos recurrían a métodos más complejos y administraban a los enfermos soluciones medicamentosas de lo más inverosímil (Salillas cita uno de estos preparados consistente en una cataplasma a base de hojas de plantas y un huevo puesto por una gallina negra, que el curandero aplicaba, después de recitar una serie de oraciones, sobre la parte del cuerpo afectada por la enfermedad⁵⁷), o ponían en marcha mecanismos sanadores tan aparatosos como el ahumado, que consistía, literalmente, en ahumar al enfermo “con humo de paja de avena, y nunca de otra clase”, permaneciendo

⁵⁴ Fatás y Montes, Luis. *La mortalidad de niños en Madrid. Causas y remedio*. Madrid: Est. Tip. de E. Teodoro, 1903, p. 78.

⁵⁵ Fatás y Montes, Luis. *Defensa contra la tuberculosis. Conferencia dada en el Círculo Democrático el 3 de diciembre de 1904, precedida de una carta al Sr. D. José Canalejas*. Madrid, Bailly-Baillière, 1905, p. 11.

⁵⁶ Salillas, Rafael. *La fascinación... op. cit.*, pp. 51-65.

⁵⁷ *Ibíd.*

después el afectado en reposo, cubierto de paja, “por espacio de nueve días, hasta que sana o muere”⁵⁸. Otras prácticas conocidas eran la quema de pelos de los niños que ofrecían síntomas de haber sido víctimas del aojo, “para que se condene el que lo ha hecho y el niño sane”, o la aplicación de masajes en el vientre del afectado con las manos untadas en una mezcla de aceite y aguardiente⁵⁹.

Pero no siempre los curanderos se valían de remedios más o menos inocentes para llevar a cabo sus operaciones. La creencia supersticiosa en la virtud curativa de beber sangre humana, particularmente la de los niños, o de friccionarse con grasa de igual procedencia, en ocasiones llevaba a la materialización de crímenes espantosos. Uno de los más sonados fue el crimen del pueblo almeriense de Gádor, cometido en el verano de 1910 por un curandero y sus seguidores, quienes secuestraron a un niño de siete años y, antes de aplastarle el cráneo con una roca, le acuchillaron para dar de beber su sangre a un tuberculoso⁶⁰.

La repercusión que el caso de Gádor tuvo en toda España, hizo revivir el recuerdo de un misterioso crimen que sucedió varios lustros atrás en Madrid: el crimen de los niños del canal.

El 17 de marzo de 1884 fue hallado en las inmediaciones del paseo de las Delicias, junto al primer molino del canal allí existente, el cadáver de un niño de doce años, que yacía en el fondo de una charca fangosa. A unos cien pasos de este punto, apareció el cuerpecito sin vida de otro niño de similar edad. Las profundas heridas que presentaban los dos cadáveres, desde la oreja a la garganta, indicaban que habían sido degollados, y que lo fueron con la misma cuchilla (probablemente una navaja barbera) y por la misma mano. Los asesinados eran niños pobres del barrio de las Peñuelas, hijos de familias jornaleras emigradas de Valencia y Andalucía, y no había ningún elemento que permitiera indicar el móvil que hubiera guiado al autor o autores del crimen a realizar semejante barbaridad.

Todas las diligencias sumariales practicadas por el Juzgado del distrito de la Inclusa para esclarecer este tenebroso suceso resultaron en vano. Se hicieron varias detenciones, pero los acusados fueron puestos en libertad tras demostrar su

⁵⁸ Ibíd.

⁵⁹ Ibíd.

⁶⁰ Jiménez López, Arturo. *El crimen de Gádor. Historia completa del proceso del monstruoso asesinato del niño Bernardo González Parra*. Murcia: Tip. “El Popular”, 1910.

inculpabilidad⁶¹. Aunque el caso tenía todas las trazas de ser una degollación cometida por fanáticos bebedores de sangre, pues los cortes en el cuello que presentaban los desdichados muchachos eran tan incisivos que sus cabezas casi se hallaban separadas del tronco, el crimen nunca llegó a esclarecerse.

Al quedar envuelto en el más impenetrable misterio, el asesinato de los niños del canal alimentó la aparición de toda suerte de hipótesis entre la población. Uno de los rumores que más se dejaba escuchar decía que los chiquillos fueron degollados para que su sangre infantil sirviera de bebida curativa a algún tuberculoso pudiente, el cual bien podía encontrarse en el Palacio Real, donde desde tiempo ha se hallaba el lecho de un rey enfermo de tuberculosis⁶². Rumores similares a éste, inverosímiles en absoluto, volvieron a circular por Madrid algunos años más adelante, cuando corrió la voz de que cada noche se sacrificaba un soldado en palacio para que el primogénito de los reyes de España, enfermo de hemofilia, se bebiera su sangre⁶³.

Es posible que la recomendación de ingerir sangre humana hubiera sido divulgada por los curanderos a partir de una interpretación libre del procedimiento curativo opoterápico practicado por la propia medicina oficial⁶⁴. Sin embargo, había quien situaba la procedencia de esta práctica en ciertas manifestaciones religiosas africanas importadas por los esclavos negros a la isla de Cuba, de donde habrían sido, a su vez, transportadas a España. Con motivo de otro crimen cometido en 1919 por un bebedor de sangre infantil en la población asturiana de Avilés, *La Correspondencia de España* dedicó un extenso artículo al asunto, en el que se hacía referencia a la existencia en La Habana de una hermandad dirigida por “curanderos extraordinariamente

⁶¹ *La Época*, 18 de marzo de 1884.

⁶² Aunque en la prensa publicada en el momento en que se cometió el crimen no figura ninguna referencia a este rumor, sin embargo, veintiséis años después, cuando el asunto ya parecía haberse borrado de la memoria, apareció una mención a él en un artículo publicado el 17 de mayo de 1910 en el diario *El Mundo*, en el cual, refiriéndose a la impunidad con que se calumniaba al Gobierno de turno, se decía lo siguiente: “Así circulan, como si fueran artículos de fe, las más burdas calumnias. [...] Pero ¿no hay quien piensa todavía que se mató a los niños del Canal para que bebiera su sangre un rey enfermo?”.

⁶³ Agustín de Foxá se hizo eco de este rumor en su novela *Madrid, de corte a checa*. Cuando en la casa de José Félix, protagonista de la obra, reciben la visita de una antigua doncella, ésta hace el siguiente comentario: “Hay que ver, señorita –decía adulatora–, cómo están por esos barrios. Dicen que mandan matar todos los días un soldado para dar su sangre al Príncipe de Asturias”. Véase: De Foxá, Agustín. *Madrid, de corte a checa*. Madrid: Prensa Española, 1962 (ed. or. 1938), p. 48.

⁶⁴ La revista *Mundo Gráfico*, en su número del 4 de febrero de 1920, publicaba un interesante artículo sobre esta cuestión, bajo el título “Opoterapia”, en el cual se mencionaba la recomendación de beber sangre de reses recién sacrificadas que algunos médicos, guiados por un criterio opoterápico, hacían a sus pacientes tuberculosos.

peligrosos, llamados «brujos»”. Los afiliados a esta secta se distinguían por celebrar sus ceremonias ante una piedra que untaban de sangre procedente de gallos negros y también por realizar sacrificios humanos con fines médico-religiosos. El acusado de cometer el crimen de Avilés, un asturiano que vivió varios años en Cuba, declaró que:

“Allá en Sagua la Grande, isla de Cuba, un tal Francisco, negro y curandero, me recomendó beber sangre de un niño para combatir el mal que ya pesaba sobre mí, y hasta llegó a ofrecermela una criatura previo el pago de 200 pesetas, que me negué a aceptar. Ya aquí, y visto que continuaba sin curar mi padecimiento, recordé el consejo del negro, y...”⁶⁵.

Sin llegar a realizar monstruosidades de este género, otros curanderos recomendaban beber sangre como remedio para la sanación de ciertas dolencias, pero no de humanos, sino de animales. La costumbre de beber sangre palpitante de reses recién sacrificadas con fines terapéuticos existió en Madrid, al menos, hasta la década de 1930. Un reportaje de la revista *Estampa*, publicado en el verano de 1933, desvelaba la presencia de bebedores de sangre en la capital y se adentraba en esta práctica vampírica. Todas las mañanas, a primera hora, un grupo de personas más o menos nutrido se congregaba en los alrededores del matadero municipal con el fin de beber la sangre del ganado que allí se mataba. “El cuchillo se hunde en el cuello de la res –se leía en las páginas de *Estampa*– y brota un chorro de sangre que recogen ansiosamente los bebedores”⁶⁶. En algunas fotografías que acompañan al citado reportaje, aparecen retratadas unas mujeres bebedoras de sangre. “Nos falta la salud –declaraban estas mujeres al ser interrogadas por el reportero–. Nuestras débiles energías y nuestra anemia podemos curarlas, y para fortalecernos bebemos sangre”⁶⁷. Añadía el periodista autor del reportaje que también se hallaban presentes en la nave del matadero un grupo de chiquillos que, aunque no participaban directamente del festín, acudían hasta allí,

⁶⁵ “Los brujos de Cuba”. *La Correspondencia de España*, 6 de junio de 1919. Sobre la brujería habanera y en el archipiélago cubano en general, véase: Ortiz, Fernando. *Hampa Afro-Cubana. Los negros brujos, apuntes para un estudio de etnología criminal. Con una carta prólogo del Dr. Lombroso*. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1906.

⁶⁶ “Los bebedores de sangre en Madrid”. *Estampa*, 26 de Agosto de 1933.

⁶⁷ *Ibíd.*

provistos de pucheros o cafeteras, para llevar la sangre caliente a otros bebedores que esperaban en sus casas.

En cuanto a la tipología de los curanderos, Salillas distinguía tres clases diferentes de sanadores: el hechicero, el virtuoso o agraciado y el estrictamente profesional⁶⁸. Entre estos últimos se encontraba la legión de profesionales del embaucamiento que operaban en las calles y plazas de Madrid a modo de charlatanes vendedores de panaceas. En uno de sus libros, José Gutiérrez Solana hizo un retrato formidable de la intervención callejera de un curandero ambulante con quien se topó en cierta ocasión en la Ribera de Curtidores, junto a la casa conocida como el Topón del Rastro. Vestido con un insólito chaqué y sombrero flexible, el charlatán se encontraba metido “en el hueco hondo y sombrío de la capota de un enorme y despintado coche, tirado por un caballo muy viejo”, que empleaba a modo de podio desde el cual hablaba al público que presenciaba su intervención. Un criado del curandero “iba poniendo en el



Fig. 2.19 Sánchez, Alfonso. *Trasmisión de pensamiento, Madrid*. Fotografía. c. 1915.
Fuente: Archivo Fotográfico Alfonso, AGA. N.º ref.: 024816.

⁶⁸ Salillas, Rafael. *La fascinación... op. cit.*, p. 51.



Fig. 2.20 Moya Idígoras, Juan. *Charlatán subido a un entarimado en la Plaza de Santa Cruz, 6, con vuelta a la calle San Cristóbal*. Fotografía. 1890.

Fuente: Fondo Fotográfico Juan Moya, ARCM. N.º ref.: 918765/004.

suelo, ante los ojos de la gente, unos cartones con láminas de toda clase de enfermedades de la piel”, mientras éste, sentado en el pescante del coche, se dirigía al público, diciendo:

“Es indudable, señores, que las capitales están llenas de grandes enfermedades; ver estas láminas y os convenceréis. [...] La mayoría de la gente está enferma y no quiere curarse porque lo ignora. ¿Qué se precisa, pues? Dar a vuestros órganos enfermos la reconstitución, la vitalidad que les falta. ¿Y cómo lo conseguiréis? Comprando este frasco de cápsulas, patente de mi casa, y tragando dos en cada comida. [...] En estos específicos, todos los ingredientes que intervienen no son drogas nocivas, sino raíces y hierbas aromáticas cogidas en el campo. Tomadlos y tendréis la curación completa de todos vuestros padecimientos”⁶⁹.

⁶⁹ Gutiérrez Solana, José. *Madrid, escenas y costumbres (1ª y 2ª serie)*. Madrid: Trieste, 1984, (ed. or. de 1913, la 1ª serie, y 1918, la 2ª serie), pp. 169-171.

También dentro de esta categoría de embaucadores profesionales se encontraba una pareja de curanderas chinas, especialistas en enfermedades de la vista, que operó en Madrid en el invierno de 1911-12. Antes de llegar a la capital, las curanderas habían estado ofreciendo sus servicios en Lisboa. El Gobierno lusitano ordenó su expulsión del país y fue así como cruzaron la frontera española hasta llegar a Badajoz, donde estuvieron explotando su industria curativa apenas un par de días, pues el gobernador civil de la región decretó, de nuevo, la expulsión de las ciudadanas chinas.

Tomaron las mujeres entonces un expreso que las llevó a Madrid, donde hicieron su entrada el 29 de noviembre de 1911. La prensa venía informando de las andanzas de esta pareja de saludadoras orientales desde que fueron expulsadas de Portugal y no tardaron demasiado tiempo en hacerse populares entre la población madrileña, “sobre todo en los barrios bajos, donde operaban con cierta libertad”⁷⁰.

Su procedimiento sanador conseguía dejar perplejos a propios y extraños. Según afirmaban las famosas chinas, la ceguera y otras afecciones de los ojos eran causadas por unos bichillos que se alojaban debajo de los párpados, alrededor de la órbita de los globos oculares. “Estos vermes –explicaba un periodista en *La Correspondencia de España*– rabian y se enfurecen, pero la sabiduría de las hijas de Confucio logra apaciguarlos; extrayéndolos con cuidado y sigilo, queda el paciente libre de tan molestos huéspedes y, aún en los casos más graves, recobra la vista”⁷¹. Para sacar los gusanos productores de la enfermedad, las curanderas se valían de unos palillos ganchudos de color marfil que introducían en los ojos de los enfermos después de hacerles unas suaves fricciones en los párpados. El público se quedaba atónito al ver cómo la operación terminaba con unas cuantas larvas vivas retorciéndose en las puntas de los palillos que manejaban las improvisadas cirujanas.

El asunto de las curanderas chinas despertó gran curiosidad y el gobernador civil de Madrid comisionó a la inspección de Sanidad para que se personara en una de las intervenciones. El inspector encargado de hacer la visita de inspección “observó cómo practican las operaciones las curanderas, viendo que mojan un cuadrado de bronce en un líquido blanquecino, introduciéndolo bajo los párpados del enfermo. Después frotan sobre el párpado con otro punzón de boj y hacen un masaje en todo alrededor del ojo,

⁷⁰ *La Época*, 17 de enero de 1912.

⁷¹ *La Correspondencia de España*, 26 de noviembre de 1911.

parte de la frente y base de la nariz. Finalmente, levantando los párpados del individuo, extraen los supuestos gusanos blancos, semejantes a los del queso de Rochefort”⁷².

A pesar de que todo el procedimiento tenía la apariencia de ser una pura treta, lo cierto es que las curanderas extraían de los ojos de sus visitantes verdaderos gusanos, que se movían y arqueaban ante el asombro del gentío que contemplaba las operaciones. Además, algunos enfermos, sin duda sugestionados, afirmaban haber mejorado de sus problemas visuales desde que pasaron por las manos de las esotéricas oculistas, y en la fonda madrileña donde se hospedaban las orientales no dejaban de recibir telegramas procedentes de Lisboa preguntando por ellas⁷³.



Fig. 2.21 Rivero. *Las famosas saludadoras chinas, que ayer tarde fueron detenidas por ejercicio ilegal de la medicina. Fotografía. 1912.*

Fuente: ABC, 18 de enero de 1912.

Pero no iba a pasar demasiado tiempo hasta que las autoridades gubernativas volvieran a decretar la expulsión de las populares curanderas. El 15 de enero de 1912 “un honrado vecino de los barrios bajos, corto de vista él, se fue a ver a las curanderas para que le arreglasen los ojos, y se los dejasen como los de los gatos, que ven hasta en

⁷² *La Correspondencia de España*, 29 de noviembre de 1911.

⁷³ *Ibíd.*

la obscuridad”⁷⁴. Las chinas, que no hablaban español, le dijeron por señas que sería posible sanar su afección, para lo cual el enfermo habría de pagar veinte pesetas (esto último se lo dijeron en castellano claro). Las curanderas realizaron con el enfermo sus acostumbradas operaciones, le mostraron los gusanos causantes del mal y, tras cobrar el servicio al precio indicado, se despidieron del paciente. El hombre no notó mejoría alguna después de la intervención y, sintiéndose estafado, puso el hecho en conocimiento de la policía. Dos días después, una pareja de agentes de seguridad procedió a la detención de las curanderas, que fueron trasladadas al juzgado de guardia bajo la acusación de ejercicio ilegal de la medicina. Una vez en las dependencias judiciales, prestaron declaración con ayuda de un intérprete y el juez terminó dictaminando su expulsión de Madrid⁷⁵.

El truco que empleaban las curanderas chinas se conocería algunos meses después. Tras abandonar la capital, las estafadoras estuvieron deambulando durante algunos meses por diversas localidades andaluzas, siendo expulsadas de todas ellas por orden gubernativa. El 15 de abril fueron vistas en La Coruña, donde fueron detenidas “cuando anunciaban por las calles, a golpe de tambor, la curación de los ojos y de la boca, mediante la extracción de bichos con varillas metálicas”⁷⁶. Las curanderas, viéndose perseguidas por toda la península, decidieron poner rumbo a tierras americanas, para lo cual tomaron un vapor que las llevó a Brasil, y allí fue donde se destapó toda la martingala. Las autoridades brasileñas se propusieron comprobar las técnicas de las operadoras chinas, a cuyo efecto se las instó a practicar una de sus intervenciones ante una comisión médica en Río de Janeiro. No tardó la comisión en descubrir la trampa, que consistía en que las curanderas llenaban su boca de larvas de mosca que escondían en sus ropas antes de proceder a la operación, y, con una rapidez asombrosa, se llevaban la mano a los labios, recogían una larva del interior de su boca y la colocaban en el instrumento que empleaban para operar⁷⁷.

Otra estrategia empleada por los profesionales del embaucamiento consistía en anunciarse en los diarios de gran circulación para llegar con facilidad a las masas. Desde mediados del siglo XIX, la cuarta plana de los periódicos madrileños se vio inundada de anuncios de productos milagro y de remedios para la curación de un

⁷⁴ *La Época*, 17 de enero de 1912.

⁷⁵ *La Correspondencia de España*, 18 de Enero de 1912; *El Liberal*, 19 de Enero de 1912.

⁷⁶ *El Heraldo de Madrid*, 15 de abril de 1912.

⁷⁷ “Las curanderas chinas”. *España Médica*, 10 de mayo de 1912.

sinnúmero de enfermedades. Envueltos en elogios hiperbólicos y redactados con gran charlatanismo, los anuncios de la curandería ofrecían pomadas, ungüentos, ceras, vinagres, cosméticos y medicinas para sanar todas las afecciones que padecía la humanidad.

Entre estos anuncios, solían deslizarse una clase específica de ellos que iban dirigidos a las mujeres embarazadas, cuyo texto acostumbraba a ser como sigue: “Partos. Profa. Sra. X. Hospedaje para embarazadas. Procedimientos de éxito seguro”. Lo que se anunciaba bajo este lenguaje más o menos enrevesado eran los servicios de comadronas que practicaban abortos. El recurso a esta clase de servicio por parte de las mujeres que querían interrumpir su embarazo era frecuente, y, a juzgar por el número de sumarios abiertos en los juzgados madrileños por hallazgos de fetos, todo parece indicar que el aborto era una práctica recurrente en Madrid durante las primeras décadas del siglo XX, especialmente entre las clases populares. Así lo observaba el sociólogo Julián Juderías, según el cual, las mujeres que abortaban eran:

“Por regla general, mujeres que pertenecen a las clases más pobres y que temen no tanto la deshonra como la miseria. Entre ellas rara vez se encuentran mujeres ricas o de posición desahogada. Suelen ser, en la mayoría de los casos, sirvientas”⁷⁸.

Al ser una práctica perseguida por la ley, el aborto siempre se realizaba en la clandestinidad. Las mujeres que se veían en la tesitura de abortar podían hacerlo por sus propios medios, provocando la interrupción del embarazo deliberadamente mediante la toma de algún producto abortivo, o asistidas por una persona perita en la materia. Este fue el caso de una vecina de la calle de los Mancebos, llamada Josefa López, de 36 años de edad, viuda, que ingresó en el Hospital Provincial el 11 de marzo de 1925 a consecuencia de las complicaciones derivadas de un aborto provocado. Los sanitarios dieron parte a la comisaría del distrito al comprobar el motivo de su ingreso y una pareja de guardias se presentó poco después en el centro hospitalario para tomar declaración a la mujer. Postrada en una cama, Josefa declaró:

⁷⁸ Juderías, Julián. *La infancia abandonada*. Madrid: Est. Tip. de Jaime Ratés, 1912, p. 19.

“Que sostiene relaciones de carácter íntimo con Manuel Cobo, quien vive en el mismo domicilio que la declarante. Que por consecuencia de estas relaciones se encontraba embarazada de dos meses, y hace quince días fue a visitar la que habla a una señora de cierta edad, llamada María, cuyas señas desconoce, pues solo la conocía de haberla visto en las vistillas, a la cual refirió lo que la ocurría y cuya señora María le dijo que podía abortar introduciéndose en sus partes genitales el rabito de una hoja de perejil. Que la declarante, para que dos hijas que tiene no vieran malos ejemplos en su madre y por la escasez de recursos, accedió a provocar el aborto. A tal fin tomó la declarante cierta cantidad de apio de carabaña, y la citada María la introdujo en sus partes genitales una cañita de perejil, con lo que abortó, tirando al retrete lo que expulsó. Que cuando se realizó esta operación se encontraban solas, en su casa, la declarante y la María. Que ésta no cobró a la que depone cantidad alguna por ello. Que como en el día de hoy se encontraba mal, dos huéspedes que tiene la condujeron al Hospital Provincial”⁷⁹.

Otro caso similar al de Josefa López lo encontramos en el sumario incoado por aborto provocado en la persona de María Pérez, una inmigrante asturiana de veinticuatro años de edad, dedicada al negocio de hospedaje en su domicilio, sito en el piso bajo de la calle de Toledo, número 140. En una noche de invierno de 1927, Antonio García y Juan Ayuso, que vivían alojados junto con sus respectivas amantes en la vivienda de la hospedera, se presentaron en la comisaría del distrito de La Latina. En dichas dependencias denunciaron que María, “mujer de vida y conducta sospechosas [...], estando en el quinto mes de gestación, ha provocado su aborto en la madrugada de hoy”. La comisaría dio aviso al juez de guardia y éste ordenó a la policía que buscaran a María para tomarla declaración.

Los agentes encontraron a la joven hospedera en su domicilio, levantada en mitad de la fría madrugada. Al ser preguntada por el aborto que se la acusaba haber realizado, María negó en absoluto haberlo provocado, afirmando que “a media noche tuvo una gran hemorragia que atendió por sí misma sin utilizar aparato ni abortivo alguno, sorprendiéndola la expulsión del feto masculino, que envolvió en unos trapos y

⁷⁹ AGA, Juzgado de Primera Instancia e Instrucción del distrito de La Latina, sección penal, caja 6.732, sumario n.º 131, incoado por aborto provocado, 11 de marzo de 1925.

papeles y guardó en un baúl”. Pero la versión que ofrecieron Mercedes y Marcelina, amantes de los denunciantes, fue muy distinta. Manifestaron éstas que habían “oído decir a la María, el día 10 del actual, que iba a ver a una comadrona para que la asistiera, logrando que ésta le cobrara treinta y cinco pesetas en vez de cincuenta, y que dicha mujer marchaba a Galicia al siguiente día. Que registraron el baúl de María y allí vieron el envoltorio que contenía el feto y un tubo de permanganato, encontrando en el cajón de la basura una cánula de goma fina, de unos treinta centímetros de longitud, con una cuerda ensangrentada atada a un extremo, cánula que luego la abortada [sic] hizo pequeños trozos y tiró al retrete”⁸⁰.



Fig. 2.22 Anuncio de una partera. Impreso en revista. 1919.

Fuente: *Mundo Gráfico*, 26 de febrero de 1919.

En no pocas ocasiones, los abortos clandestinos terminaban con serios problemas de salud para las mujeres, cuando no con su propia muerte. Tal fue el desgraciado caso de Mercedes Gamonal, una joven de veinticuatro años de edad, que se ganaba la vida en el tiro al blanco de un café de la Puerta de Atocha. El suceso que envolvió la muerte de esta tiradora resulta estremecedor, y, cuando se hizo público, se convirtió en un fenómeno mediático que acaparó numerosas portadas de la prensa diaria.

Ocurrió que a la una y cuarto de la tarde del 4 de enero de 1915, en la casa número 25 de la calle de Luisa Fernanda, un vecino observó que en el descansillo de la escalera se hallaba el cuerpo exánime de una joven rubia que vestía un humilde vestido negro. Tras avisar a la portera y a otros vecinos de la casa, éstos se apresuraron a intentar reanimar a la muchacha, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues la desdichada joven acabó muriendo instantes después. El juez de guardia se personó en el

⁸⁰ AGA, Juzgado de Primera Instancia e Instrucción del distrito de La Latina, sección penal, caja 6.757, sumario n.º 25, incoado por aborto provocado en la persona de María Pérez, 13 enero de 1927.

escenario de la tragedia, y mientras realizaba el habitual reconocimiento, advirtió un detalle de interés: en una chapa clavada en la puerta de una vivienda, se leía: “Vicenta García, comadrona. Consulta, de nueve a once y de tres a cinco”. El juez notó también que la fallecida no llevaba abrigo ni mantón –cosa rara teniendo en cuenta que era pleno invierno–, y en su semblante no se advertía ninguna señal que indicara haber sufrido alguna caída o golpe con resultado mortal.

Todas las sospechas se dirigieron entonces hacia la comadrona de la casa. Interrogada por el juez, Vicenta García negó en un primer momento cualquier implicación en la muerte de la joven Mercedes. Sin embargo, la sucesión de los hechos terminaron por desdecirla. El informe resultante de la autopsia practicada al cadáver dictaminaba que la víctima se encontraba en el tercer mes de gestación de un feto de sexo masculino y presentaba hasta catorce punciones en su matriz. No obstante, la causa determinante de la rápida muerte de la joven fue “una enorme inyección de cocaína que produjo la asfixia de la paciente”.

Este macabro y misterioso asunto terminó por resolverse del modo siguiente: Mercedes Gamonal, viéndose embarazada y sola, buscó la manera de librarse de dar a luz. Recomendada por una tercera persona, la joven pidió asistencia a la comadrona Vicenta García, experta en operaciones abortivas, y acordaron practicar la operación en la consulta de ésta. La anestesia a base de cocaína que la comadrona puso a la paciente no dio el resultado esperado, provocándola una hemorragia que resultó fatal. Al darse cuenta del error cometido, la profesora en partos, con ayuda de otra mujer que vivía en su hogar en concepto de huésped, sacó a la joven, moribunda ya, al rellano de la escalera, con el fin de desvincularse de su probable fallecimiento⁸¹.

La muerte de Mercedes soliviantó a la opinión pública y sirvió para emprender una campaña de protesta contra “el intrusismo de las comadronas en el campo reservado al médico, que es más frecuente de lo que se cree”⁸². *El Heraldo de Madrid* decía a propósito de este asunto que “son muchas las *Vicentas* que en Madrid existen, y sería de gran eficacia, para evitar peligros como el que ha causado la muerte de Mercedes Gamonal, una acción constante del Colegio de Médicos contra este intrusismo de

⁸¹ Reconstrucción de los hechos a partir de la información contenida en: *El Heraldo de Madrid*, 7 de enero de 1915; *El País*, 7 de enero de 1915; *El Liberal*, 2 de diciembre de 1915; *El Liberal*, 3 de diciembre de 1915.

⁸² *El Heraldo de Madrid*, 7 de enero de 1915.

comadronas que se lanzan a realizar operaciones peligrosas, ayudadas por supercherías, que también hay que castigar con mano dura”⁸³.

Lo cierto es que la clase médica había venido denunciando y combatiendo el ejercicio clandestino de la medicina y el curanderismo desde tiempo atrás, por considerar sus prácticas como un ejercicio de intrusismo en el campo de la salud, en el cual los únicos autorizados para actuar debían ser los facultativos. A los médicos madrileños los procedimientos de los curanderos se les presentaban como una sarta de disparates, que en determinadas ocasiones iban más allá de representar un espectáculo estúpido, para influir negativamente en la salud de la población, considerando la curandería como un factor que favorecía el mantenimiento de la elevada tasa de defunciones de Madrid. El doctor Romero Landa escribía a propósito de este problema:

“Horrorizaría, verdaderamente, una estadística de las víctimas de la ignorancia del vulgo guiada por la pretenciosa y funesta ignorancia del curandero. Carecemos de este dato numérico, pero bien puede afirmarse que esta antigua, cómoda y lucrativa profesión se ejerce en todas partes. [...] Las enfermedades se recrudecen y agravan en el abandono, la gente muere a manos de la imprudencia que empieza con transgresiones a la higiene y acaba con el consejo del vecino, del intruso o del charlatán”⁸⁴.

Lejos de percibir el curanderismo como un recurso sanador, los médicos veían en su práctica un aliado de las enfermedades, puesto que, si ya de por sí los diversos morbos que asolaban a la población constituían un temible enemigo por la mortalidad que causaban, los remedios absurdos a los que recurrían los saludadores no hacían sino empeorar el cuadro clínico de los enfermos. Las intervenciones de los profanos en el terreno de la medicina no solo resultaban inocuos en la solución de las dolencias, sino que, en ocasiones, las agravaban y resultan contraproducentes. Casos como el de Vicenta García ponían de relieve para los facultativos madrileños “la necesidad de castigar con mano dura, y sin contemplación alguna, los desmanes cometidos por toda esa plaga de charlatanes y embaucadores que invaden constantemente el terreno de la medicina, profanando impunemente la santidad augusta de la ciencia”⁸⁵.

⁸³ *Ibíd.*

⁸⁴ Landa, Romero. “Farmacia popular”. *Nuevo Mundo*, 14 de diciembre de 1905.

⁸⁵ “Los crímenes del intrusismo”. *España Médica*, 20 de Febrero de 1915.

A juicio de la clase médica, era necesario que las autoridades sanitarias tomaran cartas en el asunto para terminar con lo que percibían como una actividad dañina, que suponía un verdadero peligro para la salud pública. Mas no sería por la persecución del curanderismo ejercida desde los poderes públicos por lo que éste iría, poco a poco, perdiendo su tradicional clientela. Fue gracias al establecimiento de una infraestructura sanitaria eficaz y a la facilitación del acceso a los servicios médicos al conjunto de la población como se fue logrando que el tratamiento y la curación de los estados morbosos pasaran de estar en las manos de los curanderos a las de los médicos titulados, favorecido todo ello por el declive que las creencias supersticiosas fueron experimentando ante el arrollador avance de la ciencia.

Capítulo 3. Salud para todos

“El progreso sanitario de Madrid es indiscutible en todo aspecto, y evidentemente también el asombroso desenvolvimiento de nuestro querido pueblo. Todo ello anima a perseverar en su mejora con energía, sin perder ocasión ni tiempo, hasta conseguir por el esfuerzo de todos –no en vano la Higiene es la ciencia de la solidaridad– que la capital de España sea una ciudad salubre, cómoda y bella.”

Chicote, César. *El progreso sanitario de Madrid. Conferencia dada en el Museo Municipal, el día 25 de enero de 1930*. Madrid: Imprenta Municipal, 1930, p. 11.

La cita que encabeza este capítulo, tomada de una conferencia que pronunció en 1930 el doctor César Chicote, una de las mayores autoridades de su tiempo en materia de higiene urbana, recoge la percepción existente en aquel momento por parte de la clase médica ante el extraordinario avance que experimentó la salud pública en Madrid durante los tres primeros decenios del siglo XX. Las cifras que arrojaba la estadística municipal no dejaban lugar a dudas: en el periodo comprendido entre 1905 y 1929 la mortalidad general había descendido claramente, pasando de 28 a 19 defunciones por cada mil habitantes; la mortalidad infantil se redujo de 216 muertes por cada 1.000 nacidos vivos a 127 en el mismo intervalo; y enfermedades tan mortíferas como la tuberculosis y la diarrea infantil, aun cuando seguían produciendo un elevado número de víctimas, a la altura de 1930 ya no eran tan letales como lo habían sido años atrás.

El progreso sanitario de Madrid era el reflejo del avance registrado en las condiciones generales de vida de la población a lo largo de este periodo. La salud de los madrileños mejoró notablemente y la esperanza media de vida se alargó, siguiendo un curso paralelo al aumento de los niveles salariales, que permitieron a las masas trabajadoras escapar de la precariedad bajo la que habían vivido hasta entonces y disponer de los recursos necesarios para disfrutar de una situación mucho más favorable. A su vez, la ciudad se organizó para generar una infraestructura sanitaria y un

servicio médico capaz de prestar asistencia a las capas más desfavorecidas de la sociedad y combatir la enfermedad y la muerte mediante la acción médica y la difusión de los preceptos de la higiene. La combinación de la mejora de las condiciones generales de vida derivadas del desarrollo económico, junto con la creación de una red asistencial, gracias a la pugna del movimiento médico-social y al mayor respaldo financiero de las instituciones municipales, tendrían unos efectos asombrosos en lo que se refiere al bienestar social, y lograrían que la urbe madrileña se fuera despegando del fúnebre epíteto de *ciudad de la muerte* que durante largo tiempo la había acompañado, para pasar a ser percibida como una ciudad salubre y próspera.

3. 1. La campaña por la salud de la infancia

3. 1. 1. La lucha contra la diarrea infantil

Uno de los principales frentes de batalla de los médicos higienistas que trabajaron por el mejoramiento sanitario de Madrid durante las décadas iniciales del siglo XX, fue la lucha contra la morbilidad infantil. A pesar de que la población parecía haberse acostumbrado a vivir bajo la pesadilla que suponía el continuo desfile de cadáveres de niños, víctimas en su mayoría de afecciones evitables, esta cuestión se convirtió en la más honda preocupación de la clase médica, sobre todo de los especialistas en la primera infancia, que defendían la necesidad de abordar la tragedia en toda su complejidad y desde una perspectiva no solo clínica, sino también social y política para terminar con ella.

Para estos facultativos, tan importante era que la medicina avanzara en el campo de la pediatría, con el fin de conocer mejor las condiciones etiológicas que producían los decesos infantiles y disponer de medios más eficaces para lograr evitarlos, como que los poderes públicos se implicaran más activamente en la solución de este grave problema por medio de la legislación y la movilización efectiva de recursos. Pero antes que nada se hacía necesario lograr la concienciación social de que la muerte de un niño no constituía una desgracia individual, sino una desgracia colectiva, que afectaba a los

propios pilares de la sociedad por impedir su crecimiento y revelaba las enormes carencias sanitarias que acusaba dicha sociedad¹.

Habiendo quedado sentado en todas las investigaciones estadísticas que la muerte prematura de los niños obedecía a factores sociales, pues la mayor parte de los decesos infantiles eran producidos por causas exógenas, como la diarrea o enteritis de los lactantes, que en la mayoría de los casos eran posibles de evitar con medidas preventivas basadas en el saneamiento ambiental, en la instrucción de las madres y en la alimentación apropiada de los pequeños, la estrategia de los higienistas se centró en organizar un sistema de asistencia para los bebés de las familias pobres, pues en ellos era en quienes la muerte se cebaba masivamente.

Fue así como tuvo lugar la fundación de los consultorios de niños de pecho, que se hicieron conocidos bajo el nombre popular de Gotas de Leche. Estos establecimientos fueron concebidos como pequeñas consultas para lactantes, destinadas a ejercer una función profiláctica y preventiva de los trastornos gastrointestinales y otras enfermedades causadas por la mala alimentación de los párvulos, a través del control médico de los niños en crianza y de la atención a las madres que no pudieran amamantar a sus hijos, proporcionándolas biberones esterilizados con leche maternizada para impedir que los pequeños ingiriesen el líquido lácteo en malas condiciones. Las Gotas de Leche también fueron ideadas para desarrollar una actividad educativa y de propaganda sanitaria, labor que realizaban ofreciendo consejos a las madres que se acercaban a los consultorios y por medio de conferencias populares y del reparto de cartillas de higiene infantil entre el vecindario.

¹ El doctor García de Ancos expresó abiertamente esta idea en la memoria que presentó al XIV Esta visión de la salud de la primera infancia como un factor decisivo para el futuro de las naciones, se extendió en los países occidentales desde fines del siglo XIX. Las clases dirigentes se convencieron de que el crecimiento demográfico estaba estrechamente vinculado con el poderío militar y la capacidad de desarrollo y supervivencia de los pueblos, haciéndose popular el lema “los niños de hoy son los ciudadanos del futuro”. Véase: Klaus, Alisa. *Every Child a Lion: The Origins of Maternal and Infant Health Policy in the United States and France, 1890-1920*. Ithaca: Cornell University Press 1993, p. 208. La cuestión ha suscitado la aparición de numerosos estudios, entre los que cabe destacar: Dwork, Deborah. *War is Good for Babies and Other Young Children: A History of the Infant and Child Welfare Movement in England, 1898-1918*. Londres: Tavistock, 1987; Lewis, Jane. *The Politics of motherhood. Child and maternal welfare in England, 1900-1930*. Londres: Croom Helm, 1980; Meckel, Richard A. *Save the babies. American public health reform and the prevention of infant mortality 1850-1929*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1990; Marks, Lara V. *Metropolitan Maternity: Maternal and Infant Welfare Services in Early Twentieth Century London*. Amsterdam: Rodopi, 1996. Apple, Rima D. *Reaching out to Mothers: Public Health and Child Welfare*. Sheffield: EAHMH, 2002.

3. 1. 2. El consultorio de niños de pecho del doctor Ulecia y Cardona

El primero de estos consultorios para niños se inauguró en Madrid el 22 de enero de 1904, en un principal de la casa número 83 de la calle de San Bernardo, esquina a la de San Hermenegildo². Su ideólogo y promotor fue el famoso médico de la infancia Rafael Ulecia y Cardona, que se inspiró para realizar esta obra en el modelo de las *Consultations des nourrissons* que funcionaban en Francia desde 1892³, las cuales tuvo la oportunidad de conocer a fondo en un viaje que realizó por Francia y Bélgica en el verano de 1903, poco antes de abrir el centro de Madrid⁴. El doctor Ulecia y Cardona, miembro de la Junta Municipal de Sanidad y autor de varios estudios monográficos sobre el tema, era uno de los mayores entendidos en el problema de la mortalidad infantil en la urbe madrileña. El respetado médico conocía de primera mano la magnitud del desastre que representaba la muerte masiva de párvulos por trastornos nutritivos derivados de la mala alimentación, y, como padre de diez hijos, esta realidad se le presentaba intolerable, por lo que decidió entregarse con ardor a una campaña en pro de la primera infancia, convirtiéndose en uno de los pioneros en esta causa y en el desarrollo de la puericultura en España.

Antes de fundar el consultorio de niños de pecho, el acreditado pediatra había centrado su actividad en difundir los preceptos de la higiene materno-infantil entre la población madrileña, especialmente entre las clases populares, mediante la publicación de una cartilla destinada a servir de guía práctica para las madres. En ella se sintetizaban, en un lenguaje sencillo, las pautas más indispensables a que debían ajustarse los cuidados de los lactantes y que habían de practicarse para asegurar el buen

² Libro conmemorativo del cincuentenario (bodas de oro) de la institución Primer Consultorio de Niños de Pecho, en Madrid (gota de leche). 22-1-1904, 22-1-1954. Madrid: Gráf. Barragán, 1954.

³ Pierre Budin, jefe del servicio de obstetricia del Hôpital de la Charité, de París, creó la primera consulta para niños de pecho en la capital francesa en 1892; dos años después, Léon Dufour inauguró un establecimiento similar, la *Goutte de Lait*, en Fécamp, Normandía. Estos dos centros han sido catalogados como los primeros en su clase, y su esquema de funcionamiento como establecimientos de medicina preventiva, centrados en la atención al lactante, en el suministro de leche esterilizada a las madres sin recursos y en ofrecer asesoramiento en higiene infantil, fue exportado al resto de Europa y América tras constatarse su valor en la lucha contra la desnutrición y la mortalidad infantil. Véase: Dwork, Debórah. *War is Good for Babies...*, op. cit., pp. 98-103. Sobre la creación de esta clase de establecimientos en España, véase: Rodríguez-Ocaña, Esteban, Ortiz Gómez, Teresa y García-Duarte Ros, Olga. "Los Consultorios de lactantes y las Gotas de Leche en España". *Jano* 663 (1985): 1066-1072.

⁴ Ulecia y Cardona, Rafael. *Los consultorios de niños de pecho ("Gotas de Leche"). Impresiones de viaje*. Madrid: Imp. y Lib. de Nicolás Moya, 1903.

estado de salud de éstos⁵. Ulecia y Cardona también alzó la voz para concienciar a las autoridades políticas y a los filántropos de la gravedad que suponía la muerte anual de miles de niños en Madrid y en España en general, buscando su implicación y su colaboración en el asunto. “Decidme, ¡qué guerra, qué epidemia, por mortíferas que sean, producen tan espantosa mortandad!”⁶, escribía el pediatra refiriéndose al abrumador número de decesos infantiles en un momento en que la agenda política en materia sanitaria parecía centrarse exclusivamente en la cuestión de la tuberculosis, sin llegar a tomar verdadera conciencia de la gravedad que representaba el problema de la mortalidad infantil.

Tras resultar infructuosas las gestiones realizadas con vistas a obtener financiación pública para crear la Gota de Leche madrileña, el doctor Ulecia y Cardona expuso su proyecto a los marqueses de Casa Torre, a la sazón parientes de su esposa y poseedores de una considerable fortuna, los cuales accedieron a costear la creación del establecimiento⁷. Posteriormente se sumarían a la causa los donativos aportados por distintas sociedades bancarias y comerciales, así como por particulares, fundándose una Junta de damas protectoras del centro, presidida por la reina madre María Cristina, con el fin de asegurar el mantenimiento del mismo⁸.

Ulecia y Cardona organizó el funcionamiento de la primera Gota de Leche de la capital sobre la base del esquema diseñado por los establecimientos análogos franceses, y sus instalaciones fueron montadas con arreglo a los últimos adelantos científicos y técnicos en materia de puericultura. El consultorio estaba provisto de cuarto de examinación, sala de pesadas, aparatos para llenar mecánicamente los biberones en las dosis prescritas, máquina giratoria para la limpieza de los frascos, gabinete para la

⁵ Esta *Cartilla higiénica para las madres* se distribuyó gratuitamente en Madrid desde 1904 y tuvo un éxito extraordinario. Diversos municipios y filántropos de todos los lugares de España hicieron ediciones de la misma para repartirla entre la población, e incluso la prensa diaria la reprodujo íntegramente en diversas ocasiones. El doctor Ulecia y Cardona calculaba que, hacia 1906, se habrían impreso unos 500.000 ejemplares de la misma en toda España. Conviene destacar que la edición primitiva de la cartilla fue costeada, en una parte importante, por el propio pediatra. Véase: Ulecia y Cardona, Rafael. “La «Gota de Leche» de Madrid y la propagación de esta institución en España. Informe leído al Primer Congreso Internacional de la «Gota de Leche», verificado en París el 20 y 21 de octubre de 1905”. *Revista de medicina y cirugía prácticas. Tomo LXXII*. Madrid: Imprenta y Librería de Nicolás Moya, 1906, p. 207.

⁶ Ulecia y Cardona, Rafael. *Mortalidad de la primera infancia*. Madrid: Administración de la Revista de Medicina y Cirugía prácticas, 1903, p. 15.

⁷ Ulecia y Cardona, Rafael. “La «Gota de Leche» de Madrid...”, *op. cit.*, p. 207.

⁸ *Ibíd.*

distribución de los biberones en cestillos de alambre y un espacio para almacén⁹. Asimismo, el creador de la institución se rodeó de algunos de los más reputados especialistas en enfermedades de los niños para formar el personal facultativo de la misma, entre los que destacaba el doctor Julio Robert¹⁰.



Fig. 3.1 Anónimo. Consultorio de niños de pecho del doctor Ulecia y Cardona en la calle de San Bernardo. Fotografía. 1904.

Fuente: Ovejero y Maury, Mariano. “Una obra de interés nacional, realizada”. *El Álbum Iberoamericano*, 7 de febrero de 1904.

La puesta en marcha del establecimiento resultó una novedad en materia asistencial. La Gota de Leche no era ni una inclusa, ni un asilo, ni un hospital, sino un centro sanitario-social de maternidad e infancia, dirigido por un médico especialista en la crianza y en las enfermedades de los niños, cuyo objetivo no era otro que aplicar y propagar los conocimientos de la pediatría y la puericultura como instrumento para luchar contra la mortalidad infantil, pues sus fundadores tenían la convicción de que sería posible reducir considerablemente las luctuosas cifras de defunciones de los recién

⁹ *Ibíd.*, pp. 208-209.

¹⁰ Ulecia y Cardona, Rafael. *El verdadero Herodes...*, *op. cit.*, p. 1.

nacidos y los párvulos si éstos eran sometidos a una buena alimentación y a una crianza correcta¹¹.

Las puertas de la Gota de Leche estaban abiertas para las madres y las criaturas de todos los estratos sociales, de modo que las tarifas establecidas para obtener leche maternizada estaban asociadas a los ingresos de las familias de los niños, distinguiéndose cuatro categorías: ricos, clase media, clase obrera y pobres¹². Las tres primeras pagaban por la ración diaria de leche, respectivamente, una peseta, 65 céntimos y 30 céntimos, mientras que las madres de la categoría pobre recibían la leche mediante bonos valederos por treinta y un días que costaban tres pesetas. También se les suministraba a éstas y a las madres de la clase obrera, gratuitamente, alimentos preparatorios para el destete, medicamentos y consulta médica para sus pequeños, y aquellas que demostraban mayor celo en la crianza, eran recompensadas con envolturas y vestidos para sus hijitos¹³.

3. 1. 3. La Institución Municipal de Puericultura

De forma paralela e independiente a la creación del consultorio de niños de pecho del doctor Ulecia y Cardona, en la casa de socorro del distrito de Palacio, situada en la plaza de Cristino Martos, se organizó un servicio análogo. En este establecimiento benéfico existía, desde 1893, una consulta médico-quirúrgica para niños pobres. En ella se prestaba asistencia sanitaria gratuita a los menores de quince años, mediante el suministro de medicamentos, aparatos ortopédicos y demás medios de cura¹⁴. En 1897,

¹¹ En palabras del propio doctor Ulecia y Cardona, los consultorios eran “establecimientos a cuyo frente se halla un médico, y donde acuden un día a la semana las madres o nodrizas a recibir, no solo instrucciones acerca de la mejor manera de criar al niño (al cual se pesa cada vez), sino que además se le suministra diariamente, en biberones graduados, a las que emplean la lactancia artificial, la cantidad exacta que el niño necesita para su alimentación cotidiana”. Véase: Ulecia y Cardona, Rafael. *Informe acerca de la mortalidad infantil de Madrid; sus principales causas y medios de combatirla*. Madrid: Imp. Municipal, 1903, p. 23.

¹² Las denominaciones de las distintas categorías están tomadas literalmente de las que figuran en la clasificación establecida por la propia Gota de Leche.

¹³ Ulecia y Cardona, Rafael. “La «Gota de Leche» de Madrid...”, *op. cit.*, pp. 209-210.

¹⁴ Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización y modo de funcionar de la institución municipal de puericultura*. Madrid: Imp. Municipal, 1926, p. 7.

La instalación de la citada consulta fue posible gracias al capital legado por Josefa del Collado y Ranero, primera marquesa de Revilla de la Cañada, que falleció en Madrid el 28 de diciembre de 1883. En su testamento, la aristócrata manifestó el deseo expreso de dedicar su patrimonio a la construcción de una casa de socorro, en la que había de instalarse una consulta especial para enfermedades de los niños. De acuerdo con ello, su testamentaria construyó, en un solar

la Corporación municipal adjudicó la plaza de médico director de la consulta de niños pobres a Dionisio Gómez Herrero, un facultativo de la beneficencia municipal que se había destacado por su labor en el campo de las afecciones infantiles¹⁵. La llegada del doctor Gómez Herrero a la consulta de niños resultó crucial para la transformación que experimentaría este establecimiento, pues gracias a la iniciativa del expresado médico, lo que no era más que un modesto dispensario destinado a atender a la población infantil, pasaría a convertirse, en un relativo corto espacio de tiempo, en una prestigiosa institución de puericultura reconocida a nivel internacional.

En el curso de su experiencia al frente de la consulta infantil, el doctor Gómez Herrero comprendió que, para luchar con éxito contra la mortalidad de la primera infancia, era imprescindible proporcionar a los niños pobres, no solo medicamentos y medios de cura, sino alimento, principalmente la leche en buen estado que en tantas ocasiones sus madres no podían proporcionarles. Fue así como, en 1905, tras las gestiones iniciadas por el médico director, procedió a ampliarse el servicio ofrecido en la consulta de niños, que hasta entonces se había dedicado en exclusiva a la asistencia médico-quirúrgica, y el dispensario pasó a desarrollar las actividades propias de una Gota de Leche, a través del examen periódico de los lactantes, la divulgación de consejos sobre la crianza y el suministro de biberones con leche esterilizada a las madres imposibilitadas para amamantar a sus vástagos¹⁶.

propiedad del Ayuntamiento existente en la plaza de Cristino Martos, un elegante edificio para albergar dicha casa de socorro, el cual fue donado al Municipio mediante escritura otorgada el 30 de mayo de 1893. La voluntad expresada por la filántropa de convertir este establecimiento benéfico en ejemplar entre de los de su clase, causó efecto, y, al iniciar su andadura, esta casa de socorro disponía de grandes y numerosas habitaciones, servicios bien dotados y un personal dirigido por algunos de los más ilustres médicos de la capital, además de disponer del expresado consultorio de niños, que pasó a los anales por ser el primero de su especie en Madrid. En sus instalaciones se llevó a cabo la primera operación realizada en España de sustitución del maxilar superior con nariz artificial. Véase: Ayuntamiento de Madrid. *Institución Municipal de Puericultura. Casa de Socorro Central del distrito de Palacio*. Madrid: Imp. Municipal, 1914, p. 3; “En la Casa de Socorro de Palacio. Institución modelo”. *El País*, 9 de octubre de 1909.

¹⁵ “Ayuntamiento. Sesión de ayer”. *La Correspondencia de España*, 10 de diciembre de 1897.

¹⁶ Gómez Herrero, Dionisio. “La protección a los niños y el Ayuntamiento de Madrid”. *La Libertad*, 13 de mayo de 1926; Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización y modo de funcionar de la institución municipal de puericultura*. Madrid: Imp. Municipal, 1926, p. 8.

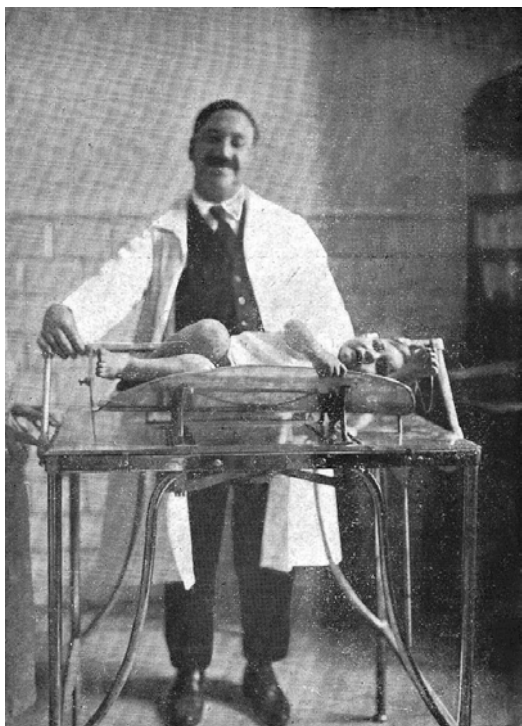


Fig. 3.2 Anónimo. *Pesa-talla bebés de la Institución Municipal de Puericultura de Madrid.* Fotografía. c. 1915.

Fuente: Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización y modo de funcionar de la institución municipal de puericultura.* Madrid: Imp. Municipal, 1926.

El proceso de creación de la Gota de Leche municipal fue lento, debido sobre todo a las limitaciones presupuestarias. La exigua cantidad de 1.500 pesetas asignadas por el Ayuntamiento para sufragar los gastos de la consulta de niños pobres, a la que se sumaban algunas donaciones particulares, resultaba insuficiente para instalar la maquinaria de esterilización de leche que requería el servicio. Pero a pesar de las estrecheces presupuestarias, el doctor Gómez Herrero logró obtener la suma necesaria para adquirir los aparatos, y, en 1907, realizó el primer reparto de biberones e inscribió a los primeros pequeños en el centro para su seguimiento semanal¹⁷. A partir de ese momento, las autoridades municipales incrementaron el presupuesto del dispensario infantil, pasando de 1.500 a 2.000 pesetas en 1908, a 5.000 pesetas en 1909 y a 11.000 pesetas en 1911¹⁸.

Fue entonces cuando, animado por el mayor respaldo económico de las instituciones y convencido de la necesidad de ampliar la red asistencial para combatir mejor la mortalidad infantil en Madrid, el doctor Gómez Herrero dio un paso decisivo en la trayectoria del consultorio de niños, al elevar a la Corporación municipal una memoria en la que proponía la transformación del consultorio en una institución

¹⁷ Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización..., op. cit.*, pp. 8-9.

¹⁸ *Ibíd.*

municipal de protección a la infancia¹⁹. Las autoridades competentes del Ayuntamiento quedaron persuadidas del interés que esta reforma tenía para atender las exigencias sanitarias de la población infantil y dieron luz verde al proyecto. El 14 de febrero de 1913 fue aprobada oficialmente la creación de la denominada Institución Municipal de Puericultura, asignando en los presupuestos municipales 50.000 pesetas para sufragar los costes de su establecimiento²⁰.

En los primeros años de su andadura, la Institución Municipal de Puericultura comprendía dos secciones: los servicios sanitarios generales para menores de quince años (consulta médica, cirugía, vacunaciones, etc.) y los servicios de Gota de Leche para los menores de dos años (control médico de los lactantes y reparto de leche esterilizada), todo lo cual se proporcionaba gratuitamente al vecindario. La organización de la Institución se proyectó sobre la base de un consultorio central, que en un primer momento se estableció en la casa de socorro del distrito de Palacio, y la apertura de consultorios sucursales dependientes del central, “eligiendo para su emplazamiento los barrios donde es más densa la población de obreros y clases de modesta posición social, con el fin de dar mayores facilidades a las madres para llevar a sus niños a la visita médica y que emplearan poco tiempo en ir a recoger la cesta de biberones”²¹.

A tal fin fue necesario realizar obras de acondicionamiento en la referida casa de socorro, que terminaron a finales de 1913 (si bien la inauguración oficial se produjo en junio de 1914) y permitieron disponer de toda la planta baja del edificio para destinarla en exclusiva a los servicios de puericultura. En ella se establecieron las máquinas y los instrumentos para preparar la leche asepticada y los alimentos feculentos de los pequeños, creándose dos entradas independientes al edificio para separar el acceso de los niños que asistían a las consultas de enfermedades comunes, de los que requerían los servicios de Gota de Leche²².

¹⁹ Gómez Herrero, Dionisio. *Organización y funcionamiento de la Institución Municipal Consulta de Niños de Pecho y Gota de Leche. Bases para su ampliación y perfeccionamiento*. Madrid: Imp. Municipal, 1912.

²⁰ Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización...*, op. cit., p. 10.

²¹ *Ibíd.*, p. 24.

²² “Institución Municipal de Puericultura de Madrid”. *España Médica*, 20 de agosto de 1914; “La beneficencia municipal. Casa de socorro del distrito de Palacio”. *El Globo*, 26 de abril de 1915. El último artículo citado hace especial hincapié en la capacidad de la maquinaria esterilizadora y en la calidad del proceso esterilizador desarrollado por la Institución: “La [sala] de esterilización de leche es la única hoy en su género, y como podrá verse por el grabado adjunto, es un hermoso local con cuanta maquinaria hoy se conoce para tratar y servir la leche en verdaderas condiciones para los niños. Una maquinaria de tubos verticales facilita el vapor

En cuanto a los consultorios sucursales, el primero en abrir fue el de la zona Sur, que se inauguró en el verano de 1914 en un local de la calle del Amparo; un año después fueron abiertas las sucursales de las zonas Norte y Este, situadas en las calles de Don Juan de Austria y Antonio Acuña, respectivamente²³.

Con la creación de esta infraestructura, los defensores de la infancia veían colmada una vieja aspiración, pues, en comparación con la limitada capacidad operacional que tenía el primitivo consultorio de la beneficencia municipal, los nuevos recursos disponibles permitían extender enormemente el radio de acción asistencial:

“La Institución Municipal de Puericultura que el Ayuntamiento ha establecido –decía *España Médica*–, viene a llenar una importantísima necesidad que reclamaba desde hace muchos años, con urgencia, la infancia desvalida. [...] Llegó la hora de que dispongamos los médicos del único medio capaz de restar víctimas a la muerte de tanto niño. Antes los veíamos morir y, con sentimiento, nuestra intervención nada podía resolver. Hoy contamos ya con el primer elemento salvador: el alimento adecuado, como eficaz prevención que impedirá el desarrollo de tanta enfermedad, pudiéndose además afirmar que la protección del niño hasta los dos años, objeto de esta Institución, asegurará el mejoramiento de las demás edades de la vida”²⁴.

Con todo, los avances introducidos no terminaban de ser suficientes para lograr llegar a toda la población infantil que requería la atención de los puericultores, por lo que era necesario continuar con la ampliación de los servicios y las instalaciones de la Institución, lo cual se llevaría a cabo durante los años posteriores. Entre 1920 y 1925 se

de agua necesaria para el esterilizador y demás aparatos y servicios; dos electromotores facilitan la fuerza necesaria para accionar todos los aparatos, tales como los de filtración, desnatación [*sic*] y limpieza de la leche, pasteurización, homogeneización y refrigeración de la misma; una limpiadora automática y un embasador [*sic*] mecánico de mil biberones por hora completan la instalación. El personal de la institución vigila también con exquisito cuidado la vaquería encargada de suministrar la leche, interviniendo en la alimentación apropiada de las vacas, su ordeño y embase [*sic*].”

²³ Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización...*, *op. cit.*, p. 11.

²⁴ “Institución Municipal de Puericultura de Madrid”. *España médica*, 20 de agosto de 1914.



Fig. 3.3 Anónimo. Mujeres con sus hijos en la Sección de Puericultura de la Junta Provincial de Protección de Menores. Fotografía. 1933.

Fuente: *Crónica*, 26 de marzo de 1933.

abrieron tres nuevos consultorios sucursales: el del distrito de La Latina, situado en la calle de Bailén; el del distrito de la Universidad, abierto en la calle de Bravo Murillo; y el del distrito de Palacio, instalado en un edificio del Puente de Segovia. Todos los consultorios disponían de salas de espera, cuarto para pesar y filiar a los niños, sala de consulta y local para efectuar la entrega de las cestas-biberones; en cuanto al personal, cada uno de los centros contaba con dos profesores puericultores, un practicante y un ordenanza²⁵. También se planteó la posibilidad de crear un servicio de visitas a domicilio, constituido por enfermeras de la Institución que se encargarían de “enseñar y vigilar la preparación de la leche y otros alimentos en los domicilios de los niños”, si bien no tenemos constancia de que este proyecto llegara o no a materializarse²⁶.

El proceso de ampliación de las instalaciones de la Institución Municipal de Puericultura culminó con la edificación de una casa central de nueva planta, levantada al final de la calle del Peñón, frente a la plaza del Campillo del Mundo Nuevo. La nueva central de la Institución, construida por el arquitecto Luis Bellido, se inauguró con toda solemnidad en 1927. Sus instalaciones estaban dotadas de un local de máquinas para la

²⁵ Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización...*, op. cit., p. 11.

²⁶ Prieto, Anita. “Una institución de balde que ha criado 29.000 niños”. *Estampa*, 23 de octubre de 1928.

preparación de leche maternizada, laboratorio, enfermería, quirófano, salas de consulta, comedor para madres nodrizas y una sala de conferencias con cuatrocientos sillones, equipada con un cinematógrafo y otros aparatos de proyecciones, destinada a dar enseñanzas de higiene infantil²⁷.

La Institución Municipal de Puericultura también introdujo nuevos servicios relacionados con el cuidado de la primera infancia, como los cursos de maternología, que comenzaron a ofrecerse desde 1918. Estos cursos eran impartidos semanalmente en todos los consultorios de la Institución por los médicos puericultores de las sucursales, que empleaban un novedoso sistema didáctico basado en el uso de proyecciones, vestidos, biberones, papillas, etc. La asistencia a ellos era gratuita y su implantación obedecía a “la importancia que hoy día tiene el inocular a las madres y a todas aquellas personas que mas o menos directamente han de tener alguna relación con cuanto a la crianza y cuidados del niño se refiere, la enseñanza de aquellos preceptos de puericultura e higiene infantil más elementales y necesarios a la infancia”²⁸.

En 1926, el doctor Giménez Guinea, pediatra de la Institución, calculaba el número de mujeres asistentes a los cursos de maternología en mil doscientas cada año, con lo que “siendo nueve los años que llevan de existencia estas escuelas, puede calcularse en 10.800 el número de madres que han recibido estas enseñanzas”. Concluía el célebre médico afirmando que “el nivel cultural de estas madres es hoy muy distinto y superior al de hace unos años”²⁹. Por otra parte, para fomentar la concurrencia a las clases de higiene infantil entre las madres de las clases humildes, se estableció la concesión de premios en metálico para aquellas que, al finalizar los cursos, hubieran demostrado practicar con mayor diligencia las enseñanzas recibidas, lo cual era comprobado por el buen aspecto que ofrecían sus hijos³⁰.

La creación de las llamadas escuelas de maternología respondía a una de las misiones centrales de la Institución Municipal de Puericultura: la instrucción popular. Esta labor educativa se vio potenciada al establecerse la impartición de cursos elemen-

²⁷ Ibíd., p. 25 y p. 67; “Inauguración de la Casa Central de Puericultura”. *La Voz*, 29 de enero de 1927.

²⁸ Giménez Guinea, Ramón. “Las Escuelas de Maternología”. *La Libertad*, 13 de mayo de 1926.

²⁹ Ibíd.

³⁰ Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización..., op. cit.*, p. 11. Esta medida estimuladora se venía poniendo en práctica en la consulta de niños desde años atrás. En su número del 6 de enero de 1912, *La Correspondencia de España* informaba del “reparto de premios en la Gota de Leche municipal a las madres que con mayor esmero han observado las instrucciones que en dicha institución les son dadas para la mejor y más perfecta lactancia de sus hijos”.

Año	Sección médico-quirúrgica	Sección de Gota de Leche	Sección de Lactancia vigilada
1893	1.199	-	-
1894	1.705	-	-
1895	5.725	-	-
1896	4.061	-	-
1897	5.820	-	-
1898	7.251	-	-
1899	11.089	-	-
1900	12.319	-	-
1901	10.616	-	-
1902	13.917	-	-
1903	11.162	-	-
1904	13.092	-	-
1905	8.368	-	-
1906	9.575	-	-
1907	11.731	-	-
1908	12.674	39	47
1909	15.625	78	73
1910	12.065	107	144
1911	10.921	128	176
1912	10.150	175	1.120
1913	12.666	218	1.265
1914	7.043	501	1.094
1915	11.180	950	2.027
1916	20.801	1.234	2.503
1917	23.747	1.821	2.339
1918	25.752	2.031	3.554
1919	25.421	2.347	4.067
1920	29.139	2.419	4.113
1921	23.290	2.633	3.980
1922	25.888	2.751	4.170
1923	32.698	2.997	4.475
1924	32.930	3.107	4.551

Tabla 3.1 Número de niños asistidos en el Consultorio de niños pobres (1893-1913) y en la Institución Municipal de Puericultura de Madrid (1914-1924).

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización y modo de funcionar de la Institución Municipal de Puericultura*. Madrid: Imp. Municipal, 1926.

Nota: En el servicio de la Sección de Lactancia Vigilada aparecen inscritos los niños que eran lactados por sus madres de forma natural y acudían al centro una vez por semana para ser examinados por los pediatras. En la Sección de Gota de Leche figuran inscritos los niños sometidos a lactancia artificial mediante biberones suministrados por la Institución.

tales de higiene infantil en los grupos escolares del municipio, a los que debían asistir las alumnas con el fin de que “estudien y aprendan a cumplir en su día la sagrada misión de madres, con arreglo a los preceptos científicos de la puericultura y para bien de sus hijos y de su patria”³¹. Para el doctor Bravo y Frías, médico puericultor, esta era una medida extraordinaria, de las que podían contribuir como ninguna a la mejora de la salud infantil, pues “calculando en quinientas las niñas que asisten anualmente a los cursos, [...] Madrid ha preparado en un periodo de ocho años cuatro mil futuras madres, ha hecho llegar la voz de la ciencia y de la higiene a cuatro mil hogares, tal vez ha salvado a muchos millares de hermanitos de las alumnas y ha influido directamente en la disminución de la mortalidad de una serie de generaciones de madrileños”³².

La labor pedagógica y divulgativa de la Institución Municipal de Puericultura se manifestó también a través de la difusión de diversas publicaciones y cartillas de higiene infantil³³, mediante la colocación de posters y murales con las enseñanzas de estas mismas nociones en las paredes de los dispensarios³⁴ y, ya en época republicana, a través de la radio, que se perfiló como una poderosa arma de propaganda sanitaria. En los primeros años de la década de 1930 las emisoras comenzaron a radiar conferencias ofrecidas por médicos puericultores, en las que, de modo claro y en forma sencilla y amena, se daban consejos sobre diversos aspectos relacionados con la lactancia y la crianza de los niños, y se informaba sobre la situación de la mortalidad infantil en España y la acción desarrollada por los poderes públicos para atajarla³⁵.

³¹ Bravo y Frías, Juan. “La enseñanza de la puericultura en las escuelas municipales de Madrid”. *La Libertad*, 13 de mayo de 1926.

³² *Ibíd.* Como puede observarse, los cursos de maternología estaban dirigidos exclusivamente a la parte femenina del alumnado, pues los alumnos varones, si bien podían ser percibidos como futuros padres, quedaban al margen de las labores que comprendía la crianza de los niños, por ser ésta una actividad reservada a las mujeres. Sobre esta cuestión, véase: Nelson, Claudia. *Invisible Men: Fatherhood in Victorian Periodicals, 1850-1910*. Athens, GA: University of Georgia Press, 1995.

³³ La asignación presupuestaria del Ayuntamiento a la Institución Municipal de Puericultura en concepto de “impresos de divulgación” aumentó de 1.500 pesetas en 1921 a 5.000 pesetas en 1924. Véase: Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización..., op. cit.*, p. 59.

³⁴ Algunas de estas placas pueden verse en unas fotografías publicadas en un artículo titulado “La Institución Municipal de Puericultura de Madrid”, publicado en *España Médica* el 1 de agosto de 1931. En una de ellas se lee: “El niño que a los doce meses no tiene diente alguno, debe ser vigilado por el médico, pues está mal alimentado o se halla enfermo”.

³⁵ El primero de estos ciclos de conferencias fue radiado por Unión Radio en enero de 1933. En él participaron algunos de los más eminentes especialistas en higiene infantil, como el médico director de la Institución Municipal de Puericultura, Aurelio Romeo Lozano, y el director general de Sanidad, Marcelino Pascua. El programa también contó con la intervención de los doctores Marañón y Gómez Pallette (véase: “Contra la mortalidad infantil”. *Ondas*, 21 de enero de 1933). Algunas de estas conferencias radiadas fueron reunidas y publicadas posteriormente



Fig. 3.4 Anónimo. *El doctor Munera reconociendo a los niños para establecer a cada uno su ficha médico escolar.* Fotografía. 1935.

Fuente: “Cómo se vigila la salud de setenta mil colegiales madrileños”. *Crónica*, 10 de febrero de 1935.

También es relevante la participación de la Institución en congresos internacionales dedicados a la protección a la infancia, como el celebrado en Bruselas en 1921, donde los delegados de la misma expusieron el plan y los medios desarrollados por ésta para combatir la mortalidad de los niños en Madrid, causando la mejor impresión al resto de organismos homólogos foráneos³⁶. Asimismo, en el curso de una visita a España que, bajo los auspicios del Comité de Cooperación Científica Hispano-Belga, realizó en 1927 un grupo de eminentes doctores belgas, éstos, que tuvieron la oportunidad de recorrer, entre otros centros sanitarios madrileños, las dependencias de la Institución, prodigaron grandes elogios a su organización y funcionamiento,

en el tomo: *Lucha contra la mortalidad infantil. Curso de conferencias radiadas organizado por la Asociación Española de Médicos Puericultores Titulados*. Madrid: Publicaciones de la Subdirección General de Sanidad, 1935. Para el estudio sobre esta experiencia, véase: Bernabeu Mestre, Josep, Trescastro López, Eva y Galiana Sánchez, María Eugenia. “La divulgación radiofónica de la alimentación y la higiene infantil en la España de la Segunda República (1933-1935)”. *Salud colectiva* 7.1 (2011): 49-60.

³⁶ Heredero y Gómez, Luis. *Acción protectora del Excmo. Ayuntamiento de Madrid para disminuir la mortalidad de la infancia de la primera edad. Memoria dirigida al Segundo Congreso Internacional de Protección a la Infancia*. Madrid: Imp. Municipal, 1921. Sobre la creación de los primeros organismos de rango internacional dirigidos a combatir la mortalidad infantil, véase: Rodríguez-Ocaña, Esteban (ed.). *The Politics of the Healthy Life: An International Perspective*. Sheffield: EAHMH, 2002; Weindling, Paul (ed.). *International Health Organisations and Movements, 1918-1939*. Cambridge: CUP, 1995.

constatándose de este modo la calidad de las modernas infraestructuras del Municipio destinadas a la asistencia infantil³⁷.

Además de la actividad encaminada a preservar la salud de la primera infancia y lograr el descenso de la mortalidad de los niños emprendida por las nuevas instituciones médicas municipales, a finales de la década de 1920 cundieron una serie de iniciativas filantrópicas en la esfera privada, que resultan destacables por las novedades que introdujeron. Una de éstas fue la practicada en la fábrica de perfumería Gal, instalada en el barrio de Moncloa, cuyo personal estaba formado en su mayoría por mujeres, entre las que había varias que tenían niños de corta edad a su cargo. Con el fin de que los hijos de las obreras estuvieran bien atendidos y fueran amamantados puntualmente mientras sus madres se hallaban en la fábrica, los propietarios de la compañía, estimulados por los consejos del facultativo jefe de la misma, decidieron crear una guardería en las instalaciones, para lo cual convirtieron un departamento de la factoría en “un pabellón blanco, alegre, soleado, con cunitas gemelas, en las que los hijos de las obreras, cuidadosamente atendidos por personal adecuado (en breve será una enfermera de la Institución Municipal de Puericultura), ríen y juegan”³⁸.

3. 1. 4. Los resultados de la acción médico-social contra la mortalidad causada por diarrea infantil

La puesta en marcha de este tipo de iniciativas y la actividad desplegada por las instituciones dirigidas a combatir la mortalidad de la primera infancia a causa del defectuoso régimen alimenticio y las dolencias derivadas de éste, se perfilaron como un poderoso medio capaz de restar víctimas a la muerte masiva de los niños pobres en Madrid.

El doctor Ulecia y Cardona, en una memoria sobre la actividad desarrollada por su consultorio de niños de pecho, publicada en 1910, demostraba que durante los siete años que siguieron a la fundación de dicho establecimiento, fallecieron en la capital

³⁷ “Doctores belgas en Madrid”. *La Época*, 21 de abril de 1927.

³⁸ “Una iniciativa privada de protección a la infancia”. *Mundo Gráfico*, 12 de diciembre de 1928. Sobre las trabajadoras de la Perfumería Gal, véase: Pallol Trigueros, Rubén. “Obreras y empleadas de los servicios en el Madrid del primer tercio del siglo XX. Inserción laboral, estrategias familiares y margen de autonomía de las mujeres en la moderna economía industrial”. Comunicación presentada al *X Congreso de la ADEH*, celebrado en Albacete el 18-21 de junio de 2013, disponible en: <https://www.academia.edu/3767393/> [consultado el 2 de octubre de 2014].

3.496 lactantes (niños de ambos sexos menores de un año de edad) menos que durante el septenio previo a su fundación. Esta disminución no era, según exponía el pediatra, fruto de la casualidad, pues como ya había señalado en una conferencia que ofreció en el Ateneo Científico Literario en abril de 1905, “la disminución de la mortalidad de niños de pecho en Madrid, coincidirá con la creación de consultorios de niños y la divulgación de los preceptos higiénicos por medio de cartillas y conferencias”³⁹. En la citada memoria también se destacaba que la mortalidad a causa de diarrea entre los niños inscritos en la Gota de Leche era insignificante: de los 38 fallecimientos de niños registrados en el consultorio, ocurridos en 1910, solo dos murieron por dicho mal, lo que revelaba el poder profiláctico que tenía la correcta alimentación de las criaturas contra la mortífera diarrea infantil⁴⁰.

Por su parte, Luis Lasbennes, autor de varios trabajos estadístico-demográficos dedicados a Madrid y una de las mayores autoridades médicas en este campo, comentaba en 1918 que la disminución de la proporción de fallecidos menores de cinco años en la capital con respecto al número total de muertes durante el periodo que comprendía los años 1901 a 1917, señalada en el primero con el 40,96 % y en el último con el 30,29 %, se debía “al movimiento puericultor iniciado, al apostolado de todos los médicos altruistas, a las Gotas de Leche, a las nacientes instituciones municipales de maternología y puericultura, etc., que con sus enseñanzas y premios estimulan a las mujeres pobres, enseñándolas a cuidar a sus hijos”⁴¹.

Conclusiones similares a éstas fueron obtenidas por los facultativos de la Institución Municipal de Puericultura. La conversión de una humilde consulta para niños desvalidos en un potente organismo sanitario centrado en la protección de la infancia, permitió extender enormemente el radio de acción y ofrecer asistencia a miles de criaturas en toda la ciudad, contribuyendo activamente a reducir la mortalidad infantil a través de la mejora de la crianza y del buen régimen alimenticio de los niños madrileños. La continua ampliación de infraestructuras y recursos, así como el aumento de la financiación municipal a la Institución, hizo posible que los 39 niños que fueron atendidos por el doctor Gómez Herrero en 1908 pasaran a ser 501 en 1914 y nada

³⁹ Ulecia y Cardona, Rafael. *Memoria anual del primer consultorio de niños de pecho en Madrid*. Madrid: Imprenta de Nicolás Moya, 1910, p. 7.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 14.

⁴¹ Lasbennes, Luis. “Demografía infantil en Madrid”. *Pro-Infantia* 100 (1918): 337-343.

menos que 3.044 en 1925, contándose también por miles los párvulos asistidos durante los años subsiguientes⁴².

El análisis de la estadística de defunciones causadas por diarrea infantil y de la distribución de la mortalidad por esta causa en el mapa urbano durante el periodo en que se pusieron en marcha las nuevas instituciones médico-asistenciales, da cuenta de los importantes avances que se registraron durante dicho periodo (ver figs. 3.6 y 3.7). Entre 1915 y 1929 todos los barrios de la ciudad vieron descender la proporción de niños muertos por trastornos digestivos agudos, con la excepción de dos barriadas donde dicha proporción se mantuvo igual (Plaza de Toros y Marqués de Comillas) y de una donde aumentó ligeramente (Moncloa). La generalidad de los barrios madrileños (67 del total de 100) pasó a situarse, en 1929, dentro de unas tasas de mortalidad por diarrea infantil bajas (por debajo de 0,9 defunciones por cada 1.000 habitantes), lo que representa un progreso importante con respecto a la situación de 1915, en cuyo año tan solo 40 barrios registraban tales índices.

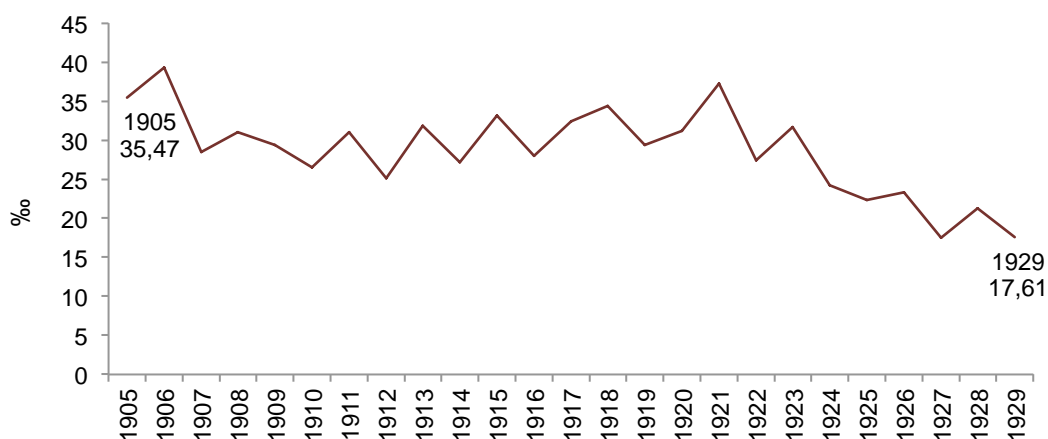


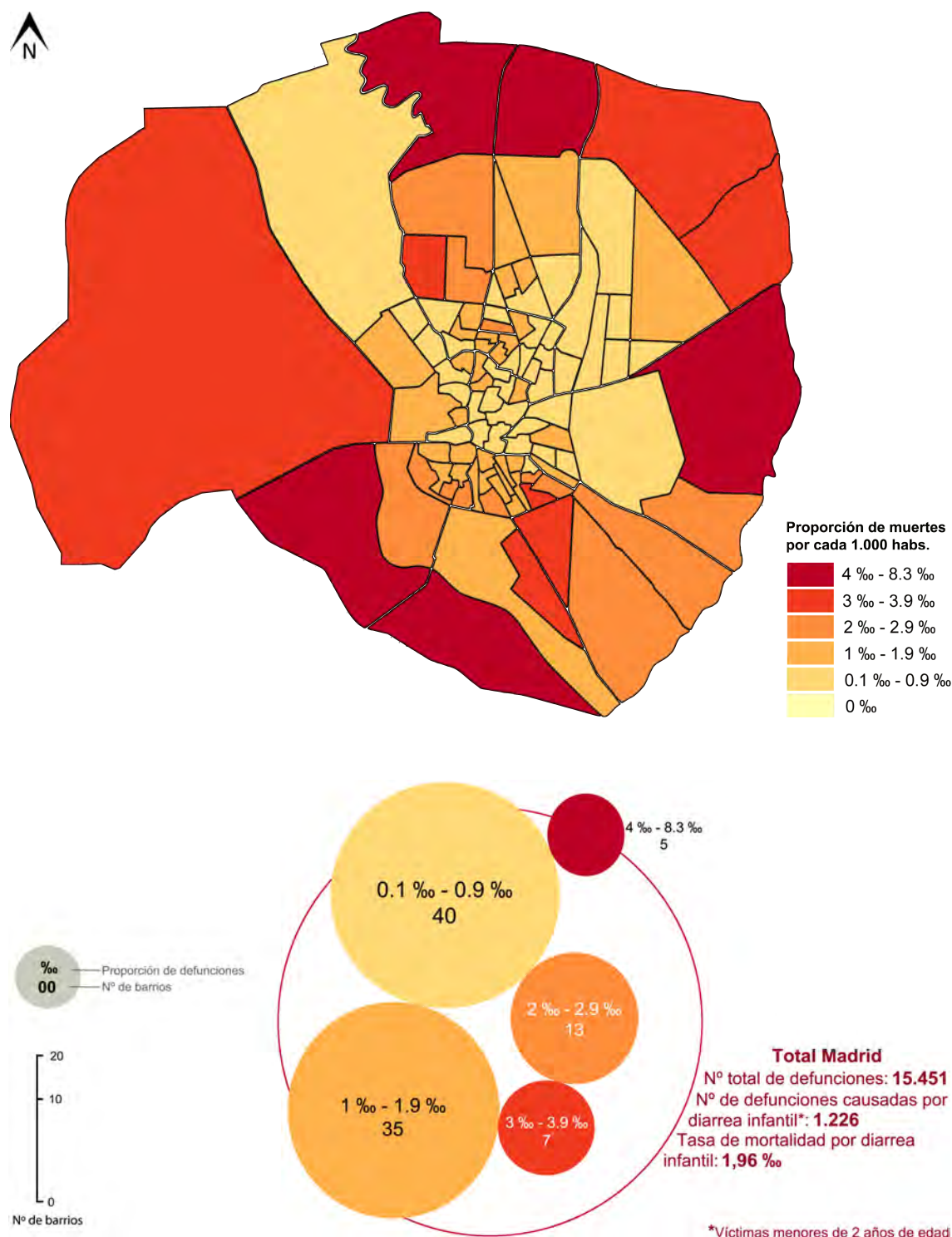
Fig. 3.5 Proporción de defunciones causadas por diarrea y enteritis entre niños menores de dos años por cada 1.000 niños de dichas edades en Madrid, 1905-1929.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica. Año 1929*. Madrid: Imp. Municipal, 1930.

Nota: Los cocientes fueron calculados a partir de las cifras de defunciones infantiles por diarrea y enteritis en los años indicados y de los nacimientos registrados durante los dos años previos a las expresadas cifras de defunciones.

⁴² Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización..., op. cit.*, p. 66.

Fig. 3.6 Distribución por barrios de la mortalidad por diarrea infantil* en Madrid, 1915

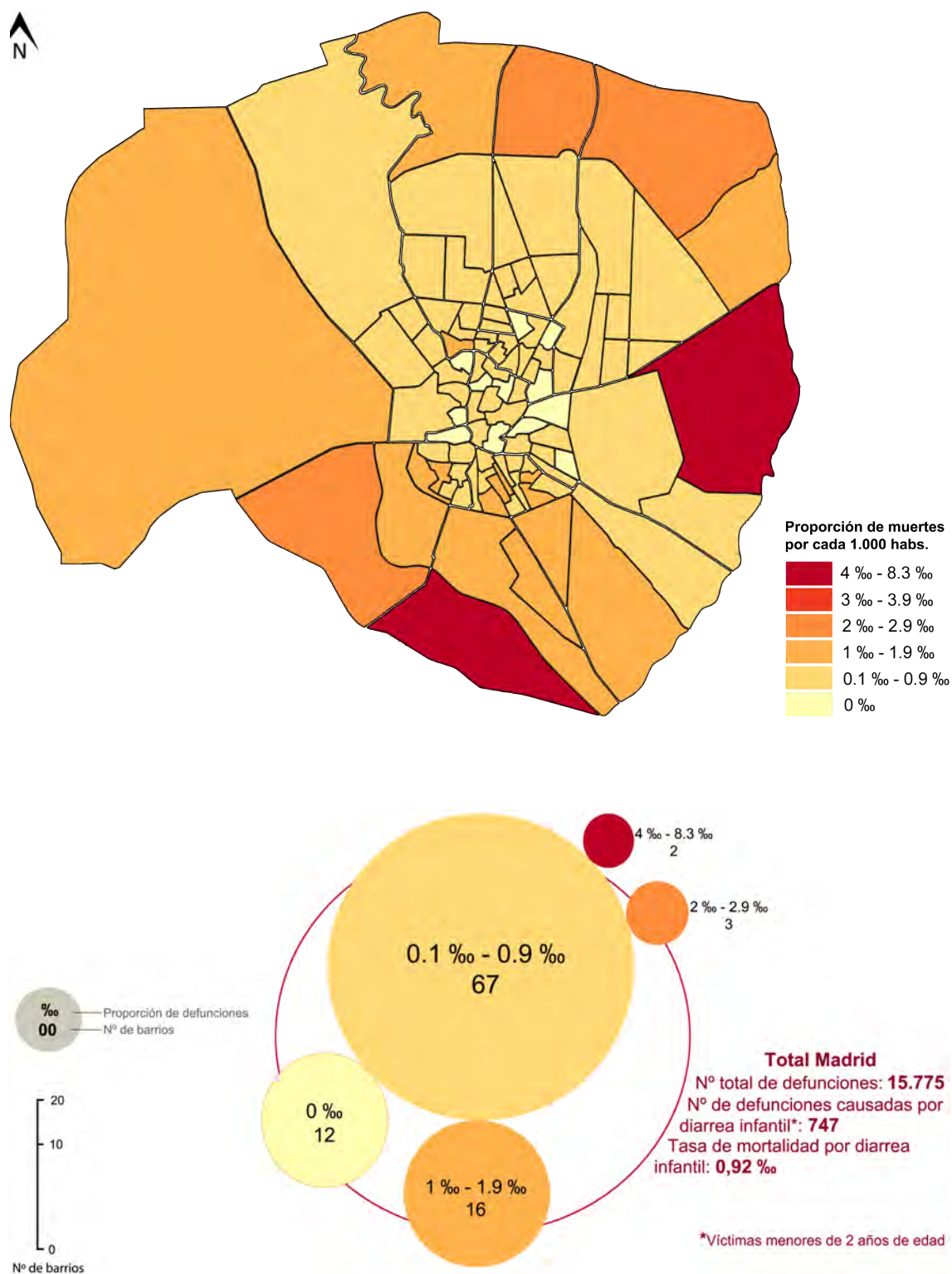


Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística Demográfica. Año 1915. Resumen general*. Madrid: Imp. Municipal, 1916.

*Nota: fallecidos menores de dos años de edad.

**Nota: por estar asilados en la Inclusa, quedan sin consignar en el barrio de Cabestreros 61 niños menores de dos años que fallecieron a causa de diarrea.

Fig. 3.7 Distribución por barrios de la mortalidad por diarrea infantil* en Madrid, 1929



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica. Año 1929*. Madrid: Imp. Municipal, 1930.

*Nota: fallecidos menores de dos años de edad.

Resulta especialmente significativo el descenso registrado en los barrios más desfavorecidos de Madrid, aquellos que se localizaban en el sur del casco antiguo, en el Ensanche Sur y en el Extrarradio. En 1915 la diarrea infantil continuaba siendo un mal endémico en estos sectores, alcanzándose en cinco de ellos unas proporciones de muerte extremas (por encima de cuatro defunciones por cada 1.000 habitantes) y muy altas (entre dos y cuatro defunciones por cada 1.000 habitantes) en otros trece. Sin embargo, la imagen que ofrece el mapa de la mortalidad por diarrea infantil en 1929 es muy diferente: todos los barrios de estas zonas vieron descender sus tasas de defunciones por esta causa, hasta el punto de desaparecer los barrios de mortalidad muy alta y reducirse de cinco a dos las barriadas de mortalidad extrema. De ello se desprende que la bajada general de las tasas de muerte por diarrea infantil en Madrid se hizo posible, en gran medida, gracias a la mejora experimentada en los barrios más degradados, los cuales, a partir de 1915, comenzaron a alejarse de las proporciones de muerte que vinieron registrando hasta bien entrado el siglo XX, para entrar en una nueva fase, caracterizada por unos índices de mortalidad infantil derivada del mal régimen alimenticio muy inferiores. Esta transformación ha de contemplarse dentro de la mejora generalizada de las condiciones de vida que conocieron las barriadas proletarias madrileñas a lo largo de este periodo.

Al mismo tiempo, en las zonas acomodadas y salubres de la urbe, donde tradicionalmente la proporción de defunciones de lactantes a causa de diarrea y enteritis había sido baja, también se registró un fuerte descenso de dichos índices de mortalidad. De hecho, la novedad más destacable que encontramos en 1929 es la erradicación de la mortalidad por diarrea infantil en doce barrios enclavados en los distritos acomodados, cuyo vecindario no registró ni una sola muerte por esta causa:

“Hay motivos para suponer –declaraba en 1928 Aurelio Romeo Lozano, médico director de la Institución Municipal de Puericultura– que, con más amplitud de medios, en años sucesivos este descenso ha de ser más rápido e importante”⁴³.

El optimismo que expresaban los puericultores a comienzos de la década de 1930 provenía, como bien puede comprobarse, de la experiencia vivida tras la puesta en

⁴³ Prieto, Anita. “Una institución de balde...”, *op. cit.*

marcha de las modernas instituciones de protección a la infancia. El éxito logrado en tan pocos años sirvió de ejemplo para demostrar la posibilidad fehaciente de llegar a suprimir, en un futuro cercano, la mortalidad de niños causada por trastornos digestivos agudos en toda la ciudad, algo que apenas tres lustros atrás se presentaba poco menos que como un sueño irrealizable.

3. 1. 5. La lucha contra la difteria

Otra importante preocupación en el combate contra la mortalidad infantil la constituía la difteria. Esta enfermedad se ensañaba especialmente con los niños de pocos años de edad y provocaba anualmente un considerable número de víctimas mortales, el cual solía elevarse periódicamente a consecuencia de las epidemias que desataba. Solo durante el periodo 1880-1900 perecieron en Madrid a causa de esta enfermedad 12.617 niños, resultando un término medio anual de 600 defunciones, de las cuales correspondió la cifra más baja (166) a 1899 y la más alta (1.587) a 1886⁴⁴.

La aparición en 1890 del suero equino antidiftérico, desarrollado a partir de los experimentos de dos discípulos del doctor Robert Koch, los bacteriólogos Emil Adolf von Behring y Shibasaburō Kitasato⁴⁵, cuya introducción en España se produjo un

⁴⁴ VV.AA. *La difteria en Madrid. Proyecto de hospitalito para el tratamiento de niños diftéricos*. Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro y Alonso, 1901, pp. 9-10. La fuente no especifica la franja de edad de las víctimas infantiles, pero, por comparación con otros cuadros estadísticos, es probable que se refiera a niños menores de quince años.

⁴⁵ Behring y Kitasato, que realizaron sus experimentos con caballos, comprobaron que los animales no inmunizados contra la difteria desarrollaban la inmunización a dicha enfermedad después de inyectarles el suero extraído de la sangre de caballos que habían sido inmunizados previamente. Estas observaciones llevaron a los bacteriólogos a concluir que el suero sanguíneo de caballos hiperinmunes inyectado en los diftéricos, producía antitoxinas que, aunque no exterminaban la bacteria causante de la afección, sí eran capaces de neutralizar la acción de las toxinas segregadas por ella y poner freno por esta vía al desarrollo de la enfermedad. La demostración definitiva se produjo en 1891, cuando un niño berlinés aquejado de difteria fue tratado con suero equino antidiftérico y se curó con prontitud. A partir de entonces, la seroterapia se generalizó a nivel internacional, contribuyendo como ningún otro elemento a reducir la letalidad de una enfermedad especialmente mortífera entre la población infantil y a sentar las bases para conseguir su erradicación. Behring recibió en 1901 el primer Premio Nobel en Medicina y Fisiología, como reconocimiento a su gran labor médico-científica. Véase: Magner, Lois N. *A History of the Life Sciences*. Nueva York: Marcel Dekker, 2002, p. 239; Collard, Patrick J. *The Development of Microbiology*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976, pp. 118-119; Oedingen, Christina, y Joseph W. Staerk. "First Cure for Diphtheria by Antitoxin as Early as 1891". *Annals of Science* 54.6 (1997): 607-610.

lustro después⁴⁶, proporcionó, junto con el desarrollo del método de intubación laríngea, un nuevo y poderoso remedio para combatir esta temible afección. Los médicos se mostraban entusiasmados al ver cómo la gruesa capa blanca que cubría la garganta de los niños diftéricos desaparecía con la misma facilidad que la nieve se derrite al sol tras la aplicación del suero medicinal, y pronto se convencieron de la urgente necesidad de extender los nuevos tratamientos a la masa de la población.

Pero esto parecía ser una empresa casi imposible de llevar a cabo en Madrid, pues, como se lamentaba el doctor Soldevilla, la falta de medios e infraestructuras sanitarias en que se encontraba la urbe en los primeros años del siglo XX, lo impedía en absoluto:

“¿Qué medios, qué recursos tiene aquí el pobre desvalido para librar a sus hijos de las garras de tan cruel enfermedad? Ninguno. No hay un hospital, ni una sala, ni un sitio de ninguna clase donde se pueda tratar y combatir tan terrible azote, pues en el único hospital de niños que en Madrid existe, no se admiten enfermos de ninguna clase de enfermedad infecciosa. [...] Hace un año mi hija estuvo atacada de difteria y aún me horroriza pensar que si no hubiera acudido a tiempo con las inyecciones, la hubiera perdido. Y pensando en la pena y en la angustia que hubiera sentido si tal desgracia me acaeciera, me represento la angustia y la pena que sentirán esas pobres madres que, por falta de recursos, ven perecer a sus hijos, víctimas de tan terrible enfermedad”⁴⁷.

La clase médica madrileña había venido reclamando la construcción de una clínica especializada en la asistencia de niños diftéricos en la capital desde que quedó demostrada la eficacia de los nuevos métodos terapéuticos⁴⁸. En un primer momento, el

⁴⁶ Tuells, José y Duro Torrijos, José Luis. “Los caballos de la difteria”. *Vacunas* 13.1 (2012): 35-37. Sobre la difusión de la seroterapia antidiftérica en el panorama urbano internacional, véase: Hardy, Anne. *The Epidemic Streets: Infectious Disease and the Rise of Preventive Medicine, 1856–1900*. Oxford: Clarendon Press, 1993; Hammonds, Evelyn M. *Childhood's Deadly Scourge: The Campaign to Control Diphtheria in New York City, 1880–1930*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1999; Colgrove, James. “The power of persuasion: Diphtheria immunization, advertising, and the rise of health education”. *Public Health Reports* 119.5 (2004): 506-509.

⁴⁷ VV.AA. *La difteria en Madrid...*, op. cit., p. 11.

⁴⁸ A partir de 1895, año en que se comenzó a aplicar el suero equino antidiftérico en Madrid, hasta 1900, ambos inclusive, el término medio anual de defunciones diftéricas en la capital fue

único establecimiento existente en Madrid donde se aplicaba el suero antidiftérico era el Instituto Microbiológico de Sueroterapia, fundado en 1894 en una casa de la calle de Ferraz, frente al Cuartel de la Montaña, por Vicente Llorente y Matos. Después de pasar sus años de postgraduado en diversos laboratorios de París y Berlín, donde pudo dedicarse al estudio de los sueros medicinales, el doctor Llorente regresó a España y se entregó de lleno a la difusión de la teoría y la práctica de la sueroterapia y la intubación laríngea. Su gabinete madrileño pronto se convirtió en un punto de referencia a nivel nacional, al ser pionero en la aplicación del suero equino antidiftérico en España, el cual pasó a producir en sus propias instalaciones desde 1895 (hasta ese momento el material era importado de París)⁴⁹.

Sin embargo, a pesar de su eficacia y su buen hacer científico, los medios con que contaba el Instituto del doctor Llorente no eran suficientes para extender su radio de acción a toda la población diftérica de Madrid, por lo que en junio de 1896 las autoridades municipales dispusieron la creación de un servicio para suministrar el suero medicinal a los enfermos pobres. Dicho servicio fue desarrollado a la par por el Laboratorio Municipal, que se encargaba de producir el suero, y por las casas de socorro, donde dicho suero era inyectado por los facultativos a los diftéricos que acudían a ellas para recibir auxilio⁵⁰.

Por desgracia este servicio no dio los resultados esperados. Las casas de socorro no contaban ni con las instalaciones ni con los medios necesarios para realizar las operaciones de intubación en aquellos pacientes que lo requerían y, para más inri, los enfermos diftéricos que recurrían a esta clase de centros benéficos solían hacerlo cuando ya se encontraban verdaderamente graves, en cuyo estado la aplicación de la disolución medicinal resultaba inocua⁵¹.

casi cuatro veces inferior al registrado durante los seis años previos a la introducción del suero medicinal, poniéndose así de manifiesto la eficacia del tratamiento clínico basado en dicho suero. Véase: VV.AA. *La difteria en Madrid...*, op. cit., p. 9-10.

⁴⁹ Megías Fernández, Jacinto y Marañón, Gregorio. *Los fundamentos de la inmunización activa contra la difteria. Discurso leído el día 21 de febrero de 1951*. Madrid: I.G., 1951, pp. 89-90.

⁵⁰ Madrid Moreno, José. *El servicio del suero antidiftérico en el Ayuntamiento de Madrid*. Madrid: Imp. Municipal, 1898, p. 3.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 4.

3. 1. 6. El Instituto Municipal de Seroterapia

La creación de una clínica especializada en el tratamiento de niños diftéricos, tan reclamada por los médicos y los reformadores sociales desde finales del siglo XIX, no se vería satisfecha hasta pasados algunos años, con la creación del Instituto Municipal de Seroterapia. Los orígenes de esta institución se remontan a 1915, cuando se estableció, por orden de la Corporación municipal, una clínica dedicada al procedimiento de intubación laríngea, con el fin de realizar esta intervención de forma gratuita a los diftéricos pobres que la necesitasen. Dicha clínica se abrió en una casa de la calle de García de Paredes, desarrollando su actividad hasta la inauguración oficial del Instituto Municipal de Seroterapia, que tuvo lugar dos años después, el 4 de julio de 1917⁵².

Con la fundación de este centro, cuya casa central se instaló en un hotelito situado al final de la calle de Cristóbal Bordiú –una zona alejada del bullicio de la urbe, en las proximidades del hipódromo–, Madrid pasó a contar, por primera vez en su historia, con un establecimiento sanitario municipal especializado en el tratamiento de la difteria y otras afecciones agudas de índole respiratoria.

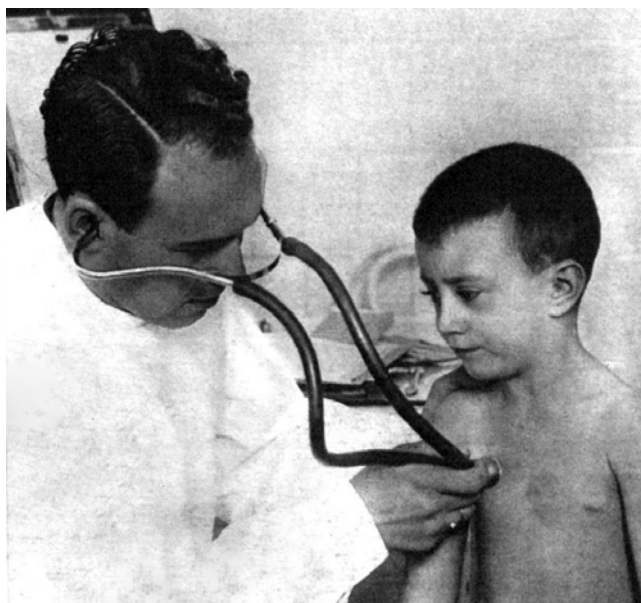


Fig. 3.8 Anónimo. *El médico puericultor reconoce detenidamente a un niño, presuntamente enfermo.* Fotografía. 1934.

Fuente: “Cómo funciona un Dispensario Antituberculoso”. *Mundo Gráfico*, 26 de diciembre de 1934.

⁵² Ayuntamiento de Madrid. *Consideraciones sobre la labor realizada por el Instituto Municipal de Seroterapia*. Madrid: Imp. Municipal, 1919, p. 5.

La actividad del Instituto Municipal de Seroterapia resultó crucial para la aplicación a gran escala del suero antidiftérico como medio terapéutico contra una grave dolencia que amenazaba a los niños de todos los hogares madrileños. Hasta la creación de esta clínica, el tratamiento de la difteria mediante el suero de la sangre de caballos hiperinmunes había sido prácticamente un privilegio reservado a los enfermos de las familias que contaban con recursos suficientes para pagar las inyecciones y las operaciones de intubación, mientras que, por lo general, la masa de los niños diftéricos de Madrid estaba condenada a ser tratada con remedios ineficaces y tardíos, basados en la toma de jarabes y baños calientes, los cuales terminaban en no pocas ocasiones con la muerte por asfixia de los pequeños⁵³. Gracias a la apertura del Instituto, aquellos niños que en otro tiempo habrían sucumbido ante el embate de la difteria por carecer sus familias de recursos, pasaron a tener acceso gratuito a un tratamiento clínico adecuado que les permitiese sobrevivir a la enfermedad y poder crecer en plena salud. En una memoria acerca de la labor desarrollada por el Instituto Municipal de Seroterapia, publicada en 1919, se leía:

“A estos niños enfermos nos los llevan sus madres para que se los devolvamos curados. Ellas tienen en sí mismas o en alguna pariente, vecina o amiga, la herida abierta del recuerdo del niño que, estando tan bueno, al poco tiempo de tener una simple tos, sobrevino la fatiga, la agravación rápida y la muerte [...]. El recuerdo las impulsa a entregarnos a sus hijos para que estén cuidados como lo están los niños ricos cuando enferman, y ese es el afán y derrotero a seguir en los servicios del Instituto”⁵⁴.

Además de los exitosos métodos terapéuticos que se empleaban en este moderno sanatorio infantil, es de destacar la atmósfera higiénica y alegre que sus creadores consiguieron generar en él como parte del propio tratamiento que recibían los niños. Teniendo presente que los enfermitos que acudían al hospital para ser intubados

⁵³ Rodríguez Ocaña, Esteban. “El tratamiento de la difteria en la España de la segunda mitad del siglo diecinueve”. *Medicina e Historia* 54 (1994): 1-16. Esta cuestión ha sido abordada extensamente en: Weindling, Paul. “From Isolation to Therapy: Children's Hospitals and Diphtheria in *Fin de Siècle* Paris, London, and Berlin”. *In the name of the child: health and welfare, 1880-1940*. Ed. Cooter, Roger. Londres: Routledge, 1992. 124-145.

⁵⁴ Ayuntamiento de Madrid. *Consideraciones sobre la labor realizada...*, *op. cit.*, p. 5.

procedían de familias pobres y por lo general vivían en casas insalubres, los fundadores del Instituto quisieron que en este establecimiento los pacientes disfrutasen de lo que carecían en su vida cotidiana: luz natural en abundancia, aire puro, correcta alimentación y buenos medios higiénicos. El exterior del Instituto estaba rodeado por un parque espléndido, en el que había paseos, estanques y árboles frondosos; sus salas eran pulcras, todas ellas bañadas de luz y bien ventiladas; las ropas con que se cubrían los ingresados se hallaban limpias y se renovaban con frecuencia; el régimen alimenticio era sano y equilibrado y el personal sanitario cumplía su labor con el entusiasmo con que se cumplen las grandes misiones humanitarias.

A propósito de esto último, el Instituto fue pionero en introducir enfermeras en lugar de enfermeros para atender a los pacientes. Esta novedosa iniciativa fue propuesta por Francisco Largo Caballero, a la sazón concejal del Ayuntamiento de Madrid, y era calificada como felicísima en la memoria arriba citada, “por ser las enfermeras madres, que han sido la mayoría de ellas, educadas y adiestradas en estos asuntos, y que como madres desempeñan su cometido”⁵⁵. Además de esto, el reglamento del Instituto permitía que las mujeres que se veían obligadas a la separación de sus hijos mientras éstos estaban ingresados en la clínica, pudieran visitarles diariamente, una medida que favorecía el bienestar de los niños y consolaba a las tristes madres:

“Todavía se dan casos aislados –se leía en un suelto la prensa médica– en que las madres se niegan a dejar en el Instituto a sus pequeños; pero como quiera que allí los dejan más cómodos, mejor alimentados y en condiciones sanitarias infinitamente superiores a las que tienen en sus pobres hogares, poco a poco, la obrera va reaccionando del terror que en otros tiempos le inspiraba el hospital, lugar antiguamente considerado como centro de tristeza y de abandono, peor que la muerte más infamante y que la cárcel, no como asilo de santa hospitalidad para el enfermo, como es este risueño y soleado Instituto”⁵⁶.

⁵⁵ Ibíd., p. 13. Sobre la evolución de la profesión de enfermería y la feminización de esta profesión, véase: Galiana Sánchez, María Eugenia y Bernabeu Mestre, Josep. “Género y desarrollo profesional: las enfermeras de salud pública en la España del periodo de entreguerras, 1925-1939”. *Feminismo/s* 18 (2011): 225-248.

⁵⁶ Galindo, Beatriz. “El Instituto Municipal de Seroterapia”. *España Médica*, 1 de abril de 1918.

El Instituto Municipal de Seroterapia contaba con todos los recursos, materiales e instrumentos necesarios para desarrollar eficazmente su servicio. Estaba dotado de una ambulancia para trasladar con rapidez a los atacados desde sus domicilios al sanatorio en caso de emergencia y recibía con regularidad y en cantidad suficiente el suero antidiftérico producido por el Laboratorio Municipal, organismo con el que desarrolló una importante actividad conjunta. La sección del Laboratorio Municipal encargada de elaborar los sueros destinados al Instituto y a otras instituciones de rango municipal y estatal, contaba con sus propios establos, donde se encontraban los caballos de los que se extraía el suero antidiftérico. A mediados de la década de 1910, el Laboratorio Municipal servía cada año unas 5.000 ampollas de 10 centímetros cúbicos de dicha disolución⁵⁷, lo que puede ofrecer una idea de la importante demanda de este servicio sanitario.



Fig. 3.9 Anónimo. Reconocimiento de un niño diftérico en el Instituto Municipal de Seroterapia. Fotografía. 1929.

Fuente: “En el Instituto Municipal de Seroterapia han sido asistidos más de 24.000 niños”. *Estampa*, 14 de mayo de 1929.

Paralelamente a la labor clínica, el Instituto también desarrolló una importante actividad científica. Su personal impartía cursos especiales sobre las enfermedades

⁵⁷ Chicote, César. *Las vacunas y sueros del Laboratorio municipal*. Madrid: Imp. municipal, 1916, p. 127.

respiratorias agudas de la infancia a médicos que acudían al establecimiento desde diversos puntos de España y ofrecía conferencias de divulgación en diferentes actos públicos, subrayándose así la vocación por la formación científica permanente y la instrucción popular característica de las modernas instituciones sanitarias municipales⁵⁸.

La actividad del Instituto Municipal de Seroterapia fue muy intensa a lo largo de su existencia: solo durante los años 1915-1917 fueron asistidos en consulta 3.284 niños y 947 más fueron hospitalizados, haciendo un total de 4.231 asistencias facultativas⁵⁹. En 1918, el número de niños enfermos de toda clase de infecciones y trastornos del aparato respiratorio asistidos en el centro ascendió a 4.335, es decir, 104 asistencias más que durante los tres años previos⁶⁰, y a la altura de 1929 unos 70 niños eran diagnosticados diariamente⁶¹.



Fig. 3.10 Anónimo. Ambulancia del Instituto Municipal de Seroterapia. Fotografía. 1917.

Fuente: Ayuntamiento de Madrid. *Datos sobre la labor realizada por el Instituto Municipal de Seroterapia desde sus comienzos en 1915 como clínica antidiftérica y de intubación laríngea hasta su conversión en el actual Instituto*, Madrid, Imprenta Municipal, 1917.

⁵⁸ “Curso clínico”. *La Correspondencia de España*, 30 de mayo de 1919; “Instituto Municipal de Seroterapia”. *El Globo*, 13 de octubre de 1920.

⁵⁹ Ayuntamiento de Madrid. *Datos sobre la labor realizada por el Instituto Municipal de Seroterapia desde sus comienzos en 1915 como clínica antidiftérica y de intubación laríngea hasta su conversión en el actual Instituto*. Madrid: Imprenta Municipal, 1917.

⁶⁰ “La vida municipal. Instituto Municipal de Seroterapia”. *El Heraldo de Madrid*, 28 de enero de 1919.

⁶¹ “En el Instituto Municipal de Seroterapia han sido asistidos más de 24.000 niños”. *Estampa*, 14 de Mayo de 1929.

En un reportaje periodístico publicado por *El Heraldo de Madrid* en 1927, el reportero autor del mismo, al charlar con las madres que se hallaban en la sala de espera de la clínica esperando que los hijos que llevaban en sus brazos fueran atendidos, comprobaba que las mujeres pertenecían “a las barriadas más diversas y extremas: del Puente de Segovia, del Matadero, de las Cuarenta Fanegas, de la Prosperidad, de Las Ventas; hasta de los pueblos vecinos de Chamartín y Fuencarral”⁶². Ello daba buena muestra de la confianza que tanto el tratamiento por medio de la sueroterapia como el propio Instituto suscitó entre la población, así como la popularidad que este centro benéfico adquirió en las barriadas más humildes, lo que constituyó un elemento clave para lograr la expansión del tratamiento antidiftérico entre las masas y disminuir la otrora elevada mortalidad por enfermedades sofocantes de los niños madrileños.

Al hacerse posible que las capas desfavorecidas de la población, que eran las que sucumbían en mayor número ante la enfermedad diftérica, pudieran acceder a tratamientos efectivos contra esta mortífera dolencia, se consiguió frenar el avance del mal y, en un corto espacio de tiempo, el número de víctimas infantiles por esta afección se vio reducido considerablemente. Ello queda atestiguado en la estadística sanitaria municipal de los años anteriores y posteriores a la apertura del Instituto Municipal de Seroterapia: en 1912 se produjeron 324 defunciones diftéricas entre menores de quince años, cifra que se redujo a 160 en 1916 y a 119 en 1918, continuando la tendencia a la baja en los años posteriores⁶³.

También es interesante resaltar que la combinación del éxito curativo de tratamientos médicos modernos, como la sueroterapia antidiftérica, con la creación de un entorno clínico apacible para los pacientes que ingresaban en los establecimientos benéficos, contribuyó de forma decisiva al abandono de la percepción popular de los hospitales como lugares tétricos y terribles. Una nueva idea de los centros hospitalarios comenzó a instalarse en el imaginario colectivo. Los hospitales comenzaron a ser vistos por los madrileños, no como la antesala por la que pasaban los enfermos antes de bajar a la tumba, sino como instituciones higiénicas reparadoras de la salud y aliadas de la vida.

En suma, la municipalización de los servicios sanitarios antidiftéricos jugó un papel decisivo para lograr el descenso del número de muertes por difteria entre la

⁶² Llopis, José María. “Una gran institución que desaparece. El Instituto Bordiú de Seroterapia”. *El Heraldo de Madrid*, 20 de octubre de 1927.

⁶³ Ayuntamiento de Madrid. *Consideraciones sobre la labor realizada por el Instituto Municipal de Seroterapia*. Madrid: Imp. Municipal, 1919, p. 20.

población infantil de la capital. Esta exitosa estrategia se potenció y se extendió durante los primeros años de la década de 1930, con medidas como la creación del denominado Servicio Médico Escolar en 1934. El nuevo servicio tenía como finalidad que todos los niños que ingresaran en las escuelas madrileñas pasaran antes por un centro de inspección médico-escolar –la Corporación municipal dispuso la creación de uno de estos establecimiento en cada distrito de la ciudad–, con el fin de que su personal facultativo dictaminara si los muchachos padecían alguna enfermedad susceptible de ser contagiosa, en cuyo caso se procedía a someterles al tratamiento necesario antes de que entraran en las aulas⁶⁴. Esta medida permitía controlar a la población escolar que se hallase bajo alguna enfermedad contagiosa y evitaba el perjudicial contacto entre niños sanos y enfermos, lo que se traducía en una mejora notable del estado de la salud en las escuelas y, por extensión, en el conjunto de la ciudad.

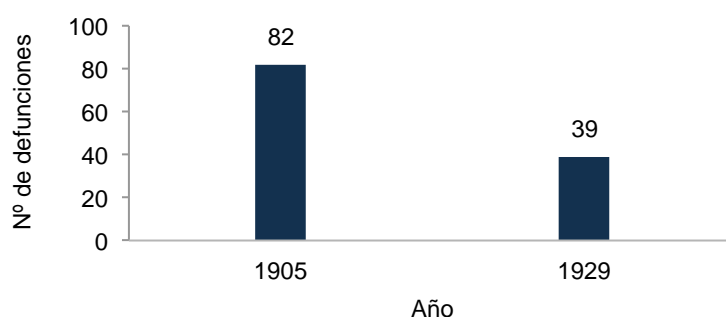


Fig. 3.11 Defunciones causadas por difteria en menores de cinco años de edad en Madrid, 1905-1929.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906; y Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica. Año 1929*. Madrid: Imp. Municipal, 1930.

3. 1. 7. Un horizonte optimista para la salud de la infancia

Hasta este punto hemos abordado lo que constituyeron los dos principales frentes de batalla de la lucha contra la mortalidad infantil y de la niñez en Madrid en el primer tercio del siglo XX: los trastornos nutritivos derivados del inapropiado régimen alimenticio y las enfermedades asfixiantes. Los médicos especialistas en la salud de la

⁶⁴ “Cómo se vigila la salud de setenta mil colegiales madrileños”. *Crónica*, 10 de febrero de 1935.

primera infancia, tras detectar éstas como las principales causas de la elevada mortalidad de los niños en Madrid, supieron desplegar una estrategia eficaz para combatirlas. Para ello se aliaron con las autoridades municipales y estatales, a las que concienciaron de la necesidad de su involucración en el problema para disponer de más medios con que atajarlo, y, mediante la creación de una infraestructura sanitaria capaz de asistir médicamente a las capas más desfavorecidas de la población y de instruir las en los modos de prevención, consiguieron aminorar las cifras de fallecimientos por estos cuadros, lo que se tradujo en una importante reducción de la tasa de mortalidad infantil de la capital durante el referido periodo (ver fig. 3.12).

Hay que subrayar que este fue un fenómeno del que se beneficiaron todos los distritos de la ciudad, especialmente los más deprimidos, como ponen de manifiesto los mapas de la distribución por barrios de la tasa de mortalidad infantil y de la proporción de las muertes de niños menores de cinco años de edad con respecto al total de defunciones. Si se comparan las figuras 3.13 y 3.14, observamos que el número de barrios que registraban unas tasas de mortalidad infantil inferiores a 150 ‰, pasó de 36 en 1915 a 90 en 1929, destacando en este último año la existencia de un total de 14 barrios que se hallaban bajo unos índices situados entre 0 y 49 muertes por cada 1.000 nacidos vivos. Del mismo modo, las figuras 3.15 y 3.16 muestran cómo las proporciones de fallecidos menores de cinco años se redujeron en todos los distritos de la urbe en dichos años. El número de barrios que registraban unas proporciones de muerte de la niñez muy altas (situadas entre el 28 % y el 67 %) descendió de 49 en 1915 a 25 en 1929, al tiempo que las barriadas que tenían unas proporciones bajas (por debajo de 16 %) aumentaron de 25 en 1915 a 40 en 1929. Solamente tres barrios (Marqués de Comillas, Cuatro Caminos y Plaza de Toros), parecieron no haberse visto afectados por esta mejora generalizada de los índices de mortalidad infantil y de la niñez, pues en 1929 se mantuvieron bajo una situación similar a la que presentaban en 1915.

Otra causa a tener en cuenta para explicar el curso descendente, aunque con fuertes oscilaciones, que siguió la curva de la mortalidad de niños en Madrid en el primer tercio del siglo XX, lo constituye la bajada de los índices de ilegitimidad que experimentó la población madrileña durante los años estudiados. El descenso del porcentaje de nacimientos ilegítimos del 12,03 % registrado en 1915 al 8,62 % en 1929, revela un cambio importante en esta variable, el cual hubo de contribuir al decrecimiento de las tasas de mortalidad infantil, pues, como había quedado patente en

todos los estudios realizados sobre esta cuestión, el fuerte exceso de la mortalidad de niños entre los nacidos ilegítimos siempre fue muy superior a la de los legítimos, especialmente en las zonas pauperizadas de la ciudad donde el hacinamiento humano llegaba a sus mayores extremos.

La distribución de los nacimientos ilegítimos por barrios (ver figs. 3.17 y 3.18) demuestra que este cambio de modelo en la estrategia reproductora no se redujo a los sectores acomodados de la ciudad, sino que fue una tendencia generalizada en el conjunto de la urbe madrileña. Así, mientras que en el año 1915 podíamos localizar 24 barrios cuyos porcentajes de ilegitimidad en los nacimientos se hallaban por encima del 14 %, en 1929 tan solo dos barrios se encuadraban dentro de esas proporciones, siendo especialmente significativo que 70 barrios del total de 100 se clasificasen por debajo del percentil nueve, reduciéndose significativamente las diferencias espaciales en torno a esta variable, las cuales caracterizaban el panorama urbano madrileño en los primeros años de la centuria.

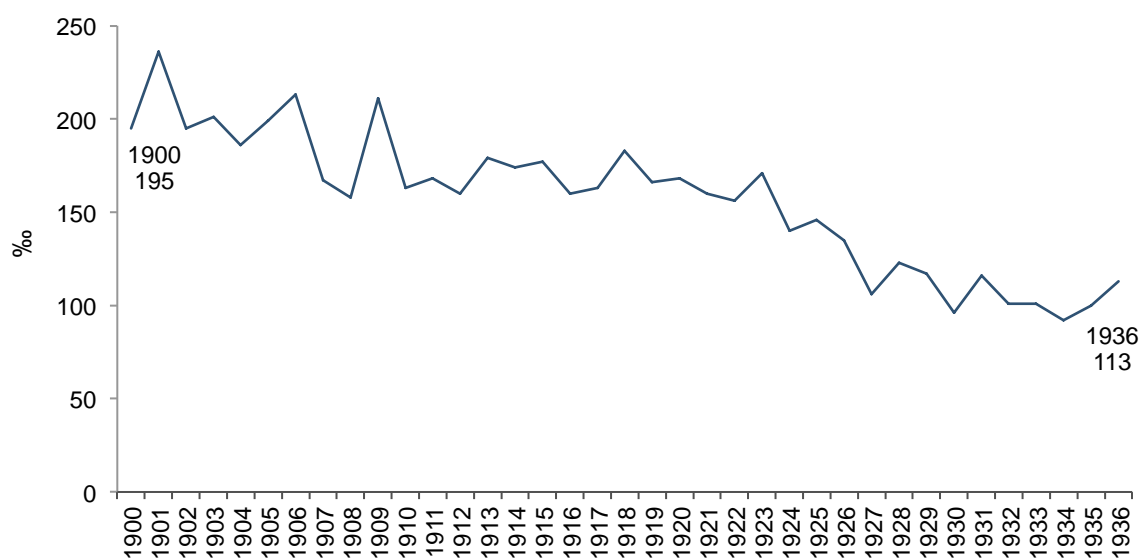


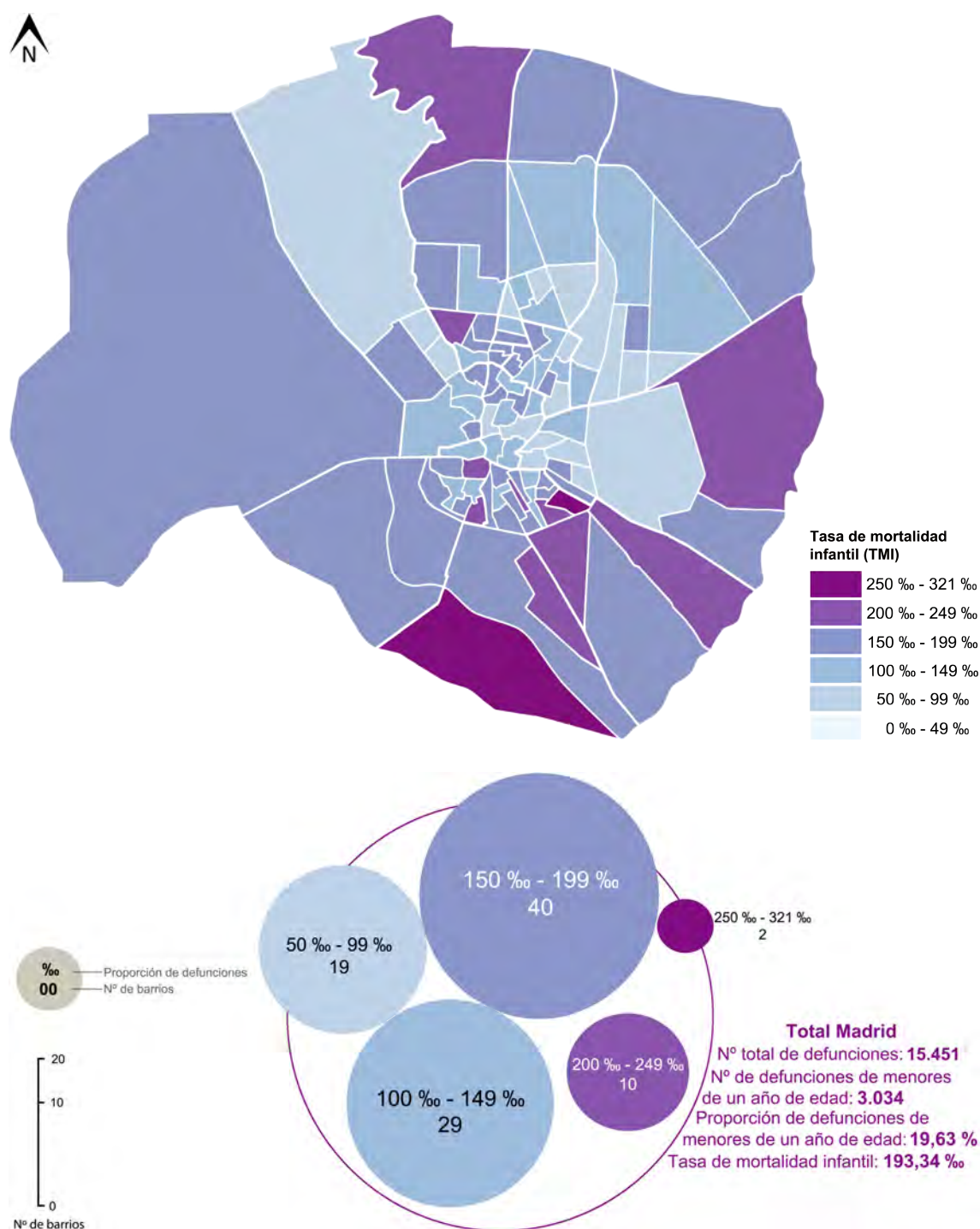
Fig. 3.12 Evolución de la tasa de mortalidad infantil (defunciones de menores de un año por cada 1.000 nacidos vivos) en Madrid, 1900-1936.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Arbelo Curbelo, Antonio. *La mortalidad de la infancia en España, 1901-1950*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Dirección General de Sanidad, 1962.

Nota: El compilador de las tasas no considera como nacidos vivos a las criaturas muertas en el parto o en las primeras 24 horas de vida.

Este conjunto de datos permite pues concluir que los índices de mortalidad infantil y de la niñez en Madrid descendieron notablemente conforme se incrementaron las medidas higiénicas de protección a la infancia que predicaba la ciencia médica, se establecieron instituciones sanitarias especializadas en la asistencia a este segmento de la población, se mejoró el régimen alimenticio de lactantes y párvulos y, en general, se avanzó en la salubridad del espacio urbano y en las condiciones generales de vida de la población. La campaña en pro de la salud de la infancia, desplegada gracias a los esfuerzos de los elementos más activos de la clase médica y los reformadores sociales, unido al respaldo y la financiación de las autoridades municipales en la creación de una infraestructura sanitaria dirigida a la atención médico-social de la población infantil y a difundir los preceptos de la higiene entre el vecindario, demostró ser un arma poderosa para combatir la morbilidad y la mortalidad de los niños madrileños, cuyos resultados se dejaron notar en un corto espacio de tiempo, sentando las bases para alcanzar la erradicación de la mortalidad infantil que se conocería en las décadas posteriores.

Fig 3.13 Distribución por barrios de la mortalidad infantil* en Madrid, 1915

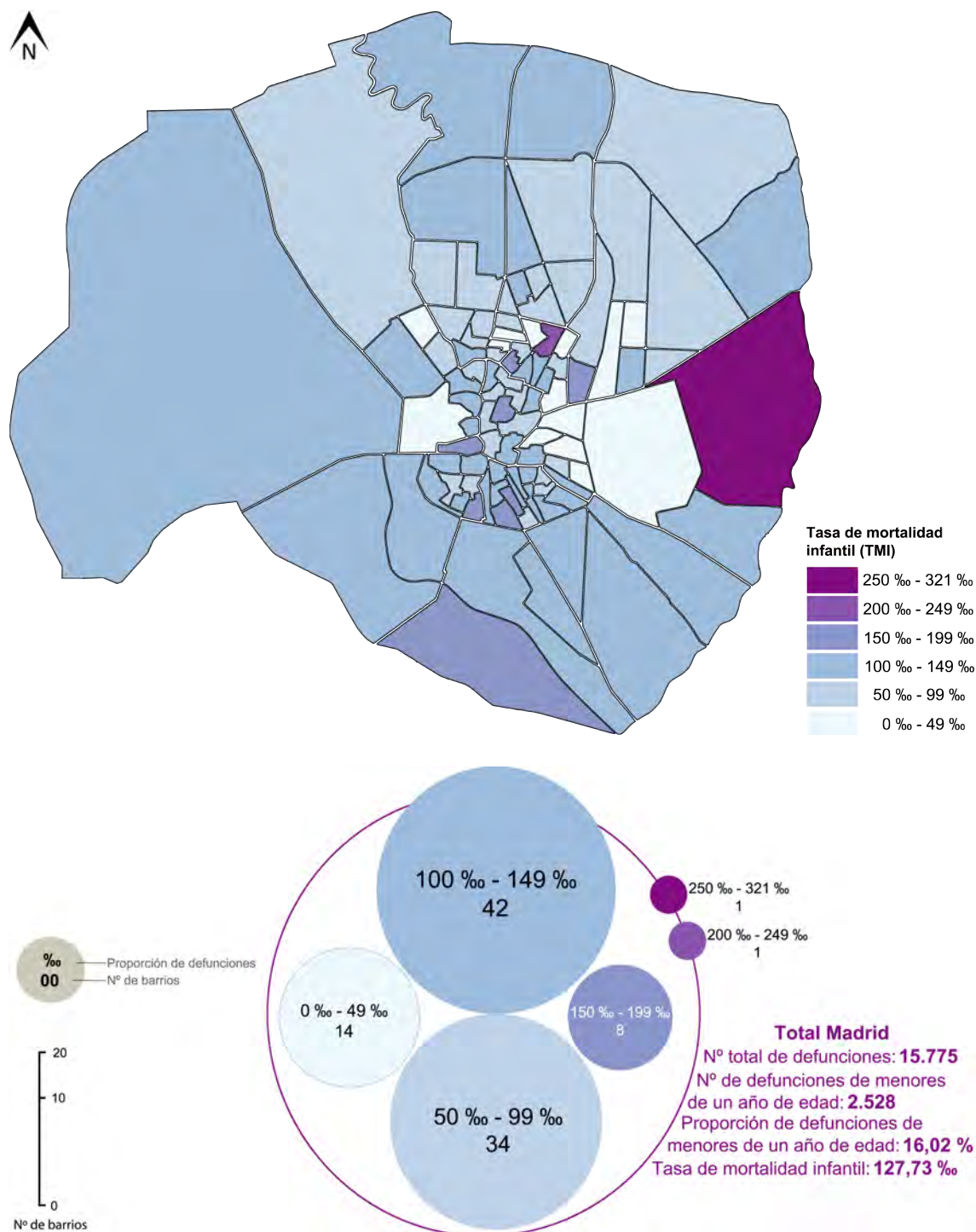


Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística Demográfica. Año 1915. Resumen general*. Madrid: Imp. Municipal, 1916.

* *Nota:* fallecidos menores de un año de edad por cada mil nacidos vivos en el año indicado.

***Nota:* por estar asilados en la Inclusa, quedan sin consignar en el barrio de Cabestreros las defunciones de 479 niños menores de un año.

Fig. 3.14 Distribución por barrios de la mortalidad infantil* en Madrid, 1929

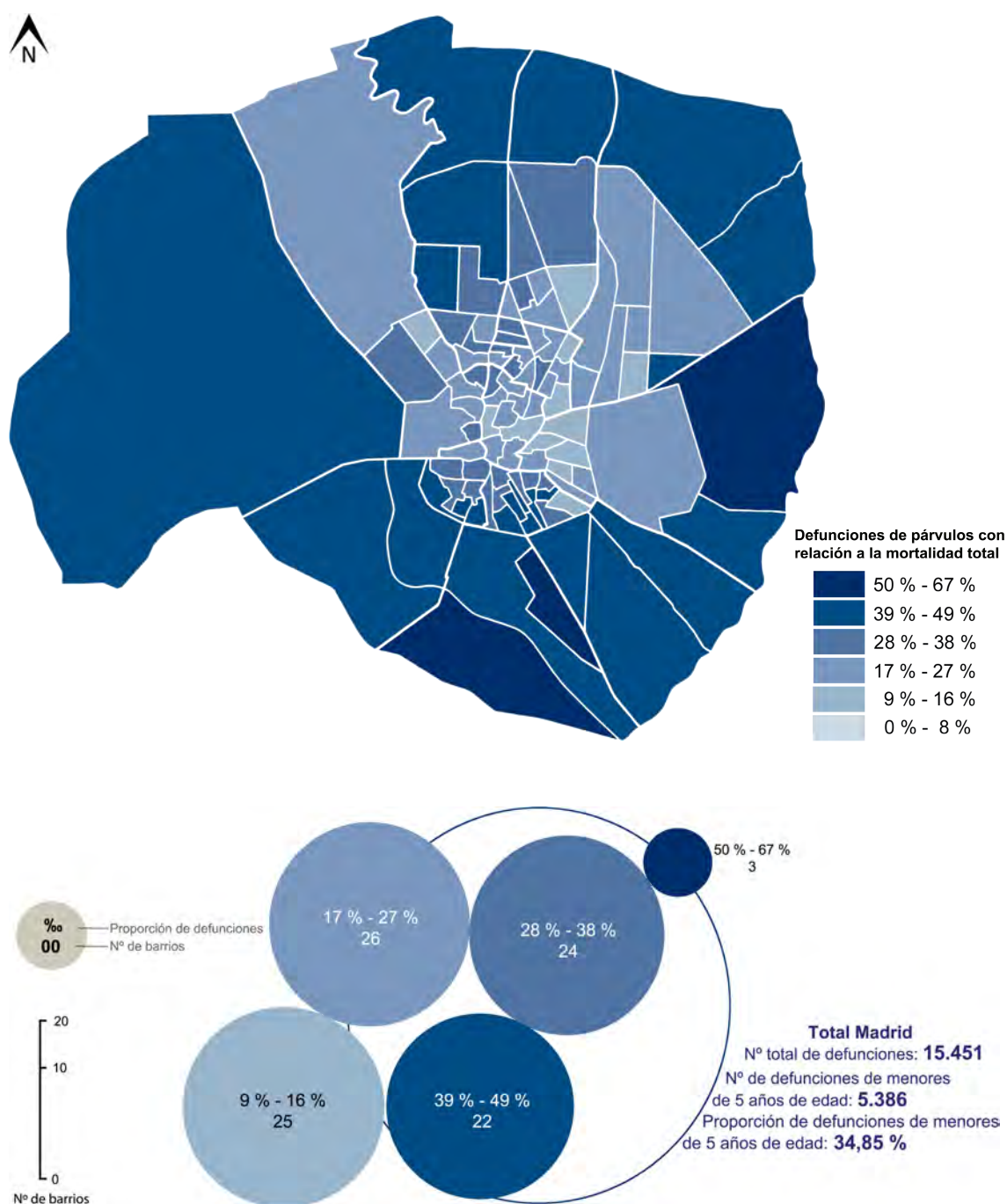


Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica. Año 1929*. Madrid: Imp. Municipal, 1930.

* *Nota:* fallecidos menores de un año de edad por cada mil nacidos vivos en el año indicado.

***Nota:* por estar asilados en la Inclusa, quedan sin consignar en el barrio de Cabestreros las defunciones de 40 niños menores de un año.

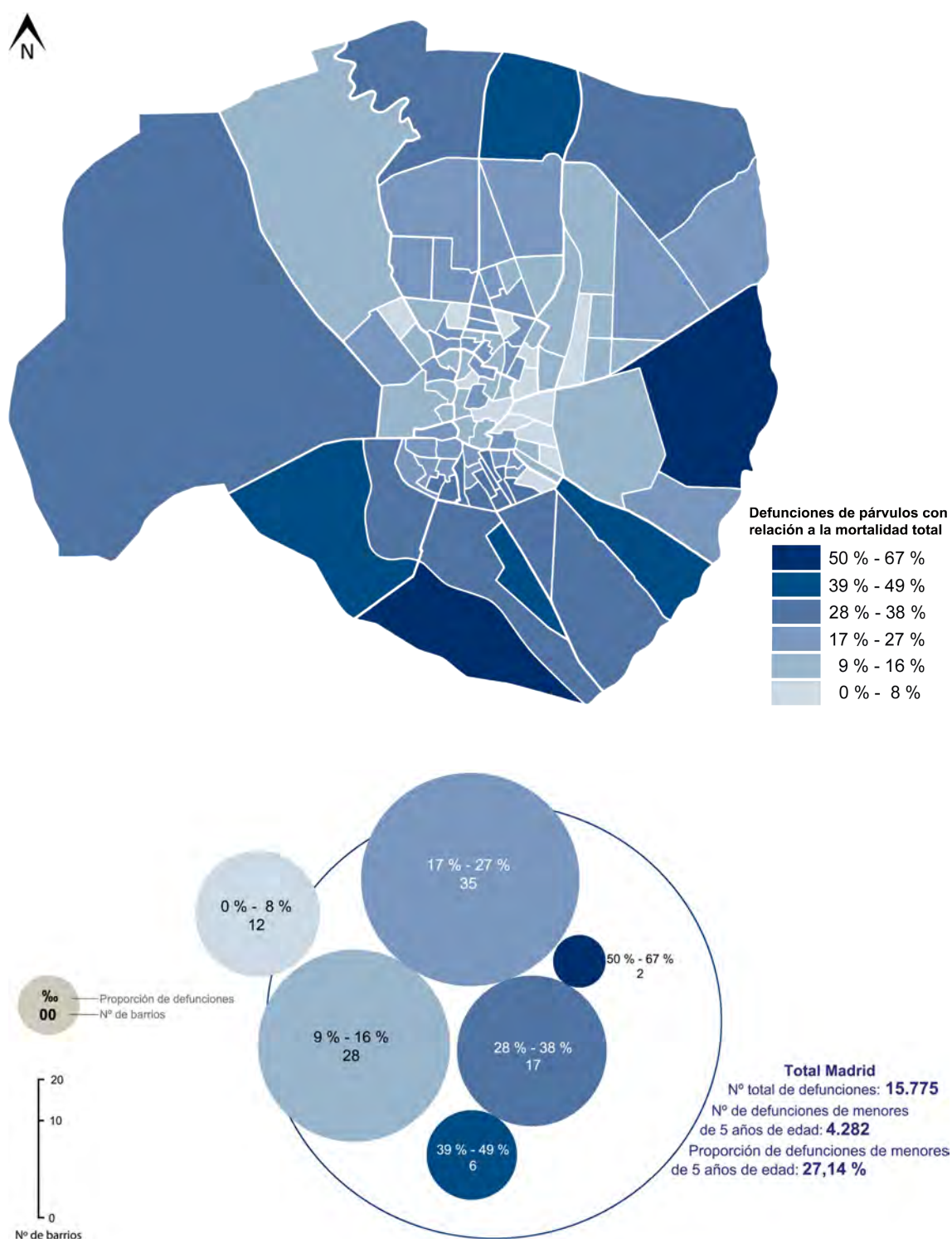
Fig. 3.15 Proporción de las defunciones de niños menores de 5 años de edad, con relación al total de éstas, en los cien barrios de Madrid, 1915



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística Demográfica. Año 1915. Resumen general*. Madrid: Imp. Municipal, 1916.

**Nota:* por estar asilados en la Inclusa, quedan sin consignar en el barrio de Cabestreros las defunciones de 526 niños menores de cinco años.

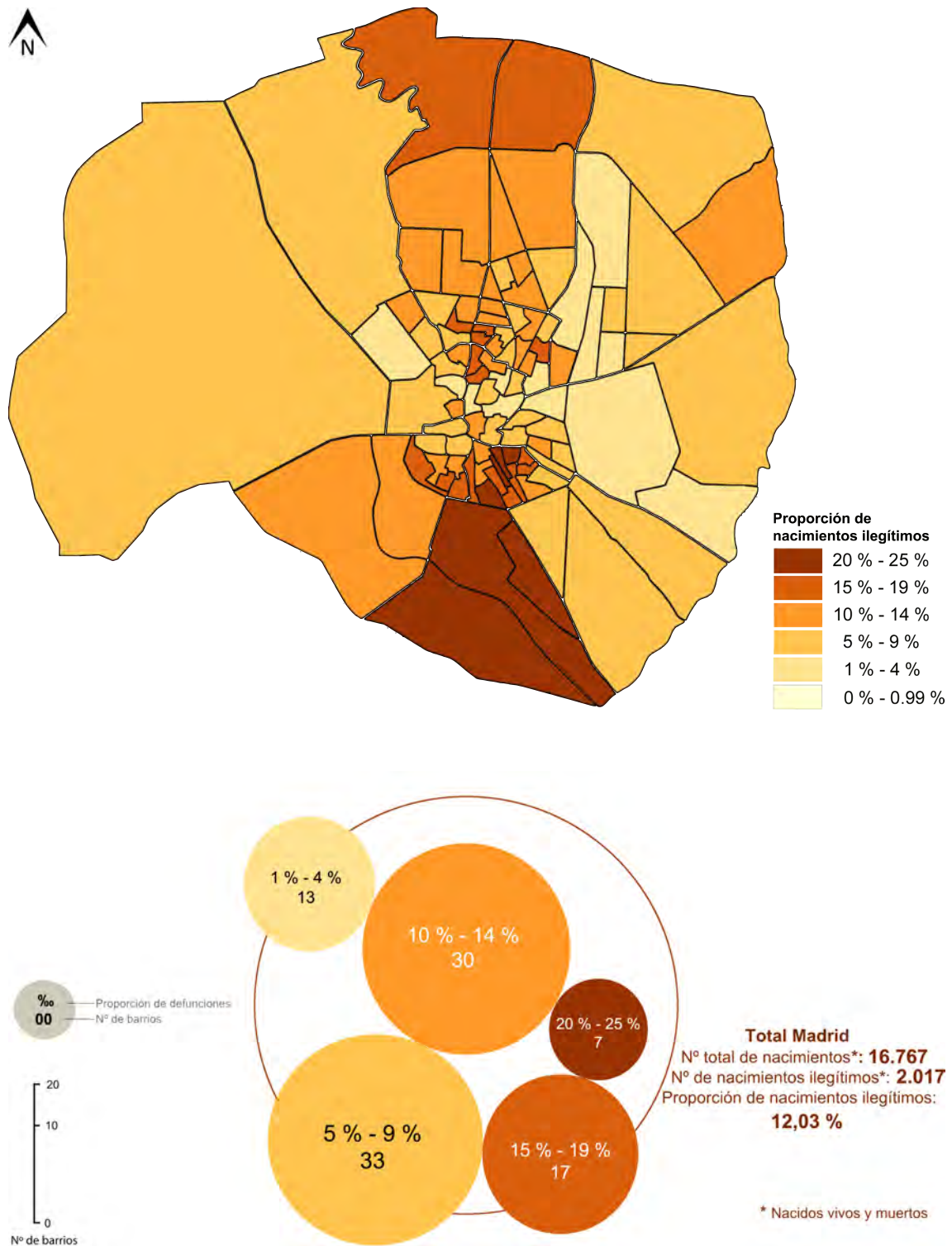
Fig. 3.16 Proporción de las defunciones de niños menores de 5 años de edad, con relación al total de éstas, en los cien barrios de Madrid, 1929



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica. Año 1929*. Madrid: Imp. Municipal, 1930.

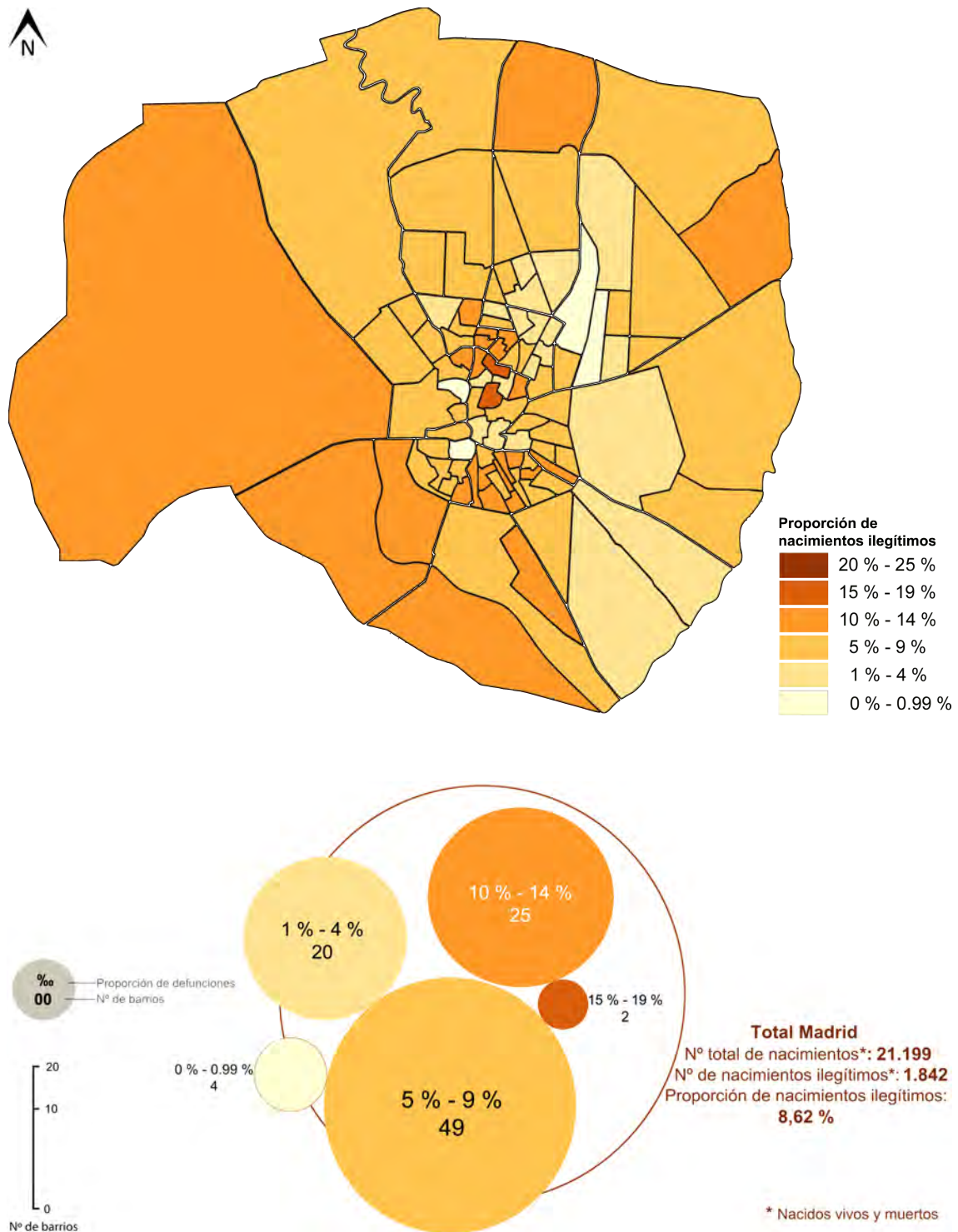
**Nota:* por estar asilados en la Inclusa, quedan sin consignar en el barrio de Cabestreros las defunciones de 40 niños menores de cinco años.

Fig. 3.17 Proporción de nacimientos ilegítimos, con relación al total de éstos, en los cien barrios de Madrid, 1915



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística Demográfica. Año 1915. Resumen general*. Madrid: Imp. Municipal, 191

Fig. 3.18 Proporción de nacimientos ilegítimos, con relación al total de éstos, en los cien barrios de Madrid, 1929



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica. Año 1929*. Madrid: Imp. Municipal, 1930.

3. 2. La campaña contra la tuberculosis

3. 2. 1. La escupidera pública como instrumento de profilaxis antituberculosa

Durante los primeros años del novecientos, la sensación de que la tuberculosis era una enfermedad destinada a propagarse sin freno, contra la cual poco podía hacer la ciencia médica, que carecía de vacunas preventivas y de sueroterapia aplicable, era dominante entre doctos y profanos. Desde que la investigación científica en torno a la etiología y el desarrollo de la tuberculosis dictaminó, tras los descubrimientos de Koch y Villemin, la condición microbiana, y por ende infecciosa, de este terrible azote, la tuberculosis tomó asiento en el oscuro pedestal de las enfermedades infecto-contagiosas, y las autoridades sanitarias, conscientes de que mientras no existiese un medicamento bactericida capaz de destruir el bacilo de la tuberculosis éste seguiría expandiendo la enfermedad entre las masas indefensas, centraron la lucha anti-tuberculosa en una estrategia profiláctica basada en la obstrucción de las vías de contagio que permitían la transmisión del bacilo.

Dado que los esputos infectados que arrojaban los tísicos constituían uno de los principales vehículos propagadores del mal, pues al secarse y mezclarse con el polvo, los bacilos que dichos esputos contenían se esparcían a través del aire, introduciéndose con toda facilidad en las vías respiratorias y engendrando así la enfermedad en los organismos sanos, las primeras campañas de propaganda contra la tuberculosis se centraron en la insana costumbre de escupir en las calles. Así lo explicaba en 1901 un eminente tisiólogo madrileño, el doctor Verdes Montenegro:

“Siendo el más importante agente de difusión de la tuberculosis el esputo, todos nuestros esfuerzos deben converger a destruirle cuanto antes. La guerra al esputo es la guerra a la tuberculosis. La prohibición de escupir fuera de los recipientes apropiados al objeto debe ser absoluta, porque la convivencia con los tísicos no es peligrosa cuando sus esputos se destruyen pronto y convenientemente”⁶⁵.

⁶⁵ Verdes Montenegro, José. *La lucha contra la tuberculosis...*, op. cit., p. 39.

La idea de que un tuberculoso escupiendo en el suelo era “más temible que un loco con un puñal en la mano”⁶⁶, junto con la creencia de que la tuberculosis podía llegar a ser suprimida del cuadro de los padecimientos humanos si se practicaba la esterilización de todos los esputos contaminados, llevó a racionalizar la recogida y destrucción de los peligrosos productos de la expectoración. Para ello se colocaron carteles en las calles de Madrid con la prohibición de escupir en el suelo y se estableció una red de escupideras, que se colocaron en puntos estratégicos, como centros hospitalarios, establecimientos oficiales, lugares de gran tránsito y tranvías, con el fin de eliminar con celeridad la materia escupida por el vecindario, al que se impelía mediante letreros con expresivos lemas a dirigir dicha materia a estos recipientes⁶⁷.

La escupidera se presentaba como un instrumento de gran valor para la lucha antituberculosa y para la higiene pública. Los partidarios de extender su empleo no hacían sino recalcar los beneficios derivados de la utilización de este utensilio, el cual resultaba barato de fabricar, era sencillo de usar y se mostraba altamente eficaz en la función que perseguía. Construida con un material sólido que garantizaba su resistencia y la desinfección total, la escupidera permitía recoger bien el esputo depositado, manteniéndolo aislado de la atmósfera hasta que se procediera a su destrucción; además, era transportable, por lo que se podía colocar en el lugar que más falta hiciera con arreglo a las circunstancias que se presentaran, y ofrecía un aspecto elegante, “capaz de despertar las simpatías de cualquier ciudadano”⁶⁸.

⁶⁶ *Higiene Moderna. Revista científico-popular*. Madrid: Imp. Avrial, 1903, tomo 3, p. 71.

⁶⁷ Esta estrategia profiláctica fue defendida en el primer Congreso Internacional de la Tuberculosis, celebrado en París en 1888, a partir de cuyo momento se extendió a nivel internacional. En las actas del referido congreso se leía: “La tuberculosis se adquiere por contagio. Es preciso, por consecuencia, aconsejar a los tísicos que arrojen los productos de su expectoración en escupideras [...], que las vacíen en el fuego y las laven después con agua hirviendo. [...] El objeto de estas prevenciones no es más que matar el bacilo tuberculígeno y evitar el contagio”. Citado en: Monmeneu, José. *Las enfermedades infecciosas en Madrid (estudio clínico-terapéutico)*. Madrid: Administración de la Revista de Medicina y Cirugía Prácticas, 1894, pp. 196-197.

⁶⁸ *Higiene Moderna. Revista científico-popular*. Madrid: Imp. Avrial, 1903, vol. 52, pp. 155-156.

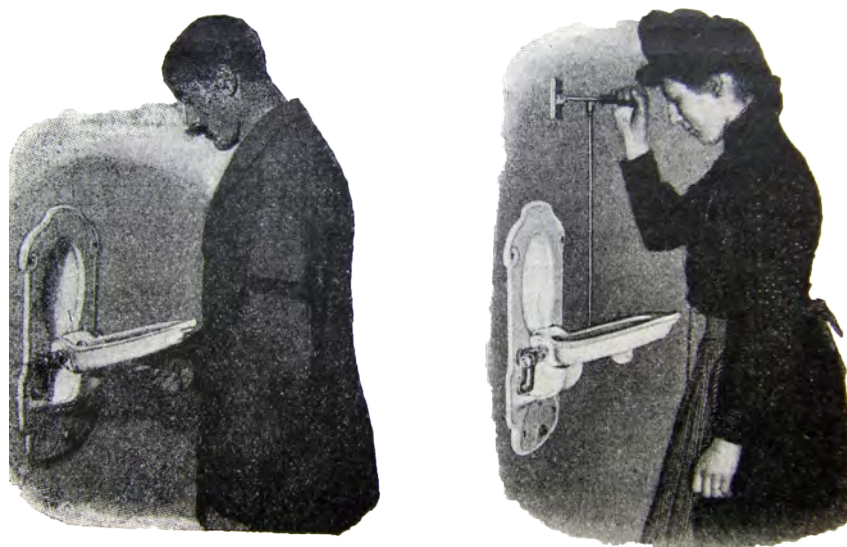


Fig. 3.19 Anónimo. *Modelo de escupidera de pie*. Fotograbad. 1907.
Fuente: *Higiene Moderna. Revista científico-popular*. Madrid:
 Imp. Avrial, 1907, n.º 55.

No solo acostumbraba la población a escupir sobre el adoquinado de las calles, sino que también era habitual arrojar las secreciones en el suelo de los tranvías y los trenes. Esta insalubre práctica llamó la atención a León Trotski, quien, en el libro que escribió sobre el fortuito viaje que le llevó a cruzar España durante los años de la Gran Guerra, se refería a la experiencia que vivió en el tren que le trasladó a Madrid, diciendo: “Observo en el vagón la sociabilidad de los españoles, su amabilidad, su dignidad, su hombría de bien; pero, al mismo tiempo, su suciedad: escupen en el suelo y arrojan papeles y colillas bajo los asientos”⁶⁹.

Al igual que Trotski, algunos médicos advirtieron que los tranvías urbanos se estaban convirtiendo en un peligro para la salud pública, y lo denunciaron públicamente en los papeles. Un facultativo madrileño anónimo escribía en una revista médica:

“En las primeras horas de la mañana, muchos tranvías de Madrid se convierten en hospitales ambulantes. La mayor parte de los pacientes que acuden a las consultas de las clínicas, institutos y casas de salud, utilizan estos vehículos, y como quiera que el deficiente número de carruajes puestos en circulación a dichas horas, determina el acumulo de viajeros, a veces se ocupan todos los asientos y plataformas, estableciéndose íntimo

⁶⁹ Trotski, León. *Mis peripecias en España*. Madrid: Editorial España, 1929, p. 98.

contacto entre sanos y enfermos. [...] Vemos repetidas veces, en dichos carruajes, tuberculosos en periodo tan avanzado que se diagnostican por su aspecto, los cuales tosen sin cesar y expectoran con frecuencia [...], depositando, ya en los asientos ya en el suelo del carruaje, sus productos patológicos, convirtiéndolo en vivero de micro-organismos virulentos, productores de graves enfermedades”⁷⁰.

Buscando una solución a este problema, los higienistas, sabedores de la ineffectividad de los letreros que anunciaban la prohibición de escupir, plantearon la necesidad de colocar escupideras en el interior de los vagones del tranvía. Éstas se encontrarían debajo de cada asiento y, para utilizarlas, los viajeros “solo tendrían que correrlas hacia fuera tantas veces como fuera necesario, ocultándolas de nuevo para no estorbar el paso ni ofender la vista”⁷¹.

Pero nada se mostraba tan efectivo como el uso de las escupideras de bolsillo, sobre todo con vistas al uso personal de los enfermos contagiosos. Según afirmaban los expertos, si se lograba que los tuberculosos no salieran a la calle sin llevar en el bolsillo una escupidera, buena parte del problema sería resuelto. El escollo en este caso radicaba en que la utilización de estos utensilios fuera de los establecimientos hospitalarios no acababa de ser aceptada por las masas. “El hábito del pañuelo está tan arraigado en nuestras costumbres, que no es presumible que el público se decida pronto a renunciar a su empleo”, decía la revista *Higiene Moderna* a propósito de esta cuestión⁷².

Sin embargo, los higienistas expresaban gran interés en sustituir el empleo del pañuelo por el de la escupidera personal, ya que ofrecía una garantía superior para evitar la propagación de la tuberculosis y de otras enfermedades contagiosas, pues la esterilización del pañuelo resultaba más aparatosa que la de la sencilla escupidera, que no requería más que la aplicación de agua hirviendo y alguna solución antiséptica a base de ácido fénico después de vaciar sus deshechos en los retretes o en el fuego, para ser desinfectada por completo⁷³. Pero, a pesar de los grandes esfuerzos que hicieron los facultativos y los publicistas de la lucha antituberculosa, la utilización a gran escala de la escupidera, tanto de vía pública como de bolsillo, no pasó de ser una aspiración que

⁷⁰ *Higiene Moderna. Revista científico-popular*. Madrid: Imp. Avrial, 1901, tomo 1, p. 44.

⁷¹ *Higiene Moderna. Revista científico-popular*. Madrid: Imp. Avrial, 1903, tomo 3, p. 71.

⁷² *Ibíd.*, p. 101.

⁷³ Hauser, Philip: *Madrid...*, *op. cit.*, vol. 2, p. 175.

no llegó a consolidarse, quedando reducida su utilización a los centros hospitalarios e instituciones de carácter benéfico, donde su uso se hizo habitual⁷⁴.

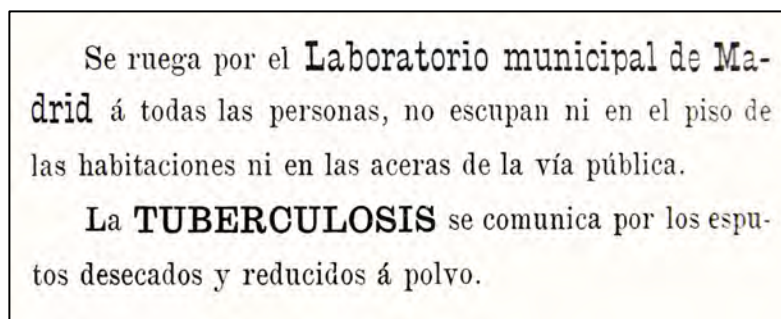


Fig. 3.20 Anónimo. *Cartel de propaganda antituberculosa destinado a colocarse en los portales de las casas visitadas por el servicio de desinfección del Laboratorio Municipal.* Impreso. 1905.

Fuente: Chicote, César. “Resumen de los trabajos realizados en el Laboratorio durante el año de 1905”. *Boletín del Laboratorio Municipal de Madrid* 10 (1906): 265.

3. 2. 2. Los dispensarios antituberculosos municipales

La creación de un sistema de dispensarios y sanatorios destinados a atender a la población tuberculosa pronto se perfiló como una estrategia más eficaz que las medidas encaminadas a evitar la difusión del bacilo de Koch mediante la instalación de escupideras públicas. Esta nueva orientación del combate contra la peste blanca se vio impulsada tras la fundación, en 1907, del Real Patronato Central de Dispensarios e Instituciones Antituberculosas, una organización de carácter estatal fundada con el propósito de fomentar la implantación de clínicas dedicadas en exclusiva al tratamiento de la enfermedad tuberculosa y a dirigir el funcionamiento de éstas, respondiendo a un

⁷⁴ En los sanatorios antituberculosos, la utilización de la escupidera no solo se convirtió en una práctica habitual, sino obligatoria. En una carta escrita a su familia por un tuberculoso madrileño que se encontraba en el sanatorio valenciano de Porta-Coeli en 1900, al referir el régimen de vida que se hacía en dicho establecimiento, comentaba: “Terminado el almuerzo, nos vamos al monte a acostarnos o sentarnos, según queremos, en unas hamacas de lona que allí hay, pues nos prohíben andar mucho y subir cuestas. Todos llevamos nuestra escupidera en el bolsillo y el vigilante impone multas o correctivos al que escupe en el suelo, aunque sea en el mismo monte”. Véase: “Porta-Coeli. La carta de un enfermo”. *La Correspondencia de España*, 11 de marzo de 1900.

plan de acción desplegado por las autoridades sanitarias para combatir el problema de la tuberculosis en España⁷⁵.

Sin duda el Real Patronato debió inspirarse para elaborar su proyecto en la experiencia que se venía practicando desde años atrás en el Reino Unido, donde el doctor Robert Phillip, uno de los pioneros en la lucha contra la tuberculosis, había puesto en marcha los primeros dispensarios antituberculosos del mundo. El primero de estos centros fue inaugurado en Londres en 1887, abriendo sus puertas otro más en Edimburgo poco después, el cual, por las novedades que introdujo en el tratamiento de la tuberculosis, estaba destinado a convertirse en la gran referencia de la lucha contra la peste blanca a nivel internacional⁷⁶.

Los dispensarios antituberculosos fueron concebidos por su creador como pequeñas clínicas enclavadas en el interior de las ciudades, cuya actividad se dirigía fundamentalmente a los trabajadores de escasos recursos, por constituir éstos el grupo que ofrecía el mayor contingente de enfermos. Lo que se perseguía con la creación de los dispensarios era atender a los tuberculosos a tiempo, antes de que la enfermedad se desarrollara hasta consumirlos por completo, así como difundir entre las masas populares los conceptos más elementales sobre la enfermedad.

La actividad de estos centros no tardó en traducirse en un descenso de la mortalidad tuberculosa en aquellas poblaciones donde se establecieron⁷⁷. Los dispensarios se perfilaron así como un elemento de gran utilidad en el combate antituberculoso, tanto por la función benéfica que desempeñaban, como por el interés científico que encerraba la información que se obtenía a través de ellos, ya que el banco de historiales médicos que los centros generaban resultaban de gran valor para realizar estudios de índole médico-social en torno a la tuberculosis, además de permitir identificar a la población tuberculosa y el área de expansión de la enfermedad en los núcleos urbanos.

En Madrid, el primer dispensario antituberculoso municipal fue abierto en diciembre de 1908. Se edificó en la calle del Tutor y su dirección fue encomendada a dos eminentes fisiólogos, los doctores Espina y Capo y Malo de Poveda. Otros dos

⁷⁵ “Real Decreto del Ministerio de la Gobernación”. *Gaceta de Madrid*, 28 de diciembre de 1907.

⁷⁶ Wallace, A. T. “Sir Robert Philip: A Pioneer in the Campaign Against Tuberculosis”. *Medical History* 5.1 (1961): 56-64, p. 58.

⁷⁷ La mortalidad tuberculosa entre la población de Edimburgo, después de consolidarse la labor de los dispensarios antituberculosos, descendió de un 17 % registrado en 1897 a un 14 % en 1906. Véase: “La semana médica”. *La Correspondencia de España*, 25 de enero de 1909.

centros análogos fueron inaugurados pocos meses después, uno en la calle de Goya y otro en la de la Cabeza, para auxiliar a los habitantes de esos sectores de la ciudad⁷⁸. Hasta la aparición de estos establecimientos, Madrid solo contaba con un centro especializado en el tratamiento de la tuberculosis: el dispensario privado –y pionero, pues fue el primero que se creó en España– del doctor Verdes Montenegro. Funcionaba desde 1901 en la Policlínica Cervera, cuyos locales se encontraban en la calle de Jorge Juan⁷⁹



Fig. 3.21 Anónimo. *Perspectiva exterior del Dispensario Antituberculoso de la Universidad.* Fotografía. 1934.

Fuente: “Cómo funciona un Dispensario Antituberculoso”. *Mundo Gráfico*, 26 de diciembre de 1934.

La inauguración de los dispensarios municipales destinados a prestar asistencia a los vecinos pobres diagnosticados de tuberculosis, supuso un paso de gran importancia en la defensa de Madrid contra esta temible dolencia. Imbuidos de la doctrina que dominaba en aquel momento la lucha antituberculosa, según la cual, el desarrollo de la

⁷⁸ “Cómo funciona un dispensario antituberculoso”. *Crónica*, 24 de junio de 1934.

⁷⁹ Verdes Montenegro, José. *Deficiencias de nuestra organización antituberculosa. Discurso leído ante la Academia Nacional de Medicina*. Madrid: Imprenta Augusto Boué, 1935, p. 57.

enfermedad obedecía a causas de orden orgánico y de orden social, con lo que su combate había de emprenderse desde ambos frentes, los dispensarios estaban orientados a ofrecer un servicio tanto clínico como asistencial⁸⁰. Así, al mismo tiempo que los doctores pasaban consulta, ofrecían consejos de higiene y daban medicación gratuita a los enfermos, en estos centros se entregaban ropas limpias para uso personal, alimentos e incluso sábanas y mantas para el hogar, pretendiendo con ello proporcionar, en la medida de lo posible, las mejoras necesarias en el vestido, en la dieta y en la habitación de los tuberculosos pobres, para que pudieran hacer frente a la dolencia en condiciones favorables⁸¹.



Fig. 3.22 Anónimo. *Médicos especializados reconocen atentamente a los presuntos enfermos en las salas del Dispensario Antituberculoso de la Universidad.* Fotografía. 1934.

Fuente: “Cómo funciona un Dispensario Antituberculoso”. *Mundo Gráfico*, 26 de diciembre de 1934.

⁸⁰ Sobre las teorías médicas y los debates científicos en torno a la etiología de la tuberculosis durante los decenios interseculares, con especial atención al contexto español, véase: Molero Mesa, Jorge. “La tuberculosis como enfermedad social en los estudios epidemiológicos españoles anteriores a la guerra civil”. *Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam* 9 (1989): 185-223.

⁸¹ Malo de Poveda, Bernabé. “La lucha contra la tuberculosis”. *Nuestro Tiempo* 245 (1919): 137-273, p. 143.

Al igual que las nuevas instituciones médicas destinadas a la infancia, los dispensarios municipales se presentaron desde los primeros momentos de su actividad como centros de curación y de instrucción social en materia sanitaria. Estos establecimientos, además de ofrecer a los tuberculosos desheredados los recursos médicos necesarios para su recuperación, también desarrollaban una importante labor de propaganda sanitaria entre el vecindario, con el fin de transmitir a la población el conocimiento acerca de las causas que favorecían el avance de tuberculosis y los medios disponibles para evitar su contagio.

La amplia labor asistencial-educativa de los dispensarios abarcaba desde la creación de una ficha médica de los familiares de cada enfermo inscrito en la institución, a fin de detectar posibles casos de contagio, hasta la realización de visitas de reconocimiento a las escuelas municipales por parte de su personal facultativo, la formulación de estadísticas e investigaciones clínicas para su posterior divulgación por la prensa diaria y la organización de conferencias públicas y cursos médicos de carácter teórico y práctico sobre la enfermedad tuberculosa. El doctor Pulido, en una conferencia que pronunció en el Instituto Nacional de Previsión en 1916, explicaba bien la diversidad de funciones que perseguían satisfacer los dispensarios antituberculosos madrileños:

“En estos dispensarios se debe dar a los enfermos medicinas, examinarles con todo detenimiento, surtirles de escupideras en donde puedan escupir, darles también, además de los consejos terapéuticos, aquellos otros consejos de vida y de higiene, que constituyen lo que se llama la educación antituberculosa. Es decir, hay que convertir los dispensarios en unos centros de cultura; hacer que los enfermos que vayan allí adquieran conocimientos que no tenían anteriormente, que no salgan solamente con la receta, sino con un estado de conciencia previsor y sabia que les permita seguir una porción de prácticas y tener previsiones convenientes, no solamente para ellos, sino para los demás”⁸².

⁸² Pulido, Ángel. *La tuberculosis y su profilaxia social. Conferencia popular dada en el Instituto Nacional de Previsión el 5 de junio de 1916*. Madrid: Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1916, pp. 32-33.

Uno de los rasgos que mejor reflejaba la aspiración de convertir los dispensarios en centros difusores de la propaganda médica antituberculosa, puede apreciarse a través de las fotografías de estos establecimientos que han llegado hasta nuestros días. En algunas de ellas se observa, tanto en los muros del exterior de los edificios, como en las paredes de su interior, la existencia de letreros en los que se leían consejos de higiene con los que se pretendía instruir sanitariamente a la población e infundir ánimo a los enfermos. “Trabajemos todos para que estos dispensarios sean provisionales” o “La tuberculosis es curable en todos sus grados”, eran algunos de estos lemas⁸³. A esta forma de propaganda sanitaria se sumaba la entrega de una cartilla con información sobre la tuberculosis a cada paciente que pasaba por los dispensarios⁸⁴.

Con la proclamación de la Segunda República, las nuevas autoridades políticas y sanitarias desplegaron un ambicioso plan de reformas en el terreno de la salud pública, que introdujo una serie de cambios trascendentales en la concepción y en la organización de la lucha antituberculosa en España. La primera medida que tomó el Gobierno provisional fue disolver el Real Patronato Central de Dispensarios e Instituciones Antituberculosas y entregar todas sus funciones a la Dirección General de Sanidad, a cuyo frente fue nombrado el respetado médico Marcelino Pascua Martínez⁸⁵. El 20 de mayo de 1931 la Dirección General de Sanidad estableció una sección especial de servicios antituberculosos, encargada de dirigir todas las operaciones destinadas a combatir la tuberculosis a nivel nacional⁸⁶. Dicha sección pasó a convertirse, un año después, en el Comité Nacional Ejecutivo de Lucha Antituberculosa, ante la necesidad, según se leía en el decreto de turno, “de coordinar los diversos servicios antituberculosos hoy existentes, y de crear, con arreglo a planes y normas bien ponderados, aquellos otros cuya urgencia se siente tan vivamente y la conveniencia a este propósito de responsabilizar el programa de lucha antituberculosa en un órgano con suficiente capacidad ejecutiva y la debida solvencia técnica”⁸⁷.

En efecto, apenas tres meses antes de la creación del Comité Nacional, las autoridades ministeriales habían anunciado la ampliación de la red de dispensarios

⁸³ Las instantáneas pueden verse en: “El dispensario antituberculoso Victoria Eugenia”. *Nuevo Mundo*, 31 de diciembre de 1908; “Cómo funciona un Dispensario Antituberculoso”. *Mundo Gráfico*, 26 de diciembre de 1934.

⁸⁴ Codina Castellví, José. *El problema social...*, op. cit., p. 156.

⁸⁵ “Decreto del Ministerio de la Gobernación”. *Gaceta de Madrid*, 24 de abril de 1931.

⁸⁶ “Decreto del Ministerio de la Gobernación”. *Gaceta de Madrid*, 23 de mayo de 1931.

⁸⁷ “Decreto del Ministerio de la Gobernación”. *Gaceta de Madrid*, 26 de agosto de 1932.

antituberculosos en España, con la construcción de veinte centros en distintos puntos de la geografía nacional, los cuales habrían de sumarse a los treinta establecimientos ya existentes⁸⁸. Al mismo tiempo, anunciaban las autoridades la creación de hospitales, enfermerías, sanatorios y otras instalaciones de nueva planta, que perseguían reforzar la infraestructura sanitaria disponible para hacer frente a la peste blanca, lo que representaba, en palabras del campeón de la lucha antituberculosa en España, el doctor Verdes Montenegro, “que estamos en el principio de una obra grande, que además parece ha de ser realizada con la premura que exige”⁸⁹.

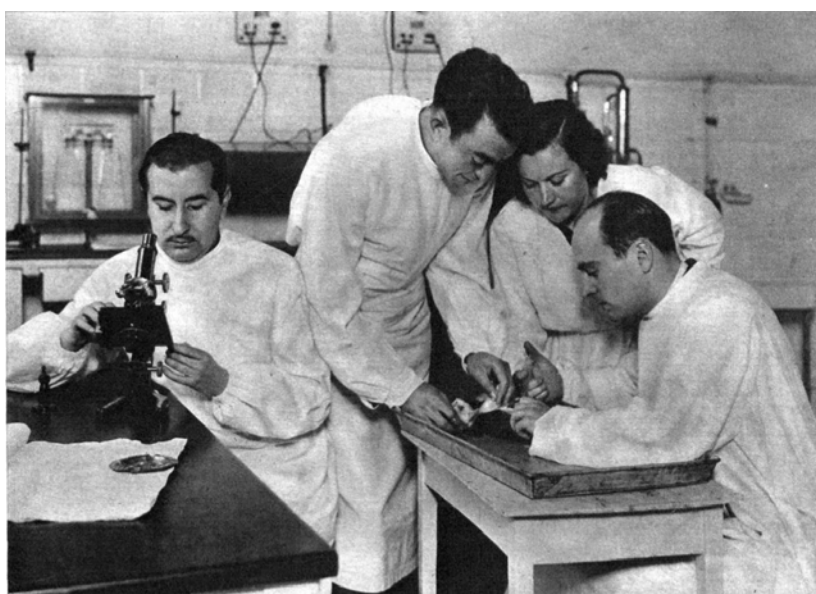


Fig. 3.23 Anónimo. *Investigaciones de laboratorio en el Dispensario Antituberculoso de la Universidad*. Fotografía. 1934.
Fuente: “Cómo funciona un Dispensario Antituberculoso”. *Mundo Gráfico*, 26 de diciembre de 1934.

Como puede comprobarse, los esfuerzos emprendidos por los poderes públicos desde la implantación de la Segunda República vinieron a intensificar la campaña contra el bacilo de Koch que había arrancado lustros atrás, manteniéndose los dispensarios como eje de la estrategia médico-social antituberculosa. Ya en los últimos años de la monarquía, la actividad de estos centros se mostró muy fecunda y en signo creciente, como demuestra el aumento del número de pacientes que desfilaron por ellos

⁸⁸ Verdes Montenegro, José. “La organización de la lucha contra la tuberculosis”. *El Sol*, 15 de mayo de 1932.

⁸⁹ *Ibíd.*

(ver fig. 3.24). Esa tendencia se potenció tras la proclamación de la Segunda Republica, en virtud de las disposiciones que dictaron las nuevas autoridades estatales y municipales.

Entre las nuevas medidas establecidas, resulta especialmente destacable la ampliación del personal auxiliar de los dispensarios antituberculosos madrileños, que desde 1932 pasaron a dotarse de enfermeras visitadoras fijas, para lo cual fueron convocadas unas oposiciones que habían de cubrir un total de 546 plazas. El papel de las enfermeras visitadoras en los dispensarios consistía en ir a ver a sus propios hogares a los tuberculosos inscritos en los dispensarios, con el fin de realizar un correcto seguimiento médico de los mismos. “Sin ellas –decía *El Sol*–, es inútil todo esfuerzo para realizar la función social que a aquellos organismos les está encomendada”⁹⁰.

Existe un reportaje sobre los dispensarios antituberculosos municipales de Madrid, que publicó la popular revista *Crónica* en el verano de 1934. En él se ofrece una interesante descripción de las instalaciones y del funcionamiento del citado Dispensario de la Universidad, así como de la población que acudía hasta él para ser examinada o recibir tratamiento:

“Amablemente autorizados por el director –refería el reportero–, recorreremos todas las dependencias. La sala de espera para adultos es una habitación muy espaciosa, provista de mesas, sillas y bancos pintados de azul pálido. Numerosas personas aguardan allí para ser reconocidas. Hay hombres y mujeres, y unos y otras charlan animadamente. Por su indumentaria se advierte que hay obreros, empleados, muchachas artesanas y mujeres de clase media y humilde. El dispensario hace una “historia sanitaria” de cada paciente. Establecida la historia, se realiza un minucioso reconocimiento. Si el resultado no excluye toda posibilidad de existencia de enfermedad, los rayos X proporcionan suficientes elementos de juicio. En todo caso, se practican análisis de sangre, esputos y orina”⁹¹.

Para hacerse una idea de la intensidad de la actividad desarrollada por los dispensarios antituberculosos municipales durante los primeros años de la década de 1930, basta referir el caso del Dispensario de la Universidad, que atendía a la población

⁹⁰ “Las enfermeras visitadoras”. *El Sol*, 15 de mayo de 1932.

⁹¹ “Cómo funciona un dispensario antituberculoso”. *Crónica*, 24 de junio de 1934.

de los distritos de Universidad, Palacio y Chamberí. A lo largo de veintiséis meses, desde finales de 1931 hasta enero de 1934, fueron reconocidos en dicho centro 7.227 pacientes, de los cuales 3.188 fueron diagnosticados como tuberculosos y quedaron registrados en el centro para su vigilancia por el personal facultativo. Además, se hicieron 36.552 radioscopias, 6.058 radiografías y 24.186 análisis en su servicio de laboratorio, se pusieron cerca de 40.000 inyecciones, se practicaron 6.304 punciones de neumotórax, se administraron 370 vacunas antituberculosas, se extendieron 1.599 fichas de hogar y se efectuaron 4.406 visitas de reconocimiento a las viviendas de los tuberculosos por enfermeras visitadoras⁹².

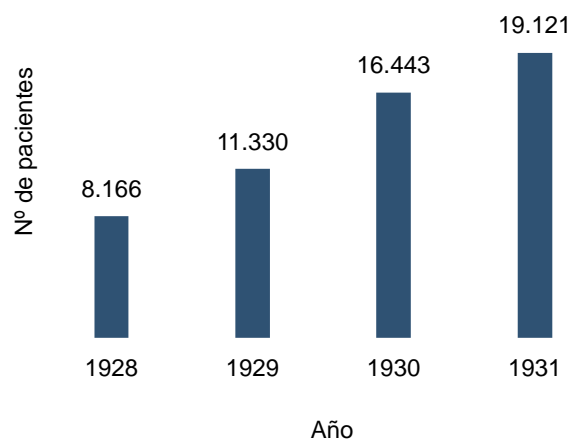


Fig. 3.24 Evolución del número de pacientes atendidos en los dispensarios antituberculosos madrileños, 1928-1931.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: “La obra del Dispensario Antituberculoso Municipal en cinco años de existencia”. *Mundo Gráfico*, 20 de julio de 1932.

3. 2. 3. El Real Sanatorio de Guadarrama

Junto con la creación de dispensarios antituberculosos, la apertura de sanatorios constituyó otra pieza clave en la campaña contra la peste blanca durante las décadas iniciales del siglo XX. A diferencia de los dispensarios, que se encontraban en el interior de la ciudad y se dirigían a los sectores más desfavorecidos de la población, los sanatorios privados para tuberculosos se establecían siempre lejos de las ciudades, generalmente en lo alto de las montañas o en la cercanía de la costa marítima, y, por el

⁹² De Valencia, Luis. “Cómo funciona un Dispensario Antituberculoso”. *Mundo Gráfico*, 26 de diciembre de 1934.

elevado precio de sus tarifas, el ingreso en estos centros estaba reservado a los enfermos que contaban con los recursos necesarios para costearse la estancia en ellos.

Desde principios de la década de 1910, un grupo de médicos madrileños, encabezado por Eduardo Gómez Gereda, comenzó a acariciar la idea de levantar un sanatorio alpino en la cercana Sierra de Guadarrama⁹³. Por aquel entonces, España carecía de un establecimiento de esta clase y los tuberculosos adinerados tenían que trasladarse a los sanatorios del extranjero para recibir tratamiento. El doctor Ruiz Albéniz, en un artículo publicado en *El Liberal* en 1913, en el que relataba la visita a Madrid de un eminente fisiólogo alemán, recogía la extrañeza que mostró dicho doctor “al conocer que en Madrid no existía ningún sanatorio a la moderna, de los que la ciencia preconiza como indispensables alrededor y para respiro de las grandes urbes”. El facultativo extranjero “tuvo ocasión de admirar los alrededores de Madrid; subió a nuestra Sierra del Guadarrama, estudió desde el punto de vista higiénico las condiciones de aquellos terrenos y, siempre obsesionado con su idea, hubo de exclamar, dirigiéndose a los médicos españoles que le acompañábamos: «Vean ustedes: tienen lo principal; tienen el sitio, el terreno adecuado, el aire embalsamado de esencias vivificantes, sol, altura, agua y aire sanos a las puertas de Madrid. Aquel que eleve aquí un Sanatorio hará a la capital de España un inmenso servicio y no perderá su tiempo»”⁹⁴.

Algo parecido hubo de percibir el doctor Gereda, que había tenido la oportunidad de conocer la situación y funcionamiento de esta clase de centros a través de los diversos viajes que realizó por Europa, especialmente por Suiza⁹⁵, donde se encontraban algunos de los sanatorios de montaña más renombrados del mundo, como el célebre sanatorio de Davos-Platz, magistralmente retratado por la pluma de Thomas Mann en su novela *La montaña mágica*. Las condiciones naturales que se daban en la Sierra de Guadarrama –su específica climatología, su elevada altura, sus frondosos pinares, sus manantiales, el gran número de horas de sol anuales, la pureza del aire respirable y la abundancia de nieve durante gran parte del año–, convertían este lugar en un espacio idóneo para realizar la cura sanatorial, con lo que el doctor Gereda se decidió a llevar a cabo en él la construcción de un sanatorio destinado a tuberculosos

⁹³ Gómez Gereda, Eduardo. *Proyecto de Sanatorio en el Guadarrama*. Madrid: Imp. de Fortanet, 1913.

⁹⁴ Citado en: “S.M. el Rey inaugura el Sanatorio de Guadarrama”. *La Correspondencia de España*, 24 de febrero de 1917.

⁹⁵ Ruiz Albéniz, Víctor. “Una gran obra. Real Sanatorio de Guadarrama”. *La Correspondencia de España*, 9 de febrero de 1917.

adinerados. Para ello, creó una sociedad comercial con el fin de reunir el capital necesario que permitiera sacar adelante el proyecto. Entre los distintos accionistas que participaron en la formación de dicha sociedad se encontraban varios miembros de la familia real, aristócratas, destacados hombres de negocios españoles y un total de ciento doce médicos madrileños, lográndose amasar una suma de dinero superior al millón de pesetas⁹⁶.

Tras escoger el emplazamiento donde había de levantarse el sanatorio –una planicie de 874 hectáreas, todas ellas de pinar, situada a 1.750 metros de altura, frente al Alto del León–, en el verano de 1913 dieron comienzo las obras de construcción, que fueron ejecutadas por la Sociedad Anónima de Construcciones y Pavimentos, bajo la dirección del arquitecto Alfredo Echegaray Romea⁹⁷. El Real Sanatorio de Guadarrama, como dio en llamarse oficialmente el centro, fue inaugurado el 23 de febrero de 1917, con presencia del rey de España y numerosas personalidades de la política y la medicina nacional⁹⁸.

Toda la prensa diaria y profesional hizo grandes alabanzas al doctor Gereda por promover la construcción de tan magnífico sanatorio, que no dudaban en situar entre los más distinguidos de Europa por la calidad de su construcción y su privilegiada situación. A juzgar por las lujosas instalaciones del sanatorio y los excelentes recursos con que fue dotado, existían razones más que fundadas para creerlo así. El doctor Gereda comprendió que la esencia del sanatorio residía en envolver la estancia en él de una atmósfera de confort, lujo y diversión, que hiciera olvidar a los enfermos la verdadera razón por la que se encontraban allí. Inspirado en el modelo de los flamantes y bien organizados sanatorios suizos, el aspecto que ofrecía el Sanatorio de Guadarrama guardaba más parecido con un gran casino o una estación balnearia de moda que con un hospital. El majestuoso edificio, de ochenta y cuatro metros de fachada, constaba de un cuerpo central y dos alas laterales con una altura de cinco pisos, para cuya construcción se utilizó hormigón armado y cemento portland artificial de la marca Iberia.

⁹⁶ Ruiz Albéniz, Victor. “Una gran obra. Real Sanatorio de Guadarrama”. *La Correspondencia de España*, 9 de febrero de 1917; *El Liberal*, 8 de abril de 1915.

⁹⁷ TAF (pseudónimo). “El Sanatorio del Guadarrama”. *España Médica*, 20 de julio de 1913.

⁹⁸ “Inauguración del Real Sanatorio de Guadarrama”. *La Construcción Moderna*, 28 de febrero de 1917.



Fig. 3.25 Anónimo. Publicidad del Real Sanatorio del Guadarrama. Impreso en revista. 1917.

Fuente: *Mundo Gráfico*, 12 de diciembre de 1917.

Visto desde las faldas de la montaña sobre la que se elevaba, el edificio sanatorial tenía un aire de palacete modernista. Su interior estaba dominado por un gran comedor en la planta baja, rodeado todo él por una enorme pared acristalada que permitía una luminosidad intensa y ofrecía el panorama de un paisaje de belleza incomparable⁹⁹. También había en el cuerpo central del edificio diversas salas de recreo y de recibo, todas ellas dotadas con elegante mobiliario y decoradas con distintos elementos artísticos y conjuntos de flores. Como detalle curioso, cabe señalar que la gran sala de fiestas y de música existente en la planta baja del edificio tenía un cinematógrafo que proyectaba, para el entretenimiento de los enfermos, una variada colección de filmes¹⁰⁰.

De las ciento siete habitaciones destinadas a estancia de los pacientes, a las que se podía subir en un magnífico ascensor de caoba, las que eran de lujo disponían de

⁹⁹ En un reportaje publicado en el periódico *La Acción* con motivo de la inauguración de este centro, el reportero autor del mismo afirmaba: “El comedor es una preciosidad. La permanencia en él borra toda idea de que se está en un sanatorio y recuerda los salones elegantes de los *restaurants* más acreditados de las playas veraniegas”. Véase: “Las grandes obras buenas. El Real Sanatorio de Guadarrama”. *La Acción*, 23 de febrero de 1917. Otra crónica se expresaba en términos similares: “El hotel es magnífico. Se parece a uno de los mayores y mejores de Madrid. El comedor nada tiene que envidiar a los del Ritz y Palace Hotel”. Véase: “S.M. el Rey inaugura...”, *op. cit.*

¹⁰⁰ “Inauguración del Real Sanatorio de Guadarrama”. *La Esfera*, 3 de marzo de 1917.

cuarto de baño privado y aparato telefónico (sin bocina, para no perturbar el descanso de los pacientes) a la cabecera de la cama, pudiendo los enfermos comunicarse en todo momento con sus familiares, sin importar el punto de España en que éstos se encontraran y sin necesidad de moverse de su dormitorio, pues el sanatorio poseía su propia central telefónica¹⁰¹. Las habitaciones contaban con una puerta de acceso directo a las galerías de insolación que rodeaban toda la fachada meridional del edificio. Sobre las *chaises longues* que se disponían a lo largo de estas galerías, expuestos al sol de la montaña y embutidos en sus refinados sacos de piel, los enfermos realizaban la cura sanatorial¹⁰².

En cuanto al material y al instrumental científico con que fue dotado el sanatorio, no se escatimó en nada. Una estufa de desinfección era empleada para esterilizar continuamente los objetos y las ropas que se usaban en el centro, al igual que dos máquinas lavaplatos para el servicio de comedor, con las que se efectuaba el fregado, secado y desinfección de la vajilla y los cubiertos utilizados por los pacientes. El centro disponía de un gabinete de rayos X, cámara para reconocimiento de las enfermedades de la garganta, quirófano y laboratorio bacteriológico para la realización de toda clase de operaciones y pruebas médicas. Las medicinas eran facilitadas por las farmacias establecidas en los pueblos inmediatos y en unos pabellones especiales se hallaban instalados los almacenes, las cocheras, la vaquería y la maquinaria del suministro eléctrico y del sistema calefactor. Tres manantiales existentes en la zona dotaban de agua al sanatorio, y se instaló un foso séptico alejado del edificio para la evacuación y depuración de las aguas residuales¹⁰³. También se construyó una línea eléctrica de alta tensión, de cinco kilómetros de extensión, para llevar el fluido desde la línea general a su paso por Becerril hasta el sanatorio¹⁰⁴.

Un total de setenta empleados, entre enfermeros, camareros, cocineros, mecánicos, mozos de limpieza, sirvientas, etc., componían la plantilla del centro, a cuya

¹⁰¹ Ruiz Albéniz, Víctor. “Una gran obra...”, *op. cit.*

¹⁰² “Las grandes obras buenas. El Real Sanatorio de Guadarrama”. *La Acción*, 23 de febrero de 1917. Los sacos de piel fueron especialmente confeccionados para el sanatorio por una distinguida peletería madrileña, establecida en la calle del Carmen, 14. Éstos consistían en “unos sacos cerrados sobre el cuello, con cubierta doble sobre el pecho y una especie de manguito, armado todo con unas guarniciones especiales”. Véase: “S.M. el Rey inaugura el Sanatorio de Guadarrama”. *La Correspondencia de España*, 24 de febrero de 1917.

¹⁰³ “Inauguración del Real Sanatorio de Guadarrama”. *La Construcción Moderna*. 28 de febrero de 1917.

¹⁰⁴ “S.M. el Rey inaugura el Sanatorio de Guadarrama”. *La Correspondencia de España*, 24 de febrero de 1917.

dirección se situó el doctor Gereda, que se rodeó de un conjunto de eminentes tisiólogos para desarrollar su actividad¹⁰⁵. La comunicación con el sanatorio quedó facilitada con la construcción de una carretera propia, que enlazaba con la que unía la capital con los pueblos de Cercedilla y Collado. Asimismo, se instaló un transbordador aéreo para facilitar la llegada al lugar¹⁰⁶. El viaje al sanatorio desde Madrid resultaba bastante cómodo: podía hacerse en automóvil en apenas hora y media, existiendo también la posibilidad de desplazarse en tren hasta cualquiera de las estaciones de los pueblos cercanos, que se localizaban a una distancia de unos siete kilómetros por término medio, y, una vez allí, el ómnibus automóvil del centro se encargaba de transportar a los viajeros hasta la cumbre de la montaña¹⁰⁷.

El Sanatorio de Guadarrama tenía capacidad para asistir un total de ciento cincuenta enfermos. La demanda de plazas, al menos en sus inicios, fue importante. Un suelto de la prensa madrileña informaba de que “aún no se ha inaugurado el edificio y ya el pedido de habitaciones es extraordinario. Solo de La Habana, un Casino español solicita se le reserven a perpetuidad setenta plazas, y en Cercedilla mismo hay más de cuarenta enfermos que esperan anhelantes el día de la inauguración oficial para trasladarse al sanatorio”¹⁰⁸. El precio que había que satisfacer por persona y día en el sanatorio era de 12,50 pesetas. El pago de esta cantidad comprendía el tratamiento médico, los cuidados generales ofrecidos por el personal auxiliar, la alimentación, la luz eléctrica y la calefacción central. A dicha cantidad había que sumar el importe de la habitación, que era de 3,50, 8 o 18 pesetas dependiendo de la categoría de ésta.

3. 2. 4. Los sanatorios antituberculosos populares

No hace falta decir que el precio que había que pagar para ingresar en el Real Sanatorio del Guadarrama, como en cualquier sanatorio privado, era inasequible para los enfermos de las clases populares, que carecían en absoluto de recursos para poder

¹⁰⁵ Ruiz Albéniz, Víctor. “Una gran obra...”, *op. cit.* El doctor Gereda fue director del Real Sanatorio de Guadarrama hasta el 30 de junio de 1918, fecha en que sufrió un fatal accidente de motocicleta que acabó con su vida. Véase: “El doctor Gereda ha muerto”. *El Globo*, 12 de julio de 1918.

¹⁰⁶ Ruiz Albéniz, Víctor. “Una gran obra...”, *op. cit.*

¹⁰⁷ “Las grandes obras buenas. El Real Sanatorio de Guadarrama”. *La Acción*, 23 de febrero de 1917.

¹⁰⁸ Ruiz Albéniz, Víctor. “Una gran obra...”, *op. cit.*

costearse la estancia en uno de estos establecimientos. En el XIV Congreso Internacional de Medicina, celebrado en Madrid en 1903, el doctor Guerra y Cortés, en la conferencia que pronunció ante el resto de congresistas, denunció el estado de desamparo bajo el que se hallaban los tuberculosos madrileños pobres ante la falta de atención por parte de los poderes públicos. El reputado médico manifestaba con indignación que el único centro benéfico de la capital al que podían acudir los enfermos de esta dolencia que se hallaban en fase avanzada era el Hospital Provincial, donde el hacinamiento y la falta de medios para el tratamiento específico de la tuberculosis convertían este lugar en un verdadero matadero¹⁰⁹.

La apertura de sanatorios populares se presentaba ante los higienistas como una necesidad inminente para ofrecer la asistencia que requerían los tuberculosos pobres, quienes en sus humildes viviendas y en sus deprimidas barriadas carecían por completo de los elementos necesarios para recobrar la salud perdida. A pesar de la campaña en pro de la construcción de esta clase de centros que desde temprano emprendió la clase médica madrileña y las asociaciones obreras¹¹⁰, hubo que esperar algunos años hasta que, por fin, en la primavera de 1916, fue inaugurado un sanatorio público para albergar y dar tratamiento gratuitamente a los tuberculosos sin recursos. Este sanatorio, denominado oficialmente Real Sanatorio de Nuestra Señora de las Mercedes, se emplazó en un edificio existente a espaldas de la Casa de Campo, en un terreno perteneciente al antiguo municipio de Húmera.

Si bien se realizaron obras de acondicionamiento en el inmueble y se le dotó de camas, material e instrumental para realizar la cura sanatorial, todo ello bajo la dirección del doctor Verdes Montenegro, este establecimiento presentó una serie de carencias desde sus inicios que llevó a algunos a denunciar que “el Sanatorio de Húmera o Bellas Vistas, no tiene de bello... más que las *vistas*”¹¹¹, pues sus instalaciones resultaban inadecuadas por las reducidas dimensiones de sus habitaciones, la estrechez de sus pasillos y la falta de equipamiento adecuado¹¹².

¹⁰⁹ Guerra y Cortés, Vicente. *La tuberculosis del proletariado en Madrid*. Madrid: Baena Hermanos, 1903, p. 10.

¹¹⁰ Molero-Mesa, Jorge: “«¡Dinero para la Cruz de la vida!»». Tuberculosis, beneficencia y clase obrera en el Madrid de la Restauración”. *Historia social* 39 (2001): 31-48, p. 42.

¹¹¹ J. B.: “Pêle-Mêle”. *Boletín de la Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas* 11 (1916): 39-41.

¹¹² Codina Castellví, José. *El problema social...*, op. cit., p. 159.

Mas la escasez de recursos que presentaba este centro no impidió a sus regentes ofrecer un tratamiento óptimo a los enfermos que ingresaban en él. En la memoria que elaboró el doctor Verdes Montenegro para dar cuenta de los resultados logrados a los doce meses de la inauguración del sanatorio, éste señalaba que “se ha obtenido el 64 por 100 de curaciones, no se ha registrado ningún fallecimiento y los enfermos que han abandonado el sanatorio ya curados están todos trabajando en sus respectivas profesiones, sin que hayan experimentado ninguna novedad”¹¹³.



Fig. 3.26 Anónimo. *El doctor Codina pasando visita en la galería de enfermos.* Fotografía. 1919.

Fuente: “Conferencias para los enfermos en el Sanatorio de Valdelatas”. *Mundo Gráfico*, 29 de enero de 1919.

El 25 mayo de 1917, un año después de la apertura del Sanatorio de Húmera, un nuevo sanatorio antituberculoso para pobres fue inaugurado en las afueras de Madrid: el Real Sanatorio Popular Victoria Eugenia, enclavado en lo alto del monte de Valdelatas. El terreno sobre el que se edificó fue cedido por el Ayuntamiento de Fuencarral y sus condiciones eran inmejorables, tanto por su situación –se hallaba a trece kilómetros de la Puerta del Sol, unido por un ramal a la carretera de Madrid a Colmenar Viejo y cercano a la línea de ferrocarril que conducía a dicho pueblo desde los Cuatro

¹¹³ “La Reina Doña Victoria en el Sanatorio de Húmera”. *El Imparcial*, 14 de abril de 1917.

Caminos—, como por las características naturales que ofrecía el entorno, pues sus tupidos pinares, su elevada altitud, la pureza del aire procedente de la cercana sierra y el silencio campestre allí existente proporcionaban los agentes terapéuticos necesarios para llevar a cabo con éxito la cura sanatorial¹¹⁴.

A diferencia del Sanatorio de Húmera, cuyas instalaciones adolecían de diversos defectos, el Sanatorio de Valdelatas fue construido con gran esmero y dotado de todos los recursos necesarios para desarrollar su actividad en condiciones favorables. El edificio, diseñado por el arquitecto Amós Salvador y Carreras, que realizó su trabajo gratuitamente¹¹⁵, constaba de dos pisos y tenía ciento doce metros de largo. Era todo de ladrillo rojo, adornado con algunos azulejos verdes en frisos y cornisas, y su estilo evocaba reminiscencias del arte mudéjar. La fachada principal se veía recorrida por una



Fig. 3.27 Anónimo. *El doctor Codina pasando visita en la galería de enfermas*. Fotografía. 1919.

Fuente: “Conferencias para los enfermos en el Sanatorio de Valdelatas”. *Mundo Gráfico*, 29 de enero de 1919.

galería de insolación destinada a la cura de los enfermos, cuya baranda de hierro estaba separada por una serie de columnas de ladrillo en las que se distinguía la cruz de la

¹¹⁴ “La campaña antituberculosa. El Sanatorio de Valdelatas”. *La Correspondencia de España*, 25 de mayo de 1917.

¹¹⁵ *Ibíd.*

tuberculosis¹¹⁶. En el piso principal se encontraban las cabinas para el descanso de los enfermos, que eran de dos camas cada una y estaban divididas por estancias intermedias dedicadas a roperos y otros enseres. En total, se contaban en el sanatorio cuarenta dormitorios destinados a albergar ochenta tuberculosos¹¹⁷. Hay que tener en cuenta que, en el momento de su inauguración, el Sanatorio de Valdelatas no mostraba su aspecto completo y definitivo, ya que el plan de conjunto del sanatorio fue desarrollándose a lo largo de los años siguientes, siendo ampliado con la construcción de un pabellón anexo en 1920 y posteriormente con la dotación de nuevo equipamiento sanitario¹¹⁸.

José Codina y Castellvi, nombrado director del Sanatorio de Valdelatas, utilizó este centro para adaptar los últimos avances de la terapia sanatorial practicada en el extranjero a las condiciones climatológicas y sociales de España. El propio doctor Codina lo explicaba así en una entrevista que ofreció a un grupo de periodistas que acudió a conocer el sanatorio:

“Además del tratamiento sintomático por el extracto de opio, bismuto, ergotina, emetina, cloruro de calcio, etc., del tratamiento reconstituyente por medio de la recalcificación y de los tratamientos específicos con inyecciones de bioduro de mercurio, se ha empleado el siguiente tratamiento: en los años 1917-18, tuberculina antigua de Koch, y en 1920-21, vacuna antialfa de Ferrán, tuberculina de Béranek, suero de tortuga (fuerte y débil) y neumotórax. Desde su inauguración hasta el 30 de abril de 1921, se han practicado 7.490 análisis de esputos, 527 de sangre, 190 de orina y 158 análisis de albúmina en esputos”¹¹⁹.

El régimen interior del sanatorio se basaba, como era propio en esta clase de establecimientos, en una estricta disciplina de dieta, descanso y baños de sol. Este ambiente de limpieza, sobrealimentación, reposo, aire puro y luz natural, combinado con actividades como la lectura en la biblioteca del centro, el disfrute de la música que tocaba de cuando en cuando la banda del Colegio de la Paloma y la representación de ligeras obras de teatro por parte de los pacientes de ambos sexos, transmitía a los

¹¹⁶ “Crónicas madrileñas. La Fiesta de la Flor y el Sanatorio de Valdelatas”. *El Imparcial*, 9 de mayo de 1917.

¹¹⁷ *Ibíd.*

¹¹⁸ “Legado caritativo. El Sanatorio de Valdelatas”. *La Acción*, 19 de mayo de 1920.

¹¹⁹ “En el Real Sanatorio de Valdelatas”. *España Médica*, 10 de junio de 1921.

enfermos “un ansia loca por vivir”, según la expresión utilizada por un reportero que se desplazó al centro para comprobar su funcionamiento, el cual añadía:

“Si alguien llegase allí con idea de encontrar gentes demacradas, vacilantes, con esa facies tuberculosa típica de una Dama de las Camelias o de un Chopin, saldría defraudado. Se tose poco, y ninguna escena repugnante impresiona la vista del forastero”. Una estadística elaborada por el doctor Codina demostraba que de los 656 tuberculosos que ingresaron en el sanatorio desde su apertura en mayo de 1917 hasta abril de 1922, 497, es decir, el 75 por 100, salieron recuperados y físicamente aptos para trabajar”¹²⁰.

Dos grandes impedimentos encontraron las instituciones sanatorias populares en los primeros años de su existencia: la falta de plazas para albergar a toda la población tuberculosa que lo demandaba y una financiación basada en donativos aportados por la nobleza y por personas caritativas en general, que condicionaba el mecanismo de ingreso de los enfermos en los sanatorios.

Desde la fecha de su apertura hasta el 30 de abril de 1922, más de la mitad de las solicitudes de ingreso recibidas en el Sanatorio de Valdelatas fueron rechazadas, quedándose sin asistencia 770 tuberculosos de los 1.426 que lo solicitaron¹²¹. Conseguir una cama en un sanatorio antituberculoso, como en cualquier otra institución benéfica de la capital, era una misión casi imposible a no ser que el solicitante estuviera apadrinado por algún miembro de la aristocracia involucrado en actividades caritativas. El problema radicaba en que los donadores de grandes sumas de dinero tenían el privilegio de poseer un número de plazas en los sanatorios, las cuales se asignaban a los enfermos que dichos donadores ordenaban. Esta práctica planteaba un grave perjuicio a la hora de establecer un criterio equitativo con el que pudiera determinarse el ingreso de los tuberculosos en los sanatorios. Margarita Nelken escribió un interesante artículo en el otoño de 1936, en plena batalla por la defensa de Madrid, que refería con fidelidad el mecanismo de acceso a los centros sanatorios:

¹²⁰ “De la lucha antituberculosa. El Sanatorio de Valdelatas”. *Alrededor del Mundo*, 3 de junio de 1922.

¹²¹ *Ibíd.*

“¿Recordáis lo que sucedía hace no mucho tiempo, cuando un joven empezaba a sentirse enfermo del pecho? Su madre, según la frase consagrada, echaba una solicitud para uno de los sanatorios antituberculosos. Pasaba el tiempo. Al cabo de bastante paciencia, la madre se decidía a escuchar los consejos de las vecinas: buscaba una buena recomendación, con preferencia de alguna señora con título de nobleza. La señora con título de nobleza se informaba, por mediación del señor cura párroco y de las damas caritativas, de la conducta del enfermo y de sus familiares, o sea de su asiduidad en cumplir con la santa madre iglesia, de la legitimidad del nacimiento del enfermo, de la del matrimonio de sus padres y, por supuesto, de la *sanidad* de sus ideas. [...] Pasaba el tiempo. Volvía a pasar bastante tiempo. La enfermedad se iba agravando. A veces, con suerte, con mucha, mucha suerte, se lograba, por fin, el ingreso del enfermo en Húmera o en Valdelatas. Y algunas veces, la suerte era tan grande, que el ingreso no llegaba demasiado tarde...”¹²².

El problema del favoritismo y todas las trabas derivadas de no poseer la gracia de alguna dama linajuda para poder tener acceso a los sanatorios, se solventaron tras la proclamación de la Segunda República. Las nuevas autoridades sanitarias, como señalábamos arriba, extinguieron las instituciones caritativas de la aristocracia y racionalizaron la red asistencial antituberculosa, encomendando la organización y la financiación de los dispensarios y los sanatorios a las instituciones estatales y municipales. La admisión de enfermos en los sanatorios antituberculosos pasó entonces a realizarse por riguroso turno de instancia, y desde septiembre de 1934, en virtud de una orden dada por el Ministerio de Trabajo, Sanidad y Previsión, se estableció que el ingreso de los enfermos en los establecimientos sanatoriales fuera regulado por los dispensarios antituberculosos.

Esta medida obedecía al propósito de dar prioridad y acelerar la entrada a tres clases de enfermos: aquellos que, por la fase en que se encontraban, contaban con mayores probabilidades de beneficiarse prontamente del tratamiento; los que, por su situación económica, no podían subvenir a los gastos médicos para curarse; y, por último, los tuberculosos que representaban un peligro mayor para sus convivientes y, en

¹²² Nelken, Margarita. “El Sanatorio de la Ciudad Universitaria”. *Estampa*, 7 de noviembre de 1936.

general, para la sociedad, como podían ser los enfermos con familia numerosa o los que trabajaban en talleres con gran número de trabajadores. También se concedía turno preferente de ingreso en los sanatorios a los maestros, al personal facultativo y a los auxiliares sanitarios que se hubieran contagiado en el ejercicio de su profesión¹²³.

En cuanto a la financiación de las instituciones sanitarias antituberculosas, hasta 1931 ésta se había llevado a cabo esencialmente por medio de las aportaciones obtenidas a través de movimientos benéficos, el principal de los cuales era la llamada Fiesta de la Flor. Con este simpático nombre se designaba una colecta promovida por médicos famosos y señoras de la nobleza, celebrada por primera vez el tres de mayo de 1913 y a partir de esa fecha con carácter anual¹²⁴, en la que unas cuantas señoritas, engalanadas con mantillas y mantones de Manila, recorrían sonrientes las calles de Madrid solicitando un donativo a los transeúntes, a cambio del cual colocaban a quienes colaboraban una florecilla en la solapa de su vestimenta. Aunque la recaudación conseguida en las colectas de la Fiesta de la Flor era importante –con el producto de las primeras celebraciones pudo financiarse la construcción de los sanatorios de Húmera y Valdelatas¹²⁵–, lo cierto es que este tipo de actos degeneraban en un espectáculo frívolo y superficial, en el que solo parecía importar “hacerse piroppear y deambular desenfadadamente por las calles”¹²⁶, aparte de la privación que suponía para las

¹²³ “Orden del Ministerio de Trabajo, Sanidad y Previsión”. *Gaceta de Madrid. Diario Oficial de la República*, 8 de septiembre de 1934.

¹²⁴ Pulido, Ángel. *La tuberculosis...*, op. cit., p. 36. La aportación de 100.000 pesetas anuales por parte del Estado, de cuya cantidad más de la mitad se quedaba en Madrid, resultaba insuficiente para mantener la actividad de las instituciones antituberculosas españolas, con lo que el recurso a las colectas caritativas se convirtió en el principal medio para el sustento de dichas instituciones. Véase: Molero Mesa, Jorge (Comp.). *Estudios médico-sociales sobre la tuberculosis en la España de la Restauración*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo, 1987, p. 27.

¹²⁵ Verdes Montenegro, José. *Deficiencias...*, op. cit., p. 57.

¹²⁶ Nelken, Margarita. “El Sanatorio...”, op. cit.. Las críticas contra la celebración de la Fiesta de la Flor se dejaron oír desde el primer momento de su celebración por parte de diversos sectores de la sociedad. En una popular revista madrileña, un conocido articulista escribía: “[La Fiesta de la Flor] no se hace por emoción, por sentimentalidad, por espíritu de justicia, por modestia, por necesidad del corazón dolorido y educado de tantas desgracias en torno. Al contrario, se hace por vanidad de dar y pedir, por frivolidad, por inconsciencia. Estas fiestas no hacen ningún bien, primero, en el orden moral, porque deseducan corazones en vez de educarlos, errando el sentido de la caridad, halagando vanidades, haciendo que queden satisfechas ciertas conciencias que no pueden quedarlo con eso; y, segundo, en el orden material, porque no logran ni una millonésima parte de su objeto”. Véase: Sánchez Díaz, Rafael. “Evolución de la caridad. La Fiesta de la Flor”. *Nuevo Mundo*, 11 de diciembre de 1913. Por su parte, las organizaciones obreras también rechazaron la celebración de la Fiesta de la Flor, entendiendo la caridad de las damas adineradas como una forma de deprecio de clase. Véase: Molero-Mesa, Jorge: “«¡Dinero para la Cruz de la vida!»...”, op. cit., pp. 42-47.

instituciones antituberculosas que su sostenimiento económico dependiera de los recursos obtenidos mediante la caridad.

Esta cuestión fue solucionada en 1931, tras la reorganización de los servicios antituberculosos por parte de las nuevas autoridades republicanas. Dichos servicios, al quedar integrados dentro de la Dirección General de Sanidad del Ministerio de Gobernación, pasaron a estar sostenidos por el erario público, si bien las aportaciones obtenidas mediante la beneficencia no dejaron de representar una fuente de financiación más tras el cambio de régimen político. De esta forma se aseguraba una situación de mayor estabilidad y se garantizaba la viabilidad y el mantenimiento de las instituciones sociales y sanitarias dedicadas a combatir la peste blanca.

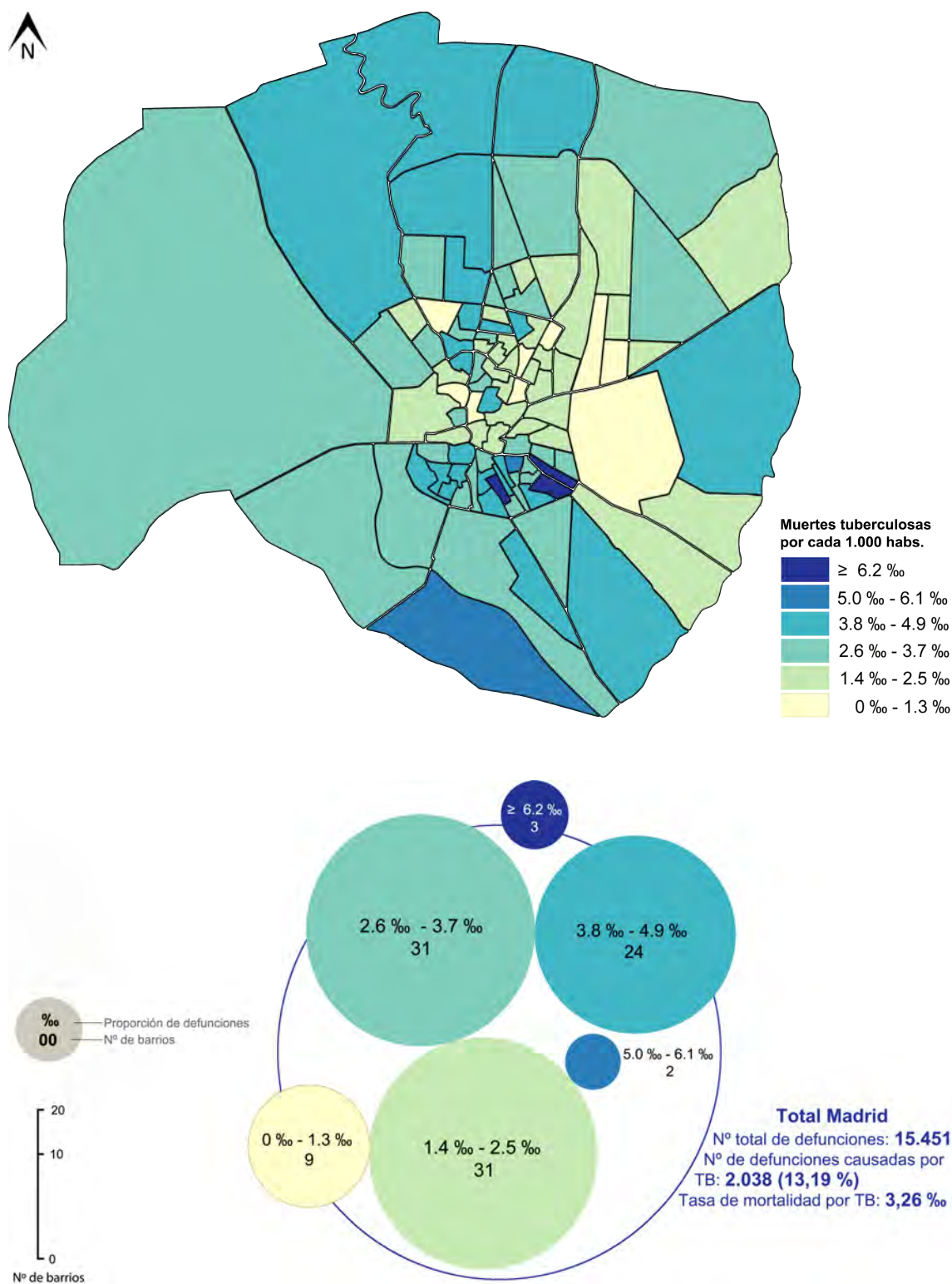
3. 2. 5. Resultados de la lucha antituberculosa

En su discurso de ingreso en la Academia Nacional de Medicina, el doctor Verdes Montenegro afirmaba que los avances logrados en la defensa sanitaria contra la tuberculosis en España, desde que a principios del siglo XX comenzaron los primeros ensayos de organización antituberculosa, hasta el año 1935, cuando tomaba posesión de su sillón de académico, habían sido extraordinarios¹²⁷. El caso de Madrid demuestra claramente el aserto del acreditado tisiólogo, pues gracias a los esfuerzos que los médicos higienistas, los filántropos y las instituciones municipales y sanitarias realizaron para combatir la peste blanca, la tasa de mortalidad tuberculosa de la capital descendió de 3,54 defunciones por cada 1.000 habitantes registradas en 1905 a 2,27 en 1929.

No cabe duda que la lucha sanitaria sistematizada contra la tuberculosis, cuya estrategia más exitosa demostró ser la creación de una red de dispensarios y sanatorios dedicados a ofrecer asistencia a la población enferma de escasos recursos, fue fundamental para lograr esta mejora. Ahora bien, a la hora de explicar los avances conseguidos, no hay que perder de vista la influencia que el medio social jugaba en el desarrollo de la tuberculosis, pues como había quedado patente en todas las investigaciones médicas, factores como la vivienda, la dieta y las condiciones de trabajo

¹²⁷ Verdes Montenegro, José. *Deficiencias...*, *op. cit.*, pp. 11-12.

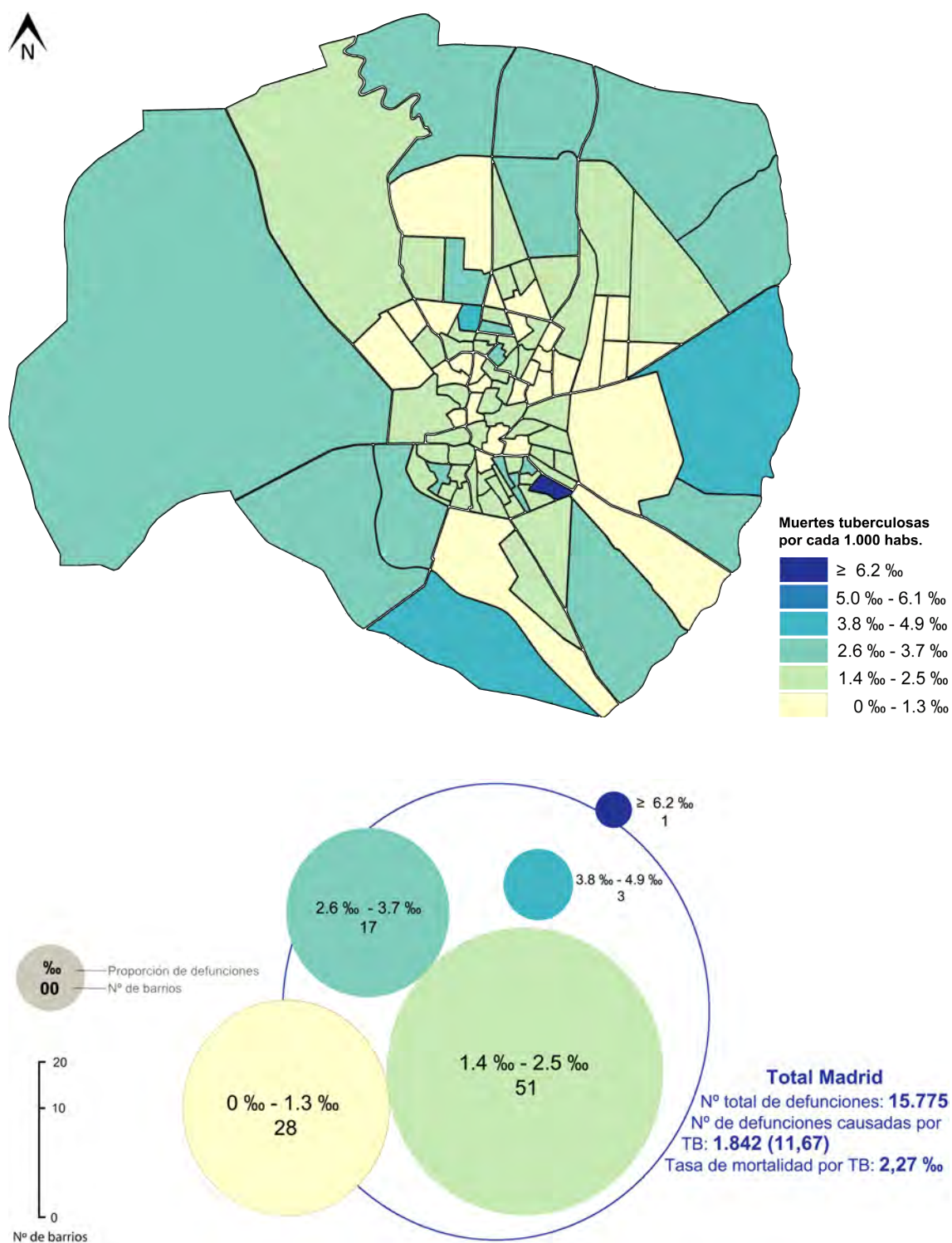
Fig. 3.28 Distribución por barrios de la mortalidad tuberculosa* en Madrid, 1915



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística Demográfica. Año 1915. Resumen general*. Madrid: Imp. Municipal, 1916.

* *Nota:* Se consigna la mortalidad causada por tuberculosis de todas las clases.

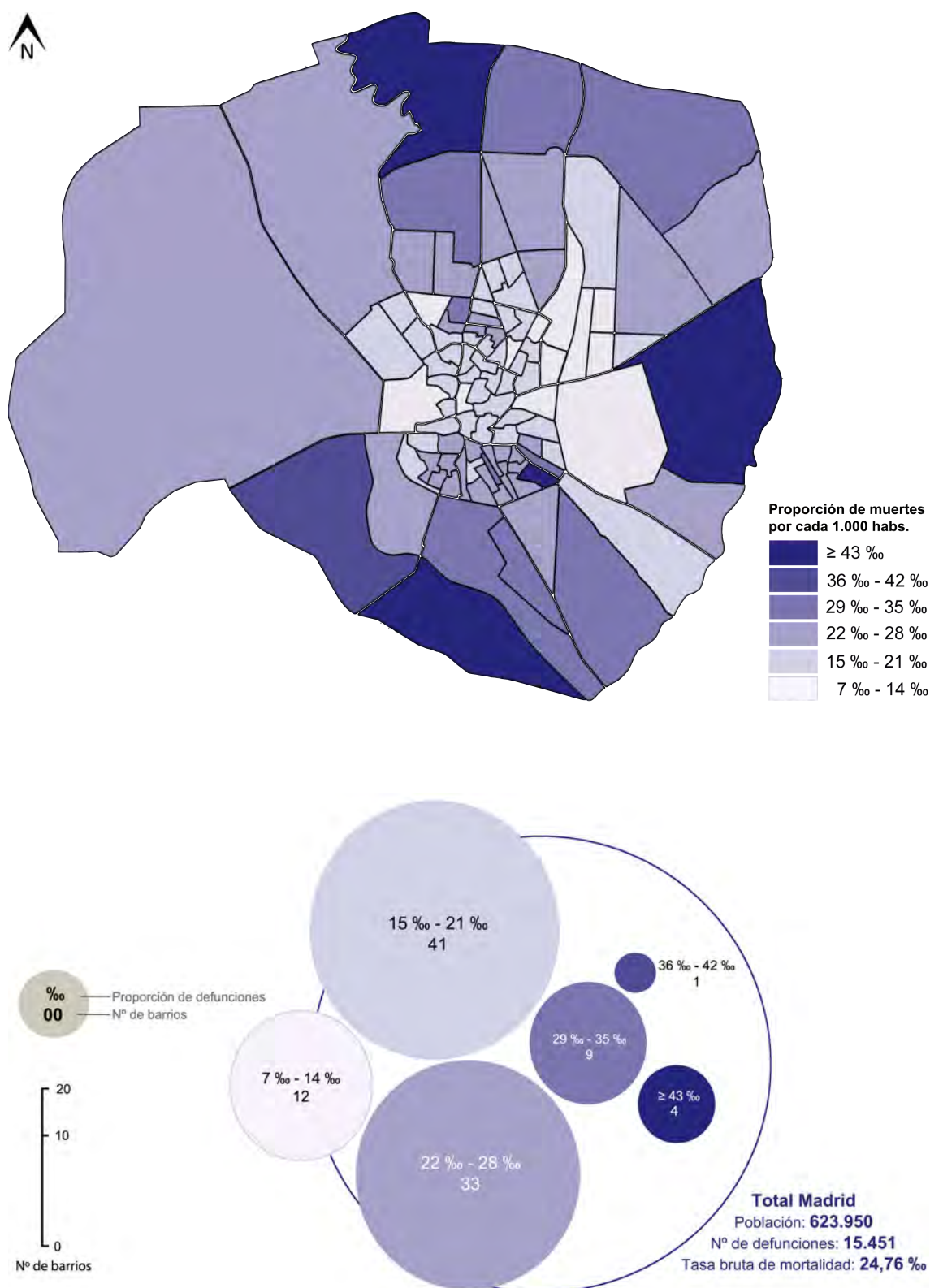
Fig. 3.29 Distribución por barrios de la mortalidad tuberculosa* en Madrid, 1929



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica. Año 1929*. Madrid: Imp. Municipal, 1930.

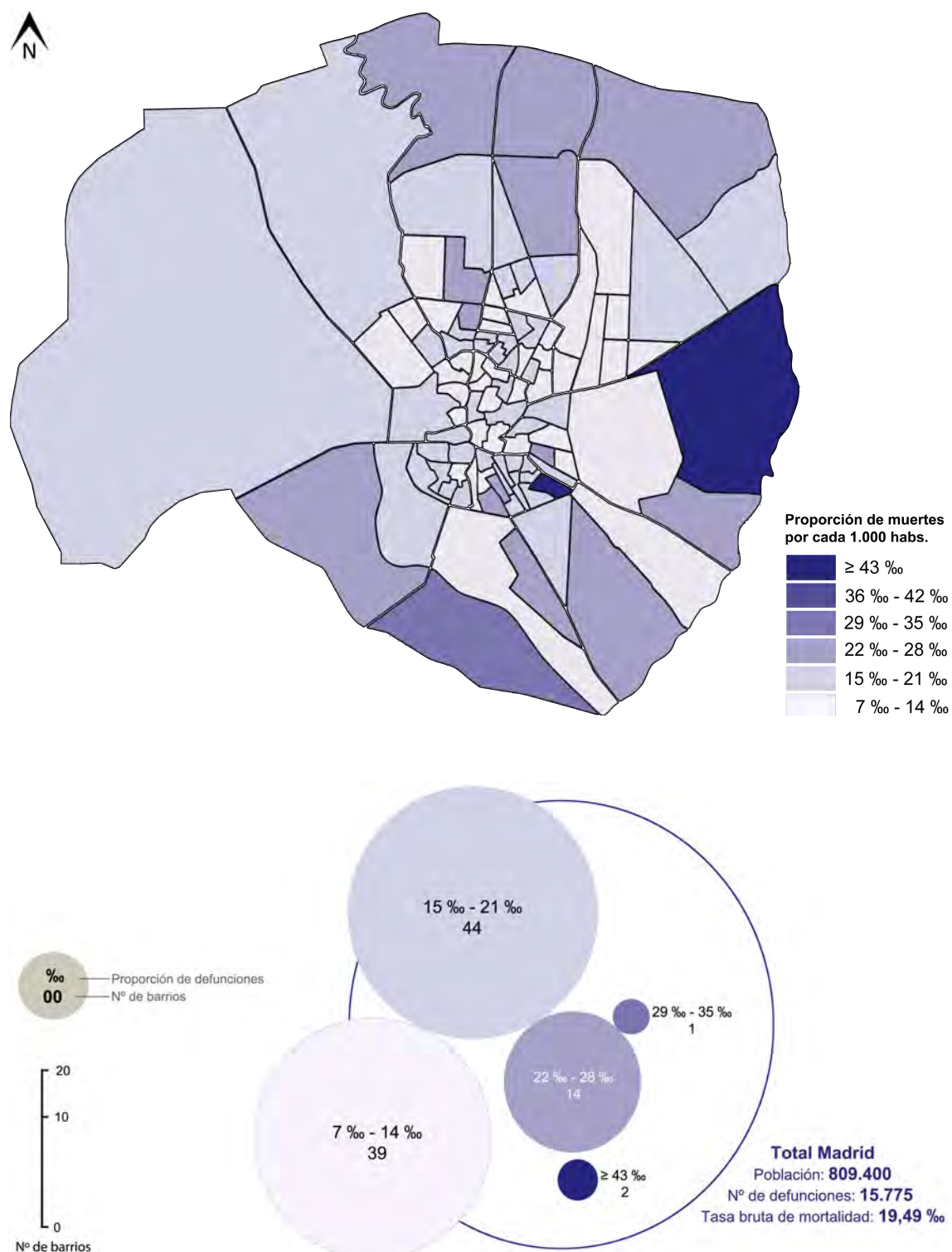
* *Nota:* Se consigna la mortalidad causada por tuberculosis de todas las clases.

Fig. 3.30 Distribución por barrios de la mortalidad general en Madrid, 1915



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística Demográfica. Año 1915. Resumen general*. Madrid: Imp. Municipal, 1916

Fig. 3.31 Distribución por barrios de la mortalidad general en Madrid, 1929



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica. Año 1929*. Madrid: Imp. Municipal, 1930.

inflúan directamente en la difusión de la enfermedad tuberculosa y en la letalidad que ésta podía alcanzar. Por tanto, la marcha descendente que sigue la curva de la mortalidad tuberculosa en Madrid durante el primer tercio del siglo XX ha de contemplarse no solo como resultado de la acción médico-sanitaria, sino también como una consecuencia de la mejora generalizada de las condiciones de vida de la población y de la implantación de medidas políticas encaminadas a sanear la urbe.

Esto puede apreciarse con mayor precisión a través de la cartografía que representa la distribución de la mortalidad tuberculosa por barrios durante el periodo analizado. Si tomamos como referencia el número de barriadas que registraban unas tasas de defunciones causadas por tuberculosis superiores a la media de la ciudad, vemos que en 1905 un total de 40 barrios se hallaban por encima de dicha media, establecida en el indicado año en 3,54 fallecimientos por cada 1.000 habitantes. Una década después, en 1915, la situación permanecía similar, siendo 39 los barrios cuyas tasas superaban la mortalidad tuberculosa media de 3,26 por 1.000. Pero en 1929 el bajón experimentado con relación a los años anteriores deja ver la aparición de una novedad importante: únicamente 27 barrios del total de 100 registraban unas tasas superiores a la media madrileña, fijada en 2,27 muertes por cada 1.000 habitantes. También se observa el cambio de escenario en el aumento del número de barrios que pasaron a situarse bajo unas proporciones de defunciones tuberculosas muy bajas (entre 0 ‰ y 1,3 ‰): mientras que en 1905 tan solo se contaban seis barrios bajo estas proporciones, en 1915 pasaron a ser nueve y en 1929 la cifra subió a 28 barrios (ver figs. 3.28 y 3.29).

Al considerarse la posición económica de las familias como un factor decisivo en el contagio de la tuberculosis y en el fallecimiento a causa de ello, el descenso registrado en la mortalidad tuberculosa que revelan estos resultados pone de manifiesto la mejora de los niveles de vida de la población y la importante transformación social que tuvo lugar durante este periodo. No solo es que la tasa de mortalidad tuberculosa del conjunto de la urbe descendiera, sino que las diferencias sanitarias existentes entre los distintos espacios de la ciudad se redujeron notablemente, lográndose de este modo que el disfrute de una buena salud empezara a dejar de ser un privilegio reservado a unos pocos, tal como sucedía a comienzos de siglo, para que sectores cada vez más amplios de la población gozaran de un mayor grado de bienestar, al tiempo que la tuberculosis, aun cuando seguía siendo un morbo temible, dejaba de tener la gravedad y la potencia mortífera que hasta entonces la había caracterizado.

Parte II

La transformación del mercado de trabajo

Capítulo 4. El desplome del artesanado madrileño

“El señor Ignacio, maestro de obra prima, había tenido necesidad, por falta de trabajo, de abandonar la lezna y el tirapié para dedicarse a las tenazas y a la cuchilla; de crear, a destruir; de hacer botas nuevas, a destripar botas viejas. El contraste era duro; pero el señor Ignacio podía consolarse viendo a su vecino, el de El león de la zapatería, que sólo de pascuas a ramos tenía alguna mala chapuza que hacer”.

Baroja Nessi, Pío. *La busca*. Madrid: Fernando Fe, 1904, p. 39.

4. 1. La edad de oro de las obras públicas

En las décadas centrales del siglo XIX, la ciudad de Madrid llevó a cabo un ambicioso plan de obras públicas y operaciones urbanísticas destinado a solventar los grandes problemas que venía lastrando desde finales de la centuria anterior. Mientras los principales centros urbanos del panorama internacional se hallaban inmersos en un profundo proceso de modernización impulsado por los adelantos de la industria y la tecnología, la capital española parecía estar adormecida y ser incapaz de despertar a la vida moderna. Este estancamiento de la urbe madrileña obedecía esencialmente a tres factores. Primero, la alarmante escasez de aguas tanto para el uso productivo como para el consumo de sus habitantes. Segundo, los impedimentos para el desarrollo industrial debido a la ausencia de fuentes de materias primas en su entorno geográfico próximo y al costoso acceso a ellas por lo complicado de las comunicaciones. Por último, la imposibilidad de expansión urbana a causa de las tapias que circundaban todo el perímetro de la ciudad y obligaba al vecindario a vivir en un estado de hacinamiento e insalubridad permanente.

La intervención a gran escala en estos tres frentes permitió desdibujar el oscuro porvenir al que Madrid parecía estar abocado y esbozar un horizonte de optimismo,

pues con ella se fijaron los pilares para su modernización. Ahora bien, el despliegue de recursos y la movilización de mano de obra que conllevó la puesta en marcha de estas grandes infraestructuras, así como el nuevo estado de cosas que se impuso tras la inauguración de las mismas, provocó una serie de cambios de alcance insospechado en la estructura económica y en el mercado laboral de la sociedad madrileña, los cuales culminarían con el resquebrajamiento del tradicional mundo de los oficios y la formación de la clase jornalera.

4. 1. 1. La traída de aguas

A la altura de 1850, el abastecimiento de agua potable en Madrid continuaba realizándose a través de los llamados viajes de agua, empleados desde época medieval. Consistían éstos en un complejo sistema de captación y conducción del agua subterránea mediante una serie de pozos y galerías, que la transportaban desde las afueras de la ciudad hasta unos depósitos establecidos en el casco urbano, para posteriormente distribuirla a las fuentes de uso privado existentes en el palacio real, en las casas de las familias nobles y en los conventos, y a las fuentes situadas en las plazas públicas, de donde se surtía el vecindario¹.

Las limitaciones que presentaba este sistema de abastecimiento empezaron a advertirse desde principios del siglo XIX. El incremento demográfico que la capital comenzó a registrar a partir de entonces y el consiguiente aumento de la demanda de agua acentuó la insuficiencia del abastecimiento, y así, en 1850, cuando Madrid pasaba los 230.000 habitantes², el caudal diario de agua con que contaba la ciudad era de unos 2.000 metros cúbicos, representando una dotación de 10 litros por habitante al día³.

La escasez que revelan estas cifras y la imposibilidad de mejorar la situación sirviéndose del antiguo procedimiento de los viajes, puesto que las reservas acuíferas subterráneas se mostraban insuficientes para satisfacer las necesidades de una población en pleno crecimiento, fue el principal motivo que llevó a plantear la necesidad de crear un sistema alternativo de suministro de agua potable. La única solución factible pasaba

¹ Candela Soto, Paloma. *Más Que Agua y Piedra: El Patrimonio Histórico Del Canal de Isabel II*. Madrid: Canal de Isabel II, 2009, p. 27. Sobre el origen de los viajes de agua, véase: Pavón Maldonado, Basilio. *Tratado de arquitectura hispanomusulmana. I Agua*. Madrid: CSIC, 1990.

² Carbajo Isla, María F. *La población de la villa de Madrid. Desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1987, pp. 165-225.

³ De Aguinaga, Ramón. *Canal de Isabel II: años 1911 y 1912. Memoria sobre el estado de los diferentes servicios*. Madrid: Imprenta Municipal, 1912, p. 5.

por la construcción de un canal que permitiera transportar las aguas que llevaban los ríos distanciados a decenas de kilómetros de la urbe hasta su mismo centro.

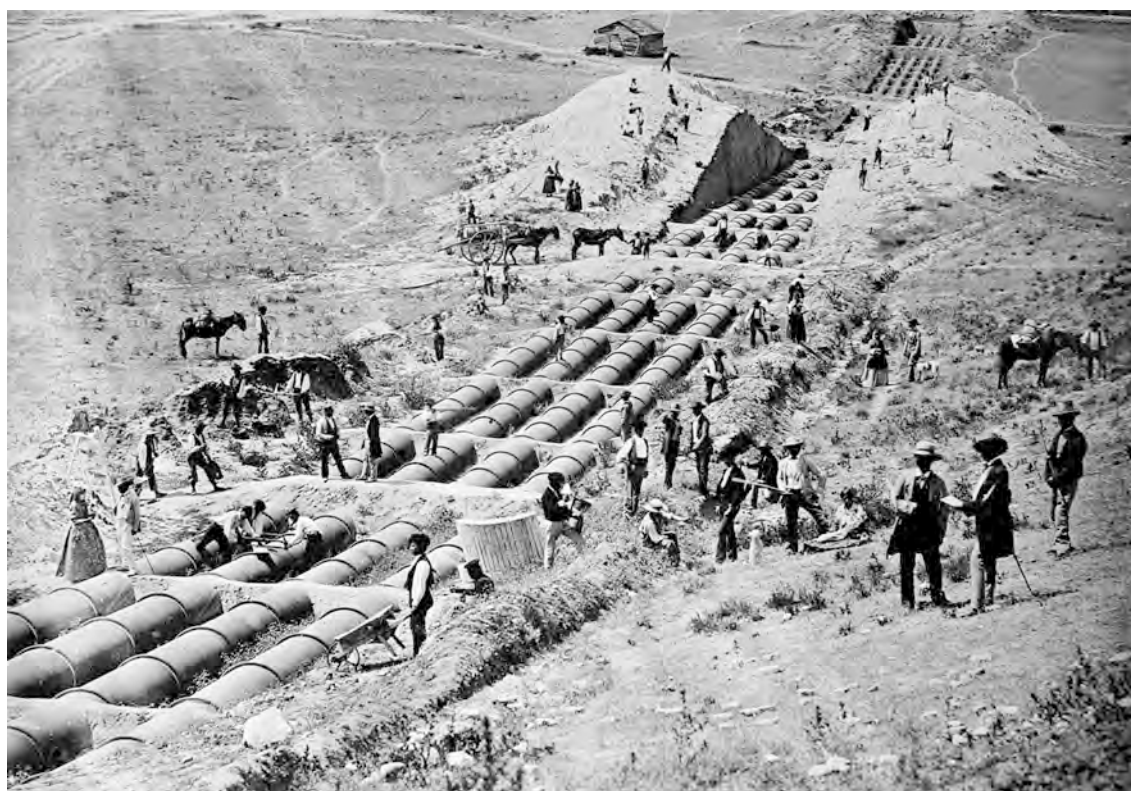


Fig. 4.1. Detalle de los trabajadores que aparecen retratados en: Clifford, Charles. *Canal del Lozoya - Sifón del Bodonal*. Fotografía. 1855.

Fuente: Archivo Ruiz Vernacci, Instituto del Patrimonio Cultural de España. N.º de ref.: VN-03257.

A este fin fueron nombradas distintas comisiones de ingenieros y expertos en la materia, los cuales presentaron diversos proyectos que acabarían siendo desechados debido a las dudas que su viabilidad suscitaba⁴. Finalmente, en marzo de 1848, Juan Bravo Murillo, ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas, comisionó a los ingenieros Juan Rafo y Juan de Ribera y Piferrer para que estudiaran este problema y elaboraran un nuevo proyecto que lograra resolverlo satisfactoriamente. Después de nueve meses de trabajo, los citados ingenieros publicaron una detallada memoria, acompañada de numerosos planos y mediciones de todo tipo. En ella se proponía la

⁴ Véase como ejemplo: Barra, Francisco Javier. *Proyecto y memoria de don Francisco Xavier Barra, Comisario de Caminos y Canales sobre la conducción de aguas á Madrid*. Madrid: Imprenta Real, 1832; Barra, Francisco Javier. *Apéndice al proyecto y memoria de don Francisco Javier Barra sobre la conducción de aguas á Madrid*. Madrid: Imprenta Real, 1834.

construcción de una gran presa emplazada en el término de la Sierra de Ayllón denominado Pontón de la Oliva, que permitiría embalsar las aguas del río Lozoya y desde allí conducir las hasta Madrid a través de un único canal⁵.

El proyecto de Rafo y Ribera convenció por su solidez tanto a los estudiosos como a las autoridades, y en junio de 1851 se dictó el Real Decreto por el que se establecía la construcción del canal, al cual se dio el nombre de Isabel II en honor a la reina. Las obras arrancaron ese mismo verano de 1851 y se prolongaron por un periodo de siete años, constituyendo uno de los mayores hitos de la ingeniería hidráulica en Europa⁶.

La conducción de aguas a Madrid desde el río Lozoya supuso un esfuerzo titánico y un despliegue de recursos humanos, económicos y materiales sin precedentes. De la magnitud de la empresa da buena muestra tanto el presupuesto inicial, que se calculó en de 80 millones de reales, como el precio final de todo el proyecto, que ascendió a la astronómica cifra de 211 millones de reales, cuya cantidad fue satisfecha mediante la financiación conjunta del Gobierno central, el Ayuntamiento de Madrid y la suscripción de empréstitos con capital privado⁷.

El arduo trabajo que ya de por sí exigía la construcción de presas, acueductos, sifones, puentes, depósitos, acequias, carreteras y todas las infraestructuras necesarias para asegurar el funcionamiento del canal a lo largo de sus 77 kilómetros de recorrido, se vio intensificado por lo accidentado de la orografía, la cual representó una complicación añadida al peliagudo desarrollo de las obras. La naturaleza faraónica de éstas requería la presencia de grandes contingentes de trabajadores para sacarlas adelante, y así, para la construcción de la presa del Pontón de la Oliva y el trecho más dificultoso de canal, fue necesario movilizar dos mil presidiarios, la mayoría de ellos prisioneros de la guerra carlista a los que se conmutó las penas impuestas mediante trabajos forzados⁸. Esta mano de obra presidiaria se unió al total de dos mil quinientos

⁵ Rafo, Juan y De Ribera, Juan. *Memoria sobre la conducción de aguas á Madrid, formada en cumplimiento de la real orden de 10 de marzo de 1848, con arreglo á las instrucciones dadas*. Madrid: La Publicidad, a cargo de D. M. Rivadeneyra, 1849.

⁶ Douglas, Ian. *Cities: An Environmental History*. Londres: I.B. Tauris, 2013, p. 117.

⁷ Rueda Laffond, José Carlos. *El agua en Madrid: datos para la historia del Canal de Isabel II, 1851-1930*. Madrid: Fundación Empresa Pública, 1994.

⁸ González Reglero, Juan José. "Los presidiarios en las obras del Canal". Espinosa Romero, Jesús y González Reglero, Juan José. *1851. La creación del Canal de Isabel II. La empresa*. Madrid: Fundación Canal de Isabel II, 2001, pp. 237-322.

obreros que se emplearon para realizar los trabajos de traída de aguas a Madrid⁹.

En junio de 1858 concluyeron las obras de construcción del Canal de Isabel II, y el día 24 de ese mes y año las aguas del Lozoya llegaban hasta el primer depósito, construido en el Campo de Guardias, al norte de la ciudad. Los ingenieros encargados de su ejecución adaptaron las dimensiones del canal para que permitieran el paso por él de hasta 4.000 litros por segundo, dando a la capital una capacidad de abastecimiento de 23.240 metros cúbicos por día, cantidad once veces superior de la que se disponía apenas siete años atrás¹⁰. Con ello no solo se aseguraba sobradamente el suministro diario para la población madrileña y el agua necesaria para el riego urbano, la limpieza de las calles y el alcantarillado, sino que también, y sobre todo, se garantizaba el crecimiento futuro de Madrid, tanto en términos demográficos como económicos.

4. 1. 2. La llegada del ferrocarril

El 9 de febrero de 1851, unos meses antes de que se pusiera la primera piedra del Canal de Isabel II, tuvo lugar la inauguración de la línea ferroviaria entre Madrid y Aranjuez. Las causas que determinaron que el primer ferrocarril madrileño se dirigiera a la localidad de Aranjuez fueron, por un lado, el propio interés que tenía la monarquía en unir las dos residencias reales más importantes, cuyo interés ya se advirtió bajo el reinado de Carlos III con la construcción del camino de ruedas de Madrid a Aranjuez¹¹; y por otro, la búsqueda de una futura apertura de la capital hacia los puertos del Mediterráneo, pues la construcción de una línea férrea hasta la costa levantina resultaba menos complicada desde el punto de vista de las dificultades del terreno si se partía desde el Real Sitio¹².

La construcción del tramo de línea férrea entre Madrid y Aranjuez estuvo estrechamente vinculada a la figura de José de Salamanca y Mayol. Valiéndose de su ascendiente como importante hombre de negocios y de las relaciones que guardaba con

⁹ La relación detallada de la mano de obra empleada al comienzo de la construcción del Canal en: *Memoria sobre el estado de las obras en 31 de diciembre de 1853*. Madrid: Imprenta, fundición y librería de don Eusebio Aguado, 1854.

¹⁰ De Aguinaga, Ramón. *Canal de Isabel II...*, op. cit., p. 8

¹¹ Madrazo, Santos. *El sistema de comunicaciones en España, 1750-1850: La red viaria*. 2 vols. Madrid: Turner-Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 1984, vol. 1.

¹² Pascual Domenech, Pere. *Los caminos de la era industrial. La construcción y financiación de la Red Ferroviaria Catalana (1843-1898)*. Barcelona: Edicions Universitat de Barcelona, 1999, p. 25.

la clase gobernante y la corte isabelina, en 1845 el marqués de Salamanca consiguió la concesión de la línea entre la capital española y Aranjuez, la cual había sido otorgada años atrás al ingeniero-cartógrafo Pedro de Lara y Meliá, si bien éste no pudo nunca llegar a poner en práctica su proyecto, que acabó muriendo con él¹³. Tras encargar un estudio técnico a un equipo de ingenieros y constituir una sociedad formada por capitalistas españoles y británicos, denominada Empresa del Camino de Hierro de Madrid a Aranjuez, las obras de construcción de los 49 kilómetros de vía ferroviaria dieron comienzo el 4 de mayo de 1846, empleándose en su ejecución 7.000 jornaleros, además de artesanos especializados en distintos oficios y del personal técnico¹⁴.



Fig. 4.2. Clifford, Charles. *Construcción del Puente de los Franceses sobre el río Manzanares en la línea norte*. Fotografía. 1859.

Fuente: Museo de Historia de Madrid.

Los trabajos de construcción del ferrocarril a Aranjuez fueron suspendidos en diciembre de 1847, cuando el marqués de Salamanca fue acusado ante las Cortes por un

¹³ Yanci González, María Pilar. *Los accesos ferroviarios a Madrid: su impacto en la geografía urbana de la ciudad*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1977, p. 34.

¹⁴ *Memoria leída en la junta general de accionistas del Camino de Hierro de Madrid a Aranjuez*. Madrid: Imprenta de La Publicidad, 1847, p. 20.

grupo de parlamentarios vinculados al Gobierno de haberse valido de su nombramiento como ministro de Hacienda, cargo que ostentó entre marzo y octubre de ese mismo año, para beneficiar sus negocios particulares en detrimento de las arcas públicas. Estas acusaciones provocaron un escándalo mayúsculo de corrupción política y financiera, que acabó con el marqués de Salamanca exiliado en Francia y la consiguiente paralización de su negocio ferroviario. Trece meses después, José de Salamanca fue amnistiado por la reina y regresó España, logrando reunir misteriosamente, en un corto espacio de tiempo, el capital necesario para reanudar su proyecto de ferrocarril al Real Sitio. Las obras se reiniciaron en febrero de 1850 y finalizaron al año siguiente¹⁵.

Una vez en funcionamiento, la línea férrea entre Madrid y Aranjuez no tardó en adquirir importancia como medio de transporte de viajeros y de mercancías entre la capital y las principales poblaciones situadas al sur de ella por las que discurría (la línea contaba con un total de cuatro estaciones intermedias, situadas en Getafe, Pinto, Valdemoro y Ciempozuelos¹⁶). Sin embargo, tendría que pasar algo más de una década hasta que, en 1864, se inaugurara una línea ferroviaria que conectara Madrid con el norte industrial de España y, cruzando la frontera francesa, llegara hasta las principales poblaciones europeas. Fue entonces cuando la fuerza transformadora del ferrocarril comenzó a dejarse sentir plenamente en la sociedad y la economía madrileñas¹⁷.

¹⁵ López-Morell, Miguel Ángel. "Salamanca y la construcción del ferrocarril de Aranjuez". Benegas, Manuel, Matilla, María J. y Polo, Francisco (coords.). *Ferrocarril y Madrid: historia de un progreso*. Madrid: Ministerio de Fomento, Ministerio de Educación, Fundación de los Ferrocarriles Españoles, 2002, pp. 13-44, p. 14

¹⁶ Wais, Francisco. *Historia de los ferrocarriles españoles*. Madrid: Editora Nacional, 1974, p. 113.

¹⁷ Una interesante reflexión a propósito de este aspecto la encontramos en la obra de Pérez Galdós. En el último libro de la cuarta serie de los *Episodios nacionales*, escribía don Benito a modo de loa: "¡Oh ferrocarril del Norte, venturoso escape hacia el mundo europeo, divina brecha para la civilización!... Bendito sea mil veces el oro de judíos y protestantes franceses que te dio la existencia; benditos los ingeniosos artificios que te abrieron en la costra de la vieja España, hacinando tierras y pedruscos, taladrando los montes bravíos y franqueando con gigantesco paso las aguas impetuosas. Por tu horrenda senda corre un día y otro el mensajero incansable, cuyo resoplido causa espanto a hombres y fieras, alma dinámica, corazón de fuego... Él lleva y trae la vida, el pensamiento, la materia pesada y la ilusión aérea, conduce los negocios, la diplomacia, las almas inquietas de los laborantes políticos y las almas sedientas de los recién casados; comunica lo viejo con lo nuevo; transporta el afán artístico y la curiosidad arqueológica; a los españoles lleva gozosos a refrigerarse en el aire mundial, y a los europeos trae a nuestro ambiente seco, ardoroso, apasionado. Por mil razones te alabamos ferrocarril del Norte, y si no fuiste perfecto en tu organización, y en cada viaje de ida o regreso veíamos faltas y negligencias, todo se te perdona por los inmensos beneficios que nos trajiste, ¡oh grande amigo y servidor nuestro, puerta del tráfico, llave de la industria, abertura de la ventilación universal y respiradero por donde escapan los densos humos que aún flotan en el hispano

Para hacerse idea de la intensidad que adquirió el nuevo medio de transporte en sus primeros años de expansión, basta señalar que en el decenio 1856-1865 se abrieron al tráfico 4.635 kilómetros de vías férreas, cifra que decuplicaba el número de kilómetros de trazado ferroviario existente en todo el país hasta 1855, cuando fue promulgada la Ley General de Ferrocarriles¹⁸. Dicha ley aceleró notablemente el desarrollo de la red viaria española, al facilitar mediante concesiones estatales la creación de las dos grandes empresas ferroviarias de España, la Compañía de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante (MZA) y la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España (Norte). Estas compañías fueron fundadas en 1856 y 1858 respectivamente, con capital del marqués de Salamanca, de la banca Rothschild y de la sociedad de crédito francesa Gran Central en el caso de la MZA, y mediante la financiación de la sociedad anónima crediticia franco-española Crédito Mobiliario Español y los banqueros franceses Pereire en el caso de Norte¹⁹.

El desarrollo a gran escala de la red ferroviaria española convirtió a Madrid en el gran centro de las comunicaciones en España. La posición central que la capital había tenido desde la creación de la red nacional de caminos en el siglo XVIII, en virtud de la cual se conectaban, mediante un sistema de seis radios con origen en Madrid, los principales puntos de la periferia peninsular, se mantuvo con la construcción del ferrocarril, pues su expansión siguió el mismo esquema radial empleado hasta entonces en las comunicaciones terrestres²⁰. Las antiguas rutas que seguían las diligencias fueron sustituidas por los caminos de hierro, todos los cuales desembocaban en la capital, de manera que a través de su estación de ferrocarril, Madrid se convertía en cabecera de una red de transporte que cubría todo el país.

Asimismo, el despliegue de la red de telegrafía y la construcción de la red nacional de carreteras se llevó a término sobre la base del mismo esquema radial de comunicación. En el caso de las líneas telegráficas, las autoridades dispusieron que su

cerebro!”. Véase: Pérez Galdós, Benito. *Episodios nacionales IV. La de los tristes destinos*. Barcelona: Red, 2010 (edición original de 1907), p. 44.

¹⁸ Rodríguez Lázaro, Javier. *Los primeros ferrocarriles*. Madrid: Akal, 2000, p. 26.

¹⁹ Tortella, Teresa. *A guide to sources of information on foreign investment in Spain, 1780-1914*. Ámsterdam: International Institute of Social History, 2000.

²⁰ Bahamonde Magro, Ángel (dir.). *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, 1993; Bahamonde Magro, Ángel, Martínez Lorente, Gaspar y Otero Carvajal, Luis Enrique. *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*. Madrid: Correos y Telégrafos, 2002; Madrazo, Santos. *El sistema de comunicaciones...*, op. cit., vol. 2.

despliegue se hiciera de tal modo que todas las capitales de provincia españolas se mantuvieran comunicadas con Madrid, mientras que en lo referente a las carreteras, la primera ley sobre la materia, aprobada en 1851, establecía que las carreteras generales conectaran la capital española con las capitales de provincias. Todo ello propició que Madrid, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, se erigiera como el eje central de las comunicaciones en España²¹.

Vemos así que la localización geográfica de la urbe madrileña, que hasta entonces había sido percibida como un escollo para su desarrollo como centro urbano, resultaba ser ahora ventajosa y hasta un factor decisivo para hacer de ella una verdadera capital. La fácil conexión a través de un medio de transporte rápido y eficaz con los principales puntos manufactureros nacionales, con los grandes puertos atlánticos y mediterráneos y con la frontera francesa –lo que significaba estar conectado con París, con Berlín, con Ámsterdam y con las poblaciones europeas más importantes–, permitió que la ciudad del Manzanares se convirtiera en el centro de gravedad de la vida española²².

Gracias al ferrocarril, la actividad mercantil madrileña experimentó una notable intensificación, ya que todos los centros productivos y comerciales del país, unidos por los caminos de hierro, confluían en Madrid. A través de la red ferroviaria era posible transportar hasta la capital de forma continua, segura y rentable toda suerte de bienes de consumo, subsistencias y materias primas procedentes de todas las regiones, actuando así como elemento de cohesión de los distintos mercados locales y surtiendo a los comercios madrileños de una espléndida variedad de productos²³. Por otro lado, la llegada del ferrocarril a la ciudad también se tradujo en el desembarco de grandes sociedades comerciales y financieras y de importantes sumas de dinero en forma de inversiones. La nueva situación abierta con la aparición de este medio de transporte dio un fuerte impulso a la vida económica madrileña, al promover la creación de nuevas industrias dedicadas a la producción y al suministro de materiales y perfilarse como el asiento de las compañías comerciales e industriales, así como de los inversores

²¹ Bahamonde Magro, Ángel (dir.). *Las comunicaciones en la construcción...*, op. cit.

²² Gómez Mendoza, Antonio. “Madrid, centro de la red de comunicaciones”. *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, tomo 169, n.º 666, (2001): 343-358.

²³ Gómez Mendoza, Antonio. “Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875-1931”. Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (Eds.). *La sociedad madrileña...*, op. cit., vol. 1, pp. 351-375; Herranz Loncán, Alfonso. “La reducción de los costes de transporte en España (1800-1936)”. *Cuadernos económicos de ICE* 70 (2005): 183-206.

internacionales que querían dedicarse a los negocios en España²⁴.

En definitiva, la llegada del ferrocarril tuvo una trascendencia extraordinaria para Madrid, constituyendo, sin duda alguna, el factor más decisivo para su despegue como gran ciudad. Este hecho fue percibido con gran agudeza por el célebre viajero alemán Theodor Simons, que en el año 1877 recorrió España, pasando una temporada en la capital. En *Spanien*, obra que recogía las impresiones de su viaje, Simons escribía:

“Bajo la influencia de los ferrocarriles, que enlazan hoy la capital de España con los cuatro puntos cardinales del país, Madrid ha terminado por alzarse en el auténtico centro de la vida nacional y en el corazón del reino. [...] Si Madrid se ha convertido en una verdadera capital, un gran centro de actividad intelectual y material, un poderoso foco de atracción, se debe únicamente a la creación de los ferrocarriles que la comunican con todas partes, pues antes de esta época la insuficiencia de vías de comunicación hacía muy difícil el acceso a la capital de España”²⁵.

4. 1. 3. La expansión urbana

El otro hecho determinante de esta vorágine transformadora que conoció la ciudad de Madrid en las décadas centrales del siglo XIX vino dado por la ejecución de una serie de operaciones urbanísticas de gran envergadura. Las primeras intervenciones en este sentido se produjeron en el interior del casco urbano y tuvieron un alcance reducido. Aprovechando los solares creados a raíz de la demolición de cerca de un centenar de conventos tras las medidas desamortizadoras de 1836, se trazaron nuevas plazas y paseos y se construyeron nuevos edificios para viviendas²⁶. Más adelante se llevó a cabo una obra de gran vuelo: la reforma de la Puerta del Sol. El centro neurálgico de la ciudad, que tradicionalmente se había situado en la Plaza Mayor, comenzó a desplazarse desde principios del siglo decimonónico hacia la Puerta del Sol,

²⁴ Moreno Castaño, Begoña. *La Bolsa de Madrid: historia de un mercado de valores europeo*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2006.

²⁵ Simons, Theodor. *Spanien*. Berlín: Patel, 1880. Citado en: Santos, Juan Antonio. *Madrid en la prosa de viaje (Siglo XIX)*. Madrid: Comunidad de Madrid, 1994, p. 321.

²⁶ Ruiz Palomeque, María Eulalia. *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1976.

lugar donde desembocaban las principales arterias del centro de la urbe. Fue así como este espacio se configuró como el punto de mayor actividad y trasiego de la vida urbana, hasta el punto que el tráfico rodado en él empezó a resultar caótico²⁷.

Las obras de reforma tenían por fin solventar este problema, ya que el ensanchamiento del lugar facilitaría el tránsito de vehículos y peatones, aludiéndose al mismo tiempo a la necesidad de embellecer el aspecto de sus edificios y ornamentar la que estaba llamada a ser la más magnífica plaza de la capital española. Pero también dejaba entreverse en esta operación urbanística la intencionalidad política y económica de sus promotores. En la Puerta del Sol se levantaba el edificio que servía de sede al Ministerio de la Gobernación, el cual se hallaba en un punto intermedio entre otros dos edificios de primera importancia política: al oeste, por la calle del Arenal, el Palacio Real, y al este, por la carrera de San Jerónimo, el Palacio de las Cortes, cuya inauguración había tenido lugar recientemente, en 1850. Los inspiradores de la reforma no dejaron de tener presente la disposición de las instituciones en el plano urbano, pues el estallido de un movimiento revolucionario en las calles de la capital centraría sus ataques en estos puntos vitales del poder político, con lo que la creación de una zona de seguridad en torno a este eje resultaba de primera necesidad para las autoridades. Por otra parte, el derribo de los vetustos edificios que conformaban la antigua Puerta del Sol daría lugar a la aparición de nuevo terreno edificable en una zona privilegiada de la urbe, algo que siempre resultaba atractivo para los hombres de negocios interesados en la construcción y en la especulación con el precio de los solares²⁸.

En octubre de 1857, después de aprobarse el proyecto definitivo, comenzaron los primeros derribos con los que se iniciaban las obras de reforma, las cuales se prolongaron hasta 1862, fecha en que la Puerta del Sol presentaba su aspecto definitivo. De la magnitud de dichas obras dan buena muestra las previsiones del número de operarios que los técnicos encargados de planificarlas calculaban que sería necesario reclutar. Según la memoria elaborada por el arquitecto Juan Bautista Peyronnet, los trabajos de ensanchamiento y embellecimiento de la Puerta del Sol exigirían la movilización de un total de 4.000 jornaleros, a los que se sumaban los trabajadores

²⁷ Quirós Linares, Francisco. “La construcción del centro urbano. Política y especulación en la reforma de la Puerta del Sol (1853-1862)”. *Estudios de geografía histórica e historia de la geografía: obra escogida*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 2006.

²⁸ *Ibíd.*, p. 146 y p. 151.

dedicados a la producción de materiales constructivos en canteras y talleres²⁹.

Pero la operación urbanística de mayor alcance desplegada en Madrid durante este periodo fue, sin duda, el Plan de Ensanche. Aunque ya en 1846 el ingeniero de caminos Juan Merlo elaboró un proyecto de ensanche de la ciudad, el cual fue rechazado por el Ayuntamiento con Mesonero Romanos al frente, no fue hasta finales de la década de 1850 cuando la cuestión del derribo de la cerca fiscal y la urbanización de los terrenos extramuros se convirtió en un tema central de la política municipal³⁰. El crecimiento constante de la población que desde años atrás se venía registrando en la capital estaba dando lugar a que la aglomeración en el interior de la urbe alcanzara un punto de saturación insostenible. Las cifras que arrojaba el padrón municipal no dejaban lugar a dudas: entre 1846 y 1857 el vecindario de Madrid había aumentado en 64.540 almas, siendo la densidad de población de 384 habitantes por hectárea³¹. Esta proporción era sumamente elevada, especialmente si se comparaba con la de otras capitales europeas como Londres o París, cuya densidad era, en el primer caso, de 86 habitantes por hectárea en 1858, y en el segundo, de 215 en 1860³².

La necesidad de ganar espacio para que la ciudad pudiera expandirse en un momento de crecimiento demográfico sin precedentes, así como de emprender la urbanización de los arrabales extramuros, donde las edificaciones de mala calidad se iban aglomerando silenciosamente y estaba generándose un amenazante estado de abandono y desorden urbanístico, llevó a que el 8 de abril de 1857 la reina Isabel II dictara una Real Orden para autorizar a Claudio Moyano, a la sazón ministro de Fomento, a formular un proyecto de ensanche para la ciudad de Madrid. El 18 de mayo de ese mismo año, Moyano encargó al arquitecto e ingeniero Carlos María de Castro la realización de dicho proyecto, cuya *Memoria descriptiva del anteproyecto de ensanche de Madrid*, una vez redactada y presentada a las autoridades, fue aprobada por Real Decreto el 19 de julio de 1860.

²⁹ *Ibíd.*, p. 148. Para un estudio detallado sobre la reforma de la Puerta del Sol, véase: De Miguel Salanova, Santiago. *Madrid, los retos de la modernidad. Transformación urbana y cambio social, (1860-1931)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2015, pp. 79-115.

³⁰ Bonet Correa, Antonio. *Plan Castro*. Madrid: COAM, 1978, p. 6.

³¹ De Castro, Carlos María. *Memoria descriptiva del anteproyecto del ensanche de Madrid : aprobado por Real decreto de 19 de Julio de 1860*. Madrid: Imprenta de D. José C. de La Peña, 1860, p. 65.

³² *Ibíd.*, p. 68.



Fig. 4.3. Martorell, Guillermo. *Vista general de Madrid, tomada desde la Casa de campo. Regalo a los señores suscritores de La Ilustración Española y Americana.* Dibujo. 1873.

Fuente: Cartoteca Digital del Institut Cartogràfic i Geològic de Catalunya. N.º de Ref.: RM.220323.

En el Anteproyecto de Carlos María de Castro se establecía el derribo de la cerca que, desde que Felipe IV ordenara su construcción en 1625, circundaba todo el perímetro urbano madrileño, al mismo tiempo que se proponía la expansión de la urbe desde las Rondas hacia las zonas norte, este y sur de la capital. La urbanización de nueva planta presentada por Castro en su memoria seguía los principios higienistas imperantes en la época y un modelo ordenado en cuadrícula, cuya nota dominante era la introducción de manzanas ortogonales a fin de facilitar el tránsito rodado —tan complicado en el plano de la ciudad antigua debido a la irregularidad de su trazado—, edificios de tres plantas de altura como máximo, una jerarquización de las calles según sus dimensiones y la segregación del vecindario en distintas zonas, con arreglo a su composición socioeconómica. Además, se introducía la creación de zonas verdes, amplias plazas circulares y espacios destinados a equipamientos, todo lo cual suponía un cambio novedoso en el desarrollo urbanístico en comparación con la experiencia conocida hasta entonces, pues, en el año en que se aprobó el proyecto de ensanche, Madrid era predominantemente una ciudad de plazuelas, callejones y calles angostas caracterizadas por lo irregular de su pavimentación, por la aglomeración de sus casas y

por la falta en ellas de luz y ventilación³³.

Aquel Madrid, descrito con mano maestra por Mesonero Romanos, que en cierto sentido ya empezó a deshacerse en su interior gracias a los derribos de conventos desamortizados y a las obras de reforma de la Puerta del Sol, conocería una profunda transformación al traspasar sus límites históricos. La puesta en marcha del Ensanche ofreció a la ciudad de Madrid la posibilidad real de expandirse más allá de sus viejas murallas, y la construcción de nuevos barrios en los puntos donde terminaba la urbe, como el de Salamanca o Argüelles, abría un horizonte tan extenso como prometedor. De ello da buena prueba el hecho de que las previsiones expuestas por Carlos María de Castro en su Anteproyecto se vieran completamente desbordadas ante la aceleración del ritmo que experimentó el crecimiento del vecindario. Según estimaba Castro, la población de Madrid, que en 1857 tenía 271.254 habitantes, llegaría a alcanzar las 400.000 almas en el transcurso de un siglo, con lo que la planificación del Ensanche se realizó a cien años vista. Pero el fuerte crecimiento demográfico experimentado en los años inmediatamente posteriores a la aprobación de la creación del Ensanche provocó que, en 1887, la ciudad registrase una población de 470.283 habitantes³⁴, llegando a sobrepasar el millón de habitantes a comienzos de la década de 1930.

Con todo, el inicio de las obras para derribar la cerca de la ciudad y urbanizar los arrabales fue un proceso lento. Tuvieron que pasar ocho años tras la aprobación del Anteproyecto de Castro hasta que comenzaron a levantarse las nuevas edificaciones extramuros de la ciudad. Esta demora obedeció principalmente a problemas de orden económico ligados a la ausencia de seguridad en la financiación y a la falta de iniciativa mostrada por las autoridades municipales para llevar la empresa a buen puerto. El estancamiento en que cayó el desarrollo del Plan de Ensanche tras su aprobación llevó a que, en 1864, el Gobierno central, a través de un decreto promovido por Cánovas del Castillo, a la sazón ministro de Gobernación, introdujera una serie de modificaciones en el proyecto original con el fin de incentivar la inversión por parte de los promotores inmobiliarios y acelerar el inicio de las obras. Tales medidas conllevaban un

³³ Sobre el proyecto de Carlos María de Castro y su desarrollo, véase: Carballo Barral, Borja, Pallol Trigueros, Rubén y Vicente Albarrán, Fernando. *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid: Editorial Complutense, 2008; Mas Hernández, Rafael. *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.

³⁴ Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico. *Censo de la población de España según el empadronamiento hecho en 31 de diciembre de 1887*. 2 vols. Madrid: Imprenta de la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1891, vol. 1.

alejamiento de los principios higienistas que habían alumbrado el Anteproyecto original, pues establecían la elevación de tres a cuatro del número de plantas de los edificios y la reducción del tamaño de las zonas verdes planificadas, ampliando a su vez el terreno edificable. Finalmente, en 1868 las autoridades municipales nombradas tras la Revolución Gloriosa ordenaron ejecutar el derribo de la cerca de la ciudad, comenzándose a poner así las primeras piedras de lo que sería el nuevo Madrid.

La construcción del Ensanche se llevó a cabo en un espacio cuyas dimensiones, *grosso modo*, tenían el doble de extensión de lo que empezó a denominarse como casco antiguo. Al igual que sucedía con las grandes obras de ingeniería, la puesta en marcha de un proyecto urbanístico de semejante envergadura exigió la movilización de grandes contingentes de trabajadores. La construcción de nuevas viviendas en el Ensanche no solo implicaba levantar nuevas edificaciones, sino también la realización de trabajos de desmontes, nivelación del terreno, adoquinado de las nuevas calles e instalaciones para llevar el alcantarillado, el agua potable, el alumbrado público y todas las infraestructuras necesarias para la habitabilidad de la zona. Del ritmo vertiginoso que tomó la actividad constructora en el Ensanche da fe la cifra de 267 licencias municipales expedidas de media al año entre 1870 y 1890³⁵, así como el ejército de 5.000 braceros que se empleaban en las edificaciones promovidas por el marqués de Salamanca en el Ensanche Este en 1866 ofrece una idea del ingente número de jornaleros que fueron necesarios para llevar a cabo la urbanización de los terrenos extramuros³⁶.

A las obras del Ensanche se unieron durante este periodo los trabajos de construcción de grandes edificios destinados a servir de sede de las grandes instituciones públicas y estatales, los cuales comenzaron a levantarse en Madrid tras el triunfo del liberalismo en la primera guerra carlista, y cuya construcción continuó a lo largo de las décadas siguientes, a medida que se iba consolidando el Estado liberal³⁷. En este sentido cabe citar edificios tan emblemáticos como el Congreso de los Diputados, la Casa de la Moneda, la Biblioteca Nacional, el Palacio de la Bolsa o el Banco de España, todas ellas edificaciones de gran porte, para cuya ejecución era necesario el

³⁵ Bahamonde Magro, Ángel, y Toro Mérida, Julián. *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1978, p. 217.

³⁶ Bahamonde Magro, Ángel.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*. Madrid, 1856-1866. Madrid: Siglo XXI, 1978, p. 402.

³⁷ Bonet Correa, Antonio. "Madrid y el Canal de Isabel II". *Revista de Obras Públicas* 148.3.414 (2001): 39-74, p. 47

empleo de una mano de obra abundante y barata.

4. 2. La depreciación del estatus artesanal

La intensa actividad desarrollada desde mediados del siglo XIX para poner en marcha proyectos tan colosales como la traída de aguas desde el río Lozoya hasta las casas de Madrid, el trazado de los caminos de hierro, la urbanización de los arrabales extramuros o la construcción de numerosos edificios institucionales de nueva planta en las calles de la capital, se tradujo en un aumento sin precedentes de la demanda de brazos por parte de la economía urbana, llegando a registrarse determinados momentos en que dicha demanda fue superior incluso a la fuerza de trabajo disponible³⁸. A consecuencia de ello, los flujos migratorios del campo a la capital se intensificaron de forma extraordinaria, ya que los jornales que podían conseguirse trabajando en las grandes obras atraían masivamente a la población rural carente de medios de fortuna. Fue así como los jornaleros, necesarios para realizar operaciones que esencialmente no requerían más que fuerza muscular, irrumpieron masivamente en el mercado de trabajo madrileño.

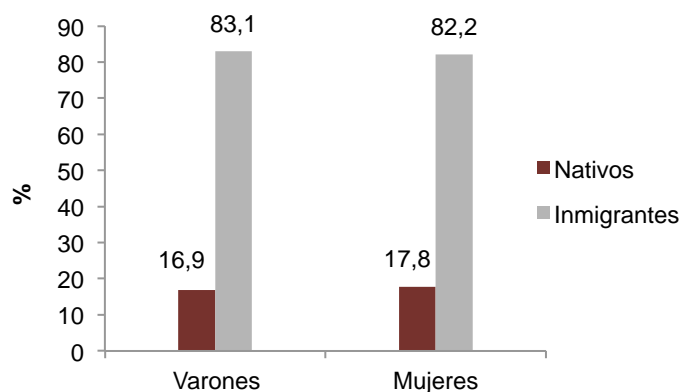


Fig. 4.4. Origen de los jornaleros y peones sin oficio del suroeste del casco antiguo, distinguiendo su sexo, 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880.

Ambos factores, inmigración rural y jornalerización, se retroalimentaban mutuamente, ya que la clase jornalera que fue formándose en Madrid desde las décadas centrales del ochocientos se nutrió principalmente de la llegada de inmigrantes

³⁸ Bahamonde Magro, Ángel. “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)”. *Estudios de Historia Social* 15 (1980): 143-179.

procedentes de las provincias rurales, aunque andando el tiempo dicha clase acabaría asimilando capas extensas de artesanos pauperizados y una parte mayoritaria de los nativos que accedían por primera vez al mercado laboral. Así pues, el proceso de jornalización de la estructura ocupacional madrileña encuentra su origen en la necesidad que tuvieron los sectores vinculados a la construcción y la obra civil de asegurarse una oferta regular de mano de obra barata no cualificada, cuya aportación era indispensable para el desarrollo de dichas actividades. Fue así como la proporción de jornaleros en la sociedad madrileña aumentó de forma meteórica, pasando a convertirse en apenas unas décadas en el grupo más nutrido de la fuerza laboral, hasta llegar a eclipsar por completo al resto de trabajadores.

Hay recordar que no se trataba de que los jornaleros hubieran aparecido repentinamente en la sociedad madrileña, pues la existencia de trabajadores a jornal en los diferentes oficios artesanales era corriente en Madrid desde siglos atrás³⁹. La novedad residía tanto en el número que alcanzaron en un corto periodo de tiempo como en las características que adquirieron como colectivo. Los nuevos jornaleros carecían de aprendizaje en oficio alguno, toda vez que eran campesinos recién llegados a la capital para ganarse la vida mediante la ejecución de algún trabajo relacionado con la construcción, único sector, junto con el servicio doméstico, capaz de ofrecer posibilidades de inserción laboral de forma masiva a la mano de obra descualificada.

A propósito de cuándo comenzó a aumentar la proporción de los jornaleros entre los trabajadores madrileños, no cabe duda de que, a comienzos de la década de 1850, la presencia de jornaleros en las calles de la capital ya era importante y su aumento como grupo social fue motivo de preocupación entre las autoridades. Fernández de los Ríos recordaba en su *Madrid futuro* lo acontecido en 1854, cuando, durante la revolución de aquel año, la municipalidad se vio en la tesitura de enviar a las gentes jornaleras de Madrid “al inútil movimiento de tierras en las afueras [...], por no saber qué trabajo proporcionarlas”⁴⁰. También el Gobierno tuvo que movilizar sus recursos aquel año para dar trabajo a los jornaleros desocupados, ingresando cuatro mil obreros en las obras del Canal de Isabel II y cuatro mil más en otros tajos, pues las autoridades estatales temían que el elevado número de jornaleros sin trabajo que se hallaban

³⁹ Nieto Sánchez, José A. *Historia del Rastro, los orígenes del mercado popular de Madrid, 1740-1905*. Madrid: Visión Libros, 2004, p. 44.

⁴⁰ Fernández de los Ríos, Ángel. *El futuro Madrid: paseos mentales por la capital de España, tal cual es y tal cual debe dejarla trasformada la revolución*. Madrid: Imprenta de la Biblioteca Universal Económica, p. 14.

pululando por las calles de la capital diera lugar a una exacerbación de la conflictividad social⁴¹.

El temor de los gobernantes a los movimientos populares desatados contra la escasez de trabajo que afectaba a las filas de los jornaleros tanto en Madrid como en otros centros urbanos y en los distritos rurales, se hizo manifiesto especialmente desde la gran crisis de subsistencias de 1847⁴². A partir de ese año en adelante, se hicieron habituales en los medios de prensa las noticias acerca del estallido de tumultos provocados por el paro y la carestía de precios, así como los mensajes de alerta que enviaban las distintas autoridades provinciales y el anuncio de nuevos planes de obras destinados a crear trabajo, intentando con ello calmar los ánimos de las masas de jornaleros soliviantados. Así, por ejemplo, en un artículo publicado en un diario madrileño en mayo de 1847 a propósito de la captura de una partida de insurgentes carlistas, entre los que se encontraba el cabecilla Mossen Tristany, se leía lo siguiente:

“Sea como fuere, el medio mejor de conseguir una pacificación pronta y completa es procurar a toda costa que no falte trabajo a la clase proletaria, pues en ésta ya empiezan a sentirse los horrores de la miseria [...]. Pan y trabajo pide la clase jornalera, y si esto les falta, nada tiene de extraño que se abandone a cualquier exceso, porque el hambre es la causa y origen de todo género de calamidades”⁴³.

Los corresponsales de provincias que escribían para los diarios de la capital informaban de los “alborotos por hambre” registrados en diversas ciudades, debido a “la falta de obras en que ocuparse la clase jornalera y lo muy bajo de los jornales, por efecto del mayor número de personas que este año han tenido necesidad de demandar trabajo”⁴⁴. En 1848 llegaban noticias desde Córdoba, donde “se nota escasez de trabajo en la clase jornalera y andan por los cortijos pidiendo limosna. Hay bastantes pobres

⁴¹ Urquijo Goitia, José Ramón. *La Revolución de 1854 en Madrid*. Madrid: CSIC, 1985, pp. 223-224.

⁴² Para un análisis detallado de la conflictividad social desatada en España tras la crisis de 1847, véase: Marín, Pedro Díaz. “Crisis de subsistencia y protesta popular: los motines de 1847”. *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural* 30 (2003): 31-62. Para el estudio general de las crisis de subsistencias en el siglo XIX y sus efectos económicos y sociales, véase: Sánchez-Albornoz, Nicolás. *Las crisis de subsistencias en España en el siglo XIX*. Rosario: Instituto de Investigaciones Históricas, 1963.

⁴³ *El Herald*, 23 de mayo de 1847.

⁴⁴ *El Espectador*, 12 de mayo de 1847.

que acosan de continuo”⁴⁵. Algunos años después, en una sesión parlamentaria celebrada el 12 de febrero de 1855, el diputado Eugenio Gaminde y Lafont hizo una interpelación al Gobierno sobre la situación en que se hallaban los jornaleros de Madrid por falta de trabajo y la actitud alarmante de las masas, expresándose en estos términos:

“Lamentable es el estado de la clase jornalera de Madrid por faltar el trabajo. Todos los talleres se hallan cerrados, y los artesanos, careciendo de recursos, tienen que acudir a tomar fiado a las tiendas [...]. Hago una distinción entre los jornaleros que pueden mezclarse con las masas para alborotar y los artesanos a quienes me he referido”⁴⁶.

La distinción establecida por Gaminde y Lafont entre artesanos y jornaleros resulta bastante significativa si atendemos tanto al componente socioprofesional que caracterizaba a unos y a otros como a la cronología del proceso de jornalerización de la fuerza de trabajo madrileña. En el momento en que el diputado hizo su interpelación, dicho proceso aún se hallaba en fase embrionaria, tal como revelan los datos relativos al mercado laboral de que disponemos. Según el censo formado en 1850, la ciudad de Madrid contaba en ese año con un total de 11.000 jornaleros, los cuales representaban el 10,4 % de la población masculina⁴⁷. Es decir, a la altura de 1850, los jornaleros no habían llegado a constituir una masa social del tamaño desmesurado que llegarían a alcanzar a finales del siglo XIX. Una década después, en 1860, en el antiguo barrio de Corredera, situado en la mitad norte del casco urbano, los artesanos representaban el 45,7 % de los trabajadores varones mayores de doce años de edad, mientras que los jornaleros sumaban el 14,5 %, observándose así una ligera tendencia ascendente en la proporción de éstos⁴⁸. En los arrabales, la distribución de los jornaleros y los artesanos era inversamente proporcional a la del interior de la urbe: alcanzaban los primeros el

⁴⁵ *El Observador*, 1 de marzo de 1848.

⁴⁶ *El Clamor Público*, 15 de febrero de 1855.

⁴⁷ Las cifras del Censo de 1850 citadas en: Chueca Goitia, Fernando. *Madrid, pieza clave de España*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1999, p. 90.

⁴⁸ Para la distribución numérica y porcentual de la estructura socioprofesional del barrio de Corredera, véase: González Palacios, Daniel. “La estructura socioeconómica del casco urbano de Madrid a finales del siglo XIX. El caso del barrio de Corredera”. Nicolás Marín, María Encarna y González Martínez, Carmen (Coords.). *Ayer en discusión. Temas claves de Historia contemporánea hoy*. Murcia: Universidad de Murcia - Servicio de Publicaciones, 2008; González Palacios, Daniel. *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*. Trabajo de Fin de Máster. Madrid: Universidad de Madrid, 2008.

32,9 % de la mano de obra masculina, frente al 23 % de artesanos que allí residían⁴⁹.

Aunque cabe preguntarse hasta qué punto los resultados disponibles para el casco urbano en 1860 son extrapolables al resto de barrios de la ciudad, especialmente a los meridionales, donde residía la parte más empobrecida del vecindario, no resulta extraño que en dicho año existiera una concentración más elevada de jornaleros en el espacio extramuros que en las calles del interior de la ciudad, pues el coste de la vida, especialmente el alquiler de la vivienda, era considerablemente más barato en los terrenos situados al otro lado de la cerca⁵⁰. Asimismo, tampoco sorprende que el sector artesanal fuera el que mayor número de brazos absorbiese entre los trabajadores manuales, dado que, a diferencia de otras ciudades españolas, como Barcelona o Bilbao, los efectos de la industrialización apenas se habían dejado notar en la capital en la fecha indicada⁵¹. Las líneas ferroviarias que conectarían Madrid con el norte industrial y los puertos mediterráneos todavía no se habían abierto, y el acceso a las fuentes de energía y las materias primas necesarias para el desarrollo de la industria era en aquel momento tan costoso como siempre lo había sido⁵². A todo ello se añadía el problema que representaba a la hora de abrir una fábrica o taller capaz de congregar una multitud de trabajadores el elevado gasto que representaba construir o alquilar un edificio en el interior de la población, ya que desde principios del siglo XIX el precio del suelo y de

⁴⁹ Las proporciones indicadas lo son de la media de la población registrada en el territorio extramuros, espacio que acabaría urbanizándose para convertirse en el Ensanche. Véase: Carballo Barral, Borja. *El Madrid burgués. El Ensanche Este de la capital (1860-1931)*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2015, p. 254; Pallol Trigueros, Rubén. *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2011, p. 189; Vicente Albarrán, Fernando. *Los barrios negros: el Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2012, p. 179.

⁵⁰ Carballo Barral, Borja. *El Madrid burgués...*, *op. cit.*, p. 255; Pallol Trigueros, Rubén: “Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del ensanche norte madrileño, 1860-1880”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 26 (2004): 77-98; Vicente Albarrán, Fernando. *Los barrios negros...*, *op. cit.*, p. 178

⁵¹ Mora-Sitja, Natalia. “Exploring changes in earnings inequality during industrialization: Barcelona, 1856-1905”. *Economics Group, Nuffield College, University of Oxford*, 2006; González Portilla, Manuel (Ed.). *Los orígenes de una metrópoli industrial: la Ría de Bilbao*. 2 vols. Bilbao: Fundación BBVA, 2001.

⁵² Sobre los problemas de la industrialización madrileña en el siglo XIX, véase: García Delgado, José Luis: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española”. Nadal, Jordi y Carreras, Albert. (coords.). *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*. Barcelona: Ariel, 1990, pp. 219-256; García Delgado, José Luis. “Factores impulsores de la industrialización de Madrid”. Bahamonde Magro, Ángel, y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña...*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 329-335.

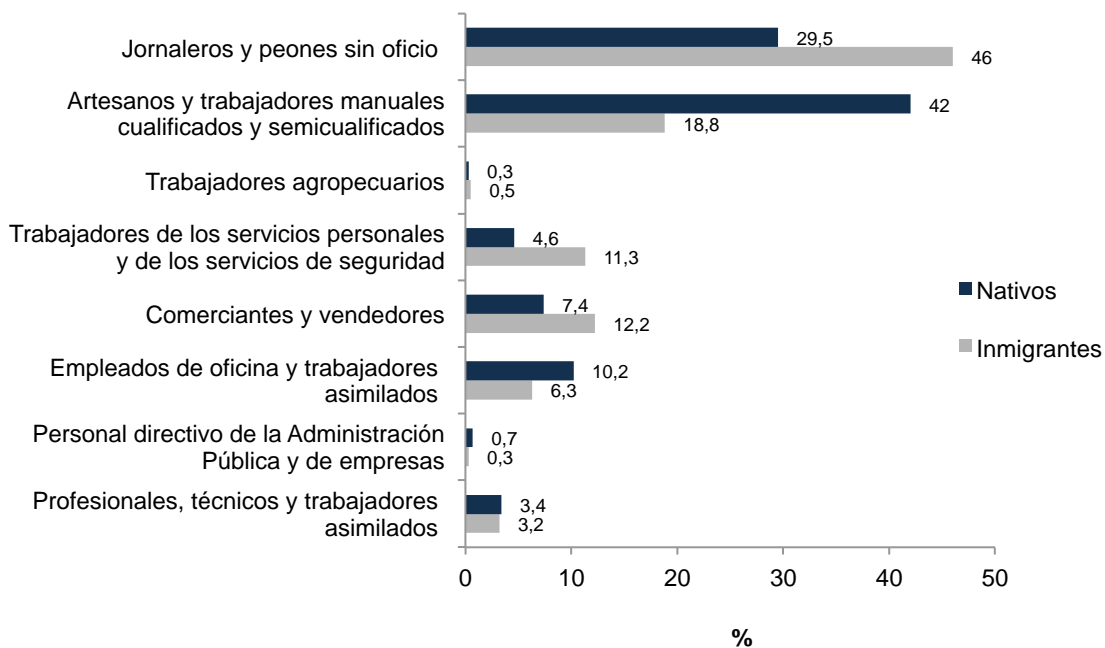


Fig. 4.5. Estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, comparando la proporción de los trabajadores nativos e inmigrantes, 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880.

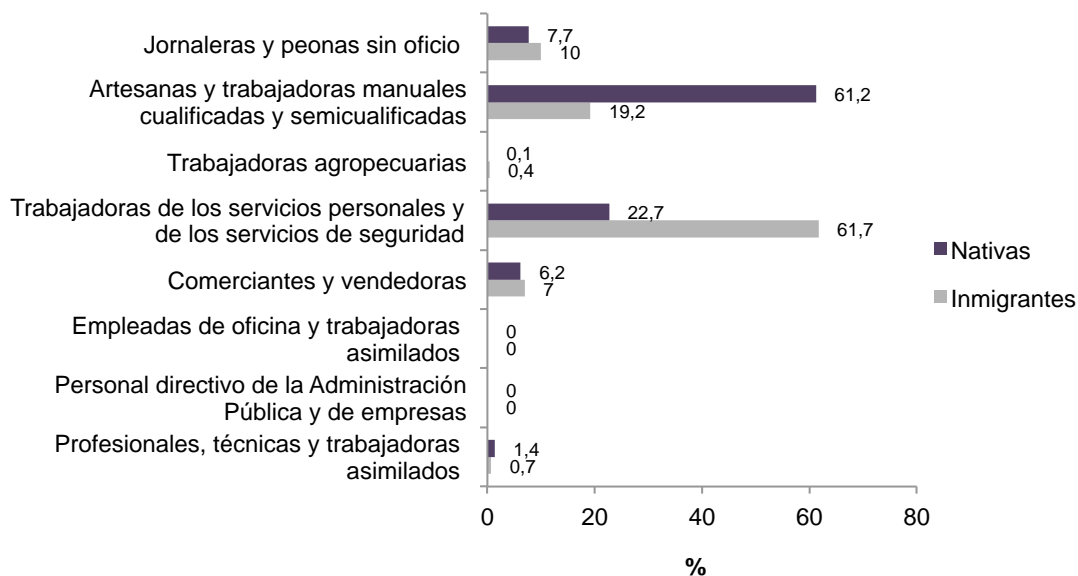


Fig. 4.6. Estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, comparando la proporción de las trabajadoras nativas e inmigrantes, 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880.

los inmuebles había entrado en una espiral alcista realmente excepcional⁵³. El doctor Monlau, en su célebre guía de forasteros en Madrid, publicada en 1850, explicaba el débil estado de la industria en la capital española y sus causas de la siguiente manera:

“Ciertamente no es Madrid un centro de producción material o manufacturera, como lo son París, Londres, Viena, Bruselas y otras cortes europeas: la escasez de aguas y de combustibles, y sobre todo la falta de vías de comunicación rápida, segura y múltiple, son las causas principales de esta diferencia bajo muchos conceptos desfavorable a la corte de España. Esperemos no obstante que se irán venciendo con la celeridad posible esos obstáculos capitales; y que a la vuelta de algunos años [...], emularemos hasta donde sea dable el brillante estado de la industria en las primeras capitales de Europa”⁵⁴.

Las escasas grandes fábricas con que contaba Madrid en los años centrales del siglo XIX se situaban mayormente en los arrabales y en los barrios extremos del sur del casco urbano. Tal era el caso de la Fábrica de Gas, dedicada a la producción de dicho combustible por medio de hulla y resina para el alumbrado público y particular, que se hallaba a las afueras de la Puerta de Toledo⁵⁵; de la Fábrica de Tabacos, establecida en un suntuoso edificio de la calle de Embajadores, donde se concentraban más de 3.000 cigarreras dedicadas a la manufactura de cigarros y rapé, además de medio centenar de operarios empleados en las máquinas de picado y en los almacenes⁵⁶; y de la Real Fábrica de Tapices, dedicada a la elaboración y compostura de tapices y alfombras de lujo, establecida junto a la puerta de Santa Bárbara, al norte de la ciudad, hasta que en 1889 fuera trasladada a un edificio de tres plantas levantado en un solar antaño perteneciente al convento de Atocha⁵⁷. También destacaba en el paisaje industrial madrileño de aquellos años el Gran Taller de Coches de Recoletos, una fábrica de carruajes situada cerca de la puerta del mismo nombre, en cuyas instalaciones, que

⁵³ Pallol Trigueros, Rubén. *El Madrid moderno...*, op. cit., p. 183.

⁵⁴ Monlau, Pedro Felipe. *Madrid en la mano o el amigo del forastero en Madrid y sus cercanías*. Madrid: Imp. Gaspar y Roig, 1850, p. 274.

⁵⁵ *Ibíd.* p. 288.

⁵⁶ *Ibíd.* p. 277; Candela Soto, Paloma. *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida, 1888-1927*. Madrid: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1997.

⁵⁷ Vidal Galache, Florentina y Vidal Galache, Benicia. *La Real Fábrica de Tapices. Pasado y presente*. Madrid: UNED, 2007.

ocupaban una extensión de cerca de 220.000 pies, trabajaban 200 operarios, y en la que se introdujeron elementos tan novedosos como la primera máquina de vapor de la capital⁵⁸; la Fábrica de bujías de la Estrella, sita en la calle del Gobernador, y la Fundición de hierro de Bonaplata, levantada sobre las ruinas del viejo convento de Santa Bárbara, donde trabajaban constantemente de 75 a 90 operarios dedicados a la fabricación de motores, ruedas hidráulicas, turbinas, máquinas de vapor, faroles, balcones, etc.⁵⁹. Un contingente de obreros no despreciable se concentraba en las manufacturas oficiales del Estado, como la Fábrica de Pólvora, que se emplazaba en la primera esclusa del canal del Manzanares y estaba destinada a surtir de material explosivo a las tropas reales, o la Casa de la Moneda, establecida hasta 1861 en un edificio de la calle de Segovia y a partir de dicho año en la plaza de Colón, donde también se establecieron las instalaciones de la Fábrica del Sello⁶⁰.

Sin embargo, estos ejemplos notables de fabricación a gran escala y concentración de operarios bajo un mismo techo no eran sino la excepción del sector secundario madrileño, dado que, por las razones arriba expuestas, el grueso de la producción seguía recayendo en las manos de los artesanos que trabajaban en sus domicilios y en la infinidad de obradores y talleres de pequeñas dimensiones que se hallaban instalados en los pisos bajos de las casas de Madrid, cuya producción estaba centrada en diversos artículos de primera necesidad dirigidos al consumo local⁶¹.

Este conjunto de trabajadores dedicados al ejercicio de oficios artesanales se convirtieron en la principal víctima del proceso de jornalerización de la fuerza laboral madrileña que comenzó a fraguarse desde mediados del siglo decimonónico. De ello da buena muestra la drástica caída que registraron los artesanos en la estructura ocupacional entre 1860 y 1880, así como el aumento espectacular de los trabajadores descualificados durante dicho periodo. En los barrios del suroeste del casco antiguo, los

⁵⁸ Madoz, Pascual. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Madrid: La Ilustración, 1849, tomo 10, p. 965.

⁵⁹ Monlau, Pedro Felipe. *Madrid...*, p. 287.

⁶⁰ La Casa de la Moneda producía de 50.000 a 60.000 monedas diarias en 1850 y la Fábrica del papel sellado tenía una plantilla que excedía los 100 empleados, entre obreros de la producción, personal directivo y otros trabajadores de las oficinas. Véase: *Ibíd.*, p. 275 y p. 279.

⁶¹ Sobre el carácter industrial de la estructura productiva de Madrid y la predominancia del mundo del taller sobre el de la industria en la economía madrileña decimonónica, véase: Bahamonde Magro, Ángel y Fernández García, Antonio. "La transformación de la economía". Fernández García, Antonio (dir.). *Historia de Madrid*. Madrid: Editorial Complutense, 1993; Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana". Fusi, Juan Pablo. *España. Autonomías*. Madrid: Espasa, 1989, pp. 517-613.

jornaleros y los peones sin oficio alcanzaban en 1880 el 42,7 % de los varones mayores de doce años de edad que declaraban alguna ocupación en el empadronamiento municipal, mientras que la proporción de artesanos y trabajadores manuales cualificados y semicualificados había caído al 14,2 %, continuando su descenso en las décadas siguientes hasta quedar reducidos a un número sin importancia. El mismo fenómeno se produjo en el anteriormente citado barrio de Corredera, donde la proporción de artesanos en la estructura profesional descendió algo más de 24 puntos en el mismo periodo, representando únicamente el 21 % de todos los trabajadores⁶². Estas cifras demuestran de forma elocuente que, a la altura de 1880, la descomposición del trabajo artesanal se encontraba en una fase muy avanzada, si bien aún era posible constatar la pervivencia del viejo mundo de los oficios en la economía matritense.

4. 2. 1. Las causas del declive del artesanado

La explicación a este fenómeno de corrosión del trabajo artesanal en la sociedad madrileña hay que encontrarla en un conjunto de factores de orden tanto externo como interno. Entre los externos, tuvo un alcance excepcional la intensificación de los flujos migratorios. Como ya se ha señalado, dicha intensificación provocó la llegada masiva de una mano de obra descualificada y barata empleada mayoritariamente en otras actividades distintas a la artesanal. El crecimiento de esta clase de trabajadores acabó por arrebatar a los artesanos el protagonismo que tradicionalmente habían tenido, lo cual contribuyó a depreciar el valor de éstos como trabajadores manuales. También influyó de manera importante el desarrollo de las comunicaciones y el transporte de mercancías a raíz de la llegada del ferrocarril y el despliegue de la red telegráfica, ya que facilitó la introducción de manufacturas producidas fuera del circuito artesanal madrileño en mayor volumen y a un ritmo más rápido de lo conocido hasta entonces, generando una fuerte competencia en el mercado a la que los artesanos tuvieron que hacer frente con unos recursos escasos. Por último, la aparición de nuevas prácticas productivas vinculadas a la consolidación de la economía capitalista y los efectos de éstas sobre la independencia y control del proceso de producción que había caracterizado al trabajo artesanal desde el medievo, ayudaron a erosionar la base del

⁶² González Palacios, Daniel. “La estructura socioeconómica del casco urbano...”, *op. cit.*; González Palacios, Daniel. *El barrio de Corredera...*, *op. cit.*

artesanado tradicional.

Entre los factores de orden interno que contribuyeron en igual grado a la descomposición del artesanado madrileño, sobresale, en primer lugar, la profunda crisis en la que cayó el sector a finales del siglo XVIII, de la cual nunca llegó a recuperarse del todo; la introducción de maquinaria en los talleres, que facilitaba el acceso a un oficio directamente mediante su propia utilización, sin necesidad de hacer la carrera artesanal tradicional; la desvalorización de la etapa de aprendiz y la degradación del estatus de los aprendices, que cada vez con más frecuencia eran rebajados por parte de los maestros que los tenían a su cargo a la consideración de meros menestrales dedicados a la realización de pesadas labores rutinarias; y la incapacidad mostrada por el propio sector artesanal para revitalizarse, superar el estado de decadencia en que había entrado y generar nuevos puestos de trabajo que lograran incorporar a sus filas a los inmigrantes que arribaban a Madrid en busca de subsistencia y empleo.

La crisis que comenzó a acusar el trabajo artesanal en los últimos decenios del siglo XVIII vino causada, en primer término, por la disminución de la producción de bienes manufacturados y la consiguiente aparición del paro entre los artesanos, llegando a generarse situaciones de desocupación permanente durante extensos períodos de tiempo. Los momentos de actividad intensa que requerían el trabajo diario de miles de artesanos en talleres y factorías se combinaban así con etapas en las que el exceso de brazos en la producción de bienes dejaba sin capacidad de ejercer su oficio a una masa de hombres y mujeres de todas las edades cuyo sostén dependía del trabajo manufacturero. Esta irregularidad condicionó fuertemente el desarrollo posterior de la actividad artesanal en la capital, así como la posición de los artesanos en el mercado laboral y sus condiciones de vida, pues el torbellino de la inactividad que se desataba cada vez que la producción registraba un bajón arrastraba a estos trabajadores a la precariedad.

Como consecuencia del paro provocado por estas crisis manufactureras, un número creciente de artesanos comenzó a experimentar una merma en sus recursos económicos, hasta el punto de no poder hacer frente por sí mismos a las necesidades más perentorias de la vida debido a la falta de trabajo y a la consecuente congelación de sus ingresos. Ya en 1785 las autoridades del municipio tuvieron que recurrir a la beneficencia para poder atender a la multitud de artesanos desprovistos de medios de fortuna e incapaces de lograr su sustento ejerciendo los oficios que les eran propios, disponiéndose por parte de dichas autoridades la apertura de una serie de instituciones

públicas dirigidas a socorrer a las familias formadas por artesanos pobres y a la instrucción de los vástagos de éstos⁶³. La apertura durante esos años de Reales Fábricas, como la del salitre, la de tapices o la de tabacos que hemos mencionado anteriormente, también obedeció en cierto modo a la necesidad de proveer de trabajo a la horda de menestrales desocupados que, cada vez con más frecuencia, se veían pululando por las calles y plazas de la ciudad⁶⁴.

La pauperización de los artesanos, que empezó dejarse notar con especial virulencia en las décadas finales del siglo XVIII, continuó su vertiginoso avance a lo largo del siglo siguiente, afectando sin remedio a las nuevas generaciones de artesanos madrileños. La crisis del artesanado no respetaba grados, y así era que su expansión se produjo tanto en horizontal, por el número cada vez más elevado de artesanos que se veían perjudicados por ella, como en vertical, pues todos ellos, desde los aprendices y los menestrales que trabajaban a jornal en los talleres, hasta los maestros cualificados con años de experiencia en el oficio, se hallaban expuestos a padecer los efectos de la falta de labor y su depreciación como mano de obra. Bajo esta situación, no dejaron de repetirse los casos en que el empobrecimiento producido por el paro manufacturero y por la obtención de unos ingresos cada vez más reducidos llevase a la proletarización de los artesanos, o para decirlo con más exactitud al aplicarlo a la escena madrileña, a su jornalización. No era casualidad que los barrios sureños del casco antiguo concentraran una abundancia de talleres y obradores de todo género y, al mismo tiempo, en sus casas se agolpase el vecindario más pobre y más abandonado de toda la urbe.

La masa de la mano de obra menestral en el Madrid decimonónico trabajaba en su propio domicilio, en determinados puntos a pie de calle o en pequeños talleres donde ejercían su oficio junto al maestro propietario y a un número reducido de aprendices y oficiales. Más reducido era el número de artesanos que desarrollaba su trabajo en los grandes talleres mecanizados y en las instalaciones fabriles, debido al escaso número de éstos con que contaba la ciudad, si bien en los establecimientos existentes podían congregarse varios cientos y hasta miles (caso de la Fábrica de Tabacos) de trabajadores. En cualquier caso, tan pronto como la producción global de manufacturas se veía disminuida y estallaba una crisis de trabajo, los artesanos se veían forzados a salir de los talleres y las factorías y buscarse el sustento mediante la realización de trabajos ocasionales que, como cualquier jornalero recién llegado de las provincias

⁶³ Nieto Sánchez, José A. *Historia del Rastro... op. cit.*, p. 12.

⁶⁴ *Ibíd.*

rurales, podían encontrar en los tajos de la construcción, en las faenas de carga y descarga de mercaderías a las puertas de los mercados o en cualesquiera actividades de poca monta ajenas por completo al oficio que les era propio.

Esta situación de irregularidad en el trabajo artesanal, lejos de ser excepcional, constituía la norma para la mayor parte de los artesanos madrileños a la altura de 1880, incluidos los que ejercían un oficio establecidos en sus propios talleres. De hecho, era bastante frecuente que los profusos obradores y talleres que se alineaban en las calles de la ciudad cerraran sus puertas para volver a abrirlas pasado un tiempo, en el mismo punto o en otro distinto, a causa de las caídas experimentadas en la producción, poniéndose así de manifiesto la falta de regularidad que afectaba al artesanado y la necesidad derivada de ello de encontrar una alternativa ocupacional para subsistir en los momentos en que escaseara el trabajo manufacturero⁶⁵.

Pero el problema del paro y el consiguiente empobrecimiento que los artesanos venían padeciendo desde hacía décadas no era más que uno de los motivos de la descomposición y la decadencia en la que se hallaba el artesanado madrileño a la altura de 1880. Al menos desde mediados del siglo XIX, el proceso de aprendizaje de los oficios, en virtud del cual se accedía a éstos como aprendiz, pasando luego a ser oficial con capacidad para establecerse por cuenta propia y llegar a ser un verdadero maestro artesano, perdió la importancia que tradicionalmente había tenido. A ello contribuyó el incremento de la mecanización de la actividad manufacturera que se produjo desde mediados del ochocientos, especialmente en las industrias del vestido y del zapato –dos de las que mayor número de brazos absorbían–, donde el empleo de máquinas ligeras, como la Singer para la costura del vestido o la Goodyear para coser suela, comenzó a generalizarse⁶⁶.

Sin embargo, fue sobre todo la introducción de ciertas prácticas envilecedoras del estatus de los aprendices por parte de los patronos de talleres e industrias artesanales lo que determinó con mayor fuerza la corrosión de la fase de aprendizaje en el mundo de los oficios. El aprendiz pasó a ser considerado, no como un futuro maestro artesano, sino como un simple menestral asalariado a las ordenes del propietario del taller en el que trabajaba; por no decir de la expansión de la figura del aprendiz meritorio, así

⁶⁵ Nieto Sánchez, José A. *Artesanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*. Madrid: Fundamentos, 2006, pp. 18-19.

⁶⁶ Nadal, Jordi y Catalán, Jordi. *La cara oculta de la industrialización española: la modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*. Madrid: Alianza, 1994, pp. 321-340.

llamado porque los servicios que prestaba no eran remunerados con sueldo alguno, toda vez que se encontraba haciendo méritos en un oficio. A consecuencia de ello, los aprendices se convirtieron en mano de obra barata dedicada a realizar las faenas más arduas y, por lo general, sin utilidad desde el punto de vista del desarrollo de las destrezas y habilidades que conducían a la adquisición de un alto grado de pericia en los oficios. Los jóvenes artesanos asistían impotentes al drama que representaba el espectáculo de ver cómo su etapa como aprendices se prolongaba en el tiempo trabajando como meros asalariados, sin apreciar posibilidad alguna de prosperar en la carrera artesanal para un día llegar a ser oficiales y maestros, y poder establecerse por cuenta propia.

La incertidumbre en la que habían caído los aprendices provocaba que éstos se vieran en la tesitura de cambiar de lugar de trabajo y de oficio con dolorosa frecuencia, tratando de evitar con ello la explotación que padecían por parte de sus superiores. De esta suerte, no era infrecuente que muchos de estos aprendices, desesperados ante la imposibilidad de labrarse un porvenir como artesanos reconocidos y por el estado de sometimiento al que les condenaban aquellos que debían instruirles, decidieran abandonar el trabajo en los talleres y buscarse el sustento como jornaleros allá donde encontraran una oportunidad.

Esta situación, compartida por los distintos oficios y profesiones mecánicas existentes en la urbe madrileña, estaba especialmente extendida en la albañilería. Hasta tal punto era así que, ya en 1853, el abogado Pascual Perier y Gallego en su obra *El Tesoro de albañiles o guía teórico-práctico-legislativa de albañilería*, denunciaba con dureza “las prácticas y costumbres tan rutinarias y viciosas” que afectaban al aprendizaje de los oficios. Perier y Gallego explicaba que, “con cortas pero plausibles excepciones de dignísimos maestros”, los aprendices eran utilizados como verdaderos criados por parte tanto de los maestros como de los oficiales, viéndose condenados a vivir “en una especie de esclavitud”. El muchacho que accedía a la industria de la construcción, observaba Perier y Gallego, solo podía llegar a aprender algo sobre el oficio y a comprender el uso de las herramientas y su manejo, “a fuerza de ver tanto tiempo o de tantear él mismo, si tiene afición, en los momentos de descanso del maestro y oficiales, y de procurar imitarles”⁶⁷. No cabe duda que la utilización cada vez más frecuente de trabajadores jornaleros ajenos a los oficios de la albañilería en los tajos de la

⁶⁷ Perier y Gallego, Pascual. *Tesoro de albañiles o guía teórico-práctico-legislativa de albañilería*. Madrid: Imprenta de Antonio Martínez, 1853, p. 11.

construcción también contribuyó a rebajar el estatus de los aprendices de albañil, en tanto que, en la práctica laboral, unos y otros se veían cumpliendo idénticas faenas y compartiendo un mismo horizonte social⁶⁸.

Los efectos de estas prácticas de explotación laboral que se fueron introduciendo en el mundo de los oficios causaron un daño irreversible al artesanado. La utilización de los aprendices como mano de obra barata provocó la supresión *de facto* del periodo de aprendizaje, lo cual hirió de muerte a la actividad artesanal, pues con ello se atacaba a la esencia misma del artesanado. Al impedir que los aprendices se formaran debidamente y adquirieran los conocimientos y las destrezas necesarias para el ejercicio de los oficios, la propia continuidad de la actividad artesanal en el porvenir quedaba rota, ya que con ello se cerraba la cantera que conformaban aquellos que habrían de ser los maestros artesanos del futuro.

En buena medida, la devaluación del estatus de los aprendices y la destrucción del proceso de aprendizaje estuvo provocada por la abolición de la obligatoriedad de agremiación para ejercer un oficio que establecieron los reales decretos de enero de 1834 y diciembre de 1836. En virtud de dicha abolición, se implantaba la libertad de industria y se ponía fin al monopolio que los Cinco Gremios Mayores de Madrid mantenían desde su fundación en 1667 sobre la producción, distribución e importación de bienes y productos manufacturados en la capital. La desaparición de los gremios dejó a los trabajadores de las industrias artesanales en una situación de cierto desamparo, pues dichos trabajadores quedaban en manos de patronos que no estaban sujetos a límite legal alguno a la hora de emplear a los operarios asalariados para incrementar la producción⁶⁹.

Por otra parte, la libertad de industria que establecían los citados decretos legalizó la actividad de los fabricantes ajenos al mundo corporativo de los gremios, los cuales habían sido enemigos tradicionales de los artesanos debido a la fuerte competencia que les hacían. Los viejos competidores paragremiales de los artesanos se

⁶⁸ En relación el intrusismo de jornaleros en el oficio de la albañilería, el diario madrileño *El Nuevo Observador*, en su edición del 20 de junio de 1852, hacía una interesante apreciación: “Atribúyese la frecuencia con que se repiten de algún tiempo a esta parte las desgracias en las obras, a que la necesidad impele a muchos jornaleros a dedicarse improvisadamente a la albañilería; y como para desempeñar este oficio es menester haber adquirido desde la infancia la costumbre de andar por los andamios, se ha de tener cierta seguridad contra los vértigos, los que carecen de esta circunstancia pierden en momentos dados la serenidad y de aquí resultan esas numerosas y tristes catástrofes que lamentamos diariamente”

⁶⁹ Nieto Sánchez, José A. *Artisanos y mercaderes...*, *op. cit.*, p. 378.

vieron entonces sin freno de ningún tipo y con vía libre para desarrollar sus negocios. Así emergió toda una pléyade de fabricantes, comerciantes e inversores deseosos de aprovechar la nueva oportunidad que se abría en la economía madrileña. Con una mentalidad plenamente insertada en la lógica empresarial y alejada a años luz del esquema de producción tradicional de los minúsculos obradores y talleres madrileños, los productores modernos supieron sacar el máximo partido al nuevo escenario, acaparando para sí la actividad manufacturera y las grandes ventas, hasta llegar a convertirse en los nuevos dueños del mercado.

El aumento de la demanda de bienes manufacturados que acompañó al crecimiento demográfico de Madrid desde mediados del siglo XIX, no se tradujo de este modo en una mejora generalizada de la situación profesional, económica y social de los artesanos en tanto que productores de dichos bienes, sino que fueron unos pocos fabricantes quienes, a través de la inversión y el aumento de su capacidad productiva, se hicieron con el dominio de la creciente demanda de artículos de consumo en la capital. De esta manera, al mismo tiempo que se fue generando un pequeño núcleo de fabricantes capaz de enriquecerse en un grado desconocido hasta entonces, los artesanos tradicionales, que constituían la masa de los productores de Madrid, fueron desplazados a la periferia de la economía urbana, teniendo que subsistir mediante la ejecución de trabajos de poca monta.

Es paradigmático en este sentido el caso de los zapateros. Aunque a la altura de 1880 los artesanos del zapato seguían constituyendo un contingente numeroso entre los trabajadores del suroeste del casco antiguo, su situación había variado notablemente con respecto al clásico maestro zapatero que trabajaba por cuenta propia y disfrutaba de plena autonomía laboral. El protagonismo que adquirieron los grandes fabricantes en la industria del calzado, que contaban con grandes talleres donde producían en masa y a un precio barato, provocó el arrinconamiento de los zapateros que ejercían humildemente su oficio en pequeños talleres y en sus propios domicilios. Al no poder competir con la producción a gran escala y a bajo precio de los nuevos fabricantes, los artesanos del calzado se vieron obligados a ponerse al servicio de contratistas que les entregaban la materia prima para producir unidades a destajo. De ello daba cuenta José Rodríguez Mourelo en su informe presentado a la Comisión de Reformas Sociales en 1883. En él observaba cómo “el extraordinario el número de obreros zapateros y su habilidad, que no pueden superar las máquinas cortadoras y cosedoras” había provocado que el trabajo

manual a domicilio resultara “mejor y más económico”⁷⁰. Los industriales que vieron las posibilidades que ofrecía la utilización de los zapateros como mano de obra a su servicio, no dudaron en emplear a éstos para hacer negocio, el cual consistía en entregar la materia prima en bruto a los fabricantes humildes que trabajaban en sus casas, para después recoger el producto acabado e introducirlo en el circuito comercial.

La distinción tradicional entre maestros, oficiales y aprendices fue así diluyéndose hasta abandonar la importancia que en su día había tenido. Poco a poco, los zapateros madrileños perdieron la característica independencia del oficio y vieron caer su posición hasta situarse al nivel de la de los obreros asalariados⁷¹. Otros trabajadores del calzado tuvieron que sobrevivir en este contexto de crisis del oficio como zapateros remendones, arreglando zapatos viejos y destripando piezas para revender los materiales aprovechables. Ciertamente, eran zapateros independientes que seguían trabajando con sus propias herramientas y en sus propios domicilios, pero, como señalaba Baroja en la cita que encabeza este capítulo, tuvieron que “abandonar la lezna y el tirapié para dedicarse a las tenazas y a la cuchilla; de crear, a destruir; de hacer botas nuevas, a destripar botas viejas”.

Mientras este fenómeno se extendía entre la masa de los artesanos, un reducido grupo de productores fabricantes supo beneficiarse de las novedades acontecidas en el mercado de trabajo y constituirse en la nueva élite industrial. Entre los fabricantes que alcanzaron una posición destacada a base de acumular capital para invertirlo en la compra de máquinas, en el establecimiento de talleres más espaciosos y en la contratación de menestrales asalariados para aumentar la producción y obtener mayores cotas de mercado, se encuentran algunos casos destacados, como los de José Soldevilla y Camilo Laorga, cuya trayectoria es ilustrativa de las transformaciones registradas en el sector transformador de Madrid durante las décadas centrales del siglo XIX.

José Soldevilla, nacido en Lérida en 1829, llegó a la ciudad del Manzanares a la edad de 22 años, después de haber aprendido el oficio de zapatero en su ciudad natal y de pasar tres años trabajando a jornal en varios talleres de Barcelona. Tras cinco años de trabajo como oficial de zapatero en distintos talleres madrileños, en 1856 José

⁷⁰ *Reformas Sociales. Tomo II. Información escrita practicada en virtud de la Real orden de 5 de Diciembre de 1883*. Madrid: Manuel Minuesa de los Ríos, 1890, p. 140.

⁷¹ Este proceso ha sido estudiado con detalle por: Nadal, Jordi. “La transición del zapato manual al zapato ‘mecánico’ en España”. Nadal, Jordi. y Catalán, Jordi (eds.). *La cara oculta de la industrialización española. La modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*. Madrid: Alianza Universidad, 1994, pp. 321-340; Hobsbawm, Eric J. “Zapateros políticos”. Hobsbawm, Eric J. *Gente poco corriente*. Barcelona: Crítica, 1999, pp. 29-56.

Soldevilla reunió el dinero suficiente para establecerse en su propio taller, que abrió en la calle de Jacometrezo. Con gran visión de futuro, no tardó en advertir que si quería prosperar en la industria del zapato, su taller no podía funcionar únicamente con la energía muscular y la habilidad de sus manos, de manera que Soldevilla se fijó como objetivo la adquisición de maquinaria para la fabricación de calzado. Esto lo consiguió en 1867, después de ganarse el favor de algunos inversores que aportaron el capital necesario para adquirir la moderna maquinaria con la que Soldevilla transformaría su modesto taller en un verdadero centro fabril. En efecto, los beneficios que esta medida le reportó fueron tales que, pocos años después de introducir la maquinaria, se vio en condiciones de poder trasladar su industria a un gran taller ubicado en el Ensanche Norte. En 1874, más de 600 operarios de ambos sexos trabajaban en las instalaciones de Soldevilla, las cuales generaban un volumen de producción que alcanzaba los 17.000 pares de botinas al mes⁷².

Al igual que José Soldevilla, Camilo Laorga llegó a la capital a comienzos de la década de 1850 desde su Benilloba natal, un pequeño pueblo de la provincia de Alicante perteneciente al partido judicial de Alcoy. Su carácter emprendedor ya se dejó sentir cuando, después de establecerse como carpintero en un obrador abierto en los arrabales del sur de Madrid, no despreció la oportunidad de llegar a un público más amplio y aumentar su clientela por medio de los sucintos anuncios que se publicaban en la cuarta plana del *Diario de Avisos de Madrid*. El gran salto en la carrera profesional de Laorga se produjo después de entrar en contacto con el reputado ebanista catalán Francisco Amorós, en cuya fábrica de Barcelona se producían las más elegantes mesas de billar con tableros de piedra de toda España. Laorga consiguió convertirse en el representante oficial en la capital española de Francisco Amorós, que poseía un almacén en las cercanías de la plaza de Lavapiés. Este puesto le permitió aprender los secretos de la construcción y el comercio de las mesas de billar, un negocio altamente lucrativo teniendo en cuenta que el juego de billar en la segunda mitad del siglo XIX estaba reservado a las clases adineradas de la sociedad. En 1864, Camilo Laorga abrió su propia fábrica de mesas de billar, en la cual, a la altura de 1879, se empleaban un total de 55 operarios⁷³.

⁷² Sobre la biografía de José Soldevilla, véase: Pallol Trigueros, Rubén. *El Madrid moderno...*, op. cit., pp. 201-202.

⁷³ Sobre la biografía de Camilo Laorga, véase: Vicente Albarrán, Fernando. *Los barrios negros...*, op. cit., pp. 196-202.

Estos casos pueden servir de ejemplo para ilustrar la transformación registrada en el sistema productivo madrileño desde mediados del siglo XIX. Aquellos que vislumbraron el sino de los nuevos tiempos y supieron desarrollar una estrategia adecuada para satisfacer la demanda de bienes tanto de uso común como de lujo a través de la producción a gran escala y las grandes ventas, encontraron en los años del cambio una oportunidad incomparable para enriquecerse de forma extraordinaria. Al mismo tiempo, el desarrollo que adquirió en esta etapa la explotación de nuevos negocios, como el ferrocarril, se tradujo en la irrupción de compañías capitalistas que introdujeron una nueva concepción en la organización del trabajo y establecieron grandes complejos industriales. Ahora bien, la aparición de nuevas ideas, prácticas y tecnologías en la fabricación manufacturera no se tradujo en una mejora generalizada de la situación de los trabajadores de la producción, sino que, por el contrario, precipitó el hundimiento del artesanado y desvalorizó la posición laboral de los artesanos. Solo un reducido segmento de la clase artesanal se vio favorecido por los cambios registrados en la economía madrileña en las décadas centrales del siglo XIX. Así, mientras una minoría pudo llegar a gozar de una prosperidad nunca vista, la mayor parte de los artesanos, que permaneció trabajando humildemente en los talleres dedicados a la producción de pequeña escala, fue desplazada a la periferia del mercado laboral, convirtiéndose en elementos dependientes de fabricantes y contratistas más poderosos y asistiendo, sin poder remediarlo, a la depreciación social de su estatus profesional.

4. 2. 2. Los últimos vestigios del artesanado y el auge de la descualificación laboral

Una rápida mirada a la estructura ocupacional del suroeste del casco antiguo madrileño en 1880 basta para comprobar hasta qué punto los artesanos redujeron su peso con respecto al resto de trabajadores y quedaron reducidos a un pequeño núcleo situado en la periferia del mercado laboral. Entre los habitantes de esta zona de la ciudad, figuraban registrados en el empadronamiento de dicho año 2.135 trabajadores dedicados a oficios artesanales, que representaban el 14,2 % de la fuerza de trabajo masculina. El 76,5 % de ésta se concentraba en diez grupos laborales bien definidos, de los cuales tan solo cuatro eran de corte artesanal, siendo los jornaleros quienes constituían el grupo más numeroso: un total de 6.392 vecinos se declaraban como tal en el empadronamiento, alcanzando el 42,7 % de la fuerza laboral.

Las actividades artesanales que mayor número de brazos absorbían entre los trabajadores de los barrios meridionales del interior de Madrid eran las relacionadas con la industria del calzado (4,5 % de la mano de obra del vecindario), las vinculadas a la albañilería (4 %) y la industria del vestido (2 %). Del mismo modo, entre las ocupaciones del sector secundario que concentraban un número de trabajadores superior a 50, se encontraban varios oficios artesanales, tales como zapatero, sastre, ebanista, sombrerero, guarnicionero o sillero.

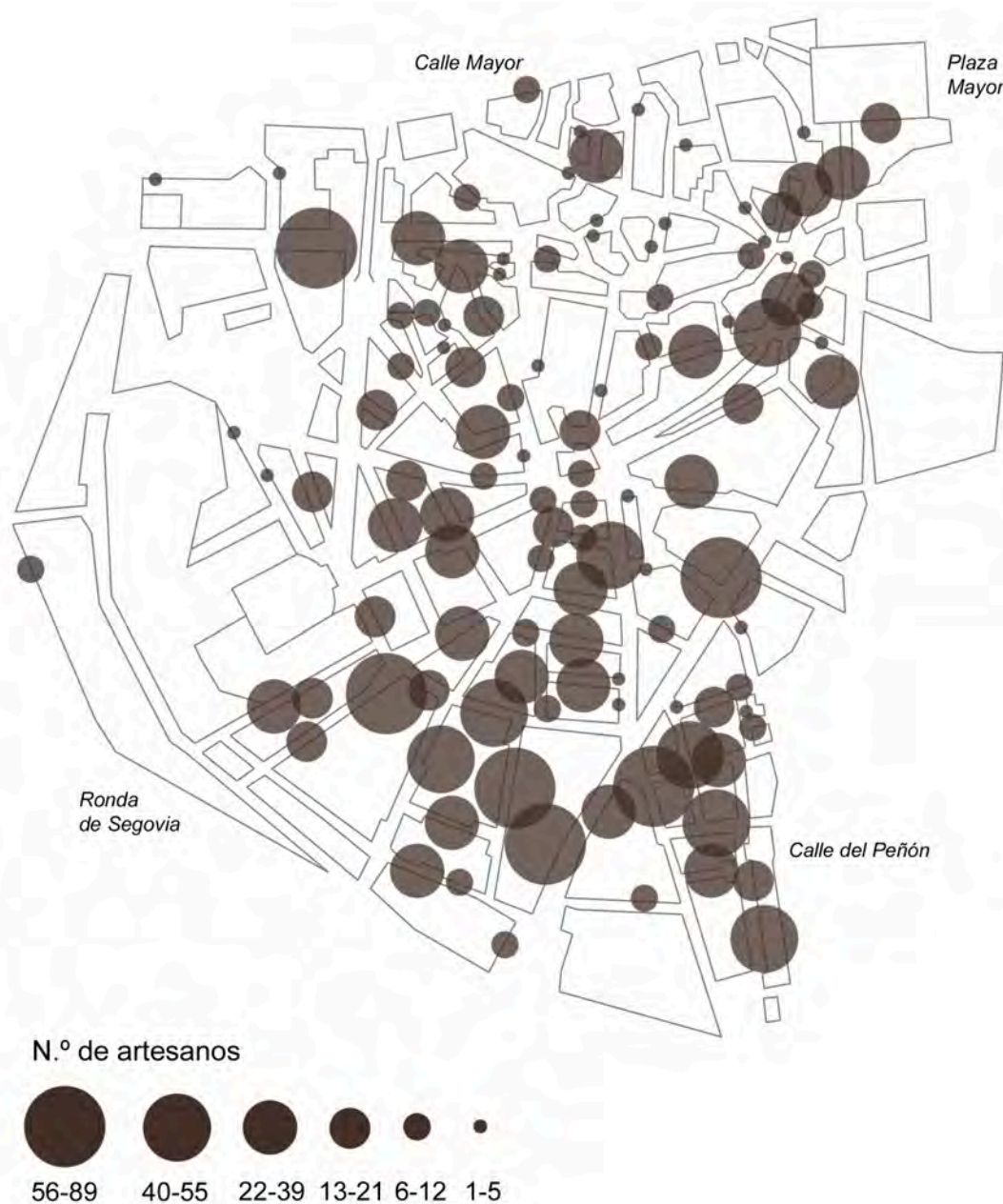
Desde el punto de vista cualitativo, lo más llamativo es apreciar hasta qué punto los grados internos de distinción en los oficios artesanales y del trabajo manual cualificado en general se fueron diluyendo sobre la base de una tendencia a la asalarización del trabajo. Así, por ejemplo, José Rodríguez Mourelo, en su citado informe a la Comisión de Reformas Sociales de 1883, explicaba que el procedimiento de trabajo en la industria del vestido en Madrid que se había impuesto a la altura de dicho año consistía en la contratación por parte de un maestro con un oficial de la confección de las prendas que posteriormente hacían en sus casas jornaleros dependientes del segundo⁷⁴. El expresado autor también observaba la presencia de un abuso bastante extendido entre los jornaleros de sastrería, en buena medida propiciado por la precariedad que caracterizaba el trabajo en este sector:

“Cuidase el oficial –escribía Rodríguez Mourelo– de dejar los sábados por la noche algunas prendas sin acabar, cosa que los obreros deben hacer el domingo desde las ocho de la mañana hasta las once y media, y aún más tarde, sin que la mayor parte de las veces se les abone jornal alguno”⁷⁵.

⁷⁴ *Reformas Sociales. Tomo II. Información escrita practicada en virtud de la Real orden de 5 de Diciembre de 1883*. Madrid: Manuel Minuesa de los Ríos, 1890, p. 139.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 140.

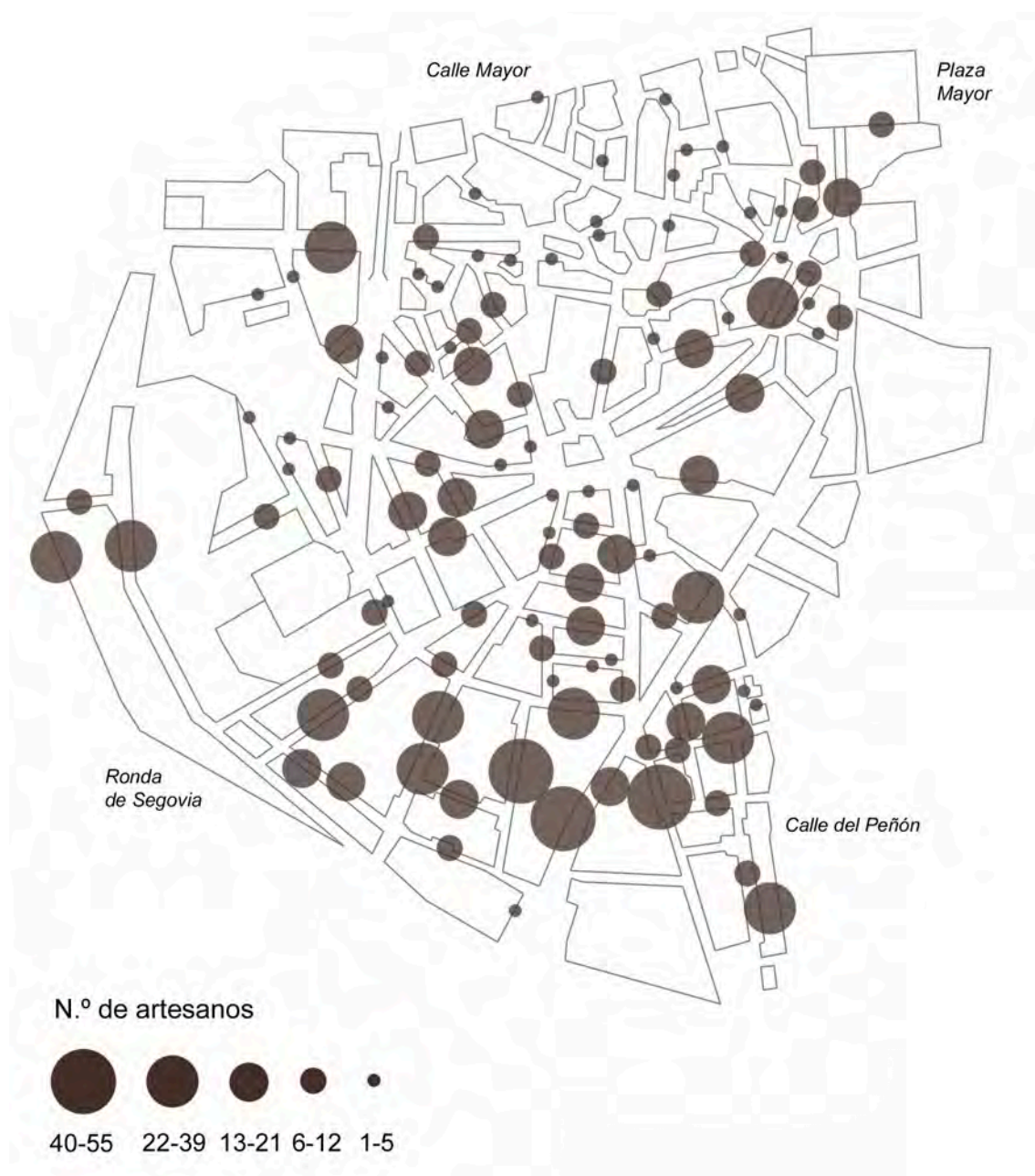
Fig. 4.7. Localización de los artesanos* residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

***Nota:** Conjunto de los trabajadores dedicados al ejercicio de oficios artesanales, clasificados en los subgrupos HISCO 711, 728, 734, 761, 773, 776, 778, 779, 791, 792, 793, 795, 796, 799, 801, 803, 810, 811, 819, 831, 834, 839, 892, 893 941, 942, 949, 954, 986.

Fig. 4.8. Localización de los artesanos residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

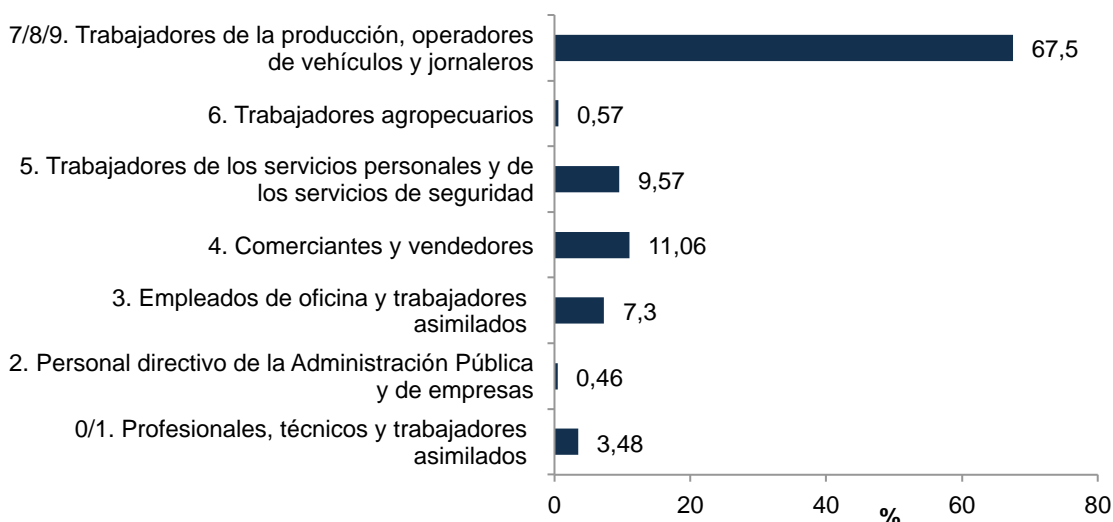


Fig. 4.9. Estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880.

Nota: La muestra de población tomada para la elaboración de este gráfico y los referidos a la estructura ocupacional masculina de 1880 es de 14.963 varones mayores de 12 años de edad residentes en el suroeste del casco antiguo de Madrid. Dicha cifra representa el 86,87 % del total de la población masculina en edad laboral (mayor de 12 años) de la mencionada zona, cuyo número asciende a 17.226 varones. Los 2.263 vecinos excluidos de la muestra lo han sido por no declarar profesión o consignar alguna ocupación no susceptible de ser clasificada en ninguna categoría de la estructura ocupacional.

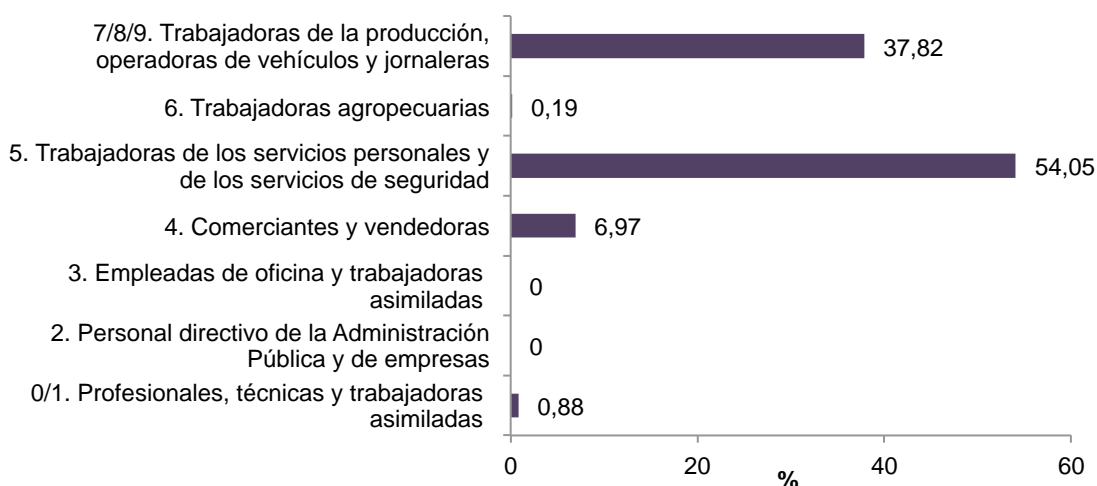


Fig. 4.10. Estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880.

Nota: La muestra de población tomada para la elaboración de este gráfico y los referidos a la estructura ocupacional femenina de 1880 es de 5.143 mujeres mayores de 12 años de edad residentes en el suroeste del casco antiguo de Madrid. Dicha cifra representa el 26,93 % del total de la población femenina en edad laboral (mayor de 12 años) de la mencionada zona, cuyo número asciende a 19.107 mujeres. Las 13.964 vecinas excluidas de la muestra lo han sido por no declarar profesión o consignar alguna ocupación no susceptible de ser clasificada en ninguna categoría de la estructura ocupacional.

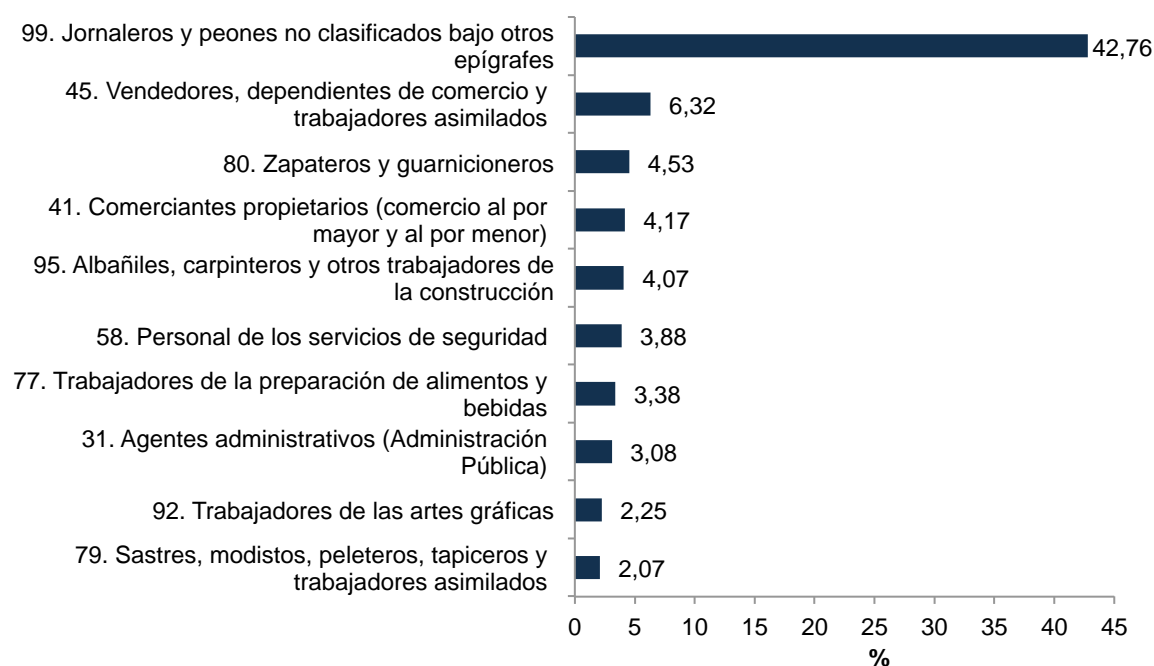


Fig. 4.11. Principales subgrupos de la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880.



Fig. 4.12. Principales subgrupos de la estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880.

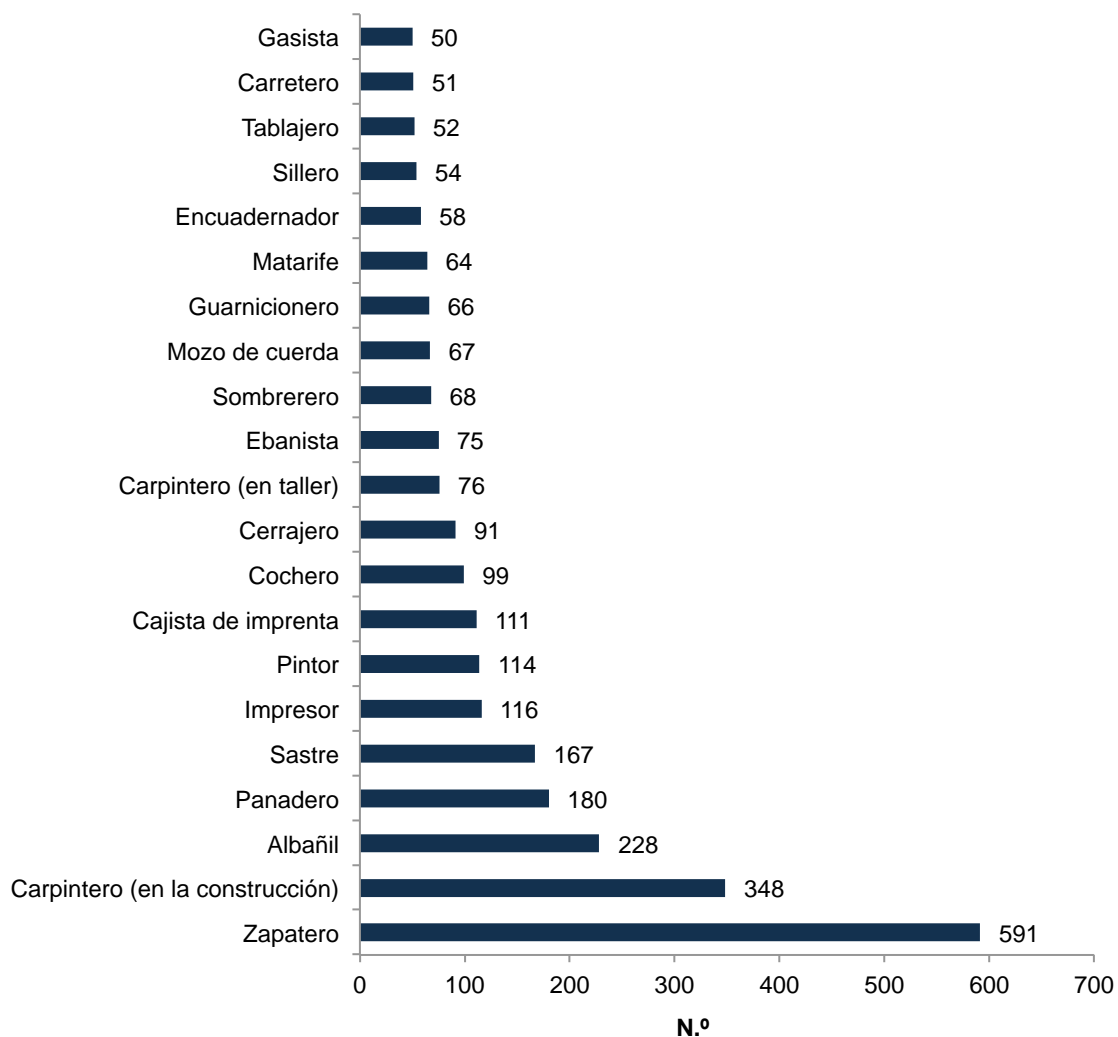


Fig. 4.13. Oficios del trabajo manual que concentran 50 trabajadores o más entre la población masculina del suroeste del casco antiguo, 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880.

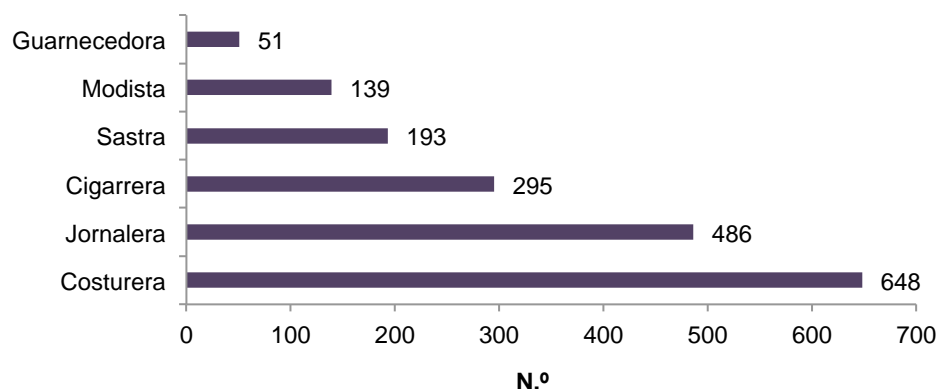


Fig. 4.14. Ocupaciones del trabajo manual que mayor número de trabajadoras absorben entre la población femenina del suroeste del casco antiguo, 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880.

La descomposición del mundo de los oficios que se evidenciaba en 1880 continuó su marcha vertiginosa a lo largo de las décadas siguientes. Entre 1880 y 1905, los trabajadores que ejercían oficios artesanales descendieron un 43,2 %, y el peso del conjunto de los artesanos en la estructura ocupacional descendió del 14,2 % al 8,1 %, haciéndose visible el declive en todos los barrios del suroeste del casco antiguo. Del mismo modo, el carácter global de la crisis del artesanado se hacía notar en el hecho de que todos los oficios que lo conformaban se vieron perjudicados por ella, siendo los que más fuertemente descendieron aquellos que ya en 1880 tenían sus filas muy mermadas, como los artesanos del dorado, que bajaron un 83,3 %, y los de la pasamanería, cordonería y cordonería, cuyo descenso fue del 78 %. Las ocupaciones relacionadas con la preparación de alimentos y bebidas también se encontraban entre las que más cayeron en dichos años (53,8 %). El resto de oficios artesanales experimentaron una bajada de entre el 30 % y el 40 %, a excepción de la labra del metal, cuyo número de trabajadores dedicados a esta actividad descendió un 27,2 %. Igualmente, como producto de este declive generalizado del artesanado, un total de sesenta oficios artesanales registrados entre los trabajadores de ambos sexos en el empadronamiento de 1880 correspondiente al vecindario del suroeste del casco antiguo, se extinguieron a comienzos del siglo XX.

El contingente más numeroso de trabajadores artesanos en 1905 siguió concentrándose en la industria del calzado y en la del vestido, si bien los zapateros y guarnicioneros registraron una caída del 38,7 %, mientras que los sastres, tejedores y demás trabajadores de los tejidos bajaron un 39,1 % (ver Tabla 4.1.).

La degradación de la posición socioeconómica de la clase artesanal se hace manifiesta al comprobar el precio del alquiler que satisfacían los hogares encabezados por los trabajadores que ejercían oficios artesanales y las cantidades salariales consignadas por dichos trabajadores en el empadronamiento municipal de 1880. El 62,7 % de los hogares del suroeste del casco antiguo encabezados por trabajadores manuales vivían en cuartos cuyo precio de alquiler era muy bajo (inferior a 15 pesetas al mes). Los artesanos que se hallaban en peor situación desde el punto de vista de la vivienda que habitaban eran los zapateros (el 51,4 % de éstos vivían en cuartos de alquiler muy bajo), los albañiles (60 %) y los silleros (70,8 %), que no se hallaban lejos de la proporción que alcanzaban los hogares encabezados por jornaleros (74,5 %).

En cuanto a los índices salariales, encontramos que, situándose la media del trabajo manual en 2,18 pesetas de jornal diario, la mayor parte de los jornales que se pagaban en los oficios artesanales tradicionales se situaban por debajo de dicha media,

hallándose así en consonancia con las cantidades que percibían los jornaleros.



Fig. 4.15. Williams, Leonard. Zapatero de viejo en la Ronda de Toledo. Fotografía. c. 1900.

Fuente: Williams, Leonard. *Toledo and Madrid. Their records and romances*. Londres: Cassell and company, 1903.



Fig. 4.16. Sánchez García, Alfonso. Fabricante de soplillos. Fotografía. c. 1905.

Fuente: Estudio Fotográfico Alfonso, Archivo General de la Administración. N.º de ref.: 024859.

Actividad artesanal	1880	1905	Descenso (núm.)	Descenso (%)
Artesanos constructores de instrumentos	17	9	8	47,05
Artesanos del vidrio y la cerámica	55	33	22	40
Artesanos de la labra del metal	169	123	46	27,21
Artesanos de la madera	245	144	101	41,22
Artesanos del cuero	75	41	34	45,33
Artesanos del curtido	16	10	6	37,5
Artesanos del zapato	597	366	231	38,69
Artesanos de los tejidos	309	188	121	39,15
Artesanos de la pasamanería, la cordonería y la cordelería	41	9	32	78,04
Artesanos del dorado	18	3	15	83,33
Artesanos del papel	27	14	13	48,14
Artesanos de la preparación de alimentos y bebidas	505	233	272	53,86
Otros artesanos manufactureros	61	40	21	34,42

Tabla 4.1. Descenso del número de artesanos, distinguiendo la actividad artesanal, en la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo, 1880-1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 y 1905.

Relación de oficios extinguidos entre los artesanos

Albarquero	Escobero	Molinero triturador
Aparador	Espadero	Muladero
Arreglador de sillas	Esterero	Naipero
Arriero	Fabricante de espejos	Organista
Bordador	Follero	Paragüista
Calesero	Grabador en madera	Pintor de camas
Cedacero	Jabonero	Plomero
Cincelador	Manguitero	Pulimentador
Constructor de carruajes	Maqueador	Repujador
Corchero	Marcador de teja	Tejedor de seda
Cordista	Marroquiner	Tirador de oro
Costurero de alfombras	Medidor	Trallero
Cuadrero	Modelista	Tronquista
Damasquinador	Moldeador de piedra	Vinagrero

Tabla 4.2. Oficios artesanales declarados por los trabajadores del suroeste del casco antiguo en el empadronamiento de 1880, que no vuelven a registrarse entre dicho vecindario en los empadronamientos de 1905 y 1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 y 1905.

Capítulo 5. Jornaleros y sirvientas: el rostro de la precariedad laboral

“Lo importante era conseguir, fuese como fuese, un par de pesetas todos los días”.

Blasco Ibáñez, Vicente. *La Horda*. Valencia: Prometeo, 1905, p. 322.

5. 1. De artesanos a jornaleros

Con la entrada en el siglo XX, la ciudad de Madrid asistió a la culminación del proceso de jornalización vinculado a la descomposición del tradicional mundo de los oficios y a la intensificación de los flujos migratorios del campo a la capital. La profunda transformación que experimentó la sociedad y la economía madrileñas desde las décadas centrales del ochocientos, cuyos efectos más inmediatos se observaron en el mercado de trabajo, abrió un panorama laboral muy distinto del que se había conocido hasta entonces. La disolución del artesanado, el incremento de la asalarización del trabajo y el impulso que adquirió el sector de la construcción, unido a la afluencia masiva de inmigrantes rurales sin formación en los oficios urbanos, provocó un aumento sin precedentes de los jornaleros, los cuales llegaron a constituir en 1905 el contingente más nutrido, con abrumadora diferencia, del conjunto de los trabajadores madrileños.

La tendencia a la jornalización de la fuerza de trabajo que se había venido anunciando desde mediados del siglo XIX, debido a la demanda de mano de obra abundante y barata que requirió la puesta en marcha las grandes obras públicas y la ejecución de los proyectos urbanísticos del Madrid moderno, acabó consolidándose durante las primeras décadas de la Restauración, hasta conformar un nuevo modelo organizativo de la fuerza laboral. La diferencia principal respecto al anterior modelo de estructura ocupacional residía en el grado de cualificación de la masa de los

trabajadores, ya que la jornalерización se basó en el arrinconamiento de los artesanos y los trabajadores manuales especializados y en la multiplicación del número de jornaleros y peones sin oficio.

El nivel de cualificación profesional de la población activa no era sino el reflejo del perfil que había adquirido la estructura económica de Madrid en los albores del siglo XX. Con una economía poco productiva y poco diversificada, una industria apenas naciente y una actividad manufacturera aún dominada por los pequeños talleres y escasamente mecanizada, el sector de la construcción se erigió como el principal motor de la vida económica madrileña y de la creación de empleo. Ahora bien, el protagonismo que poseía la construcción en la economía capitalina estaba directamente condicionado por la disponibilidad de una cantera de mano de obra descualificada y barata, capaz de ser renovada constantemente gracias a los flujos migratorios de campesinos sin recursos y por la destrucción de puestos de trabajo en la producción artesanal.

El aumento de la presión demográfica que comenzó a percibirse desde los años centrales del siglo XIX, a consecuencia de la inmigración de población rural y la aceleración del proceso de urbanización, contribuyó decisivamente a la alteración del paisaje laboral madrileño. La estructura económica de la urbe, incapaz de absorber el ingente número de personas que año tras año llegaban hasta las calles de Madrid en busca de trabajo y subsistencia, hubo de reconvertirse por completo. Fue en este contexto en el que se formó la clase jornalera, nutrida de inmigrantes rurales y de trabajadores de oficio empobrecidos, quienes, empujados por la miseria, se vieron en la necesidad de hallar un modo de ganarse la vida en el amplio horizonte de la precariedad laboral urbana.

Observamos así que la importancia que adquirieron los jornaleros en la estructura ocupacional a comienzos del siglo XX obedece a varias causas. Entre ellas, la demora con que se desarrolló la industrialización ha sido subrayada como una de las principales¹. A diferencia de otras ciudades del panorama nacional y europeo, Madrid

¹ García Delgado, José Luis. “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española”. Nadal, Jordi y Carreras, Albert (dir. y coord.). *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*. Barcelona: Ariel, 1990, pp. 219-256; García Delgado, José Luis. “Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna”. García Delgado, José Luis. (coord.). *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares. VIII Coloquios de Historia Contemporánea de España*. Madrid: Siglo XXI, 1992, pp. 405-414; García Delgado, José Luis. y Carrera Troyano, Miguel. “Madrid, capital económica”. Germán, Luis, Llopis, Enrique, Maluquer de Motes, Jordi y Zapata,

no conoció un verdadero proceso industrializador en el siglo decimonónico, y su paisaje productivo a lo largo de dicho siglo continuó estando dominado por los clásicos obradores y talleres artesanales². Siendo escasas las grandes fábricas donde encontrar un empleo, los inmigrantes rurales que cada año llegaban en masa a la capital y que optaban por desempeñar algún oficio manual solo podían hacerlo en los mencionados obradores y talleres. Sin embargo, el acceso a éstos era muy dificultoso para los campesinos inmigrantes, ya que las redes de parentesco y paisanaje existentes entre los trabajadores autóctonos jugaban un importante papel a la hora de entrar a trabajar en alguna de las manufacturas madrileñas. De esta manera, las puertas de dichas manufacturas se hallaran, en la práctica, cerradas para los trabajadores forasteros.

Asimismo, la falta de formación en los oficios urbanos que acusaban los inmigrantes recién llegados a la capital desde los más diversos rincones de la geografía rural española les impedía optar a tales oficios, pues los conocimientos y las habilidades que los inmigrantes pudieran poseer en el trabajo agrario resultaban inservibles en los talleres. A todo ello se unía la crisis en que había caído el artesanado madrileño, la cual no solo no atraía hacia sí nuevos brazos, sino que provocó una espiral de empobrecimiento de los obreros artesanos y de destrucción de puestos de trabajo que terminaría por hundir en la ruina a las manufacturas tradicionales.

Ante esta situación, solo la construcción podía ofrecer verdaderas oportunidades de empleo a las masas de trabajadores inmigrantes que aflúan a la capital. Visto desde esta perspectiva, se comprende que el vigoroso crecimiento de este sector durante el siglo XIX fuera acompañado del proceso de jornalización, ya que la construcción requería un abundante número de obreros que, esencialmente, realizaran operaciones de fuerza muscular. Los inmigrantes rurales resultaron ser los candidatos idóneos para ejecutar dichas faenas, pues, al carecer de opciones de empleo en el trabajo cualificado, se vieron arrastrados hacia el trabajo jornalero que proporcionaban los tajos. En este sentido, la importancia del sector de la construcción en el proceso de formación del Madrid moderno fue crucial, ya que tuvo la capacidad necesaria para generar puestos de

Santiago (eds.). *Historia económica regional de España. Siglos XIX y XX*. Barcelona: Crítica, 2001, pp. 209-237.

² Sobre el panorama industrial tradicional madrileño, véase: Capella, Miguel. *La industria de Madrid. Ensayo histórico-crítico de la fabricación y artesanía madrileña*. Madrid: Artes Gráficas y Ediciones, 1962; Bahamonde Magro, Ángel y Toro, Julián. *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1978. Sobre la distribución por distritos del sector secundario madrileño, véase: VV.AA. *Establecimientos tradicionales madrileños*. 8 vols. Madrid: Cámara de Comercio e Industria, 1980-1988.

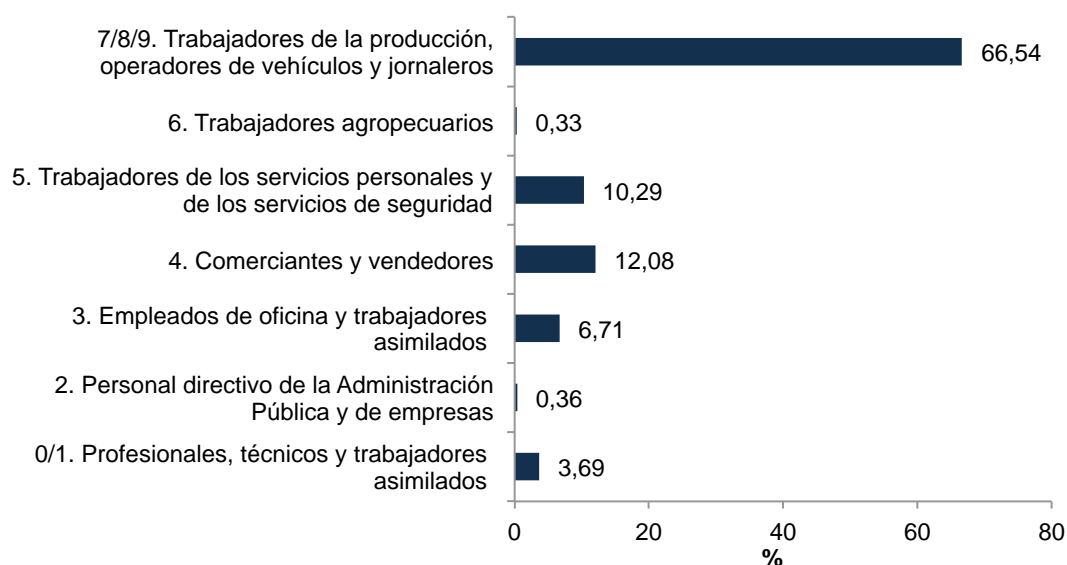


Fig. 5.1. Estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905.

Nota: La muestra de población tomada para la elaboración de este gráfico y los referidos a la estructura ocupacional masculina de 1905 es de 14.213 varones mayores de 14 años de edad residentes en el suroeste del casco antiguo de Madrid. Dicha cifra representa el 85,73 % del total de la población masculina en edad laboral (mayor de 14 años) de la mencionada zona, cuyo número asciende a 16.579 varones. Los 2.366 vecinos excluidos de la muestra lo han sido por no declarar profesión o consignar alguna ocupación no susceptible de ser clasificada en ninguna categoría de la estructura ocupacional.

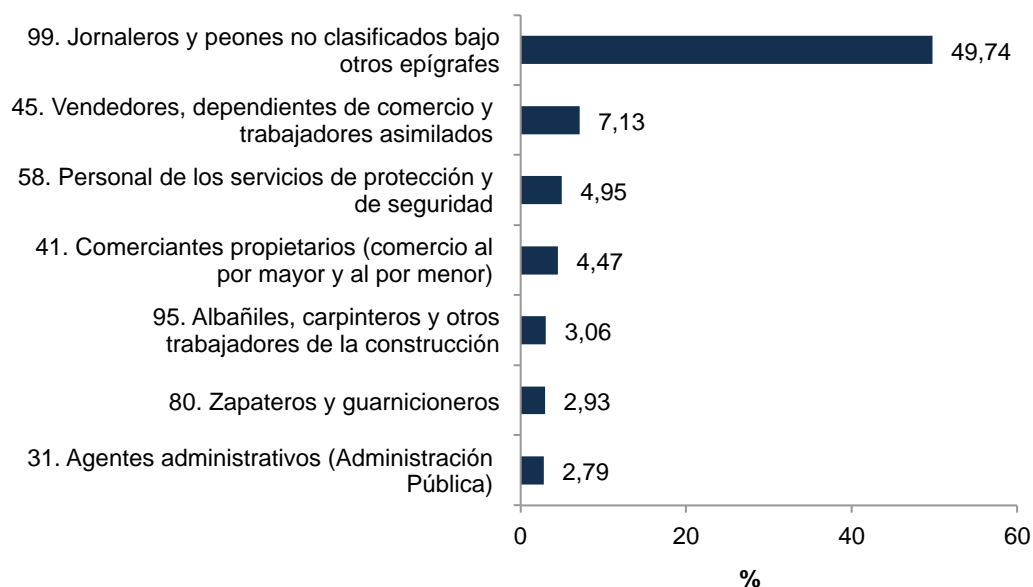


Fig. 5.2. Principales subgrupos de la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905.

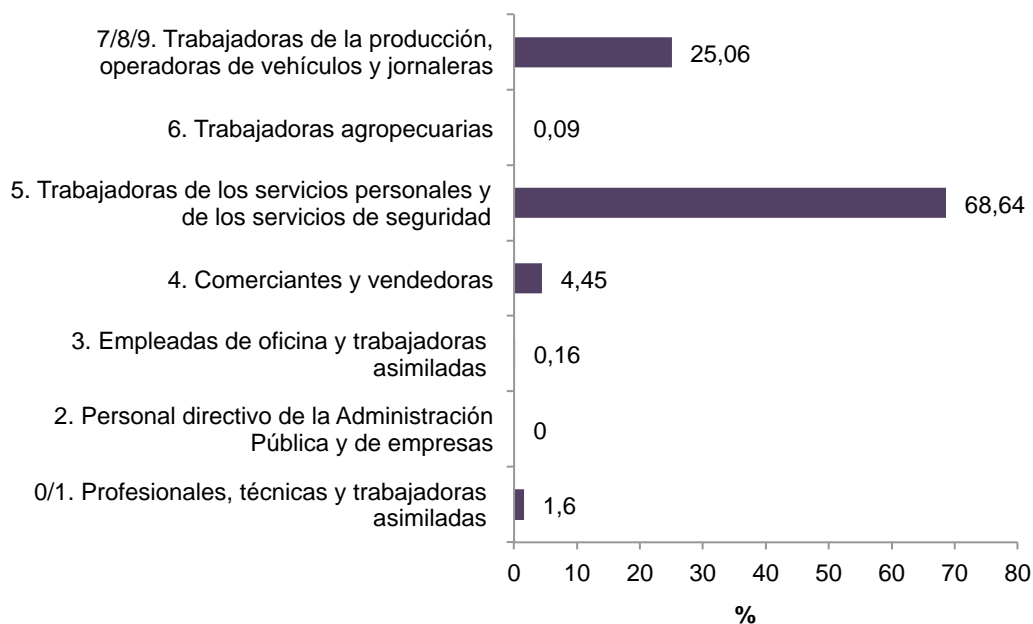


Fig. 5.3. Estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905.

Nota: La muestra de población tomada para la elaboración de este gráfico y los referidos a la estructura ocupacional femenina de 1905 es de 3.192 mujeres mayores de 14 años de edad residentes en el suroeste del casco antiguo de Madrid. Dicha cifra representa el 16,27 % del total de la población femenina en edad laboral (mayor de 14 años) de la mencionada zona, cuyo número asciende a 19.619 mujeres. Las 16.427 vecinas excluidas de la muestra lo han sido por no declarar profesión o consignar alguna ocupación no susceptible de ser clasificada en ninguna categoría de la estructura ocupacional.

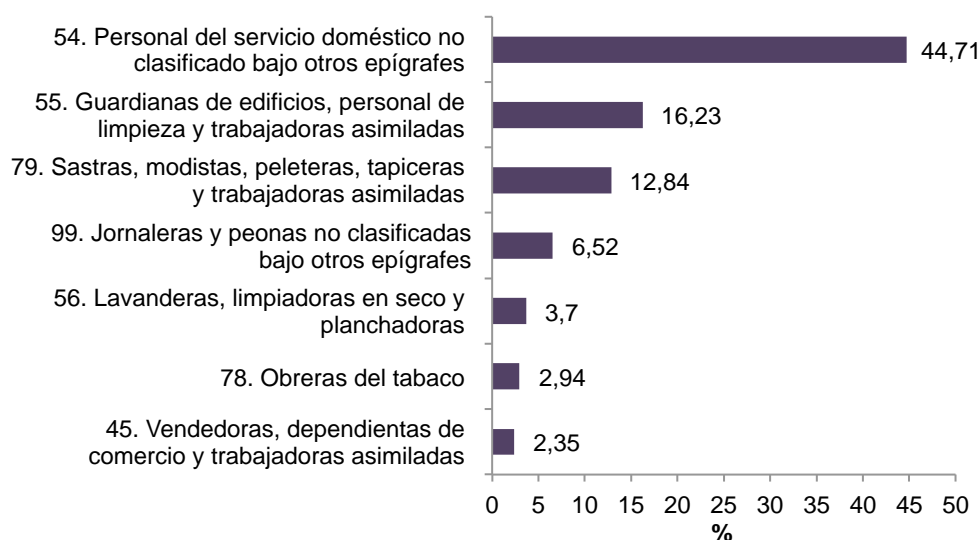
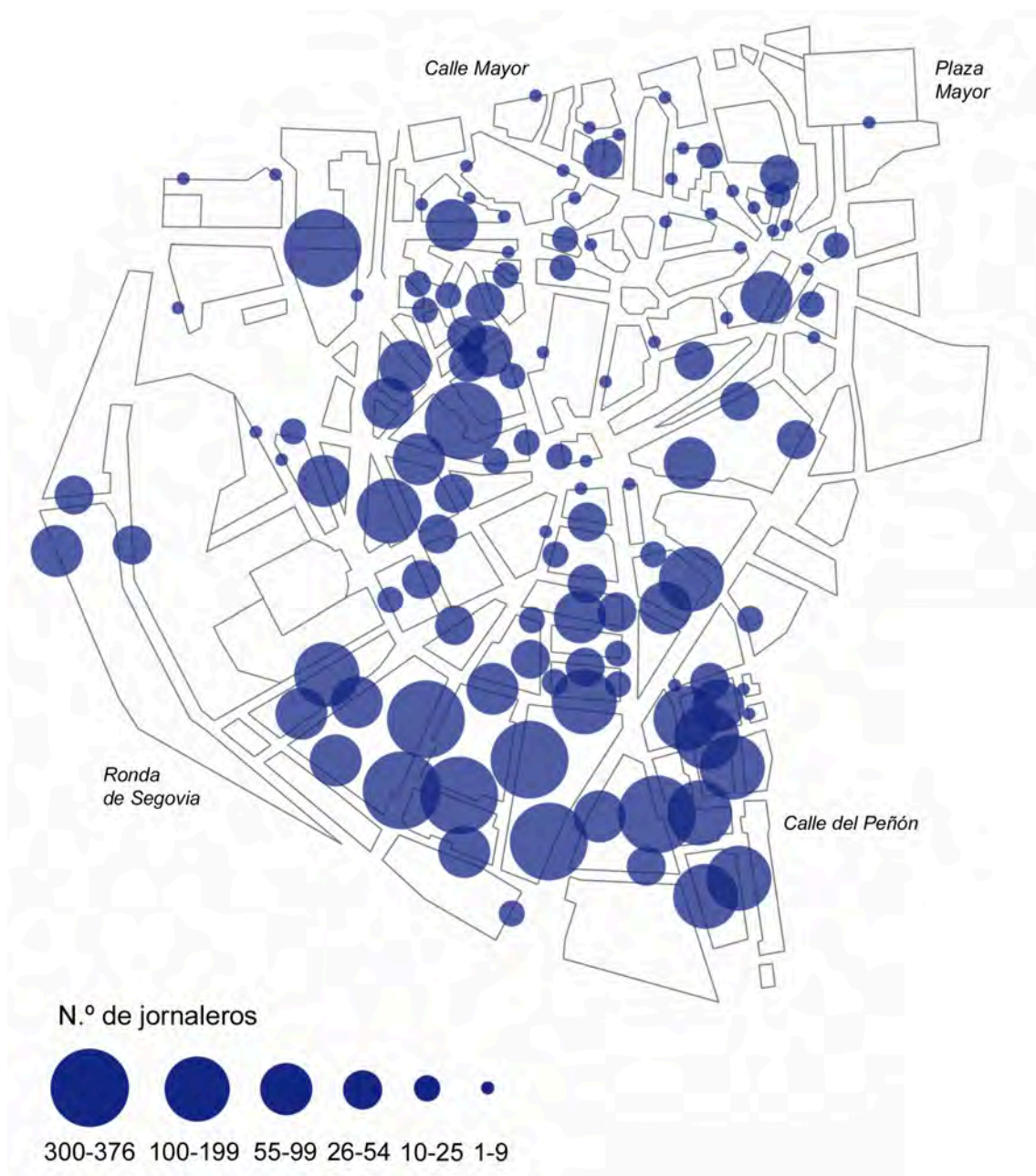


Fig. 5.4. Principales subgrupos de la estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905.

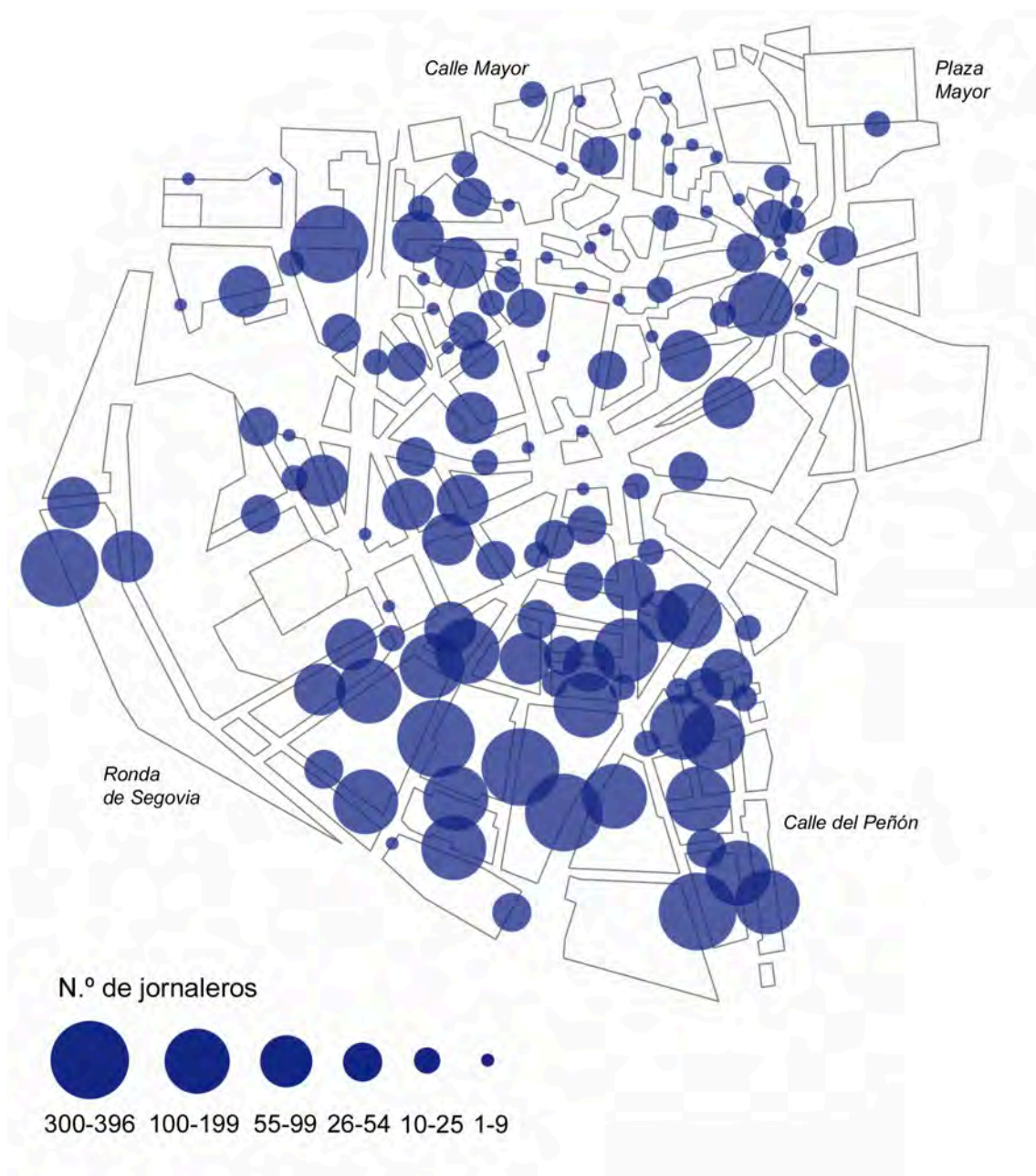
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905.

Fig. 5.5. Localización de los jornaleros residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

Fig. 5.6. Localización de los jornaleros residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

trabajo de forma masiva, a través de los cuales el ejército de trabajadores descualificados que se formó a consecuencia de la inmigración rural pudo integrarse en el mercado laboral.

Al mismo tiempo, el empuje de la construcción como sector productivo sirvió para suplir el vacío que provocaba en la economía madrileña la ausencia de una industrialización plena que sirviera de soporte al mundo de los negocios. Desde que la fiebre desamortizadora se desatara en la década de 1830, dando lugar a la demolición de los viejos inmuebles religiosos para erigir en su lugar edificaciones de nueva planta y ensanchar el espacio urbano, la actividad inmobiliaria no dejó de experimentar un continuo crecimiento en la capital española. Dicho crecimiento se intensificó con el desarrollo de las obras destinadas a crear nuevas infraestructuras, como el Canal de Isabel II o el ferrocarril, así como con las intervenciones urbanísticas de reforma en el casco antiguo y, sobre todo, mediante la puesta en marcha del Ensanche, que exigió un despliegue de mano de obra extraordinario durante un extenso periodo de tiempo.

No hay que perder de vista que el aumento poblacional derivado de la fuerte presión migratoria fue parejo con la edificación de nuevas viviendas donde albergar a un vecindario cada vez más numeroso, lo cual convirtió al negocio inmobiliario en una actividad pujante que atraía de forma irresistible al capital privado. La inversión en la construcción de edificios destinados a viviendas familiares ofrecía un interesante aliciente para aquellos inversores que habían hecho alguna fortuna con la actividad comercial o industrial y que buscaban unos rendimientos económicos, tal vez no tan grandes como los que podían obtenerse mediante la compra de títulos de Deuda Pública o acciones bursátiles, pero prácticamente garantizados de forma vitalicia, pues el crecimiento sin precedentes que estaba viviendo la urbe madrileña y el consiguiente aumento de la demanda de viviendas en alquiler, hacía de ello un negocio seguro³.

De este modo, la construcción se convirtió en una actividad lucrativa que atraía a los inversores y generaba unos beneficios considerables, y, a su vez, en un sector capaz de crear un gran número de empleos y de absorber la mano de obra descualificada, la cual no hacía sino aumentar a pasos acelerados debido a la persistencia de los flujos migratorios procedentes de las provincias rurales. Las faenas propias de la construcción,

³ Díez de Baldeón, Clementina. *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1986. p. 47; Bahamonde Magro, Ángel. *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1981; Rodríguez Chumillas, Isabel. *Vivir de las rentas. El negocio delinquino en el Madrid de la Restauración*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2002.

desde la edificación *in situ* hasta la preparación y el transporte de los materiales necesarios para ejecutar las obras, no requerían destrezas especiales para ser realizadas, con lo que las gentes del campo que llegaban a la capital podían dedicarse a ellas sin especial dificultad. En consecuencia, la explotación del negocio inmobiliario en la etapa del gran crecimiento de Madrid permitió la integración laboral de la masa de los inmigrantes rurales que accedían por primera vez al mercado de trabajo urbano⁴.



Fig. 5.7. Chusseau-Flaviens, Charles. Jornaleros descansando frente a una obra. Madrid. Fotografía. c. 1905.

Fuente: Archivo fotográfico Ch. Chusseau-Flaviens.

Los jornaleros se convirtieron en los protagonistas de la nueva estructura ocupacional madrileña gracias al empuje que adquirió la construcción, la cual, a su vez, requería forzosamente de una masa de jornaleros para mantenerse. Ambos factores, pujanza del sector de la construcción y aumento del número de jornaleros en el mercado de trabajo, fueron decisivos en el proceso de expansión urbana y en el fuerte incremento

⁴ La integración laboral de los inmigrantes rurales en la estructura ocupacional urbana a través del sector de la construcción fue un fenómeno compartido por otras ciudades españolas con un mayor grado de industrialización, como Barcelona. Véase: Oyón Bañales, José Luis. *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2008, pp. 65-112.

poblacional que se registró en Madrid desde mediados del siglo XIX, especialmente a partir de 1868, tras el derribo de las tapias de la urbe y la urbanización de los arrabales extramuros. Los trabajadores inmigrantes que acudían a la capital requerían trabajo, pero también hogares donde vivir, con lo que se convirtieron en el elemento necesario tanto para levantar las nuevas edificaciones como para estimular la inversión inmobiliaria⁵.



Fig. 5.8. Sánchez García, Alfonso. *Mozo de cuerda. Madrid*. Fotografía. c. 1905.

Fuente: Estudio Fotográfico Alfonso, Archivo General de la Administración. N.º de ref.: 024685.

La nueva clase jornalera que se fue formando durante la fase de despegue de Madrid como gran ciudad ofrecía unos rasgos propios diferenciables de los de los jornaleros tradicionales. Estas diferencias se hacían notar tanto desde el punto de vista cuantitativo como desde el punto de vista cualitativo. En el paisaje laboral madrileño

⁵ Mas Hernández, Rafael. “Crecimiento espacial y mercado del suelo periférico en los inicios de la Restauración”. Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*. 2 vols. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 1., pp. 103-136; Rodríguez Chumillas, Isabel. “La propiedad inmobiliaria en Madrid, 1870-1890”. Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. (eds.). *La sociedad madrileña, op. cit.*, vol. 1., pp. 175-198.

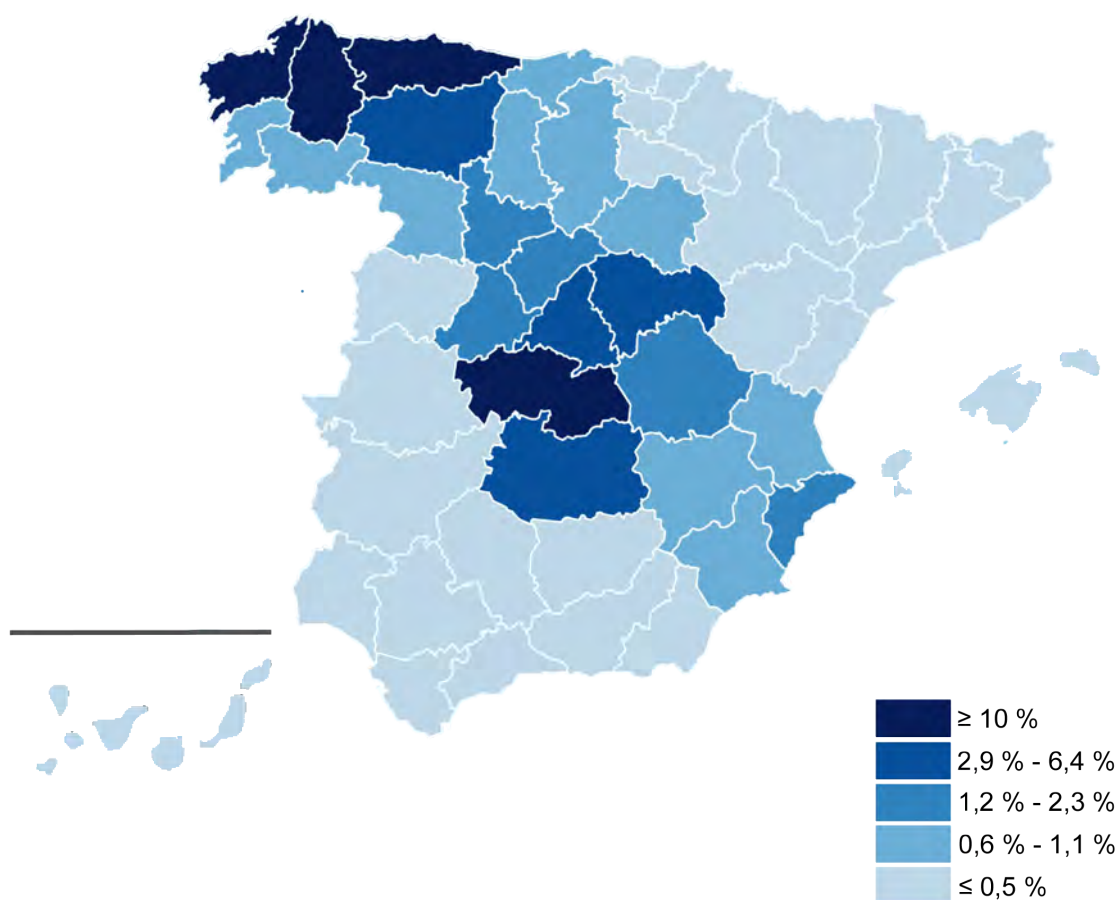
anterior a la década de 1860, la figura del trabajador a jornal constituía un elemento reducido y discordante con la tónica general que representaban los artesanos y los trabajadores de oficio cualificados y semicualificados. Aunque la industria de la construcción ya había dado muestras de una actividad productiva considerable desde finales del siglo XVIII⁶, lo cierto es que el peso de la estructura ocupacional madrileña de mediados del ochocientos continuaba gravitando sobre los obradores, los talleres y los pequeños comercios. Los jornaleros representaban una figura anecdótica en estos espacios, pues su presencia apenas de dejaba notar frente a los trabajadores vinculados al mundo gremial. Pero a raíz de los cambios acontecidos en la economía de la capital, en virtud de los cuales el mundo de los oficios perdió la preponderancia que tradicionalmente había tenido frente a la construcción, que se erigió en el principal sector productivo, los trabajadores jornaleros adquirieron un nuevo lugar en el mercado laboral, llegando a constituir el núcleo más importante de la fuerza de trabajo madrileña. Los jornaleros dejaron entonces de ser elementos minoritarios desde el punto de vista socioprofesional, para pasar a convertirse en los grandes protagonistas del mercado de trabajo urbano.

El elevado número de jornaleros existente en la estructura ocupacional de Madrid reflejaba el modo en que se había producido el crecimiento de la capital hasta los años del cambio de siglo, pues no fue sino gracias a la inmigración de campesinos pobres como la población de la urbe madrileña llegó a adquirir el volumen propio de una gran ciudad. Careciendo de cualificación laboral, la masa de los inmigrantes recién llegados a la capital se insertaban en el mercado de trabajo como jornaleros, es decir, como mano de obra barata dedicada a la realización de faenas de poca importancia de carácter temporal. Encontramos así a la hora de explicar la intensificación de la afluencia migratoria que el principal factor de la misma no se hallaba en la posibilidad de prosperar gracias a las opciones laborales que ofrecía la ciudad a los inmigrantes, sino en una estrategia de mera supervivencia, impulsada por las deplorables condiciones de vida que padecía la población residente en el agro español, siendo así la falta de recursos un elemento decisivo en la expulsión de los campesinos hacia los núcleos urbanos⁷.

⁶ Nieto Sánchez, José A. *Artesanos y mercaderes...*, op. cit., p. 289 y ss.

⁷ Silvestre, Javier "Internal migrations in Spain, 1877-1930". *European Review of Economic History* 9 (2005): 233-265; Tortella, Gabriel. *El desarrollo de la España Contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*. Madrid: Alianza, 1994; González Enciso, Agustín y Batés Barco, Juan Manuel (coords.). *Historia económica de España*. Barcelona: Ariel, 2007.

Fig. 5.9. Provincias de origen de los jornaleros inmigrantes residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880



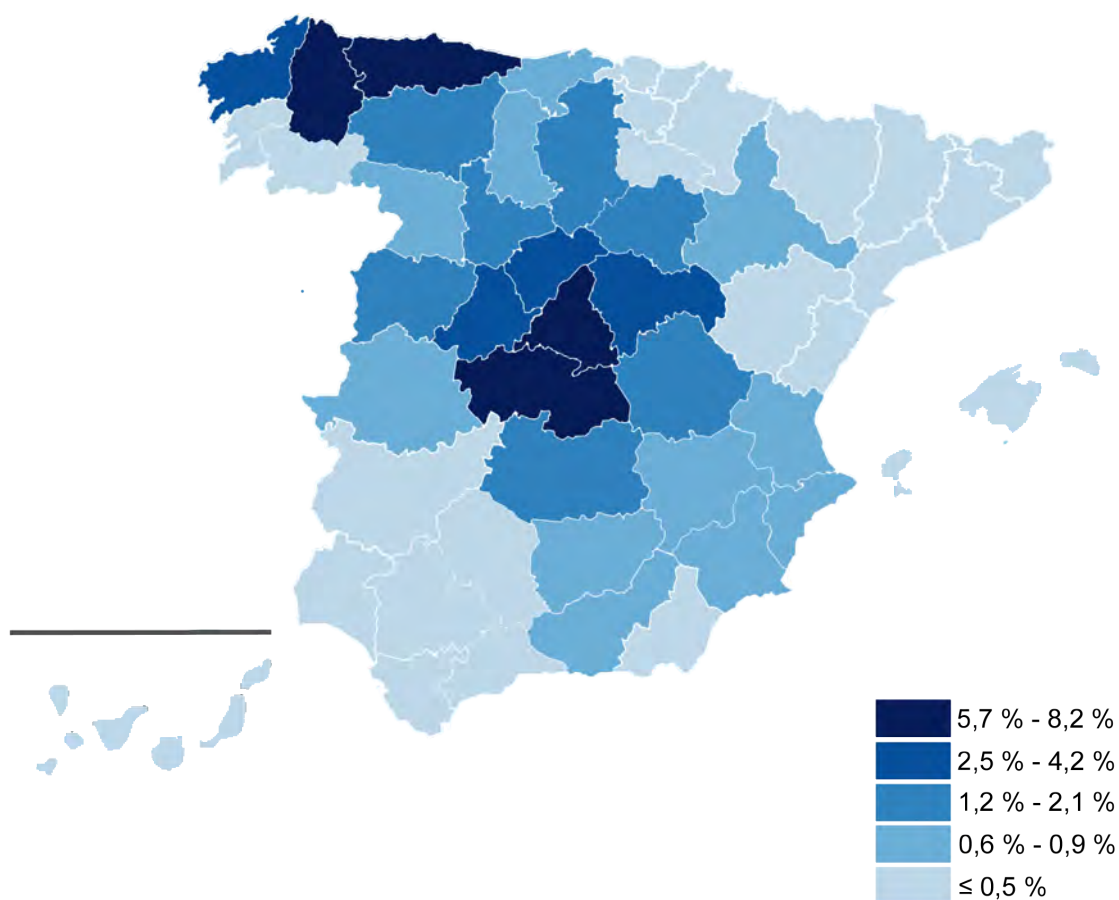
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 (formularios correspondientes a las calles del sector suroeste del casco antiguo).

Este declive del mundo agrario favoreció el desplazamiento de los campesinos a las ciudades, siendo especialmente importantes los flujos dirigidos hacia Madrid, que desde finales del siglo XIX se había consolidado como uno de los principales focos de atracción de la emigración rural en España⁸.

Los jornaleros, que entre la población inmigrante constituían la inmensa mayoría, se concentraban, como ya se ha indicado, en los tajos de la construcción. Pero no fue éste el único sector en el que los trabajadores no cualificados se expandieron de

⁸ Pérez Moreda, Vicente. "Spain's Demographic Modernization, 1880-1930". Nicolás Sánchez Albornoz (Ed.). *The Economic Modernization of Spain, 1830-1930*. Nueva York: New York University Press, 1987, pp. 13-41.

Fig. 5.10. Provincias de origen de los jornaleros inmigrantes residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 (formularios correspondientes a las calles del sector suroeste del casco antiguo).

forma considerable. El auge de la construcción dio pie al desarrollo de los sectores productivos vinculados a ella, y, de este modo, tan necesarios eran los trabajadores jornaleros en los tajos como en los lugares donde se preparaban los materiales constructivos o en el transporte de dichos materiales. Los jornaleros recién llegados a la urbe también podían dedicarse a otro tipo de actividades, como la carga y descarga de mercancías en los mercados o la realización de las operaciones más simples en los talleres. Era posible incluso que, andando el tiempo, el inmigrante que había accedido al mercado laboral como jornalero en los tajos o en algún taller, pudiera ascender en la escala laboral, bien porque aprendía un oficio, bien porque alcanzaba a ocupar algún puesto menor en el Ayuntamiento o en determinadas instituciones públicas, todo lo cual

permitía una posición algo mejor y unos salarios más elevados que los que se percibían realizando las pesadas tareas que solían desempeñar los jornaleros.



Fig. 5.11. Sánchez García, Alfonso. *Mercado de la plaza de la Cebada*. Fotografía. c. 1905.

Fuente: Estudio Fotográfico Alfonso, Archivo General de la Administración. N.º de ref.: 011464.

Ahora bien, la precaria situación socioeconómica bajo la que se hallaban los jornaleros actuaba como freno en este sentido, de manera que la mayor parte de estos trabajadores no pudieron prosperar en la esfera laboral y estuvieron condenados a una vida de pobreza perpetua. Si por algo se caracterizaban las condiciones de trabajo y de vida de los jornaleros era por su constante precariedad, pues dada la naturaleza del trabajo en la construcción, los trabajadores jornaleros se hallaban expuestos a sufrir el paro de forma recurrente. Ello se debía a que las condiciones meteorológicas condicionaban el desarrollo de las obras, y así, los días en que llovía, el trabajo en los andamios cesaba, siendo la falta de empleo un fenómeno especialmente recurrente durante el largo invierno, debido a la disminución de la actividad en las obras que se registraba en dicha estación. A este problema se sumaban las estrecheces económicas provocadas por los salarios de subsistencia con los que se remuneraba el trabajo a jornal, los cuales obligaban a los jornaleros a tener que recurrir con dolorosa frecuencia

a los servicios de la beneficencia municipal para poder salir adelante. La línea fronteriza que separaba la pobreza bajo la que vivían las familias jornaleras y la miseria más atroz era muy fina, viviendo éstas constantemente bajo la amenaza de sucumbir víctimas de la falta de recursos.

5. 2. El hundimiento del Tercer Depósito: catástrofe laboral y protesta social

Si las condiciones de vida de los jornaleros eran deplorables, no eran mejores las condiciones bajo las que se desarrollaba su trabajo. Por las características de las grandes obras en las que se empleaban gran número de ellos, los jornaleros exponían sus vidas constantemente y, en ocasiones, el resultado se saldaba con la muerte de docenas de trabajadores y la invalidez perdurable de otros tantos. Esto fue lo que ocurrió el 8 de abril de 1905, cuando la cubierta del Tercer Depósito de aguas del Lozoya sufrió un fatal derrumbamiento que produjo el mayor desastre de la historia del trabajo en Madrid.

La ejecución de esta gran obra de ingeniería hidráulica tenía por fin ampliar la capacidad de almacenamiento y distribución de agua potable en la urbe madrileña. La construcción del Canal de Isabel II logró solucionar el problema de la escasez de aguas en la capital, dotándola de un abundante caudal capaz de satisfacer sobradamente la cantidad necesaria para el consumo diario de la población. Sin embargo, el excepcional crecimiento demográfico que registró la capital en los años inmediatamente posteriores a la inauguración del Canal, provocó que los 58.000 metros cúbicos de agua que permitía almacenar el depósito emplazado en el Campo de Guardias no fueran suficientes para garantizar a medio plazo el consumo de todo el vecindario, con lo que se procedió a ampliar la red de almacenamiento de aguas del Canal⁹. Un nuevo depósito, ubicado en la antigua carretera de Francia (denominada calle de Bravo Murillo desde 1875), en las proximidades del depósito primitivo, terminó de construirse en 1879, entrando en servicio ese mismo año¹⁰.

Con una capacidad de almacenamiento de 183.000 metros cúbicos, el Segundo Depósito –también llamado Depósito Mayor– aseguraba el suministro de agua potable a

⁹ Canal de Isabel II. *Memoria sobre el estado de las obras y la situación económica de la empresa en 31 de diciembre de 1860*. Madrid: Imprenta y librería de D. Eusebio Aguado, 1861.

¹⁰ Pinto Crespo, Virgilio y Artola, Miguel. *Madrid: atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*. Madrid: Fundación Caja de Madrid, 2001, p. 55.

los habitantes de Madrid. Ahora bien, el acelerado aumento poblacional y la fuerte expansión urbana de la capital llevó a que las autoridades municipales dispusieran la construcción de un nuevo depósito, a fin de afianzar el acopio y la correcta distribución de agua para la gran ciudad que se dibujaba en el porvenir. Asimismo, se esgrimían razones de tipo sanitario para la construcción de dicho depósito, ya que sus 450.000 metros cúbicos de capacidad permitirían almacenar el agua requerida para el consumo durante siete u ocho días, tiempo suficiente para proceder a la limpieza de los otros dos depósitos y mejorar la salubridad de las aguas, puesta en entredicho por los análisis bacteriológicos realizados por el Laboratorio Municipal, cuyos técnicos expresaban la necesidad apremiante de sanear y limpiar con cierta regularidad los depósitos del Canal del Lozoya¹¹.

El proyecto del Tercer Depósito de aguas comenzó a prepararse en 1881, aunque su aprobación definitiva se dilataría durante cerca de dos décadas¹². Tras escoger el lugar de emplazamiento –unos terrenos al noroeste de los depósitos existentes, contiguos al viejo cementerio de la Sacramental de San Martín–, en 1897 quedó terminada la excavación del vaso del depósito, arrancando en ese momento la construcción propiamente dicha¹³. En el desarrollo de las obras surgieron no pocos problemas, de los cuales el más peliagudo consistió en la construcción de los pilares y la cubierta del depósito, ya que la utilización de bóvedas de fábrica tradicionales suponía una notable demora en la finalización del proyecto. En vista de ello, las autoridades decidieron modificar el plan original y optar por utilizar el hormigón armado, un material constructivo novedoso y poco utilizado hasta entonces tanto en España como en Europa, que combinaba el potencial del cemento con la flexibilidad de hierro¹⁴. Por Real orden de 10 de diciembre de 1901, quedaron aprobadas las bases del concurso internacional para la construcción de los pilares y la cubierta del Tercer Depósito, dejando libertad a los concursantes para proponer, dentro del sistema de construcción basado en el hormigón armado, el procedimiento y la composición que estimasen

¹¹ “Las aguas en Madrid”. *La Época*, 27 de julio de 1904; “El conflicto del agua”. *El Heraldo de Madrid*, 6 de agosto de 1904.

¹² Burgos Núñez, Antonio. “El desastre del tercer depósito, cien años después”. *Revista de Obras Públicas* 152.3.458 (2005): 25-48, p. 31.

¹³ *La Época*, 8 de abril de 1905.

¹⁴ Burgos Núñez, Antonio. “El desastre del tercer depósito...”, *op. cit.* p. 31.

convenientes¹⁵. El concurso se verificó un año después, en diciembre de 1902. A él se presentaron un total de catorce propuestas, resultando elegida la de la Compañía de Construcciones Hidráulicas y Civiles, por ser la que ofrecía un precio y un plazo de ejecución más reducido (poco más de un millón y medio de pesetas y 12 meses de duración)¹⁶.



Fig. 5.12. Anónimo. José Eugenio Ribera, contratista de las obras de construcción de los pilares y la cubierta del Tercer Depósito. Dibujo. 1905.

Fuente: *El País*, 10 de abril de 1905.

La Compañía de Construcciones Hidráulicas y Civiles fue fundada en 1898 por José Eugenio Ribera, ingeniero y profesor de la Escuela del cuerpo de Ingenieros de Caminos, que destacó por su actividad investigadora en torno al hormigón armado y por ser uno de los pioneros en la introducción de este material en España¹⁷. Como el propio

¹⁵ Gallego, Eduardo y Jalvo, Mauricio. *Hundimiento del tercer deposito de aguas del Lozoya. Informe emitido por los peritos del Excmo. Ayuntamiento de Madrid*. Madrid: Imprenta de Antonio marzo, 1907, p. 5.

¹⁶ Burgos Núñez, Antonio. “El desastre del tercer depósito...”, *op. cit.*

¹⁷ Tarragó i Cid, Salvador. “José Eugenio Ribera y la R.O.P.”. *Revista de Obras Públicas* 150. 3.434 (2003): 117-120; Díaz Anaya, Jesús. “Hormigón, estructura y forma de una nueva técnica en la arquitectura española de la primera mitad del siglo XX”. *Actas del Tercer Congreso Nacional de Historia de la Construcción: Sevilla, 26 a 28 de octubre de 2000*, vol. 1; Fernández Ordóñez, José Antonio. “José Eugenio Ribera, el primer gran constructor moderno de obras públicas en España”. *El País*, 3 de junio de 1982.

Ribera explicaba en un artículo publicado en 1934, poco antes de fallecer, su interés por el hormigón armado se despertó en 1897, cuando se encontraba realizando un viaje por Suiza para visitar las obras del puente de Ginebra. Allí se enteró de que en Lausanne se estaban realizando unas obras con hormigón armado, “un nuevo material para mí totalmente desconocido”, recordaba el ingeniero¹⁸. A pesar de que el número de obras realizadas con este sistema en Europa aún era escaso, ello no impidió que Ribera vislumbrara rápidamente el inmenso campo que abría para la construcción, con lo que decidió emprender su divulgación y aplicación en España.

Al regresar del viaje, Ribera publicó numerosos artículos en revistas especializadas y realizó las primeras pruebas con cemento armado. Los buenos resultados que obtuvo le llevaron a emplearlo en la edificación de fábricas, silos y depósitos de agua en varias provincias españolas, llegando hasta Tánger, donde construyó el Gran Teatro Cervantes¹⁹. Pero su mayor triunfo lo consiguió al obtener la concesión para la construcción del Sifón de la Sosa, en el Canal de Aragón y Cataluña, el puente sobre el río Esla, en la provincia de León, y la cubierta y los pilares del Tercer Depósito del Canal de Isabel II. Dichos proyectos supondrían la consagración de este novedoso material constructivo en España, pues con ellos se llevaría a cabo, por primera vez, la ejecución de obras colosales realizadas íntegramente con hormigón armado²⁰.

En la primavera de 1904 la empresa de Ribera dio inicio a la construcción de los pilares y la techumbre del Tercer Depósito de aguas de Madrid. El proyecto consistía en cuatro compartimentos de 20.000 metros cuadrados cada uno, disponiendo un total de 36 filas de bovedillas sobre vigas rectas de 270 metros de longitud en cada compartimento²¹. A comienzos de abril de 1905 ya estaban terminados los pilares y las jácenas de los compartimentos, viéndose la cubierta prácticamente concluida en toda su extensión. En aquel momento, los trabajos que se estaban realizando consistían en la aplicación de una capa de tierra vegetal sobre las bóvedas construidas²². Fue entonces cuando se produjo el desastre.

¹⁸ Ribera, José Eugenio. “Recuerdos personales sobre el hormigón armado”. *Hormigón y Acero* 1 (1934).

¹⁹ *Ibíd.*

²⁰ *Ibíd.*

²¹ *Ibíd.*

²² Burgos Núñez, Antonio. “El desastre del tercer depósito...”, *op. cit.*, p. 39.

5. 2. 1. El hundimiento

El sábado 8 de abril de 1905, a las siete y cuarto de la mañana, los vecinos de los barrios altos de Madrid se vieron sobresaltados por un estruendo terrible, seguido de una espesa polvareda subiendo hacia el cielo y algunos gritos y lamentos desgarradores procedentes del Tercer Depósito en construcción. Las gentes de aquellos barrios acudieron en masa hacia las inmediaciones del depósito de aguas, donde pudieron comprobar que la inmensa cubierta de éste se había desplomado por completo, dejando sepultados entre sus escombros a todos los obreros que en ese instante se encontraban trabajando en ella.

Inmediatamente, la noticia comenzó a circular por Madrid. Los primeros en dar la voz de alarma fueron los capataces y operarios que, hallándose milagrosamente fuera del perímetro de la techumbre, asistieron atónitos a su derrumbe. Desde la caseta de la primera zona del Ensanche, situada en la orilla del arroyo de San Bernardino, el sobrestante de dicha zona dio aviso telefónico de lo sucedido al gobernador civil, quien a su vez telefoneó a los centros oficiales de la capital para informar del hundimiento. El ministro de la Guerra, una vez enterado, ordenó el traslado urgente hasta el lugar del siniestro de dos regimientos de ingenieros, el de zapadores minadores y el de ferrocarriles, para iniciar las labores de salvamento. Los médicos de guardia de la Casa de Socorro de los Cuatro Caminos acudieron con toda presteza hacia las obras del depósito y, una vez allí, al apreciar la magnitud de la tragedia y viendo que les era imposible atender por sí mismos a tan elevado número de víctimas, procedieron a circular avisos telefónicos a todas las Casas de Socorro de la ciudad, cuyos facultativos no tardaron en trasladarse hasta el lugar. Junto con ellos se desplazaron los miembros de la Cruz Roja con su servicio de camillas, así como el cuerpo de bomberos, los mangueros y barrenderos de la villa y fuerzas de la Guardia Civil y de orden público, que se desplegaron por toda la zona. Por su parte, la brigada de desinfección del Laboratorio Municipal instaló varias estufas de desinfección para evitar posibles problemas sanitarios en la populosa barriada contigua al lugar del hundimiento, toda vez que la extracción de cadáveres era dificultosa y aquella mañana el calor del sol se sentía con especial intensidad.



Figs. 5.13 y 5.14. Anónimo. Aspecto de del Tercer Depósito en construcción, antes y después del hundimiento. Fotografía. 1905.

Fuente: *Nuevo Mundo*, 14 de abril de 1905 y *La Ilustración Española y Americana*, 15 de abril de 1905.

Los albañiles de las casas en construcción de las calles próximas al Tercer Depósito dejaron de trabajar y acudieron a las labores de desescombro y salvamento de sus infelices compañeros. A ellos se unieron algo después los que se hallaban trabajando en otros puntos de la ciudad, tras ser informados por algunos grupos de obreros que se formaron para recorrer las distintas obras y dar cuenta a los trabajadores del fatal suceso. También se incorporaron a los trabajos de salvamento los alumnos de la Escuela de Minas, institución que se encontraba próxima al sitio de la catástrofe, así como los menores sin hogar que la noche anterior habían acudido a dormir al cercano Asilo de Santa Ana. La solidaridad se extendió incluso hasta los pueblos vecinos, y así, los operarios de una fábrica de cerámica instalada en Villaverde, al tener noticia de la tragedia, dejaron el trabajo y se dirigieron hasta el Tercer Depósito para sumarse a las labores de rescate; lo mismo hicieron los trabajadores de otras fábricas y talleres madrileños, como los obreros del tranvía del Norte y los operarios de la fundición de Munar y Gitart, establecida en Chamberí.

Sabiendo que en aquellas obras trabajaba un gran número de jornaleros, una multitud comenzó a llegar al lugar de la tragedia desde todos los barrios de la ciudad. La agitación fue enorme, sobre todo en los mercados, pues muchas verduleras tenían a sus maridos e hijos empleados en aquellas obras, con lo que no dudaron en abandonar sus puestos para dirigirse apresuradamente al depósito de aguas.

En torno a las nueve de la mañana, la afluencia de gentes y carruajes en las calles que conducían a la zona norte de la ciudad era enorme. Los tranvías que desde la Puerta del Sol partían hacia los Cuatro Caminos no dejaban de llegar hasta allí atestados

de personas. La multitud se agolpaba en las alturas del derrumbado depósito, observando las labores de salvamento y el ir y venir de heridos y cadáveres. Un periodista del rotativo *El Día* que se desplazó hasta el punto de la catástrofe para cubrir el acontecimiento, escribía: “Personados en el lugar del suceso, sólo vemos escenas desgarradoras. Mujeres que lloran y se desmayan al ver llevar aplastados a sus maridos; madres que gritan desoladas preguntando por sus hijos; chiquillos que lloran al ver llorar a sus madres, porque presienten la orfandad y la viudez”²³.

Otro periodista, éste de *La Correspondencia de España*, observaba: “El espectáculo resultaba grandioso y triste. Aquel terreno inmenso, cubierto de grandes columnas de portland derribadas en el suelo, los alambres que sostenían el recubrimiento de las bóvedas y que dificultaban los trabajos de los obreros, el ir y venir de soldados en traje de faena, las camillas llevadas de uno a otro sitio, constituía un golpe de vista propio de un campo de batalla”²⁴.



Fig. 5.15. Anónimo. Rescate de un obrero muerto tras el hundimiento del Tercer Depósito. Fotografía. 8 de abril de 1905.
Fuente: *Nuevo Mundo*, 14 de abril de 1905.

²³ *El Día*, 9 de abril de 1905.

²⁴ *La Correspondencia de España*, 9 de abril de 1905.



Fig. 5.16. Anónimo. Vista general del recinto del Tercer Depósito durante los trabajos de salvamento. Fotografía. 8 de abril de 1905.
Fuente: *La Ilustración Española y Americana*, 15 de abril de 1905.

El amasijo de hierros y cascotes extendido por los 28.000 metros cuadrados que ocupaba el solar del Tercer Depósito hacía que las labores de desescombro y el salvamento de los obreros sepultados resultara ser una tarea verdaderamente penosa. Los cadáveres iban saliendo de los escombros por cuentagotas; entre ellos había desde hombres encanecidos hasta muchachos adolescentes, y todos los cuerpos se mostraban literalmente destrozados. Un reportero de *El Imparcial*, que se desplazó hasta la Necrópolis del Este, a cuyo depósito las autoridades habían dado orden de trasladar en los furgones de la Sanidad Militar los cuerpos sin vida de los obreros fallecidos en el hundimiento, se refería a ello con las palabras siguientes:

“Hemos visto los cadáveres y su aspecto inspira verdadero horror. Todos tienen numerosas heridas en le cabeza, el tronco, los brazos y las piernas. Los muertos se encuentran colocados en el suelo sobre paños y con la cabeza reposando en almohada. Varios de ellos se hallan cubiertos por telas, porque sus cabezas trituradas están medio deshechas. Un muchacho llamado Ricardo Rico Arteaga, que vivía en la calle de Bravo Murillo,

número 57, tiene el rostro aplastado. Debió caer de medio lado, y el paso de la techumbre unió un lado de la cara con el otro”²⁵.

En un primer momento, los heridos fueron conducidos en camillas y carretas al Hospital de la Princesa. El tránsito hasta estos establecimientos se convirtió en un angustioso espectáculo, ya que los camilleros y los heridos apenas podían avanzar entre una multitud de mujeres que se amontonaba en torno a ellos, esperando encontrar en las camillas a sus familiares. Las puertas de los expresados centros sanitarios se iban atestando de madres, hermanas y demás individuos de las familias de los obreros, que no dejaban de pedir noticias acerca del estado de los suyos. La mayor parte de los heridos que ingresaban en el hospital lo hacían en un estado gravísimo. Para hacerse idea de ello, a varios ingresados se les practicaron operaciones de trepanación craneal y otros sufrieron la amputación de brazos o piernas.

A las doce y media de la tarde ya no cabían en el Hospital de la Princesa más heridos. En vista de lo cual y de que las dependencias de la Casa de Socorro del distrito también estaban atestadas, los heridos comenzaron a ser trasladados a un colegio protestante, situado en la calle de Bravo Murillo, cerca de los Cuatro Caminos, llamado El Porvenir Evangélico. El personal de este colegio y los estudiantes fueron muy elogiados por los distintos medios de prensa, debido al celo que mostraron en socorrer a los heridos que allí llegaban, a quienes reanimaban con caldos y copas de Jerez. Otras escuelas y conventos vecinos al sitio de la catástrofe también abrieron sus puertas para albergar a los heridos, convirtiéndose así en improvisados hospitales.

Los trabajos de salvamento continuaron durante toda la tarde y, al anochecer, se instalaron focos de iluminación eléctrica alrededor del espacio rectangular que formaba el depósito hundido. A la luz de los arcos voltaicos y de numerosas antorchas, la triste búsqueda de los obreros sepultados se prolongó hasta altas horas de la madrugada. El número exacto de víctimas mortales que fueron extraídas de los escombros fue de treinta trabajadores, añadiéndose a esa cifra un total de cincuenta y cuatro heridos, buena parte de los cuales quedaron imposibilitados para volver a trabajar²⁶.

²⁵ *El Imparcial*, 8 de abril de 1905.

²⁶ Las cifras de muertos y heridos, extraídas de la sentencia del juicio celebrado con motivo del hundimiento del Tercer Depósito, se recogen en: Burgos Núñez, Antonio. “El desastre del tercer depósito...”, *op. cit.*, p. 47. Los acontecimientos referidos han sido reconstruidos a partir de los artículos de prensa publicados en: *El Imparcial*, 8 de abril de 1905; *El Imparcial*, 9 de abril de 1905; *El Imparcial*, 10 de abril de 1905; *El Heraldo de Madrid*, 9 de abril de 1905; *El Heraldo*

5. 2. 2. La protesta popular y la represión policial

La catástrofe provocada por el hundimiento del Tercer Depósito sobrecogió a la sociedad madrileña. Tan pronto como se tuvo noticia de la tragedia, un estallido de cólera popular se apoderó de la ciudad, y las organizaciones obreras no dudaron en ponerse al frente de la protesta contra lo que fue el mayor desastre de la historia del trabajo en Madrid. La hecatombe producida en las obras del depósito de aguas ponía de manifiesto en toda su crudeza la penosa situación de los trabajadores pobres, quienes no solo parecían estar condenados a padecer una vida de miseria, sino que, para colmo, debían de hacer frente a la muerte en su forma más terrible. Esta percepción, así como la necesidad de honrar la memoria de las víctimas y de pedir castigo para los posibles responsables, predominó en todos los actos de protesta que, con motivo del hundimiento, se registraron en Madrid durante el sábado 8 y el domingo 9 de abril de 1905.

Las primeras manifestaciones callejeras se prepararon de forma improvisada y estuvieron guiadas más por el instinto que por una estrategia reflexiva. A las pocas horas de venirse abajo la cubierta del depósito, toda la ciudad estaba enterada del suceso y una mezcla de tristeza e indignación se adueñó del sentir de las masas. Las autoridades no pudieron ocultar el temor a que la situación se desbordara y condujera a un motín con tintes revolucionarios y de difícil control político. De ese temor da buena prueba el hecho de que el Gobierno Civil, con gran apresuramiento, ordenara que los cuerpos sin vida de los obreros víctimas de la catástrofe fuesen llevados directamente a la Necrópolis del Este, sin dirigirse antes al Depósito Judicial de Cadáveres, tal como marcaba la ley en el caso de las muertes ocurridas en esta clase de accidentes, buscando con ello impedir que al día siguiente –domingo, para más inri– se produjeran manifestaciones multitudinarias con motivo de los entierros de las víctimas.

Las autoridades gubernamentales aún tenían fresco el recuerdo de los graves enfrentamientos registrados entre obreros y fuerzas policiales que, apenas unos días antes del hundimiento del Tercer Depósito, se había producido en las inmediaciones del puente de Toledo, cuando los agentes de policía, por orden del Gobierno, se negaron a permitir el paso por el centro de la ciudad del cortejo fúnebre de un albañil muerto en

de Madrid, 10 de abril de 1905; *El Día*, 9 de abril de 1905; *El Globo*, 9 de abril de 1905; *La Época*, 9 de abril de 1905; *El País*, 9 de abril de 1905; *El Siglo Futuro*, 9 de abril de 1905; *La Correspondencia de España*, 8 de abril de 1905; *La Correspondencia de España*, 9 de abril de 1905; *La Correspondencia de España*, 10 de abril de 1905.

los andamios. Este episodio merece ser examinado tanto por la repercusión que tuvo en la opinión pública como por la relación directa que guarda con los acontecimientos sangrientos que se produjeron en Madrid el 9 de abril de 1905, con motivo de la violencia policial desatada para reprimir las protestas callejeras.

Desde algunos años atrás, se había implantado entre los albañiles madrileños la costumbre de concurrir en masa a los entierros de los compañeros fallecidos en accidentes de trabajo, convirtiéndose los entierros de trabajadores en multitudinarias manifestaciones de reivindicación obrera y homenaje a las víctimas. Siguiendo con dicha costumbre, los dirigentes de la Sociedad de albañiles El Trabajo publicaron en los medios de prensa una invitación para que los obreros que lo desearan acudieran el 28 de marzo, a las dos y media de la tarde –hora de descanso en las obras–, a las inmediaciones del Depósito Judicial de Cadáveres, desde donde acompañarían a su última morada el cadáver de Miguel García Abajo, peón de albañil fallecido en un accidente acaecido en un edificio en construcción de la calle de Alcalá. El llamamiento fue secundado por miles de trabajadores, y así, antes de que se hubiera cumplido la hora fijada, se encontraban a las puertas de la morgue más de tres mil personas, a quienes poco después se unieron dos mil más.

A las tres y cinco minutos, cuatro albañiles sacaron a hombros la caja mortuoria cubierta por la bandera de la Sociedad de albañiles, y, acto seguido, la comitiva se puso en marcha. Al frente de ésta se colocaron los trabajadores que llevaban el féretro y la presidencia del duelo, formada por un hermano del muerto y varios dirigentes de la Sociedad; detrás, iban caminando unos cinco mil jornaleros, siendo también visible entre ellos la presencia de numerosos grupos de mujeres, muchas de ellas lavanderas que se encontraban en los cercanos lavaderos de la ribera del Manzanares. Al llegar al puente de Toledo, un retén de guardias de orden público montados a caballo tomó posiciones para cerrar el paso a los obreros e impedir que subiesen por el paseo de los Ocho Hilos. La policía tenía ordenes de que el cortejo hiciera su recorrido hacia el cementerio por el paseo de las Acacias y las rondas, evitando a toda costa que los trabajadores circularan por las calles céntricas de la ciudad. Así se lo transmitió el capitán al mando de las fuerzas policiales a quienes encabezaban la fúnebre comitiva, pero la multitud se mostró decidida a continuar su marcha hacia la calle de Toledo. Después de una tensa discusión entre los obreros y los policías, los guardias echaron los caballos sobre los trabajadores, mas éstos, muy superiores en número, no dudaron en seguir avanzando, viéndose la policía obligada a retroceder.

En este punto irrumpió apresuradamente en el lugar un gran número de guardias civiles y de orden público. Haciendo uso de los sables, los agentes dieron varias cargas sobre los manifestantes, a lo que éstos respondieron arrojándoles piedras. Los conductores del féretro y un grupo de obreros lograron llegar al paseo de los Ocho Hilos y recorrer un buen trecho de éste, pero la policía acabó por alcanzarles y les atacó con gran violencia, apaleando, entre otros, al hermano del muerto.

Fue entonces cuando el choque adquirió caracteres de gravedad. Una masa de trabajadores se arrojó sobre los guardias y consiguió acorralarles. El capitán que dirigía a los agentes mandó hacer fuego, y éstos hicieron varios disparos con sus revólveres. En mitad de la agitación, el féretro cayó al suelo y se rompió. La policía lo recogió precipitadamente, lo colocó en el coche mortuario y mandó al cochero que partiera al galope hacia el cementerio, saliendo escoltado por varias parejas de la Guardia Civil. El enfrentamiento se saldó con numerosos heridos y varios detenidos, siete de los cuales fueron enviados a prisión²⁷.

Todos los periódicos se hicieron eco de la noticia y publicaron los hechos con gran detalle, siendo en los días posteriores objeto de diversos artículos periodísticos que criticaban con gran dureza la actuación de la policía y del gobernador civil. El diario *El País* publicó incluso una breve carta enviada por uno de los obreros que acudieron a acompañar el cadáver de Miguel García Abajo y que se vio envuelto en el altercado.

²⁷ A principios de julio de 1905, es decir, más de tres meses después del altercado, permanecían en la prisión celular de Madrid los obreros Faustino Marín Vivo, Aurelio Hidalgo Álvarez, Juan Clemente López y Eugenio Hernández Pastor. Éstos enviaron una carta al periódico *El Motín*, en la que denunciaban su arbitrario encarcelamiento y arremetían duramente contra los dirigentes de la Agrupación Socialista de Madrid. En la citada esquila, los trabajadores encarcelados hacían un llamamiento solidario “al trabajador consciente de Madrid”, el cual, según expresaban, era “víctima de engaños por los directores del movimiento obrero –los eternos santones-, que tienen clases o diferencias, según la categoría de los que caen bajo de la acción de los tribunales”. Los obreros presos se quejaban de “las huera palabras y falsas promesas” de los “mangoneadores socialistas, llámense Iglesias o Rubios”. Se definían como “societarios, pues comprendemos que la política debe estar alejada de los organismos de resistencia”, y añadían que, si en vez de societarios fueran socialistas, “a estas horas gozaríamos de libertad al lado de nuestras familias y seres queridos los que nos hallamos abandonados”. Véase: *El Motín*, 3 de julio de 1905.

Los acontecimientos referidos al entierro del peón de albañil Miguel García Abajo han sido reconstruidos a partir de los artículos de prensa publicados en: *El Imparcial*, 28 de marzo de 1905; *El Imparcial*, 29 de marzo de 1905; *El Día*, 28 de marzo de 1905; *El Globo*, 28 de marzo de 1905; *La Época*, 28 de marzo de 1905; *El País*, 28 de marzo de 1905; *El País*, 29 de marzo de 1905. Blasco Ibáñez recogió el incidente en las páginas de *La Horda*, donde hace un detallado relato del mismo, si bien, como novelista, se permite la licencia de situarlo cronológicamente con posterioridad al hundimiento del Tercer Depósito, presentándolo como el entierro de un albañil muerto en dicha catástrofe. Véase: Blasco Ibáñez, Vicente. *La Horda*. Madrid: Plaza & Janés, 1984 (edición original de 1905), pp. 211-216.

Dicha carta decía como sigue:

“La muerte de un compañero nos causa profundo pesar. Todos hemos querido acompañarle a su última morada. De antemano trazamos el itinerario que debíamos seguir, pero la policía, secundando órdenes de nuestros gobernantes, se opone a que sigamos nuestra pacífica marcha. Rogamos, suplicamos... no somos atendidos; prometemos obedecer... pero nada. La cobarde policía descarga sobre nosotros, arroja al suelo el féretro, haciéndole trizas, nos acomete con furia... y somos separados de nuestro amado compañero. Si acometimos a los polizontes fue en legítima defensa. Si se promueven nuevos tumultos, del Gobierno será la culpa. Si es necesario que nos defendamos, lo haremos hasta en la agonía de la muerte.

Ubaldo García, obrero”²⁸.

Los sucesos del 28 de marzo representan un antecedente cardinal para explicar la fuerte represión desatada el 9 de abril de 1905, un día después del hundimiento del Tercer Depósito, contra la manifestación popular que se organizó como homenaje a los obreros muertos y petición de justicia. Ya en la misma jornada de la catástrofe se registraron algunos momentos de tensión ante la presión policial, así como varias manifestaciones espontáneas que recorrieron las calles de la ciudad. La conmoción social fue de tal envergadura que ciertos medios de prensa no dudaron en afirmar que “cuando perdimos todo un vasto imperio colonial y una leyenda gloriosa, no aparentó Madrid una aflicción ni una consternación comparables a las que ha mostrado ahora”²⁹.

En efecto, poco después de que la noticia del hundimiento se extendiera por la urbe madrileña, todas las calles de la zona situada al norte de la glorieta de Bilbao se encontraban atiborradas de grupos de hombres y mujeres parados en las aceras, refiriéndose unos a otros lo que habían visto en el Tercer Depósito. En los Cuatro Caminos se formó una improvisada manifestación de mujeres proletarias que, tras recorrer la calle de Bravo Murillo con una bandera negra, se dirigió hacia el centro de Madrid. A su paso, las mujeres iban solicitando el cierre de los comercios en señal de duelo, a lo que los comerciantes, los dueños de cafés y tabernas y hasta las porteras de las casas particulares respondieron echando el cierre a los establecimientos o dejando

²⁸ *El País*, 29 de marzo de 1905.

²⁹ *Nuestro Tiempo* 52 (1905): 448-449.

solo media puerta abierta. En las barriadas contiguas al lugar del hundimiento, el cierre de comercios fue total, quedando solo abiertos aquellos en los que se facilitaban artículos de socorro a los heridos. Esta acción se extendió a los establecimientos de las calles de Hortaleza y Fuencarral, si bien en este caso también influyó en ello el temor despertado entre los comerciantes a que pudieran producirse altercados callejeros.



Fig. 5.17. Anónimo. Representación de la manifestación obrera en el centro de Madrid en homenaje a los trabajadores muertos en el hundimiento del Tercer Depósito. Dibujo. 1905.

Fuente: *El País*, 10 de abril de 1905.

Las mujeres avanzaban hacia el centro de la ciudad gritando proclamas de justicia para las víctimas de la catástrofe y contra los ingenieros y contratistas de las obras del depósito, a quienes acusaban de ser responsables directos del hundimiento. Cuando las manifestantes se aproximaron a la plaza de Oriente, algunas parejas de orden público salieron al paso de éstas y las hicieron retroceder, acabando por disolverse la marcha en este punto³⁰.

³⁰ Los acontecimientos referidos han sido reconstruidos a partir de los artículos de prensa publicados en: *El Imparcial*, 9 de abril de 1905; *El Imparcial*, 10 de abril de 1905; *El Heraldo*

Por la tarde, en torno a las cinco y media, unos cuantos albañiles que llevaban crespones negros en el brazo izquierdo se presentaron en el sitio de la catástrofe. Las parejas de la Guardia Civil que se encontraban en la zona intentaron cortarles el paso, pero los obreros lograron penetrar en el depósito hundido. Una vez dentro, desplegaron una gran bandera negra, en la que se leía con letras grandes y blancas: “Luto a todos los compañeros”. Uno de los obreros tomó la palabra y pronunció un breve discurso que concluyó con un llamamiento a los trabajadores que allí se encontraban para partir en manifestación hacia el Ministerio de la Gobernación. Acto seguido, un grupo de unos trescientos trabajadores inició la marcha, a cuyo frente se puso un albañil enarbolando la bandera negra.

La manifestación fue recorriendo varias calles hasta llegar a la Puerta del Sol. Los viandantes que se cruzaban con la marcha se descubrían ante los obreros silenciosos. Tras permanecer un rato frente a las puertas del Ministerio de la Gobernación, los obreros se dirigieron a los teatros para solicitar la supresión de las funciones en señal de luto, visitando también algunas entidades recreativas y culturales, como el Casino de Madrid, el Círculo de la Gran Peña o el Círculo de Bellas Artes, donde refirieron a los allí presentes algunos datos sobre el hundimiento y denunciaron la falta de seguridad en el trabajo, recibiendo las muestras de duelo de quienes les escuchaban. Posteriormente, la marcha acudió a las redacciones de los principales periódicos, con el fin de entregar un documento para su publicación en los rotativos. El texto de dicho documento, firmado por más de veinte trabajadores, decía como sigue:

“A los obreros y al pueblo de Madrid en general:

Ciudadanos: La avaricia del capitalismo y la incalificable tolerancia de nuestros gobernantes, han proporcionado un día de luto a esta población. No pueden alegar ignorancia los culpables de tan inmensa catástrofe y sus amparadores, pues la Prensa ha anunciado más de una vez la proximidad de la catástrofe. Es tan inmensa ésta, que nuestro corazón apenado y nuestra inteligencia ofuscada no encuentran frases con que expresarlas, porque no tenemos más que llanto en los ojos e indignación en el alma.

de Madrid, 9 de abril de 1905; *El Heraldo de Madrid*, 10 de abril de 1905; *El Día*, 9 de abril de 1905; *El Globo*, 9 de abril de 1905; *La Época*, 9 de abril de 1905; *El País*, 9 de abril de 1905; *El Siglo Futuro*, 9 de abril de 1905; *La Correspondencia de España*, 9 de abril de 1905; *La Correspondencia de España*, 10 de abril de 1905.

Indignación, sí, y tan grande, que nos hace pensar en las grandes reivindicaciones sociales y en el momento que se haga valer la vida de un hombre más que un miserable puñado de pesetas.

No hay que acusar al acaso, no hay que inquirir las causas de tan inmensa catástrofe porque ésta era inminente, necesaria, fatal; porque no era posible de ninguna manera que una obra realizada e inspirada por la avaricia, por el afán del lucro, tuviera la consistencia necesaria. [..]

Esta es la más grande acusación que se puede lanzar al rastro de esos infames explotadores del pueblo. Hay que protestar y que pedir el inmediato castigo de los culpables, y para ello citamos mañana domingo, a las tres de la tarde, en la glorieta de los Cuatro Caminos en correcta manifestación a pedir justicia a los Poderes Públicos.

Madrid, 8 de abril de 1905”³¹.

Al día siguiente, antes de la hora fijada para iniciar la manifestación, la glorieta de los Cuatro Caminos se encontraba concurrida por numerosos grupos de obreros. A las tres en punto llegaron los albañiles organizadores de la protesta, enarbolando una bandera negra en una de las cañas utilizadas por los cobradores de los tranvías para mudar el trole, en la cual se leía el lema “Manifiesto por las víctimas del depósito de las aguas”. Todo el gentío, que ya era abundantísimo, se congregó en torno de aquel emblema.

Como los manifestantes esperaban que llegaran más obreros, permanecieron concentrados en la glorieta durante un rato, antes de ponerse en marcha hacia la Presidencia del Consejo para exigir el castigo a los responsables de la catástrofe del Tercer Depósito. Estando así las cosas, la policía se desplegó por las calles adyacentes, envolviendo circularmente a los manifestantes. Un pelotón de guardias, a cuyo frente iba el coronel Elías, jefe de la policía gubernamental en Madrid, se aproximó a la cabeza de la protesta y transmitió a los organizadores que la manifestación proyectada no podía celebrarse por carecer de autorización para ello, con lo que los allí presentes debían disolverse inmediatamente. Añadió el coronel que las autoridades habían dispuesto que la única manifestación pública que se toleraría sería la que las Sociedades obreras habían anunciado para la tarde del martes 11 de abril.

³¹ *El País*, 9 de abril de 1905. El mismo documento fue reproducido en la fecha señalada en los diarios *El Imparcial* y *El Liberal*.



Fig. 5.18. Anónimo. Aspecto de la calle de Bravo Murillo durante la manifestación del domingo 9 de abril de 1905. Fotografía. 1905.

Fuente: *Nuevo Mundo*, 14 de abril de 1905.

Los organizadores trataron de convencer al coronel Elías para que se permitiera el acto, asegurando que sería ordenado y pacífico y no tenía otro fin más que mostrar el duelo por los jornaleros caídos y pedir castigo para los responsables del hundimiento. De nada sirvieron cuantas explicaciones pudieron ofrecer los obreros. La policía se mostró ciegamente aferrada a las órdenes dadas por el Gobierno Civil y no cesaron de repetir que los manifestantes debían disolverse. Ante la determinación mostrada por los obreros de llevar a cabo la marcha, los guardias procedieron a arrebatarse a viva fuerza la bandera que llevaba en sus manos uno de los albañiles. En ese instante, la agitación prendió como la pólvora. La gente de los merenderos y tabernas instalados en los Cuatro Caminos salió apresuradamente a la calle alertada por el griterío, y se desencadenó una lucha feroz entre los guardias y los trabajadores por tomar posesión de la bandera negra, la cual no terminó hasta que los primeros lograron hacerse con ella para a continuación trasladarla a las dependencias policiales del distrito.

Los manifestantes se colocaron entonces frente a las puertas de dichas dependencias pidiendo que se les devolviese la bandera. Sorpresivamente, quienes habían arrebatado por la fuerza la bandera a los obreros, provocando con ello un peligroso enfrentamiento, decidieron devolver la insignia a los que la pedían. Un

albañil, llamado Leopoldo Zamora, salió de la inspección llevando consigo la bandera, lo que provocó el júbilo de los manifestantes que aguardaban fuera, que aplaudieron vivamente la recuperación de la bandera. En aquel momento aparecieron en la calle de Santa Engracia varios grupos de hombres y mujeres con paños negros sujetos a cañas y palos, los cuales se unieron a la gente que abarrotaba la glorieta de los Cuatro Caminos. Por fin, todas las banderas se colocaron a la entrada de la calle de Bravo Murillo y, tras ellas, se fue formando la multitudinaria manifestación. De pronto, alguien gritó con fuerza: “¡Adelante sin miedo!”.

De las cercanas dependencias policiales salieron varios guardias y algunos agentes de la policía secreta, tomando posiciones al mismo tiempo los retenes que se habían desplegado previamente por la zona. Cuando las fuerzas encararon a los manifestantes, el coronel al frente de las mismas indicó al corneta que diera los tres toques de intimidación. Tan pronto como sonó el último toque, empezó una verdadera batalla. Los guardias sacaron sus revólveres y dispararon a mansalva contra la multitud. Empezaron las carreras y los lanzamientos de piedras, cascotes y demás proyectiles improvisados que los manifestantes recogieron de los solares existentes en el lugar. Durante veinte minutos, los disparos de las armas de fuego de la policía no dejaron de sonar, realizándose también cargas con sables. Con todo, la resistencia de los obreros fue vigorosa, y fue necesario que llegasen dos escuadrones de caballería, uno del Regimiento del Príncipe y otro del 14.º tercio de la Guardia Civil, así como numerosos guardias de orden público, para reprimir a los amotinados y sofocar el tumulto.

Hacia las cinco de la tarde, la caballería y los guardias de a pie habían tomado la zona por completo. Las huellas que dejaron los balazos podían verse con claridad en las fachadas de las casas. Los numerosos heridos por arma de fuego que produjo la brutal actuación de las fuerzas policiales fueron llevados en volandas a la Casa de Socorro del distrito. Ante la gravedad de las lesiones que presentaban algunos de ellos, los facultativos ordenaron su traslado en camillas al cercano Hospital de la Princesa. Un grupo que pasaba de cien obreros, entre los que iban algunos parientes de las víctimas, acompañó a los heridos en el trayecto al centro hospitalario. Al llegar a sus puertas se produjo una discusión con los ordenanzas de dicho centro, debido a que éstos no permitieron que los acompañantes de los heridos accedieran al interior. Una vez los heridos ingresaron en el hospital, el grupo continuó su marcha, dirigiéndose hacia el centro de la ciudad. Cuando bajaban por la calle Ancha de San Bernardo, estando cerca de la plaza de Santo Domingo, un retén de policías les salió al paso y cargaron a

sablazos sobre ellos, haciendo también algún disparo aislado. Mientras tanto, en los Cuatro Caminos ya se había restablecido la circulación de tranvías y los merenderos y ventorros volvieron a abrir sus puertas, si bien los dueños de éstos decidieron que esa tarde no sonaran los populares organillos de manubrio.

Algunos periódicos definieron lo ocurrido como “la carga más brutal que jamás hemos presenciado”³². Ciertamente, la violencia policial fue extrema, produciéndose, además de los referidos heridos, un muerto. La víctima recibió un balazo de revólver en el esternón y cayó fatalmente herido sobre el empedrado de la calle de Bravo Murillo. Un periodista que se desplazó a la morgue y vio el cuerpo sin vida del manifestante, comentó que éste vestía pobremente, con un pantalón de pana color café, blusa negra, alpargatas blancas y gorrilla oscura de paño. El difunto se llamaba León Cristóbal, tenía cuarenta y cinco años de edad y dejó viuda y varios hijos³³.

5. 3. Migración femenina y servicio doméstico

Anteriormente hemos aludido a la importancia que tuvieron las corrientes migratorias procedentes de las provincias rurales hacia la capital en lo concerniente a la transformación del mercado de trabajo madrileño y al proceso de modernización de Madrid. Como si de un movimiento circular se tratase, las nuevas exigencias del mercado de laboral determinaron la potencia y la composición de los flujos migratorios que desembocaban en la urbe, y, al mismo tiempo, los estragos que causaba la pobreza existente en el campo español y las pésimas condiciones de vida de las masas campesinas aseguraban la constante renovación de dichos flujos migratorios, los cuales proporcionaban los brazos que la economía urbana requería para su desarrollo.

Cabe detenerse aquí en el papel que jugaron las mujeres en este proceso. Sin perder de vista los incentivos económicos que la emigración podía tener para la población femenina, pues se presentaba como una de las vías más eficaces para acceder a una ocupación remunerada, el desplazamiento de campesinas jóvenes a Madrid desde mediados del siglo XIX estuvo impulsado en buena medida por el aumento de la

³² *El País*, 12 de abril de 1905.

³³ Los acontecimientos referidos han sido reconstruidos a partir de los artículos de prensa publicados en: *El Imparcial*, 10 de abril de 1905; *El Heraldo de Madrid*, 10 de abril de 1905; *El Día*, 10 de abril de 1905; *El Globo*, 10 de abril de 1905; *La Época*, 10 de abril de 1905; *El País*, 10 de abril de 1905; *La Correspondencia de España*, 10 de abril de 1905.

demanda de mano de obra por parte del servicio doméstico, que se erigió como el sector ocupacional que mayor número de mujeres empleaba.

Para entender por qué el sector doméstico acabó acaparando la mayor parte de la fuerza de trabajo femenina, hasta el punto de generar un flujo migratorio destinado a suministrar criadas de manera constante a la urbe madrileña, debemos fijarnos en el modelo cultural de género imperante en la época y en la división sexual del trabajo establecida sobre la base de dicho modelo.

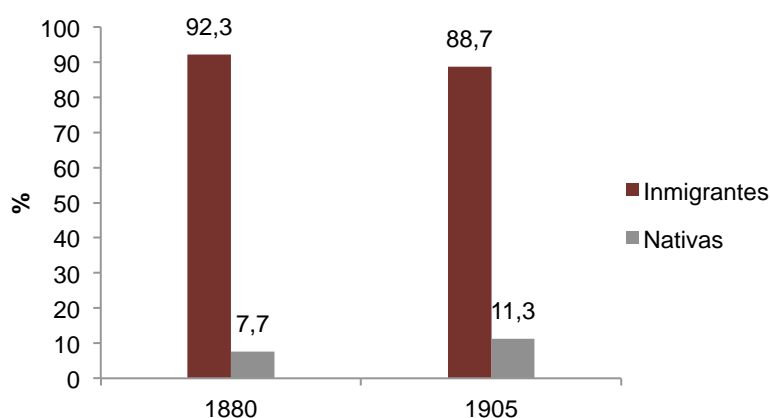


Fig. 5.19. Origen de las trabajadoras del servicio doméstico, 1880-1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 y 1905 (formularios correspondientes al sector suroeste del casco antiguo).

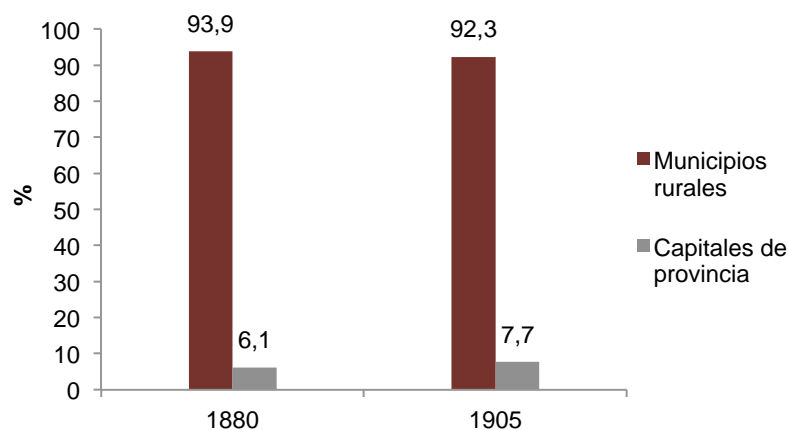


Fig. 5.20. Origen de las trabajadoras inmigrantes del servicio doméstico, distinguiendo las procedentes de municipios rurales de las procedentes de capitales de provincia, 1880-1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 y 1905 (formularios correspondientes al sector suroeste del casco antiguo).

El llamado discurso de la domesticidad, que se formalizó e institucionalizó a lo largo del siglo XIX, sentó los cimientos para la construcción de una nueva forma de identidad femenina. Se establecieron así una serie de cualidades que se consideraban *propias de la mujer*, al tiempo que los valores difundidos a través de los textos jurídicos, religiosos y literarios reforzaban socialmente su implantación³⁴. La idea de que el trayecto vital de una mujer debía conducir al objetivo último de convertirse en esposa y madre, y su dedicación no debía ser otra que la gobernanza de la casa, se implantó en el horizonte mental de la sociedad decimonónica. El papel social de la mujer quedaba así relegado a la vida doméstica, a la vez que se otorgaba al varón el protagonismo en la vida pública y el papel de sostenedor de la economía familiar³⁵.

La identidad social de las mujeres, por tanto, no descansaba en el oficio o en la profesión, sino en las funciones que les correspondían como amas de casa, esposas y madres. Este hecho provocó que las mujeres no fueran consideradas como trabajadoras en el mismo sentido que podían serlo los varones, pues se entendía que su verdadero papel en la sociedad lo cumplían en la esfera de la vida privada, aun cuando lo cierto era que la mayoría de las mujeres de las clases populares trabajaban como asalariadas en actividades extradomésticas.

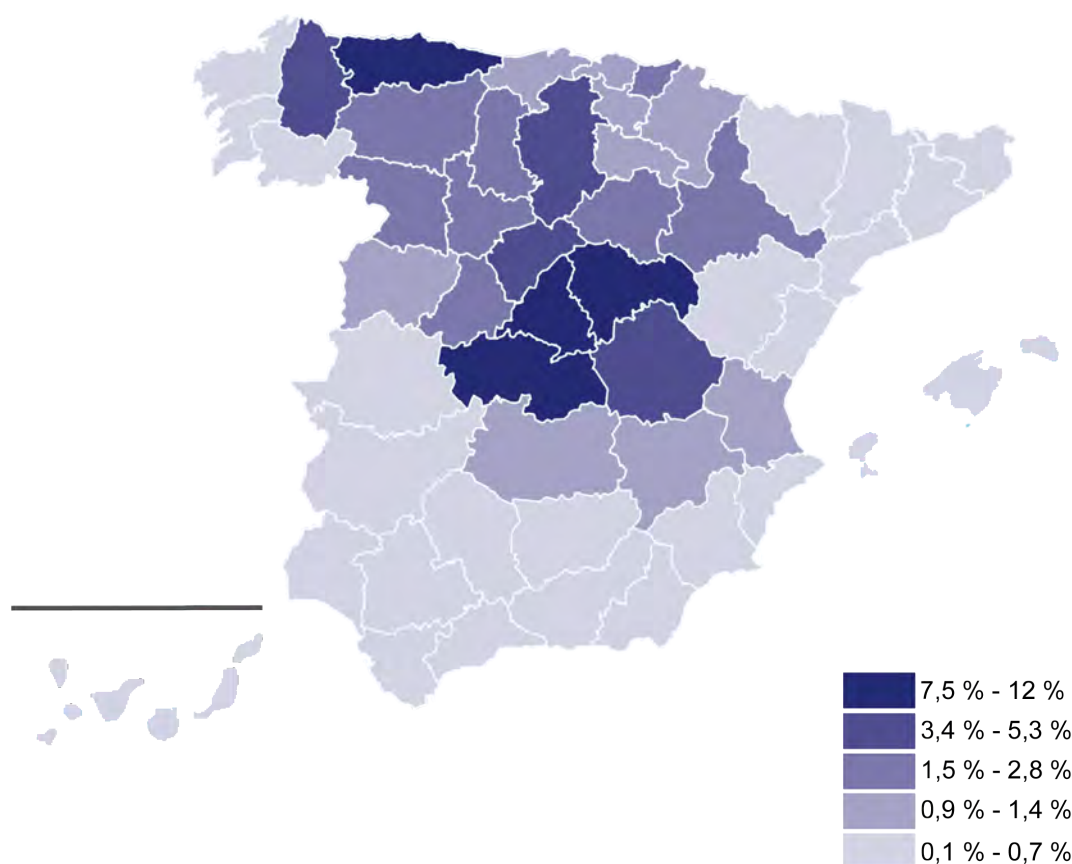
La implantación del discurso de la domesticidad provocó a su vez que el número de oficios que podía ejercer una mujer trabajadora quedara restringido a aquellos que resultaban afines a las labores consideradas propias del sexo femenino. Así, del mismo modo que las mujeres cosían, lavaban la ropa, amamantaban a sus hijos y se encargaban de realizar las faenas de la casa, al ingresar en el mercado laboral las trabajadoras lo hacían como costureras, lavanderas, nodrizas o criadas de servir. Fue de este modo como se produjo, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la expulsión (nunca total) de las mujeres de las actividades artesanales en el mundo urbano y la feminización de las ocupaciones que se englobaban dentro del servicio doméstico, en cuyo sector los varones habían contado tradicionalmente con una presencia considerable³⁶.

³⁴ Gómez-Ferrer Morant, Guadalupe. *Historia de las mujeres en España: siglos XIX y XX*. Madrid: Arco, 2011.

³⁵ Sobre la implantación del discurso de la domesticidad, véase: Scott, Joan W. *Género e historia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2008; Nash, Mary. “Los nuevos sujetos históricos: perspectivas de fin de siglo: género, identidades y nuevos sujetos históricos”. Archilés i Cardona, Ferrán, Romeo Mateo, María Cruz y Saz, Ismael (eds.). *El siglo XX: historiografía e historia*. Valencia: Universitat de València, 2002, pp. 85-100; Blanco, Alda, Enríquez de Salamanca, Cristina y Jagoe, Catherine. *La mujer en los discursos de género: textos y contextos en el siglo XIX*. Barcelona: Icaria, 1998.

³⁶ Sarasúa, Carmen. *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del*

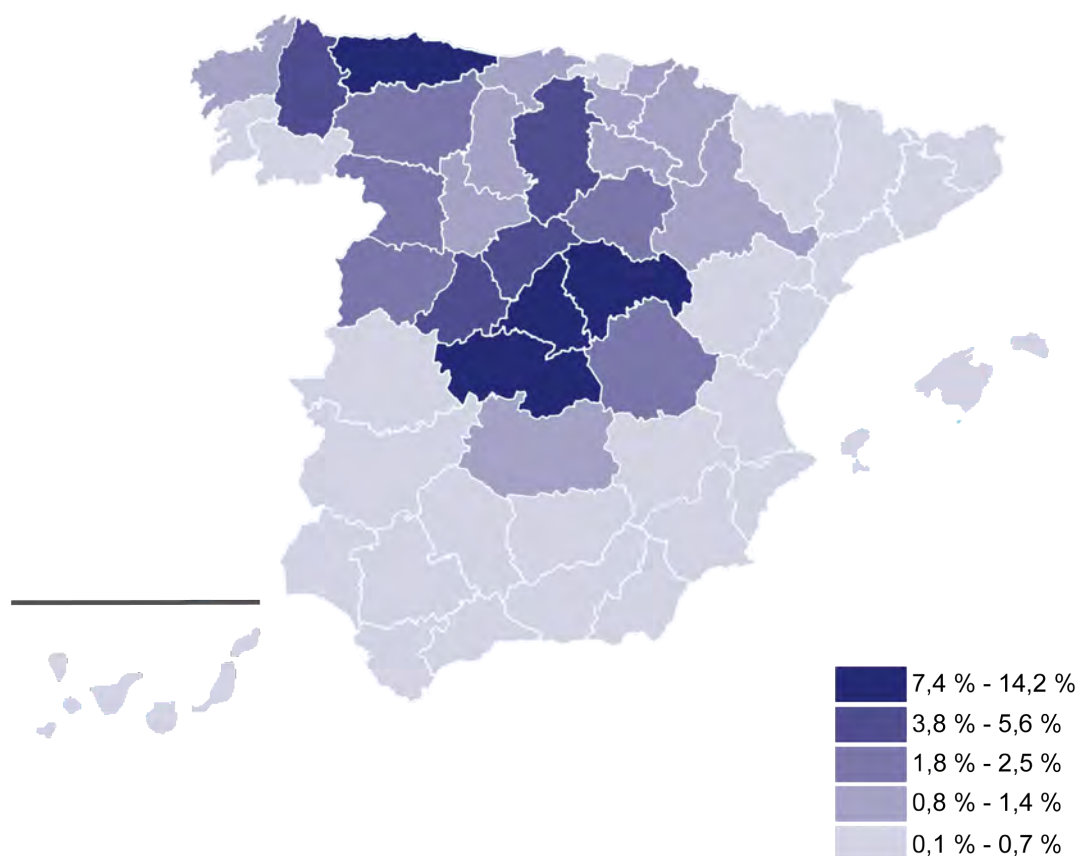
Fig. 5.21. Provincias de origen de las sirvientas inmigrantes residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 (formularios correspondientes al sector suroeste del casco antiguo).

Por otra parte, la importancia que tomó el servicio doméstico en lo que se refiere a su capacidad de absorción de mano de obra no podría comprenderse sin tener en cuenta el crecimiento que experimentó la clase media madrileña desde las décadas finales del siglo XIX. La aceleración del proceso de urbanización durante el periodo intersecular dio lugar, entre otras cosas, a la expansión de las clases medias en el mundo urbano, lo cual repercutió directamente en el incremento de la demanda de sirvientas. A comienzos del novecientos, no solo la aristocracia poseía los recursos necesarios para disponer de domésticas internas en sus viviendas, sino que era bastante frecuente que las familias de la clase media modesta (comerciantes, funcionarios del Estado, militares y empleados de oficina bien situados) contaran con una criada de servir en sus hogares, toda vez que los sueldos de éstas eran extremadamente bajos.

Fig. 5.22. Provincias de origen de las sirvientas inmigrantes residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 (formularios correspondientes al sector suroeste del casco antiguo).

Al no disponer Madrid de los efectivos necesarios para abastecer la constante y creciente demanda de sirvientas a lo largo de esos años, fue necesario recurrir al suministro de mano de obra inmigrante, de tal manera que las campesinas jóvenes desplazadas a la capital se convirtieron en el principal contingente de trabajadoras del servicio doméstico (ver figs. 5.21 y 5.22).

5.3.1. La composición del flujo migratorio de sirvientas a Madrid y las características del servicio doméstico madrileño

La formación de un flujo migratorio constante dirigido a suministrar criadas a la ciudad de Madrid se mostraba consolidado al menos desde 1880, debido a la importante demanda de mano de obra barata por parte de dicho sector. Conviene recordar aquí que, en las primeras décadas del siglo XX, el servicio doméstico no se reducía exclusivamente a la tradicional figura de la criada de servir, sino que abarcaba una amplia variedad de situaciones. Esto se traducía directamente en la forma que tomaba la demanda de mano de obra en el mercado laboral, y condicionaba la composición de los flujos migratorios.

Vemos así cómo, pesar de que el servicio doméstico se encontraba dominado por la mano de obra femenina, aún era destacable la presencia de criados varones en el Madrid de principios del novecientos, los cuales representaban en torno al 10 % del total de la mano de obra del sector en 1905. En este sentido, resulta interesante observar la profunda brecha que separaba, desde el punto de vista del estatus ocupacional, a los sirvientes del sexo masculino de los del femenino. Los índices salariales no dejan lugar a dudas en este sentido: los varones empleados en el servicio doméstico recibían unos jornales notablemente superiores a los de las mujeres, siendo los de éstas últimas tan bajos que apenas garantizaban la mera subsistencia. Cabe señalar también que el tipo de operaciones que solían hacer los varones y las mujeres del sector doméstico no eran las mismas y, por lo general, los criados, debido al tipo de funciones que tenían asignadas dentro de la servidumbre de la casa, se encontraban en una posición menos sufrida que la de sus compañeras.

Ahora bien, entre las propias trabajadoras domésticas también se daba una diversidad de estatus que impide hablar de dichas trabajadoras como un grupo uniforme, pues tanto la clase de labores que se desempeñaban como la retribución salarial de las diferentes ocupaciones del sector eran muy distintas en unos casos y otros. La diferenciación más evidente en este sentido tiene que ver con la existencia de ciertas profesiones vinculadas al servicio doméstico que requerían una formación intelectual elevada, como era el caso de las institutrices.

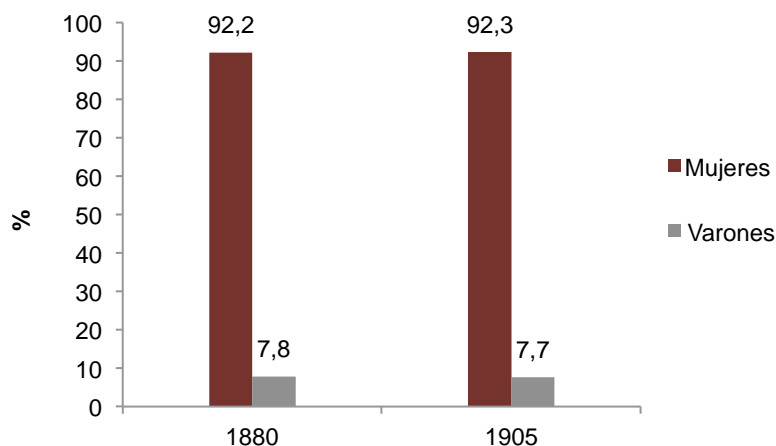


Fig. 5.23. Estructura por sexo de los trabajadores del servicio doméstico, 1880-1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 y 1905 (formularios correspondientes al sector suroeste del casco antiguo).

Dado que la institutriz no solo se encargaba del cuidado de los niños de la casa, sino que también los cultivaba en el conocimiento de distintos saberes y los educaba en el refinamiento, las características que presentaban estas trabajadoras domésticas las convertían en un grupo exclusivo dentro del conjunto del servicio doméstico. Las institutrices se situaban entre las empleadas domésticas mejor pagadas, con sueldos que en ocasiones podían llegar a aproximarse a los de un profesional liberal. Además, a diferencia de las criadas de servir, que ocupaban los peores sitios de las viviendas para su descanso, las institutrices disponían de habitaciones en buenas condiciones, vestían al estilo inglés o parisién y ocupaban una posición en el hogar que las situaba más cerca de los miembros de la familia que del resto de los integrantes de la servidumbre.

La importancia de la función que cumplían las institutrices, al encargarse de la educación de los vástagos de las familias acaudaladas, llevaba en numerosas ocasiones a quienes estaban interesados en su contratación a buscarlas fuera de la geografía nacional, concretamente en aquellos países que representaban la vanguardia de la cultura occidental, como el Reino Unido, Francia o Alemania, para procurar a sus hijos una formación de alto nivel. En un artículo publicado en la revista *Nuevo Mundo* en 1914, Cristóbal de Castro, autor del mismo, abogaba por la creación de una escuela de institutrices para preparar en esta profesión a las mujeres españolas, pues “casi todas las institutrices que hay en España son inglesas, alemanas o francesas. «Miss», «fraulein» o «mademoiselle», en sus típicas variedades de Katy, de Gretchen o de Suzane, se

encargan de educar a las niñas y niños de nuestra aristocracia y nuestra burguesía”³⁷. No hace falta decir que la presencia de institutrices, por el desembolso que implicaba la contratación de sus servicios, estaba limitada a las casas verdaderamente adineradas de la ciudad.

Otra clase de trabajadoras del servicio doméstico que disfrutaban de un estatus especial eran las nodrizas. La contratación de amamantadoras mercenarias constituía una costumbre bastante extendida entre las familias pudientes, no tanto por razones fisiológicas (que las madres de las criaturas no produjeran la leche necesaria para su alimentación), como por razones de índole social. Y es que la nodriza permitía que la mujer a la cual suplía se viera liberada de los deberes que acarreaba la maternidad y poder disponer así del tiempo que habría de emplear en el amamantamiento y en la crianza en general, para dedicarlo a otras actividades³⁸. A ello se unía el hecho de que la nodriza representaba un símbolo de prestigio para la casa que la tenía contratada, ante lo cual, la demanda de estas trabajadoras por parte de la burguesía era bastante frecuente en el Madrid de comienzos del siglo XX.

Una rápida mirada al origen geográfico de las nodrizas empadronadas en el suroeste del casco antiguo de Madrid en 1905, revela que éstas procedían predominantemente de las provincias del norte de España. Esta especialización regional del mercado de nodrizas obedecía esencialmente a la creación de un imaginario regional en la sociedad de la época, según el cual, las mujeres campesinas oriundas de la cornisa cantábrica, donde se había desarrollado una sociedad vaquera desde finales del siglo XVI, eran las más competentes para ejercer la lactancia de los recién nacidos³⁹. El desarrollo de un imaginario regional que ligaba la calidad superior de la leche que segregaban las mujeres con unas regiones geográficas concretas, no fue un fenómeno exclusivo de España. Elena Soler, en su trabajo sobre las nodrizas pasiegas, señala que la burguesía parisina del siglo XIX demandaba especialmente las nodrizas de Normandía, mientras que en Alemania, eran las sajonas las que contaban con mayor prestigio entre las amamantadoras a sueldo; a su vez, en los Estados Unidos se extendió la idea de que las mejores amas de leche eran las inmigrantes alemanas, razón por la

³⁷ De Castro, Cristóbal. “Institutrices”. *Nuevo Mundo*, n.º 1.069, julio de 1914, p. 3.

³⁸ Soler Muñoz, Elena. *El parentesco de leche. La nodriza pasiega en la España de 1830-1940*. Tesis doctoral. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2005.

³⁹ Soler Muñoz, Elena. “Parentesco de leche y movilidad social. La nodriza pasiega”. Gonzalbo Aizpuru, Pilar (coord.) *Familias y relaciones diferenciales: Género y edad*. Murcia: Editum, 2010, pp. 171-180.

cual éstas eran las más cotizadas en el mercado de nodrizas del expresado país⁴⁰.

La migración de amas de leche a Madrid estuvo dominada por las corrientes procedentes de los territorios montañosos del norte de España. Las nodrizas empleadas en las casas madrileñas solían ser mujeres cántabras, asturianas y vascas, con edades comprendidas entre los 18 y los 35 años, que emigraban en solitario a la capital con el fin de ejercer la lactancia de bebés ajenos a cambio de una remuneración económica.



Figs. 5.24 y 5.25. Chusseau-Flaviens, Charles. Sirvienta (izquierda) y amas de cría (derecha) en la calle de Alcalá. Fotografía. c. 1905.

Fuente: Archivo fotográfico Ch. Chusseau-Flaviens.

El flujo migratorio de nodrizas presentaba ciertas diferencias con los formados por trabajadoras no cualificadas que acudían Madrid para trabajar como simples criadas. A diferencia de éstas, las nodrizas contaban con una seguridad en el destino, en las condiciones de trabajo y en su periodo de estancia. Además, al igual que sucedía con las institutrices, las nodrizas gozaban de una situación privilegiada dentro el servicio doméstico de una casa, disfrutando de mejores condiciones de vida y trabajo que las

⁴⁰ Ibíd.

criadas de servir, así como de unos jornales superiores. No obstante, al trabajar como internas en casas particulares, las amas de leche estaban sujetas al ritmo de vida que imponían sus empleadores, careciendo de la independencia que podía tener cualquier trabajador al abandonar su puesto de trabajo.

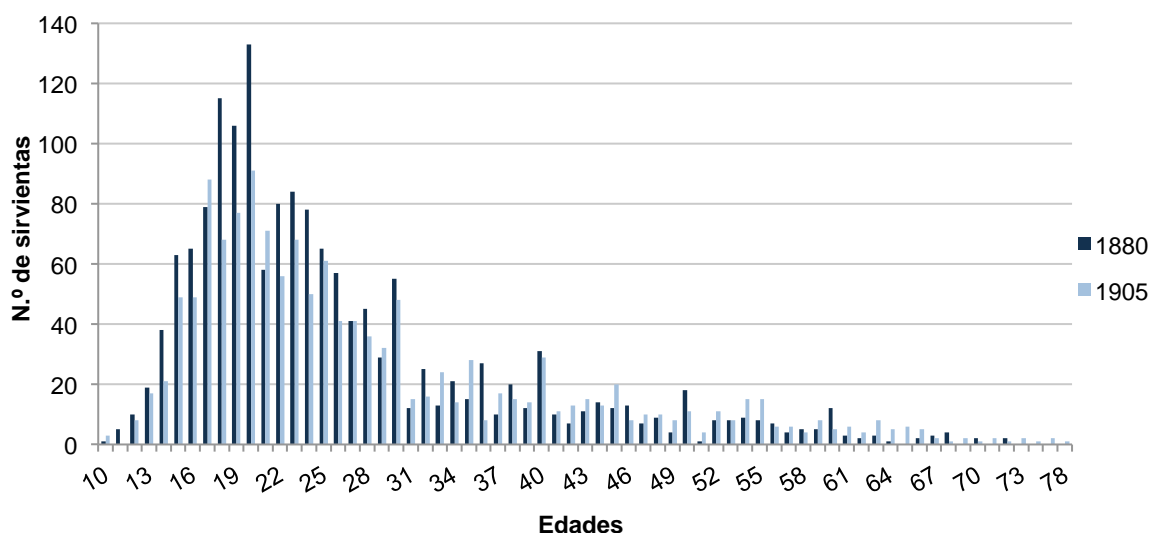


Fig. 5.26. Edades de las trabajadoras del servicio doméstico, 1880 y 1905.

Fuente: Elaboración propia a partir de: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 y 1905 (formularios correspondientes al sector suroeste del casco antiguo).

Las nodrizas prestaban sus servicios a las familias de las clases medias elevadas y de la aristocracia, con las que solían residir por espacio de dos años –periodo de tiempo que se consideraba necesario para el desarrollo de un lactante–, para después regresar a su lugar de origen. En determinados casos, algunas nodrizas, tras cumplir con su misión, se quedaban como “amas secas” en la casa que las habían contratado, dedicándose a las faenas propias de una criada de servicio. Ahora bien, el hecho de haber amamantado y criado a los miembros de la familia generaba cierto vínculo de parentesco entre la nodriza y sus empleadores, razón por la cual las amas secas ocupaban una posición distinguida dentro del cuerpo de sirvientes⁴¹.

Más allá de este tipo de casos, que pueden catalogarse como excepcionales, la masa de las mujeres que conformaban el servicio doméstico madrileño durante los años del cambio de siglo lo formaban las criadas de servir. Conviene recordar en este punto que denominaciones genéricas que aparecen habitualmente en las fuentes padronales,

⁴¹ Soler Muñoz, Elena. “Parentesco de leche...”, *op. cit.*

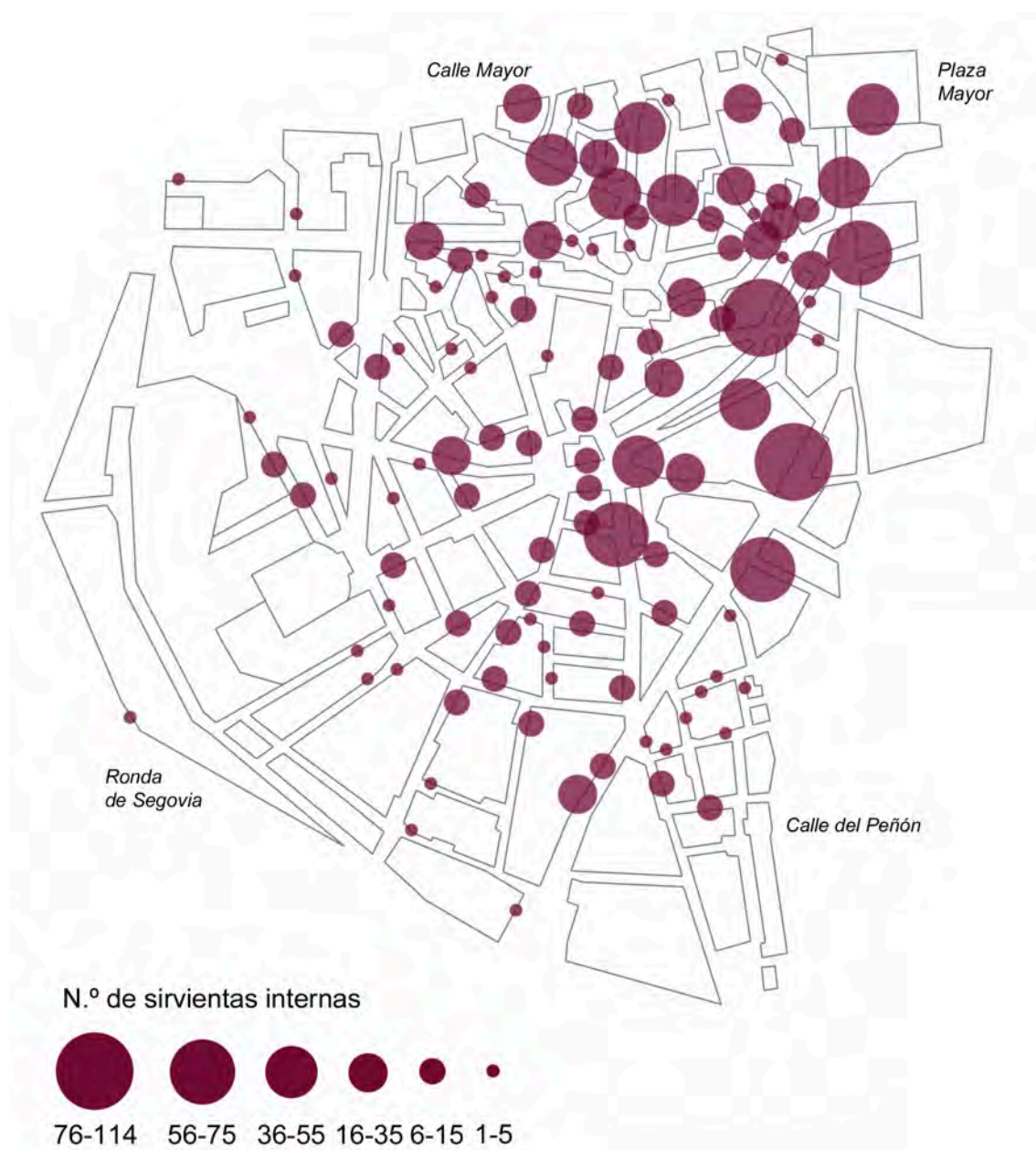
como “sirvienta”, “criada” o “doméstica”, podían esconder situaciones ocupacionales muy diferentes. Una trabajadora doméstica inscrita en el empadronamiento de 1905 como interna en la casa de una familia de la clase media modesta, no se encontraba en la misma situación, desde el punto de vista de las condiciones laborales y salariales, que aquélla que llevaba años trabajando para una familia de la aristocracia.



Fig. 5.27. Ponting, Herbert George. *Street scene. Puerta del Sol. Madrid.* Fotografía. 1906.

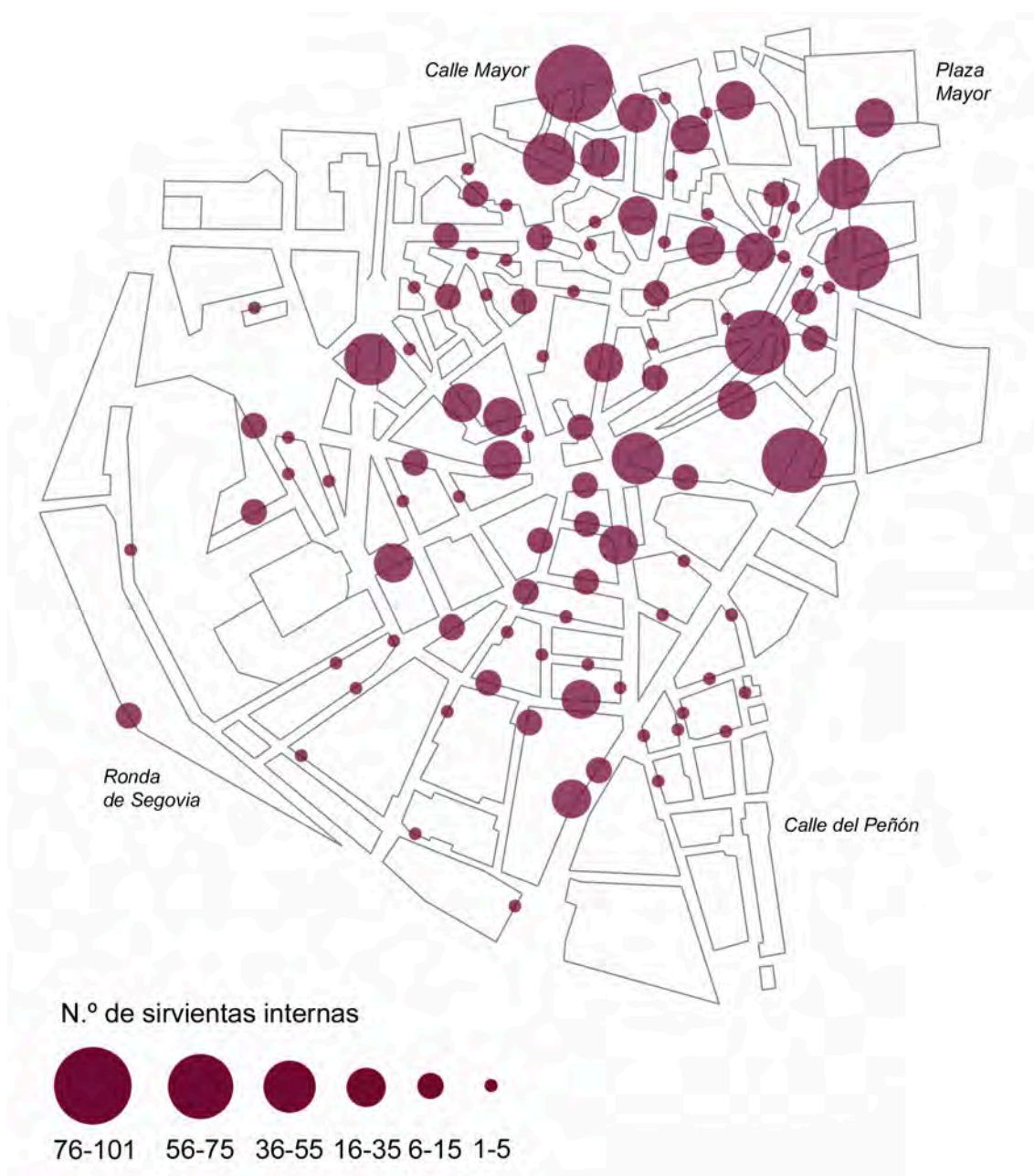
Fuente: Collections Search Center, Smithsonian Institution.

Fig. 5.28. Localización de las sirvientas internas en las viviendas del sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1880



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

Fig. 5.29. Localización de las sirvientas internas en las viviendas del sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

Si atendemos a la estructura por edad y por estado civil de las criadas de servir, observamos que, tanto en 1880 como en 1905, la mayor parte de éstas tenían edades comprendidas entre los 16 y los 24 años, y en torno al 90 % de ellas eran solteras (ver fig. 5.26). Se pone así de manifiesto que los flujos migratorios de sirvientas que desembocaban en Madrid se nutrían esencialmente de muchachas jóvenes solteras, y que la intensidad en el volumen de llegadas era constante, lo que permitía el suministro puntual de la mano de obra que el sector requería. A su vez, la abundante afluencia a la capital de jóvenes dispuestas a trabajar como sirvientas provocaba que el precio de la mano de obra se mantuviera a unos niveles extremadamente bajos.

Aún teniendo en cuenta que, en el caso de las sirvientas internas, los gastos de albergue y manutención corrían a cargo de los empleadores, y que, tal como se percibe en las fuentes literarias de la época, la sisa era una práctica habitual entre las trabajadoras del servicio doméstico, el salario de las sirvientas se encontraba muy por debajo del coste de la vida, mostrándose a todas luces insuficiente para permitir la mera subsistencia. Si atendemos al tipo de trabajo que realizaban las llamadas *chicas para todo*, el cual implicaba la realización de algunas tareas que exigían un enorme esfuerzo y conllevaba jornadas laborales que en algunos casos llegaban a las dieciséis horas, puede concluirse que el trabajo de sirvienta era uno de los más duros y penosos que podían desempeñarse en el mercado laboral. El artículo que a continuación transcribimos, publicado en la revista ilustrada *Nuevo Mundo* en 1911, permite apreciar hasta qué punto esto era así:

“Veamos lo poquísimo que tiene que hacer una criada: levantarse antes de amanecer, arreglar su cuarto y asear su persona. Bajar a la calle la espuerta de la basura. Ir a la lechería y al puesto de pan y traer lo de costumbre. Encender el fogón y preparar los desayunos. Servir sendos chocolates á las siete personas de la familia. Limpiar otros tantos pares de botas. Acompañar á los chiquillos al colegio. Disponer de ollas, cacerolas y sartenes para el almuerzo. Traer de la plaza las viandas é ingredientes necesarios para el mismo y para la cena. Hacer limpieza general en el comedor, cocina, despacho, sala, gabinete y pasillos, amén de otras dependencias íntimas. Preparar la ducha de la señora y el baño para los pimpollos. Arreglar las habitaciones, con otras tantas camas y lavabos. Poner la mesa, distribuyendo sillas, platos, copas, cubiertos y servilletas.

Subir un botijo de agua *de la gorda*. Servir la comida y aguantar las impertinencias que originan los gustos de cada cual. Engullir á prisa y de pie los sobrantes, ni muchos, ni escogidos. Fregotear veintiocho platos, catorce copas, ocho jícara, tres fuentes, una sopera, diez cuchillos, y un bazar de cubiertos, ollas y demás cachivaches. Lavar en la artesa una carga de ropa blanca y tenderla en la terraza. Y repetir, en cuanto á la cena, la desesperante función del mediodía.

Además, para que no enferme de aburrimiento, se ocupará de las siguientes tonterías: correr á la puerta cada vez que tiran de la campanilla, recoger el correo y pasar á la sala de visitas. Lavar recados, traer encargos y oír malas razones. Ir y venir con las niñas en sus esparcimientos. Echar agua a los geranios. Tostar y moler café. Cepillar ropas y sacudir alfombras. Poner alpiste al canario. Comprar *La Correspondencia*. Fregar la cocina dejando bien relucientes los metales y en orden todos los avíos. Y acostarse á media noche, harta de holgar, para dormir como una princesa cinco o seis horas”⁴².

A la dureza de las condiciones de trabajo hay que añadir el riesgo de sufrir abusos sexuales que corrían las sirvientas, en especial las más jóvenes. De acuerdo con los datos que ofrece Rafael Eslava en su obra *La prostitución en Madrid*, el 60 % de las chicas que empezaban a trabajar como sirvientas en la capital en 1900 acababan siendo seducidas por los señores de la casa. Eslava establece también un vínculo directo entre el servicio doméstico y la prostitución, pues una buena parte las prostitutas de calle o de burdel que ofrecían sus servicios en el Madrid de comienzos del novecientos habían sido sirvientas antes de haber caído en la prostitución⁴³.

De este modo se pone de manifiesto que las condiciones laborales y salariales del servicio doméstico no eran en absoluto atractivas para ingresar en él. Sin embargo, ante la atroz escasez que afectaba a los distritos rurales, de donde procedía el grueso de las trabajadoras del servicio doméstico madrileño, el ingreso en este sector se presentaba, más que como un medio para mejorar la calidad de vida, como una estrategia de pura supervivencia a la que las familias campesinas recurrían para intentar

⁴² Calzada, Carlos, “Seres dichosos”. *Nuevo Mundo*, n.º 903, abril de 1911.

⁴³ Eslava, Rafael G. *La prostitución en Madrid. Apuntes para un estudio sociológico*. Madrid: Vicente Rico, 1900.

escapar de la pobreza. El campo operaba así como un centro exportador de mano de obra barata para satisfacer la demanda de sirvientas que generaba la ciudad, al tiempo que ésta actuaba como centro receptor de las masas rurales desheredadas, que veían en la emigración un recurso salvador con el que poder hacer frente a la miseria que les acosaba.

Capítulo 6. Un nuevo mercado laboral

“Trini quería cambiar también. Quería subir. Después de todo, no se iba a pasar la vida de modista. Soñaba con horizontes más amplios para el futuro de su vida. [...] Por lo pronto, su ambición más inmediata, lo que consideraba como el primer peldaño a subir de una escalera cuyo final no se veía, era colocarse como taquimeca. En pocos meses se había puesto en condiciones para trabajar, y hasta traducía un poquito el francés. Trini se dedicó con todo el entusiasmo de su juventud a buscar empleo”.

Martínez Gandía, Rafael. *Trini. Novela de una muchacha madrileña*. Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1936, p. 49.

6. 1. El trabajo manual en la nueva economía urbana

Si a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX el mundo del trabajo manual madrileño estuvo dominado por el proceso de jornalерización, en virtud del cual los artesanos quedaron reducidos a una figura anecdótica del mercado laboral y los jornaleros crecieron hasta convertirse en la masa de los trabajadores, a partir de la Primera Guerra Mundial empezó a vislumbrarse una nueva tendencia que daría lugar a un modelo de estructura ocupacional muy diferente. Ya en los años del cambio de siglo se advirtieron algunos elementos novedosos que anunciaban el viraje de un estado de pauperismo generalizado hacia una economía más próspera, la cual se consolidaría en la primera mitad de la década de 1930, cuando los obreros cualificados y los trabajadores de cuello blanco pasaron a convertirse en los nuevos protagonistas del paisaje profesional madrileño.

El nuevo impulso que registró la producción industrial en las sociedades occidentales desde 1880, gracias al desarrollo científico y tecnológico producido en el marco de la denominada segunda Revolución Industrial, fue decisivo en este sentido.

De todas las innovaciones que se introdujeron en este periodo, la más importante fue, sin duda, la aplicación de la electricidad como fuente de energía sustitutiva del carbón¹. Además de incrementar notablemente la potencia productiva de la maquinaria por ella puesta en funcionamiento y reducir el tiempo de producción con respecto al empleo del combustible mineral, la electricidad permitió el florecimiento de la industria en espacios urbanos donde hasta entonces la producción fabril había sido imposible, debido a la carencia o escasez de recursos básicos como el carbón y el hierro². Tal fue el caso de Madrid, donde la ausencia de yacimientos carboníferos y ferrosos y lo costoso de su transporte impidió el desarrollo de un verdadero proceso industrializador en el siglo XIX.

En este sentido, la introducción de la energía eléctrica en la capital a partir de las décadas finales del ochocientos, sin bien no implicó un despliegue de medios de la envergadura de la construcción del Canal del Lozoya o el trazado de las líneas ferroviarias, tuvo una importancia tan decisiva como la creación de estas infraestructuras para la transformación de Madrid en una metrópoli moderna. Las dificultades de establecer centros fabriles en la capital, derivadas esencialmente de la carestía de las materias primas necesarias para la producción industrial y la consiguiente falta de inversión en el sector, se desvanecieron gracias al dinamismo que adquirió la capacidad productiva en la urbe madrileña ante la expansión de la electricidad³.

¹ Coriat, Benjamin. *Ciencia, técnica y capital*. Madrid: Blume, 1976, p. 136.

² Precedo, Ledo, Andrés J. *Teoría geográfica de la localización industrial*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, 1989.

³ Sobre el proceso de industrialización en Madrid, véase: García Delgado, José Luís. “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española”. Nadal, Jordi y Carreras, Albert (coord.). *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*. Barcelona: Ariel, 1990, pp. 219-258. Para las estrategias desplegadas por los inversores en el marco de la economía madrileña, véase: Bahamonde Magro, Ángel, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique: “La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en La Restauración: el caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela, 1834-1882”. Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 1, pp. 523-594; Bahamonde Magro, Ángel. *El horizonte económico..., op. cit.*

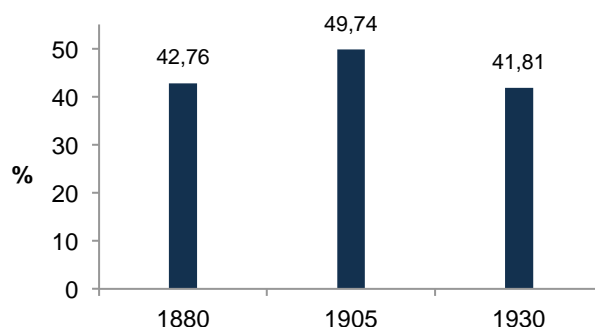


Fig. 6.1. Evolución de la proporción de los jornaleros y peones sin oficio (subgrupo HISCO 99) en la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo, 1880-1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880, 1905 y 1930.

Las primeras sociedades dedicadas a la producción y distribución de energía eléctrica en Madrid se formaron en los primeros años de la Restauración y se centraron esencialmente en el alumbrado público y particular. En un primer momento, la introducción de la electricidad tuvo un alcance reducido, ya que las técnicas empleadas aún se hallaban en fase experimental y el servicio de iluminación callejera lo realizaba la Compañía de Gas, la cual poseía desde 1849 el monopolio de dicho servicio⁴. Sin embargo, el éxito obtenido en otras ciudades del panorama internacional llevó a los capitalistas extranjeros a fijarse en las posibilidades para la expansión de este negocio existentes en Madrid, creándose durante las décadas de 1880 y 1890 importantes empresas eléctricas, como la Compañía Inglesa de Electricidad de Madrid y la Compañía General Madrileña de Electricidad, de capital mayoritariamente alemán, que sentarían unas bases sólidas para la generación, distribución y consumo de energía eléctrica en la urbe madrileña.

Con todo, aquellas empresas de alumbrado actuaban de forma independiente, proporcionando electricidad, no al conjunto de la ciudad, sino a sectores concretos de ésta. Esta situación dio un vuelco a comienzos del siglo XX, cuando se introdujeron en el mercado eléctrico grandes grupos financieros que, con unas inversiones más vigorosas y un mayor despliegue de infraestructuras, levantaron grandes centrales

⁴ Arroyo, Mercedes. “Estrategias empresariales y redes territoriales en dos ciudades españolas, Barcelona y Madrid (1832-1923)”. *Historia Contemporánea* 24 (2002):137-160; Simó Ruescas, Julio. “La Cooperativa Electra Madrid y los inicios del monopolio compartido en la industria eléctrica madrileña (1905-1912)”. Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. (eds.). *La sociedad madrileña..., op. cit.*, vol. 1., pp. 419-428.

hidroeléctricas en los alrededores de la capital. Fue así como, entre 1905 y 1911, se formaron los gigantes del sector eléctrico madrileño: la Sociedad Hidráulica Santillana (1905), la Cooperativa Electra Madrid (1910) y la Unión Eléctrica Madrileña (1911)⁵. Estas modernas compañías poseían una capacidad de producción muy superior y a un costo inferior de lo que permitían los primitivos generadores locales, siendo decisivas para la utilización a gran escala de la electricidad en Madrid.

En el ámbito económico, la aplicación de la energía eléctrica se tradujo en un aumento de la fuerza productiva de los centros de trabajo mecanizados, así como en la aparición de nuevos establecimientos fabriles y nuevas actividades de producción industrial. Además de en el terreno de la producción, los cambios introducidos por la electricidad también se dejaron notar con gran intensidad en el transporte público (primero con la electrificación del tranvía y después con la aparición del metropolitano) y en las comunicaciones, todo lo cual se tradujo en la dinamización de la economía urbana. A ello cabe añadir el empuje que la industria eléctrica tuvo en el primer tercio del siglo XX como uno de los sectores de mayor crecimiento a escala nacional, algo de lo que Madrid se benefició sobremedida, pues los inversionistas se fijaron especialmente en las posibilidades de hacer negocio que la gran ciudad podía brindarles dada la enorme demanda de consumo que ésta era capaz de generar.

Por otro lado, el desarrollo de la electrificación en Madrid coincidió con una época de auge en la economía española. La pérdida definitiva de los territorios ultramarinos en 1898 supuso la repatriación de suculentas sumas de capital a la metrópoli, lo que unido a la depreciación de la peseta que se registró durante aquellos años favoreció la inversión y la actividad bursátil⁶. Este último aspecto fue importante para el surgimiento en España del modelo de gran corporación empresarial, el cual comenzó a hacerse presente en Madrid con el cambio de siglo, creándose a partir de

⁵ Aubanell Jubany, Anna M. “La competencia en la distribución de electricidad en Madrid (1890- 1913)”. *Revista de Historia Industrial* 2 (1992):143-172; Cayón García, Francisco. *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*. Madrid: Fundación Empresa Pública, 1997; Tedde de Lorca, Pedro y Aubanell Jubany, Anna M. “Hidroeléctrica Española, 1907-1936”. Anes y Álvarez de Castrillón, Gonzalo (coord.). *Un siglo de luz. Historia empresarial de Iberdrola*. Madrid: Iberdrola - Ediciones El Viso, 2006, pp. 193-277; Simó Ruescas, Julio. “La Cooperativa Electra Madrid...”, *op. cit.*

⁶ Bernardos Sanz, José Ubaldo, Hernández Benítez, Mauro y Santamaría Lancho, Miguel. *Historia Económica*. Madrid: UNED, 2014, pp. 420-421.

entonces el binomio entre Madrid y la gran empresa, el cual aportaría uno de los rasgos característicos de la estructura económica de la capital en las décadas posteriores⁷.

Al calor de la electricidad comenzaron a aparecer en Madrid grandes fábricas mecanizadas dedicadas a los más diversos ramos de la producción, como la fábrica de cerveza El Águila, la fábrica de lámparas eléctricas Osram o la fábrica de productos de belleza Gal, cuyas instalaciones concentraban un gran número de operarios y dirigían su actividad hacia un mercado de mayor amplitud, todo ello con arreglo a un eficiente modo productivo. La aparición de estos modernos establecimientos fabriles marcaron un antes y un después en la evolución de la manufactura madrileña, la cual había estado hasta entonces sumida en una atmosfera preindustrial, donde los talleres de reducidas dimensiones sostenidos por unos pocos trabajadores y dedicados esencialmente a la producción de artículos de primera necesidad o a trabajos relacionados con la construcción eran la nota dominante⁸.

La fabulosa oportunidad de negocio que la Gran Guerra supuso para la economía española estimuló el despertar industrial de la capital. De esta manera, los inversores que operaban en el mercado madrileño, que hasta entonces se habían centrado casi en exclusiva sobre el sector inmobiliario, comenzaron a fijarse en la producción industrial ante los succulentos beneficios que reparaba la exportación de bienes a los países beligerantes, toda vez que éstos dirigieron su esfuerzo productivo a las exigencias de la guerra y pasaron a depender de los productos del exterior. A su vez, el cese de las importaciones habituales procedentes de los países que vieron su producción paralizada por la contienda europea, favoreció la producción interna con fines sustitutorios⁹.

De este proceso se benefició enormemente la ciudad de Madrid, donde desde la década de 1910 los establecimientos dedicados a la producción fabril que concentraban bajo un mismo techo un gran número de trabajadores aumentaron exponencialmente, al tiempo que el sector secundario se diversificó de forma notable, abarcando desde aquellas industrias que habían tenido una importante presencia en la ciudad desde antiguo, como las artes gráficas, el tratamiento de alimentos y la construcción, hasta

⁷ García Ruiz, José Luis. "La empresa en Madrid: una realidad condicionada por la capitalidad". García Ruiz, José Luis y Manera, Carlos (dirs.). *Historia empresarial de España. Un enfoque regional en profundidad*. Madrid: LID Editorial Empresarial, 2006, pp. 361-390.

⁸ Bahamonde Magro, Ángel, Martínez Martín, Jesús A. y Del Rey Reguillo, Fernando. *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1887-1987. Historia de una institución centenaria*. Madrid: Cámara de Comercio de Madrid, 1988, pp. 48-61.

⁹ García Delgado, José Luis, Jiménez, Juan Carlos. *Un siglo de España: la economía*. Madrid: Marcial Pons, 2001, p. 51 y ss.

actividades modernas vinculadas a la segunda Revolución Industrial, como la industria química, los transformados metálicos o la fabricación de aparatos y materiales eléctricos y de telefonía¹⁰. El sector secundario fue adquiriendo así verdadero peso en la economía de la capital, hasta el punto que, en 1929, la región de Madrid llegó a ser la cuarta más industrializada de España, seguida por las de Barcelona, Vizcaya y Guipúzcoa, y en 1932 podían contarse varias empresas encuadradas en el sector secundario que contaban con unas plantillas de personal de entre 1.000 y 3.500 operarios¹¹.

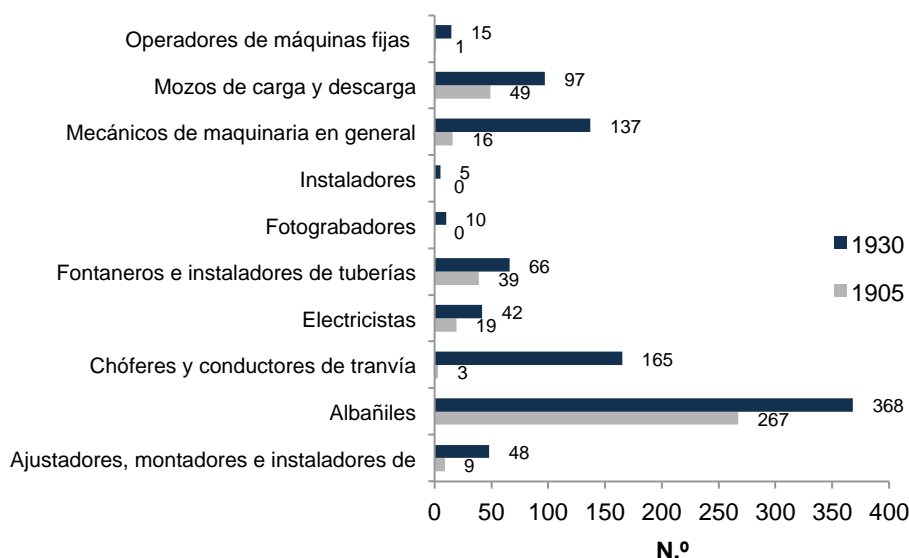


Fig. 6.2. Ocupaciones manuales que más ven aumentar su proporción entre los trabajadores del suroeste del casco antiguo, 1905-1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 y 1930.

Es indudable que esta transformación de la estructura productiva madrileña no pudo realizarse sobre la base de una estructura ocupacional compuesta por jornaleros, peones sin oficio, artesanos pauperizados y sirvientas, tal como ocurría en la ciudad preindustrial. En este sentido, el despegue industrial de Madrid y la evolución hacia una economía más próspera se tradujo en la reconversión de una mano de obra descualificada, barata, de origen rural y sin especialización técnica, en una mano de obra con un mayor grado de cualificación profesional y mejor remunerada. Asimismo,

¹⁰ Betrán Pérez, María Concepción. “Difusión y localización industrial en España durante el primer tercio del siglo XX”. *Revista de Historia Económica* 17 (1999): 663-696.

¹¹ *Ibíd.*; Juliá Díaz, Santos. *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*. Madrid: Siglo XXI, 1984, pp. 441-444.

la introducción de una fuente de energía como la electricidad y la aparición de grandes complejos empresariales e industriales en la urbe también tuvo sus efectos sobre la red de talleres preexistente, de manera que los cambios no se redujeron únicamente a las fábricas de nueva planta, sino que se produjeron a escala global en el conjunto del sector transformador madrileño.

Profesiones	1905	1930	Aumento (núm.)	Aumento (%)
Fotograbadores	0	10	10	100
Albañiles	267	368	101	27,44
Chóferes y conductores de tranvía	3	165	162	98,18
Mozos de carga y descarga	49	97	48	49,48
Operadores de máquinas fijas	1	10	9	90
Operadores de instalaciones de producción de energía eléctrica	0	5	5	100
Fontaneros e instaladores de tuberías	39	66	27	40,9
Instaladores de teléfonos	1	6	5	83,33
Electricistas	19	42	23	54,76
Ajustadores electricistas	4	25	21	84
Mecánicos de maquinaria en general	16	137	121	88,32
Ajustadores, montadores e instaladores de maquinaria	4	17	13	76,47

Tabla 6.1. Profesiones manuales que más vieron aumentar su proporción en la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo, 1905-1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 y 1930.

Se observa así cómo la proporción de jornaleros y peones, que desde 1880 había ido en aumento, experimentó un importante descenso durante el primer tercio del siglo XX, mientras que, paralelamente, la cifra de trabajadores manuales cualificados y semicualificados se incrementó de forma muy considerable en el mismo lapso de tiempo. También durante este periodo aparecieron nuevos oficios manuales en el mercado laboral que requerían una capacitación específica, los cuales absorbieron en unos pocos años grandes contingentes de trabajadores.

Los operarios de las actividades productivas que más favorecidas se vieron por los avances tecnológicos de la nueva industrialización, como el trabajo del metal, la

electricidad, el transporte, las comunicaciones y las artes gráficas, se situaron en la cúspide de la jerarquía ocupacional. La complejidad de tales actividades conllevaba una formación más extensa para hacerse con los conocimientos, habilidades y destrezas que exigía su desarrollo; el resultado de ello, en términos de estatus socioprofesional, era que los obreros cualificados que se situaban en estos sectores percibían los salarios más altos de la esfera del trabajo manual¹².

Aquellas profesiones que habían aparecido en los años del cambio de siglo registraron una verdadera explosión a lo largo de las décadas siguientes, de manera que, en vísperas de la Segunda República, cuando las novedades vinculadas a la electrificación y a la mecanización se habían consolidado, el número de trabajadores dedicados a las profesiones modernas alcanzaba un máximo histórico. Entre dichos trabajadores especializados, destacaban, por su numerosa presencia, los electricistas, los instaladores, los obreros del metal y, sobre todo, los mecánicos. Éstos representaban el paradigma del trabajo manual moderno; un tipo de trabajador que, por así decirlo, ejemplarizaba los nuevos tiempos que se estaban imponiendo en el mundo de la producción, donde las máquinas habían impuesto definitivamente su dominio.

La evolución de la proporción de trabajadores mecánicos a lo largo del primer tercio del siglo XX es altamente significativa de los cambios globales que se produjeron en la economía y el mercado de trabajo de Madrid. Su tímida irrupción a comienzos del novecientos se presentaba como una importante novedad con respecto a la situación registrada anteriormente. Siendo el número de mecánicos bastante reducido en 1905, desde ese año no dejó de crecer, y así, en 1930, constituían uno de los grupos más numerosos en el trabajo manual cualificado. Aunque el sector que mayor número de mecánicos demandaba era la industria de la automoción, los trabajadores mecánicos se extendían prácticamente por todos los ramos de la producción, desde la industria alimenticia y la química, hasta la eléctrica y el transporte. Esta necesidad de reclutar personal especialista en el funcionamiento de la maquinaria indica, en último término, el alto grado de mecanización que alcanzó el sector secundario madrileño durante el periodo estudiado.

¹² Para el caso de los trabajadores de las empresas eléctricas, véase: Aubanell Jubany, Anna M. “La élite de la clase trabajadora. Las condiciones laborales de los trabajadores de las eléctricas madrileñas en el período de entreguerras”. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. 6, n.º 119 (17) (2002).

**Relación de nuevas profesiones registradas
entre los trabajadores manuales (1930)**

Carpintero de hormigón	Instalador de calefactores
Chapista	Lector de contadores de electricidad
Chófer	Mecánico de aviación
Chofer de camioneta	Mecánico de la Compañía Telefónica
Chofer de ómnibus	Mecánico de hidroeléctrica
Chofer de taxi	Mecánico del ferrocarril
Decorador	Obrero de la Compañía Telefónica
Embaldosador	Operador de máquina
Empaquetador	Operario de ascensores
Esmaltador	Operario en hidroeléctrica
Fotografador	Timbrador de relieve

Tabla 6.2 Ocupaciones pertenecientes al trabajo manual declaradas por los trabajadores del suroeste del casco antiguo en el empadronamiento de 1930, que no fueron registradas entre dicho vecindario en los empadronamientos de 1905 y 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880, 1905 y 1930.

**Relación de nuevas profesiones registradas
entre las trabajadoras manuales (1930)**

Aprendiza en fabricación de ligas
Bolsera
Calzoncillera
Pulidora
Numeradora de imprenta

Tabla 6.3. Ocupaciones pertenecientes al trabajo manual declaradas por las trabajadoras del suroeste del casco antiguo en el empadronamiento de 1930, que no fueron registradas entre dicho vecindario en los empadronamientos de 1905 y 1880.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880, 1905 y 1930.



Fig. 6.3. Anónimo. Obreros instaladores de la Compañía Telefónica en Madrid. Fotografía. c. 1930.

Fuente: Archivo Fotográfico de la Fundación Telefónica.

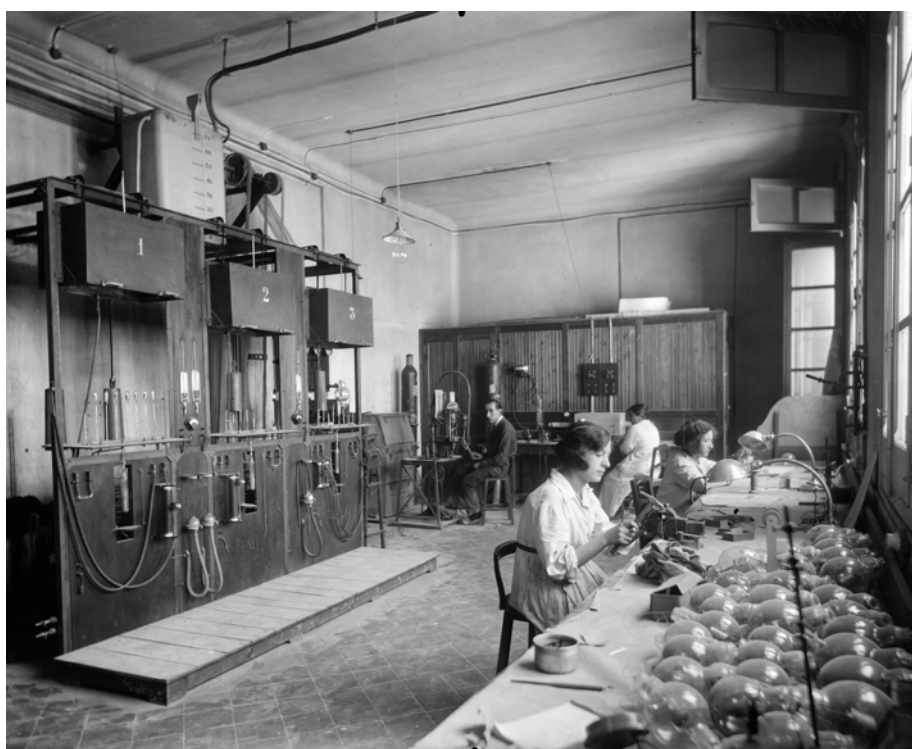


Fig. 6.4. Moreno Díaz, Vicente. Operarios de ambos sexos trabajando en un taller de aparatos eléctricos en Madrid. Fotografía. c. 1925.

Fuente: Archivo Moreno, Instituto del Patrimonio Cultural de España.
N.º de ref.: 4629-C.

La difusión de las innovaciones técnicas vinculadas a la implantación de la electricidad se tradujo en la contratación de numeroso personal bien remunerado en una serie de sectores que se perfilaron como punteros de la nueva economía urbana. Así, las empresas informativas y las casas editoriales, que tradicionalmente se habían concentrado en la urbe madrileña por su condición de capital político-administrativa del Estado, haciendo de ella el primer centro editorial de España, aumentaron su producción muy considerablemente durante este periodo. El crecimiento poblacional, junto con el descenso de las tasas de analfabetismo y la democratización de la lectura, se tradujo en un importante aumento del consumo de libros, periódicos y revistas tanto en el mercado madrileño como en el nacional en las primeras décadas del siglo XX¹³. La actividad editorial se constituyó así en un negocio boyante, lo que se tradujo en la aparición de nuevas empresas y en la introducción de maquinaria más avanzada para dar salida a una creciente producción, todo lo cual redundó en el crecimiento del empleo cualificado en este sector y en el aumento del número de impresores, tipógrafos, fotograbadores, linotipistas y toda la pléyade de profesiones englobadas en las artes gráficas.

No cabe duda de que los pequeños talleres establecidos en los bajos de las casas madrileñas aún eran numerosos a la altura de 1930. Sin embargo, las transformaciones introducidas por la electricidad y la mecanización también se dejaron notar en las pequeñas carpinterías, imprentas, zapaterías, etc., pues aunque su apariencia pudiera evocar el recuerdo del viejo mundo gremial, lo cierto era que el trabajo que se realizaba en su interior había variado de forma sustancial. Algo parecido sucedió con los trabajadores de los tejidos y del zapato, cuyo número también creció durante estos años, conforme aumentó el consumo de dichos bienes ante el fuerte incremento demográfico. Mas estos trabajadores lograron salir del pauperismo que les había caracterizado hasta entonces, gracias a la posibilidad de adquirir maquinaria barata y de sacar adelante por sí mismos una producción que les permitía obtener unos ingresos superiores.

La población femenina se benefició singularmente de las oportunidades de empleo que surgieron en el nuevo escenario productivo. Hasta entonces, el trabajo extradoméstico de las mujeres en el sector secundario se había concentrado en la industria del vestido y el lavado de ropa, siendo su presencia igualmente relevante en la

¹³ Rueda Laffond, José Carlos. "Industrialización y empresas informativas en el Madrid del siglo XIX". *Historia y Comunicación Social* 4 (1999): 341-359; Martínez Martín, Jesús A. (dir.). *Historia de la edición en España (1836-1936)*. Madrid: Marcial Pons, 2001; Aubert, Paul y Desvois, Jean-Michel. "Libros y comunicación de masas". Serrano, Carlos y Salaün, Serge. *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*. Madrid: Marcial Pons, 2006, pp. 55-90.

producción de cigarros. La aparición de las factorías modernas se tradujo en nuevas formas de participación en el mercado laboral, provocando un desplazamiento de las trabajadoras hacia los puestos de la producción fabril y una mayor formalización de las relaciones laborales¹⁴. Si bien es cierto que la mayor parte de la fuerza de trabajo femenina en 1930 continuaba siendo absorbida por el servicio doméstico y la industria del vestido –los dos sectores en los que se había concentrado el trabajo de las mujeres desde tiempo atrás–, se observa que los niveles de ocupación en estas actividades habían disminuido considerablemente con respecto a la situación que se daba en 1905.

Pero no es solo el descenso del número de obreras en el servicio doméstico y en la industria del vestido lo que marca el cambio en la situación ocupacional de las mujeres en el mundo del trabajo manual; dentro de dichos sectores se produjeron cambios relevantes, que reforzaron esta nueva tendencia transformadora. El número de asistentes que acudían a trabajar por horas a una vivienda aumentó del 0,92 % al 6,26 % entre 1905 y 1930, mientras que la cifra de criadas internas se redujo. A su vez, la mejora experimentada en las condiciones laborales de las obreras de la confección, cambió la situación de este sector por completo. A la altura de 1930, las trabajadoras del textil ya no eran las costureras pobres que, a comienzos de siglo, cosían sin descanso en sus humildes habitaciones durante jornadas que en ocasiones excedían las doce horas; ahora eran obreras empleadas en talleres de costura, que contaban con unos derechos reconocidos por la ley, unas jornadas laborales situadas en torno a las ocho horas y unas condiciones generales de vida palpablemente mejores¹⁵. Al mismo tiempo, algunos de los oficios femeninos manuales más penosos, como el de lavandera, entraron en claro declive, hasta el punto que las trabajadoras del lavado de ropa apenas representaban el 0,4 % del total de la fuerza de trabajo femenina del suroeste del casco antiguo en 1930.

Estos hechos ponen de manifiesto que la mejora experimentada por las mujeres trabajadoras en lo concerniente a su posición en el mercado laboral madrileño durante las décadas iniciales del siglo XX, no vino dado exclusivamente por el acceso a nuevos espacios que permitían incrementar el estatus profesional, sino que fue un fenómeno extendido al conjunto de la estructura ocupacional, el cual se tradujo en la mejora general de las condiciones laborales de la población femenina.

¹⁴ Candela Soto, Paloma. “El trabajo doblemente invisible. Mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”. *Historia Social* 45 (2003): 139-159.

¹⁵ Díaz Sánchez, Pilar. “Del taller de costura a la fábrica. El trabajo de las mujeres en la confección textil madrileña”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 23 (1999): 279-293, p. 281.

Todo este conjunto de cambios no impidió que la construcción mantuviera su papel protagonista entre los motores económicos de la urbe durante el primer tercio del siglo XX. El crecimiento demográfico provocado por los flujos migratorios dirigidos a Madrid, cuya potencia se mantuvo constante durante este periodo, y por el aumento de la natalidad debido a la mejora de la salud pública, tuvo como consecuencia el aumento del negocio de la construcción. Un vecindario más numeroso exigía levantar un mayor número de viviendas, con lo que la elevada demanda de mano de obra necesaria para llevar a cabo los proyectos inmobiliarios y la urbanización de nuevos terrenos a medida que la ciudad se expandía fue constante. Tampoco cesó el desarrollo de las obras públicas y de nuevos proyectos colosales, como la edificación de la Gran Vía o la construcción del metropolitano, que exigieron la movilización de un gran número de trabajadores. Ello explica que, en 1930, las mayores concentraciones de trabajadores continuaran encontrándose en el sector de la construcción, y que tanto los albañiles como los jornaleros y peones fueran un grupo aún muy nutrido en dicho año.

Ahora bien, la ola de cambios también se dejó sentir en este grupo de trabajadores y en la propia actividad inmobiliaria. A partir de la década de 1920 aparecieron en escena sociedades dedicadas de lleno a la construcción, como Fomento de Obras y Construcciones o Agromán, que según figuraba registrado en el Censo electoral social de Madrid de 1932 contaban con unas plantillas de 2.215 y 1600 trabajadores respectivamente¹⁶. Los nuevos materiales aparecidos en los últimos tiempos, como el hormigón armado, el aluminio o el acero inoxidable, también introdujeron cambios en el trabajo que exigieron una mayor cualificación en el trabajo desarrollado en las obras, lo que redundó en más opciones para los trabajadores especialistas en este ámbito.

En suma, el epíteto de *ciudad más industriosa que industrial* que caracterizaba al Madrid decimonónico invirtió sus términos en el primer tercio del siglo XX. El conjunto de cambios provocados por la innovación tecnológica, la electrificación y la mecanización de la producción ligada a la nueva oleada industrializadora impulsó sobremanera el desarrollo del sector secundario madrileño, el cual, en los años de la Segunda República, ofrecía un aspecto vigoroso. Si bien los jornaleros aún constituían el grupo laboral que mayor número de brazos reunía en la estructura ocupacional madrileña, la tendencia general indicaba una reducción de su proporción y un grado más

¹⁶ Juliá Díaz, Santos. *Madrid, 1931-1934...*, op. cit., pp. 441-444.

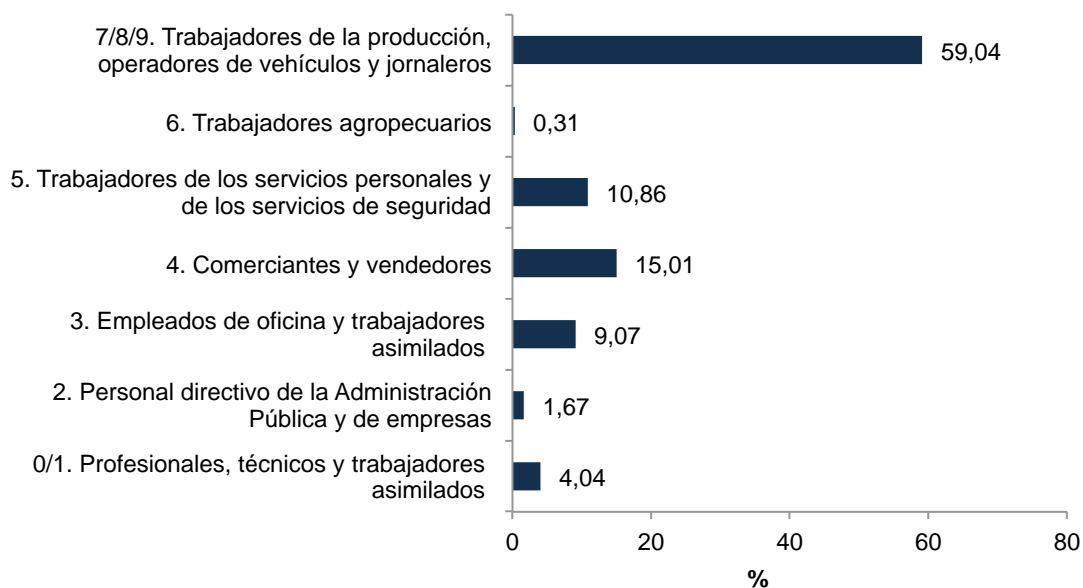


Fig. 6.5. Estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930.

Nota: La muestra de población tomada para la elaboración de este gráfico y los referidos a la estructura ocupacional masculina de 1930 es de 14.062 varones mayores de 14 años de edad residentes en el suroeste del casco antiguo de Madrid. Dicha cifra representa el 81,69 % del total de la población masculina en edad laboral (mayor de 14 años) de la mencionada zona, cuyo número asciende a 17.215 varones. Los 3.153 vecinos excluidos de la muestra lo han sido por no declarar profesión o consignar alguna ocupación no susceptible de ser clasificada en ninguna categoría de la estructura ocupacional.

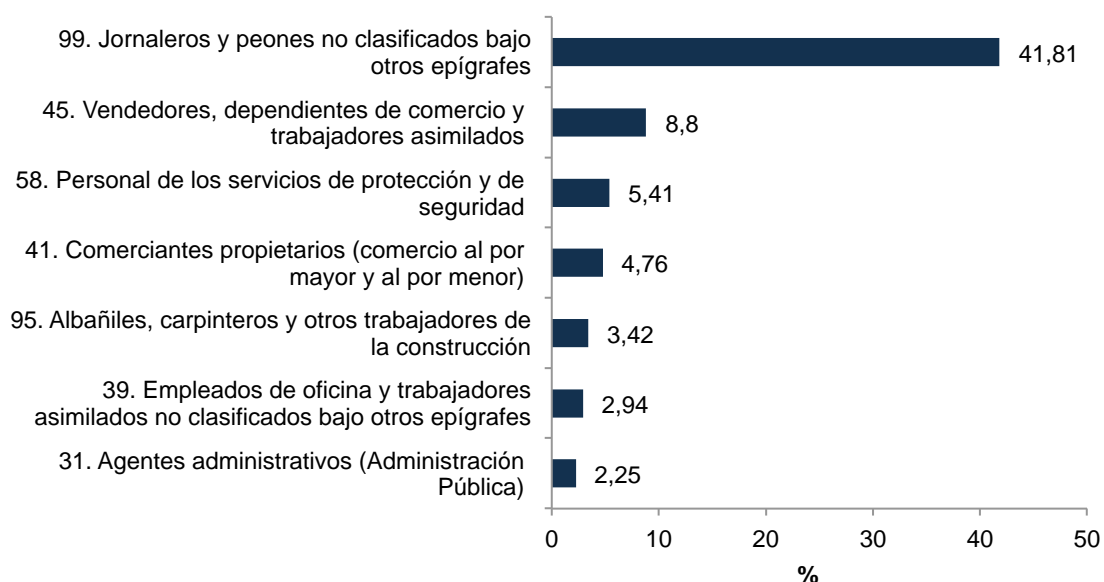


Fig. 6.6. Principales subgrupos de la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930.

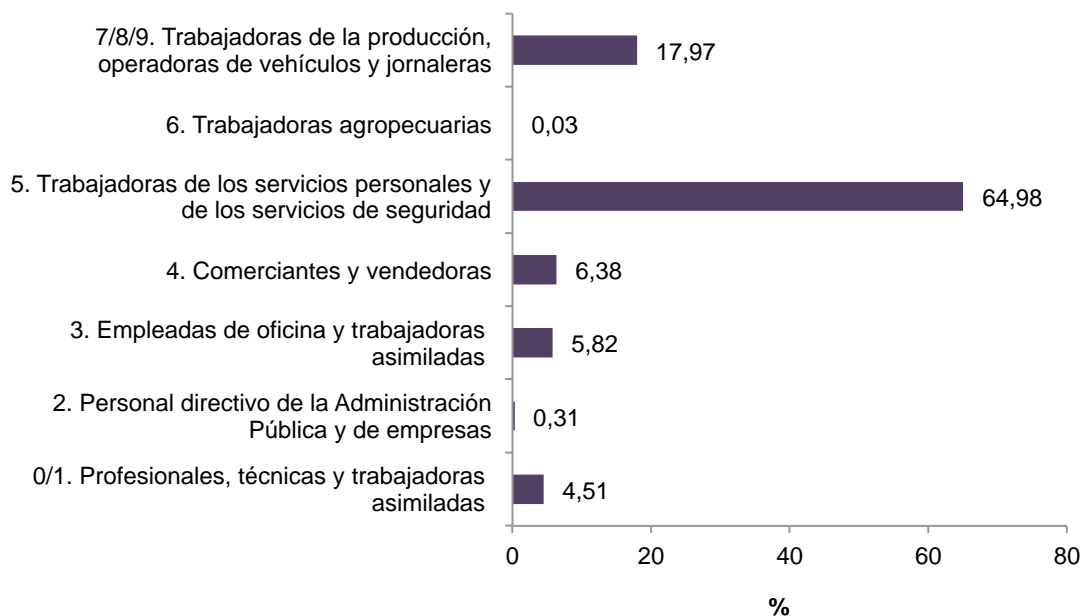


Fig. 6.7. Estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930.

Nota: La muestra de población tomada para la elaboración de este gráfico y los referidos a la estructura ocupacional femenina de 1930 es de 3.215 mujeres mayores de 14 años de edad residentes en el suroeste del casco antiguo de Madrid. Dicha cifra representa el 15,48 % del total de la población femenina en edad laboral (mayor de 14 años) de la mencionada zona, cuyo número asciende a 20.781 mujeres. Las 17.566 vecinas excluidas de la muestra lo han sido por no declarar profesión o consignar alguna ocupación no susceptible de ser clasificada en ninguna categoría de la estructura ocupacional.

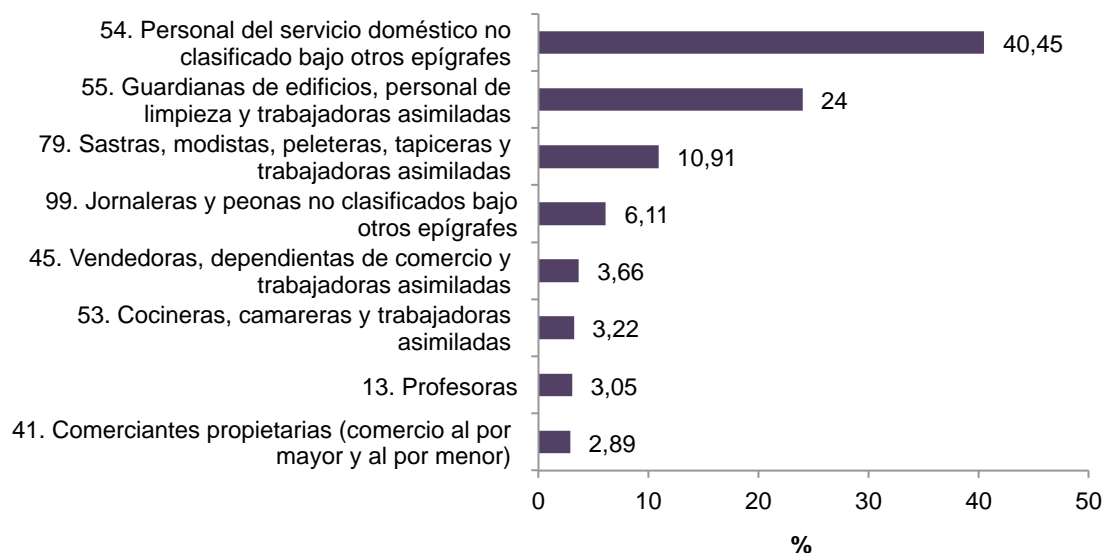


Fig. 6.8. Principales subgrupos de la estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo de Madrid, 1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930.

elevado de diversificación en la actividad productiva. Este descenso, unido al avance de las profesiones cualificadas y semicualificadas, indican, en último término, la deriva hacia un nuevo modelo de mercado laboral, así como el paso de una estructura económica generadora de precariedad y pauperismo, a otra capaz de abrir una vía firme de desarrollo.

6. 2. Los trabajadores de cuello blanco y la expansión del sector servicios

El trabajo en el mundo de la producción solo era uno de los pilares sobre los que se asentaba la vida económica madrileña en las primeras décadas del siglo XX. La dimensión de Madrid como centro político-administrativo y proveedor de servicios constituía otro campo de actividad laboral fundamental en este sentido¹⁷. La capitalidad ostentada por la ciudad del Manzanares desde siglos atrás, conllevó la concentración en ella de las principales instituciones estatales, lo cual se tradujo en la creación de numerosos empleos funcionariales y en la llegada de profesionales, hombres de negocios y comerciantes que buscaban explotar las oportunidades que brindaba el trasiego propio de una capital. Este movimiento se fue haciendo más notorio a partir de las décadas centrales del siglo XIX, con el proceso de consolidación del Estado liberal, tomando especial intensidad desde los años de la Restauración borbónica. El fortalecimiento que experimentó la Administración pública a partir de entonces, con la diversificación de su actividad en numerosas instancias, provocó una intensificación de las operaciones administrativas y, por ende, un notable crecimiento del número de empleados públicos dedicados a dichas operaciones. El ímpetu adquirido por los dominios del Estado se dejó sentir en todos los terrenos, desde la instrucción pública y las comunicaciones, hasta la hacienda y la vigilancia policial, todo lo cual hizo de Madrid el gran centro de operaciones del Estado liberal. Emergió así un mundo de instituciones gubernamentales, oficinas ministeriales, institutos nacionales y toda suerte de dependencias administrativas que darían un espaldarazo definitivo al desarrollo del sector terciario en Madrid.

La condición de capital política implicaba también la presencia en la urbe madrileña de las élites económicas nacionales y extranjeras, lo que la distinguía de las

¹⁷ Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. “Madrid, de capital imperial a región metropolitana...”, *op. cit.*

demás ciudades españolas y aportaba un factor de cierta influencia en la configuración de su mercado laboral, ya que los negocios que se fraguaban en la ciudad acababan redundando en la demanda de mano de obra para sacarlos adelante. Ambas dimensiones, capitalidad política y actividad empresarial, se hallaban estrechamente interconectadas, tal como se hacía patente a la hora de poner en marcha las grandes obras de ingeniería civil, en cuya construcción intervenían tanto los organismos estatales y municipales como los inversores particulares¹⁸.

En este sentido, la ausencia de un verdadero proceso de industrialización en Madrid en el siglo XIX que permitiera el progreso económico de la urbe, fue suplido en buena medida gracias a la importancia que adquirió su tradicional función como centro proveedor de servicios durante los años en que se llevó a término la modernización de las estructuras administrativas del Estado. A diferencia de otras ciudades que se forjaron y crecieron mediante la producción industrial o el sector comercial, Madrid lo hizo gracias a su función burocrática. La condición de capital, que había constituido un aspecto esencial en el desarrollo de Madrid desde siglos atrás, se subrayó si cabe aún más a lo largo de este periodo de consolidación del Estado liberal debido a la expansión y complejidad que adquirió la Administración Pública. En consecuencia, el trabajo en los despachos funcionariales se multiplicó y, dado que Madrid, como capital política, aglutinaba las instituciones oficiales desde las que se dirigía la vida administrativa de la nación, la demanda de empleados se disparó.

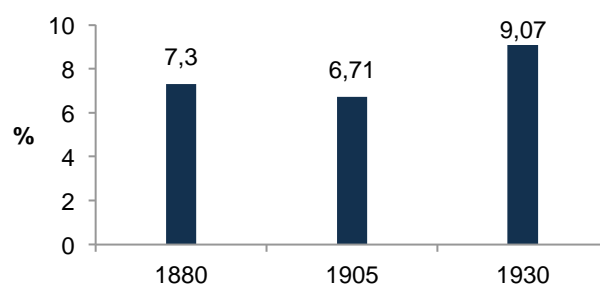


Fig. 6.9. Evolución de la proporción de los empleados de oficina (subgrupo HISCO 33) en la estructura ocupacional masculina del suroeste del casco antiguo, 1880-1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880, 1905 y 1930.

¹⁸ Sobre la cuestión de la dualidad en la evolución económica de Madrid, véase: Ibíd.; Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”..., *op. cit.*

Llegados aquí es preciso recordar que el peso del sector servicios y de la burocracia en la vida madrileña ha sido interpretado por una parte de la historiografía como un signo del parasitismo que acusaba la ciudad de Madrid¹⁹. Según esta interpretación, mientras otros núcleos urbanos desarrollaban su estructura productiva y comercial, Madrid vivía a expensas de éstos, absorbiendo recursos ajenos ante la incapacidad que presentaba de generarlos por sus propios medios. Una segunda interpretación posterior, en buen grado complementaria de la primera y deudora del esquema explicativo clásico sobre el grado de desarrollo económico de las sociedades, el cual tiende a sobredimensionar el trabajo en la producción industrial en detrimento de los servicios, estableció que la inflación del sector terciario en la economía madrileña era un signo evidente de su débil estructura industrial, reafirmandose así la idea de Madrid como ciudad parasitaria²⁰.

Lo cierto es que esta visión solo puede sostenerse si se deja a un lado la importancia que tenía el trabajo manual en la composición de la estructura ocupacional y las características internas del sector terciario madrileño. Dicho sector, que en las últimas décadas del siglo XIX ya ofrecía un vigor especial en lo que se refiere a su capacidad para absorber mano de obra, pasó a convertirse en el primer tercio del novecientos en uno de los pilares fundamentales de la economía madrileña y en un factor clave de la transformación de Madrid en una metrópoli moderna. De esta forma, lejos de ser un lastre para el progreso económico y un elemento propio de retraso frente a las ciudades fuertemente industrializadas, el protagonismo de los servicios en la estructura económica y ocupacional madrileña no era sino un signo del importante papel que Madrid adquirió como centro especializado en la dirección y gestión de las actividades estatales y empresariales a nivel nacional.

Por otro lado, es preciso analizar la composición y evolución del sector terciario en las primeras décadas del siglo XX, con el fin de establecer si el aumento que este sector experimentó en el periodo indicado era signo del peso de la burocracia y el parasitismo que acusaba Madrid como capital político-administrativa o si, por el contrario, reflejaba la aparición de nuevos ámbitos de actividad vinculados a la modernización de las estructuras económicas de la ciudad.

¹⁹ La defensa más vigorosa de esta tesis en: Ringrose, David. *Madrid y la economía española, 1560-1850: Ciudad, Corte y país en el Antiguo Régimen*. Madrid: Alianza, 1985.

²⁰ Juliá Díaz, Santos. *Madrid, 1931-1934...*, op. cit.

Ya hemos hecho referencia a la importancia que la industrialización ha tenido en la interpretación clásica de la modernización económica y, en consecuencia, a la falta de atención que tradicionalmente se ha prestado al papel de los servicios en dicho proceso de modernización. Aunque la aparición de algunos estudios centrados en sectores como las finanzas o las comunicaciones han aportado luz sobre el papel de estas actividades en la economía nacional y sus particularidades desde el punto de vista laboral y asociativo²¹, da la impresión de que aún no se ha logrado enfatizar todo lo necesario la importancia del trabajo de cuello blanco en el proceso modernización de la sociedad urbana. En este sentido, conviene señalar que tan relevante podía resultar a la hora de valorar el grado de modernización económica de una sociedad la existencia de altas chimeneas en el paisaje urbano y la concentración de operarios en factorías, como la presencia de empleados trabajando en los despachos dedicados a actividades relacionadas con la administración, la distribución y las ventas.

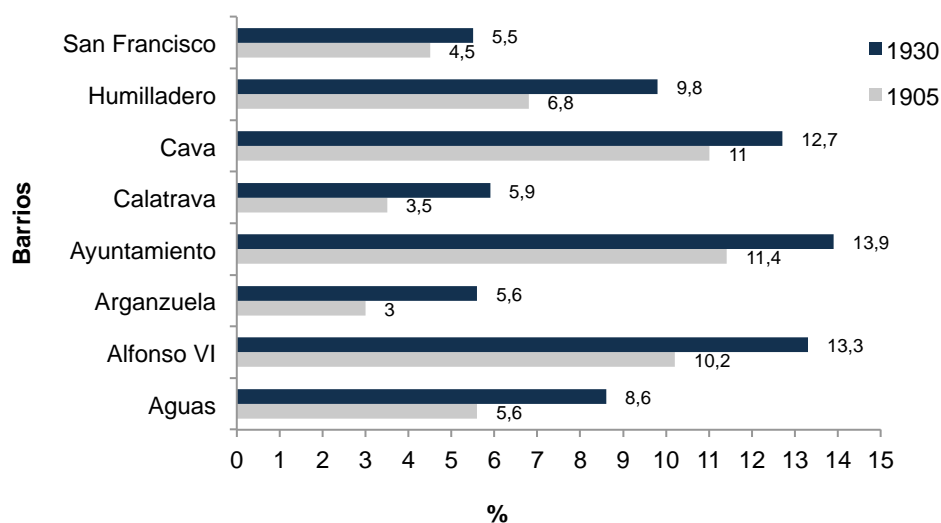
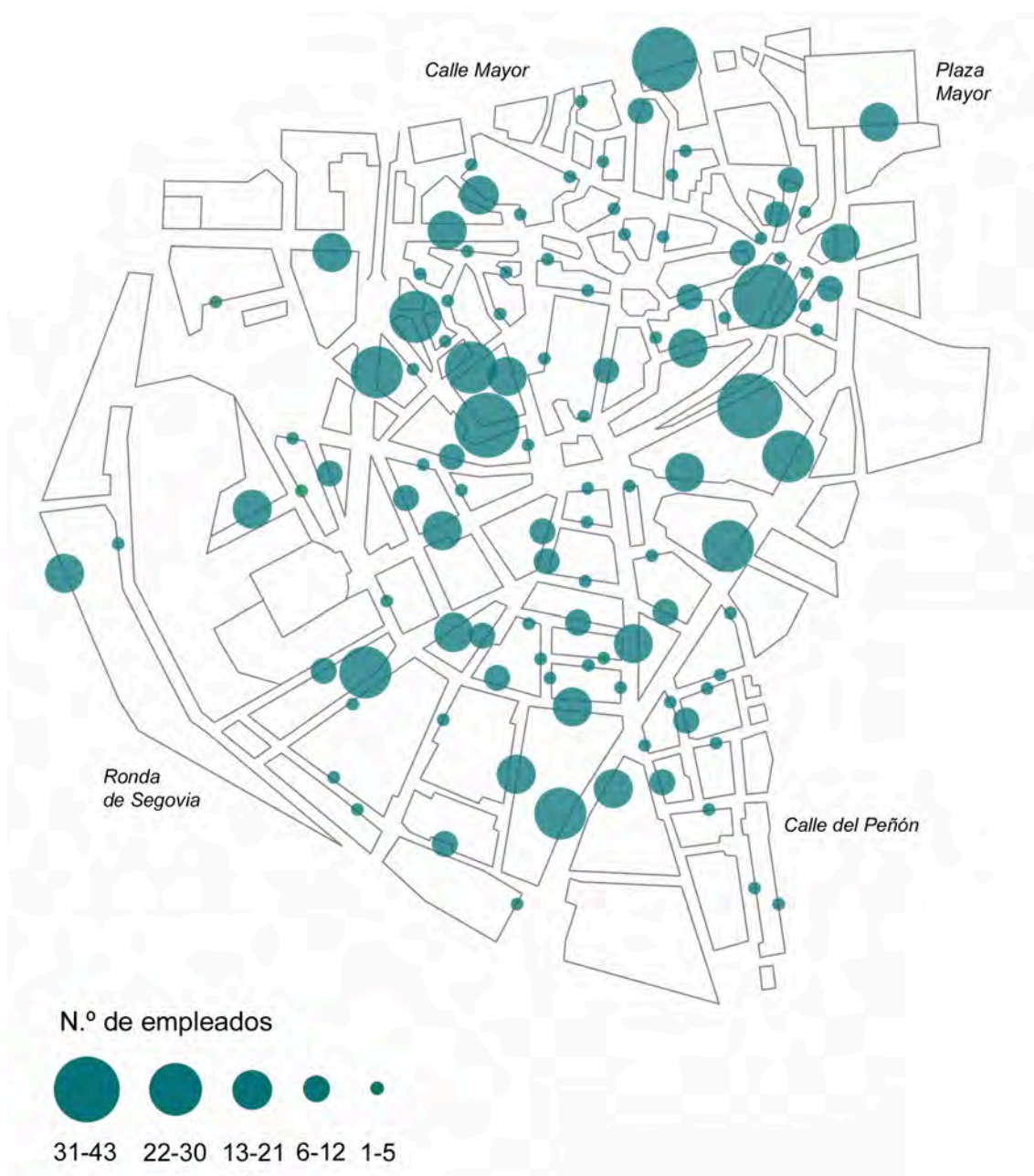


Fig. 6.10. Evolución de la proporción de los empleados de oficina (Gran Grupo HISCO 3) en la estructura ocupacional masculina de los ocho barrios del suroeste del casco antiguo, 1905-1930. **Fuente:** Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 y 1930.

²¹ Véase, por ejemplo: Tortella Casares, Gabriel (Dir.). *La Banca española en la Restauración*. 2 vols. Madrid: Servicio de Estudios del Banco de España, 1974; Tortella Casares, Gabriel y Jiménez Jiménez, Juan Carlos. *Historia del Banco de Crédito Industrial*. Madrid: Alianza - Banco de Crédito Industrial, 1986; Castillo, Santiago y Alonso, Luís Enrique. *Proletarios de cuello blanco: la Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*. Madrid: UGT, 1994; Borderías Mondéjar, Cristina. *Entre líneas: trabajo e identidad femenina en la España contemporánea: la Compañía Telefónica, 1924-1980*. Barcelona: Icaria, 1993.

Fig. 6.11. Localización de los empleados de oficina* residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

***Nota:** Conjunto de los trabajadores que desempeñan su profesión en el mundo oficinesco, clasificados en el Gran Grupo HISCO 3.

Fig. 6.12. Localización de los empleados de oficina residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1930



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

Desde luego, podría afirmarse en este punto que, incluso equiparando la importancia de ambos factores, en el caso Madrid este principio no se cumplía, puesto que, como capital político-administrativa, todo el peso del trabajo en el sector terciario recaía sobre la burocracia, quedando así la actividad de la empresa privada completamente eclipsada. Sin embargo, la información obtenida mediante las fuentes padronales no deja lugar a dudas en este sentido. Aun siendo elevado el número de trabajadores de cuello blanco que desarrollaban su labor en las oficinas del sector público, entre 1905 y 1930 se aprecia un descenso notable de éstos en favor de los empleados de empresas y compañías particulares, así como un aumento de la proporción que el conjunto de los empleados de empresas y de los profesionales liberales tenían en el mercado laboral madrileño en vísperas de la Segunda República.

Como hemos dejado dicho, el protagonismo del sector servicios en la economía matritense no era en absoluto un fenómeno desconocido²². La novedad residía en la forma que tomó a raíz de la introducción de nuevas fuentes de energía que permitieron transformar la producción y la propia idiosincrasia de la ciudad, la cual aumentó su población sobremedida en un corto espacio de tiempo hasta alcanzar el millón de habitantes, todo lo cual se tradujo en un espectacular crecimiento del consumo de toda suerte de bienes y en una mayor complejidad de la economía urbana. A ello se añadió la función que la capital adquirió en el marco de la consolidación del mercado nacional y la especialización regional en España desde las últimas décadas del siglo XIX, gracias a los avances alcanzados en los medios de transporte y en las comunicaciones. En este nuevo escenario, Madrid asumió el papel de centro coordinador de la actividad productiva y comercial del país, algo que se vio favorecido por su posición cardinal en el trazado de la red comunicacional y por su condición de capital política del Estado.

Los efectos de este conjunto de factores que actuaron como acicate para la expansión del sector terciario madrileño, se mostraron especialmente reveladores a raíz del espectacular crecimiento económico registrado en España durante los años de la Gran Guerra. Fue entonces cuando los empleados de compañías privadas comenzaron a crecer en número hasta llegar a equipararse, e incluso superar en determinados sectores, a los clásicos empleados funcionariales, lo cual indicaba el dinamismo que estaba adquiriendo Madrid, no solo como capital política, sino como *capital del capital* español. El desarrollo registrado en la economía española durante los primeros decenios

²² Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. “Madrid, de capital imperial a región metropolitana...”, *op. cit.*

de la centuria sirvió para que Madrid llevara a término en todo su esplendor la función de centro administrativo, financiero y de los negocios en España, algo para lo que la ciudad del Manzanares parecía estar llamada desde tiempo atrás.

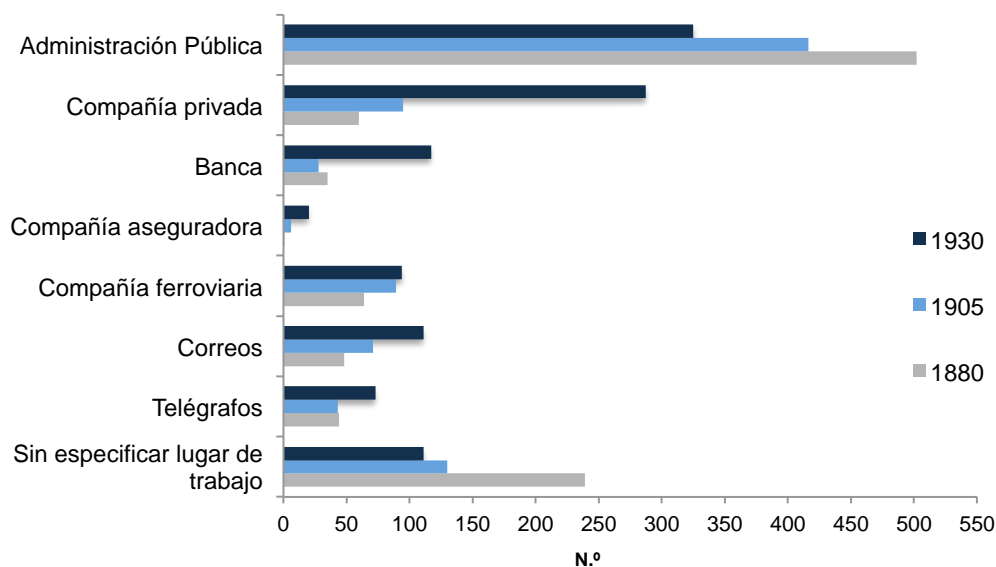


Fig. 6.13. Distribución numérica de los empleados de oficina del suroeste del casco antiguo, según el lugar donde desempeñan sus funciones, 1880-1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880, 1905 y 1930.

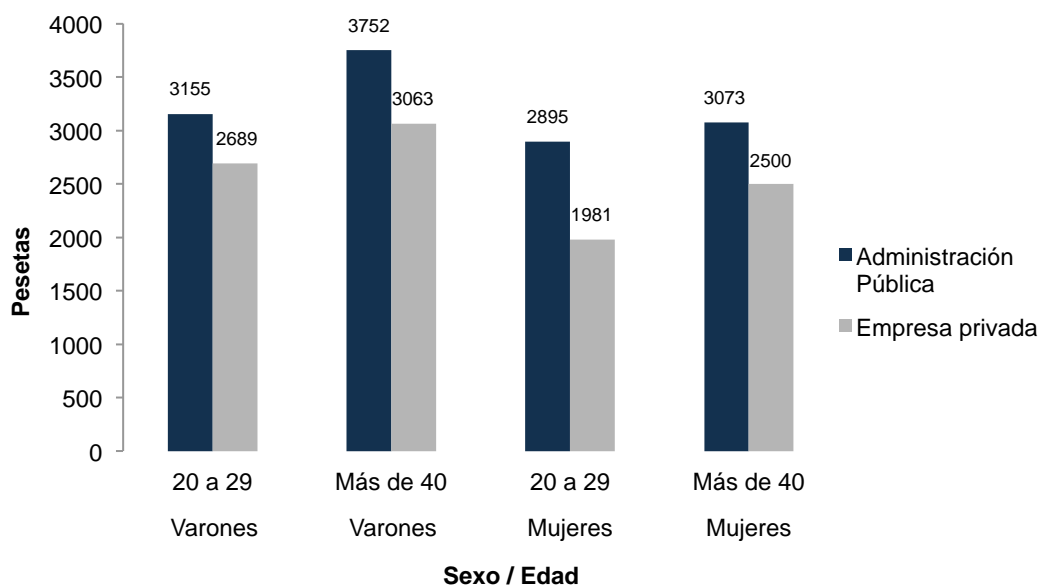


Fig. 6.14. Media salarial anual de los empleados de oficina del suroeste del casco antiguo, distinguiendo sexo y grupos de edad, 1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930.

Nota: Las cantidades están expresadas en pesetas corrientes de 1930.



Fig. 6.15. Sánchez García, Alfonso. Empleados del Banco de España en el Centro de operación de cambio. Fotografía. c. 1925.

Fuente: Estudio Fotográfico Alfonso, Archivo General de la Administración. N.º de ref.: 012341.

La nueva caracterización del sector servicios a raíz de los cambios introducidos en el primer tercio del siglo XX se tradujo directamente en la composición del mercado laboral madrileño. La intensificación de la actividad industrial y comercial provocó la expansión de una aquellas profesiones directamente vinculadas a este proceso, tales como los agentes y corredores de comercio o los empleados de las comunicaciones, la banca y las compañías privadas. Igualmente, al exigir las nuevas profesiones protagonistas del mercado laboral un mayor grado de cualificación, se produjo un aumento palpable del número de profesores de todos los niveles de enseñanza y profesionales liberales en general.

Sin embargo, la figura que más se expandió en la estructura ocupacional madrileña fue la del empleado particular. Era éste un tipo característico de la ola modernizadora que inundó la vida del Madrid anterior a la guerra civil. Estos empleados trabajaban en empresas privadas de la más diversa índole, en actividades relacionadas con la gestión, la administración y la comercialización de bienes, disfrutando de unas condiciones de trabajo y unos salarios que les permitían vivir bajo unas condiciones sociales y una calidad de vida satisfactorias. En este sentido, el aumento de los

empleados de oficina no puede desvincularse del crecimiento que experimentó la clase media madrileña durante el periodo estudiado, lo cual también se hace patente a través de otros indicadores, como la mejora de los índices sociosanitarios de la población a los que nos hemos referido en el capítulo tercero.

6. 3. La irrupción de las empleadas de oficina

Uno de los rasgos más característicos del proceso de terciarización y del crecimiento de los trabajadores de cuello blanco vino dado por el protagonismo que adquirieron las mujeres. Las trabajadoras madrileñas, que durante largo tiempo se vieron concentradas en un reducido número de oficios y profesiones altamente feminizadas, comenzaron a incorporarse de forma paulatina a aquellos sectores en los que su presencia hasta entonces había sido prácticamente inexistente. Así, durante el periodo de entreguerras la ciudad de Madrid presenció la irrupción masiva de las empleadas de oficina en el mercado de trabajo. En un corto espacio de tiempo, la figura de la empleada pasó de ser meramente testimonial (el 0,16 % de las mujeres trabajadoras en 1905), a representar el 5,82 % del total de fuerza de trabajo femenina en 1930, según la muestra recogida de la población del sector suroeste del casco antiguo (si excluimos de este recuento la mano de obra empleada en el servicio doméstico, su proporción es del 23,25 % del total de las trabajadoras).

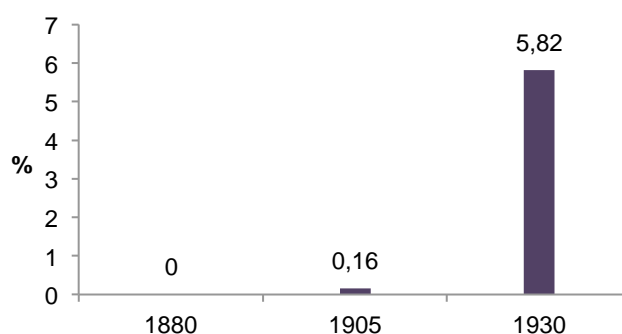


Fig. 6.16. Evolución de la proporción de las empleadas de oficina (subgrupo HISCO 33) en la estructura ocupacional femenina del suroeste del casco antiguo, 1880-1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1880, 1905 y 1930.



Fig. 6.17. Anónimo. *Mecanógrafas en la sede madrileña de la agencia multinacional de publicidad Publicitas*. Fotografía. 1933.

Fuente: *Crónica*, 7 de mayo de 1933.

El acceso de las mujeres al mundo oficinesco no encontró resistencia por parte de la opinión pública. Al contrario, las empleadas de oficina se convirtieron en objeto de interés por parte de la prensa, y los principales medios de la época publicaban con entusiasmo reportajes periodísticos y fotográficos acerca de este colectivo. En este sentido, las nuevas profesiones que pasaron a desempeñar las mujeres se presentan ante nuestros ojos como una señal de progreso indiscutible, tanto laboral como social.

El acceso de las trabajadoras a un nuevo ámbito del mercado laboral, antes considerado como un espacio esencialmente masculino, coincide con la mutación estructural que se produjo durante estos años en el mercado laboral. Ahora bien, no se puede pasar por alto que, si bien el acceso de las mujeres al trabajo de oficina supuso una mejora del lugar que ocupaban en el mercado laboral, lo cierto es que este movimiento no fue parejo con la creación de verdaderas carreras profesionales que pusieran a las mujeres en condiciones de ascender en el escalafón laboral tras obtener un empleo. Así lo demuestra la escasa presencia de mujeres en los puestos de gestión y dirección de compañías privadas y de la Administración Pública. La mayor parte de las trabajadoras de cuello blanco ocupaban los puestos más básicos del sector, y nada

parece indicar que la joven que entraba a trabajar como auxiliar en las oficinas de una empresa o de una institución oficial, pudiera aspirar a elevar su rango profesional mediante el estudio o la experiencia laboral. Ello se veía acentuado por el hecho de que el trabajo femenino oficinesco se hallaba dominado por mujeres solteras menores de treinta años, siendo la proporción de empleadas mayores de dicha edad y casadas muy reducida (ver fig. 6.19).

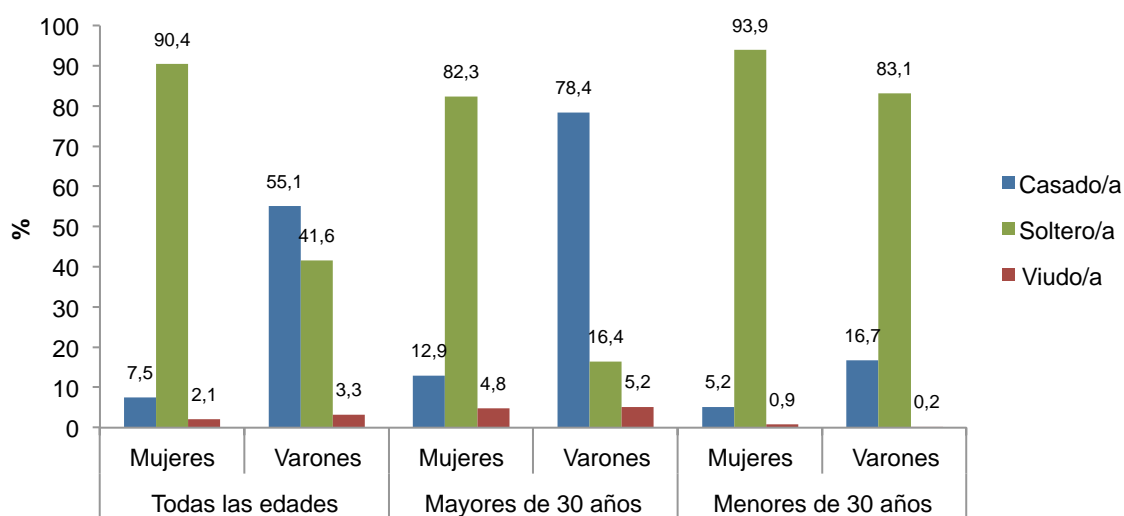


Fig. 6.19. Estado civil de los empleados de oficina del suroeste del casco antiguo, distinguiendo sexo y grupos de edad, 1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930.

Puede afirmarse que la esencia del cambio introducido en el trabajo femenino a raíz de la entrada al mundo de las oficinas por parte de las mujeres se resume en la apertura de nuevas oportunidades para las trabajadoras en aquellos espacios laborales en los que tradicionalmente no habían tenido cabida, sin que ello supusiera el acceso de las mujeres a los empleos altamente cualificados ni a los puestos de gestión y dirección. Asimismo, en términos comparativos, continuaban siendo pocas las mujeres que llegaban a ser médicas, abogadas, ingenieras, o arquitectas, si bien, a pesar de ello, el número de trabajadoras dedicadas a las profesiones liberales se incrementó notablemente en el primer tercio del siglo XX. La presencia femenina se consolidó en aquellas ocupaciones cualificadas en las que tradicionalmente las mujeres habían destacado –caso de las maestras y profesoras– y, en el resto de éstas, su proporción

aumentó del 1,6 % al 4,8 % entre 1905 y 1930.

El importante alcance que tuvo la redefinición del trabajo femenino no puede ocultar las permanencias del modelo anterior que continuaron aflorando. La caracterización de la feminidad consagrada por el discurso de la domesticidad persistió y estuvo presente a la hora de establecer los criterios por los cuales se entendía que las mujeres eran las candidatas idóneas para desempeñar las nuevas ocupaciones generadas en el mundo de las oficinas. Así, la creencia en que las mujeres, por su naturaleza, poseían una serie de cualidades que les eran propias, como la capacidad de escucha, el gusto por el detalle o el carácter sumiso, tuvo gran importancia para que éstas se convirtieran en mecanógrafas, taquígrafas, secretarias o auxiliares²³. Del mismo modo, la mano de obra femenina empleada en las oficinas era remunerada con salarios inferiores a las de los empleados varones.

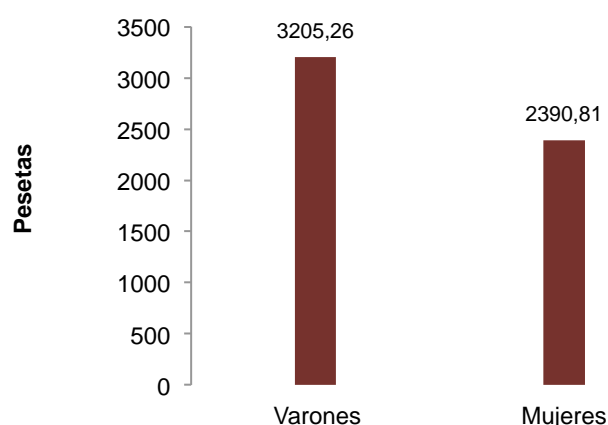


Fig. 6.18. Comparación del salario medio anual percibido por los empleados de oficina del suroeste del casco antiguo, distinguiendo su sexo, 1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930.

Nota: Las cantidades están expresadas en pesetas corrientes de 1930.

En este sentido, no cabe pensar que las mujeres conquistaran los espacios masculinos y se pusieran en igualdad de condiciones con los trabajadores varones. Lo que ocurrió más bien fue que, dentro de los espacios laborales de los que las mujeres

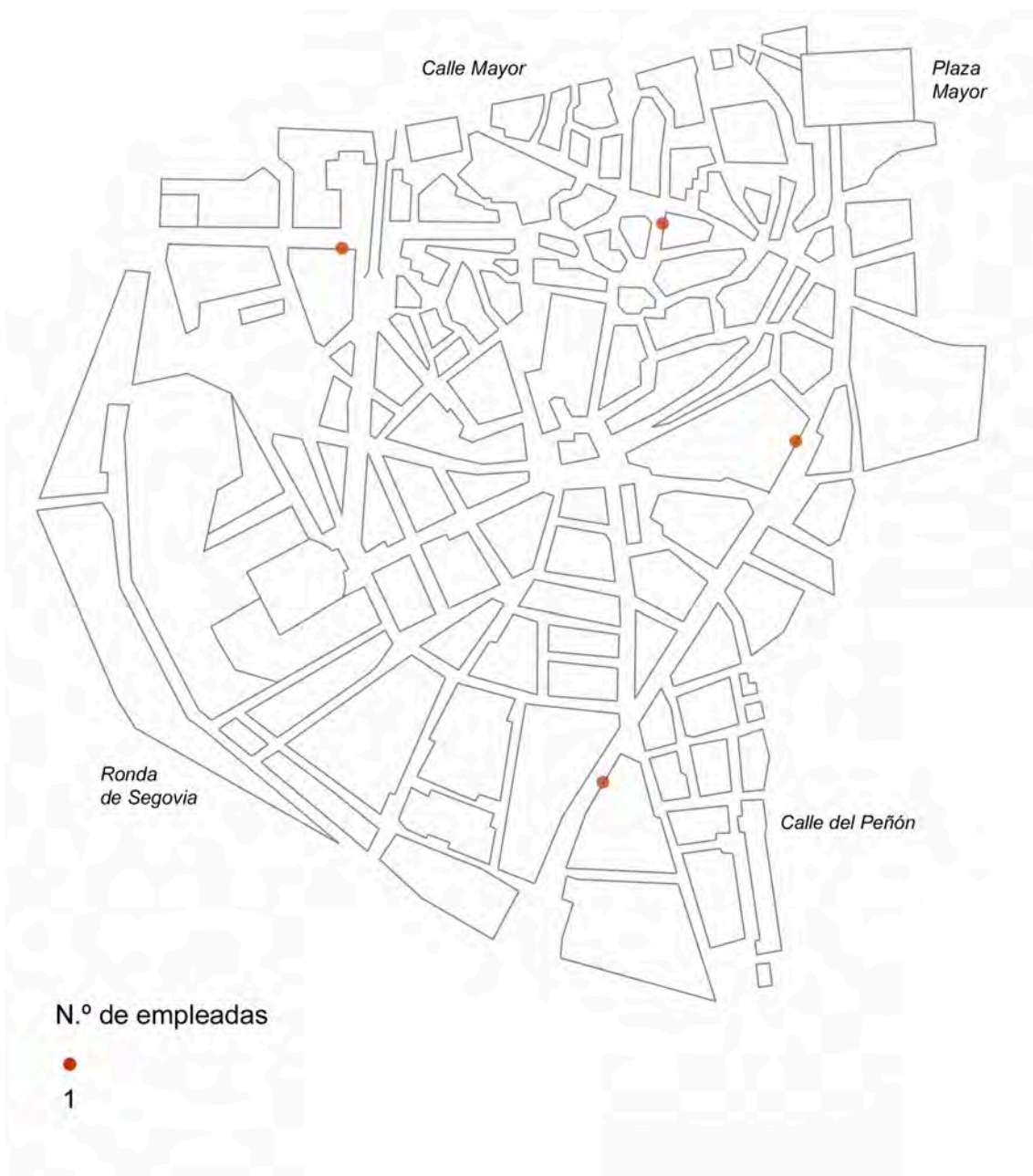
²³ Scott, Joan W. “La mujer trabajadora en el siglo XIX”. Duby, Georges y Perrot, Michelle (dirs.). *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid: Taurus, 2001, vol. IV, pp. 427-480, p. 447.

habían estado apartadas, se generaron nuevas profesiones asociadas con la feminidad, tal como ésta había sido difundida con arreglo al discurso de la domesticidad. Al igual que ocurrió en el siglo XIX en actividades como el servicio doméstico o el trabajo de los tejidos, el mundo de las oficinas experimentó la feminización de ciertas ocupaciones. En otras palabras, hablar de empleadas en 1930 no era lo mismo que hablar de empleados, pues las primeras se asociaban con unos puestos bien definidos dentro del mundo oficinesco y con el ejercicio de unas operaciones que, se entendía, eran apropiadas para ser realizadas por las representantes del sexo femenino. El mejor ejemplo de ello lo proporciona el caso del trabajo en la taquimecanografía: si comparamos el número de mujeres y de varones en el conjunto de las profesiones relacionadas con la copia de datos, comprobamos que, en 1930, el ejercicio de la taquigrafía y la mecanografía estaba realizado casi enteramente por manos femeninas, fruto de la feminización que afectó a dicha actividad²⁴.

En suma, el conjunto de cambios introducidos en la economía de la ciudad como consecuencia del desarrollo experimentado a partir de la Gran Guerra, transformaron notablemente el paisaje profesional de la urbe madrileña. El trabajo no cualificado, que a comienzos de la centuria dominaba la estructura ocupacional, empezó a perder protagonismo en favor del trabajo manual cualificado y oficinesco, que se extendió por toda la sociedad, dejándose notar al mismo tiempo una tendencia general hacia la formalización de las relaciones laborales. Dentro de este proceso, las mujeres trabajadoras jugaron un destacado papel, al aportar un contingente no despreciable de la mano de obra oficinesca. La creación de puestos de trabajo en el mundo de las oficinas permitió a las mujeres acceder, por primera vez y en un número considerable, a espacios laborales en los que su presencia hasta entonces había sido anecdótica, cuando no inexistente. La irrupción de las empleadas de oficina en el mercado laboral y el espectacular aumento de su proporción en la estructura profesional, se tradujo, en último término, en una presencia más relevante de las mujeres en la vida pública y en un medio para la mejora de su estatus social y profesional.

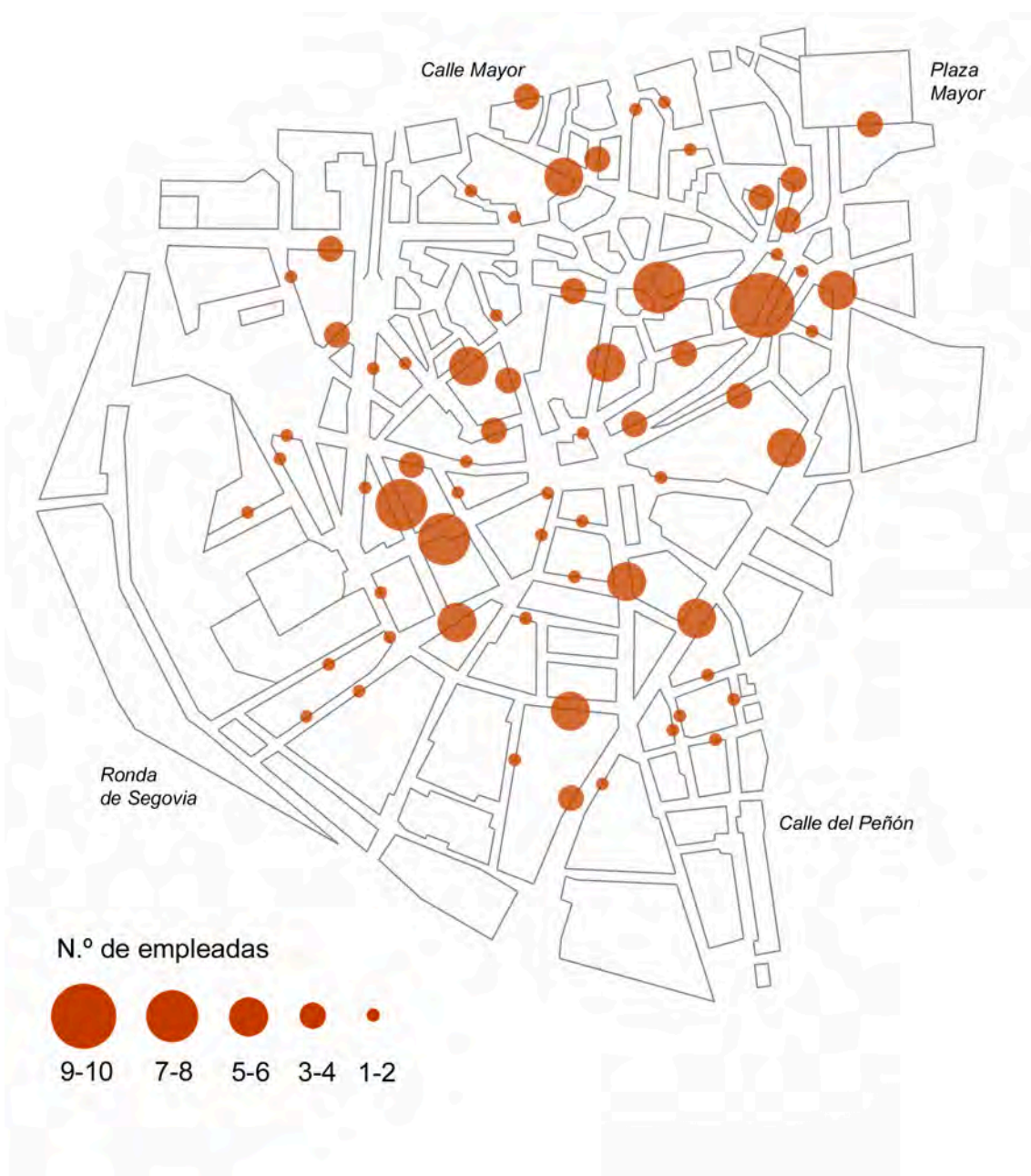
²⁴ Joan Scott ha relacionado la formación pianística que las mujeres de las clases acomodadas acostumbraban a recibir en el siglo XIX, con su incorporación a las profesiones ligadas a la dactilografía. Scott, Joan W. *La mujer trabajadora...*, *op. cit.*

Fig. 6.20. Localización de las empleadas de oficina residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1905



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1905 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

Fig. 6.21. Localización de las empleadas de oficina residentes en el sector suroeste del casco antiguo de Madrid, 1930



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930 (formularios correspondientes a las calles del espacio indicado).

Conclusiones

Más allá de las repercusiones en el ámbito demográfico, económico, social y político, las graves epidemias que azotaron al Madrid finisecular tuvieron sus efectos sobre la optimista percepción del progreso que recorría la sociedad al calor de los prodigiosos avances de la ciencia y la tecnología. El sueño de un mundo feliz que se profetizaba a través del ferrocarril, el telégrafo, la electricidad, la industria, el comercio y los negocios quedaba trastornado por la pesadilla que representaba el ataque despiadado del cólera, la viruela, el tifus, la tuberculosis y todos los males endémicos y epidémicos que asolaban a la población. Estos enemigos invisibles, capaces de matar a un hombre de la forma más espantosa en apenas unas horas, representaban uno de los mayores impedimentos para alcanzar la vida dulce y tranquila a la que parecía dirigirse el destino de los pueblos ante las fabulosas creaciones de una era de desarrollo jamás vista hasta entonces.

Tanto el cólera indiano de 1885 como la epidemia variolosa de 1890-91, pusieron al descubierto la existencia en la urbe madrileña de barrios malsanos donde las familias proletarias vivían hacinadas, mal alimentadas, desconociendo los principios elementales de la higiene y casi al margen de la vida civilizada. Más aún, las convulsiones epidémicas fueron capaces de alterar por completo el ritmo de vida de la ciudad entera y desencadenar serios problemas de naturaleza social. El análisis comparativo de las poblaciones que sufrieron catástrofes epidémicas durante el siglo XIX, demuestra que la aparición de tensiones sociales y motines populares, lejos de representar un fenómeno excepcional, constituye la norma general: toda crisis epidémica antecede la aparición de una crisis social.

Una rápida mirada al mapa de invasiones coléricas permite apreciar que la epidemia de 1885 centró su fuerza en los barrios bajos, situados en las cercanías del río Manzanares y habitados mayoritariamente por familias de escasos recursos. La insalubridad que reinaba en

este sector fue determinante para que el cólera se propagara fácilmente entre su pobre vecindario. A su vez, la epidemia variolosa de 1890-91, si bien no concentró su ataque en un espacio determinado, pues se expandió por toda la urbe, se ensañó especialmente con los segmentos pauperizados de la población, que fueron los que más sufrieron el ataque de la viruela. Todo ello pone de manifiesto el peso que los factores de orden social tenían en el desarrollo de las epidemias y la marcada desigualdad social ante la muerte existente en el Madrid finisecular.

Esta relación entre enfermedad y sociedad influyó en la aparición de un enfoque médico-social del problema. Según éste, la mejora general de la salud pública pasaba necesariamente por la mejora de las condiciones de vida de las capas sociales más desfavorecidas. Por otra parte, la acometida de virus, bacterias, vibriones y otros agresores que tantas víctimas causaban año tras año, desatando situaciones catastróficas cada vez que se producía un recrudecimiento epidémico, exigió la puesta en marcha de una estrategia de defensa para combatir la enfermedad, detener el avance de las epidemias e intentar evitar que se repitieran en el porvenir. Experiencias convulsas, como el desbordamiento del Hospital General ante la llegada masiva de variolosos durante la epidemia de 1890-91, excitó a la clase médica y a las autoridades sanitarias a desarrollar un plan general, metódicamente organizado, que permitiera la acción conjunta de los servicios sanitarios de la urbe.

La desolación física y moral causada por el cólera y la viruela en tan corto espacio de tiempo, evidenció la vulnerabilidad en que se encontraba la urbe madrileña ante los embates morbosos y la necesidad apremiante de mejorar las infraestructuras sanitarias hasta llegar a establecer un verdadero sistema de salud en la capital. Los pasos que se dieron en esta dirección durante el transcurso de las dos epidemias analizadas, especialmente la creación del servicio de desinfección, la construcción de instalaciones médicas de nueva planta y el intento de implantación del programa de vacunación antivariolosa a gran escala, supusieron un impulso importante en este sentido, pudiéndose afirmar que el conjunto de medidas desplegadas para luchar contra la enfermedad en aquellos momentos críticos, sentaron las bases para el desarrollo sanitario que Madrid iba a conocer en las décadas siguientes.

La entrada en el siglo XX no supuso cambios significativos en lo que se refiere al estado sanitario de Madrid, cuya población parecía estar condenada a seguir sufriendo unos índices de morbilidad y mortalidad aterradores. El entusiasmo y el optimismo que despertó entre las gentes el cambio de siglo, se vio oscurecido por la larga sombra de la muerte que permaneció extendida sobre la ciudad durante los primeros lustros de la nueva centuria. La

sobremortalidad de Madrid, si bien había descendido en el curso de los decenios finiseculares, seguía constituyendo una realidad preocupante, constatada por las evidencias que ofrecía la estadística municipal.

Los datos estadísticos también demostraban una enorme disparidad en la morbimortalidad registrada en los distintos barrios de Madrid, poniendo al descubierto que la distribución de la muerte y la enfermedad en el mapa urbano obedecía a factores de naturaleza esencialmente social. La existencia de comportamientos muy diferentes en la mortalidad y la morbilidad de unos barrios y otros dentro de la misma ciudad, no era sino el reflejo de la desigualdad reinante en la sociedad madrileña. Del mismo modo que ésta se manifestaba a través de indicadores como las condiciones de vida, trabajo, vivienda, dieta, instrucción, higiene, etc., de la población que habitaba los diferentes sectores de la urbe, también lo hacía por medio de la tasa de defunciones.

La desigualdad social ante la muerte se hace especialmente patente al contemplar el mapa de la mortalidad de Madrid de 1905, donde puede apreciarse con claridad cómo los barrios habitados mayoritariamente por familias de cortos recursos registraban unos índices mortuorios hasta seis veces superiores a las de los barrios acomodados. El hecho de que los habitantes de los sectores pobres e insalubres estuvieran más expuestos a factores de riesgo que los de los opulentos y saneados, revela que tanto la posición social como el espacio urbano en que se habitaba constituían dos aspectos decisivos de la salud de los individuos.

La predisposición a la enfermedad y la muerte prematura que mostraban las clases desfavorecidas se comprenden bien al ser analizadas desde esta perspectiva, ya que, indagando en sus causas profundas, lo que aparentemente podría presentarse como una experiencia individual –enfermar y morir–, se perfila como un problema social sometido a diversas influencias externas. La calidad de la vivienda, la alimentación, la intensidad del trabajo, el poder adquisitivo o los conocimientos acerca de la higiene constituían factores que actuaban directamente sobre la salud pública, la cual se veía tremendamente afectada por el desequilibrio socio-sanitario que caracterizaba la vida en Madrid a principios del siglo XX. Dicho en otras palabras, detrás de la mortalidad excesiva de la capital se hallaba la pobreza bajo la que vivían tantas y tantas familias, cuyos miembros pagaban con sus vidas el precio de la desigualdad social.

La tragedia que esto suponía mostraba su lado más cruel en el incesante número de niños menores de cinco años de edad que anualmente caían bajo las garras de la muerte. Las diferencias en la intensidad de la mortalidad infantil a escala de barrio eran tan notables como lo eran en la mortalidad general. De este modo, la zona de la ciudad en la que nacía un

individuo condicionaba las mayores o menores probabilidades de éste para llegar a cumplir su primer año de vida. Ahora bien, el hecho de que en determinados distritos acomodados también se registrasen altos coeficientes de defunciones infantiles, revela que la mortalidad de los niños constituía un problema estructural que afectaba al conjunto de la urbe madrileña.

La mayoría de los decesos infantiles estaban relacionados con una alimentación inadecuada y con la falta de cuidados elementales exigidos en la primera infancia, siendo la diarrea infantil la primera causa de muerte entre los menores de un año de edad. Las afecciones agudas gastrointestinales solían sobrevenir a los pequeños que se veían sometidos a la lactancia artificial por medio del biberón (estrategia habitual entre las madres de las clases populares), pues tanto la falta de limpieza de los utensilios, como la mala calidad de la leche no materna empleada para alimentarlos, facilitaba el desencadenamiento de las fatales enfermedades digestivas en los lactantes.

Entre la población adulta, el morbo más mortífero era la tuberculosis. Ninguna otra enfermedad contagiosa llegaba a causar el elevado número de muertes que provocaba año tras año la denominada peste blanca. Las importantes diferencias en la mortalidad tuberculosa que presentaban entre sí los distintos barrios de Madrid, desvelaban el carácter social que tenía esta afección. Así era que la mayor parte de los tuberculosos madrileños se ganaban la vida dedicándose a ocupaciones de baja remuneración y residían en las zonas más deprimidas de la ciudad, siendo posible señalar en el mapa urbano aquellas calles y casas que, por el alto número de muertos a causa de la peste blanca registrado en ellas de forma persistente y continuada, se habían transformado en focos de contagio que consumían a sus habitantes e irradiaban el mal al resto de la población.

El atosigamiento que provocaba el morbo y la parca, unido a la falta de equipamientos y servicios sanitarios apropiados en los barrios deprimidos, favorecía la presencia del curanderismo y el recurso a la medicina clandestina por parte de los desheredados de la sociedad. Las creencias supersticiosas en la influencia de males sobrenaturales y en el poder de los curanderos para sanar las numerosas dolencias que atacaban sin compasión a una población desamparada, se hallaban extendidas entre las clases populares, probablemente avivadas por la masiva llegada de inmigrantes procedentes de los distritos rurales del país, donde dichas creencias supersticiosas se hallaban generalizadas.

El intrusismo que el ejercicio ilegal de la medicina por parte de curanderos y otras personas no tituladas fue duramente combatido por parte de la clase médica madrileña, que

veía en el mundo de la curandería un aliado de la enfermedad y un factor más por los que la tasa de mortalidad se hallaba tan elevada en Madrid, pues los medios terapéuticos que empleaban los curanderos, cuando no resultaban inútiles, contribuían al empeoramiento de los enfermos, por no mencionar los crímenes pavorosos a los que conducían, en no pocas ocasiones, las creencias supersticiosas en el poder curativo de la sangre o de la grasa humana.

Los higienistas observaban el panorama sanitario de Madrid con ojos críticos, ávidos de pasar a la acción y de emprender la batalla contra las enfermedades evitables y la muerte prematura. Para estos expertos resultaba intolerable que, año tras año, miles de vidas, la mayor parte de niños, fueran tiradas por la borda sin que se pusieran los medios necesarios para evitarlo, y así se decidieron a emprender una campaña para higienizar Madrid. Ésta se encuadró dentro de una estrategia de amplio alcance, con el fin de abarcar tanto la dimensión sanitaria como social del problema de la insalubridad, la morbilidad y la mortalidad excesiva, pues solo mediante el cambio de los factores sociales que favorecían el avance morboso y provocaban una pavorosa cifra anual de defunciones, se podría lograr la conquista de la salud pública.

Para enfrentarse a este desafío, fue preciso luchar directamente contra las principales causas que mantenían tan crecida la estadística de defunciones. Las afecciones gastrointestinales agudas de los niños y las del aparato respiratorio, en especial la tuberculosis, fueron identificadas por los galenos de la época como tales, ya que el altísimo número de víctimas que estos males se cobraban anualmente los convirtieron en los más temibles ministros de la muerte y en los principales enemigos de la salud pública.

Los higienistas, así como los reformadores sociales y las autoridades de distinto rango involucradas en la cuestión sanitaria, supieron atisbar los peligros derivados del abandono en materia de higiene bajo el que se hallaba la población madrileña y desplegar un efectivo plan de acción médico-social para superarlos con tenacidad. Algunas figuras de la clase médica tomaron la iniciativa y crearon una serie de centros asistenciales de nueva planta, dirigidos a ofrecer servicio médico y tratamiento gratuito a los enfermos sin recursos, y, sobre todo, a combatir la morbilidad y la mortalidad a través de la prevención y la instrucción popular.

Estos proyectos pioneros iniciados en la década de 1900 fueron esenciales para la configuración de la infraestructura sanitaria municipal que se iría desarrollando a lo largo de las décadas siguientes, la cual, en los años de la Segunda República, presentaba unas condiciones que pueden considerarse envidiables para la época. De ello da buena prueba el

adecuado equipamiento científico-técnico con que se hallaban dotados los nuevos centros médicos, la infatigable labor de su personal facultativo y auxiliar y la capacidad que tenía la extensa red de consultorios, dispensarios, clínicas y casas de socorro que se desplegaban por toda la ciudad para prestar asistencia a gran escala al conjunto de la población.

La creación de esta moderna infraestructura sanitaria supuso un importante cambio en la estrategia asistencial desplegada hasta entonces, constituyendo un elemento clave para asegurar el control médico de la población, la difusión del conocimiento de la higiene y, en último término, para reducir los niveles de morbi-mortalidad de Madrid y sentar las bases que permitirían alcanzar el soñado ideal de *salud para todos*.

Esto último se aprecia con nitidez a través de la cartografía sanitaria. La evolución que siguió la distribución de la mortalidad general e infantil y de las enfermedades con mayor intensidad mortífera en el mapa urbano madrileño, dibuja un escenario cambiante, donde el panorama de desigualdad socio-sanitaria existente a comienzos del siglo XX, caracterizado por la dicotomía generada entre un reducido grupo de barrios acomodados y salubres con una baja tasa de defunciones, frente a una masa de barrios pobres e insalubres donde dicha tasa era abrumadora, fue modificándose paulatinamente hasta llegar, en menos de tres décadas, a una situación nueva, inédita en la historia de la ciudad, en la que destacaba la disminución del número de barrios malsanos y la tendencia a la homogeneización espacial en la distribución de la morbilidad y la mortalidad. Es decir, en un corto espacio de tiempo logró reducirse notablemente la desigualdad socio-sanitaria que había dominado el paisaje de la urbe madrileña hasta entonces.

La mejora del estado general de la salud pública fue así acompañada por un proceso de reequilibrio socio-sanitario del que se benefició toda la población, en especial las tradicionales áreas de pobreza de la ciudad y las capas sociales más desfavorecidas. Los cambios producidos en el patrón sanitario urbano revelan en este sentido las importantes transformaciones vinculadas al proceso de modernización que experimentó la sociedad madrileña durante el primer tercio del siglo XX. La alimentación precaria y el hacinamiento en la vivienda que afectaba a las clases humildes a comienzos de la centuria –dos problemas sociales que facilitaban extraordinariamente el avance de las enfermedades y potenciaban la letalidad de éstas–, dejaron poco a poco de afligir a la masa del vecindario gracias al aumento de los niveles salariales, que permitió a las familias trabajadoras el acceso a una nutrición mejor y a unos hogares con unas condiciones de habitabilidad aceptables.

Este cambio tuvo una enorme repercusión desde el punto de vista sanitario y resulta crucial para explicar el descenso de la morbilidad y la mortalidad durante el periodo

analizado, pues la mejora en las condiciones de vida del vecindario redundó en un mayor cuidado de la higiene y una mayor resistencia orgánica de los individuos para hacer frente al embate morboso. En otras palabras, si en 1930 en Madrid se enfermaba y se moría menos que a principios de siglo, no se debía únicamente a la puesta en marcha de una eficaz infraestructura sanitaria, sino también, y sobre todo, a que la nueva generación de madrileños se hallaba mejor alimentada, vestida, alojada e instruida que las anteriores.

Una de las variables que mejor permiten evaluar el alcance de este cambio social es la tasa de mortalidad infantil. El descenso sostenido del número de defunciones infantiles en Madrid durante el primer tercio del siglo XX, en virtud del cual se pasó de registrar 195 muertes de menores de un año de edad por cada 1.000 nacidos vivos en 1900, a 113 en 1936, pone de relieve la notable mejoría que comenzó a observarse en la salud de los niños madrileños y el avance experimentado en el cuidado, la nutrición y la asistencia a la niñez. En un periodo relativamente corto, la TMI madrileña registró unos niveles que, aun cuando seguían siendo elevados si atendemos a los parámetros actuales, eran los más bajos que había marcado la estadística municipal desde que ésta comenzó a formarse. La protección de la parte más indefensa de la población, que durante siglos había sucumbido en proporciones aterradoras a causa de afecciones evitables, pero que resultaban fatales por la falta de cuidados y de un régimen alimenticio adecuado, constituye una novedad propia de este periodo, la cual no habría sido posible sin el desarrollo de una infraestructura sanitaria y unos programas de salud pública dirigidos específicamente a la primera infancia, pero tampoco sin la mejora de la situación socioeconómica de las familias humildes y el desarrollo de las áreas deprimidas de la capital.

Junto con los éxitos obtenidos en el campo de la salud infantil, destaca la campaña contra la tuberculosis que emprendieron las autoridades sanitarias a principios del novecientos, que dio, en pocos años, unos resultados muy satisfactorios. El establecimiento de dispensarios y sanatorios antituberculosos populares, donde los enfermos pobres, que hasta entonces se habían visto abandonados a su suerte, podían recibir asistencia facultativa, demostró ser un arma eficaz para la prevención y el tratamiento médico de la peste blanca, haciéndose patente a través de la reducción de las cifras de mortalidad tuberculosa registradas durante el periodo en que comenzaron a funcionar los expresados centros sanitarios.

Pero el descenso en la letalidad de un mal tan extendido entre la población adulta de los barrios proletarios no se explica únicamente mediante la puesta en marcha de este plan médico-asistencial: la mejora de las condiciones de vida y del entorno urbano fueron

fundamentales en este sentido. Aunque la tuberculosis no había dejado de ser un problema sanitario en la década 1930 y aún se hallaba lejos de ser erradicada, el avance experimentado fue importante. Los enfermos que carecían de recursos ya no estaban condenados a una muerte segura y, en líneas generales, la evolución de los datos estadísticos invitaba al optimismo.

En suma, a mediados de la década de 1930 Madrid había logrado hacer descender notablemente su tasa de mortalidad general e infantil con respecto a la situación existente a comienzos de la centuria y situar dichas tasas dentro de unos límites más tolerables. Los esfuerzos emprendidos por quienes abordaron los problemas sanitarios de la capital durante el primer tercio del siglo XX, unido al desarrollo económico que tuvo lugar durante este periodo y a la consecuente mejora de las condiciones generales de vida del vecindario, resultaron cruciales para ello, y permitieron que Madrid avanzara enormemente hacia la meta de la salud pública que marcaban los tiempos modernos. Los adelantos habidos en el ámbito sanitario han de contemplarse, en último término, como signo del progreso social y económico que la población madrileña conoció durante el periodo estudiado.

Este último aspecto queda confirmado al trazar la evolución del mercado de trabajo y las variaciones registradas en la estructura ocupacional madrileña a lo largo de dicho periodo. A la altura de 1880, el proceso de jornalización se hallaba en una fase muy avanzada. La magnitud de los efectos provocados por el incremento de la inmigración rural desde mediados del siglo XIX, potenciada por la demanda de brazos para la ejecución de proyectos colosales como la construcción del Canal del Lozoya, el trazado del ferrocarril o la urbanización de los arrabales extramuros de la urbe, fue de tal proporción, que en apenas tres décadas la estructura socioprofesional de Madrid se vio trastocada por completo. Al carecer de la formación necesaria para desempeñar los oficios urbanos, los inmigrantes rurales que arribaban en masa a Madrid no tenían más opción que insertarse en el mercado de trabajo como jornaleros. A consecuencia de ello, el número de éstos experimentó un fuerte aumento desde mediados del ochocientos, dando lugar a que los artesanos, que hasta entonces habían constituido el grupo más importante entre los trabajadores madrileños, fueran desplazados a la periferia del mercado laboral.

Este movimiento constituía la otra cara de la moneda de la puesta en marcha de las grandes obras públicas desarrolladas en Madrid durante las décadas centrales del siglo XIX. Paradójicamente, la creación de las infraestructuras que sentaron los pilares para la modernización de la urbe madrileña y que la permitirían desarrollarse hasta convertirse en una metrópoli moderna, se tradujo en la erosión del artesanado y la expansión de los

jornaleros, o dicho en otras palabras, en la formación de una masa de trabajadores empleados como mano de obra barata, cuya falta de cualificación laboral les impedía ascender en la escala socioprofesional y les condenaba a una vida de explotación y miseria.

Con todo, la decadencia del artesanado, que se acentuó con este proceso de jornalización, no se inició como un fenómeno provocado por la influencia de elementos exógenos, sino que, por el contrario, obedecía a causas más profundas originadas en sus propias estructuras internas. La primera de ellas tenía que ver con las crisis de producción manufacturera que desde finales del siglo XVIII se venían registrando de forma periódica en Madrid y el consiguiente paro que las sucedía y que dejaba sin trabajo a muchos artesanos, provocando que sectores cada vez más amplios de la clase artesanal cayeran en la más cruda pobreza. A este estado de desgracia se sumaron otras novedades de gran alcance, como la abolición del sistema gremial, que legalizó la actividad de los antiguos competidores paragremiales de los artesanos y favoreció la aparición de nuevas estrategias en la fabricación de bienes, contra las cuales era imposible competir desde los pequeños obradores y talleres en los que se desenvolvía el artesanado tradicional.

Asimismo, la modernización de las comunicaciones y el transporte de bienes permitió la entrada en el mercado madrileño de productos procedentes de otras plazas a un ritmo rápido y en un volumen elevado, y la mecanización de la actividad manufacturera, especialmente en la industria del vestido y del zapato, donde resultaba fácil la introducción de maquinaria ligera, favoreció la aparición de un nuevo concepto de trabajador manual, ya que los modernos talleres mecanizados no requerían artesanos experimentados que controlaran todo el proceso productivo, sino operarios capaces de desempeñar una función concreta en éste por medio del manejo de los aparatos mecánicos.

A ello se añadía la degradación del estatus de los aprendices, que pasaron a ser considerados como mano de obra barata para realizar faenas mecánicas, produciéndose de esta suerte la ruptura de la etapa de aprendizaje en la carrera artesanal, cuya importancia era capital por asegurar la continuidad de los oficios en el futuro. Así, mientras la riqueza se acumulaba en manos de los fabricantes modernos, que se hicieron con el control del mercado de manufacturas y las grandes ventas, la pobreza se repartía entre los artesanos que trabajaban en sus domicilios y en los pequeños talleres instalados en los bajos de las casas de Madrid, viéndose forzados cada vez con más frecuencia a tener que compaginar el desempeño de su oficio con la realización de faenas de poca monta como simples trabajadores jornaleros para poder subsistir.

Todos estos factores se conjuraron a partir de las décadas centrales del siglo XIX. La aceleración del proceso de descomposición del artesanado madrileño adquirió tal intensidad desde entonces que, a la altura de 1880, los artesanos habían pasado a constituir un grupo minoritario en el mercado laboral. Su número no llegaba en dicho año al 15 % del total de los trabajadores del suroeste del casco antiguo, una cifra especialmente reducida si tenemos en consideración que tres décadas antes los artesanos representaban en torno a la mitad de la fuerza de trabajo en el conjunto de la ciudad. Además, los ingresos que podían obtenerse mediante el ejercicio de oficios artesanales eran tan reducidos que apenas se distinguían de los salarios que obtenían los jornaleros y peones realizando las tareas más penosas del mundo laboral, rebajándose así su posición socioeconómica hasta situarse entre los segmentos más desfavorecidos de la población.

De este modo, el proceso de jornalización de la fuerza de trabajo obedeció, por un lado, a la decadencia del artesanado tradicional, que fue incapaz de superar la crisis en la que lentamente se fue hundiendo, de renovarse y de proporcionar puestos de trabajo que permitieran incorporarse a sus filas a los trabajadores inmigrantes que llegaban masivamente desde el agro español; y por otro lado, al cariz que tomó la economía madrileña con el desarrollo de las obras públicas decimonónicas y la multiplicación de los negocios inmobiliarios en la capital. La figura del jornalero, que había sido minoritaria en el mercado laboral de Madrid hasta mediados del siglo XIX, adquirió un nuevo papel a partir de ése momento al presentarse como un elemento imprescindible para llevar a cabo los grandes proyectos urbanísticos y de infraestructuras que transformarían por completo el semblante y el funcionamiento la urbe madrileña. Lo que la nueva economía demandaba no eran trabajadores cualificados, que conocieran los secretos de los oficios por dedicarse a ellos durante su vida entera, sino una mano de obra masiva, barata y no cualificada, que aportara el trabajo muscular necesario para poner en pie las nuevas construcciones.

Los niveles de miseria en la sociedad madrileña aumentaron de forma proporcional al ritmo que siguió la jornalización de los trabajadores y el empobrecimiento de los artesanos, acentuándose trágicamente la desigualdad social. A pesar de que los artesanos se hallaban expuestos a ser víctimas del paro debido a la aparición de crisis periódicas en la producción manufacturera, lo cierto es que poseían una cierta independencia y posibilidades de ganarse la vida mediante el ejercicio de una actividad productiva por cuenta propia. Los jornaleros, por el contrario, carecían de conocimiento alguno en el desempeño de oficios cualificados o semicualificados, y dependían enteramente del trabajo que les saliera en los tajos de la construcción o en diversas faenas de poca monta, como la descarga o el transporte

de mercancías. Este estado de dependencia daba pie a que, en el momento en que escaseara el trabajo, los jornaleros se vieran condenados a tener que acudir a la beneficencia o a la mendicidad para poder subsistir, siendo constante entre las filas de los jornaleros el riesgo de caer en la pobreza más extrema.

La estructura ocupacional femenina también registró importantes cambios durante este periodo. La implantación del discurso de la domesticidad femenina, según el cual las mujeres estaban destinadas por su naturaleza, no a dedicarse al trabajo extradoméstico, sino a cumplir la función de ser esposas, madres y amas de casa, hizo que la participación de las mujeres en el mercado laboral cambiara profundamente. Al igual que los artesanos vieron descender su número como consecuencia de la jornalerización, las artesanas experimentaron el mismo proceso, más acentuado si cabe por la influencia del discurso de género que se impuso en la sociedad decimonónica, el cual no concebía a la mano de obra femenina como tal, sino como un aporte auxiliar al trabajo del varón cabeza de familia. Bajo esta situación, las mujeres trabajadoras quedaron arrinconadas en la periferia del mercado de trabajo y la mayoría de éstas pasaron a conformar un contingente de mano de obra barata dedicada a la realización algunos de los trabajos más arduos y penosos de cuantos podían nombrarse, como el de lavandera o costurera destajista. Pero sin duda el sector que más brazos femeninos absorbía era el servicio doméstico, que se nutría en su inmensa mayoría de trabajadoras inmigrantes jóvenes. Al igual que la construcción ejercía una fuerte atracción sobre los campesinos de las provincias rurales, el servicio doméstico lo hacía sobre las campesinas, y así era que año tras año llegaban a la capital española miles de mujeres dispuestas a trabajar como criadas internas bajo unas condiciones laborales deplorables y por una remuneración que apenas permitía la mera subsistencia.

Este panorama socioprofesional se mantuvo en vigor durante los decenios interseculares, pero, a partir de la Gran Guerra de 1914-1918, experimentó una transformación radical. Hasta ése momento, el trabajo de cuello blanco no había tenido un peso especial en la estructura ocupacional de la urbe madrileña y los trabajadores oficineros se concentraban principalmente en los puestos de la Administración pública. Los empleados de oficina constituían un grupo más o menos distinguido, que aunque no contaban con los privilegios de los altos funcionarios o el personal directivo, disfrutaban de una posición social y económica mucho más favorable que la masa de los jornaleros y los trabajadores manuales en general. Sin embargo, los cambios que introdujo el conflicto bélico internacional en la economía española, debido al aumento de la producción interna para

atender a las exportaciones dirigidas a los países beligerantes, cuya economía se hallaba centrada en la guerra, tuvieron consecuencias insospechadas para la ciudad de Madrid.

La capital española, que hacia 1914 daba tímidas muestras de desarrollo económico, se convirtió durante los años de la guerra mundial en un importante centro de negocios desde el cual operaban las principales compañías nacionales e internacionales, así como los servicios diplomáticos extranjeros. La neutralidad española en la conflagración internacional se tradujo, además de en el crecimiento espectacular de la economía del país, en un factor decisivo para elevar a Madrid a la categoría de metrópoli europea. La necesidad de coordinar la producción destinada no solo al mercado español, sino al mercado continental e internacional, así como el transporte de mercancías y la inversión financiera, llevó a los agentes económicos implicados en ello a establecer un cuartel general desde el cual organizar y dirigir todos estos procesos. Las condiciones de Madrid eran idóneas en este sentido, pues su posición central en la red de comunicaciones española, unido a la concentración de las sedes del poder político y bancario, permitía llevar a cabo esta función de forma eficiente.

Como consecuencia, la economía madrileña experimentó un fuerte proceso de terciarización, lo que dio un verdadero vuelco a la situación del mercado laboral de la urbe. Si durante la segunda mitad del siglo XIX Madrid vio emerger en masa a los jornaleros, que arrebataron el protagonismo a los artesanos tradicionales hasta desplazarles a los últimos escalones del mundo laboral, a partir de 1914 se produjo un fenómeno similar vinculado a la irrupción de los trabajadores de cuello blanco, que pasaron a tener un peso cada vez más fuerte en la estructura profesional madrileña. Estos empleados se parecían poco a los clásicos empleados funcionariales. El desarrollo de las comunicaciones y la banca dio lugar a que cada vez hubiera más telegrafistas, empleados de correos y de sedes bancarias, pero fue sobre todo la proliferación de empresas privadas en el marco del desarrollo de los negocios durante la Primera Guerra Mundial lo que generó un fuerte aumento de la demanda del trabajo oficinesco. Los clásicos burócratas dejaron de acaparar la masa del trabajo en las oficinas y pasaron a convivir en igualdad numérica con los empleados de las grandes sociedades y compañías particulares dedicadas a toda suerte de actividades empresariales. El trabajo de cuello blanco se multiplicó y permitió que los hijos de las familias de las clases populares, cuyo nivel de vida se había visto mejorado gracias a la subida generalizada de los índices salariales, pudieran acceder por primera vez a unos puestos de trabajo que ofrecían unos ingresos y una estabilidad laboral incomparablemente superior a las faenas de poca monta desempeñadas por los jornaleros y los peones sin oficio para ganarse la vida.

Mientras esto sucedía, otro movimiento de no menor importancia se estaba produciendo en el mundo del trabajo manual. Aunque los jornaleros no dejaron de tener un peso importante en la estructura ocupacional a lo largo del primer tercio del siglo XX, lo cierto es que entre 1905 y 1930 su número menguó significativamente. La línea creciente y constante que marcaba el ascenso del trabajo jornalero desde mediados del siglo XIX, pareció alcanzar su tope en los años del cambio de siglo, para pasar, a partir de la segunda década del novecientos, a tomar un curso descendente. Este cambio de dirección representaba la pérdida de protagonismo de los jornaleros y, en general, de la mano de obra descualificada y barata, en favor de los trabajadores cualificados, cuyo número ascendió vertiginosamente en un corto espacio de tiempo.

En este sentido, el desarrollo económico de Madrid vinculado a la nueva situación abierta por la Gran Guerra no solo se tradujo en un aumento de la demanda del trabajo de cuello blanco, sino también en la demanda de mano de obra cualificada capaz de llevar a cabo operaciones más complejas vinculadas a las nuevas actividades económicas que habían emergido en la ciudad. Mecánicos, ajustadores, electricistas, instaladores, operarios de las telecomunicaciones, chóferes y un largo etcétera de trabajadores manuales cualificados y semicualificados comenzaron a formar un grupo numeroso, cuya importancia en la estructura económica se dejaba sentir a un ritmo cada vez más intenso, al tiempo que los jornaleros perdían peso entre el conjunto de los trabajadores madrileños.

Esta serie de profundos cambios hicieron que Madrid entrara en la década de 1930 como una metrópoli moderna, envuelta en una prosperidad económica sin precedentes que permitía un mayor grado de bienestar a capas cada vez más amplias de la sociedad. Con un sector terciario dinámico y diversificado y una actividad productiva vigorosa y especializada, la imagen de Madrid como *ciudad de la muerte y capital parasitaria* de un país empobrecido se diluyó por completo. Sin llegar a tener la importancia de los grandes núcleos urbanos del panorama urbano internacional, el Madrid de los años previos a la guerra de España compartía los elementos esenciales de las grandes metrópolis europeas y americanas. Sobrepasando el millón de habitantes y abrazando a las poblaciones aledañas hasta formar una periferia suburbial que funcionaba en la práctica como una verdadera zona metropolitana, la vitalidad de la urbe madrileña ofrecía un aspecto de desarrollo y vitalidad como nunca antes lo había hecho. Aunque tan radical transformación apenas se produjo en el transcurso de tres generaciones, daba la impresión de que los días en que las masas jornaleras subsistían a duras penas con salarios de hambre y se hallaban expuestas a perecer miserablemente ante la pobreza y las enfermedades vinculadas a ésta, se remontaban a

épocas muy lejanas. Un nuevo Madrid había comenzado a emerger, y la fuerza imparable de la modernidad que se hallaba detrás de su ascenso abría un horizonte lleno de esperanzas, que solo los nubarrones de la guerra y el franquismo fueron capaces de ensombrecer.

Conclusion

Beyond the impact of the demographic, economic, social, and political spheres, the epidemic attacks that hit Madrid during the last decades of the nineteenth century affected the optimistic perception of progress that society had in the heat of the prodigious advances in science and technology. The dream of a happy world that was predicted through railroad, telegraph, electricity, industry, trade, and business was shattered by the nightmare that represented the merciless onslaught of cholera, smallpox, typhus, tuberculosis, and all endemic and epidemic diseases that plagued the population. These invisible enemies, capable of killing a man in the most horrible way in just a few hours, represented one of the major obstacles to achieving the sweet and quiet life that seemed possible thanks to the fabulous creations of an era of development that had never been seen before.

Both the cholera epidemic of 1885 and the smallpox epidemic of 1890-91 uncovered the existence of extremely unhealthy neighbourhoods in the city, where proletarian families lived overcrowded, underfed, ignoring the basic principles of hygiene, and almost outside of day to day civilized life. Furthermore, epidemic convulsions were able to completely alter the rhythm of life of the entire city and trigger serious problems of social nature. In this regard, the comparative analysis of the populations who suffered epidemic disasters during the nineteenth century shows that the emergence of social tensions and popular riots, far from being an exceptional phenomenon, was the general rule: an epidemic crises was always followed by the emergence of a social crisis.

A quick glance at the cholera map is enough to appreciate that the epidemic of 1885 focused its force in the slums located near the Manzanares River, which were inhabited mostly by poor families. The unhealthiness prevailing in these neighborhoods is key in order to understand how easily cholera spread among this sector. At the same time, the smallpox

epidemic of 1890-91, although it did not concentrate in a particular space as it spread throughout the city, was particularly merciless to the most impoverished sections of the population, who were the ones who suffered most from the smallpox attack. This shows the weight that social factors had on the development of epidemics, and the deep social-health inequality existing in Madrid society at the turn of the century.

This relationship between disease and social factors influenced the appearance of a social-health approach to the problem. According to contemporary social writers and hygienists, in order to improve public health it was necessary to firstly improve the living conditions of the poorest ranks of society. Moreover, the onslaught of viruses, bacteria, and other aggressors that caused tons of victims every year, leading to catastrophic situations whenever an epidemic upsurge occurred, demanded the implementation of a medical defense strategy to combat the disease, stop the spread of epidemics, and to try to avoid their recurrence in the future. The convulsive experiences witnessed in the old hospitals during the epidemics of 1885 and 1890-91, led to the political and health authorities to develop a methodically organized plan able to coordinate all the health services of Madrid.

The physical and moral devastation caused by cholera and smallpox in such a short space of time, demonstrated the vulnerability of the city to epidemic attacks, and the urgent need to improve health infrastructure in order to establish a real healthcare system in the Spanish capital. The steps taken in this direction during the course of the two epidemics analyzed, especially the creation of a disinfection service, the construction of new medical facilities, and the attempt to implement a program of large-scale smallpox vaccination, were an important boost in this regard.

The entry into the twentieth century did not involve significant changes in relation to the state of health in Madrid, whose population seemed doomed to a continual suffering of terrifying morbidity and mortality. The enthusiasm and optimism that the turn of the century spread among the people was obscured by the long shadow of death that remained over the city during the first decades of the new century. Although it had fallen during the last decades of the 1800s, the excessive mortality of Madrid remained a disturbing reality at the beginning of the twentieth century, backed up by statistics.

The statistics also showed a huge disparity in the morbidity and mortality rates recorded in the different neighbourhoods of Madrid, revealing that the distribution of death and illness in the urban map was essentially due to social factors. The gap between the healthy and unhealthy neighbourhoods was merely a reflection of the inequality in Madrid society. Whilst it was manifested through indicators such as living conditions, work,

housing, diet, training, personal hygiene, etc., it was also shown through the death rate.

Social inequality, in the face of illness and death, is expressed in the map of Madrid mortality of 1905, in which it can be clearly seen how the neighbourhoods inhabited mainly by poor families recorded a mortuary rate six times higher than those from the wealthy neighbourhoods. The fact that people in the poor and unhealthy sectors of the city were more exposed to risk factors than those of the opulent and sanitized reveals that both social status and urban space were two decisive factors in the health of individuals.

The predisposition to disease and premature death that affected the underprivileged classes is well understood from this perspective. The experience of getting sick or dying, which is apparently presented as an individual phenomenon, was in fact a social problem submitted to several external influences. The quality of housing, food, work intensity, or knowledge about hygiene were factors that had a direct impact on public health. In other words, behind the excess mortality of the Spanish capital hid the poverty under which so many families lived; the price of social inequality was paid by the humblest ranks of society with their own lives.

This supposed tragedy showed its cruel side in the endless number of children under five years of age falling annually under the clutches of death. The differences in the intensity of infant mortality between different neighbourhoods were as remarkable as they were in general mortality. Thus, the area of the city where an individual was born completely conditioned its chances to reaching their first year of life. However, the fact that in some wealthy areas of the city high coefficients of infant deaths were recorded also reveals that the high infant mortality rate was a structural problem that affected the city as a whole.

Most infant deaths were due to poor nutrition and a lack of basic care required in infancy. This is shown by the fact that infant diarrhoea was the first cause of death among children under the age of one. Acute gastrointestinal diseases used to come upon the little ones who were subjected to artificial feeding with a bottle (a common strategy among mothers of the lower classes), since a lack of hygienic measures as well as the poor quality of milk facilitated the outbreak of the fatal gastrointestinal illness in babies.

Among the adult population, the deadliest disease was tuberculosis. No other infectious disease caused such a high number of deaths that provoked the so-called *white death* each year. The significant differences in TB mortality showed in the different neighbourhoods of Madrid, underlined the social character of this disease. Most of the victims of tuberculosis earned their living with low-wage occupations and lived in the poorest areas of the city, making it possible to indicate in the urban map which streets and

houses were affected by the white death. It was persistent and continuous, consuming its inhabitants and spreading the disease throughout the city.

The affliction and distress that the continuous presence of illness and death caused among the population, combined with the lack of medical facilities in the depressed neighbourhoods of Madrid, favoured the use of quackery and illegal medicine by the lower classes of society. Superstitious beliefs including the supernatural influence of evil and the power of sorcerers to heal the numerous ailments that mercilessly attacked the population, were widespread among the lower classes. This was probably fuelled by the massive influx of immigrants from the rural districts, where such superstitious beliefs and practices were widespread.

The intrusiveness of traditional healers was heavily fought by the medical class of Madrid, who considered quackery to be an ally of disease and a factor in explaining why the mortality rate was so high in Madrid, as the therapeutic means used by healers, were at best useless, or worse, contributed to the decline in health of patients, not to mention the dreadful crimes committed by believers in the healing power of human blood or fat.

Hygienists observed the health landscape of Madrid with critical eyes, eager to take action and to fight the battle against preventable disease and premature death. These experts found it intolerable that year after year, thousands of lives, mostly children, were thrown overboard without any avoidance measures, and so they decided to launch a campaign to sanitize Madrid. This campaign was framed within a global strategy in order to cover both the health and social dimensions of the problem of exploded mortality. To face this challenge, it was necessary to fight directly against the main causes that kept the number of deaths so high. Contemporary doctors identified acute gastrointestinal diseases of children and tuberculosis as such, due to the high amount of victims that these diseases caused every year.

Social reformers, hygienists, and officials of different ranks involved in the health issue knew the dangers of neglected hygiene under which the population of Madrid lived, and the need to develop an effective plan against it. Some figures of the medical class took initiative and created a number of medical centres, in order to provide medical care and free treatment to sick people without resources, and above all, to combat morbidity and mortality through prevention and education.

These pioneering projects initiated in the 1900s were key in shaping the municipal medical facilities that would develop over the following decades, which by the time of the Second Republic were considered desirable due to its proper scientific-technical equipment,

the tireless work of its medical personnel, and its capacity to provide large-scale assistance to the entire population throughout the city.

The creation of this modern health infrastructure was a major change in the health care strategy deployed until then, constituting a key element in ensuring the medical control of the population as well as spreading the knowledge of hygiene and, ultimately, to reduce the high levels morbidity and mortality of Madrid.

This can be seen clearly through health mapping. The distribution of mortality and disease in the urban map from 1900 to 1930 indicate a changing scenario. The panorama of social and health inequality in the early twentieth century was overwhelming, and was characterized by the dichotomy between a small group of wealthy and healthy neighbourhoods with low death rates, and a majority of poor and unhealthy neighbourhoods. This was gradually modified into a new situation, unprecedented in the history of the city, which highlighted the declining number of unhealthy neighbourhoods and the tendency to spatial homogeneity in the distribution of morbidity and mortality. That is to say, in less than three decades the city of Madrid managed to significantly reduce the social and health inequality that had previously dominated the landscape of the city.

Improvement in public health was accompanied by the development of the traditional areas of poverty in the city. The change in health pattern incidentally uncovered an important transformation related to the process of modernization that Madrid society experienced during the first third of the twentieth century. Poor nutrition and overcrowded housing affecting the lower classes in the early 1900s, that extraordinarily facilitated the progress of the diseases and potentiated its lethality, gradually ceased to afflict the majority of the neighbourhoods thanks to rising wage levels, which allowed the working families to access better nutrition and acceptable living conditions.

This change had a huge impact from a health point of view and it is therefore crucial to explaining the decline in morbidity and mortality during this period of study. The improvement in the living conditions of the poor neighbourhoods resulted in more careful hygiene and more organic resistance of individuals to cope with the onslaught of illness. In other words, if by 1930 Madrid's population were to get sick and die less than at the beginning of the century, it was not only due to the implementation of effective health infrastructure, but also to the fact that the new generations were better fed, clothed, housed, and educated than the previous ones.

One of the variables that better shows the extent of this social change is the infant mortality rate. The steady decline in the number of child deaths in Madrid during the first

third of the twentieth century, which went from 195 deaths of children under age one per 1,000 live births in 1900 to 113 in 1936, highlights the dramatic improvement that began to be observed in the health of the children of Madrid and the progress experienced in care, nutrition, and child welfare. In a relatively short period, Madrid infant mortality levels decreased to the lowest marked in the municipal statistics since it began to be recorded. Protecting the most defenceless part of the population, which for a long time had succumbed to frightening proportions, was a unique characteristic of this period. It would not have been possible without the development of health infrastructure and health programs specifically targeting early childhood, but also not without the improvement of the socioeconomic situation of humble families and the development of the areas of the Spanish capital.

Along with the successes achieved in the field of child health, the campaign against tuberculosis developed by health authorities in the early twentieth century had very satisfactory results in a short period of time. The creation of clinics and sanatoriums where poor patients, who until then had been stranded, could receive medical attendance, proved to be an effective weapon for prevention and medical treatment of the *white death*. This was shown through the reduction of TB mortality recorded during the period that these health centres began operating.

However, the decline in the fatality of disease which was so widespread among the adult population of the working class neighbourhoods is not only explained by the implementation of this health-care plan as improving living conditions and the urban environment were also key. Although TB was still among the main leading causes of deaths and sicknesses during the early 1930s, the development experienced was very important as there were signs of decline. Patients who had no resources were no longer condemned to a most certain death and, in general, the statistical figures encouraged optimism among the ranks.

In addition, by the mid-1930s Madrid had managed to significantly lower its general and infant mortality rate compared to the situation at the beginning of the century, and place these rates within more tolerable limits. The efforts of the doctors and institutions who fought against the health problems of the Spanish capital during the first third of the twentieth century, together with the economic development that took place during this period and the consequent improvement of the living conditions in the poor neighbourhoods of the city, were decisive and allowed Madrid to move forward at a staggering speed to achieve the goal of public health that modern times had demonstrated. The progress that took place within the health dimension must be seen, ultimately, as a sign of the social and

economic progress that the population of Madrid met throughout the period of study.

This last feature is confirmed by tracing the evolution of the labour market and the changes registered in the occupational structure of Madrid. By 1880, the number of day-labourers was at its highest. The magnitude of effects caused by increased rural migration since the mid-nineteenth century, due to the demand of workers for the implementation of huge projects such as the construction of the Canal de Isabel II, the railroads, or the urbanization of the outskirt suburbs of the city, was of such high proportions that in just three decades the professional structure of Madrid was completely disrupted. Lacking the necessary training to perform the duties of the urban crafts, rural immigrants who arrived to Madrid had no choice but to access the job market as day-labourers. As a result, the number of day-labourers increased sharply from the middle of the nineteenth century, displacing artisans, who until then had been the largest group among the local workers, to the periphery of the labour market.

This movement, from the other side of the coin, was caused by the implementation of major public works carried out in Madrid during the middle decades of the nineteenth century. Paradoxically, the creation of the infrastructures that laid the basis for the modernization of the city and that would allow it to develop into a modern metropolis, resulted in the loss of craft and the expansion of day-labourers, or in other words, the formation of a mass of workers employed as cheap labour, whose lack of job skills prevented them from moving up in the social-professional scale and condemned them to a life of exploitation and misery.

However, the decline of crafts, which was accentuated by this “day-labouring” process did not start as a phenomenon caused by the influence of external factors. On the contrary, it was due to much deeper causes arising in its own internal structures. The main cause was the crisis in manufacturing output from the late eighteenth century which were being recorded periodically in Madrid, and the subsequent arrest that happened, leaving many craftsmen jobless and expanding poverty among the artisan class. To this state of disgrace, other external structural changes were added, such as the abolition of the guild system, which legalized the activity of the old competitors of the artisans and favored the emergence of new strategies in the manufacturing of goods, which made it impossible to compete from the small workshops where traditional craftsmen used to work. The modernization of communications and the transport of goods allowed products to enter into the local market from other places at a fast pace and of high volume. In addition, the mechanization of manufacturing activity, especially in the garment and shoe industry, where

the introduction of light machinery was easy, favoured the emergence of a new concept of a manual worker. Modern mechanized workshops did not require craftsmen who were able to control the whole production process but instead workers who were dedicated to a particular level through mechanical handling equipment. In addition to this, the status of the apprentices was changed from that of craftsmen to wage earners. Thus, while wealth was accumulated in the hands of modern manufacturers who took control of the market and big sales, poverty expanded among artisans who worked in their homes and in small workshops installed in the lower floors of Madrid buildings, who were increasingly being forced to combine the performance of their crafts with minor tasks such as those of a simple day-labourer in order to survive.

These factors were made acute from the middle decades of the nineteenth century. The acceleration of the decomposition of Madrid crafts had since acquired such intensity that, up to 1880, the artisans had come to constitute a minority group in the labour market. Their numbers did not even represent 15% of all workers in the southwest area of the old town that year, a very small figure especially if we consider that during the previous three decades artisans represented around half of the workforce in all the city. Furthermore, the income that could be obtained through the exercise of crafts was so small that it barely differed from the wages of day-labourers, and their socioeconomic status dropped to the lowest ranks of the social-professional scale.

In this respect, the process of “day-labouring” of the workforce was due, on one hand, to the inability of the crafts to overcome the crisis in which they were placed and provide new jobs for the migrant workers; and secondly, to the new dynamic acquired by the Madrid economy with the development of public works and multiplication of real estate. The figure of the day-labourer, who had been a minority in the labour market of Madrid until the mid-nineteenth century, acquired a new role when it was seen as an essential element to conduct large urbanization projects. What the new economy demanded was not workers who knew the secrets of the crafts after a lifetime of work, but a massive, cheap, and unskilled labour to provide the muscular work needed to construct buildings and infrastructure.

The growth of the number of day-labourers and impoverished artisans was followed by an increase of the levels of poverty in Madrid society and an escalation of inequality. Although the craftsmen could be victims of unemployment due to the emergence of periodic crises in manufacturing output, they were independent and had opportunities to earn their wage through self-employment. Day-labourers, on the contrary, lacked any knowledge in the

performance of skilled or semi-skilled jobs, and relied entirely on work in the pits of construction or petty tasks, such as transportation of products. When there was no work, day-labourers were forced to go to charity or beg in the streets in order to survive. The risk of falling into extreme poverty was constant among the families of the day-labourers.

During this period there were also significant changes in the female occupational structure. The implementation of the ideology of female domesticity, according to which women were destined by nature to fulfil the function of being wives, mothers, and housewives, profoundly changed the participation of women in the labour market. As male artisans saw their numbers decline as a result of “day-labouring”, female artisans experienced the same process, but even more accentuated due to the influence of the gender discourse that prevailed in the nineteenth-century society, which did not consider feminine work as such, but as an auxiliary contribution to the work of the male head of household. Under this situation, working women were cornered in the periphery of the labour market and most of them went on to form a contingent of cheap labour dedicated to perform some of the most arduous works, as washerwomen or seamstresses. But undoubtedly the activity that absorbed more female workers was the domestic service, an activity that employed huge numbers of young single female migrants. As work in construction had a special attraction for peasants from the Spanish rural provinces, domestic service alike had a similar appeal on peasant women, and year after year thousands of women reached Madrid willing to work as maids, even if the working and living conditions were deplorable and wages just allowed women to subsist.

This social-professional panorama remained until the Great War, when it experienced a radical transformation. Until then, the white-collar workers did not have a special weight in the occupational structure of Madrid, and office workers were concentrated mainly in the public administration. Office employees were, more or less, a distinguished group. While they did not have the privileges of senior officials or managers, they enjoyed a much more favourable social and economic position than that of day-labourers and manual workers in general. However, the changes introduced by the international conflict in the Spanish economy, due to increased domestic production of export products to belligerent countries whose economies were focused on the war, had major implications for Madrid.

The Spanish capital, which by 1914 showed timid signs of economic development, became an important centre of business during the war-time. War neutrality resulted in the growth of the Spanish economy and was the first factor that lifted Madrid to the category of a European metropolis, because it was the place where major national and international

companies, besides the foreign diplomatic services, began to congregate in order to operate efficiently. The need to coordinate production not only for the Spanish market but for the European and international markets, as well as transportation of products and financial investment, led to the establishment of a headquarters from which to coordinate all of the commercial activities. The conditions of Madrid were ideal in this sense, because of its central position in the communications network, coupled with its concentration of political and banking institutions, which allowed to carry out this role effectively.

As a result, the Madrid economy experienced a strong outsourcing process, which transformed the face of labour in the city. During the second half of the nineteenth century Madrid saw the emergence of day-labourers, who snatched the limelight from the traditional craftsmen to displace them to the last steps of the workplace. From 1914 there was a similar phenomenon linked to the emergence of white-collar workers, who happened to have an increasingly heavy influence in the professional structure of Madrid. These employees had little resemblance to the classic civil service employees. The development of communications and banking led to an increase in the numbers of telegraph, postal and bank employees, but it was mainly the proliferation of private companies under the business development recorded during the First World War that generated a sharp increase in the demand for clerical work. The classical bureaucrats who traditionally monopolized the work in offices, experienced a numerical equality with employees of large corporations and private companies engaged in all sorts of business activities. White-collar workers multiplied and allowed the sons and daughters of the working class families, whose living standards had been improved thanks to the rising of wage rates, access to new jobs that offered a better income and position than the petty tasks performed by day-labourers.

Meanwhile, another motion of no less importance was taking place in the world of manual labour. Despite the fact that day-labourers continued to have a significant influence in the occupational structure along the first third of the twentieth century, between 1905 and 1930 their numbers dwindled notoriously. The line that marked the rise of wage labour from the mid-nineteenth century seemed to reach its peak in the years of the twentieth century, showing a downward course from the 1910s. This change represented the loss of importance of day-labourers, the non-qualified and cheap labour in favour of skilled workers, whose numbers rose dramatically in a short space of time.

In this sense, the economic development of Madrid linked to the new situation opened by the Great War of 1914-1918 resulted not only in the increased demand for white-collar work, but also in the demand for skilled workers capable to carry out more complex

operations related to new economic activities that had emerged in the city. Mechanics, fitters, electricians, installers, telecommunications operators, drivers, and many other skilled and semi-skilled manual workers began to form a large group, whose importance in the economic structure of the city was felt at an increasingly rapid pace, while day-labourers lost its traditional weight.

This series of profound changes made Madrid enter the 1930s as a modern metropolis, wrapped in an unprecedented economic prosperity that allowed a greater degree of comfort to even wider layers of society. With a dynamic and diversified tertiary sector and intensive and specialized production activities, the image of Madrid as a *city of death* and as a parasitic capital of an impoverished country vanished. Although the Spanish capital did not have the importance of the large urban centres of the international stage, the Madrid of the years previous to the outbreak of the Spanish Civil War in July 1936, shared the essential elements of large European and American cities. Surpassing one million inhabitants and embracing the surrounding towns forming a suburban periphery that was in fact a metropolitan area, the spirit of the city of Madrid offered an aspect of development and vitality like never before. Interestingly, such a radical transformation occurred in the course of three generations, but it seemed that the days when the masses of day-labourers barely subsisted with starvation wages and were exposed to perish miserably due to the effects of poverty and diseases dated back to very distant times. A new Madrid had begun to emerge, and the unstoppable force of modernity that was behind its rise opened a horizon full of hope, that only the clouds of war and Francoism were able to darken.

Bibliografía y fuentes documentales

1. Fuentes primarias

1.1. Archivos

- Archivo de Villa de Madrid
- Archivo de la Filmoteca Española
- Archivo Fotográfico de la Comunidad de Madrid
- Archivo Fotográfico de la Fundación Telefónica
- Archivo General de la Administración
- Archivo Regional de la Comunidad de Madrid
- Biblioteca Digital Hispánica
- Biblioteca Digital del Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de Madrid
- Biblioteca Histórica Municipal de Madrid
- Biblioteca Nacional de España
- Estudio Fotográfico Alfonso
- George Eastman House, International Museum of Photography and Film
- Hemeroteca Municipal de Madrid
- Hemeroteca del diario *ABC*
- Instituto del Patrimonio Cultural de España
- Library of Congress Online Catalog
- Museo de Historia de Madrid
- Real Academia Nacional de Medicina
- The Axumite Heritage Library
- Wellcome Library

1.2. Publicaciones periódicas

ABC

Acción Socialista

Actualidades

¡Adelante!

Aérea

Almanaque de La Revista Blanca

Alrededor del Mundo

Anales de la Construcción y de la Industria

Anales de la Medicina Homeopática

Anuario del Comercio, de la Industria, de la Magistratura y de la Administración

Anuario Estadístico de España

Anuario Estadístico Demográfico del Ayuntamiento de Madrid

Arquitectura y Construcción

Atenea

Aviación y Deportes
Bandera Social
Blanco y Negro
Boletín Clínico del Instituto Homeopático de Madrid
Boletín de la Asociación de Propietarios
Boletín de Sanidad publicado por la Dirección general de Beneficencia y Sanidad
Boletín Mensual de Estadística Demográfico-Sanitaria de la Península e Islas adyacentes
Boletín Oficial de la Provincia de Madrid
Ciudadanía
Cosmópolis
Crónica
Diario de Madrid
Diario Oficial de Avisos de Madrid
Diario Universal
El Álbum de las Familias
El Ángel del Hogar
El Año Político
El Clamor Público
El Correo
El Debate
El Defensor del Contribuyente
El Dependiente Español
El Día
El Diario Español
El Eco de la clase obrera
El Eco de la Construcción
El Eco del Comercio
El Electricista
El Espectador
El Español
El Globo
El Heraldo de Madrid
El Imparcial
El Liberal
El Motín
El Museo Universal
El Observador
El País
El Siglo Futuro
El Socialista
El Sol
Electra
Elegancias

Ellas
Escenas Contemporáneas
Estadística Demográfico-Sanitaria del Ayuntamiento de Madrid
Estampa
Gaceta de Instrucción pública
Gaceta de los Caminos de Hierro
Gaceta de Madrid
Gaceta Médica
Gran Vida
Heraldo de Madrid
Heraldo Deportivo
Hormigón y Acero
Ícaro
La Ametralladora
La Acción
La Ciudad Lineal
La Construcción Moderna
La Correspondencia de España
La Discusión
La Emigración Española
La Energía Eléctrica
La Época
La Esfera
La España
La Esperanza
La Estampa
La Gaceta Literaria
La Iberia
La Ilustración de la Mujer
La Ilustración Española y Americana
La Ilustración Militar
La Ilustración Moderna
La Industria Nacional
La Justicia
La Lectura Dominical
La Libertad
La Nación
La Revista Blanca
La Revista de Obras Públicas
La Revista Militar
La Soberanía Nacional
La Tipografía
La Unión
La Velocidad. Órgano de la Sociedad de Chauffeurs y Aspirantes

La Voz
Las Novedades
Luz
Madrid Automóvil
Madrid Científico
Madrid Moderno
Madrid Sport
Madrid Turístico y Monumental
Mundo Gráfico
Museo Criminal
Nuestro Tiempo
Nuevo Mundo
Ondas
Panorama
Puericultura Española
Revista Católica de Cuestiones Sociales
Revista de Telégrafos
Revista de Obras Públicas
Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas
Revista Ilustrada de Banca, Ferrocarriles, Industria y Seguros
Revista Minera y Metalúrgica
Revista Telefónica Española
The New York Times
The Times
Urbe
Vida Ciudadana
Vida Socialista

1.3. Informes y trabajos monográficos

Abarca Millán, Emilio. *El problema de la circulación*. Madrid: Publicaciones de la Unión de Municipios Españoles, 1927.

Aguilera Velasco, Alberto. *Reformas de Madrid. Conferencia dada en el Centro Instructivo del Obrero el día 23 de febrero de 1903*. Madrid: R. Velasco Impresor, 1903.

Álvarez Villamil, Vicente. *Madrid y la tuberculosis*. Madrid: Imprenta Municipal, 1912.

Apuntes de Madrid: guía de sus más notables instituciones y edificios de beneficencia, sanidad, administración, enseñanza, ciencias y artes. Madrid: Imp. y Litogr. de La Guirnalda, 1883.

Ariza y Espejo, Rafael. *Escritos médicos del Doctor D. Rafael Ariza y Espejo*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Enrique Teodoro, 1888.

Ayuntamiento de Madrid. *Presupuestos de Gastos e ingresos para el año económico de 1891-1892, aprobados por la Junta Municipal*. Madrid: Imprenta y litografía municipal, 1891.

Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1905*. Madrid: Imp. Municipal, 1906.

Ayuntamiento de Madrid. *Edificios y habitaciones existentes en la capital, según la estadística de viviendas formalizada en Octubre de 1905 y rectificada en Diciembre del mismo año*. Madrid: Imprenta Municipal, 1907.

Ayuntamiento de Madrid. *Bando sobre saneamiento de viviendas*, Madrid: Imprenta Municipal, 1908.

Ayuntamiento de Madrid. *Anteproyecto de reorganización del servicio de limpiezas y cremación de basuras para energía eléctrica*. Madrid: Imprenta Municipal, 1910.

Ayuntamiento de Madrid. *Condiciones de higiene, construcción y economía que se han de exigir a las edificaciones para ser consideradas como casas higiénicas de viviendas baratas y tener derecho a las concesiones acordadas por el Excmo. Ayuntamiento y la Junta Municipal en sesiones de 8 y 30 de abril de 1910, y sancionadas por el Excmo. Sr. Gobernador en 4 de abril de 1911*. Madrid: Imprenta Municipal, 1911.

Ayuntamiento de Madrid. *Reglamento para el personal obrero de vías públicas municipales*. Madrid: Imprenta Municipal, 1914.

Ayuntamiento de Madrid. *Institución Municipal de Puericultura. Casa de Socorro Central del distrito de Palacio*. Madrid: Imprenta Municipal, 1914.

Ayuntamiento de Madrid. *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de 1915*. Madrid: Negociado de Estadística, 1917.

Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica del año de 1915*. Madrid: Imp. Municipal, 1916.

Ayuntamiento de Madrid. *Datos sobre la labor realizada por el Instituto Municipal de Seroterapia desde sus comienzos en 1915 como clínica antidiptérica y de intubación laríngea hasta su conversión en el actual Instituto*. Madrid: Imprenta Municipal, 1917.

Ayuntamiento de Madrid. *Consideraciones sobre la labor realizada por el Instituto Municipal de Seroterapia*. Madrid: Imprenta Municipal, 1919.

Ayuntamiento de Madrid. *Reglamento de Policía para el Servicio de los Tranvías eléctricos de Madrid*. Madrid: Imprenta Municipal, 1922.

Ayuntamiento de Madrid. *Informe sobre la urbanización del Extrarradio*. Madrid: Imprenta Municipal, 1923.

Ayuntamiento de Madrid. *Resultado de la visita de inspección realizada a las tahonas de esta Corte por la Comisión especial encargada del estudio y reorganización de la industria panadera*, Madrid: Imprenta Municipal, 1924.

Ayuntamiento de Madrid. *Ordenanzas reglamentando la producción, venta e inspección de leche. Aprobadas por la Comisión Municipal Permanente en sesión de 9 de julio de 1924*. Madrid: Imprenta Municipal 1924.

Ayuntamiento de Madrid. *Las primeras concejales del Ayuntamiento de Madrid*. Madrid: Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo, 1925.

Ayuntamiento de Madrid. *Extrarradio y extensión de Madrid*. Madrid: Imprenta Municipal, 1929.

Ayuntamiento de Madrid. *Información sobre la Ciudad. Año 1929. Memoria*. Madrid: Imprenta y litografía municipal, 1929.

Ayuntamiento de Madrid. *Estadística demográfica. Año 1929*. Madrid: Imp. Municipal, 1930.

Balaguer y Balgañón, Gerónimo [sic]. *Viruela, inoculación, vacuna*. Madrid: Est. Tip. de Ramón Angulo, 1885.

Belmás, Mariano. *Discusión acerca de la mortalidad de Madrid*. Madrid: Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneya, 1882.

Belmás, Mariano. *La crisis del trabajo y los obreros de Madrid*. Madrid: Imprenta de José Perales y Martínez, 1893.

Bernaldo de Quirós, Constancio y Llanos Aguilaniedo, José María. *La mala vida en Madrid. Estudio Psicológico con dibujos y fotografías al natural*. Madrid: Rodríguez Serra, 1901.

Bosch, Alberto. *Memoria de las medidas adoptadas para contener la invasión del cólera en 1885*. Madrid: Imprenta y Litografía Municipal, 1885.

Booth, Charles. *Life and labour of the people in London*. Londres: MacMillan, 1892.

Bravo Frías, Juan. *Mortalidad infantil en Madrid y medios para aminorarla*. Madrid: Imprenta Municipal, 1927.

Bravo Ramírez, José y León Peralta, Alberto. *Vivienda económica y medios de facilitar su construcción*. Madrid: Imprenta Municipal, 1924.

Bravo Ramírez, José y León Peralta, Alberto. *Escasez, carestía e higiene de la vivienda en Madrid. Medios al alcance de los Ayuntamientos*, Madrid: Imprenta Municipal, 1926.

Cabello y Lapiedra, Luis María. “La habitación y la tuberculosis”. *La Construcción Moderna*, 30 de octubre de 1912.

Castroviejo, Amando y Sangro, Pedro. *El trabajo a domicilio en España*. Madrid: Sucesores de M. Minuesa de los Ríos, 1908.

Codina y Castellví, José. *El problema social de la tuberculosis en Madrid. Discurso leído en la solemne sesión inaugural del año 1916 en la Real Academia de Medicina*. Madrid: Imp. Enrique Teodoro, 1916.

Compañía Telefónica Nacional de España. *Memoria. Ejercicio social 1926*. Madrid: Impresos Tejada, 1927.

Compañía Telefónica Nacional de España. *La nueva red telefónica de España*. Madrid: Talleres Espasa Calpe S.A., Madrid, 1928.

Cortezo, Carlos María y Méndez Álvaro, Francisco. *Discursos pronunciados en la solemne inauguración de la Sociedad Española de Higiene*. Madrid: Imprenta de Enrique y Teodoro, 1882.

Chaulié, Dionisio. "Madrid en peligro". *Revista Contemporánea*, septiembre de 1882, pp. 313-339.

Chicote y González, Juan. *Guía práctica de higiene y de desinfección con las precauciones que deben tomarse en el caso de una invasión colérica*. Madrid: Escuela tipográfica del Hospicio, 1884.

Chicote, Cesar. *El servicio municipal de la desinfección en Madrid*. Madrid: T. Osácar, 1901.

Chicote, Cesar. *Cartilla del desinfector*. Madrid: Imprenta Municipal, 1903.

Chicote, Cesar. *La lucha contra la viruela: sobre la preparación de la vacuna en el Laboratorio Municipal de Madrid*. Madrid: Imprenta Municipal, 1904.

Chicote, Cesar. *Reorganización del servicio de la limpieza de Madrid*. Madrid: Imprenta de Ricardo Fe, 1906.

Chicote, Cesar. *La vivienda insalubre en Madrid*. Madrid: Imprenta Municipal, 1914.

Chicote, Cesar. *Las vacunas y sueros del Laboratorio Municipal*. Madrid: Imprenta Municipal, 1914.

Chicote, César. *Las vacunas y sueros del Laboratorio municipal*. Madrid: Imprenta municipal, 1916.

Chicote, Cesar. *El servicio de limpieza. Memoria que eleva al Excmo. Ayuntamiento de Madrid D. César Chicote*. Madrid: Imprenta de Jaime Ratés, 1921.

Chicote, César. *El progreso sanitario de Madrid. Conferencia dada en el Museo Municipal, el día 25 de enero de 1930*. Madrid: Imprenta Municipal, 1930.

"Cholera Riot in Hamburg. Sanitary Officers Again Attacked by a Mob". *The New York Times*, 11 de octubre de 1893.

De Aquino Jiménez, Tomás. *El Infalible. Método práctico para conocer los síntomas del cólera-morbo asiático y su curación*. Madrid: Celestino Apaolaza Impresor, 1885.

De Castro, Carlos María. *Memoria descriptiva del anteproyecto de Ensanche de Madrid firmado por el Inspector de Distrito del Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Aprobado por Real Decreto el 19 de julio de 1860*. Madrid: Imprenta de D. José C. de la Peña, 1860.

De Foxa, Agustín. *Madrid, de corte a checa*. Madrid: Prensa Española, 1962 (edición original de 1938).

De Unamuno, Miguel. *Epistolario americano (1890-1936)*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1996.

Diablo Cojuelo (seudónimo). *Guía del placer en Madrid*. Madrid, 1902.

Dictamen de la comisión especial nombrada por la Excma. Diputación Provincial de Madrid en sesión extraordinaria de 28 de julio de 1884 para proponer la adopción de medidas sanitarias a fin de precaver o aminorar los efectos de una invasión colérica. Madrid: Escuela Tipográfica del Hospicio, 1884.

Dirección General de Beneficencia y Sanidad. *Resumen general de las invasiones y defunciones por causa de cólera ocurridas en España durante el año de 1885*. Madrid: Imprenta Nacional, 1886.

Eslava, Rafael. *La prostitución en Madrid. Apuntes para un estudio sociológico*. Madrid: Vicente Rico, 1900.

Estadística de la asociación obrera. En 1 de noviembre de 1904. Madrid: Imprenta de M. Minuesa de los Ríos, 1907.

Fatás y Montes, Luis. *La mortalidad de niños en Madrid. Causas y remedio*. Madrid: Est. Tip. de E. Teodoro, 1903.

Fatás y Montes, Luis. *Defensa contra la tuberculosis. Conferencia dada en el Círculo Democrático el 3 de diciembre de 1904, precedida de una carta al Sr. D. José Canalejas*. Madrid: Bailly-Baillière, 1905.

Fatás y Montes, Luis. *La mortalidad de niños en Madrid. Causas y remedio*. Madrid: Est. Tip. de E. Teodoro, 1903.

Fatás y Montes, Luis. *Defensa contra la tuberculosis. Conferencia dada en el Círculo Democrático el 3 de diciembre de 1904, precedida de una carta al Sr. D. José Canalejas*. Madrid: Bailly-Baillière, 1905.

Fernández de los Ríos, Ángel. *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. Madrid: Oficinas de la Ilustración Española y Americana, 1876.

Fernández de los Ríos, Ángel. *El futuro Madrid*. Madrid: Biblioteca Universal Económica, 1868.

Flores, Antonio. *Ayer, hoy y mañana, o la fe, el vapor y la electricidad. Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899*. Madrid: Imprenta del Establecimiento de Mellado, 1863.

Fox, George Henry et. al. *A practical treatise on smallpox. Illustrated by colored photographs from life*. Filadelfia: J. B. Lippincott & Co, 1902.

Francos Rodríguez, José. *Las subsistencias. La salud en Madrid*. Madrid: Tipografía artística, 1916.

Froriep, Robert Friedrich. *Die Symptome der asiatischen Cholera, im Nov. und Dec. 1831 zu Berlin abgebildet und beschrieben*. Weimar: Im Verlage des Landes-Industrie Comptoirs, 1832.

Galindo, Beatriz. “El Instituto Municipal de Seroterapia”. *España Médica*, 1 de abril de 1918.

García Cortés, Mariano. *Diversas medidas para paliar los efectos de las crisis de la vivienda y de trabajo en Madrid*. Madrid: Imprenta Municipal, 1922.

García Cortés, Mariano. *Madrid y su porvenir*. Madrid: Vicente Rico, 1931.

García de Ancos, Enrique. *Algunas consideraciones sobre la mortalidad infantil. Memoria presentada al XIV Congreso Internacional de Medicina*. Bilbao: Imprenta y Encuadernación de José Rojas Núñez, 1903.

García del Real, Eduardo. *¿Debe emplearse en la lactancia artificial la leche esterilizada o la cruda? Juicio crítico de las ventajas é inconvenientes de una y otra*. Madrid: Est. Tip. de los hijos de Tello, 1911.

Garrido Juaristi, Luis. *El problema del pan*. Madrid: Imp. R. Velasco, 1920.

Gómez Herrero, Dionisio. *Organización y funcionamiento de la Institución Municipal Consulta de Niños de Pecho y Gota de Leche. Bases para su ampliación y perfeccionamiento*. Madrid: Imprenta Municipal, 1912.

Gómez Herrero, Dionisio. *Historia, organización y modo de funcionar de la institución municipal de puericultura*. Madrid: Imprenta Municipal, 1926.

Gómez Herrero, Dionisio. “La protección a los niños y el Ayuntamiento de Madrid”. *La Libertad*, 13 de mayo de 1926

González Araco, Gorgonio. *La vacunación antivariolótica* [sic]. Madrid: Imprenta de los Hijos de J. M. Ducazal, 1898.

González Campo, José. *La alimentación de las clases pobres de Madrid como factor etiológico de enfermedades gástricas e intestinales*. Madrid: Est. Tip. de Idamor Moreno, 1903.

González e Iribas, Álvaro. *Plano de conjunto de la “Guía practica de Madrid”*. Madrid: Lit. Méndez, 1906.

Gordillo Lozano, Gaspar. *Distracciones anticoléricas*. Madrid: Imprenta de E. Saco y Brey, 1884.

Gordillo Lozano, Gaspar. *La mortalidad de Madrid. Colección de artículos publicados sobre dicho tema*. Madrid: Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1885.

Guerra y Cortés, Vicente. *La tuberculosis del proletariado en Madrid*. Madrid: Baena Hermanos, 1903.

Guía comercial de Madrid publicada con datos del Anuario del comercio (G. Bailly-Baillière). Madrid: Librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, 1886.

Guía comercial de Madrid y su provincia publicada con datos del Anuario del comercio de 1905. Madrid: Bailly-Baillière, 1906.

Guía-directorio de Madrid y su provincia: comercio, industria, agricultura, ganadería, minería, profesiones y elemento oficial. Madrid: Bailly-Baillière y Riera Reunidos, 1930.

Hauser, Philip. *Madrid bajo el punto de vista médico-social*. 2 vols. Madrid: Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra", 1902.

Hauser y Klover, Felipe. *Memorias autobiográficas de un médico después de haber cumplido 66 años de ejercicio profesional*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1990.

Hergueta y Martín, Simón. *Circunstancias que favorecen el desarrollo de las enfermedades de pecho en Madrid*. Madrid: Tip. del Hospicio, 1895.

Herederó y Gómez, Luis. *Acción protectora del Excmo. Ayuntamiento de Madrid para disminuir la mortalidad de la infancia de la primera edad. Memoria dirigida al Segundo Congreso Internacional de Protección a la Infancia*. Madrid: Imprenta Municipal, 1921.

Hernández Mir, Francisco. *La vida cara. El problema de los alquileres*. Madrid: Imprenta Alemana, 1919.

Instituto de Reformas Sociales. *El descanso dominical y las tabernas de Madrid. Informe emitido por el Pleno del Instituto de Reformas Sociales en su sesión de 21 de noviembre de 1910*. Madrid: Imprenta de la Suc. de M. Minuesa de los Ríos, 1910.

Instituto de Reformas Sociales. *Ley de 4 de julio reguladora de la jornada de la dependencia mercantil*. Madrid: Sucesores de M. Minuesa de los Ríos, 1918.

Instituto de Reformas Sociales. *Duración de la jornada en distintos oficios y términos geográficos de España*. Madrid: Sucesores de M. Minuesa de los Ríos, 1919.

Jameson, James. *Report on the Epidemick [sic] Cholera Morbus as it visited the territories subjecte to the presidency of Bengal in the years 1817, 1818, and 1819*. Calcuta: Government Gazette Press, 1820.

Jiménez López, Arturo. *El crimen de Gádor. Historia completa del proceso del monstruoso asesinato del niño Bernardo González Parra*. Murcia: Tip. "El Popular", 1910.

Jimeno Agius, José. *La población en España*, El Correo, Madrid, 1885.

Jimeno Agius, José. *La instrucción primaria en España: Estudio estadístico*. Madrid: Tip. El Correo, 1885.

Jimeno Agius, José. *La natalidad y la mortalidad en España*. Madrid: Est. Tip. de El Correo, 1885.

Jimeno Agius, José. *El Cólera en España durante el año 1885*. Madrid: Est. Tip. de El Correo, 1886.

Jimeno Agius, José. *Madrid. Su población, natalidad y mortalidad*. Madrid: El Correo, 1886.

Jimeno Agius, José. *La criminalidad en España*. Madrid: José Góngora, 1887

Jimeno Agius, José. *El suicidio en España*. Madrid: J. Góngora y Álvarez, impresor, 1888

Junta Local de Reformas Sociales. *Estadística del Trabajo. Anuario de 1923*. Madrid: Imprenta Municipal, 1925.

Junta Local de Reformas Sociales. *Estadística del trabajo. Anuario del año 1924*. Madrid: Imprenta Municipal, 1926.

Lasbennes, Luis. *Mortalidad de Madrid comparada con la de las demás capitales de Europa: sus causas y reformas administrativas que podrían contribuir a su disminución*. Madrid: Imprenta Municipal, 1912.

Lasbennes, Luis. *Estadística demográfica. Resumen anual*. Madrid: Imprenta Municipal, 1913.

Lasbennes, Luis. "Demografía infantil en Madrid". *Pro-Infantia* 100 (1918): 337-343.

Libro conmemorativo del cincuentenario (bodas de oro) de la institución Primer Consultorio de Niños de Pecho, en Madrid (gota de leche). 22-I-1904, 22-I-1954. Madrid: Gráf. Barragán, 1954.

Luis y Yagüe, Ramón. *Bromatología popular urbana. I. La alimentación del proletariado en Madrid. II. Del abastecimiento alimenticio de Madrid*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Idamor Moreno, 1903.

Lucha contra la mortalidad infantil. Curso de conferencias radiadas organizado por la Asociación Española de Médicos Puericultores Titulados. Madrid: Publicaciones de la Subdirección General de Sanidad, 1935.

Luzuriaga, Lorenzo. *El analfabetismo en España*. Madrid: J. Cosano, 1926.

Madrid caritativo y benéfico: Noticia de las obras de caridad y beneficencia existentes en Madrid y sus cercanías. Guía indispensable de pobres y bienhechores. Madrid: Imp. de G. Juste, 1875.

Madrid Moreno, José. *El servicio del suero antidiftérico en el Ayuntamiento de Madrid*. Madrid: Imprenta Municipal, 1898.

Manglano, Alberto. *De la mortalidad infantil. Cartilla elemental para uso de las madres y para enseñanza de los niños en las escuelas*. Madrid: Imprenta de los Sucesores de Hernando, 1904.

Madoz, Pascual. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Tomo X. Madrid, 1848.

Martín Salazar, Manuel. *La sanidad en España. Discurso leído en la Real Academia de Medicina*. Madrid: Real Academia de Medicina, 1913.

Mathet y Coloma, Miguel. *Urbanización de Madrid. Mejoras en el Interior*. Madrid: Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1903.

Henry Mayhew, *London labour and the London poor*. Londres: Bohn and Company, 1851.

Méndez Álvaro, Francisco. *Estudio higiénico sobre la habitación del pobre*. Madrid, 1874.

Méndez Álvaro, Francisco. *Resumen de la discusión sobre la mortalidad de Madrid leído en sesión pública el 15 de junio de 1882*. Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro, 1882.

Mesonero Romanos, Ramón. *Nuevo manual histórico-topográfico-estadístico, y descripción de Madrid*, Madrid: Imprenta de la Viuda de D. Antonio Yenes, 1854.

Mesonero Romanos, Ramón. *Memorias de un Setentón, natural y vecino de Madrid, escritas por El Curioso Parlante*. Madrid: Renacimiento, 1926.

Ministerio de Fomento. *Memoria acerca del Estado de la Industria en la provincia de Madrid en el año 1905*. Madrid: Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio, 1907.

Monmeneu, José. *Las enfermedades infecciosas en Madrid: estudio clínico-terapéutico*. Madrid: Administración de la Revista de Medicina y Cirugía Prácticas, 1894.

Morato Caldeiro, Juan José. "La vida obrera en Madrid". *Nuestro Tiempo* 28 (1903).

Morato Caldeiro, Juan José. *La cuna de un gigante. Historia de Asociación General del Imprimir*. Madrid, 1925.

Moret, Segismundo. “Historia de tres epidemias”. *El Imparcial*, 28 de junio de 1885.

Nakens, José. *Cuadros de miseria copiados del natural*. Madrid: Imprenta de Domingo Blanco, 1907.

Navarro Fernández, Antonio. *La prostitución en la villa de Madrid*. Madrid: Imprenta de Ricardo Rojas, 1909.

Nociones, preceptos y medios que deben conocer las familias para prevenir el desarrollo del Cólera Morbo Asiático y combatir sus primeros síntomas en el caso aún no probable de que invada nuestro territorio. Madrid: Imprenta y Litografía municipal, 1884.

Núñez Granés, Pedro. *Proyecto para la urbanización del extrarradio de dicha villa*. Madrid: Imprenta Municipal, 1910.

Núñez Granés, Pedro. *Reversión unificada de las líneas de tranvías de esta capital*. Madrid: Imprenta Municipal, 1914.

Ortega y Ballesteros, Enrique. *Fundamentos para mejorar la salubridad de Madrid desde los puntos de vista técnico, sanitario, económico y legal*. Madrid: Imprenta Municipal, 1926.

Ortiz, Fernando. *Hampa Afro-Cubana. Los negros brujos, apuntes para un estudio de etnología criminal. Con una carta prólogo del Dr. Lombroso*. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1906.

Ossorio y Bernard, Manuel. *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*. Madrid: Establecimiento tipográfico de M. P. Montoya y Cía, 1882.

Perier y Gallego, Pascual. *Tesoro de albañiles o guía teórico-práctica-legislativa de albañilería*. Madrid: Imprenta de Antonio Martínez, 1853.

Pla, Josep. *Madrid. El advenimiento de la República*. Madrid: Alianza, 1986. (edición original de 1933).

Pulido, Ángel. *La tuberculosis y su profilaxia social. Conferencia popular dada en el Instituto Nacional de Previsión el 5 de junio de 1916*. Madrid: Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1916.

Repullés y Vargas, Enrique. *El obrero en la sociedad*. Madrid: Imprenta y Litografía de los Huérfanos, 1892.

Revenga, Ricardo. *La muerte en Madrid. Estudio demográfico*. Madrid: Imp. de Enrique Teodoro y Alonso, 1901.

Revenga, Ricardo. *La jornada de ocho horas*. Madrid: Bailly-Baillière, 1903.

Revenga, Ricardo. *La muerte en España. Estudio estadístico sobre la mortalidad*. Madrid: Imprenta de la “Prensa de Madrid”, 1904.

- Ricketts, Thomas Frank. *The diagnosis of smallpox*. Londres: London Cassell, 1908.
- Rodríguez, Celedonio. *El arbolado de Madrid*. Madrid: Imprenta y litografía municipal, 1889.
- Rowntree, Benjamin Seebohm. *Poverty: A study of town life*. Londres: Macmillan, 1901.
- Ruiz de Salazar y Usátegui, José Manuel. *Lo que debe ser Madrid*. Madrid: Gregorio Juste, 1892.
- Schamberg, Jay F. *Smallpox and vaccination*. Chicago: Press of American Medical Association, 1914.
- Salillas, Rafael. *La fascinación en España*. Madrid: Eduardo Arias, 1905.
- Sarabia y Pardo, Jesús. *Datos estadísticos de la mortalidad infantil (de 0 a 1 año de edad) en España*. Madrid: Administración de la Revista de Medicina y Cirugía Prácticas, 1907.
- Serrano Fatigati, Enrique. *Alimentos adulterados y defunciones. Apuntes para el estudio de la vida obrera en España*. Madrid: Imprenta de El Día, 1883.
- Sepúlveda, Enrique. *La vida en Madrid en 1886*. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1887.
- Sierra Zafra, Fernando. *La tuberculosis en Madrid durante el primer decenio de este siglo y la lucha social antituberculosa*. Madrid: Imp. y Enc. de V. Tordesillas, 1912.
- Soria y Mata, Arturo. “Las ciudades más notables por sus condiciones higiénicas y el matadero de Madrid”. *El Progreso*, 14 de mayo de 1883.
- Soria y Mata, Arturo. *Conferencia dada en El Fomento de las Artes por don Arturo Soria y Mata, el día 13 de enero de 1894, acerca de su sistema de urbanización*. Madrid: Imp. de Juan Cayetano García, 1894.
- Tomás y Samper, Rodolfo. *Obra de protección a la infancia que realiza el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid*. Madrid: Imprenta Municipal, 1921.
- Torrencilla, Victoriano. *Historia de la epidemia del cólera-morbo de París en 1832 y consideraciones generales sobre esta enfermedad*. Madrid: Ibarra Impresor, 1833.
- Trotsky, León. *Mis peripecias en España*. Madrid: Editorial España, 1929.
- Úbeda y Corral, José. *Medios de disminuir la mortalidad en Madrid*. Madrid: Imprenta del Cuerpo de Administración Militar, 1900.
- Úbeda y Corral, José. *El presupuesto de una familia obrera*. Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro y Alonso, 1902.

Ulecia Cardona, Rafael. *Informe acerca de la mortalidad infantil de Madrid; sus principales causas y medios de combatirla*. Madrid: Imprenta Municipal, 1903.

Ulecia Cardona, Rafael. *Mortalidad de la primera infancia*. Madrid: Administración de la Revista de medicina y cirugía prácticas, 1903.

Ulecia y Cardona, Rafael. *Los consultorios de niños de pecho* (“Gotas de Leche”). *Impresiones de viaje*. Madrid: Imp. y Lib. de Nicolás Moya, 1903.

Ulecia Cardona, Rafael. *El verdadero Herodes*. Madrid: Imprenta de Nicolás Moya, 1904.

Ulecia y Cardona, Rafael. “La «Gota de Leche» de Madrid y la propagación de esta institución en España. Informe leído al Primer Congreso Internacional de la «Gota de Leche», verificado en París el 20 y 21 de octubre de 1905”. *Revista de medicina y cirugía prácticas*. Tomo LXXII. Madrid: Imprenta y Librería de Nicolás Moya, 1906.

Ulecia y Cardona, Rafael. *Memoria anual del primer consultorio de niños de pecho en Madrid*. Madrid: Imprenta de Nicolás Moya, 1910.

United States Consular Reports. *Cholera in Europe in 1884. Reports from Consuls of the United States*. Washington: Government Printing Office, 1885.

Vargas, Julio. *Madrid ante el cólera*. Madrid: Imprenta de “El Liberal”, 1885.

Velázquez Isobo, Zacarías. *El alcoholismo y la tuberculosis*. Ávila: Imprenta católica de Emiliano G. Rovina, 1911.

Valdivieso, Amando. *La lactancia por medio de nodrizas ¿es conforme a la moral, al derecho y a la higiene?* Madrid: Imprenta de Fortanet, 1898.

Verdes Montenegro, José. “Seis mil casos de tuberculosis”. *Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas* 10 (1910): 281-290.

Verdes Montenegro, José. *Deficiencias de nuestra organización antituberculosa. Discurso leído ante la Academia Nacional de Medicina*. Madrid: Imprenta Augusto Boué, 1935.

Verdadera Guía de Madrid necesaria para todas las clases sociales. Madrid: Imprenta de Manuel Minuesa de los Ríos, 1884.

VV.AA. *La difteria en Madrid. Proyecto de hospitalito para el tratamiento de niños diftéricos*. Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro y Alonso, 1901.

Warren, John Essaias. *Madrid hace cincuenta años a los ojos de un diplomático extranjero*. Madrid: Librería editorial de D. Carlos Bailly-Bailliere e Hijos, 1904.

Weber, Adna Ferrin. *The growth of cities in the nineteenth century: A study in statistics*. Nueva York: MacMillan, 1899.

1.4. Obras literarias

- Barea, Arturo. *La forja de un rebelde*. Madrid: Bibliotex, 2001 (edición original de 1941).
- Barga, Corpus. *Paseos por Madrid*. Madrid: Asociación de Libreros de Lance de Madrid, 2009 (recopilación de artículos publicados originalmente entre 1915 y 1937).
- Baroja, Pío. *El árbol de la ciencia*. Madrid: Alianza, 2004 (edición original de 1911).
- Baroja, Pío. *La lucha por la vida*. Madrid, 1904-1905.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *La horda*. Madrid, 1905.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *La bodega*. Madrid, 1905.
- Camba, Julio. *La ciudad automática*. Madrid, 1932.
- Cansinos Assens, Rafael. *La novela de un literato*. 3 vols. Madrid: Alianza, 2009 (obra póstuma compilada por el hijo del autor a partir de escritos dispersos. Primera edición de 1985).
- Carrere, Emilio. *Ruta Emocional de Madrid*, Madrid, 1935.
- Díaz Fernández, José. *La Venus mecánica*. Madrid, 1929.
- Gómez Carrillo, Enrique. *Sensaciones de París y de Madrid*. París, 1900.
- Gómez de la Serna, Ramón. *El rastro*. Madrid, 1915.
- Gómez de la Serna, Ramón. *Elucidario de Madrid*. Madrid, 1931.
- González Ruano, César. *Madrid entrevisto*. Madrid, 1934.
- Gutiérrez Solana, José. *Madrid, escenas y costumbres*. Madrid, 1915.
- Gutiérrez Solana, José. *Madrid callejero*. Madrid, 1923.
- Pardo Bazán, Emilia. *Insolación (historia amorosa)*. Madrid, 1889.
- Pérez Galdós, Benito. *La desheredada*. Madrid, 1881.
- Pérez Galdós, Benito. *Misericordia*. Madrid, 1897.
- Pérez Galdós, Benito. *Fortunata y Jacinta*. Madrid, 1887.
- Pérez Galdós, Benito. *La de Bringas*. Madrid, 1884.
- Pérez Galdós, Benito. *Miau*. Madrid, 1888.
- Pérez Galdós, Benito. *Lo Prohibido*. Madrid, 1884.
- Pérez Galdós, Benito. *La razón de la sinrazón y guía Espiritual de España*. Madrid, 1915.
- Pérez Galdós, Benito. *La familia de León Roch*. Madrid, 1878.
- Pérez Galdós, Benito. *Nazarín*. Madrid, 1895.
- Pérez Galdós, Benito. *Fisonomías sociales*. Madrid, 1923 (recopilación de artículos publicados originalmente entre 1883 y 1893).
- Pérez Galdós, Benito. *El audaz*. Madrid, 1871.
- Pérez Galdós, Benito. *El amigo manso*. Madrid, 1882.
- Pérez Galdós, Benito. *Tristana*. Madrid, 1892.

2. Bibliografía secundaria

Aldarca, Bridget. *El ángel del hogar: Galdós y la ideología de la domesticidad*. Madrid: Visor, 1992.

Alonso, Luis Enrique y Castillo, Santiago. *Proletarios de cuello blanco: la Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*. Madrid: UGT, 1994.

Alonso, Luis Enrique y Conde, Fernando. *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*. Madrid: Debate, 1994.

Alonso Pereira, José Ramón. *Madrid 1898-1931, de Corte a Metrópoli*. Madrid: Comunidad de Madrid, 1985.

Alvar Ezquerro, Alfredo *et al.* (coords.). *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*. Madrid: Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, 1991.

Alvarado López, María Cruz y De Andrés del Campo, Susana. “Gal: un siglo de perfumería, un siglo de publicidad”. *Publifilia: Revista de culturas publicitarias* 1 (1998): 23-47.

Álvarez, Jesús Timoteo. *Historia de los medios de comunicación en España. Periodismo, imagen y publicidad (1900-1990)*. Barcelona: Ariel, 1989.

Álvarez Junco, José. “La Comisión de Reformas Sociales: intentos y realizaciones”. *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social. Seminario de Historia de la Acción Social*. Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales-Siglo XXI, 1986, pp. 147-154.

Álvarez Junco, José y Pérez Ledesma, Manuel: “Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?”. *Revista de Occidente* 83 (1982): 19-42.

Álvarez Mora, Alfonso. *La remodelación del centro de Madrid*. Madrid: Editorial Ayuso, 1978.

Álvarez Sierra, José. *Historia de la medicina madrileña*. Madrid: Editorial Universitaria Europea, 1968.

Álvarez Sierra, José. *El doctor don César Chicote y el Laboratorio Municipal*. Madrid: Celebridades. Colección Popular de Biografías 20 (1965).

Álvarez Uría, Fernando: “Los visitantes de pobre. Caridad, economía y asistencia en la España del siglo XIX”. VV.AA. *De la Beneficencia al bienestar social. Cuatro Siglo de Acción Social*. Madrid: Siglo XXI, 1986, pp. 117-146.

Álvarez, Raquel. “Historia del Colegio de Médicos de Madrid”. *Asclepio: Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia* 56.1 (2004): 246-253.

Álvaro Moya, Adoración: “Redes empresariales, inversión directa extranjera y monopolio: el caso de Telefónica, 1924-1965”. *Revista de Historia Industrial* 34 (2007): 65-96.

Anderson, Ferris. “Madrid, los balcones y la historia: Mesonero Romanos y Pérez Galdós”. *Cuadernos hispanoamericanos* 464.2 (1989): 63-95.

Anderson, Gregory. *Victorian Clerks*. Manchester: Manchester University Press, 1976.

Anderson, Gregory (ed.). *The white blouse revolution: female office workers since 1870*. Manchester: Manchester University Press, 1988.

Anderson, Michael. *Family structure in nineteenth century lancashire*. Cambridge: Cambridge University Press, 1971

Apple, Rima D. *Reaching out to Mothers: Public Health and Child Welfare*. Sheffield: EAHMH, 2002.

Arbaiza Villalonga, Mercedes. “La construcción social del empleo femenino en España (1850-1935)”. *Arenal: Revista de historia de mujeres* 9.2 (2002): 215-239.

Arbaiza Villalonga, Mercedes. “La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)”. *Historia Contemporánea* 21 (2000): 395-458.

Arbaiza Villalonga, Mercedes. “La construcción social del empleo femenino en España (1850-1935)”. *Arenal: Revista de historia de mujeres* 9.2 (2002): 215-239.

Arbaiza Villalonga, Mercedes. “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)”. Gálvez Muñoz, Lina y Sarasúa García, Carmen. *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*. Alicante: Universidad de Alicante, pp. 189-216.

Ariza Muñoz, Carmen: *Buen Retiro*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 2001.

Aróstegui, Julio. *Largo Caballero. El tesón y la quimera*. Madrid: Debate, 2013.

Arribas macho, José María. “Los antecedentes de la sociedad de consumo en España: de la Dictadura de Primo de Rivera a la II República”. *Política y Sociedad* 16 (1994): 149-168.

Arroyo Almaraz , Antonio. “Benito Pérez Galdós y Narcís Oller: formulación y percepción narrativas de la ciudad”. *Revista de lenguas y literaturas catalana, gallega y vasca* 6 (1998-1999): 17-28.

Arroyo, Mercedes. “El gas de Madrid y las compañías de crédito extranjeras en España, 1856-1890”. *Revista Scripta Nova. Revista Electrónica de geografía y ciencias sociales* 6.131 (2002).

Arroyo, Mercedes. “Estrategias empresariales y redes territoriales en dos ciudades españolas: Barcelona y Madrid (1832-1923)”. *Revista de Historia Contemporánea* 24 (2002): 137-160.

Aubanell Jubany, Anna M. “La elite de la clase trabajadora. Las condiciones laborales de los trabajadores de las eléctricas madrileñas en el periodo de entreguerras”. *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* 6.119 (17) (2002).

Aubanell Jubany, Anna M. “La competencia en la distribución de electricidad en Madrid”. *Revista de Historia Industrial* 2 (1992): 143-171.

Azorín, Francisco y Gea Ortigas, María Isabel. *La Castellana, escenario de poder: del Palacio de Linares a la Torre de Picasso*. Madrid, La Librería, 1990.

Bahamonde Magro, Ángel. *El horizonte económico de la burguesía isabelina*. Madrid, 1856-1866. Madrid: UCM, 1981.

Báez y Pérez de Tudela, José María. *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*. Madrid: Alianza, 2012.

Bahamonde Magro: “La Historia urbana”. *Ayer* 10 (1993): 47-61.

Bahamonde Magro, Ángel; Martínez Martín, Jesús A. y Rey Reguillo, Fernando. *La Cámara de Comercio e industria de Madrid (1887-1987). Historia de una institución centenaria*. Madrid: Cámara de Comercio, 1989.

Bahamonde Magro, Ángel y Toro Mérida, Julián. *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1978.

Bahamonde Magro, Ángel, Otero Carvajal, Luis Enrique y Martínez Lorente, Gaspar. *Las comunicaciones en la construcción del estado contemporáneo en España: 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*. Madrid: Ministerios de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, 1993.

Bahamonde Magro, Ángel y Fernández García, Antonio. “La transformación de la economía”. Fernández García, Antonio (dir.). *Historia de Madrid*. Madrid: Editorial Complutense, 1993, pp. 477-545.

Bahamonde Magro, Ángel y Martínez Martín, Jesús A. “La desamortización y el mercado inmueble madrileño (1836-1868)”. Bonet Correa, Antonio (coord.). *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*. Madrid: Universidad Complutense, 1982, vol. II, pp. 939-956.

Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). “La beneficencia madrileña en los primeros años del siglo XX”. *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social. Seminario de Historia de la Acción Social*. Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales-Siglo XXI, 1986, pp. 267-280.

Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización”. *Economía de las Comunidades*

Autónomas: Madrid. Madrid: Papeles de Economía Española 18 (1999): 18-30.

Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana". Fusi Aizpurúa, Juan Pablo (coord.). *España, autonomías*. Madrid: Espasa, 1989, pp. 517-616.

Bahamonde Magro, Ángel. "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)". *Estudios de Historia Social* 15 (1980): 143-175.

Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique. "Quietud y Cambio en el Madrid de la Restauración". Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931*. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 1, pp. 21-26.

Bahamonde Magro, Ángel: "Comunicaciones". Jover Zamora, José María (dir.). *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*. Madrid: Espasa Calpe, 1997, Tomo XXXIII, pp. 519-542.

Bahamonde Magro, Ángel, Otero Carvajal, Luis Enrique y Martínez Lorente, Gaspar. *Las comunicaciones en la construcción del estado contemporáneo en España: 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*. Madrid: Ministerios de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, 1993.

Bahamonde Magro, Ángel, Otero Carvajal, Luis Enrique y Martínez Lorente, Gaspar. *El Palacio de Comunicaciones: un siglo de historia de Correos y Telégrafos*. Madrid: Correos y Telégrafos, 2000.

Bahamonde Magro, Ángel, Otero Carvajal, Luis Enrique y Martínez Lorente, Gaspar. *Atlas Histórico de las comunicaciones en España 1700-1998*. Madrid: Correos y Telégrafos, 1998.

Bahamonde Magro, Ángel. "Contribución al estudio del fraude electoral en un distrito urbano. Las elecciones de 1869 en Madrid". *Hispania: Revista española de historia* 36.134 (1976): 639-662.

Bahamonde Magro, Ángel y Cayuela, José. *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*. Madrid: Alianza, 1992

Baker, Edward. *Materiales para escribir Madrid: literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*. Madrid: Siglo XXI, 1991.

Baker, Edward. *Madrid Cosmopolita. La Gran Vía 1910-1936*. Madrid: Marcial Pons, 2009.

Baker, Edward *et al.* *Madrid: de Fortunata a la M-40. Un siglo de cultura urbana*. Madrid: Alianza, 2003.

Ballesteros Doncel, Esmeralda. "Una estimación del coste de vida en España, 1861-1936". *Revista de Historia Económica* 2 (primavera-verano 1997): 363-398.

Barreiro Pereira, Paloma. *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*. Madrid: COAM, 1992;

Bates, Barbara. *Bargaining for Life: A Social History of Tuberculosis, 1876-1938*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1992.

Beascochea Gangoiti, José María; González Portilla, Manuel y Novo López, Pedro A. (eds.). *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2006.

Benevolo, Leonardo. *The European City*. Londres: Blackwell, 1995.

Bentivoglio, Marina y Pacini, Paolo. "Flippo Pacini: A Determined Observer". *Brain Research Bulletin* 38.2 (1995):161-165.

Bernabeu Mestre, Josep. "Transición sanitaria y evolución de la medicina (diagnóstico, profilaxis y terapéutica), 1885-1942". *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica* 16.21 (1998): 15-38.

Bernabeu Mestre, Josep, Trescastro López, Eva y Galiana Sánchez, María Eugenia. "La divulgación radiofónica de la alimentación y la higiene infantil en la España de la Segunda República (1933-1935)". *Salud colectiva* 7.1 (2011): 49-60.

Bonet Correa, Antonio (coord.). *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*. 2 vols. Madrid: Universidad Complutense, 1982.

Bonet Correa, Antonio (ed.). *Plan Castro*. Madrid: COAM, 1978.

Bonet Correa, Antonio. "Madrid y el Canal de Isabel II". *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura* 673 (2002): 39-74.

Bonet Correa, Antonio. *Los cafés históricos*. Madrid: Cátedra, 2012.

Borderías Modéjar, Cristina. "Discriminación femenina y segregación sexual del trabajo. Una aproximación microsocia: la Compañía Telefónica Nacional de España". Vara, María Jesús y Maquieira D'Angelo, Virginia. *El trabajo de las mujeres, siglos XVI-XX: VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer*. Madrid: Universidad Autónoma, 1987, pp. 397-414.

Borderías Modéjar, Cristina. *Entre líneas: trabajo e identidad femenina en la España contemporánea: la Compañía Telefónica, 1924-1980*. Barcelona: Icaria, 1993.

Borderías, Cristina. "Emigración y trayectorias sociales femeninas". *Historia Social* 17 (1993): 75-94.

Borderías, Cristina. "Women workers in the Barcelona labour market, 1856-1936". Smith, Angel (ed.). *Red Barcelona. Social Protest and Labour. Mobilization in the Twentieth Century*. Londres: Routledge, 2002, pp. 142-166.

Boring, Phillys Zatin. "The streets of Madrid as a structuring device in Fortunata y Jacinta". *Anales galdosianos* 23 (1978): 14-23.

Borras Llop, José María. "Antes de nacer sabíamos trabajar: Absentismo escolar y trabajo infantil en el Madrid rural del primer tercio del siglo XX". *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural* 20 (2000): 169-194.

Bosque Maurel, Joaquín. "Pío Baroja y «su» Madrid: La lucha por la vida". *Anales de geografía de la Universidad Complutense* 1 (2002): 155-188.

Brandis, Dolores. *El paisaje residencial de Madrid*. Madrid: MOPU, 1983.

Brandis, Dolores. "Historia de la planta parcelaria del entorno de la Plaza Mayor madrileña". *Anales de geografía de la Universidad Complutense* 1 (2002): 189-202.

Bras, Hilde. "Maids to the city: migration patterns of female domestic servants from the province of Zeeland, the Netherlands (1850-1950)". *The History of the Family* 8 (2003): 217-246.

Briggs, Asa. *Victorian Cities*. Berkeley: University of California Press, 1965.

Briggs, Asa. "Cholera and Society in the Nineteenth Century". *Past and Present* 19 (1961): 76-96.

Burrell, Sean y Gill, Geoffrey. "The Liverpool Cholera Epidemic of 1832 and Anatomical Dissection: Medical Mistrust and Civil Unrest". *Journal of the History of Medicine & Allied Sciences* 60 (4) (2005): 478-498.

Bynum, Helen. *Spitting Blood: The History of Tuberculosis*. Oxford: Oxford University Press, 2012.

Byrne, Justin. "Family and unionisation in the bricklaying trade in turn-of-the-century Madrid". Kok, Jan (ed.). *Rebellious Families: Household Strategies and Collective Action in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. Nueva York: Berghahn Books, 2002, pp. 79-103.

Byrne, Justin. "De la microhistoria a los grandes procesos: el hundimiento del Tercer Depósito del Canal de Isabel II". *II Congreso de Historia Social: El trabajo a través de la historia*. Córdoba, 1994.

Byrne, Justin. "La construcción durante el primer tercio del siglo XX". Ruiz, David y Bibiano, José (eds.). *Los trabajadores de la construcción en el Madrid del siglo XX*. Madrid: Akal - Fundación 1º de Mayo, 1993, pp. 25-58.

Cabrera Calvo Sotelo, Mercedes (coord.). *Con luz y taquígrafos: el Parlamento en la Restauración (1913-1923)*. Madrid: Taurus, 1998.

Calvo, Ángel. "El teléfono antes de Telefónica". *Revista de Historia Industrial* 13 (1998): 59-81.

Calvo, Ángel: “Telefónica toma el mando: Monopolio privado, modernización y expansión de la telefonía en España, 1924-1945”. *Revista de Historia Industrial*, 32 (2006): 69-98.

Calvo, Ángel. *Historia de Telefónica: 1924-1975. Primeras décadas: tecnología, economía y política*. Madrid: Ariel-Fundación Telefónica, 2010.

Campos, Ricardo. *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1876-1923)*. Madrid: CSIC, 1997.

Campos Marín, Ricardo. “Tabernas, sociabilidad obrera y control social en el Madrid de la Restauración”. Quim Bonastra (coord.). *Modelar para gobernar: el control de la población y el territorio en Europa y Canadá, una perspectiva histórica*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2001.

Campos Marín, Ricardo. “El difícil proceso de creación del Instituto de Vacunación del Estado (1871-1877)”. *Asclepio: Revista de historia de la medicina y de la ciencia* 56.1 (2004): 79-110.

Campos Marín, Ricardo. “La vacunación antivariólica en Madrid en el último tercio del siglo XIX. Entre el especialismo médico y el mercantilismo”. *Medicina e Historia* 4 (2001): 1-15.

Camps, Enriqueta. *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995.

Candela Soto, Paloma. *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*. Madrid: Tecnos, 1997.

Candela Soto, Paloma. “El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”. *Historia Social* 45 (2003): 139-159.

Candela Soto, Paloma. “Trabajo y organización en la industria del tabaco: las cigarreras madrileñas, 1890-1920”. *Sociología del trabajo* 20 (1993-1994): 91-116.

Candela Soto, Paloma. *Más que agua y piedra... El Patrimonio Histórico del Canal de Isabel II*. Madrid: Canal de Isabel II, 2009.

Candela Soto, Paloma. “La mecanización toma el mando: la fabricación de materiales cerámicos para la construcción, Madrid 1890-196”. *Sociología del Trabajo* 55 (2005): 49-92.

Cannadine, David & Reeder, David (eds.). *Exploring the urban past: essays in urban history by H.J. Dyos*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982.

Cánovas Belchí, Joaquín T. “1896-1914. Primeros años del cinematógrafo en Madrid”. De la Madrid, Juan Carlos. *Primeros tiempos del cinematógrafo en España*. Oviedo: Ediciones Trea, 1996, pp. 53-64.

Capel Saez, Horacio. “Los estudios acerca de las migraciones interiores en España”, en *Revista de geografía de la Universidad de Barcelona* 1.1 (1967): 77-101.

Capella, Miguel. *La industria de Madrid. Ensayo histórico-crítico de la fabricación y artesanía madrileñas*. Madrid: Artes Gráficas y Ediciones, 1962.

Carbajo Isla, María F. “La inmigración a Madrid (1600-1850)”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 32 (1985): 67-100.

Carbajo Isla, María F. *La población de la villa de Madrid. Desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1987.

Carballo, Borja. *El Madrid burgués. El Ensanche Este de la capital*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2014.

Carballo Barral, Borja, Pallol Trigueros, Rubén y Vicente Albarrán, Fernando. “Jornaleros, criadas y funcionarios: el perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900”. *IX Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, sesión 24. Azores, 2010.

Carballo Barral, Borja, Pallol Trigueros, Rubén y Vicente Albarrán, Fernando. *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid: Editorial Complutense, 2008.

Carballo Barral, Borja, Pallol Trigueros, Rubén y Vicente Albarrán, Fernando “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid”, en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen (eds.). *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008.

Carballo Barral, Borja, Pallol Trigueros, Rubén, San Andrés Corral, Javier y Vicente Albarrán, Fernando. “Al calor del moderno Madrid: la capital y su hinterland, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)”. Nicolás, Encarna y González, Carmen (eds.). *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Murcia: Universidad de Murcia, 2008.

Carreras, Albert y Tafunell, Xavier. *Historia económica de la España contemporánea*. Barcelona: Crítica, 2005.

Castells Arteché, Luis. “La Bella Easo: 1864-1936”. Artola, Miguel. *Historia de Donostia, San Sebastián*. San Sebastián: Nerea, 2000.

Castillo, Santiago y Alonso, Luis Enrique. *Proletarios de cuello blanco: la Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*. Madrid: UGT, 1994.

Castillo, Santiago y Oliver, Pedro. *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados. Comunicaciones al V Congreso de Historia Social*, Madrid: Siglo XXI, 2006.

Castillo, Santiago. "El socialismo madrileño hace un siglo: Un anhelo de reforma". *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura* 169.666 (2001): 411-430.

Castillo, Santiago. "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores". *Estudios de historia social* 26-27 (1983): 19-255.

Castillo, Santiago. "Organización y acción política del PSOE hasta 1900". Juliá, Santos (coord.). *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 1986, pp. 9-33.

Castillo, Santiago. *Historia de la UGT*. Madrid: Siglo XXI, 2008.

Castillo, Santiago. "Historia del Socialismo español, Tomo I (1870-1909)". Tuñón de Lara, Manuel (dir.). *Historia del socialismo español*. Barcelona: Conjunto, 1989.

Cayón García, Francisco. *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresa hidroeléctricas españolas: Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*. Madrid: Fundación Empresa Pública, 2007.

Cobo Cobo, Josefa y Puerto Sarmiento, Francisco Javier. "El Laboratorio Municipal de Madrid en el último tercio del siglo XIX". *Dynamis: Acta Hispanica ad Medicinæ Scientiarumque. Historiam Illustrandam* 3 (1983): 149-172.

Colgrove, James. "The power of persuasion: Diphtheria immunization, advertising, and the rise of health education". *Public Health Reports* 119.5 (2004): 506-509.

Collard, Patrick J. *The Development of Microbiology*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976.

Corsini, Carlo A. y Viazzo, Pier Paolo (eds.). *The Decline of Infant and Child Mortality: The European Experience, 1750-1990*. La Haya: Martinus Nijhoff Publishers, 1997.

Crossick, Geoffrey y Jaumain, Serge. *Cathedrals of Consumption. The European Department Store, 1850-1939*. Aldershot: Ashgate, 1999.

Cruz, Jesús. *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*. Madrid: Alianza, 2000.

Cuevas de la Cruz, Matilde. *Las mujeres prostitutas en el Madrid del siglo XIX. Control, espacios y formas de vida*. Tesis Doctoral. Madrid: UNED, 2005.

Daniel, Thomas M. *Captain of Death: The Story of Tuberculosis*. Rochester: University of Rochester Press, 1997.

Dawley, Alan. *Class and community: The industrial revolution in Lynn*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1976

De Madariaga, Salvador. *España. Ensayo de historia contemporánea*. Madrid: Espasa Calpe, 1979.

De Terán, Manuel. “Dos calles madrileñas: las de Alcalá y Toledo”. *Estudios Geográficos* 84-85 (1961): 375-476.

De Terán, Manuel. “El desarrollo espacial de Madrid a partir de 1868”. *Estudios Geográficos* 32 (1961).

De Vries, Jan. *European urbanization, 1500-1984*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1984.

Del Moral Ruiz, Carmen. *El Madrid de Baroja*. Madrid: Sílex, 2001.

Del Moral Ruiz, Carmen. *La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja*. Madrid: Turner, 1974.

Del Moral Ruiz, Carmen. “La mitificación de Madrid en el género chico”. *Revista de Occidente* 128 (1992): 69-82.

Del Moral Ruiz, Carmen. “Ocio y esparcimiento en Madrid hacia 1900”. *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura* 169.666 (2001): 495-518.

Del Moral Ruiz, Carmen. *El género chico: ocio y teatro en Madrid (1880-1910)*. Madrid: Alianza Editorial, 2004.

Del Moral Vargas, Marta. *Acción colectiva femenina en Madrid, (1909-1931)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2009.

Delaporte, François. *Disease and Civilization: The Cholera in Paris, 1832*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 1989.

Dennis, Richard. *Cities in Modernity. Representations and productions of Metropolitan space, 1840- 1930*. Cambridge: Cambridge University Press, 2008.

Díaz Sánchez, Pilar. “Del taller de costura a la fábrica. El trabajo de las mujeres en la confección-textil madrileña”. *Cuadernos de historia contemporánea* 21 (1999): 279-294.

Diéguez Patao, Sofía. *La generación del 25. Primera arquitectura moderna en Madrid*. Madrid: Cátedra, 1997

Díez de Baldeón García, Clementina. *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1986.

Dormandy, Thomas. *The white death: A history of tuberculosis*, Londres: Hambledon Press, 1999.

Dubos, René y Dubos, Jean. *The White Plague: Tuberculosis, Man, and Society*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1987.

Dwork, Deborah. *War is Good for Babies and Other Young Children: A History of the Infant and Child Welfare Movement in England, 1898-1918*. Londres: Tavistock, 1987.

Dyos, Harold J. *Victorian suburb: a study of the growth of Camberwell*. Leicester: Leicester University Press, 1961.

Eahlam, Chris. *Class, culture and conflict in Barcelona, 1898-1937*. Londres: Routledge-Cañada Blanch Centre on Contemporary Spain, 2005.

Earle, Peter. *The Making of the English Middle Class. Business, Society and Family Life in London, 1660-1730*. Berkeley, CA: University of California Press, 1989.

Elorza Domínguez, Antonio. "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)". *Estudios de Historia Social* 18-19 (1981): 229-261.

Esherick, Joseph W. (ed.) *Remaking the Chinese City: Modernity and National Identity, 1900-1950*. Honolulu: University of Hawaii Press, 2000

Espadas Burgos, Manuel. "El hambre de 1812 en Madrid". *Hispania* 110 (1968): 594-623.

Espadas Burgos, Manuel. "Evolución política de Madrid en el siglo XIX". Fernández García, Antonio (dir.). *Historia de Madrid*. Madrid: Editorial Complutense, 1993.

Espadas Burgos, Manuel. *Madrid, de la revolución a la restauración (1868-1874)*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid e Instituto de Estudios Madrileños del CSIC, 1981.

Espín Templado, María Pilar. *El teatro por horas en Madrid (1870-1910)*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1995.

Espinosa de Romero, Jesús y González Reglero, Juan José (coords.). *1851. La creación del Canal de Isabel II*. 2 vols. Madrid: Fundación del Canal Isabel II, 2001.

Esteban, José. *El Madrid de la República*. Madrid: Gredos, 1982.

Esteban de Vega, Mariano, Redero San Román, Mariano y González Gómez, Santiago. *Salamanca, 1900-1936: La transformación limitada de una ciudad*. Salamanca: Diputación de Salamanca, 1992

Evans, Richard J. "Epidemics and Revolutions: Cholera in Nineteenth-century Europe". *Past and Present* 120 (1988).

Fenner, Frank *et al.* *Smallpox and its eradication*. Ginebra: World Health Organization, 1988.

Fernández de Sevilla, Miguel. *La Ciudad Universitaria de Madrid, ochenta años de su historia (1927-2007)*. Madrid: Edisofer, 2008.

Fernández García, Antonio (dir.). *Historia de Madrid*. Madrid: Editorial Complutense, 1993.

Fernández García, Antonio. “El estreno del sufragio universal en Madrid (1869)”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* n.º extraordinario (2003): 71-83.

Fernández García, Antonio. “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico”. Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*. 2 vols. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 1, pp. 29-76.

Fernández García, Antonio. “Modelo demográfico y problemas sanitarios”. *Arbor* 169.666 (2001): 323-342.

Fernández García, Antonio. “Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)”. *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales: actas de los IV Coloquios de Historia*. Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987, pp.163-180.

Fernández García, Antonio. “Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)”. VV.AA: *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales: actas de los IV Coloquios de Historia*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1987, pp. 163-180.

Fernández García, Antonio. “Hambrunas y epidemias, herencia del Antiguo Régimen”. *Actas del Congreso Los 98 ibéricos y el mar. Tomo IV: La sociedad y la economía en la Península Ibérica*. Lisboa: Sociedad Estatal, 1998, pp. 163-189.

Fernández García, Antonio. “El hambre en Madrid durante la ocupación francesa (1811-1812)”. Maza Zorrilla, Elena y Marcos del Olmo, María de la Concepción. *Estudios de historia: homenaje al profesor Jesús María Palomares*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2006, pp. 321-338.

Fernández García, Antonio. *Epidemias y sociedad en Madrid*. Barcelona: Vicens Vives, 1985.

Fernández García, Antonio. “Modelo demográfico y problemas sanitarios”. *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura* 169 (666) (2001): 323-342.

Fernández Sanz, Juan José. *El cólera de 1885 en España*. Madrid: UCM, 1989.

Fernández Talaya, María Teresa. *Del barrio de Argüelles al Manzanares*. Madrid: Amberley, 2009.

Fildes, Valerie A. *Wet nursing: a history from antiquity to the present*. Londres: Basil Blackwell, 1988.

Foege, William H. *House on Fire: The Fight to Eradicate Smallpox*. Berkeley: University of California Press, 2011.

Folguera Crespo, Pilar. *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*. Madrid: CAM, 1987.

Galiana Martín, Luis. "La compañía Urbanizadora Metropolitana. Su labor en el Madrid de preguerra". *Ciudad y Territorio* 71 (1987): 43-54.

Galiana Sánchez, María Eugenia y Bernabeu Mestre, Josep. "Género y desarrollo profesional: las enfermeras de salud pública en la España del periodo de entreguerras, 1925-1939". *Feminismo/s* 18 (2011): 225-248.

Gallardo Romero, Juan José y Oyón, José Luis. *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*. Barcelona: Carena, 2005

García Aser, Rosario. "Algunas notas sobre el caserío de la plaza Mayor y la actividad de sus moradores". *Estudios Geográficos*, 22.84 (1961): 615-621.

García Barrancho, Alfonso. *Las migraciones interiores españolas*. Madrid: Instituto de Desarrollo Económico, 1967.

García Delgado, José Luis (coord.). *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. Madrid: Siglo XXI, 1992.

García Delgado, José Luis, Sánchez Jiménez, José y Tuñón de Lara, Manuel (eds.). *Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)*. Jover Zamora, José María (dir.). *Historia de España de Menéndez Pidal*. Madrid: Espasa Calpe, 1984, Tomo XXXVII.

García Delgado, José Luis. "Factores impulsores de la industrialización de Madrid". Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración: 1876-1931*. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, 1989, pp. 329-335.

García Delgado, José Luis. "La economía de Madrid en el marco de la industrialización española". Nadal oller, Jordi y Carreras i Odriozola, Albert. *Pautas regionales de la industrialización española: (siglos XIX-XX)*. Barcelona: Ariel, 1990, pp. 219-258.

García Delgado, José Luis. "Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna". García Delgado, José Luis (coord.). *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares. VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España*. Madrid: Siglo XXI, 1992, pp. 405-414.

García Ruiz, José Luis (ed.). *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*. Madrid: Síntesis, 2003.

García Ruiz, José Luis y Tortella Casares, Gabriel. "Trayectorias divergentes, paralelas y convergentes: la historia del Banco Hispano Americano y del Banco Central, 1901-1965". García Ruiz, José Luis y Hernández Andreu, Juan (coords.). *Lecturas de historia empresarial*. Madrid: Civitas, 1994, pp. 401-427.

Gauldie, Enid. *Cruel Habitations: a history of working-class housing 1780-1918*. Londres: Allen & Unwin, 1974.

Gea Ortigas, María Isabel. *Los viajes de agua de Madrid*. Madrid: La Librería, 2001.

Gómez Bravo, Gutmaro. “La movilidad sin industria. El crecimiento de Madrid y su provincia en la transición demográfica (1868-1939)”. Gómez-Ferrer Morant, Guadalupe y Sánchez, Raquel (eds.). *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.

Gómez Porro, Francisco. *La conquista de Madrid: paletos, provincianos e inmigrantes*. Madrid: Sílex, 2000.

Gómez Redondo, Rosa María. “El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970”. *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas* 32 (1985): 101-140.

Gómez-Ferrer Morant, Guadalupe. “La educación de las mujeres en la novela de la Restauración”. *Scriptura* 12 (1996): 51-76.

Gómez-Ferrer Morant, Guadalupe. “La vida privada”. Fernández García, Antonio (coord.). *Los fundamentos de la España Liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida. Historia de España de Menéndez Pidal*. Madrid: Espasa, 1997, Tomo XXXIII, pp. 635-659.

Gómez-Ferrer Morant, Guadalupe. “Las limitaciones del liberalismo en España: El ángel del hogar”. Bernal, Antonio Miguel. *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*. Madrid: Alianza, 1994, vol. 3, pp. 515-532.

Gómez Redondo, Rosa. *La mortalidad infantil española en el siglo XX*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas - Siglo XXI, 1992.

González Palacios, Daniel. “La estructura socioeconómica del casco antiguo de Madrid a finales del siglo XIX, el caso del barrio de Corredera”. Nicolás, Encarna y González, Carmen. *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Murcia: Universidad de Murcia, 2008.

González Portilla, Manuel. *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*. Bilbao: Fundación BBVA, 1995.

González Portilla, Manuel (dir.). *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*. 2 vols. Bilbao: Fundación BBVA, 2001;

González Yanci, María Pilar. *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1977.

González Yanci, María Pilar. “El impacto del ferrocarril en la configuración urbana de Madrid. 150 años de historia del ferrocarril”. Francisco Cayón García, Francisco Javier Vidal Olivares y Miguel Muñoz Rubio (coords.). *Ferrocarril y ciudad: una perspectiva internacional*. Madrid: Fundación de los ferrocarriles españoles, 2002, pp. 133-155.

Griful, Eulàlia, Maldonado, José y Oyón, José Luis. *Barcelona 1930: un atlas social*. Barcelona: Edicions UPC, 2001.

Guereña, Jean-Louis y Tiana Ferrer, Alejandro. “Lecturas en medios de populares: del discurso a las prácticas”. *Historia de la educación: Revista interuniversitaria* 20 (2001): 25-39.

Gutiérrez Gómez, Diego. *Aquellos tranvías de Madrid*. Madrid: La librería, 2001.

Hall, Thomas. *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*. Londres: Taylor and Francis E-Library, 2005.

Hammonds, Evelyn M. *Childhood's Deadly Scourge: The Campaign to Control Diphtheria in New York City, 1880–1930*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1999.

Handlin, Oscar, Burchard, John E. *The Historian and the City*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1963.

Hardy, Anne. *The Epidemic Streets: Infectious Disease and the Rise of Preventive Medicine, 1856–1900*. Oxford: Clarendon Press, 1993.

Harvey, David. *Paris, Capital of Modernity*. Nueva York: Routledge, 2003.

Hayden, Dolores. *The Grand Domestic Revolution: A History of Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods, and Cities*. Cambridge, Mass: The MIT Press, 1981.

Hobsbawm, Eric. “The nineteenth century London Labour Market”. VV. AA. *London. Aspects of change*. Londres: MacGibbon and Kee Limited, Centre for Urban Studies, 1964.

Hohenberg, Paul M. y Lees, Lynn H. *The Making of Urban Europe, 1000-1950*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1985.

Howard-Jones, Norman. “Robert Koch and the Cholera Vibrio: A Centenary”. *British Medical Journal* 288 (1984): 379-381.

Huertas García-Alejo, Rafael. “Vivir y morir en Madrid. La vivienda como factor determinante del estado de salud de la población madrileña (1874-1923)”. *Asclepio* 54.2 (2002): 253-276.

Humphries, Jane y Sarasúa, Carmen. “Off the Record: Reconstructing Women's labor force participation in the European Past”. *Feminist Economics* 18.4 (octubre, 2012): pp. 39-67.

Jiménez Blasco, Beatriz Cristina. “La renovación urbana en el distrito de Chamberí”. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* 2 (1982): 193-205.

Jover, José María. "Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo". Fusi, Juan Pablo y Niño, Antonio (eds.). *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.

Juliá Díaz, Santos, Ringrose, David y Segura, Cristina. *Madrid, historia de una Capital*. Madrid: Alianza, 1994.

Juliá Díaz, Santos. "En los orígenes del gran Madrid". García Delgado, José Luis (coord.). *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares. VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España*. Madrid: Siglo XXI, 1992, pp. 415-432.

Juliá Díaz, Santos. *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*. Madrid: Siglo XXI, 1984.

Juliá Díaz, Santos. "Fracaso de una insurrección y derrota de una huelga: los hechos de octubre en Madrid". *Estudios de Historia Social* 31 (1984): 37-47.

Juliá Díaz, Santos. "Luchas obreras y políticas del Frente Popular en Madrid, 1931-1936". *Estudios de Historia Social* 16-17 (1981): 131-142.

Juliá Díaz, Santos. "¿Feudo de la UGT o capital confederal? La última huelga de la construcción en el Madrid de la República". *Historia Contemporánea* 6 (1991): 207-220.

Klaus, Alisa. *Every Child a Lion: The Origins of Maternal and Infant Health Policy in the United States and France, 1890-1920*. Ithaca: Cornell University Press 1993.

Krause, Marianne. "La beneficencia pública en Madrid en el cambio de siglo". Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, pp. 175-188.

Laslett, Peter. *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*. Madrid: Alianza, 1987.

Leralta, Javier. *Historia del Taxi de Madrid*. Madrid: Sílex, 2003.

Lewis, Jane. *The Politics of motherhood. Child and maternal welfare in England, 1900-1930*. Londres: Croom Helm, 1980.

López Bustos, Carlos. *Tranvías de Madrid*. Arganda del Rey: EDIMAT, 1998.

López Gómez, Antonio. *Los transportes urbanos de Madrid*. Madrid: Instituto Juan Sebastián Elcano, 1983.

López Lucio, Ramón. "Núñez Granés y la urbanización del Extrarradio en el primer tercio del siglo XX". *Gestión urbanística europea, 1920-1940*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, Área de Urbanismo e Infraestructuras, 1986.

Madrazo Madrazo, Santos y Fran Rosales, Esperanza. "El transporte por carretera, siglo XVII-XX". *Transportes, Servicios y telecomunicaciones* 1 (2001): 31-53.

Madrazo Madrazo, Santos. *El sistema de comunicaciones en España, 1750-1850*. Madrid: Turner, 1984.

Madrazo Madrazo, Santos. *La edad de oro de las diligencias: Madrid y el tráfico de viajeros en España antes del ferrocarril*. Madrid: Nerea, 1991.

Magner, Lois N. *A History of the Life Sciences*. Nueva York: Marcel Dekker, 2002.

Malcolmson, Patricia E. *English Laundresses, 1850-1930. A Social History*. Illinois: University of Illinois Press, 1986.

Marks, Lara V. *Metropolitan Maternity: Maternal and Infant Welfare Services in Early Twentieth Century London*. Amsterdam: Rodopi, 1996.

Martínez, Alberto. "La electrificación del transporte urbano y su impacto en la economía española, 1896-1935". *Segundo Congreso Latinoamericano de Historia Económica y Cuarto Congreso Internacional de la Asociación Mexicana de Historia Económica, Simposio nº 9. Transportes y servicios públicos en América Latina. Estado, empresas y empresarios, siglos XIX y XX*. México D.F., 2010.

Martínez López, Alberto. "Las empresas de tranvías en Madrid, el control extranjero a la municipalización, 1871-1948". Matilla Quiza, María Jesús, Polo Muriel, Francisco y Benegas Capote, Manuel. *Ferrocarril y Madrid: historia de un progreso*. Madrid: Ministerio de Fomento, 2002, pp. 149-179.

Martínez Martín, Jesús A. "La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid durante el trienio constitucional". *Desamortización y Hacienda Pública*. 2 vols. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1986, vol. 2 pp. 357-376.

Martínez Martín, Jesús A. *La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid, 1820-1823*. Memoria de Licenciatura. Madrid: UCM, 1981.

Martínez Martín, Jesús A. *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: CSIC, 1991.

Martínez Martín, Jesús A. "Madrid, de Villa a Metrópoli. Las transformaciones del siglo XX". *Cuadernos de historia contemporánea* 22 (2000): 225-252.

Martínez Martín, Jesús A. *Historia de la edición en España, 1836-1936*. Madrid: Marcial Pons, 2001.

Martínez Vázquez de Parga, Rosario. "Historia del Canal". *Revista de Obras Públicas* 3414 (2001): 17-28.

Mas Hernández, Rafael. "La actividad inmobiliaria del marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)". *Ciudad y Territorio* 3 (1978): 47-70.

- Mas Hernández, Rafael. *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.
- Matilla Quiza, María Jesús, Polo Muriel, Francisco y Benegas Capote, Manuel. *Ferrocarril y Madrid: historia de un progreso*. Madrid: Ministerio de Fomento, 2002.
- Maure Rubio, Miguel Ángel. *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*. Madrid: COAM, 1991
- Meckel, Richard A. *Save the babies. American public health reform and the prevention of infant mortality 1850-1929*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1990.
- McKeown, Thomas. *The modern rise of population*. Londres: Edward Arnold, 1976.
- Megías Fernández, Jacinto y Marañón, Gregorio. *Los fundamentos de la inmunización activa contra la difteria. Discurso leído el día 21 de febrero de 1951*. Madrid: I.G., 1951, pp. 89-90.
- Membrez, Nancy J. "The Bureaucratization of the Madrid Theater: Government Censorship, Curfews and Taxation (1868-1925)". *Anales de la literatura española contemporánea* vol. 17, n.º 1-3 (1992): 99-123.
- Mendiola Gonzálo, Fernando. *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2002.
- Molero-Mesa, Jorge (Comp.). *Estudios médico-sociales sobre la tuberculosis en la España de la Restauración*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo, 1987.
- Molero-Mesa, Jorge. "La tuberculosis como enfermedad social en los estudios epidemiológicos españoles anteriores a la guerra civil". *Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam* 9 (1989): 185-223.
- Molero-Mesa, Jorge: "«¡Dinero para la Cruz de la vida!». Tuberculosis, beneficencia y clase obrera en el Madrid de la Restauración". *Historia social* 39 (2001): 31-48.
- Montoliú Camps, Pedro. *Madrid 1900*. Madrid: Silex, 1994.
- Montoya, María Ángeles y Fernández, Juan Carlos. *La condición obrera hace un siglo: los trabajadores madrileños y la Comisión de Reformas Sociales*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1991.
- Moral Roncal, Antonio. "Los comienzos de la vacunación en Madrid, 1875-1903". *Torre de los Lujanes* 19 (1992): 92-104.
- Morange, Claude. "De «manola» a obrera (La revuelta de las cigarreras de Madrid en 1830. Notas sobre un conflicto de trabajo)". *Estudios de Historia Social* 50-51 (1989): 307-321.

Moya, Aurora. *Metro de Madrid: 1919-1989. Setenta años de historia*. Madrid: Metro de Madrid, 1990.

Mumford, Lewis. *The city in history: Its Origins, Its Transformations, and Its Prospects*. Nueva York: Harcourt, Brace and World, Inc., 1966.

Muñoz López, Pilar. *Sangre, amor e interés: la familia en la España de la Restauración*. Madrid: Marcial Pons, 2001.

Nash, Mary. *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*. Barcelona: Anthropos Editorial, 1983.

Navascués Palacio, Pedro, Alonso Pereira, José Ramón y Alonso, Ángel. *La Gran Vía: noventa años de la historia de Madrid*. Madrid: Consejería de Justicia y Administraciones Públicas, 2001.

Navascués Palacio, Pedro. *La Gran Vía: escenario de un Madrid cosmopolita*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2002.

Navascués Palacio, Pedro. "Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)". Fernández García, Antonio (dir.). *Historia de Madrid*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007, pp. 399-437.

Navascués Palacio, Pedro. "Proyectos del siglo XIX para la reforma urbana de la Puerta del Sol". *Villa de Madrid* 25 (1968): 64-81.

Nelson, Claudia. *Invisible Men: Fatherhood in Victorian Periodicals, 1850-1910*. Athens, GA: University of Georgia Press, 1995.

Nielfa Cristobal, Gloria. "El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931". *Mélanges de la Casa de Velázquez* 22 (1986): 373-400.

Nielfa Cristobal, Gloria. "Evolución comercial de la Gran Vía. I. De Alcalá a la Red de San Luis". *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno IV. A ambos lados de la Gran Vía*. Madrid: Cámara de Comercio e Industria, 1984.

Nielfa Cristobal, Gloria. "La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX". *Cuadernos de historia moderna y contemporánea* 4 (1983): 117-138.

Nielfa Cristobal, Gloria. "La economía de Madrid. desde la crisis colonial al final de la guerra civil". Fernández García, Antonio. *Historia de Madrid*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 2007, pp. 661-675.

Nielfa Cristobal, Gloria. "Las dependientas de comercio. Un ejemplo peculiar de trabajo "femenino" en Madrid, en el primer tercio del siglo XIX". *La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX). Actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Madrid: Universidad Autónoma, 1990, pp. 159-176.

- Nielfa Cristobal, Gloria. "Las estructuras comerciales en Madrid, 1900-1931: el minifundismo comercial". Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*. 2 vols. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, vol. 1, 1989, pp. 429-458.
- Nielfa Cristobal, Gloria. "Las relaciones de género: Imágenes y realidad social". *Arbor* 169.666 (2001): 431-460.
- Nielfa Cristobal, Gloria. "Mercado y organización del trabajo en el comercio 1893-1931". *Estudios de historia social* 30 (1984): 137-148.
- Nielfa Cristobal, Gloria. *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.
- Nielfa Cristobal, Gloria. "La economía de Madrid: desde la crisis colonial hasta el final de la guerra civil". Fernández García, Antonio (dir.). *Historia de Madrid*. Madrid: UCM, 2007, pp. 661-675.
- Nieto Sánchez, José A. *Historia del Rastro. Los orígenes del mercado popular de Madrid, 1740-1905*. Madrid: Vision, 2004.
- Nieto Sánchez, José A. *Historia Del Rastro II. La Forja de Un Símbolo de Madrid, 1905-1936*. Madrid: Vision, 2009.
- Nieto Sánchez, José A. "Nebulosas industriales y capital mercantil urbano: Castilla la Nueva y Madrid, 1750-1850". *Sociología del trabajo* 39 (2000): 85-110.
- Nieto Sánchez, José A. *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*. Madrid: Fundamentos, 2006.
- Núñez Orgaz, Adela. "Las modistillas de Madrid, tradición y realidad: 1884-1920". Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*. 2 vols. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 2, pp. 435-450.
- Núñez Pérez, Gloria. *Madrid 1931: mujeres entre la permanencia y el cambio*. Madrid: Horas y Horas, 1993.
- Núñez Pérez, Gloria. *Trabajadoras en la segunda república: un estudio sobre la actividad económica extradoméstica (1931-1936)*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989.
- Oedingen, Christina, y Joseph W. Staerk. "First Cure for Diphtheria by Antitoxin as Early as 1891". *Annals of Science* 54.6 (1997): 607-610.
- Olmo Ibáñez, Vicente. "El sistema de accesos a Madrid". *Topónimos* tomo I, n.º 93 (1945): 70-73.

Otero Carvajal, Luis Enrique, Pallol Trigueros, Rubén, Vicente Albarrán, Fernando, Carballo barral, Borja y Rodríguez Martín, Nuria. “Una ciudad de empleados: el nuevo perfil profesional de la población madrileña de 1930”. *IX Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, sesión 24. Azores, 2010.

Otero Carvajal, Luis Enrique, Carmona pascual, Pablo y Gómez Bravo, Gutmaro. *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Alcalá de Henares: Fundación Colegio del Rey, 2003.

Otero Carvajal, Luis Enrique. “Ciencia y cultura en Madrid, siglo XX. Edad de plata, tiempo de silencio y mercado cultural”. Fernández garcía, Antonio (dir.). *Historia de Madrid*. Madrid: UCM, 2007, pp. 693-733.

Otero Carvajal, Luis Enrique. “La reducción de escala y la narratividad histórica”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* nº extraordinario (2007): 245-264.

Otero Carvajal, Luis Enrique. “El telégrafo en el sistema de comunicaciones español, 1800-1900”. VV.AA. *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*. Madrid: Alianza, 1994, vol. 2, pp. 587-598.

Otero Carvajal, Luis Enrique. “Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1800-2000”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 29 (2007): 119-152.

Otero Carvajal, Luis Enrique. “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939”. *España entre repúblicas 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*. Guadalajara: ANABAD, Vol. 1, 2007, pp. 27-80.

Otero Carvajal, Luis Enrique. “Ocio y deporte en el nacimiento de la sociedad de masas: la socialización del deporte como práctica y espectáculo en la España del primer tercio del siglo XX”. *Cuadernos de historia contemporánea* 25 (2003): 169-198.

Otero Carvajal, Luis Enrique. “Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración”. Gómez-Ferrer, Guadalupe y Sánchez, Raquel (eds.). *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007, pp. 79-118.

Oyón, José Luis. *La quiebra de la ciudad popular*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2008.

Pallol Trigueros, Rubén. “Obreras y empleadas de los servicios en el Madrid del primer tercio del siglo XX. Inserción laboral, estrategias familiares y margen de autonomía de las mujeres en la moderna economía industrial”. Comunicación presentada al *X Congreso de la ADEH*, celebrado en Albacete el 18-21 de junio de 2013.

Pallol Trigueros, Rubén. “Un hogar abierto: familias inmigrantes en el crecimiento de Madrid a través de un caso de estudio, Chamberí 1860-1905”. Levi, Giovanni y Rodríguez Pérez, Raimundo A. *Familias, jerarquización y movilidad social*. Murcia: Universidad de Murcia, 2010.

Pallol Trigueros, Rubén. *El Ensanche Norte. Chamberí, 1860-1931. Un Madrid moderno*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2015

Pallol Trigueros, Rubén. “Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 24 (2004): 77-98.

Pallol Trigueros, Rubén. “Ciudad e identidad en el siglo XIX. El proceso de urbanización como proceso de fondo en la creación de nuevas identidades: jornaleros e inmigrantes en el Ensanche Norte de Madrid”. Presentado al *Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Santiago de Compostela, septiembre de 2004.

Pallol Trigueros, Rubén. “De gentes de arrabal a madrileños de centro: el distrito de Chamberí 1860-1930”. Presentado al *VIII Congreso de la ADEH*, sesión 19ª. Mahón, junio de 2007.

Pallol Trigueros, Rubén. “De la caridad entre vecinos a la asistencia social de las masas urbanas: Avance y límites de la modernización del sistema benéfico madrileño, 1850-1910”. *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*. Madrid: UCM, 2006.

Pallol Trigueros, Rubén. “La ciudad frente a la pobreza: la acción social del municipio madrileño a través de las juntas parroquiales en 1860”. Carantoña Álvarez, Francisco y Aguado Cabezas, Elena (eds.). *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008, pp. 509-521.

Pallol Trigueros, Rubén. “Marginación, pobreza y delincuencia en el Madrid de la segunda mitad del XIX: una aproximación microhistórica”. Castillo, Santiago y Oliver, Pedro. *Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados*. Madrid: Siglo XXI, 2006.

Pallol Trigueros, Rubén. “Mujeres, familia y trabajo en el Madrid de la segunda mitad del XIX”. Presentado al *XIII Coloquio Internacional de la AEIHM: La Historia de las mujeres: perspectivas actuales*. Barcelona: Facultat de Geografia i Història, Universitat de Barcelona, 2006.

Pallol Trigueros, Rubén. “Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el Chamberí de 1905”. Rivera, Antonio, Ortiz de Ortuño, José María y Ugarte, Javier (eds.). *Movimientos sociales en la España Contemporánea*. Madrid: UPV-Instituto Universitario de Historia Social “Valentín de Foronda”, 2008.

Pallol Trigueros, Rubén, Vicente Albarrán, Fernando, y Carballo Barral, Borja: “La historiografía del Madrid contemporáneo (1850-1936) en las últimas tres décadas”.

Delgado, Carmen, Sazatornil, Luis, y Rueda, Germán (eds.). *Historiografía sobre tipos y características históricas, artísticas y geográficas de las ciudades y pueblos de España*. Santander: Ediciones TGD, 2009.

Parla-verdades. *Madrid al daguerotipo. Colección de cuadros políticos, morales, literarios y filosóficos*. Madrid: Congreso de los Diputados, 2010.

Penela Rodríguez, José Ramón y García Moreno, Dimas. “Fundición tipográfica Richard Gans. Historia y Actividad, 1881-1975”. Presentado al *Primer Congreso de Tipografía*. Valencia, 2004.

Peixoto-Mehrtens, Cristina. *Urban Space and National Identity in Early Twentieth Century São Paulo, Brazil: Crafting Modernity*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010

Pérez Bustos, Carlos. *Tranvías de Madrid*. Madrid: Aldaba, 1993.

Pérez-Fuentes Hernández, Pilar. *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*. Bilbao: UPV-EHU, 1993.

Pérez-Fuentes Hernández, Pilar: “El trabajo de las mujeres: una mirada desde la historia”. *Lan Harremanak: Revista de Relaciones Laborales* 2 (2000): 185-210.

Pérez-Fuentes Hernández, Pilar. *Ganadores de pan y amas de casa: otra mirada sobre la industrialización vasca*. Bilbao: UPV, 2003.

Pérez Garzón, Juan Sisinio y Espadas Burgos, Manuel. *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño: 1808-1874*. Madrid: CSIC, 1978.

Pérez Ledesma, Manuel. “La Comisión de Reformas Sociales y la cuestión social durante la Restauración”. VV.AA.: *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social*. Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes, 1986, pp. 155-166.

Pérez Moreda, Vicente. *Las crisis de mortalidad en la España interior. Siglos XVI-XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1980.

Pérez Moreda, Vicente, Ramiro Fariñas, Duego y Sanz Gimeno, Alberto. “Dying in the city: urban mortality in Spain in the middle of the health transition: 1900-1931”. Sonnino, Eugenio (ed.). *Living in the city (14th-20th centuries)*. Roma: Casa Editrice Università degli Studi di Roma La Sapienza, 2004, pp. 617-654.

Pérez Moreda, Vicente “La modernización demográfica, 1800-1930: sus limitaciones y cronología”. Sánchez Albornoz, Nicolás (coord.). *La modernización económica de España 1830-1930*. Madrid: Alianza, 1985, pp. 25-62.

Pérez Roldán, María del Carmen. *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1998.

Pérez Yuste, Antonio. “La creación de la Compañía Telefónica Nacional de España en la dictadura de Primo de Rivera”. *Cuadernos de historia contemporánea* 29 (2007): 95-117.

Perkin, Harold J. *The rise of professional society. England since 1880*. Londres: Routledge, 1989.

Pinol, Jean-Luc y Walter, François. *Historia de la Europa Urbana IV. La ciudad contemporánea hasta la Segunda Guerra Mundial*. Valencia: Publicacions Universitat de Valencia, 2011.

Pinto Crespo, Virgilio (dir.). *Madrid: Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 2001.

Piñeiro blanco, Joaquín. “El teatro de ópera como centro de articulación social y cultural en España durante el siglo XIX: Madrid y Barcelona”. Nicolás, Encarna y González, Carmen (eds.). *Ayer en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Murcia: Universidad de Murcia, 2008.

Piqueras, José Antonio. “Un país de caciques: Restauración y caciquismo entre naranjos”. *Historia social* 39 (2001), pp. 3-30.

Porras Gallo, María Isabel. “Un acercamiento a la Situación higiénico-sanitaria de los distritos de Madrid en el tránsito del siglo XIX al siglo XX”. *Asclepio: Revista de historia de la medicina y de la ciencia* vol. 54, fasc. 1 (2002): 219-251.

Porras Gallo, María Isabel. “El Laboratorio Municipal de Madrid y la epidemia de gripe de 1918-1919”. *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 37 (1997): 585-591.

Porras Gallo, María Isabel. “La diferente mortalidad por distritos durante la epidemia de gripe de 1918-19 en Madrid”. Carrillo, Juan L. y Olagüe Ros, Guillermo (eds.). *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Historia de la Medicina*. Sevilla: Sociedad Española de Historia de la Medicina, 1994, pp. 753-782.

Pozo Rivera, Enrique. “El crecimiento urbano en el inicio de la carretera de Extremadura: El barrio de la Puerta del Ángel”. *Anales de geografía de la Universidad Complutense* 3 (1983): 197-214.

Prado Higuera, Cristina del. *El todo Madrid: la corte, la nobleza y sus espacios de sociabilidad en el siglo XIX*. Tesis Doctoral: Universidad Complutense de Madrid, 1995.

Prados de la Escosura, Leandro. *El progreso económico de España (1850-2000)*. Bilbao: Fundación BBVA, 2003.

Rodger, Richard (ed.). *European Urban History. Prospect and Retrospect*. Leicester: Leicester University Press, 1993.

Presa González, Fernando y Matyjaszczyk Grenda, Agnieszka. *Madrid a los ojos de los viajeros polacos. Estampas literarias de la Villa y Corte (1850-1961)*. Madrid: Huerga & Fierro Editores, 2004.

Puentes González, William F. “Historia urbana de Bogotá: Avenida de Caracas. Un texto histórico, 1933-1948”. *Diálogos de saberes. Investigaciones y ciencias sociales* 23 (2005): 203-216.

Puerto, Francisco Javier y San Juan, Carlos. “La epidemia de cólera de 1834 en Madrid. Aspectos sanitarios y socioeconómicos”. *Estudios de Historia Social* 15 (1980): 9-61.

Quirós Linares, Francisco. “La construcción del centro urbano: política y especulación en la reforma de la Puerta del Sol (1853-1862)”. *Ería: Revista cuatrimestral de geografía* 4 (1983): 81-91.

Quirós Linares, Francisco. “Oficios y profesiones de los inmigrantes de Cangas de Narcea en Madrid antes de la Guerra Civil”, en *Archivum: Revista de la Facultad de Filología*, Tomo 21 (1971), pp. 5-11.

Quirós Linares, Francisco. “Colonias suburbanas en Madrid y Sevilla hacia 1860”, en *Ería: Revista cuatrimestral de geografía*, nº 36 (1995), pp. 54-62.

Ralle, Michael. “Cultura obrera y política socialista. Los primeros decenios del PSOE”. *Ayer*, 54 (2004): 49-70.

Ralle, Michael. “Las huelgas antes y después del 1º de mayo: los conflictos españoles entre 1886-1894: la irrupción de la fiesta del trabajo”. *Estudios de historia social* 54-55 (1991): 7-35.

Ralle, Michael. “Socialistas madrileños (De los orígenes de la agrupación a 1910)”. *Estudios de historia social* 22-23 (1982): 321-358.

Ralle, Michael. “Socialistas madrileños”. Elorza, Antonio y Ralle, Michel. *La formación del PSOE*. Barcelona: Crítica, 1989, pp. 244-298.

Reher, David S., Schofield, Roger S. y Bideau, Alain (eds.). *The decline of mortality in Europe*. Oxford: Clarendon Press, 1991.

Reher, David S. *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1900*. Madrid: Siglo XXI, 1988.

Reher, David S. *La familia en España, pasado y presente*. Madrid: Alianza, 1996.

Reher, David S., Pérez Moreda, Vicente y Bernabeu Mestre, Josep. “Mortalidad infantil y juvenil en Madrid, Castilla-La Mancha y país Valenciano: resultados provisionales de un proyecto de investigación”. Instituto de Demografía, CSIC, Documento de Trabajo n.º 13, 1994.

Reher, David S. “Desarrollo urbano y evolución de la población: España 1787-1930”. *Journal of Iberian and Latin American Economic History* 1 (1986): 39-66.

Reher, David S. “La importancia del análisis dinámico ante el análisis estático del hogar y la familia. Algunos ejemplos de la ciudad de Cuenca en el siglo XIX”. *Revista española de investigaciones sociológicas* 27 (1984): 107-136.

Reher, David S., González Quiñones, Fernando R. y Sanz Gimeno, Alberto. “Procesos de modernización y trayectorias de vida. Propuestas para el análisis sociodemográfico a partir de datos locales en España”. Presentado al VI Congreso de la Asociación de

Demografía Histórica (ADEH). Sesión Plenaria: Reconstrucción de familias, hogar y estrategias sociales. Castelo Branco (Portugal), 2001.

Revuelta Eugercios, Bárbara. *Los usos de la inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2011.

Revuelta Eugercios, Bárbara A. “Abandoned and illegitimate, a double mortality penalty? Mortality of illegitimate infants in the foundling hospital of Madrid, La Inclusa (1890–1935)”. *The History of the Family* 18.1 (2013): 44-67.

Ringrose, David: “La ciudad como Corte: planificación absolutista y crecimiento espontáneo”. Juliá Díaz, Santos, Ringrose, David y Segura, Cristina. *Madrid, historia de una capital*. Madrid: Alianza, 1994, pp. 155-177.

Ringrose, David. *Madrid y la economía española, 1560-1850: ciudad, corte y país en el antiguo régimen*. Madrid: Alianza, 1985.

Ríos Carratalá, Juan A. “Carlos Arniches y el Madrid castizo”. *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* 73 (1997): 99-113.

Rodger, Richard (ed.). *European Urban History. Prospect and Retrospect*. Leicester: Leicester University Press, 1993.

Rodríguez Chumillas, Isabel. *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2002.

Rodríguez Chumillas, Isabel. “Un desarrollo tardío del Ensanche Norte: el sector occidental del distrito de Chamberí”. *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 24 (1987): 499-513.

Rodríguez Guerrero, Carmen. *El Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid (1845-1877)*. Madrid: CSIC, 2010.

Rodríguez Martín, Nuria. *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015.

Rodríguez Martín, Nuria. “Ocio, consumo y publicidad: España 1898-1920”. Gómez-Ferrer Morant, Guadalupe (ed.). *Modernizar España 1898-1914. Congreso Internacional: Comunicaciones*. Madrid: Departamento de Historia Contemporánea, UCM, 2006.

Rodríguez-Ocaña, Esteban, Ortiz Gómez, Teresa y García-Duarte Ros, Olga. “Los Consultorios de lactantes y las Gotas de Leche en España”. *Jano* 663 (1985): 1066-1072.

Rodríguez Ocaña, Esteban. “El tratamiento de la difteria en la España de la segunda mitad del siglo diecinueve”. *Medicina e Historia* 54 (1994): 1-16.

Rodríguez-Ocaña, Esteban (ed.). *The Politics of the Healthy Life: An International Perspective*. Sheffield: EAHMH, 2002.

Roldán, Santiago, García Delgado, José Luis y Muñoz, Juan. *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*. 2 vols. Madrid: Confederación Española de Cajas de Ahorro, 1973.

Roldán, Santiago y García Delgado, José Luis. *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920*. 2 vols. Madrid: Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1973.

Rosenberg, Charles E. *The Cholera Years: The United States in 1832, 1849, and 1866*. Chicago: The University of Chicago Press, 1992 (ed. or. 1962).

Rosenberg, Charles E.: "Cholera in Nineteenth-century Europe: A Tool for Social and Economic Analysis". *Comparative Studies in Society and History* 8.4 (1966): 452-463.

Rueda Laffond, José Carlos. "Madrid en torno a 1898: información y gestión urbana (higienismo y reforma municipal)". *Historia y comunicación social* 3 (1998): 177-194

Rueda Laffond, José Carlos. "El tejido social y económico de Madrid a través del *Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas* de 1923". *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea* 3.1 (1990): 365-384.

Rueda Laffond, José Carlos. "Historia social, historia urbana. Aproximación a un modelo de trabajo: la modernización de Madrid en el contexto finisecular, (1890-1914)". *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne* 21 (1995): 95-112.

Rueda Laffond, José Carlos. "Antonio Maura. Las pautas inversionistas de un miembro de la elite política de la Restauración". *Historia Social* 11 (1992): 125-146.

Rueda Laffond, José Carlos. "Industrialización y empresas informativas en el Madrid del siglo XIX". *Historia y comunicación social* 4 (1999): 341-360.

Rueda Laffond, José Carlos. "Limitaciones municipales e intereses de reforma: el ejemplo de la Gran Vía madrileña (1901-1923)". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 33 (1993): 651-671.

Rueda Laffond, José Carlos. *Madrid, 1900: proyectos de reforma y debate sobre la ciudad, 1898-1914*. Madrid: UCM, 2001.

Rueda Laffond, José Carlos. "Una aproximación al mundo del dinero en el Madrid Isabelino: el Banco de Economías". *Hispania* 199 (1998): 607-623.

Ruíz de Azúa, Estíbaliz. "Madrid... atrae cohortes de hombres (Sobre los vascos en la capital en 1850)". *Cuadernos de Historia Contemporánea* n.º extraordinario (2007): 273-280.

Ruíz de Azúa, Estíbaliz. *Los vascos en Madrid a mediados del siglo XIX*. Madrid: Delegación en Corte, Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, 1995.

Ruiz Palomeque, María Eulalia. *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1976.

Ruiz Palomeque, María Eulalia. “Límites del barrio de Argüelles”. *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 9 (1973): 427-436.

Ruiz Palomeque, María Eulalia. “Desarrollo urbano de la zona Argüelles Chamberí”. VV.AA.: *Establecimientos tradicionales madrileños. 5. El Ensanche: Argüelles y Chamberí*. Madrid: Cámara de Comercio e Industria, 1985, pp. 29-52.

Ruiz Palomeque, María Eulalia. “El trazado de la Gran Vía como transformación de un paisaje urbano”. *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 14 (1977): 347-358.

Rioz, David y Babiano, José (eds.). *Los trabajadores de la construcción en el Madrid del siglo XX*. Madrid: Akal-Fundación 1º de Mayo, 1993.

Sábada Alonso, Soraya. “Espacio y personajes en *Misericordia* de Benito Pérez Galdós”. *Cuadernos de investigación filológica* 27-28 (2001-2002): 63-80.

Salaün, Serge. *El cuplé, (1900-1936)*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

Sambricio, Carlos. *Madrid, vivienda y urbanismo: 1900-1960*. Madrid: Akal, 2004.

Sambricio, Carlos. “Una propuesta urbana para la calle Mayor”. *Arquitectura: Revista del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid* 307 (1996): 29-38.

Sambricio, Carlos. “Las promesas de un rostro. Madrid, 1920-1940. De la metrópolis al Plan Regional”. *Madrid, urbanismo y gestión municipal. 1920-1940*: Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 1984.

San Andrés Corral, Javier. *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo. Madrid: UCM, 2007.

Sánchez García, Raquel y Martínez Rus, Ana. *La lectura en la España contemporánea*. Madrid: Arco Libros, 2010.

Sánchez Pérez, Francisco. *Protesta colectiva y cambio social en los umbrales del siglo XX: Madrid 1914-1923*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de, 1994.

Sánchez Pérez, Francisco. “Clase obrera y conflictividad social en el Madrid del Frente Popular (febrero-julio de 1936)”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 13 (1991): 47-47.

Sánchez Pérez, Francisco. “De las protestas del pan a las del trabajo: Marginalidad y socialización del fenómeno huelguístico en Madrid (1910-1923)”. *Historia social* 19 (1994): 47-60.

Sánchez Pérez, Francisco. “El mundo laboral madrileño en 1914-1923 a través de la prensa societaria”. *Historia y comunicación social* 1 (1996): 277-288.

Sánchez Pérez, Francisco. "Madrid, 1914-1923: los problemas de una capital en los inicios del siglo XX". *Melanges de la Casa de Velázquez* 30.3 (1994): 37-70.

Sánchez Pérez, Francisco. *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*. Madrid: Cinca, 2005.

Sánchez Suárez, Alejandro (dir.). *Barcelona, 1888-1929: modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*. Madrid: Alianza, 1992

Sanmartín Bastida, Rebeca. "La reescritura de Madrid: de Mesonero Romanos a Ramón Gómez de la Serna". *Analecta Malacitana (AnMal electrónica)* 23 (2007): 1-14.

Sanz Gimeno, Alberto y Ramiro Fariñas, Diego. "Estructuras internas de la mortalidad de la infancia (0-4 años) en la España del siglo XX". *Política y sociedad* 26 (1997): 125-142.

Sanz García, José María. *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1975.

Sarasúa, Carmen. "El oficio más molesto, más duro: el trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX". *Historia Social* 45 (2005): 53-78.

Sarasúa, Carmen. *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid: Siglo XXI, 1994.

Schlesinger, Arthur M. *The Rise of the City, 1878-1898*. Nueva York: Macmillan Press, 1933.

Schlesinger, Arthur M. "The City in American History". *The Mississippi Valley Historical Review* 27 (1940): 43-66.

Seco Serrano, Carlos. *Mesonero Romanos, el escritor y su medio social*. Madrid: Biblioteca de autores españoles, 1967.

Sendrail, Marcel. *Historia cultural de la enfermedad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1983.

Serna, Justo y Pons, Anacleto. *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del siglo XIX*. Valencia: Diputación de Valencia, 1992

Sheldon. *Epidemics and History: Disease, Power and Imperialism*. New Haven, CT: Yale University Press, 1997.

Silvestre, Javier. "Viajes de corta distancia: una visión espacial de las emigraciones interiores en España, 1877-1930". *Revista de Historia Económica* 19 (2001): 247-286.

Silvestre, Javier. "Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica". *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural* 2 (2002): 227-248.

Silvestre, Javier. “Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930”. *Cuadernos económicos de ICE* 69 (2005): 157-182.

Simón Arce, Rafael Á. “Los socorros domiciliarios y la municipalización de los servicios médicos de beneficencia. Alcalá de Henares, 1800-1900”. Presentado al *Congreso Internacional Historia y Ciencia: la modernización del siglo*. Madrid, 2008.

Simón Arce, Rafael Á. “El nivel de alfabetización en el Alcalá de Henares de la Restauración”. Presentado al *Congreso Internacional Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*. Madrid, 2006.

Simón Arce, Rafael Á. “La gestión municipal de las epidemias en el siglo XIX: Alcalá de Henares”. Presentado al *VI Congreso de Historia Social de España*, Vitoria, 2008.

Simón Arce, Rafael Á. *El comunismo del hambre. La cuestión social en Alcalá de Henares: limosna, instrucción y orden (1800-1900)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007.

Simón Palmer, María Carmen. “La instalación del gas en Madrid (1832-1856)”. *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 24 (1987): 445-463.

Simón Palmer, María Carmen. “Faroleros y serenos (notas para su historia)”. *Anales del Instituto de Estudios Madrileño* 4 (1976): 1-22.

Sluglett, Peter (ed.). *The Urban Social History of the Middle East, 1750-1950*. Siracusa: Syracuse University Press, 2008

Souto Kustrín, Sandra. “Y Madrid ¿qué hace Madrid?”. *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*. Madrid: Siglo XXI, 2004.

Tedde de Lorca, Pedro. “La banca privada española durante la Restauración”. Tortella Casares, Gabriel (dir.). *La Banca española en la Restauración*. 2 vols. Madrid: Servicio de Estudios del Banco de España, 1974.

Tedde de Lorca, Pedro. “La banca”. Jover Zamora, José María (dir.). *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*. Madrid: Espasa Calpe, 1997, Tomo XXXIII, , pp.353-390.

Tedde de Lorca, Pedro. “Los primeros cincuenta años del Banco de España (1782-1931)”. Martín Aceña, Pablo y Titos Fernández, Manuel (coord.). *El sistema financiero en España: una síntesis histórica*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 1999, pp. 53-82.

Teller, Michael E. *The Tuberculosis Movement. A Public Health Campaign in the Progressive Era*. Nueva York: Greenwood Press, 1988.

Thernstrom, Stephan. *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth Century City*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1964.

- Thomas, Hugh. *Antología de Madrid*. Madrid: Gadir, 2004.
- Tiana Ferrer, Alejandro. *Educación de la clase obrera Madrileña en el siglo XX (1898-1917)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1985.
- Tilly, Louise A. y Scott, Joan W. *Women, work and family*. Nueva York: Rinehart and Winston, 1978.
- Tomé Fernández, Sergio. Vivienda y clase: “La Prosperidad, el suburbio histórico en el Madrid actual”. *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales* 7 (2003).
- Toro Mérida, Julián. “El modelo demográfico madrileño”. *Historia* 16 59 (1981): 43-51.
- Torres Santo Domingo, Marta. “Libros que salvan vidas, libros que son salvados: la Biblioteca Universitaria en la Batalla de Madrid”. Calvo, Blanca y Salaverría, Ramón (eds.). *Biblioteca en guerra*. Madrid: Biblioteca Nacional, 2005, pp. 259-285.
- Tortella, Gabriel. “Madrid, capital del capital durante La Restauración”. Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carvajal, Luis Enrique (eds.). *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*. 2 vols. Madrid: Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1989, vol. 1, pp. 337-349.
- Trinidad Fernández, Pedro. “La reforma de las cárceles en el siglo XIX: las cárceles de Madrid”. *Estudios de Historia Social* 22-23 (1982): 69-187.
- Tuells, José y Duro Torrijos, José Luis. “Los caballos de la difteria”. *Vacunas* 13.1 (2012): 35-37.
- Tusell Gómez, Javier. *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*. Madrid: Edicusa, 1969.
- Urquijo Goitia, José Ramón. “Análisis prosopográfico de los parlamentarios valencianos (1834-1854)”. *Revista de estudios políticos* 93 (1996): 97-121.
- Urquijo Goitia, José Ramón. *La revolución de 1854 en Madrid*. Madrid: Instituto de Historia “Jerónimo Zurita”, 1984.
- Urquijo Goitia, José Ramón. “Condiciones de vida y cólera: la epidemia de 1854-56 en Madrid”. *Estudios de Historia Social* 15 (1980): 63-142.
- Vaca de Osma, José Antonio. *Nueva historia de Madrid*. Madrid: Espasa Calpe, 2007.
- Van Leeuwen, Marco H.D., Maas, Ineke y Miles, Andrew. *HISCO: Historical International Standard Classification of Occupations*. Leuven: Leuven University Press, 2002.

Van Leeuwen, Marco HD, Maas, Ineke y Miles, Andrew. "Creating a Historical International Standard Classification of Occupations. An exercise in multinational interdisciplinary cooperation". *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History* 37.4 (2004): 186-197

Velert, Sara; Menchero, Carmen y Rueda laffond, José Carlos: "El centro urbano madrileño: indicadores de terciarización en el primer tercio del siglo XX". VV.AA: *Fuentes y métodos de la historia local*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", 1991, pp. 513- 528.

Verde Casanova, Ana. "Una página en la historia de los Inuit de Labrador: «Esquimales del polo al Retiro»". *Revista española de antropología americana* 24 (1994): 209-230.

Vicente Albarrán, Fernando. *El Ensanche Sur. Arganzuela, 1860-1931. Los barrios negros*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2015

Vicente Albarrán, Fernando. "De parientes a vecinos. Evolución de las redes de parentesco y la solidaridad familiar en un espacio urbano en transformación: El Ensanche Sur (1860-1905)". Levi, Giovanni (ed.). *Familias, jerarquización y movilidad social*. Murcia: Universidad de Murcia, 2010, pp. 245-258.

Vicente Albarrán, Fernando. "Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur de Madrid (1878-1910)". Gómez-Ferrer, Guadalupe y Sánchez, Raquel (eds.). *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.

Vidal Galache, Florentina y Vidal Galache, Benicia. "Enfermar en Madrid: la asistencia, 1800-1830". *Historia* 16 172 (1990): 31-36.

Vidal Galache, Florentina y Vidal Galache, Benicia. "Los médicos en el Madrid del s. XIX". *Historia* 16 176 (1990): 33-38.

Vidal Galache, Florentina y Vidal Galache, Benicia. *Bordes y bastardos: una historia de la Inclusa de Madrid*. Madrid: Compañía Literaria, 1995.

Vidal Galache, Florentina y Vidal Galache, Benicia. *Enfermedad y pobreza en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid: UNED, 2006.

Vidal Galache, Florentina y Vidal Galache, Benicia. *La Real Fábrica de Tapices en los documentos de su Archivo*. Madrid: Real Fábrica de Tapices, 2000.

Vidal Galache, Florentina y Vidal Galache, Benicia. *La Real Fábrica de Tapices. Pasado y presente*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2007.

Vidal Galache, Florentina. "¿Qué hacemos con los pobres? El origen del Asilo de San Bernardino (1834)". *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea* 5 (1992): 305-316.

Vidal Galache, Florentina. "La epidemia de cólera de 1834 en Madrid: Asistencia y represión a las clases populares". *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea* (1989): 271-280.

Viejo Canalejas, Marcelino. *El taller de Ícaro. Historia de La Hispano Aviación, 1917-1972*. Sevilla: El Monte, 2001.

Villacorta Baños, Francisco. "Madrid 1900: Sociabilidad, ocio y relaciones sociales". *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura* 169.666 (2001), pp. 461-494.

Volker, Jaeckel. "Reflejos de la Madrid moderna en las obras de Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán y Ramón Gómez de la Serna". *Primer Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas*. La Plata (Argentina), 2008.

Vorms, Charlotte. "La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)". Beascoechea Gangoiti, José María, González portilla, Manuel y Novo López, Pedro A. (eds.). *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2006, pp. 529-546.

Vorms, Charlotte. "La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)". *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* 7 (2003).

Wade, Richard C. *The Urban Frontier: The Rise of Western Cities, 1790-1830*. Cambridge, Mass: Harvard University Press. 1959

Wallace, A. T. "Sir Robert Philip: A Pioneer in the Campaign Against Tuberculosis". *Medical History* 5.1 (1961): 56-64

Weindling. Paul. "From Isolation to Therapy: Children's Hospitals and Diphtheria in *Fin de Siècle* Paris, London, and Berlin". *In the name of the child: health and welfare, 1880-1940*. Ed. Cooter, Roger. Londres: Routledge, 1992. 124-145

Weindling, Paul (ed.). *International Health Organisations and Movements, 1918-1939*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.

Wilkinson, Richard G. *Unhealthy societies: the afflictions of inequality*. Londres: Routledge, 1996.

Wilkinson, Richard G. *The Impact of Inequality: How to Make Sick Societies Healthier*. Nueva York: The New Press, 2005

Wrigley, Edward A. *People, cities, and wealth: the transformation of traditional society*. Oxford: Blackwell, 1987.

Zozaya Montes, María. *Del ocio al negocio. Redes y capital social en el casino de Madrid, 1836-1901*. Madrid: Los libros de la catarata, 2008.

Zozaya Montes, María. *El Casino de Madrid. Orígenes y primera andadura*. Madrid: Casino, 2002.

